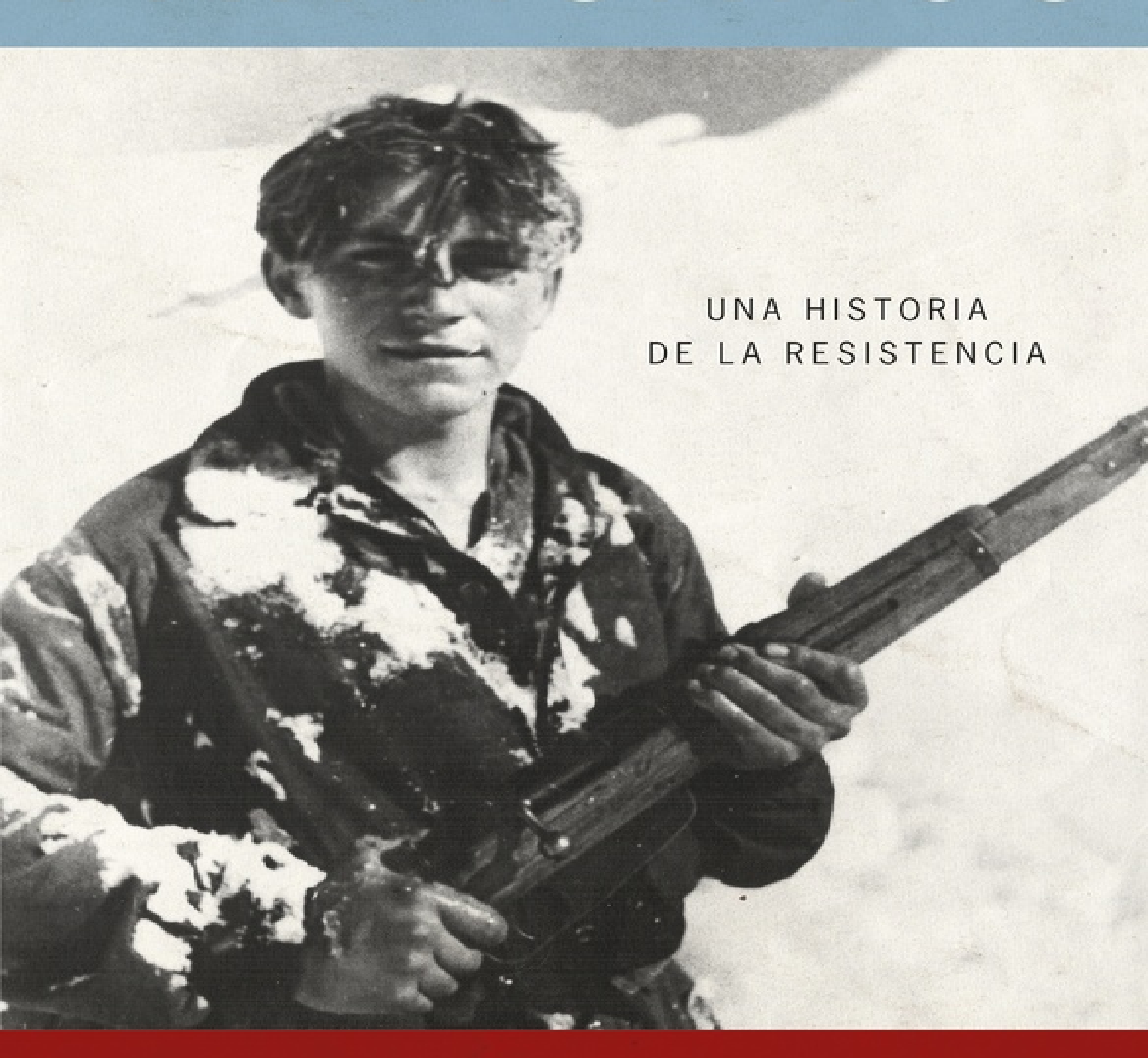
PARTISANOS



UNA HISTORIA
DE LA RESISTENCIA

SERGIO LUZZATTO

DEBATE

Partisanos

Una historia de la Resistencia

SERGIO LUZZATTO

Traducción de
Maria Pons Irazazábal



www.megustaleerebooks.com

Cualquier cosa que delata verdadera pasión es por definición lo opuesto de enrollada. Pero poco a poco, sin poder evitarlo, desarrollé esa pasión, y si bien la mitad de una pasión es obsesión, la otra es amor.

JONATHAN FRANZEN

Personajes principales

Judíos en fuga

Primo Levi, químico.
Luciana Nissim, licenciada en medicina.
Vanda Maestro, licenciada en química.
Elena Bachi, esposa de un primo de Primo Levi.
Cesare Vitta, obrero.
Ladislao Gerber, apátrida.

Partisanos turineses

Guido Bachi, agente de seguros, jefe político de la banda de Amay.
Emilio Bachi, abogado, hermano de Guido y cuñado de Elena.
Aldo Piacenza, suboficial, jefe militar de la banda de Amay.
Emanuele Artom, licenciado en letras, comisario «giellista» en el Cuneese.
Riccardo Levi, ingeniero, directivo de la Olivetti.
Bianca Guidetti Serra, licenciada en derecho, correo.
Aurelio Peccei, licenciado en económicas, directivo de la Fiat.
Luciano Zabaldano («Mare»), electricista, rebelde disperso en el Col de Joux.

Partisanos casaleses y monferrinos

Francesco Rossi, obrero, fundador de la banda de Arcesaz.
Italo Rossi, obrero, hermano de Francesco, comandante de la banda de Arcesaz.

Bruno Rossi, hermano menor de Francesco e Italo.
Ferdinando Trombin, empleado, impulsor de la banda de Arcesaz.
Giuseppe Carrera, obrero, impulsor de la banda de Arcesaz.
Giuseppe Sogno («Morgan»), obrero, impulsor de la banda de Arcesaz.
Fulvio Oppezzo («Furio»), suboficial, rebelde disperso en el Col de Joux.
Giuseppe Barbesino, ferroviario de Giarole Monferrato.
Federico Barbesino, rebelde disperso en Arcesaz.
Martino Veduti, empresario, medalla de oro al valor militar.
Luigi Cappa, ferroviario, comandante de las Brigadas Matteotti.
Antonio Olearo («Tom»), panadero, comandante de las Brigadas Matteotti.

Partisanos valdostanos

Émile Chanoux, notario en Aosta y líder antifascista.
Lino Binel, ingeniero jefe de Aosta y líder antifascista.
Yves Francisco, carpintero de Verrès.
Edoardo Page («Ardes»), topógrafo de Saint-Vincent y comandante de las Brigadas Matteotti.
Federico Chabod, profesor universitario y líder antifascista.

Otros partisanos

Mario Pelizzari («Alimiro»), delineante en la Olivetti de Ivrea, jefe «giellista» en el Canavese.
Ada Della Torre, licenciada en letras y en derecho, empleada en la Olivetti.
Silvio Ortona («Lungo»), licenciado en derecho, jefe «garibaldino» en la región de Biella.
Pompeo Colajanni («Barbato»), oficial, jefe «garibaldino» en la región del Pinerolo.
Giovanni Rocca («Primo»), obrero, jefe «garibaldino» en la región de Asti.
Armando Valpreda, técnico en la Cogne di Aosta, combatiente en la región de Asti.
Salvatore Balestrieri, oficial del ejército.

Colaboracionistas

Cesare Augusto Carnazzi, abogado, prefecto de Aosta y luego de Asti.
Edilio Cagni («teniente Redi», «Soñador Itálico»), arquitecto, brazo derecho de Carnazzi.

Alberto Bianchi («subteniente Cerri»), suboficial, colaborador de Cagni.
Domenico De Ceglie («subteniente Meoli»), suboficial, colaborador de Cagni.
Luciano Imerico, teniente coronel de la Milicia Voluntaria de Casale Monferrato.
Guido Ferro, capitán de la Milicia de Fronteras de Aosta.
Paolo Zerbino, empresario, prefecto de Turín y luego ministro del Interior.
Elisabeth Petsel («Annabella»), reclutadora de espías por cuenta de la Abwehr.

Partisanos

Conservo un recuerdo nítido, preciso, de cuando era niño —tendría unos diez años, tal vez once o doce— y mi madre nos leía en voz alta las cartas de los condenados a muerte de la Resistencia. Era de noche, estábamos sentados sobre la cama y ella nos leía, nos presentaba a mis hermanos y a mí esas últimas cartas a menudo breves, siempre terribles, de personas que habían liberado Italia al precio de su vida. Debía de ser la edición de Einaudi que tengo ante mis ojos, *Lettere di condannati a morte della Resistenza italiana (8 settembre 1943-25 aprile 1945)*, Turín, 1952,[1] uno de esos libros «anaranjados» que llenaban la biblioteca de casa. Recuerdo que, antes de leer los textos, mi madre se ayudaba de las notas biográficas referentes a cada uno de los condenados. Eran notas que los editores de la obra habían dispuesto a pie de página con un estilo tipográfico de epitafio, separándolas con un breve trazo como en un punto y aparte lapidario. Eran epígrafes de un monumento de papel a los caídos.

Ahora que mis hijos tienen la edad que tenía yo entonces, me resultaría difícil explicarles por qué aquella situación, aquel gesto —una madre que lee en voz alta no un poema de Leopardi o un relato de Jack London, sino las cartas de los condenados a muerte de la Resistencia— no tenía nada de absurdo ni de morboso. Me resultaría difícil y sin embargo debería intentarlo, sería importante que mis hijos comprendieran. Cuando yo tenía

su edad, a mediados de la década de 1970, la Resistencia todavía era algo próximo, y decisivo: era la señal de un comienzo y la marca de una pertenencia. Desconcertados o aterrorizados, evacuados o amenazados, mis padres la vivieron en sus propias carnes a esa misma edad, tendrían diez o doce años, once o trece, el 8 de septiembre de 1943 o el 25 de abril de 1945. Para ellos, hablar a sus hijos de la Segunda Guerra Mundial, evocar el tiempo de la persecución racial, tratar de transmitirnos la herencia del antifascismo, era una forma de hacer que sintiéramos el privilegio de haber venido al mundo en otros tiempos, la suerte de nuestro nacimiento tardío.

Para mí sería importante, pienso ahora, encontrar también la forma de transmitir a mis hijos esta herencia inmaterial: una idea de la dura, durísima historia de la que indirectamente proceden, a través del sufrimiento infantil e inútil de sus abuelos, pero sobre todo a través del sufrimiento juvenil y fundacional de quienes lucharon contra los fascismos para que Italia fuese libre. En mi despacho tengo hoy un paquete rojo, rojo por el color del papel para regalo de las librerías Feltrinelli, que contiene una edición de las *Lettere di condannati a morte* más reciente, menos monumental, más auténtica que la publicada por Einaudi en 1952. Es la edición que preparó Mimmo Franzinelli para Mondadori en 2005 y que tarde o temprano, desafiando el riesgo de una acogida fría o incluso irónica, me decidiré a colocar bajo el árbol de Navidad.[2] Espero (confío) que algún día mis hijos lean esas cartas de los mártires del antifascismo. Espero (sin confiar demasiado) que algún día también las lean los hijos de mis hijos.

Sin embargo, no creo que mi obsesión por la Resistencia se remonte a los años setenta, a la escena central de una madre que lee en voz alta las cartas de los condenados a muerte. A decir verdad, no creo siquiera que se trate de una obsesión. Es más bien una fuerte curiosidad, muy poco original, por otra parte, en quien ha elegido el oficio de historiador. Y la curiosidad se ha

convertido en pasión en los últimos años, estimulada por los libros de Giampaolo Pansa sobre la «sangre de los vencidos» y, en general, sobre la Guerra Civil italiana de 1943-1945.[3] A principios de este siglo empecé a preguntarme por el significado del «fenómeno Pansa» desde un punto de vista no tanto cultural como civil: como síntoma de una crisis del antifascismo.[4] Y he encontrado otros síntomas en mis clases de la universidad, frente a estudiantes que adoptan una actitud cada vez más equidistante, ajenos a los valores del antifascismo casi tanto como a los valores negativos del fascismo.

Así es como fue madurando la intención de enfrentarme —como hijo y como padre, como ciudadano y como enseñante— a este momento decisivo de la historia moderna de Italia, al drama de nuestra Guerra Civil. Pero probablemente la intención no se habría transformado en decisión, ni se habría convertido en trabajo de investigación y luego de escritura, si a la obsesión por la Resistencia como momento fundacional de la Italia libre no se le hubiese sumado otra obsesión. ¿Obsesión? Más bien una forma de curiosidad intelectual, que era también una forma de devoción civil (y de veneración literaria), por la figura de Primo Levi. Por quien considero que es el intérprete más elevado, en el panorama italiano del siglo XX, de una civilización de la inteligencia y de una dignidad de la memoria. No habría intentado escribir un libro como este si no hubiese sentido que tenía una doble cita, que debía analizar de una sola vez los dos polos de mi trayectoria: el polo Resistencia y el polo Primo Levi.

También conservo un recuerdo nítido, preciso, de cuando entré en contacto por primera vez con *Si esto es un hombre*. Era a mediados de la década de 1970, más o menos en la misma época en que mi madre nos había hecho descubrir a mis hermanos y a mí las cartas de los condenados a muerte de la Resistencia italiana. Era el verano de 1977. Una despótica

profesora de letras nos había entregado a mis compañeros de clase y a mí una lista de lecturas obligatorias para los meses de vacaciones entre el primer y segundo curso de «liceo» —desde *Los Buddenbrook* de Thomas Mann hasta *Fontamara* de Ignazio Silone— en la que figuraba *Si esto es un hombre*. De modo que leí mi primer Primo Levi por obligación, y esta lectura me cambió tanto como puede cambiar a un adolescente la lectura de un libro. Desde entonces, me fueron acompañando a lo largo de los años tanto las obras de Levi publicadas antes de 1977, de *La tregua* a *El sistema periódico*, como las que fueron apareciendo en la década que le quedaba de vida, *Si ahora no, ¿cuándo?*, *A una hora incierta*, hasta el último libro, *Los hundidos y los salvados*, que compré y leí recién publicado en la primavera de 1986. Cuando la figura histórica de Levi, por dramática que pudiese parecer, todavía no se había revestido con el peplo de la tragedia.

Sé exactamente dónde estaba cuando me enteré de su muerte, a última hora de la mañana de un día de abril de 1987: en París, en la explanada delante de la Gare de Lyon, con veinticuatro años y estudiante de doctorado recién salido de la litera de un tren «Palatino» o de un «Napoli Express». Recuerdo la sorpresa, el aturdimiento, la conciencia de que nada volvería a ser como antes en la memoria de nuestro siglo XX. Y recuerdo el sentimiento inmediatamente claro, doloroso, lacerante, de un vacío que en el futuro sería imposible llenar. Primo Levi ya no estaba. Quedaban sus libros, es cierto, pero faltaba la persona. A partir de ahora había que arreglárselas sin él, había que caminar sin brújula en el campo magnético del post-Auschwitz. Y para quien había decidido, como historiador, pasar la vida dialogando con los muertos, había que descender a los infiernos del siglo XX sin contar ya con aquel Virgilio.

Mucho tiempo después —una noche de invierno de hace cuatro o cinco años— volví a leer *El sistema periódico*. El libro más claramente autobiográfico de Primo Levi, en el que el químico turinés más habló y reflexionó sobre sí mismo como italiano del siglo XX. Un libro maravilloso por su calidad literaria, publicado por Levi en 1975 (el mismo año de su jubilación como químico) y saludado inmediatamente por la crítica como la prueba definitiva de su talento como escritor. Así que releí *El sistema periódico*, y me fijé en una cosa a la que nunca había prestado atención. Había una época en la vida de Levi de la que el químico escritor apenas había ofrecido testimonio personal o antropológico, recuerdos o historia: la breve y desafortunada época de partisano, o de casi partisano. Los tres meses que pasó en el valle de Aosta, a los veinticuatro años, formando parte de una banda reunida en el Col de Joux, sobre Saint-Vincent, en otoño de 1943.

De las doscientas treinta y ocho páginas de la primera edición de *El sistema periódico*, la Resistencia no ocupa más de cuatro. En el capítulo titulado «Oro», apenas dos páginas evocan la subida a la montaña, las semanas de espera más que de acción, la caída de la banda del Col de Joux, la detención de Levi —el 13 de diciembre de 1943— junto con otros rebeldes. Y apenas dos páginas evocan el traslado al valle, los interrogatorios en la cárcel de Aosta, la decisión del prisionero de declararse judío en vez de partisano, esto es, de elegir ser deportado a cualquier lugar antes que someterse al Tribunal Militar Especial de la República de Salò. Levi no recupera el placer del relato hasta el final del capítulo, cuando la evocación de un contrabandista de oro al que conoce en la cárcel le proporciona el título para esas páginas: según la lógica mendeleieviana del libro de memorias, que vincula el nombre de cada uno de los elementos a un pasaje distinto de la vida del autor.

Desde que leí ese capítulo de *El sistema periódico* con la atención que merece, me he estado preguntando por las razones de la cicatería narrativa de Primo Levi respecto a la Resistencia. La brevedad de su época partisana, que no cubre siquiera el otoño de 1943, no basta para explicarlas, porque además, más allá del número de páginas, lo que choca en el análisis retrospectivo de Levi es la severidad del juicio. «Oro» ofrece una imagen de la Resistencia vista desde el Col de Joux que poco tiene de dorada. «Teníamos frío y hambre, éramos los partisanos más desarmados del Piamonte, y probablemente también los más desprevenidos», escribe Levi en *El sistema periódico*.[5] Tampoco se muestra más indulgente en su juicio en la media página añadida diecisiete años antes, en 1958, al comienzo de la nueva edición (la primera de Einaudi) de *Si esto es un hombre*. «Nos faltaban hombres capaces y estábamos agobiados por un montón de gente que no servía para el caso, de buena fe o de mala, que subía de la llanura en busca de una organización inexistente.» De modo que fue lógica la caída de la banda, en la «espectral alba de nieve» del 13 de diciembre, y «conforme a justicia».[6]

¿Incluso conforme a justicia el rastreo del Col de Joux? «Justicia» no es una palabra cualquiera, y menos en el vocabulario de Primo Levi.[7] ¿Cómo podía explicarse, me preguntaba, una representación de los primeros tiempos de la Resistencia tan desacralizadora, o en cualquier caso tan discordante respecto a la mitología antifascista sobre los primeros partisanos de la montaña? ¿Y qué podía ocultarse detrás de las doce líneas más angustiosas del capítulo «Oro», las que hablan del estado de ánimo de los rebeldes capturados en la colina y encarcelados en Aosta? «Entre nosotros, dentro de cada una de nuestras mentes, sufríamos el peso de un secreto, desagradable: el mismo secreto que nos había expuesto a la captura, apagando en nosotros, pocos días antes, toda voluntad de resistir y hasta de

vivir. Nos habíamos visto obligados por nuestra propia conciencia a cumplir una condena, y la habíamos cumplido, pero habíamos salido de ella destruidos, destituidos, deseosos de que todo acabara y de acabar nosotros mismos; pero deseosos también de vernos unos a otros, de hablarnos, de ayudarnos mutuamente a conjurar aquella memoria aún tan reciente. Ahora estábamos acabados, y lo sabíamos; estábamos cogidos en la trampa, no había salida como no fuera hacia abajo.»[8]

El secreto del Col de Joux es relatado en primera persona del plural. Junto con algunos compañeros de la banda, Levi había decidido decretar y ejecutar una condena a muerte. Falta alguna precisión posterior. Nada se dice en «Oro» de los motivos de esa condena, ni de la identidad de la víctima (o de las víctimas); solo se dice que la práctica de la justicia partisana obedeció a un imperioso deber de conciencia. Cuando se trata de la Resistencia, el arte de la concisión, del que siempre hace uso el Levi escritor, se parece al arte de la elipsis. Pero no hasta el punto de silenciar las consecuencias del episodio sobre la moral de los partisanos refugiados en el Col de Joux. La necesidad de matar hundió a Levi y a sus compañeros en un estado de infinita postración: apagó en ellos no solo la voluntad de resistir, sino la voluntad misma de vivir.

«No había salida como no fuera hacia abajo», se lee en la última de las doce líneas de *El sistema periódico* dedicadas al testimonio voluntario sobre el secreto, donde Levi establece un nexo claro —transparente incluso en el léxico— con la imagen principal de *Si esto es un hombre*, la de la deportación a Auschwitz como un dantesco descenso a los infiernos («en un viaje hacia allá abajo, hacia el fondo»; «demasiado tarde, demasiado tarde, todos vamos hacia “abajo”»; «hemos llegado al fondo. Más bajo no puede

llegarse»).[9] Y donde se puede reconocer un nexo con otra imagen decisiva de *Si esto es un hombre*, si es cierto que la salida obligada hacia abajo para los partisanos del Col de Joux que habían condenado y matado imita el destino del Ulises dantesco que viajó más allá de las columnas de Hércules, en el canto recitado por Levi en Auschwitz a otro interno, el amigo Pikolo: «Se hunde la proa —que a otro así le place».[10]

De este modo, el Primo Levi de 1975 señalaba un episodio de su partisanado como el origen directo de su caída a los infiernos del Lager. Para hacerlo, necesitaba una buena dosis de coraje moral, de coraje intelectual, e incluso de coraje político; en efecto, la mitad de la década de 1970 (la primera versión de «Oro» apareció en el semanario *Il Mondo* en julio de 1974)[11] marcó en Italia el apogeo de lo que se definiría, con cierta malicia, la «vulgata resistente». En ningún otro momento de la historia republicana, ni antes ni después, el discurso público sobre los prodigios de la Resistencia y sobre el horror de Salò tuvo un carácter tan granítico como en torno al trigésimo aniversario de la Liberación, época en la que, por otra parte, el fascismo amenazaba con resurgir, en la Italia de la «estrategia de la tensión», bajo la forma de un neofascismo aceptado por las propias cúpulas de ciertos aparatos del Estado. Nunca como entonces les pareció a los italianos demócratas que todas las cualidades, las virtudes y las razones estaban, durante la Guerra Civil de 1943-1945, del lado de los partisanos, y que todos los defectos, los vicios y las abyecciones estaban del bando de los de Salò, el bando del mal absoluto, como nos mostraba Pier Paolo Pasolini en la representación escandalizada y escandalosa de su última película, *Salò o los 120 días de Sodoma*.

Como intelectual ya público y, aunque tímido y reservado, notoriamente inclinado hacia la izquierda, el Levi de aquella época tuvo que ceder de vez en cuando a una visión de la Resistencia que había de ser tanto más

conformista, retórica e idílica cuanto más dramáticamente chocaba, en el presente, con las tramas neofascistas y subversivas, y cuanto más directamente topaba con el tema de la deportación de los prisioneros políticos (más que de los civiles judíos) a los Lager de Alemania y de Polonia. En cambio, Levi no hizo ninguna concesión en la narración autobiográfica de *El sistema periódico*, donde, por el contrario, se atrevió a redimensionar con claridad el valor de su experiencia como partisano en la montaña. Y donde se atrevió a aludir a una realidad que en la Italia de 1975 era casi impensable, o en cualquier caso no tenía cabida en el discurso parabólico del evangelio antifascista, la realidad de que, en el mundo cruel de la Guerra Civil, los partisanos también se habían visto en la situación de decretar la muerte de otros partisanos.

Aunque parco en detalles, el relato de «Oro» resultaba claro para quien quisiera leerlo con atención e interpretarlo con sensibilidad: bastaba con que en la Italia que conmemoraba el trigésimo aniversario de la Liberación hubiera habido lectores dispuestos a seguir al escritor por el terreno escabroso en el que se aventuraba en doce líneas de su autobiografía. La víspera del 13 de diciembre de 1943, lo que había dejado a Primo Levi y a sus compañeros destruidos, degradados, deseosos de que todo acabara y de acabar ellos mismos, no era el hecho de haber capturado, procesado y condenado a muerte a uno o varios enemigos, ya fueran nazifascistas, italianos o alemanes. Por lo que se podía leer entre las doce líneas, la ley marcial había sido aplicada en el seno de la banda por parte de unos rebeldes del Col de Joux contra otros rebeldes del Col de Joux. También por eso los partisanos estaban metidos en una trampa, cada uno en su trampa. Y también por eso (tal vez y sobre todo por eso) no había habido otra salida que hacia abajo.

Hace treinta años que me dedico a la historia, pero nunca una investigación me había planteado tantos interrogantes, me había apasionado y me había atormentado tanto como la investigación sobre esta historia de la Resistencia. Nunca antes las etapas más o menos habituales en un trabajo de investigación, la búsqueda en los archivos, las lecturas en la biblioteca, los encuentros con los personajes todavía vivos o con sus descendientes, me habían producido impresiones tan fuertes y contrapuestas, un sentimiento tan pronunciado de deber y, al mismo tiempo, de malestar. Por un lado, me parecía indispensable recoger la confesión de *El sistema periódico*: investigar hasta el fondo la historia de la banda del Col de Joux, incluido el «secreto desagradable». Por el otro, tenía la impresión de obstinarme en un episodio menor tanto en relación con el hecho general de la Resistencia italiana como en relación con la vida de Primo Levi.

Al estudiar la Revolución francesa, recordaba las imprecaciones lanzadas por un viejo diputado de la Montaña en la Francia de la Restauración contra ciertos parásitos del pasado que, en un mundo que era mucho más libre gracias a la lucha de los revolucionarios, se erigían en censores altivos de sus actos o de su pasividad, y en mezquinos contables de la sangre derramada. Hay en el desierto de Egipto (escribió en sus memorias aquel ex montañés, Bertrand Barère) una pandilla de árabes insignificantes y miserables que rascan en la base de las pirámides de los faraones, sustraen así a los gigantescos monumentos un poco de cemento y algún ladrillo, y con ello construyen cabañas, donde se agazapan al abrigo del sol, del viento y de la arena. Este es el beneficio que esos desgraciados obtienen de las pirámides, dejando que otros contemplen los monumentos con estéril admiración.[12] Recordaba las palabras de Barère, y me preguntaba si no

corría el riesgo de imitar a los parásitos de la Restauración rascando a la vez en la base de la pirámide de la Resistencia y de la pirámide de Primo Levi.

Mientras trabajaba en este libro, no hubo un solo momento en que no me preguntara: ¿por qué? ¿Por qué detenerme tanto en una historia que más bien parecía una microhistoria, en apariencia tan limitada en el sujeto y en el objeto, en el tiempo y en el espacio? Me lo pregunté un sinfín de veces, hasta que fui capaz de responder, finalmente y casi banalmente: no para cultivar obsesiones ni para rascar pirámides, sino para profundizar conocimientos. Una historia de la pequeña banda de Levi en el Col de Joux —y de una banda más grande aliada a la pequeña, compuesta por jóvenes procedentes del Monferrato y con sede en el cercano valle de Ayas— prometía resultar esclarecedora. Justamente por la época en que se inicia la historia, el momento creacional de la Resistencia italiana, revelador, para bien o para mal, de algunos de sus elementos originales. Y justamente por el espacio en el que en su nacimiento está ambientada la historia: en ese extraño puerto de mar, nevada encrucijada de destinos, que eran las montañas del valle de Aosta durante el otoño-invierno de 1943.[13]

Investigar cómo se formó la banda de Levi, cómo se unió a la banda vecina del valle de Ayas, se situó en el punto de mira de la prefectura de Aosta y del ocupante alemán y se expuso al rastreo del 13 de diciembre significa enfrentarse con problemas generales de la historia de la Guerra Civil en Italia: el carácter político o impolítico de los primeros movimientos rebeldes, el tipo de relación existente entre formaciones partisanas y poblaciones locales, la dependencia inicial de los rebeldes de la experiencia y de las armas de los tránsfugas del Ejército Real y la permeabilidad de las bandas a las infiltraciones de ladrones o de espías. Significa, además, enfrentarse con otro problema dentro del problema: la naturaleza de la aportación prestada a la Resistencia por parte de esa clase de italianos ya no

italianos que eran los judíos de la generación de Primo Levi, a quienes las leyes raciales de 1938 habían negado —como pérfido castigo a las glorias del Resurgimiento— el derecho-deber de llevar las armas.[14]

Es cierto que a primera vista se presentaba como una historia casi ridículamente insignificante. Era insignificante en el tiempo, unas pocas semanas entre el comienzo del otoño y el comienzo del invierno de 1943. Era insignificante en el espacio, los pocos centenares de metros en línea recta que separan Saint-Vincent del Col de Joux y el Col de Joux de los pueblos del valle de Ayas en las laderas del monte Rosa. Pero, si se analiza un poco mejor, la historia contiene, como una cáscara de nuez, una sorprendente cantidad de materia. El dilema de la elección, tal como se planteó tras el 8 de septiembre a los jóvenes de una nación a la desbandada. La amalgama de pasiones y de razones de los primeros refractarios al orden nazifascista: el instinto del miedo y el gusto por la aventura, el espíritu de anarquía y la necesidad de encuadramiento, la fascinación por la ideología y la tentación del bienestar material. La cuestión, de una magnitud excesiva para los partisanos inexpertos, de la legitimidad y de la moralidad de la violencia. Temas ya clásicos para la mejor historia sobre la Guerra Civil italiana,[15] pero que prometían aparecer bajo una luz nueva cuanto más al detalle se consiguiera observarlos, acercándolos con un zoom en vez de alejarlos con un gran angular. La parte por el todo: una historia de la Resistencia para contar la historia de la Resistencia.

La historia, instructiva sobre el breve período de tiempo del otoño-invierno de 1943, prometía resultar igualmente ilustrativa respecto a un período más largo y a un espacio más amplio. Un tiempo que se extiende más allá de esas dos únicas estaciones, e incluso más allá de la primavera de 1945: más allá de la insurrección y de la Liberación. Un espacio que se extiende también más allá del valle de Aosta: hacia el Piamonte e incluso

más allá de la llanura padana. No había que hacer el seguimiento tan solo de los partisanos del Col de Joux y del valle de Ayas que, a diferencia de Levi, pudieron continuar luchando durante dieciséis meses después de diciembre de 1943, descendiendo de las montañas valdostanas hacia el Canavese y el Monferrato y combatiendo hasta lograr la liberación de Casale y Turín. Había que seguir —primero en los días de gloria y después en la desgracia— a las figuras de los republicanos de Salò, que precipitaron la caída de Levi y de sus compañeros y que, al acabar la Guerra Civil, se encontraron no en las filas de los vencedores, sino de los vencidos. Los procesos instruidos contra algunos de ellos por los tribunales penales extraordinarios de Asti y de Aosta, en 1945-1946, parecen hechos a propósito para poner en el orden del día cuestiones cruciales del siglo XX italiano: el perfil político y humano de los colaboracionistas, los méritos y los límites de la justicia posterior a la Resistencia, el papel de los Aliados y de sus servicios secretos, el impacto de la amnistía promulgada por Palmiro Togliatti y la dificultad de imprimir los valores del antifascismo a la República «nacida de la Resistencia».

Vista desde cerca, a través de las vicisitudes de cada uno de los personajes que, tras haber vivido armados los unos contra los otros el comienzo valdostano de la Guerra Civil, vivieron la posguerra italiana como una inversión de papeles —los «bandidos» del 8 de septiembre convertidos en héroes del 25 de abril, los garantes del orden convertidos en criminales de guerra—, vista así de cerca, la historia que aquí se explica tiene la urgencia de las historias personales más que el sentido de las historias colectivas. A veces incluso corre el riesgo de parecer una historia insignificante, políticamente baladí y moralmente inútil, de hombres que odian a otros hombres. Pero solo en estas condiciones, me decía, y me sigo diciendo, una historia de la Resistencia puede todavía conmocionarnos y

comunicarnos algo, solo si la observamos a ras de tierra. Hoy en día, una historia de la Resistencia solo tiene sentido civil como un cuerpo a cuerpo. El cuerpo a cuerpo de los personajes, empeñados en combatirse no solo por odio, sino por una idea diferente de la humanidad, de la justicia y de la sociedad. El cuerpo a cuerpo del historiador con ellos. Para ver no estampitas de santos ni monstruos, sino figuras reales. Y para tratar de llevar a cabo, junto con las mejores de esas figuras, un nuevo cambio de valores y de memoria.

Primo Levi no es el protagonista de la historia, sino un personaje secundario. Y no solo porque al ser deportado a Polonia en febrero de 1944 no pudo volver a Italia hasta octubre de 1945, faltando así a la cita tanto con la época de la plenitud de la lucha de la Resistencia como con la época embriagadora y despiadada posterior a la Liberación. Levi es un personaje secundario porque ya en el otoño de 1943, antes de ser capturado al alba de nieve del 13 de diciembre, había interpretado el papel de partisano de una forma tan discreta que hasta a los policías de Salò les pareció inofensivo: un hombre que había que deportar por judío y no fusilar por bandido. «Nos creíamos a buen recaudo, porque no nos habíamos movido todavía de nuestro refugio, sepultado bajo un metro de nieve», así habla Levi del hotel de Amay —una aldea de Saint-Vincent situada a gran altura, un poco más abajo del Col de Joux— donde se había refugiado después del 8 de septiembre y donde fue hecho prisionero.[16] Vista desde el hotel Ristoro de Amay, se trata de una historia de resistencia fallida.

Puesto que Levi se mantiene en segundo plano, a menudo ocupan el centro de la escena otros personajes tan funcionales como él en el desarrollo de la trama. Otros judíos —hombres, mujeres, ancianos y niños— que

buscaron en las montañas valdostanas un refugio más seguro que en la llanura, o un paso hacia aquella Suiza que significaba la salvación. Otros partisanos, judíos o no, que compartieron con Levi los tiempos extraños o míseros de una Resistencia militar y políticamente inmadura, todavía en busca de sí misma. Oficiales y soldados de uniforme gris verdoso que en enero de 1943 tuvieron que elegir entre alinearse hasta el final con el aliado alemán o combatirlo en nombre de una nueva idea de patria. Campesinos del valle de Aosta apresados entre los dos fuegos de la ocupación nazifascista y de la presión partisana. Hombres de Salò, vinculados distintamente a uno u otro aparato represivo, que interpretaron el drama de la Guerra Civil como una ocasión primero inesperada, y luego desesperada, de llegar a ser alguien o de poder arramblar con algo. Y, por último, *podestà*, párrocos, burócratas y veraneantes, menos deseosos de elegir un bando que de sobrevivir pasando inadvertidos.

Ante semejante confusión, también la figura de Primo Levi corre el riesgo de pasar inadvertida, casi de desaparecer detrás de las siluetas de personajes con mayor peso en la trama narrativa. Sin embargo, es gracias a la presencia de Levi que esta historia se carga luego de sentido, multiplica su intensidad. Porque durante cuarenta años desde aquel otoño de Amay, el antiguo huésped del Ristoro empezó a su vez un cuerpo a cuerpo —primero tácito, finalmente explícito— con el sí mismo de entonces y con los partisanos entre los que se movía. Antes de la deportación a Polonia, las circunstancias de aquel otoño valdostano impartieron a Levi un curso acelerado sobre los fundamentos de la Guerra Civil en la que no participó. Al regresar del Lager, en la Italia de la Liberación, las circunstancias del ajuste de cuentas entre antifascistas y colaboracionistas indujeron a Levi a presentarse como un excombatiente de las bandas partisanas y no como un superviviente de las cámaras de gas. Su honestidad hizo el resto,

comprometiéndole en un trabajo retrospectivo que nunca tuvo la evidencia y el dramatismo del trabajo sobre la Solución Final, pero que sin embargo vale la pena reconocer hoy e interpretar. El químico Primo Levi funciona como reactivo ético para esta historia de la Resistencia.

La señal más evidente del cuerpo a cuerpo de Levi con los compañeros del Col de Joux y consigo mismo creo que se encuentra —tan visible que nadie la ha visto— en su célebre novela de 1982 *Si ahora no, ¿cuándo?*: es lo que trataré de demostrar al final de este libro. Otra señal muy evidente aparece en un poema escrito y publicado por Levi en 1981, «Partigia», el poema que, como un bajo obstinado, me ha ido siguiendo en la investigación y ha acabado por ofrecerse como título del libro. Según una nota del propio Levi, «partigia» era la abreviatura «utilizada en el Piamonte» para designar al partisano, «sin prejuicios, decidido, de mano suelta».[17] Y varias décadas después de haber compartido la elección de la montaña con los «partisanos de todos los valles, Tarzán, Riccio, Sparviero, Saetta, Ulises», Levi sentía la necesidad de dirigirse al «resto» para animarles a una nueva elección. El Levi de 1981 pensaba incluso, a los sesenta y dos años, convocar a una nueva movilización a los compañeros «blanco ya el cabello». «Alzaos, ancianos: para nosotros no hay descanso. Vayámonos de nuevo a la montaña»; aunque lentos y cansados, «vendadas las rodillas» y «con el peso del invierno en la espalda», los partisanos debían estar «como en aquel entonces, centinelas, vigilando al alba el ataque enemigo».[18]

En ese punto de la poesía (casi en la conclusión), el lector se esperaría una calificación del enemigo coherente con el objetivo de numerosas intervenciones publicadas por Levi desde comienzos de la década de 1980: el enemigo de dos cabezas del revisionismo de la Resistencia y del negacionismo de la Shoah, la hidra que amenazaba con una nueva

afirmación de los fascismos en Italia y en Europa.[19] La llamada a los partisanos a reencontrarse, a alcanzar de nuevo las colinas, a sentir de nuevo el cansancio de los caminos empinados, de las noches en el refugio, de la comida rancia («El descenso del camino será duro, duro nuestro lecho, duro el pan»), y la disponibilidad misma a actuar despreocupadamente, con acciones rápidas, parece aludir a una renovada amenaza del enemigo más obvio, el nazifascista. Y, sin embargo, no, no es este el enemigo al que señala al final de «Partigia»:

> *¿Cuál enemigo? Todos somos enemigos.*
> *Vencido cada cual por su propio límite,*
> *La mano derecha enemiga de la izquierda.*
> *Viejos, alzaos, enemigos de vosotros mismos:*
> *Nuestra guerra nunca ha terminado.*[20]

Es imposible leer el último verso del poema sin reflexionar sobre la advertencia hecha a un Levi recién liberado de Auschwitz por otro salvado del Lager, Mordo Nahum. Treinta y seis años después de su primer diálogo fatídico con «el griego» de *La tregua*, el Levi de «Partigia» reconocía que realmente «guerra hay siempre».[21] Pero los penúltimos versos son tan importantes como el último, los que señalan al enemigo que acecha no en el exterior, sino en el interior de la banda de sus hermanos. Es más, en el interior de cada uno de los hermanos: «Todos somos enemigos. Vencido cada cual por su propio límite».

Sería tranquilizador pensar que en una guerra (y más en una guerra civil) el enemigo es siempre el que está fuera de nosotros. Y que, una vez vencido el enemigo, el problema del mal está resuelto. Sería muy tranquilizador, pero demasiado cómodo. Vista desde cerca, la Guerra Civil italiana —en la que, al menos retrospectivamente, a nadie le debería costar elegir su bando, siendo uno el bando de la humanidad y del derecho, y el otro el de la

inhumanidad y del abuso— cuenta una historia distinta. Junto con la historia de un bien, el bien impagable de la lucha contra el nazifascismo, cuenta la historia de un mal insondable, el mal del que ningún ser humano, ni siquiera el mejor, puede considerarse totalmente libre. Así, entre el blanco y el negro, aparecen aquí las numerosas tonalidades del gris. A veces, la historia de los partisanos tiene la fascinación simple de los contrastes, pero con más frecuencia ofrece la compleja verdad de los matices.

I

Inventar la Resistencia

Amay

«Alimiro» los había visto con sus propios ojos. Había visto a los hombres del Ejército Real, alpinos del Cuarto Ejército excombatientes de Francia u oficiales y soldados de la Escuela Central de Alpinismo de Aosta, subir los pasos del valle de Ayas con una única idea en mente, «pensando exclusivamente en salvar el pellejo». Los había visto, en aquellos dramáticos días posteriores al 8 de septiembre de 1943, atravesar los neveros de la Testa Grigia o los glaciares del monte Rosa para cruzar la frontera y llegar a la Suiza neutral, «arrojando bombas en los valles y destrozando los mosquetes»: los había visto salir por piernas y entregar Italia a los alemanes. Alimiro —en el registro civil Mario Pelizzari, de cuarenta años, delineante en la Olivetti de Ivrea— había tenido ante sus ojos un pedacito de patria a la desbandada, y se había comprometido consigo mismo para el próximo futuro. En la Italia ocupada por los nazifascistas, intentaría hacer algo mejor. Para «no convertirse en el hazmerreír o el cordero», para redimir el espectáculo de un sálvese quien pueda que le había hecho «sangrar el corazón».[1]

Unas semanas antes, tras el 25 de julio y la caída del Duce, Mario Pelizzari fue uno de los primeros en la fábrica en advertir el peligro y

ponerse manos a la obra. El futuro Alimiro —el partisano más legendario de Ivrea— no se limitó a recorrer las calles de su ciudad junto con un colega, armado con un martillo y un cincel, para arrancar de las fachadas de los edificios públicos todos los fasces que se les pusiera a tiro.[2] Junto con su jefe, el ingeniero Riccardo Levi, que dirigía la oficina técnica de la Olivetti y que había sido en cierto modo su maestro de antifascismo, Pelizzari intentó crear una comisión interna que funcionara como un primitivo núcleo de resistencia.[3] A principios de septiembre se trasladó a Saint-Jacques, en el alto valle de Ayas, donde la Olivetti tenía una colonia de verano justo en la ladera del monte Rosa. Una colonia de postal, casi de ensueño. Si no fuera porque aquel era el verano de 1943 y el ejército alemán se disponía a ocupar toda Italia, incluido el pequeño valle de Aosta y el diminuto valle de Ayas. Y si no fuera porque decir ocupación alemana equivalía a decir peligro inmediato para los judíos italianos, para gente como el ingeniero Levi, que tenía mujer e hijos, para los muchos directivos y funcionarios de origen judío (familias de judíos ya poco judíos, pero que de un modo u otro seguían siéndolo) que habían contribuido a hacer de la Olivetti una fábrica en cierto modo especial.

Y pensar que después del 25 de julio, o incluso poco antes del 8 de septiembre, algunos judíos creyeron ingenuamente que lo peor ya había pasado. Que la infausta época que comenzó con las leyes raciales de 1938, y siguió con las derrotas militares de Italia en la guerra mundial, se había cerrado en Roma con la caída de Benito Mussolini y del régimen fascista. «Parece que la situación de los judíos sigue mejorando», escribía en su diario, el 3 de septiembre de 1943, un judío turinés que pertenecía al círculo de amigos de Primo Levi, Emanuele Artom.* ¿Acaso no había derogado el gobierno de Badoglio medidas vejatorias como la prohibición de que los judíos publicasen necrológicas, la prohibición de emplear a criados arios y

la prohibición de frecuentar las estaciones de veraneo?[4] En agosto, el propio Levi había ido a pasar las vacaciones en la montaña, en Cogne, sin preocuparse excesivamente por el futuro, o al menos así lo recordaría cuarenta años más tarde.[5]

Ya a finales de julio se había instalado en Aosta un batallón de granaderos alemanes. Y tras el anuncio del armisticio, el 8 de septiembre, los acontecimientos se habían precipitado. La noche del día 10 ya se había impuesto en Turín el mando de la Wehrmacht, y en apenas cuatro días los alemanes se hicieron con el control de Ivrea, del Canavese y del valle de Aosta hasta la capital. Mientras tanto, y por orden de Hitler, Mussolini había sido liberado por un comando de paracaidistas en el Gran Sasso y se disponía a tomar el mando de la llamada República de Salò. En la provincia de Aosta, rápidamente los fascistas (no muchos, poco más de un millar, frente a los más de treinta mil de antes del 25 de julio) se reorganizaron políticamente en torno a la autoridad alemana y a los distintos servicios de la policía nazi.[6] Rápidamente también, aunque de forma poco profesional, se movilizaron los antifascistas. En Ivrea, un grupo de obreros de la Olivetti sustrajeron de noche armas y municiones del cuartel de los carabineros: las escondieron en casa de uno de los obreros subiendo por el balcón dos ametralladoras demasiado grandes para pasar por las escaleras.[7] En Châtillon, el conde Charles Passerin d’Entrèves contó con la ayuda del vicario de la parroquia para transportar a una cueva sobre el cementerio los fusiles ametralladora y las cajas de municiones abandonadas por los soldados en fuga en los locales de la artillería antiaérea.[8]

Primo Levi se encontraba a pocos kilómetros de allí. Llegó al pueblo de Saint-Vincent —prácticamente pegado al pueblo de Châtillon— la noche del 9 de septiembre, y la mañana del 12 se reunieron con él su madre Ester (Rina) y su hermana Anna Maria (su padre, Cesare, había muerto un año

antes); recurrieron a una familia de parientes judíos, los Segre, que tenían una casa alquilada en Saint-Vincent.[9] Cinco días después, los tres Levi hicieron de nuevo las maletas, aunque sin salir del municipio. A pie o a lomos de un mulo, subieron a la que los lugareños llamaban la «colina» para hospedarse en el hotel Ristoro, el único de Amay, una aldea situada mucho más arriba del núcleo principal de Saint-Vincent, a 1.425 metros de altura, un poco por debajo del Col de Joux. Dos días más tarde, Primo Levi cruzó el paso para llegar al valle de Ayas. Tenía una especie de cita en una cantina que se encontraba por encima de Saint-Jacques, en Fiéry, con una decena de amigos o conocidos: entre ellos se encontraban los Bonfiglioli, judíos de Turín, y los Finzi, judíos de Asti. Un único punto en el orden del día, 19 de septiembre de 1943: cómo buscar la salvación en Suiza.[10]

Al parecer, solo disponían de dos alternativas. Se podía salir del valle de Ayas por la cercana Valtournenche y elegir la opción del teleférico, que, desde la cuenca de Cervinia, subía al Plateau Rosa para descender luego hacia Zermatt: con esta opción se arriesgaban a entregarse directamente a los alemanes, si a estos se les ocurría vigilar las estaciones del teleférico. O bien se podía intentar una travesía otoñal del hielo del monte Rosa. Con los peligros que sin duda comportaba el alpinismo, y con el riesgo que suponía la poca fiabilidad de los *passeurs*,[11] «contrabandistas» acostumbrados a cruzar la frontera transportando cualquier mercancía ilegal, a quienes las circunstancias de la guerra ofrecían la posibilidad de ganar dinero transportando ilegalmente a hombres y mujeres cuya vida corría peligro.[12] Para esquivar a la policía fronteriza, los contrabandistas exigían una cantidad que oscilaba entre 5.000 y 15.000 liras por persona.[13] Pero a veces ocurría que los menos fiables, al encontrarse con dificultades imprevistas, abandonaban a los clandestinos en plena montaña y desaparecían. Todas estas razones explican el hecho de que la reunión de doce judíos

piamonteses en una cantina de Fiéry, el 19 de septiembre de 1943, se disolviera sin llegar a ningún acuerdo.[14]

Levi regresó a Amay, donde pasaría de forma casi ininterrumpida los tres meses que lo separaban de su captura por parte de la milicia. «Hay muchos pueblecitos dispersos en una cuenca, además hay una… un minúsculo campanario que se llama Amay», así lo recordaba el escritor treinta años más tarde, en una charla de 1973 con un jovencísimo amigo de la familia.[15] Levi regresó al hotel Ristoro junto a su madre y su hermana. Desde luego no era un alojamiento de lujo, un término medio entre una posada para viajeros y un refugio para excursionistas. Los gerentes, Eleuterio Page y Maria Varisellaz, fueron muy amables y les ofrecieron habitaciones con agua corriente a un precio módico.[16] De modo que instalados en el último piso del hotel, en las habitaciones construidas bajo el desván, los Levi podían sentirse relativamente a gusto, en la medida en que lo permitía la singular dureza de los tiempos.

Yo descubrí el pueblecito de Amay un día soleado del mes de septiembre de 2011. Hacía años que estaba estudiando el tema de los partisanos del Col de Joux, esta historia de resistencia y de Primo Levi en la Resistencia, pero todavía no había realizado ninguna inspección, no había explorado el escenario principal de la trama. Durante años, al pasar en coche desde Saint-Vincent en dirección a Turín o a Ginebra, alzaba la vista hacia la «colina» donde sabía que estaba Amay; durante años reconocí, desde el fondo del valle, los perfiles de las casas disimuladas entre el verde de la vegetación o dibujadas sobre el blanco de la nieve. Pero ni una sola vez salí de la autopista para ascender por las curvas de aquella colina, llegar al pueblo tras media hora de marcha, aparcar el coche donde se ensancha la carretera provincial y bajar por las callejuelas de una aldea prácticamente deshabitada. Nunca me había decidido a recorrerlo con mis propios pies y a

mirarlo con mis propios ojos. Había olvidado la lección de Richard Cobb, estudioso británico de la Revolución francesa, para quien la historia ha de ser recorrida a pie además de leída, ha de ser visitada *in situ* además de en las páginas de los libros o en las carpetas de los archivos.

Creo que no llegué a profundizar en la experiencia partisana de Levi hasta que visité Amay. Hasta que vi el hotel Ristoro, transformado hoy en un bloque de viviendas en cuya fachada se puede leer todavía el nombre que unos nuevos gerentes le atribuyeron ambiciosamente en la posguerra, Chalet Beau Séjour; hasta que vi, justo al lado del antiguo hotel, el minúsculo campanario que se llama Amay, esto es, la capilla casi de ficción, de libro ilustrado para niños, erigida en el siglo XVII en honor de san Grato; hasta que contemplé, sobre todo, el asombroso paisaje que en los días de buen tiempo del otoño de 1943 debía de ofrecerse a la vista de los huéspedes de la buhardilla del Ristoro, me estuve negando la oportunidad de investigar una característica fundamental de cualquier experiencia de resistencia, incluida la experiencia de Primo Levi: el carácter telúrico de la experiencia partisana,[17] su definición como una relación directa entre el rebelde y la tierra que lo rodea. Hasta que estuve en Amay, no pude entender hasta qué punto era difícil, casi imposible, la Resistencia desde un lugar como aquel.

Porque Amay es un lugar demasiado luminoso, demasiado aéreo, demasiado transparente para ser el escenario de una guerra, y menos aún de una guerrilla. Amay sigue siendo un lugar encantador, pese a su aspecto de aldea fantasma. Desiertas sus tres o cuatro callejuelas, cerrada a cal y canto la capilla de san Grato, en ruinas heniles y graneros, pero extraordinariamente sugerente el panorama que desde la aldea se extiende hacia gran parte del valle de Aosta; no solo Saint-Vincent y Châtillon, pueblos de juguete novecientos metros más abajo, también la llanura de

Aosta, treinta kilómetros al oeste, y las nieves perpetuas del monte Rutor y hasta, allá arriba en el cielo, la cinta brillante del Mont Blanc. Pero justo por ser un lugar tan increíblemente abierto, Amay sería el último rincón que un partisano sensato elegiría como base para echarse al monte. Es cierto que, por su condición de balcón asomado a la llanura, Amay ofrecía a los rebeldes la posibilidad de divisar con antelación las posibles incursiones enemigas. Solo que la transparencia amenazaba con funcionar también en el otro sentido, si se disponía de unos anteojos. Muy distinta es, un poco más arriba, la situación de Frumy, la zona de pastos de estío donde en el otoño de 1943 se instaló el grueso (¡una docena de hombres!) de la banda del Col de Joux. Los refugios de Frumy están apartados de las curvas de la carretera que sube hacia el puerto, e invisibles, si no desde arriba, al menos desde abajo, desde el fondo del valle. En resumen, no hay nada en Frumy de la increíble visibilidad de Amay.

Desde hacía siglos, Amay era un lugar de parada en la antiquísima ruta de la sal y del vino que unía Aosta con Suiza a través del Col de Joux, el valle de Ayas y el paso del Teodulo. El declive del pueblo empezó en el siglo XIX, pero en las décadas de 1920 y 1930 el avance del turismo, aunque lento, ofreció alguna posibilidad de recuperación. ¿No hablaba el periodista Curio Mortari, en un reportaje de *La Stampa* de junio de 1932, de la colina de Saint-Vincent como de un «El Dorado alpino» y de Amay, «delicioso pueblo de contornos esmeraldinos», como de un país de jauja al alcance de la mano? En el mismo artículo, Mortari compartía con los lectores del periódico turinés una historia (o una leyenda) que los habitantes del valle se habían ido transmitiendo de generación en generación. Un día de mayo de 1800, cuando el ejército francés trataba de imponerse en el valle de Aosta venciendo la resistencia de los austríacos en el fuerte de Bard, Napoleón en persona subió a la colina para realizar un reconocimiento, con la intención

de sorprender al enemigo por la espalda a través del Col de Joux y el Col Ranzola. Y Napoleón se detuvo en la hostería de Amay y bebió «vino rosado de Carema» en una copa que fue debidamente conservada, y que se mostraba con orgullo a los huéspedes del Ristoro.[18]

La caída

Durante la que sería su última noche como hombre libre antes del alba de nieve del 13 de diciembre de 1943, Primo Levi charló con una amiga —«se interesaba por todo»— sobre los famosos caballos Lipizzaner, domados desde hace siglos en la Escuela Española de Equitación de Viena por deseo del emperador de los Habsburgo.[19] Podría muy bien ser que el Levi aún libre se interesara también por la curiosa historia de Napoleón en Amay en 1800, y por la copa de vino que se bebió de un trago el Primer Cónsul en la misma hostería donde la familia Levi realizaba sus comidas. En cualquier caso, la presencia de aquella familia al completo en el ya improbable El Dorado de Amay sirve para describir la situación de Levi en los últimos días de septiembre de 1943. Era una situación que sería absurdo definir de turística; para los Levi, la prolongación septembrina de las vacaciones de agosto era una prolongación forzosa, basada en la hipótesis de que en la Italia ocupada por los alemanes los judíos corrían menos peligro en la montaña que en la ciudad. Sin embargo, se trataba de una situación que podríamos considerar doméstica, lo más alejada posible del cliché épico de los primeros partisanos de la montaña.[20]

Al igual que otros amigos suyos de origen judío, el joven turinés de veinticuatro años no subió a los montes tras el 8 de septiembre por razones directamente militares o intrínsecamente políticas. No subió para evitar ser

llamado a filas, porque si desde 1938 los varones adultos de «raza judía» estaban dispensados del servicio militar, mucho más lo estarían en la Italia colaboracionista de Salò. No subió para echarse al monte y dedicarse a la guerrilla, ya que habría sido ilógico hacerlo llevándose consigo a la hermana menor y a la madre de cincuenta años. Ni subió respondiendo a la llamada ideal de una resistencia antifascista, porque apenas había habido una llamada de ese tipo inmediatamente después del 8 de septiembre, la resistencia de la gente no se había convertido de pronto en una Resistencia con mayúsculas. Por supuesto, el Primo Levi de septiembre de 1943 era un hombre que había tomado partido contra el fascismo: lo había hecho desde hacía al menos un año, desde que había formado un grupo —en el Milán de 1942— con media docena de judíos turineses reunidos por razones de trabajo a la sombra de la Madonnina. Empujados por una carismática prima del propio Primo, Ada Della Torre, Levi y sus compañeros se habían acercado al Partido de Acción antes del 25 de julio de 1943, y habían desarrollado incluso cierta actividad clandestina.[21] Pero a la caída de Mussolini, no fueron capaces de transformar su disposición antifascista en una resolución concreta política o militar. De modo que, tras el 8 de septiembre, reaccionaron al trauma de la ocupación más como judíos en peligro que como rebeldes de primera hora.

El grupo estaba formado por Luciana Nissim, que se alojaba con sus padres en Challand-Saint-Anselme, en la parte baja del valle de Ayas, y entretanto se mantenía en contacto con Vanda Maestro, que, junto con su hermano Aldo, había encontrado acomodo en Valtournenche. Licenciada la una en medicina y la otra en química, Luciana y Vanda se contaban entre las mejores amigas de Primo Levi. Había comenzado a relacionarse con él en la época de Milán, y no sabían aún lo que compartirían juntos cinco meses más tarde: el vagón sellado y la deportación a Polonia. Otro de los

integrantes del grupo era Eugenio Gentili Tedeschi —el arquitecto que, junto con Ada Della Torre, había sido en cierto modo el alma de la banda milanesa de judíos turineses—,[22] refugiado mucho más al oeste en el valle de Aosta, en una aldea de La Salle. También estaba Ada, que se marchó de Milán para ir a trabajar a la Olivetti y que, por tanto, era valdostana, ya que la ciudad de Ivrea formaba parte entonces de la provincia administrativa de Aosta. El último miembro del grupo era Silvio Ortona (que acabaría casándose con Ada), evacuado a un pueblecito del Biellese, a corta distancia de la embocadura del valle de Aosta.

Un día de octubre, Vanda y Aldo Maestro intentaron pasar a Suiza saliendo por Valtournenche. Fracasado el intento, Aldo regresó al llano mientras que Vanda decidió reunirse con Luciana Nissim en el valle de Ayas. Las fechas de estos traslados son difíciles de precisar. Con toda seguridad Vanda se hallaba todavía en Valtournenche el 10 de octubre, cuando envió a una amiga de la época de Milán, Clara Consonni, una carta en un tono extrañamente frívolo que contrastaba con la evidente gravedad del momento: novelas rosa que le habían encantado, cigarrillos hechos a mano que le habían desagradado, la nostalgia de los amigos, y «una ligera esperanza de pasar en vuestra compañía el año nuevo» si se acabara pronto «este terrible tiempo».[23] Ni siquiera se sabe con certeza cuándo Vanda y Luciana decidieron separarse de la familia Nissim y llegaron, desde Challand-Saint-Anselme, primero a Brusson en el mismo valle de Ayas, y luego —más allá del Col de Joux— junto a Primo Levi al Ristoro de Amay, probablemente muy avanzado ya el otoño, entre finales de noviembre y principios de diciembre. «No lo recuerdo —diría Luciana Nissim medio siglo después—; sé que nosotras dos, vestidas con pantalones de esquí, subimos y nos instalamos en aquel hotelito.»[24]

Según recordaría Eugenio Gentili Tedeschi, a principios de diciembre

Vanda Maestro recorrió buena parte del valle de Aosta de este a oeste, subió hasta La Salle con objeto de persuadir al amigo para que se reuniera con el grupito de los otros judíos en la zona del Col de Joux. Vanda describió a Eugenio con optimismo la situación de Brusson y alrededores. «Me dijo: "Contamos con una gran colaboración por parte de la población civil, incluso la mujer del *podestà* teje calcetines de lana para los partisanos, para el invierno".» Eugenio no se dejó contagiar en absoluto por el optimismo de Vanda. «Le dije: "Yo no voy, y tened la precaución de cambiar de inmediato de sitio, dejad el lugar donde estáis, id a otra parte donde nadie os conozca, y actuad de manera completamente distinta, porque los riesgos son gravísimos". "No, pero quién…" "De acuerdo", le respondí.» Los dos amigos no volverían a verse nunca más.[25]

Entretanto, se movían por ambas laderas del Col de Joux otros judíos turineses, unidos por vínculos diversos a Levi o a sus compañeras, y con diversas relaciones de parentesco entre sí o con ellos. Uno era Paolo Todros, un joven médico.[26] Y estaban también Emilio y Guido Bachi, que tienen mayor importancia para nuestra historia. Los hermanos Bachi no pertenecían a la misma generación que Levi, la quinta de 1919: tenían unos diez años más, de modo que, aun procediendo del mismo mundo, habían llevado una vida significativamente distinta. Nacidos uno en 1907 y el otro en 1909, Emilio y Guido tenían edad suficiente para acordarse de cuando, siendo niños, habían celebrado con los mayores las hazañas de Vittorio Veneto y el triunfo italiano en la Primera Guerra Mundial.[27] Se habían hecho adultos bajo el régimen de Mussolini, pero mucho antes de la promulgación de las leyes raciales. Acabados los estudios universitarios, ambos tuvieron tiempo de prestar el servicio militar antes de que la legislación de 1938 hiciese de Levi y de los judíos contemporáneos suyos unos parias de la Italia fascista: excluidos tanto del Ejército Real como de la

Aviación o de la Marina, indignos de llevar cualquier uniforme, no aptos para la lucha viril.[28]

Las fotografías de archivo de la familia muestran la imagen de un Emilio Bachi robusto, de ojos azules y cabello rubio; y de un Guido, de menor estatura, con el cabello negro y los ojos oscuros. En cuanto a los documentos de archivo, los de Elena Bachi —cuñada de Emilio— recuerdan en tono menor una especie de *Jardín de los Finzi-Contini*, una versión subalpina del microcosmos ferrarense de los años treinta trasladado a la literatura por Giorgio Bassani. Más político, a decir verdad, el perfil de los Bachi que el de los Finzi-Contini: el padre de Emilio y Guido, Donato, era un viejo socialista que tras la Primera Guerra Mundial impulsó junto con Camillo Olivetti, el ingeniero fundador de la fábrica de Ivrea, una revista cultural *Tempi Nuovi*, obligada muy pronto a cerrar por orden del fascismo.[29] Donato Bachi pasó luego el Ventenio sin ensuciarse prácticamente las manos: colaboró en *La Nostra Bandiera*, la revista absolutamente fascista de los judíos turineses reunidos en torno a Ettore Ovazza, solo con artículos de cultura bíblica.[30] Asegurador de oficio, Bachi permaneció lo suficientemente unido a los Olivetti como para continuar por cuenta de ellos la colonia de verano de la fábrica en el valle de Ayas,[31] y siguió siendo lo suficientemente odiado por el régimen como para ser condenado en 1940 a un período de confinamiento policial, primero en los Abruzos y luego en las Marcas.[32] Pero al margen de todo esto, la historia turinesa de los Bachi se parece incluso demasiado a la historia ferrarense evocada por Bassani. Es la historia del hundimiento de los judíos italianos, de su caída, no se sabe si más inadvertida o más desconcertante, de la abundancia a la privación.

Tengo ante mis ojos la reproducción de una fotografía. La anotación pone «Bardonecchia, julio de 1935», pero cuesta poco imaginarla como una

ilustración *ante litteram* de la novela de Bassani, que gira en torno al campo de tenis de los Finzi-Contini como en torno al símbolo de su inocente miopía, de su inconsciente aunque anunciada derrota en el match de la vida. En una pausa del juego, una decena de chicos y chicas posan delante del objetivo, cada uno con su raqueta de tenis en la mano. O tal vez, para ser más exactos, posan antes de jugar: no están despeinados ni sudados, todos aparecen impecablemente vestidos con su ropa deportiva, traje blanco para las chicas, notas de color en la ropa de los chicos. Hay uno que tiene ganas de broma: oculto detrás de otro, apunta sobre su cabeza un par de cuernos. Elena Bachi es la segunda a la izquierda (la tercera, si contamos un muchacho que queda parcialmente fuera de la imagen). El tercero por la derecha, con la cabeza cubierta por una blanca gorrita de niño, es Primo Levi a los dieciséis años. Sonríe seguro e insinúa, me parece ver, un tímido saludo con la mano.[33]

Elena Bachi se casaría en primer lugar con un primo de Levi, Roberto Levi, una unión iniciada sin amor y concluida en tragedia. Pero esto ya forma parte de la historia de la caída. Antes de resignarse a un matrimonio concertado en el entorno opresivo de las discriminaciones raciales y casi tristemente celebrado en febrero de 1943, Elena había vivido con plenitud su condición de muchacha privilegiada, cuando todavía se podía crecer como judío italiano sin que te faltara nada: estudios, deporte, bridge, viajes. En Roma, un día de otoño de 1933, Elena y su hermana Luisella tuvieron incluso el honor de conocer, en una comida celebrada en villa Camilluccia, a Vittorio y Bruno Mussolini, los hijos del Duce. Dos años y medio más tarde, a principios de mayo de 1936, celebraron con la *jet set* de la comunidad judía turinesa —en la villa de los Ovazza, en Moncalieri— la conquista de Addis Abeba: la victoria italiana en la guerra de Etiopía y el nacimiento del Imperio fascista. Luisella se había casado entretanto con

Emilio Bachi (homónimo, pero no pariente). Elena, en cambio, mantenía una vida sentimental agitada, no se contentaba con los grises pretendientes judíos que le proponía la familia, sino que flirteaba con cualquier jovencito de «raza Piave», finalistas en los Littoriali, campeones de tenis, de atletismo o de esquí.[34]

Bardonecchia, Sestrière, Courmayeur, Cervinia: cuántos relatos de vacaciones en la montaña llenaron las páginas del diario de Elena Bachi antes del verano de 1938. Para Elena, como para Primo Levi, el verano de Cogne. Julio, el hotel Miramonti, el prado, el tenis, los paseos por las alturas con el hielo del Gran Paradiso al fondo: pero en los periódicos el *Manifiesto de los científicos racistas*, y el anuncio político de las leyes antijudías. «¡Estamos todos muy preocupados! —anotó Elena en su diario —; ¡que nosotros tengamos que marcharnos también del país, como les ha ocurrido a los judíos alemanes!»[35] El 31 de julio, Primo Levi celebró así sus diecinueve años.[36] Se hallaba en Cogne, rodeado de numerosos parientes y amigos, las vacaciones coronaban un año de universidad concluido con éxito; sin embargo, «por fuera de las paredes del Instituto Químico —escribió en *El sistema periódico*— era de noche, la noche de Europa».[37] Pese a su llamativa ligereza, también Elena Bachi era consciente de la situación. El 16 de septiembre de 1938 escribió en su diario: «Estoy hundida a causa de la terrible campaña antisemita de la que no quiero hablar, porque tendría que estar escribiendo mil horas sin parar. Es algo espantoso, y el 1 de octubre se adoptarán otras medidas. ¡Adiós bailes, adiós fiestas y risas despreocupadas! ¡Quién sabe adónde iremos a parar!».[38]

Orden policial n.º 5

Para el centenar de habitantes de Amay, así como para los más de dos mil de Saint-Vincent, y para los noventa mil de toda la provincia de Aosta, el hecho de que tras el 8 de septiembre decenas de judíos piamonteses se refugiaran en la montaña huyendo de los nazis distaba mucho de constituir su principal preocupación.

La guerra mundial arreciaba desde hacía tres años, los reveses de las fuerzas armadas italianas habían sembrado la ansiedad, la desesperación y el luto en todos los hogares; las dificultades de las familias habían llegado a ser de tal magnitud que ni siquiera la caída de Mussolini, el 25 de julio, había alejado de las «masas empobrecidas» del valle de Aosta la «pesadilla personal», «la preocupación animal de la comida». Esa era la impresión de Émile Chanoux, el notario antifascista que sería el mártir más insigne de la Resistencia valdostana, y no hay razones para poner en duda la exactitud de sus palabras.[39] Por otra parte, el análisis de Chanoux halla una confirmación indirecta —aunque de tono opuesto— en los informes del prefecto Cesare Augusto Carnazzi, al frente de la provincia por encargo de la República de Salò desde octubre de 1943. Las gentes del valle de Aosta no se ocupaban de política ni de diplomacia, ni de cualquier otra cosa que fuera ajena a su famélico egoísmo. «La ocultación de los productos lácteos y su venta a precios desmesurados es, para ellos, la expresión más interesante de la guerra»; para los valdostanos, guerra mundial y guerra civil se reducían a una cuestión de leche, mantequilla y queso.[40]

En los primeros meses posteriores al inicio de la ocupación alemana, era absolutamente evidente, aunque impreciso desde un punto de vista administrativo, que la vida de los judíos italianos corría peligro. Quince días después del 8 de septiembre, la Dirección General para la Seguridad del Reich comunicó a los servicios de policía alemanes establecidos en Roma la

orden de «expulsión hacia el este» de todos los judíos de nacionalidad italiana. La relativa lentitud en la organización institucional de la República de Salò obligó a los alemanes a actuar contra los judíos contando exclusivamente con sus fuerzas, pues la eficacia de la colaboración por parte de la policía italiana quedaba limitada. Esto no impidió que, entre septiembre y octubre, se llevaran a cabo las primeras redadas y las primeras matanzas en la provincia de Bolzano, en Cuneo y en las orillas piamontesas del lago Mayor; ni impidió —el 16 de octubre de 1943— la impresionante operación alemana en el gueto de Roma, la detención y deportación hacia Auschwitz de más de mil judíos: hombres, mujeres, ancianos y niños. Sin embargo, hubo que esperar al 30 de noviembre para que el Ministerio del Interior de la República Social italiana dictara la orden policial n.º 5, que disponía la detención de «todos los judíos» presentes en el territorio de la República, fuese cual fuera su nacionalidad, y su concentración en campos dispuestos a tal efecto, en espera de ser deportados a los Lager.[41]

Las gentes del valle de Aosta reaccionaron con una mezcla de actitudes opuestas ante la afluencia de judíos italianos o extranjeros que buscaban una ocasión para pasar de manera clandestina a Suiza o bien, simplemente, confiaban en ser menos visibles en la montaña que en la ciudad. Por un lado, los habitantes del valle consideraron esta afluencia como una dificultad suplementaria a la que hacer frente, puesto que los prófugos judíos también eran bocas que alimentar y amenazaban con menguar aún más los escasos recursos disponibles. Por otra parte, los lugareños reconocieron que se les presentaba una inesperada oportunidad económica, ya que los judíos estaban mucho más dispuestos a pagar por la comida y el hospedaje, teniendo en cuenta que no hacían turismo, sino que luchaban por su supervivencia. Y al contraste de posturas había que añadir un contraste de sentimientos. Por un lado, la situación de los judíos suscitó en los

valdostanos un movimiento natural de comprensión humana, o de piedad cristiana. Por el otro, las condiciones de necesidad en que se encontraban los propios valdostanos les indujeron a sacar el máximo provecho del drama judío, hasta el punto de imponer a los fugitivos tarifas de hospedaje auténticamente abusivas.[42]

Al contrario de lo que cabría suponer, los habitantes de Saint-Vincent habían adquirido durante la guerra una notable familiaridad con la figura del judío errante, como consecuencia indirecta del desarrollo de la ocupación de los Balcanes por parte de los países del Eje. Durante la segunda mitad de 1941, las redadas y las matanzas perpetradas en Serbia y en Croacia por las fuerzas alemanas y por los colaboracionistas ustachis provocaron la huida de miles de judíos hacia la zona de ocupación italiana de Yugoslavia, movidos por la razonable esperanza de que los soldados de Mussolini les dispensaran un trato menos inhumano que los soldados de Hitler. Unos dos mil judíos fugitivos fueron transportados de Dalmacia a Italia. El gobierno decretó el internamiento civil en la provincia de Aosta para 250 de estos dos mil judíos, y un centenar —exactamente 101— fueron alojados por las autoridades valdostanas «en hoteles o habitaciones amuebladas» de San Vincenzo della Fonte (el nombre de Saint-Vincent italianizado por los fascistas), adonde llegaron entre finales de 1941 y los primeros meses de 1942.[43]

Si se considera que la población total de Saint-Vincent era aproximadamente de 2.200 habitantes, se entiende el impacto que pudieron tener sobre la comunidad local tanto la llegada imprevista como la prolongada presencia de un número tan importante de judíos extranjeros. La mayor parte de esas 101 personas permanecieron allí hasta febrero de 1943, cuando el Ministerio del Interior ordenó su traslado a Calabria, al campo de internamiento civil de Ferramonti, mientras que 29 fueron autorizados por

la prefectura a permanecer en Sain-Vincent, debido a su «avanzada edad» o a la «gravedad» de sus condiciones de salud, aunque tanto unos como otros seguirían sometidos a la «más estrecha vigilancia» para impedir que se dedicaran a la «propaganda subversiva».[44] Y hasta el 8 de septiembre de 1943, tanto el jefe de policía como el prefecto de Aosta gestionaron con moderación la presencia en el territorio de los judíos yugoslavos. Incluso se enfrentaron al Ministerio del Interior por la orden de traslado a Calabria de los internados más frágiles debido a la edad o a razones de salud.

Impaciente se mostró, en cambio, el secretario federal de Aosta, Cesare Augusto Carnazzi, la persona que tras el 8 de septiembre apareció en la escena valdostana como jefe provincial de la República Social. Acérrimo antisemita desde julio de 1942, cuando en un informe reservado Carnazzi denunció al prefecto que «centenares de judíos yugoslavos y croatas con sus respectivas familias» habían elegido «meticulosamente apartamentos, chalets y habitaciones en hoteles, es decir, los mejores locales que solían reservarse en verano para las familias turinesas». Pero los judíos de los Balcanes no se habían limitado a eso. «Estando bien provistos de dinero», arramblaban con todo tipo de alimentos, «estuvieran o no inscritos». Peor aún: «Algunos hasta hablan un poco de italiano y han encontrado una forma inteligente de hacer propaganda contra el Eje: murmurar supuestas atrocidades cometidas por oficiales alemanes cuando tuvieron que abandonar sus países de origen».[45]

Diecisiete de los veintinueve judíos que no fueron trasladados a Calabria seguían internados en Saint-Vincent el 19 de noviembre de 1943. «Nunca se han alejado de este municipio donde siempre han permanecido incluso durante y después de los recientes acontecimientos», explicaba, aludiendo púdicamente al 25 de julio y al 8 de septiembre, el vicebrigadier que había quedado al mando del cuartel local de los carabineros.[46] Faltaban entonces

unos pocos días para el 30 de noviembre, fecha en la que el Ministerio del Interior de Salò dictó la fatídica orden policial n.º 5, una orden de detención generalizada dirigida también contra esos últimos prófugos yugoslavos de Saint-Vincent: los Solomon, los Medina, los Bararon y los Levi. Y dirigida contra tres Levis italianos que diez semanas antes se habían refugiado novecientos metros más arriba, en el hotel Ristoro de Amay.

Podemos intentar imaginar cómo era la vida de Primo Levi, de su madre y de su hermana en el hotelito de Amay, pero apenas disponemos de documentación que nos ayude a convertir el intento en algo más que un acto de fantasía. Uno de los pocos datos ciertos es la participación de Levi, en calidad de testigo, en una boda celebrada en el municipio de Saint-Vincent el 23 de octubre de 1943. Los novios —ambos de «raza judía», como el *podestà* de Ivrea bien se encargó de señalar al prefecto y al jefe de policía, aunque estaba debidamente consignado en el acta matrimonial—[47] eran el ingeniero Giorgio Fubini, empleado de la Olivetti, y la señora Lia Segre, residente en Turín y refugiada en San Vincenzo della Fonte. La novia era una prima de Levi, mientras que el otro testigo era un amigo suyo de toda la vida, el ingeniero Livio Norzi. Las amonestaciones previstas por la ley se habían realizado con toda normalidad. Y las firmas al pie del acta se leían perfectamente: el novio, la novia y los dos testigos. En resumen, la celebración de esta boda nos habla de la imposible normalidad que algunos judíos italianos andaban buscando cuando ya la maquinaria de la Solución Final se había puesto en marcha a su alrededor. Cuando ya la máquina del exterminio había atacado a un pedazo de la familia Levi, y lo había triturado (sin que, por otra parte, los huéspedes del Ristoro pudieran saberlo).

Había ocurrido en el lago de Orta el 15 de septiembre, con una cruel precocidad respecto a los tiempos de la Shoah italiana. El tío paterno de

Primo y Anna Maria, el oculista turinés Mario Levi, y su hijo y primo Roberto, fueron arrestados por los alemanes en pleno centro del pueblo de Orta. Conducidos a Meina, en el lago Mayor, fueron asesinados el 23 de septiembre junto con varias decenas de judíos griegos, turcos e italianos, hombres y mujeres, a quienes las SS habían detenido en el hotel más elegante de la pequeña ciudad; luego, los cadáveres de las víctimas fueron arrojados al lago con una piedra atada al cuello.[48] En aquellos inicios italianos de la Shoah, ocurría además que las mujeres parecían ser presas menos preciadas que los hombres. No así en Meina, pero sí en Orta, donde se perdonó a la mujer de Mario Levi, Emma Coen, y a su nuera, Elena Bachi: la Elena que hemos aprendido a conocer en la vital confidencia de su diario a los dieciocho o veinte años, entre una partida de tenis con Primo Levi y un eslalon en las pistas con Emilio y Guido Bachi, y que la caída de los judíos italianos había entregado a un destino de esposa reluctante antes aún que de joven viuda.

Tampoco distinguieron entre hombres y mujeres los oficiales de las SS que dos semanas más tarde, a principios de octubre, consiguieron capturar a la familia Ovazza al completo, padre, madre, hijo e hija: los judíos turineses que impulsados por el cabeza de familia, Ettore, habían representado en los años treinta la encarnación de una judeidad fascista al pie de la Mole.[49] Interceptados en el valle de Gressoney, en el hotel Lyskamm de Saint-Jean, mientras buscaban una oportunidad para pasar clandestinamente a Suiza, los Ovazza fueron arrestados, despojados de su notable fortuna, transportados a Intra en el lago Mayor, fusilados en el sótano de una escuela y quemados en la caldera del instituto.[50] Pero ninguna de estas dos primeras tragedias de judíos turineses fue de inmediato de dominio público. En la Italia ocupada, las noticias no circulaban libremente. Los diarios colaboracionistas silenciaban, como es natural, las actuaciones más

sanguinarias de los destacamentos alemanes. Y la necesidad que tenían los judíos de huir, camuflarse y esconderse les impedía comunicarse adecuadamente entre sí, aunque fuese para informar de novedades luctuosas.

La que sí debió de circular a la velocidad de un rayo fue la noticia de la orden policial n.º 5, desde el lago de Garda donde estaban los ministerios de la República Social hasta cualquier rincón de la Italia ocupada —ciudad o campo, mar o montaña—, donde hubiera algún judío escondido en espera de tiempos mejores.[51] Incluido el valle de Aosta, incluida la colina de Saint-Vincent, incluido el minúsculo campanario que se llama Amay. Es lo que cabe deducir del testimonio de Anna Maria Levi, según el cual ella y su madre abandonaron el hotel Ristoro el 1 de diciembre de 1943, al día siguiente de que se hiciera pública la orden policial n.º 5. Sin perder ni un minuto. Y sin que el hermano aprobara esta decisión, la decisión de abandonar la montaña por el llano, con la esperanza de encontrar en los campos en torno a Turín un refugio eficaz contra las policías alemana o italiana. «Primo no estaba demasiado de acuerdo», diría Anna Maria en 2009. Para esquivar la resistencia del hermano, parece ser que Anna Maria organizó a escondidas su partida de Amay junto con su madre.[52]

El hecho de que Primo Levi no aprobara la marcha de las dos mujeres atestigua la preocupación del hijo primogénito de una viuda ante la perspectiva de no poder hacerse cargo ya directamente del destino de su madre y de su hermana menor. Pero el desacuerdo de Levi también da fe, indirectamente, de su resistencia a la perspectiva de ser el único de la familia que se quedaba en la montaña; como partisano, para luchar en una Resistencia que todavía no se llamaba así y que sin embargo justo en aquellos días, entre finales de noviembre y principios de diciembre de 1943, estaba adquiriendo en la zona del Col de Joux una verdadera consistencia,

estaba transformándose en una realidad. Mientras su madre y su hermana permanecieran en la buhardilla del Ristoro, Levi sería un judío de la ciudad huido con su familia a un pueblo alpino para esquivar la persecución de los depredadores nazifascistas. El día que la madre y la hermana se marcharan —el día que se marcharon—, ¿en qué se convertiría? ¿Seguiría siendo un prófugo judío oculto con más o menos acierto en la hostería de Amay, o se convertiría en un rebelde integrado en una banda reunida apenas un poco más arriba, a diez minutos a pie de allí, en los refugios de Frumy?

El honor de las armas

Para los judíos, las cosas no eran como para los demás. Tras el 8 de septiembre de 1943, el problema de la elección —la elección entre tres posibilidades: quedarse en casa, alistarse en las filas de la República Social o unirse a los partisanos en la montaña o en la ciudad— no se planteó en los mismos términos para los italianos de origen judío que para los otros italianos en edad de combatir. La segunda opción, alistarse en las filas de Salò, no existía: a Salò no le interesaban los judíos para convertirlos en soldados, sino para deportarlos a un Lager. Incluso la primera opción resultaba impracticable: en la Italia ocupada por los alemanes, quedarse en casa equivalía para los judíos a tener ya un pie en el vagón sellado. En teoría, incluso los «arios» corrían un gran riesgo quedándose en casa, haciendo oídos sordos a los bandos de alistamiento cada vez más severos promulgados por la República de Salò; en la práctica, las instituciones neofascistas no tenían ni capacidad militar ni interés político en perseguir y castigar a centenares de miles de renuentes a la leva.[53] De modo que, en el

caso de los judíos, el problema de la elección se redujo únicamente a una dura alternativa: o esconderse en algún lugar, o hacerse partisano.

La dureza de la disyuntiva ayuda a explicar por qué en las filas de la Resistencia los italianos de origen judío eran muchos más de lo que cabría esperar dada su proporción numérica sobre el total de la población nacional. En resumen, tras la Liberación, cerca de un millar fueron reconocidos oficialmente como partisanos combatientes (y a otros mil se les reconoció el estatus de «patriotas»), en verdad muchos, si se tiene en cuenta que el número total de judíos italianos (sin distinción de sexo ni edad) no superaba entonces los 35.000.[54] Forzados a tomar una decisión que Primo Levi también tuvo que tomar desde el hotelito valdostano de Amay, después de que los republicanos de Salò publicaran la orden policial n.º 5 y después de que su madre y su hermana descendieran al llano, fueron muchos los judíos que, obligados a elegir entre esconderse o luchar, optaron por empuñar las armas.[55]

Tomar del mal el remedio del mal: el diario partisano del turinés Emanuele Artom representa un documento sumamente expresivo sobre el valor de este desafío. En teoría, Artom parecía corresponder incluso demasiado al estereotipo del judío todo libro y nada fusil. Hermano mayor de un compañero de escuela de Primo Levi (Ennio, *enfant prodige* fallecido en 1940 en Courmayeur en un banal accidente de montaña),[56] desde la adolescencia Emanuele había sido objeto de burla por parte de sus compañeros debido a la desarmante fragilidad de su condición física, que contrastaba con la evidente robustez de su constitución mental; en la primera mitad de la década de 1930, en el liceo clásico D'Azeglio, decir Artom era como decir un empollón empedernido, y sugerir un contraejemplo de virilidad.[57] Y, sin embargo, diez años más tarde, en el momento de la prueba suprema de la ocupación alemana y de la Guerra

Civil, Artom abandonó Turín por los valles del Pinerolo y del bajo Cuneo, el valle Pellice, el valle Infernotto, el valle Germanasca, movilizándose por el Partido de Acción.[58] Dominó su arrogancia de intelectual burgués frente a compañeros mucho más rudos e ignorantes que él. Aprendió a manejar las armas.

El 1 de diciembre, la noticia de la orden policial n.º 5 provocó en Artom un gran abatimiento al pensar en sus padres que se habían quedado en el llano. ¿Qué sería de ellos y qué sentido tenía sobrevivirles? Tal vez no volvería a verlos, «en este caso pediré al comandante que me envíe a una misión que me resulte mortal».[59] Pero luego —podríamos decir que justamente a partir del 1 de diciembre— la implicación de Artom en la vida de la banda de comunistas adonde lo había enviado el Partido de Acción tendió a hacerse más fuerte, más imperiosa, más necesaria: el comienzo nazifascista de la «caza del judío»[60] convirtió al judío Artom en un hombre decidido a luchar hasta el fondo. Y no ya para inmolarse, sino más bien para matar. El 20 de diciembre, una irrupción de la banda en el pueblo de Cavour para oponerse a las operaciones de alistamiento de los republicanos de Salò («el sorteo de los jóvenes del 24 y del 25») se le presentó a Artom como una ocasión para el bautismo de fuego: «“Ahora me doy cuenta de que no he nacido para ser profesor, sino para ser gángster”». Todo lo demás sucedió muy deprisa. «Un tiroteo desde el camión [*sic*] y luego, cuando salté, solo vi los últimos bordes de las ropas de los fascistas que huían hacia los porches del mercado cubierto.»[61]

En el valle Infernotto, otro integrante de la banda de Artom era un judío turinés al que Emanuele conocía desde hacía tiempo por ser amigo de su hermano Ennio, un recién licenciado en medicina que se llamaba Giorgio Segre. Y más tarde, en el invierno de 1943-1944, cuando abandonó la banda comunista para dirigirse al valle Pellice y unirse a una banda accionista,

Artom tuvo como compañero de armas a un judío de Turín que había sido uno de los fundadores del comité piamontés del Partido de Acción, Franco Momigliano. Este último estaba unido sentimentalmente a Luciana Nissim; de hecho, se casarían en 1946, después de la Resistencia, la Liberación y el regreso de ella de la deportación a Auschwitz. Giorgio Segre, por su parte, estaba vinculado sentimentalmente —al menos hasta el 8 de septiembre— a Vanda Maestro, que no regresaría de Auschwitz.[62] Todo esto sirve para recordarnos lo pequeño que era el mundo de los judíos turineses de la generación de Primo Levi que después del armisticio subieron a la montaña. Y para señalar algunos de los hilos humanos que mantenían unidos, pese a la ocupación alemana, a dos fragmentos de aquel pequeño mundo amenazado y disperso: el fragmento del valle Pellice y el fragmento del valle de Ayas.

Más allá de los hilos humanos, existían hilos políticos que unían los primeros pasos de una resistencia valdense con los primeros pasos de una resistencia valdostana. Ambas partían de la idea del 8 de septiembre como «tragedia necesaria»:[63] un nuevo comienzo —también en todo lo demás— para los valles alpinos como regiones fronterizas, con su problemática relación con los estados-nación que desde hacía siglos se los disputaban. De ahí la reunión clandestina, celebrada en otoño, entre emisarios valdostanos y emisarios valdenses comprometidos en la redacción de un documento que pasaría a la historia como la «declaración de Chivasso» del 19 de diciembre de 1943, una seria reivindicación para el futuro de una autonomía lingüística, administrativa, cultural, religiosa y social de los pueblos alpinos; en resumen, el texto fundacional del moderno autonomismo italiano. Con las regiones fronterizas pensadas como enlace entre un renovado Estado-nación y una naciente comunidad supranacional: no barreras, sino puentes, entre Italia y la Europa futura.[64]

En el terreno más inmediato de la lucha contra el ocupante, había otros hilos políticos que los antifascistas —sobre todo los accionistas— trataban clandestinamente de anudar, entre el valle de Aosta y la llanura, en otoño de 1943. Quien tuvo un papel probablemente decisivo en el tejido de la red fue Aurelio Peccei, un joven dirigente de la Fiat que, enviado por el Partido de Acción, subió varias veces al valle de Aosta entre octubre y diciembre de 1943.[65] También parece que contribuyó en parte a la organización un ingeniero de origen lombardo aunque trasladado a Turín, Vincenzo Grasso.[66] El *homme de liaison* entre Turín y el valle era seguramente el abogado Camillo Reynaud, que ya había sido compañero de Emilio Bachi cuando ambos estudiaban derecho.[67] Desde su despacho de abogado de via Pietro Micca 18, Reynaud recogió fondos, proporcionó contactos con las organizaciones clandestinas, orientó a los primeros rebeldes en dirección al Col de Joux, y hasta los acompañó personalmente, «hacia el 20 de septiembre», a los refugios de Frumy defendidos ya por Guido Bachi, hermano de Emilio.

Esta es al menos la reconstrucción que hizo después de la guerra el propio Guido, en un informe de octubre de 1946 dirigido a la Comisión Regional Piamontesa para el reconocimiento de los títulos partisanos. En ese informe resonaría explícitamente el reconocimiento del papel desempeñado por Peccei, gracias al cual se creó la primera conexión real entre el «grupo de patriotas de Amay» y el Mando Militar del Comité de Liberación Nacional piamontés. Y en él Guido Bachi rendiría homenaje —además de a los servicios partisanos de su hermano Emilio— a la actividad de otro «valioso colaborador» suyo que encabezaba el grupo de Amay, «el subteniente Aldo Piacenza».[68]

La dirección que me habían dado correspondía a un número de via San Dalmazzo. Busqué en Google Maps y vi que prácticamente se hallaba en la esquina de via Cernaia, pero no me di cuenta hasta llegar de que la casa daba a la plaza: la plaza de los jardines Lamarmora, una de las muchas plazas que compiten en belleza en el centro de Turín: con edificios de fachadas señoriales, el habitual monumento a un héroe del Risorgimento y rodeada de plátanos. Me quedé impresionado. Desde que empecé a investigar el tema de los partisanos, había atravesado a pie un sinfín de veces aquella plaza y aquellos jardines para ir a la biblioteca o para ir al archivo. Y nunca levanté la vista hacia la fachada de aquella casa, hacia las ventanas de aquel tercer piso. Nunca antes había pasado tan cerca de un personaje importante de la historia. Que todavía vivía. Que estaba allí, detrás de los cristales, inmovilizado en una silla de ruedas, pero por lo demás vivo y atento, con la mente al rojo como la brasa de sus cigarrillos.

En el momento de llamar al telefonillo, hice otro descubrimiento. En el mismo edificio vivía otro personaje de la historia, Bianca Guidetti Serra: la amiga no judía por medio de la cual, el 23 de febrero de 1944, los judíos Primo Levi, Luciana Nissim y Vanda Maestro enviaron un mensaje de despedida —que leeremos más adelante— mientras el tren RSHA abandonaba Italia en dirección a Polonia, desde el campo de concentración de Fossoli di Carpi, en la región de Módena, hacia el campo de exterminio de Auschwitz. Pero aquella tarde del 22 de noviembre de 2011, no era el timbre de «Bianca la roja»[69] el que debía pulsar. Con quien tenía una cita era con el subteniente Aldo Piacenza. Porque todo el mundo se había portado muy amablemente. La secretaria del bufete al que había llamado unos días antes, tras haber encontrado el número de teléfono en la red:

«Mire, el abogado Aldo viene muy poco por el despacho, intente hablar con el abogado Maurizio, su hijo, no tenga reparo». Y el hijo, por correo electrónico: «Mi padre tiene más de noventa años, está un poco sordo y le falla la memoria para las cosas recientes, pero recuerda muy bien los hechos pasados, si tiene interés en visitarle puede hacerlo».

Cuando me llevaron a su presencia, al despacho que daba a los jardines, Aldo Piacenza estaba de espaldas a la puerta, vuelto hacia la ventana, con una manta sobre las rodillas. Miraba al vacío, y esperaba. Me esperaba a mí, evidentemente. Tal vez esperaba a alguien más. Me emocioné al verle. Bien sea porque me acordé de otra silla de ruedas, la interminable de mi madre, bien sea porque el hombre que tenía enfrente era la imagen misma del viejo partisano. Por un instante me sentí como ciertos personajes de una historia que había estudiado muchos años antes, en la época de mi tesis de licenciatura: los republicanos franceses que, enfrentados a los detractores de la Revolución, visitaban, en las décadas de 1830 y 1840, a los viejos montañeses, a los últimos supervivientes de 1793, y recogían sus últimos recuerdos en un gesto de reconocimiento obligado. Sentado allí, junto a la silla de ruedas de Aldo Piacenza, necesité unos minutos para despojarme de personalidades poco adecuadas a las circunstancias. Para no ser el hijo que acababa de quedarse huérfano de una madre que de niño le leía las cartas de los condenados a muerte de la Resistencia. Para no ser el ciudadano infinitamente agradecido a ancianos como Piacenza por haber sido en su juventud partisanos del monte, por haber hecho una Italia libre. Necesité unos minutos para meterme en la piel del historiador.

«Nuestra presencia en la montaña fue bastante casual, no debe pensar que existía un proyecto revolucionario, estábamos allí arriba como dispersos del 8 de septiembre»; al explicar de entrada la historia tal como fue, el abogado Piacenza me ayudó a liberarme del obstáculo de la retórica. Huérfano de

padres y criado con unos tíos, carniceros en Racconigi, Piacenza llegó a Amay en septiembre de 1943 tras haber soltado el lastre del uniforme gris verdoso del Ejército Real, como disperso de la sección automovilística de Beinasco. La idea de instalarse allá arriba se la dio un chófer de la sección, un valdostano que conocía bien la zona, «sabía que más arriba de Saint-Vincent, pero lejos de la base, había un pueblecito donde podríamos estar tranquilos». Porque además desde Saint-Vincent hasta Amay no había carretera, sino un camino de montaña, dos horas de ascensión, y luego quince minutos hasta el Col de Joux; en la otra ladera, una hora de descenso hasta Brusson en el valle de Ayas.

Al llegar al lugar con el soldado de Beinasco, Piacenza se alojó en el hotel Ristoro: «Dormía y vivía (por así decirlo) en la hostería de Amay». Y allí fue donde conoció a Primo Levi. O mejor dicho, donde lo reconoció. Porque ambos jóvenes, casi de la misma edad —veinticuatro años Levi, veintidós Piacenza—, se habían cruzado en la adolescencia, en Turín, «en el liceo, cómo demonios se llama…». ¿En el D’Azeglio? «Sí, en el D’Azeglio, ¿y usted cómo lo sabe?» Aldo había sido compañero de clase de la hermana de Primo, Anna Maria,[70] «una mujer ciertamente no muy hermosa, pero muy inteligente». Y huyendo de todos los peligros se encontraron los tres bajo un mismo techo, en aquel El Dorado alpino sin oro, junto al minúsculo campanario que se llama Amay. «Encontré a Primo Levi por casualidad.» «Entonces todo era caótico, provisional, arriesgado, y nos encontramos allí prácticamente por casualidad.»

Si Levi no tenía ninguna experiencia militar, Piacenza tenía incluso demasiada. En julio de 1941 se había ofrecido voluntario para ir al frente oriental con el Cuerpo de Expedición Italiano en Rusia, y al año siguiente se había unido al Ejército italiano en Rusia, el Armir. Participó en la famosa (tristemente famosa) campaña de Rusia, «desde Iasi, en Rumanía, hasta la

curva del Don». Pero no en primera línea: «Yo era chófer, nuestro trabajo no consistía en disparar, sino en conducir». «Desde luego vi muchas cosas, pero tampoco tantas, puesto que no estaba en primera línea.» «Vi justamente las retaguardias», en Moldavia, en Besarabia, en Ucrania… Y desde las retaguardias Piacenza vio —o entrevió— los efectos de la Solución Final. «Me impresionó, en la retirada de Rusia, un pueblo cuyo nombre ya no recuerdo donde ya no había adultos, solo niños. Un pueblo de judíos, digamos, donde los adultos ya no estaban. Únicamente niños destinados a morir.» Hablaba de eso ahora conmigo, y me pregunté si habló de ello con Primo Levi, hacía setenta años, en sus días de Amay. Seguramente, ya que en una carta, escrita hace veinte años a un biógrafo inglés de Levi, Piacenza explicó que en octubre de 1941, cuando estaba en el Cuerpo de Expedición Italiano en la cabeza de puente de Dnepropetrovsk, se había cruzado con una larga columna de judíos que avanzaban escoltados por los alemanes. «Las ametralladoras habían pasado tres días antes.»[71] Hoy en día, la mayoría de los estudiosos de la Shoah calculan que al menos quince mil judíos fueron liquidados en la masacre de Dnepropetrovsk: un disparo en la nuca y a las fosas comunes.[72]

En octubre de 1943, cuando los esfuerzos conjuntos de Aurelio Peccei, Camillo Reynaud y otros oficiales de enlace entre Turín y el valle de Aosta dieron como resultado la llegada al Col de Joux de una decena de rebeldes, la experiencia militar de Aldo Piacenza le llevó a asumir de forma casi natural un papel de responsabilidad en la cúpula de la banda, banda que crecería a lo largo de las siguientes semanas, aunque en pocas unidades. «Llegué a tener un máximo de quince hombres», me explicó el ex partisano. Al otro lado de la ventana caía la noche sobre los jardines Lamarmora, y su hermoso rostro de anciano se desdibujaba entre una nube de humo. Un poco más arriba de Amay había «una extensa llanura dedicada

al pasto», el llano de Frumy, por tanto había «cobertizos y barracas de los montañeses», y allí «instalé a mis hombres»: el abogado Piacenza me habla como si hubiese sido el jefe indiscutible de la banda del Col de Joux. En realidad, la documentación de los archivos más bien hace pensar que el comandante de la banda —en la medida en que pudieran tener valor esos cargos en los albores de la Resistencia, cuando las jerarquías internas estaban por definir— era Guido Bachi. O al menos que Bachi era el jefe político, junto con Piacenza como jefe militar.[73]

Los dos hermanos Bachi reunían todos los requisitos para estar al mando de la banda del Col de Joux. Eran unos doce años mayores que Piacenza o Levi. Y aunque no habían luchado en ningún frente de la Segunda Guerra Mundial, ambos contaban con una considerable experiencia militar. Antes de ser declarado en «licencia absoluta» por la legislación antijudía de 1938,[74] Emilio había sido oficial de complemento en la artillería alpina, mientras que Guido había servido en el Cuerpo Automovilístico: ambos alcanzaron el grado de teniente.[75] Guido Bachi había trabajado con su padre Donato en el sector de los seguros, y luego con un primo suyo, Leone Todros, en una fábrica de papel. No obstante, su auténtica pasión era la música. Estudiante de ciencias económicas y pianista titulado, Guido Bachi era el alma del grupo universitario musical e incluso, tras la promulgación de las leyes raciales, de los programas musicales de la escuela judía de Turín.[76]

En comparación con su hermano menor, Emilio Bachi había llegado por vías menos artísticas a la prueba del 8 de septiembre de 1943. En 1932, siendo un joven abogado del foro de Turín, se negó a afiliarse al Partido Nacional Fascista, siguiendo el ejemplo de Francesco Ruffini, el venerable profesor de derecho eclesiástico con el que se había licenciado y que fue uno de los poquísimos profesores universitarios que se negaron a jurar

fidelidad al régimen fascista.[77] Dos años más tarde entró en contacto con el grupo turinés del movimiento antifascista Giustizia e Libertà, pero no participó en la actividad conspiradora. En 1939, Emilio marchó a Francia, donde, junto con un primo lejano, intentó montar una fábrica de material plástico cerca del arsenal de Rennes, en Bretaña. Por tanto, en el verano de 1940 vivió en primera persona el trauma de la caída de Francia bajo los golpes de maza de la *Blitzkrieg* hitleriana. Lo recordaría el resto de su vida.[78]

No sé ni cuánto ni qué sabía Aldo Piacenza del pasado de los hermanos Bachi en septiembre de 1943, cuando, excombatiente de la campaña de Rusia, organizó junto con ellos la banda del Col de Joux. Desde luego —era ya de noche en via San Dalmazzo el 22 de noviembre de 2011— el anciano partisano no daba la impresión de querer colgarse medallas exagerando su propio papel en la Resistencia y minimizando el de los Bachi. Al contrario, parecía que Piacenza quería convencerme de que ni él ni otros del grupo de Amay hicieron nada política o militarmente significativo antes de la redada nazifascista del 13 de diciembre de 1943. «No habíamos hecho casi nada, porque estábamos justamente en la fase de concentración; yo no hice prácticamente nada más que reunir aquella banda», me dijo Piacenza. Y su mezcla de modestia y orgullo me hizo recordar una afirmación que hizo Levi en una entrevista de 1957 a propósito de *El sistema periódico*: «Realmente no sabíamos nada. Teníamos que inventar la Resistencia».[79]

«Primo Levi, más o menos como yo, no hacía nada… al menos al principio», insistía ahora el abogado Piacenza, mirándome a los ojos desde su silla de ruedas. Luego sí, tras las primeras semanas algo hicieron, aunque poca cosa. Intentaron reclutar a más gente y trataron de conseguir armas. «Recuerdo sobre todo, porque fue la acción más importante, que Primo y yo nos enteramos de que había una persona en un pueblo muy lejano que tenía

armas y estaba dispuesta a dárnoslas.» Los dos jóvenes salieron de noche de Amay y se dirigieron a aquel pueblo que estaba más allá de Châtillon —Chambave— procurando andar siempre por caminos de montaña para reducir al mínimo el riesgo de encuentros indeseados. «Cuando llegamos al pueblo, comprobamos que aquel desgraciado no tenía más que un fusil, o tal vez es que solo quiso darnos aquel. De modo que regresamos, también de noche, y dormimos en la entrada de una iglesia, hacía un frío de cojones.»

Cuando ya era mayor, casi viejo incluso, el Levi autor de *Los hundidos y los salvados* describió la memoria humana como «un instrumento maravilloso pero falaz».[80] Volví a pensar en ello mientras oía a Piacenza excitándose al evocar la infructuosa expedición nocturna de 1943, y no pude evitar comparar su relato de esa noche con otro relato, el que el propio Piacenza le hizo a una biógrafa inglesa de Levi para un libro aparecido en 2002. También en aquella ocasión, el ex partisano habló del rumor que había llegado hasta Amay, el rumor de que había armas disponibles en Chambave, y de la noche que pasó con Levi en los caminos de montaña. Solo que en aquella otra versión del relato, habían encontrado armas, ¡ya lo creo!: bombas de mano, fusiles, pistolas, ¡un regalo del cielo! Se las habían cargado a la espalda y habían regresado al Col de Joux. Piacenza estaba loco de alegría, pero Levi se mostraba a la vez feliz e infeliz («cosa bastante usual», le dijo Piacenza a la biógrafa inglesa). Al llevar a la base todas aquellas municiones, se lamentaba de que un hombre tuviese que buscar armas para utilizarlas contra otros hombres.[81]

Piacenza estaba acabando de hablar, y no podía dejar de comparar ambos relatos con una tercera versión del episodio, fruto no de su memoria, sino de la de Levi, en una entrevista de 1983. En ella la historia de la expedición nocturna suena también diferente. Y no solo porque cambia el lugar de

destino de los dos jóvenes —el pueblo es Nus en vez de Chambave—. La historia suena diferente sobre todo porque las armas encontradas ya no son ni la mitad de un arsenal ni un único fusil. En la versión de Levi, el botín resulta ser incluso más exiguo que en la versión actual de Piacenza: «Salimos de noche, naturalmente a pie, y recorrimos todos esos kilómetros desde el Col de Joux hasta Nus y luego de Nus hasta el henil, vaciamos el henil (cosa que nos dio un trabajo enorme) en medio de la nieve, y encontramos un cargador de balas de madera, de esas que se usan para las prácticas. Uno. Y como todavía éramos personas civilizadas, volvimos a colocar todo el heno en su sitio antes de descender de nuevo».[82]

Mientras recogía las hojas con los apuntes, y me despedía de Aldo Piacenza, y buscaba frases con las que expresarle toda mi gratitud, sabía que no podía dar por buenos todos sus recuerdos, como si fueran la verdadera historia de los verdaderos partisanos. Sabía que su memoria humana valía lo que valía.

La guerra del Monferrato

También valen lo que valen los documentos que los partisanos victoriosos redactaron después de la Liberación, y en los que quisieron consignar una historia en caliente de las bandas de las que habían formado parte. La historia la escriben los vencedores, reza un dicho tan banal como plausible. En el caso de la Resistencia, es indudable que los relatos más o menos oficiales sobre la actividad de las brigadas partisanas, tal como fueron recopilados tras el 25 de abril de 1945 por los responsables de las propias brigadas, hay que tomarlos a beneficio de inventario. A toro pasado, la Resistencia generó una cantidad exagerada de héroes de primerísima hora, y

generó una narración de notables tintes mitológicos sobre su grado de conciencia política y de eficiencia militar. Ahora bien, criticar un mito no significa borrar una realidad: la realidad de que, tras el 8 de septiembre de 1943, existieron realmente los partisanos de la montaña. ¿Fueron cuatro gatos, mal preparados y mal armados? Razón de más, en todo caso, para reconocer su mérito.

En el Col de Joux, en el valle de Aosta, los hermanos Bachi eran dos de los cuatro gatos. Trataron de formar una banda partisana, pero se toparon con serios problemas para crecer en efectivos y en armamento. «En el mes de octubre, el grupo se mantuvo reducido, una decena de hombres»; «disponíamos ya de algunas armas», pero seguía siendo difícil «reunir jóvenes procedentes de la ciudad y elementos dispersos del Cuarto Ejército». Pero precisamente entonces —Guido Bachi lo explicó tres años después— «el que suscribe tuvo noticias de que se estaba constituyendo otra banda compuesta de elementos casaleses a pocos kilómetros de distancia»: en Arcesaz, en el municipio de Brusson. Entonces, «al hermano del que suscribe, el abogado Emilio Bachi, que también se había unido a la banda, se le encargó que se aproximara a la banda de Arcesa y comprobara su seriedad y eficiencia». Se comprobó que los casaleses disponían de una treintena de hombres. Si unían las fuerzas, los grupos de Amay y de Arcesaz podían confiar en dar un salto cualitativo en la lucha contra los nazifascistas.[83]

Bachi explicaría en 1946 que los rebeldes que confluyeron en el valle de Ayas desde Casale Monferrato establecieron su puesto de mando «en un hotelito-estanco» en el centro de Arcesaz, mientras que el grueso de la banda estaba disperso «por los montes que dominan dicha aldea».[84] Lo confirman otros papeles de archivo, especialmente la documentación policial reunida por las autoridades de Salò tras el rastreo del 13 de

diciembre de 1943. El cuartel general de los casaleses se ocultaba en los locales de la Croce Bianca, una hostería situada entonces —y todavía hoy— en la carretera principal del valle.[85] El resto de la formación estaba instalada más arriba y lejos de la carretera principal: en una aldea llamada Graines, a 1.375 metros de altura y a 1.125 metros de Arcesaz, en las inmediaciones de un imponente castillo medieval. Una fortaleza que todavía se yergue sobre las curvas del camino que asciende desde el valle de Ayas, y a cuya sombra se agrupaba, en la época de la Segunda Guerra Mundial, una población compuesta por unos doscientos habitantes, que vivían de las cosechas de cereales, tan abundantes que daban nombre a la aldea.[86]

Parece ser que la idea de refugiarse en la zona partió de uno de los rebeldes de Casale Monferrato, Francesco Rossi, que estaba unido a una mujer oriunda de Arcesaz y poseía una casa en el pueblo, precisamente en la localidad de Curien.[87] En cualquier caso, los hermanos Rossi —Francesco e Italo, de treinta y uno y veintinueve años respectivamente, a los que se añadieron Bruno, de diecisiete años en 1943, y su padre Oreste, de cincuenta y uno— desempeñaron un papel decisivo en la captación de los casaleses hacia el valle de Aosta; y no se limitaron al impulso inicial, si bien es cierto que en el curso de los veinte meses esta familia obrera pagó a la Resistencia un altísimo precio de sangre, obteniendo a cambio un notable patrimonio de gloria.[88] Ya en septiembre, los hermanos Rossi iniciaron contactos clandestinos con algunos industriales antifascistas de Casale, con un tipógrafo comunista, Carlo Eugenio Carretto, que trataba de organizar en la ciudad un grupo de fuerzas antifascistas, y con algunos ex oficiales del Ejército Real, entre los que se encontraba el ex comandante de los carabineros Martino Veduti, condecorado con la medalla de oro al valor militar en la Primera Guerra Mundial. Por otra parte, hasta octubre de 1943

la participación de los casaleses en el movimiento resistente fue poco significativa, casi imperceptible.[89]

En el Piamonte, como en otras partes, las cosas cambiaron tras el bando de afiliación promulgado por Salò con fecha 4 de noviembre y difundido en días posteriores: el primero de los «bandos grazianos», llamados así por el nombre del ministro de Defensa de la República Social, que ya había sido mariscal de Italia en los tiempos del Imperio. Fue entonces cuando el juego comenzó a endurecerse, debido también al creciente impulso político que proporcionaba a la causa colaboracionista el Partido Fascista Republicano. La incertidumbre, la confusión, la anomia que siguieron al 8 de septiembre, a la disolución del Estado italiano y a la aparición del ocupante alemán, adoptaron entonces la forma de una colaboración estructurada entre instituciones de Salò y fuerzas germánicas, y desembocaron a partir de ese momento en una guerra sin cuartel entre los últimos fascistas y los primeros partisanos. Si la guerra de liberación de los alemanes empezó en Italia con más o menos dificultades a partir del 8 de septiembre de 1943, la Guerra Civil entre italianos empezó realmente unos meses más tarde.[90]

En Casale, las filas del fascismo habían quedado reducidas al mínimo. Los inscritos en el partido no pasaban de trescientos, frente a los 3.550 que se habían contabilizado antes del 25 de julio.[91] El comandante local de la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional, el teniente coronel Luciano Imerico tenía que admitir que la propia Milicia, la que había sido la joya de la corona de las instituciones militares del régimen, después del 8 de septiembre solo disponía de ocho oficiales y de veintidós suboficiales, graduados y legionarios.[92] Sin embargo, a medida que el fascismo republicano se fue reorganizando durante el otoño de 1943, en el Monferrato sonaron cada vez más firmes las llamadas de los irreductibles a cerrar filas, a prestar ayuda a los alemanes y a castigar sin piedad a los

traidores a la nación. Ante todo había que dar caza a los renuentes a la leva, los de las quintas de 1923 a 1925, que masivamente habían empezado a hacer caso omiso del bando de alistamiento del 4 de noviembre: los prefectos de Salò (rebautizados como «jefes provinciales») rivalizaban en celo a la hora de aplicar contra los insumisos sanciones indirectas, como la detención de los padres.[93] De este modo, el teniente coronel Imerico pudo calcular, primero en decenas y luego en centenares, el número de monferrinos de las quintas de 1923-1925 que se presentaron a la leva en el distrito militar o en la Guardia Nacional Republicana (el nuevo nombre de la Milicia Voluntaria).[94]

Pero el bastón de Salò también provocó el efecto de transformar a algunos renuentes en resistentes. Es un fenómeno que puede percibirse con claridad a pequeña escala; salta a la vista cuando se observa un área geográficamente restringida como el Monferrato: a partir de la segunda mitad de noviembre de 1943, la falta de disposición de ciertos jóvenes a enrolarse bajo la bandera republicana se fue transformando casi inevitablemente en disponibilidad a afiliarse a formaciones partisanas. Por más que el prefecto del gobierno de Salò en Alessandria dijera que la «intensa y oculta obra de propaganda» llevada a cabo en la provincia para inducir a los jóvenes de las quintas de 1923-1925 a no acudir a la llamada de las armas, «invitándoles en cambio a unirse a núcleos de rebeldes», era ejercida por personajes «que poseían enormes sumas de dinero» y «con la promesa de importantes premios».[95] Por más que acusara a los insumisos de vender su alma. Lo cierto es que toda la dinámica de la guerra en la Italia ocupada evolucionaba en la dirección de una Guerra Civil.

En una carta dirigida al comandante Imerico desde un suburbio de Casale el 30 de noviembre de 1943, el comandante de la Guardia Nacional Republicana Ferdinando Morandi le informaba de una escena nocturna sin

importancia pero representativa, en su misma modestia, como imagen de la Guerra Civil incipiente: guerra de italianos contra italianos, y guerra tanto más feroz cuanto más cerca de casa estaban los adversarios, se conocían y se reconocían, eran enemigos de la puerta de al lado. La noche del 25 al 26 de noviembre, «once octavillas subversivas mecanografiadas» fueron pegadas «en las paredes y en las puertas de fascistas republicanos» residentes en Borgo San Martino. ¿Quiénes eran los sospechosos? «Hacia la una de la citada noche, un coche Topolino rojo estuvo «circulando lentamente durante media hora por las calles del pueblo», y el comandante Morandi tenía muy buenas razones para pensar que los ocupantes del vehículo eran los responsables del hecho. «Se identificó el coche como el Topolino rojo de la empresa de transportes Allara de Casale Monferrato.»[96]

Una guerra civil también puede anunciarse así, con un Topolino rojo dando vueltas por un pueblecito para señalar a los enemigos uno por uno, y con un defensor del orden —orden neofascista— que reacciona denunciando a los superiores la empresa del coche implicado. Por otra parte, durante el mes de noviembre los antifascistas casaleses no se limitaron a la incursión nocturna de Borgo San Martino. Un grupo de jóvenes que de un modo u otro estaban relacionados con los hermanos Allara, propietarios de la empresa homónima de transportes, empezaron a recorrer todo el territorio desde el Monferrato hasta el valle de Aosta, o, para ser más exactos, desde Casale a Arcesaz. No eran excursiones de placer: aquellos jóvenes transportaban rebeldes, víveres y armas. Transportaban al valle de Ayas renuentes a la leva de las quintas de 1923-1925, pero también prisioneros de guerra aliados (ingleses, neozelandeses, australianos), que habían huido tras el 8 de septiembre de los campos italianos de internamiento y no estaban dispuestos a dejarse capturar por las fuerzas de Salò o por los alemanes. Transportaban vituallas para el sustento

de los partisanos. Transportaban armas —todas las que podían— sustraídas de cualquier guarnición del ex Reino de Italia o de la República de Salò.

Gracias al escrupuloso trabajo de investigación llevado a cabo por el teniente coronel Luciano Imerico, podemos hacernos una idea bastante clara de cómo se movían desde Casale hasta Arcesaz; o al menos de cómo quiso explicárselo a los policías de Salò un renuente a la leva de la quinta de 1925, Federico Barbesino, que participó en dos o tres expediciones antes de pelearse con los compañeros, entregarse a la Guardia Nacional Republicana y cantar de plano dando nombres y apellidos de sus ex compañeros de incursiones. Estos solían encontrarse en el café Ollearo, en la céntrica plaza Castello, por iniciativa de un tal Giuseppe Carrera, que era tornero de oficio (Barbesino le había conocido en los talleres mecánicos Cerutti, donde ambos habían trabajado). En el bar, Carrera llegaba incluso a ofrecer dinero —el equivalente a «un buen jornal»— a los insumisos interesados no solo en desobedecer el bando Graziani, sino en colaborar además en tramas antifascistas. A Barbesino, por ejemplo, le habían ofrecido un buen fajo de «billetes de mil» si accedía a hacer de chófer, conduciendo «un camión 38.000 SPA» desde Casale hasta una imprecisa «localidad de montaña».[97]

En tiempos de guerra, los camiones habían sustituido prácticamente a los automóviles como medios de transporte de las personas.[98] En cuanto a Giuseppe Carrera, era un muchacho de diecinueve años (también un renuente de la quinta de 1924) que había transformado su casa de via Mantova 22, al otro lado de las vías de la estación del tren, en algo así como el epicentro de la resistencia casalesa de los primeros tiempos.[99] Y precisamente Carrera llevó a Barbesino a via Mantova, «en los primeros diez días del mes de noviembre», para presentárselo al principal organizador de la expedición a la montaña, Italo Rossi, y a un colaborador

suyo, Pierino Pagliolico. Pocos días después, se citaron los cuatro a primera hora de la tarde en el café Ollearo, y «tras pasar unas horas juntos» se dirigieron al garaje de los hermanos Allara para cargar a escondidas en el Fiat-SPA 38R alimentos, capotes y chaquetas militares, armas y municiones: una ametralladora, tres metralletas y una caja de bombas de mano. En el momento de partir, también subió al camión un tal Edoardo De Vasi, teniente del ejército. Una vez superado el control situado en el Po gracias a un salvoconducto que Rossi mostró a los centinelas, los cinco se dirigieron —ya noche cerrada— hacia la ciudad de Ivrea.[100]

Aproximadamente a mitad de camino, cerca de Livorno Ferraris, apareció un sacerdote en medio de la carretera en el momento en que se aproximaba el camión, «como señal convenida»; tras una conversación en voz baja con Rossi, el mismo sacerdote hizo subir a cinco prisioneros ingleses. Al llegar a Ivrea, en la explanada que hay delante de una serrería, los casaleses se reunieron con otros casaleses. Barbesino reconoció a un joven de la misma edad de Carrera, Giuseppe Sogno, y a otro llamado Ferdinando Trombin, «quienes nos informaron de que habían bajado a Ivrea para dar un golpe en el cuartel de los carabineros, pero que en el último momento, debido a la ausencia del centinela de guardia con el que estaban conchabados, se vieron obligados a aplazar la acción hasta una ocasión más propicia». Estos otros rebeldes de Casale disponían de un segundo camión, e iban acompañados de otros prisioneros ingleses. Era ya de día cuando ambos camiones se detuvieron en casa de un albañil que también escondía en su granja prisioneros de guerra, que les fueron entregados, y les dirigió además a otro albañil y a dos molineros de la zona, de quienes los casaleses obtuvieron dinero en metálico y un quintal de harina.[101]

Ivrea no era una etapa cualquiera en el camino que va de Monferrato al valle de Aosta. Además de ser la ciudad de albañiles y molineros amigos,

para los casaleses era también la ciudad de una fábrica, la fábrica de Camillo Olivetti. Es el propio Barbesino el que nos da la información cuando lo confiesa todo al teniente coronel Imerico: «Después Trombin y Sogno se dirigieron al taller Olivetti, aunque no pudieron hablar con el ingeniero porque estaba ausente. Tras la visita fuimos a comer, y supe entonces por Sogno que el ingeniero Olivetti ya les había hecho una donación de entre 10.000 y 20.000 liras»; una información difícil de comprobar. Seguramente era un Camillo Olivetti al límite de sus fuerzas, un judío de setenta y cinco años perseguido por los alemanes y con una salud muy mermada, pero decidido a defender hasta el final los valores humanistas que habían marcado la vida de su fábrica y la suya propia. Moriría a las pocas semanas y fue enterrado en el cementerio judío de Biella en presencia de sus obreros, que acudieron en bicicleta desde Ivrea desafiando la lluvia, las curvas de la Serra y los uniformes de la Wehrmacht.[102]

Los casaleses, sin desanimarse por el infructuoso viaje a la Olivetti en esa expedición de mediados de noviembre, después de comer regresaron a Arcesaz, adonde llegaron hacia las cinco de la tarde. El Fiat-SPA 38R de Barbesino no efectuó otras paradas, mientras que el segundo camión, al que se habían trasladado entretanto Italo Rossi y Carrera, antes de abandonar Ivrea se utilizó para llevar a cabo un asalto a la antigua Casa del Fascio. No se puede decir que fuera un gran éxito: el botín que al llegar a Arcesaz fue depositado en los mismos locales del hotel Croce Bianca donde al parecer se hospedaban los tres hermanos Rossi estaba compuesto por una máquina de escribir, una calculadora, una bicicleta, «armas de esgrima» y una cajita de municiones. A la mañana siguiente, Carrera y Rossi condujeron a los nuevos reclutas al campo de Graines, «centro de instrucción de las fuerzas

rebeldes». Por la tarde, Barbesino bajó en autocar a Verrès y regresó a Casale en tren.[103]

Hay algo de poético —o al menos así lo percibo hoy, si por un momento intento olvidar que soy un historiador— en esas pequeñas epopeyas partisanas como la de los casaleses del mes de noviembre de 1943. En esta Resistencia inicial, primitiva: terriblemente peligrosa ya y sin embargo todavía leve y en apariencia despreocupada, casi sin conciencia de sí misma. Realmente, según las futuras palabras de Primo Levi, una Resistencia que estaba por inventar. Un año más tarde, ya como jefe de la división «Italo Rossi», Francesco Rossi presentó al comando turinés de las Brigadas Matteotti un informe incluso demasiado exagerado sobre las hazañas de los casaleses en la época en que empezó todo, entre septiembre y diciembre de 1943: en él se jactaba de que la banda de Arcesaz había realizado treinta y nueve acciones militares, en «Ivrea, Verrès, Casale, Turín, Borgomasino, Trino, Mortara, Génova», con una sola baja frente a los «veinte muertos aproximadamente» entre «republicanos y alemanes».[104] Parece que las cosas en realidad no fueron exactamente así. En los comienzos fue una azarosa aventura de un Topolino rojo y de un Fiat-SPS 38R más que una historia gloriosa de partisanos invencibles y de enemigos en fuga.

Cazadores de judíos

El teniente coronel Luciano Imerico, además de cazador de renuentes, era también un cazador de judíos. Los últimos judíos que permanecían en Casale Monferrato, unas pocas mujeres y unos pocos hombres ancianos, muchos de ellos enfermos, era cuanto quedaba de una comunidad judía

floreciente en el siglo XIX, que se fue reduciendo cada vez más: 300 registrados en la década de 1920, 123 en el momento de la promulgación de las leyes raciales, 79 en 1940, y no más de una treintena tras el 8 de septiembre de 1943.[105] Pequeños comerciantes, amas de casa, maestros jubilados, las «consabidas serpientes judías» contra las que las autoridades de la República en la provincia desencadenaron una brutal campaña de prensa,[106] y a cuya caza pudieron dedicarse los funcionarios más diligentes de la República de Salò tras la orden policial n.º 5 del 30 de noviembre de 1943. Y no es que los últimos judíos de Casale fueran difíciles de localizar. Los que se habían quedado en la ciudad, sin intentar siquiera esconderse en otro lugar o escapar a Suiza, eran precisamente los más viejos, los menos combativos, los más débiles: eran ya los «hundidos» de la comunidad de Casale.[107]

Artom, Carmi, Fiz, Foà, Jaffe, Jarach, Levi, Morello, Raccah, Salmoni, Segre, Sonnino, Treves… los apellidos de los diecinueve judíos detenidos en Casale entre febrero y abril de 1944 —de los cuales solo uno regresaría de Auschwitz— evocan la letanía onomástica de hombres y mujeres a quienes la historia del Risorgimento, de la Unidad, de la Gran Guerra, del propio fascismo había prometido un destino como italianos, y que la historia de la Solución Final y de Salò condenó a un destino como judíos.[108] Trágico destino que el teniente coronel Imerico hizo todo lo posible por precipitar, coordinando la actividad de la Guardia Nacional Republicana con la de las otras policías de Salò o alemanas, y empujando a los últimos judíos de Casale a caer en auténticas trampas para que nadie pudiera escapar de la deportación.[109] Pero es que Imerico no se limitó a eso, sino que además trató de aprovecharse de su cargo de agente local de las Assicurazioni Generali para apoderarse de los bienes de los judíos deportados.[110]

Suficientemente afortunado para sobrevivir a Auschwitz, es posible que ya en 1946 Primo Levi preparara un esbozo de «Argón», el irónico retrato de sus antepasados piamonteses que se convertiría, en 1975, en el primer capítulo de *El sistema periódico*.[111] Retrato irónico y retrato fantasioso: para escribirlo Levi recurrió a la imaginación, sin preocuparse de representar su verdadero árbol genealógico. Convirtió en presuntos parientes suyos a los de sus amigos más queridos, y se divirtió transformando a los antepasados en personajes al estilo de Calvino, a veces rampantes, a veces divididos, a veces inexistentes.[112] Es suficiente para no tomar al pie de la letra las páginas de «Argón» sobre los parientes de Levi oriundos de Casale Monferrato: un bisabuelo, «abuelo Leônìn», y un tío abuelo «Barbaricô». Literatura, no historia. No obstante, quien quiera hacerse una idea del microcosmos judío casalés de finales del siglo XIX, y de cómo la historia del siglo XX lo arrolló hasta hacerlo casi desaparecer, puede muy bien partir de las páginas de Levi sobre el abuelo Leônìn, Barbaricô y la nobleza de los gases inertes. «Lo poco que sé de mis antepasados me los hace afines a estos gases»: nobles, inertes, raros. «No debe ser una casualidad el que todas las anécdotas que se les atribuyen, a pesar de ofrecer bastante variación, tengan en común un no sé qué de estático, una actitud de digna abstención, de voluntaria (o aceptada) marginación con respecto al gran río de la vida.»[113]

Más combativos que los últimos judíos de Casale, en otoño y en invierno de 1943, fueron los judíos italianos o extranjeros que se encontraban en el valle de Aosta, cerca de la frontera helvética que prometía la salvación. Pero Suiza seguía siendo un espejismo para muchos de los que soñaban con alcanzarla.[114] Porque los puertos alpinos eran cada vez más difíciles de atravesar a medida que el otoño iba cediendo paso al invierno. Y porque en la prefectura de Aosta el jefe provincial, Cesare Augusto Carnazzi, no era

de los que regalan nada a nadie. Este abogado de Bérgamo tenía la energía propia de sus veintinueve años, conocía bien el territorio —había estado en Aosta como jefe de la federación del partido desde mayo hasta julio de 1943— y no carecía de experiencia militar: en su currículum exhibía el grado de teniente piloto, con episodios como combatiente voluntario en África oriental italiana y en los Balcanes.[115] A finales de octubre de 1943, Carnazzi asumió la dirección de la prefectura valdostana, decidido a hacerse merecedor del reconocimiento de la patria nazifascista.

Como todos los prefectos de la República de Salò, el de Aosta tenía que enfrentarse con problemas de todo tipo: no solo políticos y militares, sino también económicos y sociales. Tenía que hacer frente a la crisis de vocaciones que hacía del Partido Fascista Republicano una pálida réplica del Partido Nacional Fascista, y tenía que poner remedio al caos que convertía a los distintos aparatos represivos —policía, guardia fronteriza y SS italianas— en órganos que competían entre sí en vez de estar unidos en la lucha contra las fuerzas subversivas. Debía ocuparse además de un aprovisionamiento endémicamente deficitario, de una decadente infraestructura de transportes, de industrias y talleres escasos de abastecimiento, y de todo cuanto hacía que la vida diaria bajo la República Social fuera más precaria aún que en los últimos años del régimen fascista.[116] En el fondo, había algo tremendamente grandioso en hombres como Carnazzi, crecidos en la Italia del Duce y entregados a aquella Italia incluso tras el 8 de septiembre, incluso con los alemanes en casa, e incluso al precio de poner como primer y segundo puntos del orden del día una guerra sin cuartel contra los rebeldes y una persecución despiadada contra los judíos.

«Nuestros muertos esperan la prueba suprema de nuestro valor stop»: en los telegramas enviados a todos los *podestà* de la provincia de Aosta

recomendándoles el máximo celo en la movilización de los jóvenes de las quintas de 1923-1925, Carnazzi utilizaba el italiano de los *Nibelungos*.[117] Las medidas de represalia decretadas por el prefecto para contener el fenómeno de la deserción eran durísimas, pero no más que las dictadas por otros prefectos de Salò entre noviembre y diciembre de 1943: retirada de las licencias comerciales a los padres de los insumisos, retirada de las cartillas de racionamiento, detención del cabeza de familia o de un pariente cuando fuera imposible arrestar al propio renuente.[118] Tal vez sí fue más severa, en cambio, la aplicación real de estas medidas por parte del prefecto de Aosta en comparación con los jefes de las otras provincias de la República Social. A finales de diciembre, el duce Benito Mussolini invitó personalmente a Carnazzi a «liberar poco a poco y con discreción a los padres de los renuentes a la leva».[119] Evidentemente, el prefecto de Aosta no había dudado en traducir las amenazas de represalia en actuaciones concretas.

Concreto fue también el empeño de Carnazzi en perseguir a los judíos. Ya en julio de 1942, el abogado de Bérgamo, por aquel entonces jefe de la federación del partido en Aosta, arengaba contra los «judíos yugoslavos y croatas» a quienes las circunstancias de la guerra mundial habían empujado a Saint-Vincent y que se inventaban toda clase de atrocidades cometidas por los alemanes en los Balcanes. Un año y medio más tarde, con la Wehrmacht y las SS instaladas en Aosta, el jefe provincial no tenía ninguna razón para tratar a los judíos con mayor indulgencia. Y, de hecho, inmediatamente después de su nombramiento vemos, a través de los documentos de la prefectura, cómo se desvive por encontrar a los judíos de Italia que, tras el 8 de septiembre, no se hallaban ya en sus domicilios habituales. Concretamente, Carnazzi tenía mucho interés en recibir informaciones del alcalde sobre cualquier empleado de la Olivetti. ¿Qué había sido, por ejemplo, del ingeniero Riccardo Levi, con su mujer Irma Della Torre y sus

hijos Andrea, Giovanni y Stefano? Puesto que no estaban en Macerata, en las Marcas, lugar al que habían comunicado oficialmente que deseaban trasladarse, ¿dónde se habían metido?[120]

Hoy sabemos más cosas del paradero del ingeniero Levi y su familia que cuanto logró averiguar el prefecto Carnazzi. Riccardo Levi se refugió primero con su mujer y sus hijos en un pueblecito del municipio de Issime, en el valle de Gressoney; luego escondió a la familia en Torrazzo, en la vertiente de la Serra que da a Biella, y se fue a Turín para entrar en la Resistencia como dirigente clandestino del Partido de Acción.[121] Situación de persecución con final casi feliz, la de los Levi, si la comparamos con la situación de otros judíos que compartieron con ellos la misma idea de refugiarse en el valle de Gressoney, pero que fueron atrapados por las garras de los perseguidores. Ya he hablado de la familia Ovazza, detenida en el hotel Lyskamm de Saint-Jean y asesinada en Intra. Falta hablar de la familia de Remo Jona, un abogado de Turín que con su mujer y sus hijos pasaba las vacaciones en Issime desde mediados de la década de 1930 y que, tras el 8 de septiembre, creyó oportuno permanecer escondido en el pueblo valdostano, donde contaba con un buen número de amigos.[122]

Toda la familia fue arrestada en Issime por la policía italiana el 7 de diciembre de 1943.[123] Fue trasladada a las cárceles de Aosta, luego al campo de Fossoli, y deportada a Polonia en el mismo tren en que viajaron Primo Levi, Luciana Nissim y Vanda Maestro. Como Primo Levi, también Remo Jona estuvo entre los salvados de la Solución Final. Su mujer, Ilka Vitale, y sus dos hijos, Ruggero de doce años y Raimondo de siete, estuvieron entre los hundidos. Fueron gaseados en Auschwitz el mismo día de su llegada, el 26 de febrero de 1944.

II

Partisanos un poco bandidos

El espía

Tal vez la escena más memorable de *Si esto es un hombre* es aquella en que el interno en Auschwitz número 174.517 —Primo Levi—, aprovechando la *corvée* del rancho, se esfuerza por recitar a otro interno, el judío francés Pikolo, el canto de Ulises de la *Divina Comedia*. Esa escena contiene una imagen fugaz, apenas dos líneas, inmediatamente anteriores al inicio de la recitación dantesca. Es en realidad un único fotograma, y presenta una figura que se definirá con acierto como la más liliputiense de todas las figuras de Levi: «Pasa Frenkel, el espía. Aceleremos el paso, nunca se sabe, ese hace el mal por gusto».[1] No se dice nada más de Frenkel. Es como si la miniatura se explicase por sí sola, precisamente porque el delator de Auschwitz hace el mal solo por hacerlo. Para el Levi de *Si esto es un hombre*, la designación del espía basta para ofrecernos su interpretación.

El resto de la obra de Primo Levi no ofrece muchas ocasiones para profundizar, para extraer de ella una reflexión posterior sobre la figura histórica y moral del espía. De modo que no queda claro si el personaje de Frenkel ha de entenderse efectivamente como «figura», en el sentido en que Erich Auerbach utiliza la noción para referirse justamente a la *Comedia* de Dante: algo intermedio entre el símbolo y la alegoría, la prefiguración y la

ejecución.[2] No queda claro que con Frenkel agote Levi la tipología del delator en el campo de exterminio. En cualquier caso, sorprende el hecho de que una representación tan caracterizada del espía —el que hace el mal por gusto— aparezca de nuevo en otro lugar de la obra de Levi: en *El sistema periódico*, donde se presenta el personaje de Cagni. En este caso, no es una figura liliputiense, si se atiende a la extensión de la descripción, puesto que Levi le reserva una página entera de las cuatro que dedica a la Resistencia. Sin embargo, también es una figura de espía que se explica por sí sola, cuya designación es suficiente para ofrecernos su interpretación. Porque también el delator del valle de Ayas hace el mal solo por hacerlo.

«Cagni era el espía que nos había hecho apresar; un espía integral, lo llevaba en la masa de la sangre, espía por naturaleza y por tendencia más que por convicción fascista o por interés; espía por ganas de hacer daño, por sadismo deportivo, como abate el cazador a los animales en libertad»:[3] la caracterización del personaje podría ser mucho más apropiada de lo que a primera vista parece. Edilio Cagni es un hombre que aprenderemos a conocer bien por el papel crucial —negativamente crucial— que desempeña en la historia de los partisanos del Col de Joux. Y es un hombre del que acabaremos sabiendo, gracias a los documentos de archivo, muchas más cosas de las que Primo Levi pudo saber nunca: tantas, que no podemos limitarnos a reducirlo al estereotipo de *vilain de l'histoire*. Sin embargo, cuando hayamos estudiado en profundidad la figura de Cagni, veremos que puede corresponder a la representada de forma realista por Levi. No tanto un superfascista cegado por la ideología, o un oportunista motivado por la posibilidad de obtener un beneficio, como un simple, puro y desinteresado cazador de presas humanas. La encarnación perfecta del mal del siglo XX como mal kafkiano, imposible de descifrar si utilizamos únicamente el criterio de un cálculo moral o político.[4]

Tanto la memoria, como la historia de la Resistencia han evitado demasiadas veces considerar seriamente la figura del espía. Ya fuera el habitante del valle que, en vez de ayudar a los partisanos, los denuncia a las autoridades nazifascistas, o el forastero que se infiltra en la banda para provocar su caída, memorialistas e historiadores de la Resistencia han coincidido en la tendencia a convertir al espía en una encarnación del mal absoluto, casi abstracto, metafísico.[5] Se ha querido así transmitir una imagen doblemente convencional: la imagen de una comunidad local solidaria con los rebeldes en un 99 por ciento, maravillosamente cohesionada en torno a las razones y a las pasiones del antifascismo, y la imagen de una banda partisana no menos cohesionada, políticamente compacta, debilitada tan solo por la intervención del maligno, por la penetración diabólica de un único elemento corruptor. Retratos demasiado bellos para ser verdaderos, y mucho menos plausibles si hacen referencia a los primeros ocho o nueve meses de la Resistencia italiana, desde el otoño de 1943 hasta la primavera de 1944.

Fueron meses difíciles, dificilísimos, en los que las bandas estuvieron permanentemente expuestas al riesgo de delación por parte de montañeses a los que costaba aceptar los costes materiales y espirituales de la presencia partisana en la región: la incautación de animales y víveres, la actitud desenvuelta con las muchachas del pueblo, el trato brusco con el párroco y las presiones a los jóvenes del lugar para que se unieran a los rebeldes. Y fueron meses difíciles, dificilísimos, en los que las bandas estuvieron permanentemente expuestas al riesgo de infiltración por parte de agentes provocadores de Salò, que se aprovechaban así de la porosidad militar y de la desorganización política de las primeras formaciones. Se aprovechaban de la imposibilidad de distinguir —en medio del vaivén de soldados desmovilizados, estudiantes rebeldes y reclutas insumisos— al aventurero

oportunista del aventurero antifascista, pero se aprovechaban también de las tensiones ideológicas y psicológicas internas: cuando los partidos del Comité de Liberación Nacional todavía no habían logrado distribuirse ordenadamente las funciones, cuando todavía no se había instituido el Mando General del Cuerpo de Voluntarios de la Libertad; en resumen, cuando la actividad resistente partía mayoritariamente de la iniciativa de base, y pagaba un tributo continuo a la inexperiencia, a la ingenuidad, a la vanidad de unos u otros partisanos de la montaña.

Nacido en Génova en junio de 1917, Edilio Cagni tenía veintiséis años en otoño de 1943. Se presentaba como licenciado en arquitectura y utilizaba un lenguaje culto, eligiendo con cuidado las palabras, aunque sus credenciales más inmediatamente significativas, en aquellos comienzos valdostanos de la Guerra Civil, tenían que ver con su experiencia militar: academia militar en Fano en 1940, servicio como subteniente en Italia y en Francia, estancia en Grenoble con la 5.ª División Alpina Pusteria, repliegue con el Cuarto Ejército tras el 8 de septiembre de 1943, paso del Pequeño San Bernardo, huida de La Thuile para evitar ser capturado por los alemanes, ofrecimiento de sus servicios a la República Social Italiana, prefectura de Aosta.[6] En *El sistema periódico*, Primo Levi describirá al espía que se infiltró en la banda de los casaleses de Arcesaz fingiéndose un rebelde como un hombre que «frisaba los treinta años y era pálido y fofo».[7] También Guido Bachi lo recordará pálido y de mediana estatura. Aunque se mostraba «poco comunicativo», Cagni era «el tipo de persona que inspira confianza».[8]

Durante los días que pasó en Arvier —a pocos kilómetros al oeste de Aosta— como disperso del Ejército Real tras el 8 de septiembre, Cagni se unió a dos soldados algo más jóvenes que él y decididos como él a buscar fortuna en el mundo sugestivo, equívoco y arriesgado del colaboracionismo. Alberto Bianchi procedía de Florencia, tenía veintitrés años, y también era

un disperso del Cuarto Ejército. Al igual que Cagni, era huérfano de padre y no tenía un céntimo en el bolsillo, pero a cambio poseía inteligencia y cinismo a raudales.[9] Domenico De Ceglie era romano y tenía veintidós años. También había perdido a su padre y asimismo era un disperso del Cuarto Ejército.[10] Medio siglo más tarde, Bachi recordaría a De Ceglie como un muchacho rubio, tan delicado en los rasgos como elegante en los gestos.[11] Lo cierto es que este trío aparentemente heterogéneo tendría una importancia y una función cada vez mayores en el colaboracionismo valdostano. Entre finales de 1943 y principios de 1944, con los respectivos seudónimos y grados de Renato Redi, teniente, Carlo Cerri y Mario Meoli, subtenientes, Cagni, Bianchi y De Ceglie se convirtieron prácticamente en agentes plenipotenciarios de una policía política privada al servicio del jefe provincial, Cesare Augusto Carnazzi.

Debido a las características peculiares de su génesis, consecuencia del dramático hundimiento del régimen fascista y de la ocupación alemana, los aparatos represivos de la República Social se presentaban como un submundo de confines inciertos, donde las fuerzas institucionales del orden actuaban conjuntamente (o en competencia) con los más variados grupos paramilitares, públicos, semipúblicos y privados.[12] Esto contribuye a explicar el rápido ascenso del trío encabezado por Cagni hasta la cima informal de la policía política en el valle de Aosta. Tras la Liberación, Cagni sería acusado de haber actuado como delator ya en los días de Arvier, moviéndose por todo el valle de Rhêmes y el Valgrisenche: «Tras el 8 de septiembre había estado vagando por los valles y se le había visto sobre todo en el valle de Rhêmes y el Valgrisenche en busca de grupos de dispersos para denunciarlos a las autoridades neofascistas».[13] Según otra acusación formulada después de la guerra, Cagni había tratado de enredar a Lino Binel, ingeniero jefe del Ayuntamiento de Aosta y uno de los

principales representantes —clandestino— de la primera resistencia valdostana. Haciéndose pasar por un oficial badogliano, Cagni le propuso a Binel adquirir armas para suministrárselas a los rebeldes.[14] Binel evitó comprometerse, pero su prudencia no le impidió ser arrestado por contrabando de armas el 10 de noviembre de 1943 por orden del prefecto Carnazzi, y pasar un mes y medio recluido en la Torre dei Balivi de Aosta.[15]

Con estos antecedentes como agente provocador, Edilio Cagni debía de sentirse confiado aquella tarde del domingo 5 de diciembre de 1943. El día que, junto con Alberto Bianchi y de acuerdo con Carnazzi, recorrió los cuarenta de kilómetros que separan Aosta de Verrès con la intención de subir al valle de Ayas. El día que dio comienzo su maniobra de infiltración en la banda de los casaleses.

Arcesaz

En Castel Verres —el nombre local de Verrès— la caída del fascismo se anunció con unas semanas de antelación al 25 de julio de 1943. El 2 de mayo, «a una hora imprecisa» de la tarde, unos «desconocidos» parroquianos de un restaurante de via Roma, «vuelto de cara a la pared un cuadro con la efigie del Duce», escribieron en él «por detrás a lápiz la frase “Viva Stalin”». La comandancia de los carabineros dispuso controles que resultaron infructuosos.[16] Fue imposible poner nombre y apellidos a los autores del hecho, ya fueran bravucones del pueblo o auténticos comunistas, seguidores valdostanos del padrecito de los pueblos.

Siete meses después, la tarde del lunes 6 de diciembre de 1943, Cagni entró con Bianchi en otro local de Verrès, el Caffè dello Sport. Los dos

espías, que habían llegado al pueblo la noche anterior, dedicaron la mañana a pasear por las calles y a informarse «acerca de la ubicación de los distintos centros de los rebeldes» en el valle de Ayas, cuya «existencia allí» —según explicó Bianchi en un informe posterior a la prefectura— era un hecho «notorio». En el bar, una «señora encargada del café», Teresina, les preguntó a Cagni y a Bianchi si querían unirse a los partisanos. Es más: les presentó a dos parroquianos, Bepi y Gino, que se ofrecieron a acompañarlos al día siguiente al lugar donde se encontraban los rebeldes de Casale Monferrato. Cagni aceptó inmediatamente la invitación; en cambio, Bianchi enseguida encontró una excusa: el plan previsto era que la misma noche del lunes 6 regresara a escondidas a Aosta para informar al prefecto Carnazzi. También a escondidas, Bianchi se dirigiría luego a Verrès en coordinación con el tercer espía, De Ceglie, que se acreditaría como rebelde con material de propaganda «de carácter probolchevique». El plan funcionó a la perfección. Cagni, que subió al valle de Ayas a pie, escoltado por «unos gregarios» casaleses, estaba ya en la Croce Bianca (la hostería que, como he dicho, se utilizaba como cuartel general de la banda de Arcesaz) a mediodía del 7 de diciembre. Bianchi y De Ceglie se reunieron con él dos días después, la tarde del jueves 9, viajando en un Fiat Topolino proporcionado por la prefectura y conducido por otro «gregario». De modo que los casaleses, totalmente ajenos a lo que se tramaba, tendieron un puente de plata no al enemigo que huía, sino al enemigo que llegaba.[17]

En la Croce Bianca, Cagni se encontró con un personal variopinto, que tras la redada del 13 de diciembre describirá con sus propias palabras en un informe dirigido al prefecto de Aosta. Allí estaba Giuseppe Sogno, el renuente a la leva de la quinta de 1924 al que ya hemos visto en su incursión nocturna entre Casale, Ivrea y el valle de Ayas, y que el ojo experto de Cagni enseguida reconoció como un «elemento peligroso».

Estaba «un tal suboficial Berto», que también nosotros encontramos aquí por primera vez y del que volveremos a tener noticias. Estaba «el S. T. Piacenza»: el mismo subteniente excombatiente de la campaña de Rusia que me recibiría, casi setenta años después, en su casa turinesa de via San Dalmazzo. Estaba un casalés, Teopisto Fiorini, «herido en el hombro por un golpe de fusil», y un inglés herido «de mayor gravedad». Estaba «el Carretto», el viejo tipógrafo comunista que en Casale pasaba por socio fundador de algo parecido a un comité de liberación nacional. Había también dos representantes del bello sexo: la «señora Fiorini», esposa del herido, y «la señora Pagliolico», esposa de un casalés, al que ya hemos visto actuar entre Monferrato y las montañas.[18]

Extraña Resistencia esta de los orígenes, o en todo caso Resistencia distinta a la de la leyenda resistente. Resistencia hecha de abundantes encuentros en fondas de pueblo, el Ristoro de Amay, el Caffè dello Sport de Verrès, la Croce Bianca de Arcesaz, más que de rígidas citas en refugios de montaña. Y Resistencia hecha de una abundante, improvisada y engañosa promiscuidad entre hombres y mujeres, jóvenes y viejos, militares y civiles, renitentes y rebeldes, italianos y extranjeros, antifascistas y oportunistas, más que de una separación neta, voluntarista y fatal entre los partisanos que subieron al monte («una mattina mi son svegliato») y los civiles que permanecieron en el llano («o bella ciao, bella ciao, bella ciao ciao ciao»). Resistencia de los orígenes como caldo primordial, del que resultaba difícil —y sigue siendo difícil todavía— destilar los elementos volátiles de los sólidos. En la banda de los casaleses, seguramente era sólida la determinación política y militar de los hermanos Rossi: a ellos se debía la constitución misma de la banda, y en casa de Francesco Rossi, en Curien, los rebeldes acumularon el grueso de armas y municiones. Menos sólida tal vez era la motivación partisana de Giuseppe Barbesino, ferroviario

cincuentón de Giarole Monferrato que en Arcesaz intentaba disputar a Rossi el bastón de mando. Al subteniente Cerri (el espía Alberto Bianchi), Barbesino le pareció ya a primera vista el «típico ejemplar de tramposo, charlatán, individuo experimentado sin escrúpulos».[19]

Sería absurdo considerar probatorios los juicios que sobre los rebeldes emitieron a la jefatura de Aosta espías infiltrados como Cagni, Bianchi y De Ceglie. Pero también sería incorrecto cerrar los ojos ante el currículum que un partisano como Barbesino exhibía desde el Monferrato hasta el valle de Ayas. Licenciado tras la Primera Guerra Mundial con el grado de brigadier de los carabineros, este hombretón de más de un metro ochenta militó primero con los excombatientes disidentes contra el naciente Partido Fascista. Después de la marcha sobre Roma, se dedicó al comercio de vinos y queso, y luego regentó un prostíbulo en Novi Ligure, clausurado por razones de seguridad pública. Casado y con dos hijos y expulsado del cuerpo de carabineros, Barbesino se trasladó a Génova, pero siguió viviendo del cuento. En la Dirección General de Seguridad, tenía un historial de antecedentes por amenazas, lesiones, intento de expatriación clandestina y quiebra culpable. En febrero de 1935, cuando el Duce preparaba la guerra de Etiopía, el futuro partisano solicitó la inscripción en el Partido Fascista, y presentó una petición en la Milicia para ir voluntario al África oriental. Sus «antecedentes políticos y morales» indujeron a la Milicia a rechazarlo.[20]

Podemos imaginar que, para hombres como Barbesino, la Resistencia representó una inesperada oportunidad de redención, por no utilizar la expresión demasiado banal de una última ocasión en la ruleta de la vida. En cambio, para todos los casaleses, incluidos los que eran moralmente más íntegros y políticamente más motivados, entrar en la Resistencia supuso enfrentarse a situaciones que no habían conocido nunca como civiles. Un

orden jerárquico vivido desde arriba en vez de desde abajo, desde posiciones de autoridad en vez de desde posiciones de obediencia. Unos fondos que había que gestionar sin ánimo de lucro pero también sin despilfarros. El acceso a un uso en cierto modo legítimo de la fuerza, que no había que confundir con un uso arbitrario. Podríamos decir que eran muchas las razones para el estrés, que se añadían al riesgo inherente a la condición de «bandidos». De ahí «un cierto nerviosismo» que se extendía visiblemente entre los partisanos de Arcesaz, y que el sagaz teniente Redi (el espía de Cagni) percibió en el mismo instante en el que puso un pie en la Croce Bianca.

Tras la aparición de Cagni, fueron llegando a la hostería uno tras otro los dirigentes de la banda: los hermanos Rossi, Barbesino, Pierino Pagliolico y Edoardo De Vasi. Llegó también Franco De Furia, un joven teniente de aviación que, al igual que Barbesino, criticaba la autoridad de los Rossi y aspiraba a que le confiaran un cargo de responsabilidad, pero que suscitaba la misma desconfianza, porque además De Furia iba acompañado de su jovencísima esposa, Giacomina Chiarello, que no destacaba precisamente por su prudencia y reserva.[21] Más allá de las ambiciones personales, el principal punto de fricción era la cuestión de la autonomía de la banda de Arcesaz respecto a las fuerzas políticas (y a los financiadores ocultos) que trataban de sostenerla desde el llano: el Comité de Liberación Nacional de Casale, el Mando Militar del CLN piamontés. En esos primeros meses de la Resistencia, a las formaciones surgidas en la montaña impulsadas por algún jefe carismático les desagradaba la pretensión de los «urbanitas» de encuadrar a las formaciones en un proyecto político y militar.[22] En el valle de Ayas, los primeros dirigentes como los hermanos Rossi no querían ni oír hablar de recibir órdenes de los emisarios antifascistas que llegaban en el coche de línea desde Casale o desde Turín.

La banda de los casaleses parecía, por tanto, destinada a implosionar desde dentro antes que a explotar por presiones externas. Y Cagni era lo bastante listo para percibirlo y lo bastante hábil para propiciarlo. Una vez depurado del tono ruin del agente provocador que tras cumplir una misión da parte a su superior, el informe final de Cagni a Carnazzi contiene la representación fiel de una Resistencia valdostana inicial tan valerosa como ingenua, y tan generosa como inconsistente. La escena se produjo en la Croce Bianca, el mismo día de la llegada de Cagni a Arcesaz, el martes 7 de diciembre de 1943: «Valiéndome de las observaciones que tuve tiempo de asimilar, […] en presencia de todos, entre los que sabía se encontraban los jefes, empecé a criticar con dureza la organización del campo y a los propios jefes; terminé mi parlamento expresando el deseo de alejarme de gente que no consideraba rebeldes sino payasos». «Mis palabras me procuraron las simpatías de los presentes.» «Continué con mis críticas de tal modo que los presentes decidieron entregarme el mando del campo de Grayn.»[23]

Sí, lo que dice Cagni no son fanfarronadas. Las otras fuentes de que disponemos —incluidas las de procedencia partisana—[24] confirman que, a las pocas horas de su llegada a Arcesaz, los casaleses entregaron al infiltrado el mando militar del campo de Graines: «Unos 70 hombres entre los que había 20 ingleses, 5 ametralladoras, 6 metralletas Berretta, unos 30 fusiles y numerosas pistolas y bombas. Tres vehículos y un almacén de víveres y ropa». Únicamente el mayor de los hermanos Rossi, Francesco, hizo todo lo posible por oponerse al irresistible ascenso de Cagni. «Hubo una fortísima e intensa discusión aquel mismo día», en presencia de Barbesino, Carretto, Pagliolico, Fiorini, De Vasi «y naturalmente Rossi». «Muy a su pesar, este último me cedió el mando del campo, no sin antes haberme amenazado de muerte (cosa que tuvo ocasión de hacer varias

veces). Acordamos que yo iría a su casa (a Currien) a recoger las armas y ropa que estaban allí depositadas. El mismo día me dirigí a Grana, sede del centro de los rebeldes, a los que fui presentado como el nuevo comandante.»[25]

Sin techo ni ley

A la sombra del castillo de Graines, los miembros de la banda de los casaleses se alojaban en el edificio de la escuela:[26] lo cual sugiere por sí mismo el alcance del impacto de una formación partisana en el territorio de una comunidad alpina, teniendo en cuenta que en otoño las escuelas estaban abiertas y que en 1943 los niños de Graines todavía cursaban en el pueblo los tres primeros años de la escuela elemental, sin necesidad de desplazarse a Brusson.[27]

La aldea contaba con unos doscientos habitantes y había un centenar de rebeldes, entre italianos y extranjeros: estas cifras también sugieren el carácter problemático de la convivencia entre las poblaciones montañesas y los partisanos de la montaña. Evidentemente, los rebeldes tenían que contar con cierta ayuda por parte de los locales. Como la que les prestó Tersilla Favre, la maestra de la escuela elemental de Graines, que se guardó muy mucho de comunicar a las autoridades de la República Social que en el segundo y tercer piso de la escuela acampaban varias decenas de hombres. Al mismo tiempo, en un régimen de escasez de recursos como el de la guerra mundial, era normal que los lugareños vieran a los forasteros como unos gorrones. Y en un régimen de miedo generalizado como el de la ocupación alemana, era normal que la gente del pueblo viera en la presencia de los partisanos una fuente de molestias y de auténticos problemas.

«Mire usted, le parecerá mentira, pero no solo eran malos los alemanes, también lo eran ciertos individuos que con prepotencia nos obligaban a los habitantes del valle a entregarles comida, ropa, calcetines de lana y otras cosas»: la señora Alice Coronel, oriunda de Amay, ya casi centenaria a comienzos del siglo XXI, tuvo palabras duras para los partisanos del Col de Joux, los presuntos combatientes por la libertad que en el otoño de 1943, según ella, maltrataron a los habitantes de la aldea de Saint-Vincent de las formas más variadas, secuestrando el burro, robando la sal, «¡no puedo olvidar, no puedo perdonar…!».[28] Tampoco parece que las cosas fueran mucho mejor en la otra vertiente del Col de Joux. Según Claudio Manganoni, militante comunista y dirigente de una banda que actuaba en el valle de Ayas desde 1944, en Champoluc y en Antagnod, los hombres de la Resistencia recurrieron a menudo a «medios coercitivos» para imponerse a una población «casi toda antipartisana».[29] Ajenos a las pasiones de la política, los habitantes del valle razonaban como pobres, movidos por una instintiva y desesperada avaricia.[30] Mientras que los rebeldes razonaban como duros: si no me das lo que necesito, me veré obligado a cogerlo.[31]

Pero antes de tenerse que medir con los montañeses valdostanos, los casaleses tuvieron que enfrentarse, en la llanura, con sus propios paisanos: porque cien kilómetros de camino separaban el valle de Ayas de Casale Monferrato, y en la Italia ocupada del otoño de 1943 reunir una banda a tanta distancia de la retaguardia significaba chocar también necesariamente con el territorio de partida. Posiblemente con buenas maneras, a veces también con malas. Es lo que demuestra la rápida evolución de la actitud de los casaleses desde las idas y venidas de principios de noviembre a las expediciones de principios de diciembre. A comienzos de noviembre, los viajes de los rebeldes de Casale a Arcesaz todavía eran (ya lo hemos visto) como excursiones peligrosas: sacerdotes amigos que atravesaban la

carretera en señal de entendimiento y hacían subir a los camiones a ex prisioneros de guerra ingleses, albañiles y molineros que entregaban dinero a los partisanos, citas fallidas en la Olivetti de Ivrea y almuerzos en la fonda. Pocas semanas más tarde, los viajes adoptaron una forma muy distinta: la utilización de medios coercitivos prevalecía claramente sobre el uso de medios persuasivos.

La caza del hombre puesta en marcha por los republicanos de Salò contra miles de renuentes a la leva de las quintas de 1923-1925 envenenó todo el Monferrato y precipitó la Guerra Civil. «No quedará nadie con cabeza»: unas octavillas repartidas en la ciudad la noche del 8 al 9 de diciembre amenazaban de muerte a los dirigentes nazifascistas de Casale y señalaban a Luciano Imerico, comandante de la Guardia Nacional Republicana, como abanderado de los «cobardes vestidos de guardias» que pagarían sus culpas con la vida.[32] Pero más que las palabras, lo que contaba eran los hechos, y ya en la segunda mitad de noviembre los hechos eran estos. Los hermanos Allara, propietarios de la empresa homónima de transportes, aprovechaban los encargos de entrega o retirada de mercancías en el valle de Aosta —materiales para las Officine Cogne, abono natural para las granjas del Vercellese, o cualquier otra cosa— para cargar en sus camiones armas y municiones destinadas a la banda de Arcesaz.[33] La cantina de la estación, que regía el tabernero Giovanni Conti, se convirtió en el centro del tráfico de rebeldes que partían hacia el valle de Ayas.[34] Y con tal de conseguir partir, aquellos rebeldes no miraban a nadie a la cara.

Gracias a las detalladas confesiones que el teniente coronel Imerico acabó obteniendo de algunos de los participantes en las expediciones (el renuente Federico Barbesino, del que ya he hablado, y un tal Giovanni Cantele), podemos seguir paso a paso la evolución de la situación: la necesidad que tuvieron los casaleses de forzar la mano, transformando las

excursiones en acciones de comando. Porque no se podía hacer la tortilla sin romper los huevos. La necesidad de transportar a la montaña material bélico o nuevos objetores hacía que los camiones de la empresa Allara resultaran insuficientes, y obligaba a los rebeldes a procurarse camiones y automóviles recurriendo a los procedimientos incluso más expeditivos. En general, la enorme diferencia entre el mísero arsenal de los partisanos y la capacidad ofensiva de los nazifascistas obligaba a los primeros a asumir riesgos. Y a esto se añadía la juventud de la mayoría de los rebeldes: casi todos renuentes a la leva de las quintas de 1924-1925, de diecinueve o dieciocho años. Por tanto, no solo muchachos inmaduros, sino muchachos que pasaron de la vida civil a la vida partisana sin ninguna fase intermedia, sin ninguna preparación militar.[35] Muchachos que se encontraron armados de la noche a la mañana, sin haber pasado por el cuartel, sin haber tenido que obedecer a sargentos o capitanes. Muchachos, en definitiva, que pudieron sentir incluso en exceso la embriaguez de su nueva condición, la sensación embriagante de no tener ni techo ni ley.

La noche del 5 de diciembre de 1943, cuatro de ellos partieron de Cerrina Monferrato con la intención de llegar —pasando por Casale— a Arcesaz, en el valle de Ayas. Dos eran de Cerrina y renuentes a la leva: Giuseppe Villata tenía diecinueve años, Fulvio Oppezzo (que se hacía llamar «Furio») tenía dieciocho. Eligio Costelli procedía de Casale, era recadero, y sus veintitrés años le convertían en el más experto del grupo: su misión consistía en escoltar hasta Casale a los jóvenes de Cerrina. El cuarto se hacía llamar el «Turinés», y todavía hoy no se ha podido verificar su identidad. Tal vez se trataba de un muchacho de Turín llamado Luciano Zabaldano, y en este caso sería el más joven del grupo: nacido en abril de 1926, tenía diecisiete años y medio en aquel otoño de 1943. En cambio, los policías de Salò lo identificaron con Giuseppe Riviera (aunque se hacía

llamar «Beppe»), nacido en Turín en 1924 y, por tanto, también renuente. Lo cierto es que, la tarde del 5 de diciembre, los cuatro «obligaron a un propietario de carros» a llevarlos desde Cerrina hasta el cercano santuario mariano de Serralunga di Crea: «Una vez allí, se dirigieron a un propietario de automóviles», Silvio Triglio, dueño de un negocio de «coches de alquiler», y «le obligaron, a punta de pistola, a llevarles a Casale, adonde llegaron sobre las diez de la noche».[36]

No era más que el principio. Al día siguiente, los cuatro se reunieron en Casale con Giuseppe Carrera: el renuente a la leva de 1924 que desde hacía meses había convertido su casa de via Mantova 22 en una base operativa de la lucha contra los nazifascistas. Carrera les explicó que la salida hacia Arcesaz estaba programada para aquella tarde, y que lo que faltaba era conseguir un coche de Alessandro Baroglio, propietario de la lavandería homónima situada en via del Carmine. «Hacia las 19», junto con Giovanni Cantele y Federico Barbesino —aquellos que cuando fueran arrestados cantarían de plano ante el teniente coronel Imerico—, los rebeldes llamaron a la puerta de Baroglio, quien dijo que estaba dispuesto a darles el coche que le pedían porque comulgaba con sus ideas, pero que el coche «no tenía el motor en condiciones». Entonces los siete jóvenes (a los que se habían añadido otros, hasta un total de diez u once) decidieron «apoderarse de la primera camioneta que pudieran encontrar en Casale». Vieron una aparcada en una avenida cercana, delante de un garaje, y la requisaron amenazando al conductor a punta de pistola, «con los rostros cubiertos con pañuelos a modo de máscara». En aquel momento llegó otro camión que tenía que entrar en el garaje, y los partisanos decidieron cogerlo también. «Una vez inmovilizados los conductores, los obligaron a entregarles dos paquetes de mantas y aceite. Iban armados con metralletas el Carrera, el Cantele y el Furio.» Entretanto eran ya las ocho y media de la noche.[37]

La escena siguiente es sorprendente, y dice mucho de cómo fueron esos comienzos casaleses de la Resistencia italiana, que no sabemos si calificar de criminales o de picarescos. Porque el conductor de la camioneta requisada, un cincuentón llamado Luigi Annaratone, cuando los hombres armados y enmascarados estaban a punto de irse les «deseó buen viaje» y añadió: «Cuidaos muchachos y esperemos que no os ocurra nunca nada». Realmente el robo de la camioneta, desde el punto de vista de los rebeldes, se parecía más a un préstamo forzoso. La propia policía de Salò lo consignaría en el acta: «Los autores del hecho, en el momento de partir, le dijeron al Annatore que, si todo iba bien, encontraría el vehículo al cabo de dos o tres días, en via Oliviero Capello de Casale Monf., cerca de su casa». Finalmente, los rebeldes partieron, con Barbesino al volante y Carrera que «insistía en correr», pese a que el vehículo era «viejo y estaba averiado». Cerca de Cerrina la camioneta volcó, aunque no hubo heridos. Puesto que ya tenían experiencia en dar golpes de mano, aquella misma noche los partisanos se apoderaron de una furgoneta Fiat y de un Topolino que encontraron cerca de una granja de Valle Cerrina: con esos dos vehículos pudieron llegar finalmente al valle de Ayas. Llegaron a Arcesaz la tarde del martes 7 de diciembre, a la misma hora en que se entregaba a Edilio Cagni el mando del campo de Graines.

Memorialista agudo de la Resistencia antes de convertirse en su historiador minucioso, un intelectual como Roberto Battaglia describiría después de la Liberación «el impulso de situarse fuera de la ley» como una característica propia de la experiencia partisana de los comienzos. Impulso que para los rebeldes más cultos o conscientes tenía una motivación política, pero que para el grueso de los partisanos era un simple impulso genérico, condensado en vagas aspiraciones a una libertad nueva o a una justicia diferente: «Un espíritu inicial, y necesario, de “anarquía”».[38] Es un

análisis que no ha perdido validez, y que puede ayudarnos hoy a comprender un poco a los casaleses que hacían incursiones entre el Monferrato y el valle de Ayas: muchachos de dieciocho o diecinueve años que de golpe rechazaron la educación fascista que (casi todos) habían recibido, y desafiaron al enemigo optando por ser —aun antes que partisanos— delincuentes. En el fondo, auténticos bandidos, como solían llamarles los alemanes y en la República de Salò.

Es muy posible que algunos se sintieran comunistas: concretamente, este parece haber sido el caso de Carrera y de Sogno, que recibieron la carismática influencia de un comunista experimentado, el contable de Asti Mario Acquaviva, enfrentado desde hacía tiempo al partido de Togliatti y promotor entre Asti y Casale de un Partido Comunista Internacionalista.[39] No obstante, en la mayoría de los casos los muchachos que abandonaron las colinas del Monferrato para ir a las montañas del valle de Ayas lo hicieron, al parecer, movidos por un espíritu de anarquía, y también para evitar (no lo olvidemos) los castigos previstos para los renuentes a la leva de Salò. «Necesitamos urgentemente vuestra camioneta porque disponemos de muy poco tiempo, tenemos que estar en el valle de Aosta a las cinco de la mañana, de lo contrario nos fusilarán a todos»: según los documentos policiales, esto fue todo cuanto susurró la noche del 6 de diciembre un rebelde armado a Alessandro Baroglio en via del Carmine, además de constatar que el vehículo de la lavandería estaba averiado y no podía serles de utilidad.[40]

Examinemos el caso de Fulvio Oppezzo, el muchacho de dieciocho años de Cerrina Monferrato al que llamaban Furio, cuya primera noche de peligro fue ya la del domingo 5 de diciembre en el santuario de la Madonna di Crea, prolongada hasta la noche siguiente entre las calles de Casale y las granjas de Valle Cerrina. *A priori* nada parecía prever el destino de Fulvio-

Furio como militante antifascista. Su abuelo, el «profesor Marcello Oppezzo», secretario del instituto industrial Quintino Sella de Biella, se había establecido en Cerrina en los años treinta como «camarada Marcello Oppezzo»: primero delegado de la prefectura y luego *podestà* de un ayuntamiento que tenía entonces unos dos mil habitantes.[41] Su padre, Ugo Oppezzo, había sido teniente de la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional en Cerrina y presidente de la Opera Nazionale Dopolavoro,* antes de luchar en la guerra de Etiopía, donde fue herido de gravedad.[42] En cuanto a Fulvio, además del aire fascista que se respiraba en la familia, el ambiente riguroso de sus estudios parecía prepararle para un futuro de chico bien: en Casale, el Colegio Trevisio de los padres somascos; en Milán, la Escuela Militar.[43]

Probablemente, si sus profesores hubieran podido ver a Fulvio Oppezzo en la oscuridad de la noche armado con una metralleta y amenazando a cualquier propietario de vehículos del Monferrato, habrían creído firmemente que se habían confundido. Ni los padres somascos, ni los oficiales del Ejército Real habrían reconocido bajo el pañuelo del bandido partisano los rasgos delicados del muchacho que apenas unos meses antes —tras la ceremonia de entrega de diplomas en la Escuela Militar de Milán— había escrito sobre su retrato de uniforme de subteniente la dedicatoria: «Fulvio a su queridísima mamá». En este sentido, su sorpresa ante el Fulvio convertido en Furio habría sido semejante a la que tuvo el director del liceo clásico Balbo de Casale, el profesor Giovanni Bianchi, en los meses posteriores al 8 de septiembre de 1943 y que consignó diligentemente en sus informes oficiales como director del instituto: sorpresa (o desconcierto) de los enseñantes que descubrían de un día para otro la repentina, inesperada e imparable metamorfosis de sus alumnos. «Los jóvenes ya no eran los de antes: parecía que ya no sentían nada por la Patria ni por el

Duce.» «Algunos de nuestros jóvenes se han echado al monte o incluso están con los rebeldes.»[44]

Lo que contribuyó a empujar a muchachos como Oppezzo a echarse al monte y en brazos de los rebeldes fue la propia virulencia de los ataques lanzados contra los insumisos de las quintas de 1923-1925 por la prensa de Salò, así como la dureza de las medidas represivas aplicadas por los jefes provinciales. El 1 de diciembre de 1943, *Il Lavoro Casalese* publicó un artículo titulado «Los cobardes», en el que se informaba de que «mujeres más bien mayores» esperaban en el patio de un cuartel de los carabineros: eran las madres de insumisos que esperaban a que las llevaran a la cárcel. Las madres de «mocosos» capaces únicamente de hacer cola por un paquete de cigarrillos, interesados tan solo en los astros de la pantalla y en los campeones deportivos, holgazanes cuyo cabello engominado a duras penas ocultaba el vacío de sus cráneos. Y estos hijos, con tal de escapar del servicio militar, dejaban que pagasen sus madres… «Se podía esperar todo de chicos de dieciocho años: errores, desenfreno, tal vez revueltas, pero no la cobardía suprema: dejar que la madre se convirtiera en rehén o, peor aún, en el precio de una inútil, inexistente libertad.»[45]

El ambiente Olivetti

Naturalmente, en Casale Monferrato también había fascistas dispuestos a acusar a los judíos —los últimos judíos de la ciudad, los que tres o cuatro meses más tarde serían deportados a Auschwitz— de alimentar el fenómeno de la insumisión con su despreciable dinero. Así, Mario Guaschino, en un informe dirigido a las autoridades, atribuía los robos de vehículos ocurridos recientemente en Casale y alrededores a agentes a sueldo: jóvenes italianos

ávidos de «dinero fácil» a quienes «los judíos malditos de Dios» incitaban a «traicionar continuamente a la patria». Por eso, argumentaban los fascistas del Monferrato más ferozmente antisemitas, era necesario proceder a la «concentración inmediata de todos los judíos» en lugares donde estuvieran sometidos a la más estrecha vigilancia, para que dejaran de hacer daño de una vez por todas.[46]

A su modo, también compartía esa visión de las cosas Cesare Augusto Carnazzi, el prefecto de Salò en Aosta, que el 12 de diciembre de 1943 tuvo la idea de redactar un *Promemoria per il ministro delle Corporazioni*, en el que se destacaba el nexo entre una fábrica especialmente importante en la vida económica de la provincia, la del «judío Camillo Olivetti» y las actividades antipatrióticas más diversas. Es cierto que el fundador acababa de morir y ya no podía hacer daño, pero se mantenía la peligrosidad de una empresa que, «aunque magníficamente camuflada de aria, sigue funcionando y prosperando (¡y cómo prospera!) en un ambiente y con métodos a todas luces judíos». Eran hechos bien sabidos, según Carnazzi, tanto el «mucho dinero Olivetti» gastado para facilitar el exilio clandestino a Suiza de prófugos judíos, como el apoyo económico garantizado a dispersos y rebeldes. Peor aún: existía un vínculo directo entre la fábrica capitalista de Ivrea y el movimiento político más insidioso del valle de Aosta: «Puede afirmarse con absoluta certeza que el eje y el centro del comunismo de esta provincia hay que buscarlos en el ambiente Olivetti».[47]

Acusaciones de este tipo no eran solo consecuencia de las obsesiones antisemitas y anticomunistas de un funcionario de Salò. Aunque la historia de la Olivetti durante los veinte meses de la ocupación alemana no ha sido estudiada en profundidad, hemos seguido suficientemente las zarabandas de los casaleses desde el Monferrato hasta el valle de Ayas para saber que un joven comunista internacionalista como Giuseppe Sogno podía realmente

llamar a la puerta de la fábrica de Ivrea sin ser rechazado, haciendo alarde de donaciones anteriores entre 10.000 y 20.000 mil liras. Y desde el principio de esta historia hemos entrevisto redes humanas de resistencia tendidas entre la Olivetti y las montañas valdostanas, con el delineante Mario Pelizzari (nombre de guerra, Alimiro) en misión de reconocimiento en Saint-Jacques los días del armisticio, con el ingeniero Riccardo Levi prófugo en el valle de Gressoney antes de esconder a su mujer y a sus hijos en la Serra y bajar a Turín para entrar en la clandestinidad.

El prefecto Carnazzi no se equivocaba al considerar la caza de los judíos y la caza de los bandidos como las dos caras de la misma moneda. Y con razón, si se tiene en cuenta que el 7 de diciembre de 1943, es decir, el mismo día que Edilio Cagni logró infiltrarse en la banda de los casaleses, el comisario del Partido Fascista Republicano de Aosta señaló a Carnazzi un «grupo de llamados “patriotas”» reunido a poca distancia de Arcesaz: ya sea «en el Colle di Youx», ya sea «en Amay en el “refugio Page”». En realidad, estaba señalando a los hombres reunidos en los refugios de Frumy y a los huéspedes del hotel Ristoro. Y según rumores que corrían por la zona, esos peligrosos bandidos («Están todos armados») eran financiados por algunos «judíos» de Ivrea.[48] ¿Acaso no era suficiente para verlo más claro? Cuando dos días más tarde, el 9 de diciembre, el falso teniente Redi se reunió en Arcesaz con los dos espías que estaban conchabados con él, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para enviar al falso subteniente Meoli a la otra vertiente del Col de Joux, con la intención de infiltrarse también en la banda de Amay.[49]

El círculo de la represión se estrechó al mismo tiempo en las dos formaciones partisanas, la grande de los casaleses de Arcesaz y la pequeña o pequeñísima de los turineses del Col de Joux: los hermanos Guido y Emilio Bachi, el subteniente Piacenza, Primo Levi y pocos más. Sin

embargo, para los aparatos policiales de Salò la prioridad era obviamente la banda «numerosa» del valle de Ayas, que se reforzaba «diariamente» con «nuevos elementos» y tendía ya a controlar el valle. El 9 de diciembre, el comandante de la Milicia Nacional Forestal de Aosta informaba al prefecto Carnazzi de que los rebeldes habían llegado al punto de amenazar abiertamente a los forestales de Brusson, que no podían reaccionar porque las fuerzas armadas de Salò habían desaparecido por completo del valle de Ayas, en todo el «tramo Champoluc-Castel Verres a lo largo de más de 32 km».[50] Y el comandante Luigi Del Favero no podía saber que Carnazzi ya se había organizado: que la infiltración del trío Cagni-Bianchi-De Ceglie preparaba una inminente revancha.

La banda grande de los casaleses y la banda pequeña de los turineses fueron estrechando sus relaciones, después de que Emilio Bachi bajara por primera vez del Col de Joux para comprobar la seriedad y la eficiencia del grupo de Arcesaz. Entre finales de noviembre y principios de diciembre, los contactos se hicieron «muy frecuentes y cordiales», explicaría Guido Bachi en 1946, dirigiéndose a la Comisión Regional Piamontesa para el reconocimiento de los títulos partisanos: «con intercambios incluso de hombres en las acciones importantes, con cesiones de armas, con acogida de elementos […] reprobados por los compañeros».[51] Nos confirma la intensidad de estos contactos la presencia en el hotel Croce Bianca de Arcesaz, el 7 de diciembre, de al menos dos miembros de la banda de Amay, el subteniente Aldo Piacenza y el suboficial que se hacía llamar Berto. Otro dato que nos lo confirma es la presencia en Frumy, la noche del 8 de diciembre de 1943, de dos muchachos que sabemos que habían formado parte de la banda de los casaleses: Fulvio Oppezzo y Luciano Zabaldano.[52]

Si tuviésemos que atenernos a los documentos recopilados por los

dirigentes de la banda tras la Liberación, deduciríamos que los dos jóvenes llegaron al valle de Ayas el día después del 8 de septiembre. Fulvio Oppezzo, «comandante de escuadra», aparece como miembro activo de la formación partisana de los hermanos Rossi desde el 10 de septiembre; Luciano Zabaldano, «comandante de brigada», se considera activo desde el 20 de septiembre.[53] Sin embargo, este tipo de materiales —estas fuentes retrospectivas de una historia proverbialmente escrita por los vencedores— resultan ser a menudo muy poco fiables. En realidad, incluso es posible que Oppezzo (Furio) y Zabaldano (¿«el Turinés»?) hubieran llegado por primera vez al valle de Ayas la tarde del sábado 7 de diciembre, todavía con la exaltación de las dos noches pasadas como bandidos o como pícaros: requisa de vehículos a punta de pistola y aquellos extraños deseos de una de las víctimas, cuidaos-muchachos-y-esperemos-que-no-os-ocurra-nunca-nada. Lo que nos autoriza a pensarlo es el hecho de que Eligio Costelli se hubiera dirigido a Cerrina Monferrato, el domingo 5 de diciembre, para escoltar a Furio y al Turinés (además de a Giuseppe Villata) como si se tratase de su primera aventura.

Son varios los nombres de partisanos de la banda de Arcesaz que, según la documentación policial, participaron en las expediciones de noviembre desde Monferrato al valle de Ayas: Carrera, Sogno, Barbesino y Trombin. Por el contrario, los nombres de Oppezzo y Zabaldano no figuran nunca antes de la expedición del 6 de diciembre; tal vez, precisamente, porque la de ese día fue su primera actuación. Para compensar, Fulvio Oppezzo preocupó a las fuerzas del orden de la República Social —y ocupó las crónicas de los periódicos colaboracionistas— más allá incluso del 13 de diciembre, después del rastreo que provocó la dispersión de las dos bandas, la de Arcesaz y la del Col de Joux. El comandante Imerico mencionaba a Oppezzo como «prófugo» en el acta de denuncia del 10 de enero de 1944,

en la que registraba la lista completa de las actividades subversivas llevadas a cabo por los rebeldes del Monferrato durante el otoño.[54] El periódico *La Stampa* del 21 de febrero de 1944 hablaba de «unos tales Fulvio Oppezzo y Giuseppe Villata» como autores de un robo de 150.000 liras a un campesino de la zona de Casale, aunque tranquilizaba a los lectores añadiendo que «los dos ladrones han sido arrestados por la Guardia Republicana».[55] No obstante, una semana más tarde el periódico tuvo que rectificar: las sospechas que recaían sobre Oppezzo y Villata no habían sido confirmadas, y además los dos jóvenes «nunca fueron detenidos».[56]

Difícilmente Fulvio Oppezzo habría podido ser autor de un robo en febrero de 1944, puesto que había muerto en el Col de Joux —junto con Luciano Zabaldano— a primera hora de la mañana del jueves 9 de diciembre de 1943. Sin duda, los dos primeros caídos de la Resistencia en el valle de Aosta. Pero caídos no por mano enemiga, bajo el plomo de Salò o alemán, sino caídos por mano amiga, muertos por sus compañeros cerca de los refugios de Frumy.

Con el método soviético

El corazón de las tinieblas de esta historia. El «desagradable secreto» que Primo Levi arrastró durante treinta años, aunque consignado en 1975 —sin que nadie se lo exigiese— en las pocas páginas que dedicó a la Resistencia en su obra más autobiográfica, *El sistema periódico*: «Nos habíamos visto obligados por nuestra propia conciencia a cumplir una condena, y la habíamos cumplido, pero habíamos salido de ella destruidos, destituidos, deseosos de que todo acabara y de acabar nosotros mismos».[57]

Los pronombres personales son cruciales para entender la obra de Levi.

Es crucial el *vosotros*, ya sea más o menos indiferenciado o intencionado: como en los bíblicos versos fechados el 10 de enero de 1946 y antepuestos a *Si esto es un hombre*: «Los que vivís seguros /En vuestras casas caldeadas / Los que os encontráis, al volver por la tarde / La comida caliente y los rostros amigos».[58] Es crucial el *nosotros*, no solo a medida que se vuelva más o menos inclusivo, sino según se utilice como variación, resonancia o contraposición con el *yo*. Es crucial el *nosotros* de cuando Levi escribe, abarcando toda una vida, como superviviente del Lager; como en el texto titulado *Al visitatore*, impresionante por el uso polisémico de la primera persona del plural, que Levi envió en 1978 a la Asociación Nacional de Ex Deportados para el Memorial del pabellón italiano de Auschwitz.[59] Es crucial el *nosotros* de cuando Levi escribe, en contadas ocasiones, como excombatiente de la Resistencia.

En el caso del desagradable secreto, la primera persona del plural significa que Levi quiere asumir públicamente —en el trigésimo aniversario de la Liberación— la parte que le corresponde en una responsabilidad colectiva. Casi independencia de cómo fueron las cosas, entre el hotel de Amay y los refugios de Frumy, en las veinticuatro horas comprendidas entre el 8 y el 9 de diciembre de 1943, con independencia de cuál fue, en el seno de la banda del Col de Joux, el mecanismo de decisión que acabó en el pronunciamiento de una sentencia de condena a muerte contra Oppezzo y Zabaldano y en la ejecución inmediata de la misma, el *nosotros* equivalía a decir para Levi: esa sentencia también la pronuncié yo, esa condena también la ejecuté yo. Y aunque hubieran transcurrido desde entonces más de treinta años, a Levi no se le ocultaba que la confesión pública del secreto podía resultar comprometida, además de para él, para los otros ex partisanos de la banda de Amay. Empezando por Guido Bachi, que en la posguerra se había establecido en París como representante comercial de la Olivetti, y a

quien Levi envió una copia de *El sistema periódico* acompañada de una nota a modo de dedicatoria: «Con amistad y con la esperanza de que me perdone la cita de un fragmento de pasado».[60]

A los historiadores de profesión corresponde hoy reconstruir en la medida de lo posible el fragmento de pasado que Primo Levi tuvo el valor de evocar en la Italia de 1975, pero al que no quiso añadir nada más explícito que lo que contenían las doce líneas del libro de memorias. Tratando de establecer de qué modo los partisanos aplicaron contra Oppezzo y Zabaldano, muchachos de dieciocho y diecisiete años respectivamente, una ley marcial no escrita que se tradujo en su fusilamiento. Tratando de identificar a los ejecutores materiales de la sentencia. Sobre todo, tratando de comprender la dinámica de los hechos que precedieron a la tragedia: tratando de explicar la sorprendente aceleración de las cosas por las que la banda del Col de Joux, que hasta el 9 de diciembre de 1943 no había realizado ningún acto de resistencia importante y que a los cuatro días, el 13, sería desarticulada fácilmente por los rastreadores de Salò, pudo tomar la decisión de derramar la sangre de dos compañeros en un acto obligado de justicia.

La necesidad que tuvieron los partisanos durante la Resistencia de eliminar a hombres de entre sus mismas filas, por las razones más diversas y de distinta gravedad, ha constituido durante mucho tiempo un tabú de la historiografía, y desde los años cincuenta ha proporcionado materia a la narrativa de la Resistencia. Así es, aunque hay que tener en cuenta que en las llamadas «zonas libres» los partisanos no tuvieron posibilidad de hacer prisioneros: no dispusieron de una infraestructura institucional y material que permitiera resolver el castigo de los individuos considerados culpables en una pena de prisión y no en una pena capital. En último término, tenían más posibilidades de salvación los prisioneros enemigos, los militares

alemanes o de Salò, posibles piezas de canje con partisanos capturados por los nazifascistas. En cambio, para los compañeros de banda acusados de delitos considerados imperdonables, la ejecución se presentaba como la única alternativa posible, aunque solo fuese para conjurar el riesgo de que esos compañeros, una vez indultados, traicionaran a la banda denunciándola al enemigo.[61] De ahí que, en la literatura de la Resistencia italiana, existan algunos relatos duros, dramáticos, de fusilamientos a manos de los propios compañeros. Relatos extraordinarios en algunos casos, como «Vecchio Blister» de Beppe Fenoglio, o no tan memorables, como «Morti male» de Saverio Tutino.[62]

De lo poco que contienen los archivos sobre la ejecución de Oppezzo y Zabaldano, no se deduce que la ejecución de la condena les fuera anunciada: que la escena capital de Frumy incluyera una fase de preparación, tal vez en forma de un simulacro de proceso, con una patrulla de acompañamiento hasta el lugar de la ejecución. Al muchacho de Cerrina y al muchacho de Turín no se les obligó a sentarse por fuerza, como al viejo Blister de Fenoglio, «en un taburete apoyado en la pared», «enfrente de la hilera de partisanos inocentes y ofendidos», escuchando los reproches que les dirigían por haber robado. Ni fueron escoltados por los compañeros fuera de los refugios de la alzada como en una procesión, «con el paso torpe de quien sigue un funeral», entre los ladridos de los perros bastardos y un golpear de cadenas. Ni fueron acompañados a ningún calvero donde los partisanos del Col de Joux se dispusieran en dos filas «como el público que espera asistir a una partida de petanca», ni cupo la esperanza hasta el último momento de que todo fuese una puesta en escena, un simulacro de ejecución organizado solo para asustarlos.[63] Oppezzo y Zabaldano fueron ejecutados del modo que los partisanos más experimentados llamaban el «método soviético»: de forma repentina y sin que se dieran cuenta hasta el

último momento. («Es el método más humano», justificaba exactamente el mismo día —9 de diciembre de 1943— el partisano judío Emanuele Artom en su diario escrito en el valle Infernotto: «Se evita la angustia del inevitable fin, y qué le vamos a hacer si el condenado no tiene posibilidad de prepararse y manifestar sus últimas voluntades».)[64]

Casi todo lo que he podido encontrar sobre las circunstancias de la muerte de Oppezzo y Zabaldano aparece en las actas de un interrogatorio realizado a Aldo Piacenza un mes más tarde, el 11 de enero de 1944, en el cuartel de la Milicia de Aosta. Cuatro semanas después del rastreo del 13 de diciembre en Amay y en Arcesaz, con ocasión de una investigación que se encargaron de llevar a cabo los policías de Salò —sometiendo a interrogatorio tanto a los partisanos turineses del Col de Joux como a los casaleses del valle de Ayas— a fin de desmantelar de manera definitiva la organización subversiva. Investigación dirigida personalmente por Edilio Cagni, respaldado por Alberto Bianchi y Domenico De Ceglie, lo que define la singularidad de la situación, si es cierto que hombres como Piacenza, Guido Bachi y Primo Levi, además de la desgracia de haber sido capturados, tuvieron que sufrir la humillación de ser interrogados por los mismos espías que les habían embaucado. Solo por esta circunstancia, el acta del interrogatorio de Piacenza debe ser analizada con cautela; sin contar con la cantidad de razones por las que cualquier partisano detenido podía tratar de no decir la verdad, o decirla solo en parte.

En cualquier caso, esto es lo que sucedió —o que Piacenza quiere hacer creer que sucedió— a los «dos gregarios» de Frumy cuyo nombre evitó pronunciar el interrogado, pero que indudablemente fueron Fulvio Oppezzo y Luciano Zabaldano. «Jueves 9, me dirigí por la mañana temprano a Amay, donde Berto me informó de que por la conducta adoptada por los dos jóvenes la noche anterior, por su actuación y por algunas frases del tipo

“Queremos hacer como los de Arcesa”, “Queremos obtener lo que necesitamos nosotros solos por medios coercitivos”, “Si no nos dejáis actuar os dispararemos”, y luego “Si nos retenéis, huiremos y os denunciaremos”, se había visto obligado a eliminarlos. Precisó que, tras haberlos desarmado, les hizo salir del refugio, y a unos 100 o 150 metros del mismo los mató de una ráfaga de metralleta Berretta. También me explicó que retiró de los cadáveres algunos documentos y objetos personales que pretendía enviar a las respectivas familias.»[65]

El relato de Piacenza a los policías de Salò no parece ser en absoluto creíble. Cuesta mucho admitir que la decisión de matar a dos «gregarios» pueda tomarla el que dice llamarse Berto por su propia y exclusiva iniciativa, sin consultar al propio Piacenza ni a Guido Bachi, jefe militar y jefe político respectivamente de la banda del Col de Joux. Resulta mucho más fácil imaginar que la decisión de acabar con Oppezzo y Zabaldano fue tomada de un modo colegiado. Si no mediante una especie de proceso —según prácticas de justicia partisana que la Resistencia experimentó más tarde a lo largo de 1944—,[66] al menos mediante una decisión compartida por los hombres de mayor autoridad en torno a los que se había ido formando la banda: los dos hermanos Bachi, Piacenza y tal vez Levi. Que se trató de una decisión colegiada lo confirma (no de forma legal, sino más bien moral) el uso que hace Levi de un pronombre personal, ese *nosotros* tan pesado de *El sistema periódico*.

¿Quién era el «Berto» ejecutor material de la sentencia? Podría haber sido Emilio Bachi: el que por edad, madurez política y experiencia militar era algo así como el tercer jefe de la banda del Col de Joux, y que en la etapa posterior de la Resistencia adoptará el sobrenombre de «Bertolani».[67] Podría haber sido su hermano Guido. O tal vez el mismo Aldo Piacenza,

que tras su detención podría haber atribuido la responsabilidad de la muerte a Berto porque sabía que había logrado escapar.

Las fosas de Frumy

Quienquiera que fuese el que, la mañana del 9 de diciembre, hizo salir a Oppezzo y a Zabaldano a la nieve de Frumy y los mató con el método soviético, no creo que este sea el corazón de las tinieblas de la historia. Ciertamente, como historiador de los partisanos, no quiero parecer un Conrad de los pobres que ha salido en busca de un Kurtz valdostano. Lo último que querría —setenta años después de que la muerte de un muchacho de diecisiete años y de un muchacho de dieciocho dejara a Primo Levi y a sus compañeros «destruidos, destituidos, deseosos de que todo acabara y de acabar [ellos] mismos»— es aventurar una hipótesis judicial sobre la identidad del que asumió la responsabilidad de apretar el gatillo.

Lo que importa es reflexionar sobre la severidad de un castigo que los partisanos del Col de Joux debieron de decretar con escrúpulos de conciencia, pero que las fuentes históricas disponibles permiten considerar desmesurado en relación con la magnitud de las faltas que Oppezzo y Zabaldano pudieron haber cometido. Sería excesivo sostener que ambos fueron muertos por motivos fútiles: si alguna verdad había en lo que Piacenza explicó a los policías de Salò en su interrogatorio del 11 de enero de 1944 —las amenazas de los dos muchachos a los compañeros de que, si los retenían, dispararían, huirían y les denunciarían—, ese algo de verdad bastaría para justificar la necesidad de tomar medidas draconianas contra ellos. Sin embargo, nada aparece en los papeles de archivo que permita atribuir a Oppezzo y Zabaldano fechorías más graves que las que los

casaleses solían cometer en sus incursiones desde el Monferrato hasta el valle de Ayas.

Debemos devolver la palabra a Piacenza, que en el cuartel de la Milicia de Fronteras de Aosta ofreció al interrogador su versión de los hechos que habían precipitado el fin de los dos «gregarios». Tanto si Fulvio Oppezzo y Luciano Zabaldano se presentaron en Frumy por primera vez el miércoles 8 de diciembre tras haber llegado a Arcesaz el día antes, como si —según sugiere el interrogatorio de Piacenza— ambos eran ya *habitués* del Col de Joux, lo cierto es que la noche del 8 subieron de la llanura «manifestando ideas comunistas y, al parecer, decididos a cometer actos imprudentes». Y Piacenza sigue hablando, explicando a los policías de Salò: «Cuando los dos jóvenes regresaron a Frumy, yo hablé con ellos en Amay y me informaron de algunas de sus gestas, añadiendo que llevaban consigo unos 8 kilos de harina que regalarían a los gregarios de Frumy y que además habían conseguido dinero de personas de S. Vincenzo».[68]

De modo que Oppezzo y Zabaldano pasaron en el hotel Ristoro aquella noche que ignoraban sería la última de su vida. Y se jactaron ante Piacenza —¿estaba presente también Primo Levi?— de sus proezas en la llanura, antes de subir a los refugios más altos («aquella misma noche los jóvenes continuaron hasta Frumy») y entregarse ignorantes al destino de la mañana siguiente. Aquella noche, Piacenza se desplazó de Amay a la otra vertiente del Col de Joux, en dirección a Brusson: llegó al chalet donde vivía Guido Bachi y le habló «del asunto», esto es, del mal camino que al parecer habían tomado Oppezzo y Zabaldano. «Cené con él y dormí allí.» A primera hora del día siguiente, Piacenza estaba ya de regreso en Amay, donde se le presentó Berto para comunicarle las últimas novedades. La insolente conducta de los dos jóvenes la noche antes en Frumy. Sus intenciones de conseguir un botín arrancándoselo por la fuerza a los habitantes del valle.

Las amenazas a los compañeros, si-no-nos-dejáis-actuar-os-dispararemos, si-nos-retenéis-huiremos-y-os-denunciaremos. El desarme de ambos, a base de fuerza y de astucia. La salida del refugio, cien, ciento cincuenta metros. La ráfaga de la metralleta Beretta.[69]

Entrevistada por una estudiosa muchas décadas más tarde, la hermana de Levi —Anna Maria— añadiría un fragmento de recuerdo al jirón de historia, un recuerdo indirecto y resultado tal vez de las confidencias de Primo, puesto que el 9 de diciembre de 1943 Anna Maria ya no estaba en Amay: se había marchado unos días antes para regresar al llano con su madre. A quien le preguntaba cómo Vanda Maestro y Luciana Nissim, las dos amigas judías alojadas en el Ristoro, habían vivido la ejecución de los dos muchachos, Anna Maria respondería que «a Luciana y a Vanda las alejaron del lugar».[70] Si queremos, podemos tomar estas palabras como un indicio de la evidencia de que la muerte de Oppezzo y Zabaldano no se debió exclusivamente a una repentina ocurrencia de Berto: aunque llevada a cabo según el método soviético, la ejecución de la sentencia exigió algún tipo de coordinación, una organización aunque fuera mínima de las personas y de los movimientos entre los refugios de Frumy y el hotel de Amay.

A finales de aquel otoño de 1943, frecuentaba habitualmente el Ristoro un carpintero de Châtillon de diecinueve años que, por ser de la quinta de 1924, era renuente a la leva de la República Social, y que siempre era bien recibido en la hostería de Amay porque era sobrino de los gerentes, Eleuterio Page y Maria Varisellaz (hermana de su madre): se llamaba Yves Francisco, había nacido en Reims, en Francia, de una familia de emigrantes antifascistas de Verrès, y subía a Amay siempre que podía no solo para huir del alistamiento de Salò, sino también porque le encantaba esquiar entre los bosques y los calveros del Col de Joux. Una tarde de diciembre de 2010

llamé a su puerta —un bonito chalet en la parte moderna de Verrès— para recoger también su voz, la voz de un anciano de ochenta y siete años sorprendentemente lúcido y vigoroso. Sabía que Francisco había estado implicado en la operación policial antipartisana del 13 de diciembre de 1943 y que había sido detenido junto con Levi y las muchachas. Tenía intención de preguntarle sobre este hecho y sobre otros. En concreto, sobre la muerte de los dos muchachos, Oppezzo y Zabaldano. En aquella fase de mi trabajo de investigación sobre los partisanos era cuando más obsesionado estaba por el «desagradable secreto», cuando más indispensable me parecía aclarar el misterio del mismo modo que se resuelve un enigma judicial.

Me ayudó a concertar la cita una ex alumna mía oriunda de Arnad, a pocos kilómetros de Verrès, que aprovechó sus visitas al lugar para telefonear al carpintero jubilado y anunciarle la visita de un historiador, profesor de la Universidad de Turín. Acudimos juntos a la cita, Erika y yo. En el fondo, Erika también actuaba de historiadora, el encuentro le parecía interesante, y yo pensé que la presencia de una persona del lugar tal vez haría que el ex partisano se sintiera más cómodo y podría facilitar la comunicación. Tras habernos instalado en la cocina comedor y habernos presentado a otro anciano señor —un amigo suyo de Issogne, al que había invitado a asistir a la reunión porque también era un antiguo partisano—, Yves Francisco empezó a hablar sin necesidad de que le insistiéramos. No solo de Amay en diciembre de 1943, sino también de Valtournenche en 1944 y del verano pasado en Cogne, y de Suiza en 1945, y de la Francia de su juventud… Tengo ante mí las tres páginas repletas de apuntes. Los días en diciembre son cortos, y cuando nuestro anfitrión nos acompañó a la puerta era ya noche cerrada.

No obstante, la memoria de Francisco (una memoria de elefante) no le

sirvió de gran ayuda para responder a mis preguntas sobre las circunstancias de la muerte de Oppezzo y Zabaldano. ¿Berto? No sabía nada de él. ¿Extorsiones realizadas por dos muchachos? Sí, habían dado un golpe en Saint-Vincent, pero no recordaba exactamente qué había ocurrido. ¿La decisión de condenarlos a muerte había sido compartida por todo el grupo dirigente de Amay, incluido Primo Levi? Transcribo mis apuntes: «YF no puede confirmar ni excluir nada respecto a la implicación de PL en la decisión de matar a los dos muchachos por motivos disciplinarios». ¿Ajusticiados siguiendo el método soviético? Sí, probablemente les dispararon por la espalda. ¿Enterrados allá arriba, en el Col de Joux? Según mis apuntes: «Dice que recuerda las dos fosas cavadas en Frumy, y dice que cree recordar que los padres fueron a recoger los cadáveres».

Tampoco le sirvió de mucho su excelente memoria a Aldo Piacenza cuando le pregunté por esos mismos hechos el día que fui a visitarle, en noviembre de 2011, a su casa de via San Dalmazzo. Me habló de «un par de individuos pertenecientes a la banda vecina» que se habían «desviado del recto camino y habían empezado a actuar como bandidos, se dedicaban a robar… Tal vez por esto los echaron y nos los enviaron a nosotros, y tal vez por esto vinieron luego los fascistas a buscarnos y a detenernos». Pero si bien Piacenza se hacía eco del Levi de *El sistema periódico* respecto a una imperiosa correlación entre el problema de los dos muchachos indisciplinados y la caída de la banda del Col de Joux, el propio Piacenza, al hablar conmigo, pasaba totalmente por alto el eslabón que le falta al relato: el hecho de que entre las extorsiones realizadas en la llanura y la redada del 13 de diciembre había que colocar el fusilamiento de los dos muchachos. ¿Y Berto? Tampoco a Piacenza le decía nada aquel nombre, pero no hay que excluir que se tratara de un nombre inventado para confundir a los inquisidores de Salò.

Acabé concluyendo que era inútil pretender averiguar más cosas interrogando a los últimos supervivientes implicados en los hechos del Col de Joux. Inútil llamar a la puerta de su memoria para arrancar confidencias que no podían o no querían hacer. Después de tanto tiempo, ¿acaso no tenían derecho a atrincherarse detrás del «no recuerdo»? Y, además, ¿no es la memoria ese instrumento maravilloso pero falaz? Gracias a la amabilidad de la hija de Emilio Bachi, profesora jubilada en Turín y escritora de poesías, pude ver un texto autobiográfico que su padre redactó *ad familiares* en los años ochenta: cuando el ex partisano había llegado ya al final de su carrera de abogado civilista, iniciada en los años treinta como alumno del antifascista Ruffini y provechosamente prolongada durante décadas tras la Liberación. Sobre los hechos del Col de Joux, en los apuntes autobiográficos de Emilio Bachi aparece tan solo una línea, un renglón tan expresivo como elíptico: «Los muchachos en el Colle pasaban el tiempo disparando o haciendo incursiones en las propiedades de los campesinos».[71]

También es engañosa la memoria de Primo Levi. En una entrevista de 1973, que ha permanecido inédita durante mucho tiempo, el químico escritor explicó a un jovencísimo amigo suyo —Marco Pennacini, estudiante de bachillerato— que en el castillo de Graines («no sé si lo has visto alguna vez, hay… hay un… ruinas de un castillo») se había reunido en otoño de 1943 una banda mucho más audaz que la que se reunió en torno al «minúsculo campanario que se llama Amay». «Y tenían armas, camiones, de todo, eran partisanos un poco bandidos.» Según esta reconstrucción de Levi, los rebeldes casaleses del valle de Ayas eran considerados los responsables directos de la caída de los rebeldes turineses del Col de Joux. «Provocaron un gran rastreo en todo el valle y, naturalmente, después nos cogieron también a nosotros. Venían de ambas partes. Ellos escaparon, no pudieron apresarlos.»[72] Nada sobre el desagradable secreto que Levi

revelaría poco después en *El sistema periódico*: y nada sobre la posibilidad de que existiera una relación entre la condena a muerte ejecutada con plena conciencia, que dejó a los partisanos de Amay destruidos y destituidos, y la caída de la banda el 13 de diciembre.

En una entrevista de 1981, Levi fue todavía más severo respecto a los casaleses del valle de Ayas, y fue todavía más impreciso. «Más abajo de Brusson estaba la banda de Piero Piero [Piero Urati], una de las manchas negras de la Resistencia, de hecho una panda de bandidos, que hacían la Resistencia por cuenta propia, asaltaron el cuartel de la milicia en Ivrea en noviembre de 1943 y se llevaron un botín considerable. Los fascistas organizaron un rastreo, 300 hombres desparramados por el valle para atrapar a la banda, y nos encontraron a nosotros.»[73] Conocido en la Resistencia piamontesa con el nombre de guerra de «Piero Piero», el véneto Piero Urati fue realmente una figura de partisano de extrema ambigüedad, que interpretó su papel llevándolo al límite de lo delictivo. Piero Piero se unió, en efecto, a partir de la primavera de 1944, a los partisanos casaleses reorganizados en el Alto Canavese tras la caída de la banda de Arcesaz.[74] Pero durante todo el otoño de 1943, Urati fue prisionero de los alemanes en Turín y, por tanto, era imposible que actuara como un bandido en los puestos de mando de la formación de los casaleses.[75]

De modo que, incluso en el caso de un hombre como Primo Levi —que elevó la precisión del químico a estilo de pensamiento y de vida—[76] resulta poco útil seguir interrogando a la memoria en busca de recuerdos que puedan servir de criterio histórico. Ni las autobiografías, ni las entrevistas, ni las confidencias de ex partisanos de Amay nos proporcionarán la base sobre la que pueda escribirse la última palabra sobre el desagradable secreto: sobre el irreparable castigo que Oppezzo y Zabaldano sufrieron en Frumy por haber confundido, con el ímpetu propio de su juventud, las

aventuras de los pícaros con las empresas de los bandidos y las empresas de los bandidos con las luchas de los partisanos. Ni tampoco ha de ser el historiador quien se erija en juez de sus personajes, ni siquiera cuando la labor de reconstrucción y de interpretación de las fuentes le lleve a concluir que hubo desproporción entre los delitos y la pena, entre las fechorías de los dos muchachos y la ráfaga de metralleta.

Es preferible que el historiador parta de una media frase de Yves Francisco —«las dos fosas cavadas en Frumy»— para intentar imaginarse esta última escena: la escena de la sepultura. Y podrá ejercitar la fantasía ayudándose de ciertas páginas de la literatura de la Resistencia. No de las que tratan de la sepultura de partisanos muertos por las balas enemigas, o de la religiosa diligencia de los rebeldes en garantizar las honras fúnebres a los compañeros caídos víctimas de la violencia nazifascista, sino de aquellas (más escasas, como es natural) que tratan de la sepultura de los compañeros muertos por las balas amigas, condenados a muerte por otros partisanos y no obstante dignos de recibir sepultura. Frente al silencio de los testimonios de Amay, el historiador podrá recurrir, en último término, a la más dura de las representaciones literarias de un ajuste de cuentas en el seno de un grupo partisano: la muerte del halconcillo Babeuf, en *El sendero de los nidos de araña* de Italo Calvino. Babeuf, la mascota del destacamento, el rebelde con plumas muerto a manos de su propio dueño, en un momento de crisis de la banda, y sepultado luego por Pin, el rebelde niño.

Tal vez, mientras cavaban en la nieve de diciembre de Frumy las dos fosas para Fulvio Oppezzo, de dieciocho años, y Luciano Zabaldano, de diecisiete, los partisanos de la banda de Amay —no sabemos quiénes, no sabemos cuántos: en todo caso no muchos, si Primo Levi habla de doce en total—[77] alzaron la vista hacia el espectáculo del valle de Aosta que tenían ante sus ojos y a sus pies. Y tal vez tuvieron pensamientos similares a los de

Pin cuando da sepultura a Babeuf: «Dan ganas de arrojarlo al aire vasto del valle y ver cómo abre las alas y levanta el vuelo, da una vuelta sobre su cabeza y parte hacia un punto lejano. Y como en los cuentos de hadas, él lo sigue, caminando por montes y llanuras, hasta un país encantado donde todos son buenos. En cambio, Pin lo deposita en el hoyo y empuja la tierra con el dorso de la pala».[78]

III

Alba de nieve

Bailando con lobos

Son dos, por tanto, las albas de nieve del Col de Joux. Y separadas apenas por unos días. Está la del 13 de diciembre de 1943, la que entró en la historia de la literatura italiana quince años después: cuando Primo Levi publicó en Einaudi la segunda edición de *Si esto es un hombre* y añadió, respecto a la edición de 1947, una página de íncipit que contiene una rápida evocación de su detención antes de ser deportado a Auschwitz. Los inicios de la Resistencia en el valle de Aosta, la desquiciada banda partisana de Amay, la «espectral alba de nieve» y el desarrollo de las cosas «conforme a justicia».[1] Pero hay también un alba de nieve que no entró en la historia de la literatura italiana, o que entró (para ser más exactos) de una forma encriptada: en 1975, a través de las doce líneas de *El sistema periódico*. Es la del 9 de diciembre de 1943: Fulvio Oppezzo, de dieciocho años y oriundo de Cerrina Monferrato, y Luciano Zabaldano, de diecisiete años y oriundo de Turín, culpables de chantajes, son obligados a salir de un refugio de Frumy, cien metros, ciento cincuenta, y son ejecutados con el método soviético.

Entre las dos albas se consuma todo el destino de la banda del Col de Joux: porque la ejecución de la sentencia deja a Levi y a sus compañeros

destruidos, deseosos de que todo acabe y de acabar ellos mismos, extinguida ya en ellos «cualquier voluntad de resistir y hasta de vivir». Esta es la reconstrucción de los hechos propuesta en las páginas escritas por Levi en 1975, que divulgan el «desagradable secreto», que exponen este jirón de pasado a los cuatro vientos de una Italia democrática que tenía otras preocupaciones y amenazas bien distintas. Reconstrucción, esta de Levi, que no se corresponde sin embargo a lo que aparece documentado en los archivos, que nada contienen que permita atestiguar la existencia de un nexo entre la ejecución de Oppezzo y Zabaldano y el hundimiento, cuatro días más tarde, de una banda moralmente destituida. En realidad, todo permite pensar que el curso de los acontecimientos habría sido similar incluso sin que se precipitaran los hechos en torno a los dos «gregarios» indisciplinados.

Alberto Bianchi y Domenico De Ceglie, los espías de la prefectura de Aosta infiltrados junto con Edilio Cagni en la banda de los casaleses, llegaron a Arcesaz la tarde del jueves 9. Al día siguiente, el falso subteniente Meoli (esto es, De Ceglie) subió al Col de Joux para situarse junto a Guido Bachi y Aldo Piacenza a la cabeza de la banda de Amay. Fue Cagni el que lo dispuso así, para completar la obra de infiltración felizmente iniciada por él en Arcesaz. Pero fue el propio Bachi el que se lo pidió, ese viernes por la mañana, junto con Piacenza, en una reunión celebrada en el hotel Aquila de Brusson, para solucionar los problemas de indisciplina que se habían producido en los refugios de Frumy.[2] De modo que, la tarde del viernes 10, De Ceglie subió de Brusson al Col de Joux y desde allí descendió las pocas curvas que conducían a Amay, donde en el hotel Ristoro Piacenza le presentó a cinco personas: «La señorita Nissim (judía), la señorita Maestro (judía), el señor Levi (judío), el señor Scavarda y otro judío que luego resultó ser el primo de Bachi».[3]

El primo de Guido Bachi era probablemente Paolo Todros, del que sabemos que buscó en el valle de Aosta un refugio para huir de la persecución racial. Sabemos quiénes eran los otros tres señores; en cambio, encontramos por primera vez a Aldo Scavarda: un joven turinés de veinte años, alumno ya de la Escuela de Aviación Militar, que estaba empezando una carrera de partisano que se prolongaría en el tiempo.[4] Según las explicaciones de De Ceglie posteriores al rastreo del 13 de diciembre, Scavarda subió aquel mismo día a Amay como emisario del abogado Reynaud, «del centro comunista de Turín». Lo cierto es que el viernes 10, por la noche, Guido Bachi informó al subteniente Meoli del traslado de los rebeldes a la zona de pastos de estío de Frumy. Aquella misma noche, muy tarde ya, llegó también a Amay un supuesto ingeniero Rossi, que es posible que fuera Aurelio Peccei: el dirigente de la FIAT que el Partido de Acción había designado como responsable político de la banda. De Ceglie hizo creer a todo el mundo que al día siguiente bajaría a Arcesaz «para coger ropa», y que regresaría el lunes «para tomar el mando real del campo». El sábado por la mañana, De Ceglie se marchó ciertamente a Arcesaz, pero fue para concertar con Cagni los movimientos posteriores. Por la tarde se encontraba en Aosta, para informar al prefecto Carnazzi. Y el domingo 12 regresó de nuevo a Arcesaz, donde comunicó al falso teniente Redi «los acuerdos tomados y las órdenes dictadas por el jefe». La segunda alba de nieve era ya una cuestión de horas.[5]

Mientras tanto, entre Arcesaz y Graines, Cagni y Bianchi estuvieron trabajando con empeño para concluir su estratagema. Tras haber pasado el viernes familiarizándose con los rebeldes italianos y con los ex prisioneros ingleses, el sábado 11 el falso subteniente Cerri (esto es, Bianchi) ordenó realizar un ejercicio de tiro: para gastar municiones y aumentar así, ante el inminente rastreo, la diferencia entre el arsenal de los nazifascistas y el de

los casaleses. «El ejercicio se desarrolla sin incidentes y puedo comprobar fácilmente que solo dos de las armas automáticas se encuentran en buen estado.» Pero Bianchi no se contenta con esto. El domingo 12, informará el espía, orgulloso, al prefecto de Aosta, «propongo hacer bailar a los muchachos, dispongo que durante el baile se distribuya vino en abundancia». «El objetivo es evidente: si los muchachos bailan y beben hasta entrada la noche la irrupción de la milicia (que estaba fijada para las 3 de la madrugada) los encontrará cansados e incapaces de reaccionar.»[6]

Es difícil creer que los muchachos del Monferrato bailaran solos y hombres con hombres; es más fácil creer que los habitantes de Graines —incluidas las muchachas— se unieran al baile. En cualquier caso, todo transcurrió con normalidad hasta las nueve y media de la noche del domingo, cuando unos habitantes del valle llegaron jadeantes a Arcesaz informando de un rastreo previsto para el alba. En ese momento al teniente Redi y a los subtenientes Meoli y Cerri se les presentó el problema de separarse del grupo. Pero si damos crédito al posterior informe de Cagni a Carnazzi, la filtración de la noticia no le hizo perder ni una gota de su sangre fría al jefe del trío. «Fingiendo que armaba [a los rebeldes] me dediqué a inutilizar algunos fusiles ametralladoras»; «arrojé al torrente dos metralletas Berretta y buena parte de los cargadores para mosquetes que todavía quedaban». Eran ya altas horas de la noche cuando Cagni, Bianchi y De Ceglie bajaron de Graines hacia Arcesaz conduciendo una columna de casaleses. A las cuatro de la mañana del lunes 13, los tres espías consiguieron separarse realmente, mientras «se oyen ráfagas de armas automáticas, gritos, comprendemos que ha ocurrido algún hecho decisivo».[7]

El hecho decisivo era el ataque a la aldea de Arcesaz por parte de las fuerzas de Salò y alemanas. En un memorando dirigido a la secretaría personal del Duce, el prefecto Carnazzi estimó que en la empresa habían

participado 297 hombres, prácticamente la misma cifra que daría Primo Levi en *El sistema periódico* («Ellos eran trescientos y nosotros once, con una metralleta sin munición y alguna pistola»)[8]: aunque los efectivos nazifascistas estaban divididos en dos columnas, la columna principal, la de la Guardia Nacional Republicana, que subió desde Verrès y se dirigió a Arcesaz, a las órdenes del «Comandante De Filippi», y la columna secundaria, la de la Milicia de Fronteras, que subió desde Saint-Vincent y se dirigió a Amay, a las órdenes del «Capitán Ferro».[9] De modo que los atacantes eran mayoritariamente italianos, aunque escoltados —en el valle de Ayas— por oficiales y soldados alemanes; incluso iba con ellos el coronel Schmidt, comandante en plaza de las fuerzas armadas alemanas.[10] Fue el primer rastreo en la historia de la Resistencia en el valle de Aosta, y uno de las más masivos que se realizaron en la Italia ocupada desde el 8 de septiembre.

Los rastreadores abandonaron los vehículos a las puertas de Arcesaz y avanzaron a pie hasta los edificios de la aldea. No encontraron oposición, porque el grueso de los casaleses estaba establecido en Graines. Y porque, tras ser alertados por la noche, los hermanos Rossi fundadores de la banda evitaron que les pillasen en aquel lugar, entre Arcesaz y Curien: la Resistencia italiana los necesitaba, su historia de jefes partisanos no había hecho más que empezar aquel diciembre de 1943. Así, antes de tomar las curvas de la carretera que conduce a Graines y partir a la caza de los casaleses que trataban de dispersarse por las montañas con las primeras luces del alba, los rastreadores concentraron su atención en una hostería de Arcesaz, I Tre Cavalli, donde creían que se habían refugiado los rebeldes. Forzaron las puertas y las ventanas. Lanzaron bombas de mano, dispararon sobre las botas de vino de las bodegas, desvalijaron la tienda anexa mientras los propietarios huían aterrorizados hacia los campos.[11]

Dentro del edificio de I Tre Cavalli había quedado alguien. Se encontraba en una habitación del segundo piso y no podía escapar. Tenía un tobillo dislocado, la tarde anterior había bajado a Graines para que le visitara el médico de Brusson. Lo conocemos, porque lo hemos seguido en sus idas y venidas desde su casa de Casale Monferrato, en via Mantova 22, hasta la hostería del valle de Ayas: se trata de Giuseppe Carrera, un muchacho de diecinueve años comunista internacionalista, además de uno de los primeros rebeldes de la banda de los casaleses. Lo demás, dejemos que nos lo diga el acta —burocráticamente capciosa y estilísticamente muy defectuosa— de la Guardia Nacional Republicana del cuartel de carabineros de Castel Verres: «Se desconoce lo que sucedió en la habitación entre Carrera y los soldados, como se desconoce también la muerte del propio Carrera, […] pero se cree que tras una breve lucha [*sic*], y esto lo demuestra el hecho de que junto a la puerta de entrada a la habitación donde fue hallado el cadáver se había hecho explotar una bomba de mano de tipo OTO, y en las paredes frente a la puerta, en la puerta y sobre el lecho se observan orificios de arma de fuego (pistola y mosquete), Carrera fue reducido por un número de adversarios superior y con un disparo de pistola (se presume) hecho a quemarropa fue herido en la nuca y con un puñal fue herido en la mejilla derecha, lo que también está demostrado por el certificado médico presentado».[12]

Sobre un total de 186 caídos durante los veinte meses de la Guerra Civil, en el *Albo d'oro della Resistenza valdostana* solo aparecen tres nombres de partisanos muertos a lo largo de 1943. Son los tres primeros caídos de la Resistencia en el valle de Aosta, y los tres nos resultan familiares, forman parte de esta historia de partisanos. Uno es Fulvio Oppezzo, nacido en Cavaglià (Vercelli) el 21 de julio de 1925, que el *Albo d'oro* presenta, púdicamente, como «muerto» en Frumy en diciembre de 1943. El otro es

Andrea Luciano Zabaldano, nacido en Monforte d'Alba (Cuneo) el 19 de abril de 1926, también «muerto» en Frumy en diciembre de 1943. El último es Giuseppe Vincenzo Carrera, nacido en Casale Monferrato (Alessandria) el 3 de noviembre de 1924, «muerto en combate» en Arcesaz el 13 de diciembre de 1943.[13]

El primer viaje

«En la madrugada del 13 de diciembre de 1943 nos despertamos rodeados por la república», escribe Primo Levi en *El sistema periódico*. No habla de las dos mujeres, Luciana Nissim y Vanda Maestro, que fueron detenidas junto con él y con Aldo Piacenza en el hotel Ristoro de Amay. Solo menciona a Piacenza, y también a Guido Bachi, que en realidad fue detenido poco después en el Col de Joux. En cambio, Levi se detiene en las peripecias —no se sabe si más rocambolescas o más patéticas— de la pistola que llevaba consigo, y que si era descubierta por la Milicia de Fronteras le habría convertido en un partisano capturado con el arma en la mano, susceptible por tanto de ser fusilado inmediatamente: «Mientras entraban ellos, me dio tiempo a esconder entre las cenizas de la estufa el revólver que tenía debajo de la almohada, y que por otra parte no estaba seguro de saber usar; era minúsculo, todo incrustado de madreperlas, como esos que usan en las películas las damas desesperadas cuando se quieren suicidar».[14]

A Erika Diemoz y a mí, en la cocina comedor de su casa de Verrès, Yves Francisco nos explicó —casi setenta años después, el 16 de diciembre de 2010— una historia ligeramente distinta. Nos dijo que fue precisamente él quien despertó a Levi y a las dos mujeres, en las habitaciones del desván, en

la madrugada de un gélido lunes. Había subido a la hostería de los tíos el sábado para esquiar durante el fin de semana, y se disponía a descender la colina para reanudar en Châtillon su trabajo de carpintero cuando divisó en la oscuridad las siluetas de veinte o treinta milicianos de la Fronteriza. Francisco también nos explicó que fue él quien hizo desaparecer la pistola de Primo Levi. «¿La que estaba toda incrustada de madreperlas?», le pregunté con un hilo de emoción en la voz. «No recuerdo si estaba incrustada de madreperlas, en cualquier caso ¡era la que Primo mencionó en su libro!», me respondió. «Mire, yo conocía hasta el último rincón de la hostería de mis tíos.» Francisco había visto aquel revólver, metido en su funda, en algún lugar del desván, y aprovechó la confusión del momento para esconderlo en una rendija de la buhardilla.

En la memoria de Luciana Nissim, el alba de nieve dejó el recuerdo del ladrido de los perros y luego de la casa rodeada, sin apenas tiempo para arrojar al váter algunos manifiestos de propaganda del Partido de Acción, ponerse algo encima y caminar, hombres y mujeres, hacia su destino. «Vanda y yo nos vestimos con ropa de esquí y una chaqueta de piel encima, creo.»[15] Yves Francisco asimismo fue detenido por la Milicia de Fronteras, con la razonable sospecha de que aquel jovencito vigoroso era un renuente a la leva de Salò. Y su tía Maria Varisellaz también fue detenida con él: había evidencias de que en el Ristoro albergaba partisanos, judíos y tal vez partisanos judíos. En cambio, al llegar los capitanes, su marido, Eleuterio Page, consiguió huir junto con Cesare Vitta, un judío turinés presumiblemente alojado no en el cuerpo principal del hotel, sino en unas gélidas dependencias, de las que pudo escapar antes de que lo descubrieran los de Salò.

Escoltados por los milicianos, los prisioneros se encaminaron hacia el Col de Joux. El rastreo del 13 de diciembre era un rastreo en tenaza: los

hombres de la Fronteriza tenían que reunirse con los hombres de la Guardia en el valle de Ayas, interceptando cualquier presencia subversiva entre la colina de Saint-Vincent y las cimas de Brusson. Así fue como cayó también en la red Guido Bachi. Se había despertado tranquilamente en el chalet al pie del Col de Joux donde vivía con su hermano Emilio, había derretido el hielo de la jarra con una hoguera de leña de pino perfumado, y hacia las nueve de la mañana había salido al bosque —prudentemente armado con una pistola— en dirección a los refugios de Frumy. Apenas había avanzado unos pasos, cuando el menor de los Bachi se dio de bruces con el grupo de los rastreadores y de los rastreados —alegres cantores los milicianos de Salò y sombríos los hombres y mujeres caídos en Amay— que ya habían superado la colina e iniciaban el descenso hacia Brusson. Arrestado de inmediato, Bachi se sumó a los otros prisioneros, con el agravante de haber sido capturado empuñando el arma.[16]

Si queremos dar crédito al relato de *El sistema periódico*, deberemos situar en este punto la escena en que Levi, marchando escoltado desde Amay a Brusson, se comió «trozo a trozo» el carnet de identidad «demasiado falso» que llevaba en la cartera, y fingió un tropezón para sepultar en la nieve la agenda «llena de direcciones» que tenía en el bolsillo.[17] En cambio, para la escena siguiente, la llegada a la plaza de Brusson, podemos recurrir a una página de diario escrita por Guido Bachi exactamente un año más tarde, el 13 de diciembre de 1944, en una celda de la cárcel de Aosta: un vehículo de la Guardia Nacional Republicana esperaba a los prisioneros para trasladarlos al valle, y unos cuantos curiosos se reunieron en la plaza para asistir al espectáculo matutino de los partisanos prisioneros, o de los judíos prisioneros, o de los judíos partisanos prisioneros. «Veo rostros amigos y algunos indiferentes. Un grupito se muestra complacido y se alegra con los milicianos. “A estos hay que

quitarlos de en medio”, dicen. “Rápido. Somos demasiado generosos. En vez de matarlos como perros, los tratamos demasiado bien, y gastamos tiempo y comida en mantenerlos. ¡Acabad con ellos rápido!»[18]

Levi, por su parte, se acordaría de los «varios autobuses» preparados para cargar a los prisioneros debidamente escoltados,[19] algo que resulta plausible, si no respecto a la plaza de Brusson, sí respecto al trayecto de Arcesaz hacia abajo, hacia Challand-Saint-Anselme y el fondo del valle. Porque si bien las piezas capturadas en Amay y alrededores no eran muchas (bastaban casi los dedos de una mano para contarlas), la caza en los alrededores de Graines fue más abundante. Es cierto que Francesco e Italo Rossi consiguieron borrar sus huellas, y desaparecieron junto con los elementos más destacados de la formación de los casaleses, Pagliolico, Fiorini, Sogno y muchos otros jóvenes que, reorganizados bajo el mando de los hermanos Rossi, tendrían luego un papel destacado en la Resistencia piamontesa. No obstante, el rastreo del 13 de diciembre proporcionó una buena lista de nombres y apellidos, una quincena de rebeldes capturados. Además, los rastreadores no se limitaron a golpear a los partisanos, sino que detuvieron también a un par de habitantes del valle. Acabó entre rejas Emerico Vuillermin, propietario del hotel Croce Bianca de Arcesaz, que había servido de base logística a los casaleses. Y acabó entre rejas Serafino Court, el delegado de la prefectura de Brusson, acusado de no haber comunicado a las autoridades de la República Social la presencia en el territorio comunal de rebeldes armados, de prisioneros de guerra evadidos y de judíos en fuga según la orden policial n.º 5.[20]

La historia continúa con el viaje desde el valle de Ayas hasta Aosta. El primero de los tres traslados obligados que tuvo que hacer Primo Levi en los dos meses y medio siguientes, la primera de las tres etapas que le condujeron desde Amay hasta Auschwitz «en un viaje hacia allá abajo,

hacia el fondo».[21] Esta primera etapa en coche, y no en tren como las otras, y que en la mente de Levi se cargaría de un significado casi tan importante como la tercera: la que describe en el capítulo inicial de *Si esto es un hombre*, la terrible etapa de Fossoli a Auschwitz. No tan terrible la etapa valdostana, entre otras cosas por el medio de locomoción utilizado, precisamente un autobús (Luciana Nissim hablará de un «pullman», Guido Bachi de un «autocar»)[22] y no un tren de mercancías, algo todavía humano y no inhumano.[23] Sin embargo, una etapa extraordinaria. La primera después de haber perdido la libertad, y la única de las tres en la que todavía era concebible, aunque no posible, un gesto extremo de rebelión: y lo era como gesto de un partisano más que de un judío. Visto retrospectivamente, para el Levi deportado a Polonia en febrero de 1944 y que no regresaría a Italia hasta octubre de 1945, su última oportunidad de luchar en la Resistencia.

Levi nos ha dejado dos relatos del viaje por el valle de Aosta. El segundo, por orden de escritura, está en *El sistema periódico* —se remonta, por tanto, a mediados de la década de 1970— y ocupa apenas ocho líneas en la primera edición de la obra. «Nos hicieron subir y sentarnos separados, y yo estaba rodeado de milicianos, unos sentados y otros de pie, que no nos hacían ni caso y seguían sin dejar de cantar. Uno, que estaba justo delante de mí, dándome la espalda, llevaba colgada de la cintura una bomba de mano de aquellas granadas alemanas con empuñadura de madera, que estallan a su tiempo. Me habría sido facilísimo quitarle el seguro, tirar de la cuerdecita y acabar de una vez llevándome por delante a alguno de ellos, pero me faltó valor.»[24] Sin embargo, la evocación más antigua del viaje aparece en un cuento, «El fin de Marinese», escrito por Levi inmediatamente después de acabar la guerra y publicado en una revista en el verano de 1949. Se trata de un relato breve, cuatro páginas en total, pero

mucho más extenso que el contenido en *El sistema periódico*. Al margen de la extensión, el relato es totalmente diferente, tanto por la persona del narrador como por la trama narrada.

Como ocurre a menudo en la obra de Levi, en «El fin de Marinese» resultan decisivos los pronombres personales. El narrador es un *nosotros* referido a los compañeros de la banda del partisano epónimo, que han escapado de la redada que ha provocado la detención de Marinese. El protagonista aparece descrito, por tanto, en tercera persona, y vive una situación idéntica a la que evocará Levi en primera persona en las ocho líneas de «Oro»: sentado en el camión y rodeado de los rastreadores (alemanes) durante el traslado desde el lugar de la captura hasta el lugar de la detención, el partisano podría aprovechar la jactanciosa distracción de sus enemigos para arrancar una bomba de mano del soldado que tiene a su lado. Febril y soñoliento, en un primer momento Marinese da la impresión de que no quiere saber nada: se parece al Levi autobiográfico de *El sistema periódico*, el que no tiene valor para poner el punto final. Pero luego, sorprendentemente, si se tiene en cuenta la opinión que de él tenían sus compañeros de banda, prevalece en Marinese el deseo de «vengarse», y la necesidad de «redimir la vergüenza de la última fuga». Y he aquí que arranca la bomba del cinturón del soldado, la defiende denodadamente en el posterior cuerpo a cuerpo, y se produce la explosión que destroza a cuatro alemanes y al partisano con ellos. El fin del Marinese es mucho más útil porque los compañeros que quedan libres obtienen de esta acción un provecho directo: «Dejaron el camión abandonado, y nosotros lo requisamos la noche siguiente».[25]

¡Nada que ver con la pistolita incrustada de madreperlas escondida deprisa y corriendo entre las cenizas de la estufa! En «El fin de Marinese», Levi ofrece un contrapunto exacto del curso histórico de los

acontecimientos, crea un 13 de diciembre de 1943 que es a la vez fruto de la fantasía y expresión de un deseo. Y también por eso necesita para el Marinese la tercera persona del singular. No puede escribir en primera persona porque no hay en él la pusilánime entrega del rastreado a la fuerza opresora de los rastreadores. Al contrario, lo que hay es su capacidad de vencer el miedo. Y lo que hay es la determinación de «luchar duramente» para llevar a cabo su improvisado plan de sacrificio voluntario, sin dedicarse a nada más, «ni a sentir piedad por sí mismo, ni a pensar en Dios», ni siquiera «a despedirse del recuerdo de sus seres queridos».[26] En definitiva, lo que hay es un «episodio» de la Resistencia (este es el término con el que Levi calificó su propio cuento, en marzo de 1948, al enviárselo a Piero Calamandrei para que se publicara en *Il Ponte*),[27] y es un episodio edificante: adecuado para ser apreciado por los lectores de la revista de Calamandrei, conforme al martirologio resistencial cuyo intérprete más importante en la Italia de la República era el jurista florentino.[28]

Además de «El fin de Marinese» —cuento que Levi decidiría no reimprimir y que en vida del escritor no aparecería nunca en un volumen—, las escenas valdostanas del 13 de diciembre de 1943 han dejado otra huella en nuestra literatura. Se trata de una huella tardía, que no es tanto el reflejo de una realidad histórica de los acontecimientos como de una torsión nuevamente fruto de la fantasía y expresión de un deseo: como si el episodio de la detención de Primo Levi tuviera necesidad de convertirse también para otros, además de para él, en algo más memorable respecto a la normalidad de su desarrollo real. En el año 2000, la escritora Rosetta Loy ambientó en el Brusson del verano-otoño de 1943 un librito vagamente autobiográfico, *Ahi, Paloma*. Loy crea el personaje de Ettore, un joven judío que al principio es un simple veraneante en el pueblo y que luego será objeto de persecución racial. Lo describe preso «delante del hotel Aquila»

mientras «lo estaban cargando en un camión junto con otros dos muchachos sospechosos de ser partisanos» y representa una pequeña multitud de personas «fuera del café, en la plaza, de pie unos junto a otros contemplando aquel espectáculo», incluidos los compañeros de Ettore, muchachos y muchachas que habían jugado al tenis y escuchado canciones de amor con él durante el verano, antes del 8 de septiembre, antes de que el amigo judío se viese obligado a encerrarse en casa para esconderse de los alemanes, sin que esto fuera suficiente para protegerlo de la denuncia de un lugareño.[29]

Pero la detención de Ettore no es solo destitución, derrota y comienzo del fin. Si en el cuento de Levi el fin del Marinese conseguía engrandecer la historia porque resultaban muertos cuatro enemigos y los partisanos se apoderaban del camión, en el relato de Loy lo que engrandece la historia es un intercambio de consignas en el momento de la detención de Ettore: uno de los amigos que se halla en la plaza —Pirro— cruza su mirada con la del judío prisionero, y entonces Ettore esboza «una especie de sonrisa» y desde el camión le grita en dialecto piamontés: «A bsogna mostreje ij dent al luv…» («Hay que enseñarle los dientes al lobo»). Y Pirro no necesita que se lo digan dos veces, y mientras los alemanes empujan a Ettore dentro del camión Pirro jura vengarlo, y vuelve a casa de los tíos que lo albergan, y deja sobre la mesa una nota de despedida («Se han llevado a Ettore, he tomado una decisión, me voy al monte»), y con la mochila al hombro sube al Col Ranzola, se reúne con los otros rebeldes y entra en la Resistencia.[30]

Se trata de ficción hasta cierto punto, ya que Rosetta Loy se inspiró para escribir el episodio de Ettore y de Pirro en el testimonio autobiográfico de un partisano auténtico, Paolo Spriano. Estudiante universitario turinés y renuente a la leva de 1925, en diciembre de 1943 el futuro historiador del Partido Comunista Italiano marchó efectivamente de Brusson tras haber

visto desde la plaza cómo se llevaban preso a Primo Levi: se convirtió en «Pillo», militante del Partido de Acción, y luchó entre Turín y las montañas hasta la Liberación.[31]

La noche blanca

Tampoco son literatura las peripecias vividas en el valle de Ayas por los prófugos judíos que el 13 de diciembre de 1943 —a diferencia de Levi, Nissim y Maestro— consiguieron esquivar a los cazadores de presas humanas. Uno de estos procedía de Savona, y llevaba el mismo apellido que la madre de Levi: el abogado Vittorio Luzzati se había refugiado en Brusson a mediados de noviembre, junto con su mujer y su hijo. Tras haber padecido por la precariedad de los alojamientos donde habían tenido que cobijarse en distintas aldeas de la región —noches insomnes sobre la paja de un establo de Vollon, días de inquietud en una habitación encima de otro establo—, los Luzzati recibieron la noticia del rastreo al anochecer del día 13. El padre Carlo Ferrero, un joven sacerdote (seminarista en Roma, en Brusson por motivos de salud) que los había acogido bajo su protección, les recomendó que se marcharan cuanto antes de Vollon y se refugiaran en Estoul, una aldea situada a gran altura, en el camino de herradura que sube al Col Ranzola.

El relato de las horas siguientes está consignado en un enfático memorial redactado por Vittorio Luzzati dieciocho meses más tarde, en mayo de 1945, cuando toda la familia había logrado escapar a Suiza y pasar allí a salvo el resto de la guerra. «Pasamos por Vallon con el mayor silencio», escribió Luzzati: su mujer en un trineo, él y su hijo a pie, más un mulo y el correspondiente mulero. «Cruzamos Brusson con todas las precauciones por

un camino que transcurre por la parte alta del pueblo.» Al llegar a las últimas casas del pueblo, la señora Luzzati abandonó el trineo y subió al mulo. «Empezamos así a subir por el camino de herradura completamente cubierto, como la campiña circundante, de nieve helada. El paisaje iluminado por una espléndida luna era de una magnificencia fascinante. Respirando aquel aire límpido y penetrante, en medio del silencio solemne de los montes y de aquella inmensidad de suave blancura, me parecía estar en el reino irreal de las hadas.» Los Luzzati llegaron a Estoul hacia las once de la noche, pero allí no había ni rastro de la persona de confianza anunciada por el padre Carlo. «¿Qué hacer? Con la ayuda del mulero y tras haber llamado a muchas casas, dimos por fin con un buen hombre que nos dejó su habitación y pasamos allí la noche.»[32]

El memorial de Luzzati da testimonio del impacto de los hechos de Arcesaz sobre la vida de la comunidad local. La noticia llegó a Estoul por medio de un niño que todos los días bajaba a Graines para ir a la escuela: se habían producido en Arcesaz «graves incidentes», para desenmascarar a algunos rebeldes los milicianos fascistas y los soldados alemanes habían disparado, incendiado, saqueado… La noticia, confirmada por otras personas, produjo en la aldea una impresión «inmensa y penosísima», y tuvo como efecto inmediato el desalojo de los Luzzati de la habitación cuyo alquiler habían convenido. No tenían más opción que regresar a Brusson, pero en medio del terror general. «Los pocos campesinos que encontramos por el camino y a los que pedimos ayuda, incluso a cambio de compensaciones, respondieron todos con evasivas aduciendo cualquier excusa. ¡Tenían mucho miedo de tratar compasivamente a unos desconocidos que podían ser antifascistas!» Por la noche, y avanzando cuesta arriba «agarrándose a las rocas heladas», los Luzzati consiguieron llegar de nuevo a Brusson. Se deslizaron furtivamente entre las casas

«como ladrones» y, al pasar junto a la casa parroquial, tuvieron la suerte de toparse con el padre Carlo Ferrero. El buen sacerdote los tuvo escondidos hasta primera hora de la mañana, cuando dispuso que les acompañaran al coche de línea hacia Verrès, confiándolos a una cadena de asistencia que acababa en el arzobispo de Milán en persona, el cardenal Schuster.[33]

Disponemos de mucha menos información sobre las circunstancias que permitieron la huida —no de Brusson sino de Amay— de Cesare Vitta, el judío turinés de treinta y dos años al que unos débiles rastros documentales permiten identificar como huésped del hotel Ristoro el 13 de diciembre de 1943. Primo Levi explicaría que Vitta logró escapar en aquella alba de nieve.[34] Por lo demás, es poco lo que sé sobre la figura de Vitta y sobre la trama de relaciones que, tras el 8 de septiembre, lo empujaron hacia la colina de Saint-Vincent. Obrero en una gran fábrica dependiente de la Fiat, cuando se promulgaron las leyes raciales Vitta confió los intereses legales de la familia al abogado Camillo Reynaud, el colega de Emilio Bachi que, desde el despacho turinés de via Pietro Micca, trabajó clandestinamente para vincular el Partido de Acción y la banda del Col de Joux.[35] No sé si Vitta estuvo en Amay como simple judío, o si su presencia en la montaña tenía implicaciones políticas. La fábrica de la que procedía, la Riv de via Nizza, se convertiría en un bastión de la resistencia obrera turinesa contra el nazifascismo,[36] pero probablemente Vitta se limitó a buscar en la montaña un refugio contra la persecución racial. Llegó a la colina de Saint-Vincent acompañado de su mujer (no judía) y de su hija de nueve años, y las instaló cerca de Amay. Tras el rastreo del 13 de diciembre, Vitta logró reunirse con ellas y regresar de nuevo a Turín (aunque no pudo escapar definitivamente a la Shoah: detenido en su casa en junio de 1944, fue deportado a Auschwitz en agosto).[37]

El propio Emilio Bachi logró escapar del Col de Joux —igual que su

primo Paolo Todros— y evitar las garras de los rastreadores. Todros permaneció en la zona: junto con unos cuantos rebeldes de Frumy alertados por el soplo de un lugareño madrugador,[38] llegó por el monte a la Valtournenche, luego a Emarèse en el valle de Ayas, y permaneció en el valle de Aosta todavía un año y medio, en parte escondido y en parte actuando como partisano, hasta la Liberación.[39] En cuanto al mayor de los hermanos Bachi, la mañana del 13 de diciembre oyó, desde la cabaña que daba a la vertiente de Ayas del Col de Joux, los cánticos de los milicianos de la Fronteriza que descendían hacia Brusson con su grupo de prisioneros —Primo Levi, Aldo Piacenza, Luciana Nissim, Vanda Maestro, Yves Francisco y Maria Varisellaz— al que se había añadido por último y *malgré lui* el propio jefe de la banda de Amay, su hermano Guido. Entonces Emilio partió a toda velocidad hacia Brusson, para alertar de la llegada de los rastreadores.

Al llegar al pueblo fue corriendo a casa de una mujer, Anna Ojoli, que aquel verano había mantenido relaciones con Guido. «Anna mandó a su hijo a ver qué ocurría, y al cabo de un cuarto de hora el pequeño Paolo regresó corriendo —creo que en aquella época tenía cinco años— y dijo “Están todos en la plaza, contra la pared, con las manos en alto, ¡y frente a ellos hay muchos soldados!”» Un poco más tarde, después de que se llevaran a los prisioneros y puesto que corría el rumor de que habría registros en el pueblo, Emilio Bachi decidió también huir en dirección al Col Ranzola. Pero en vez de descender hacia Arcesaz y subir luego hasta Estoul, como hizo Vittorio Luzzati aquella noche con su hijo y su mujer a lomos de un mulo, prefirió dirigirse a «una pequeña mina de oro, propiedad de los Rivetti, reabierta durante el período de la autarquía y al frente de la cual se hallaba un obrero llamado Nicolino». Bachi tenía noticias de que el corazón político de Nicolino se inclinaba por los partisanos, y estaba en lo

cierto: «Mientras los mineros se disponían a bajar a Brusson, me acogió generosamente y me instaló en el cuarto destinado a oficinas donde había un guarda medio deficiente, que hablaba de una forma ininteligible pero que, según Nicolino, no pondría objeciones: allí estaría seguro».[40]

El mayor de los hermanos Bachi pasó así la primera noche tras el rastreo: en compañía del guarda mentalmente limitado, yendo y viniendo de la oficina de la mina a la terraza de la cabaña «casi a pico sobre el valle cubierto de nieve». «Solo algún disparo rompía el silencio» y Emilio nunca olvidaría aquellas «horas interminables de angustia», con el pensamiento fijo en Guido y en lo que podía ocurrirle. Al amanecer del martes 14 de diciembre, supo por los mineros que los nazifascistas se habían marchado del valle de Ayas y consideró la posibilidad de regresar a Brusson. Todavía permaneció un mes en el valle, en Champoluc, en casa de unos amigos de confianza. De vez en cuando, Anna Ojoli iba a darle noticias de Guido, que estaba preso en Aosta, pero vivo. El 14 de enero de 1944, Emilio Bachi bajó a Ivrea y de allí se dirigió a Milán. También su Resistencia estaba lejos de haber terminado.[41]

«No habiendo otros cargos»

Los judíos turineses capturados entre Amay y el Col de Joux y los rebeldes casaleses capturados entre Arcesaz y Graines llegaron presos a una Aosta alemana, a última hora de la tarde del 13 de diciembre de 1943. Desde el mes de octubre, la Platzkommandantur del coronel Schmidt estaba instalada en los locales del instituto en la avenida de la estación, la infantería de la Wehrmacht había ocupado los cuarteles y la guardia fronteriza de la Grenzschutz estaba instalada en una villa en la colina.[42] La penetración de

las fuerzas armadas alemanas fue paralela a la disolución de las fuerzas armadas italianas. A lo que se añadió, inmediatamente después del 8 de septiembre, la desbandada de los soldados del Cuarto Ejército en retirada de Francia. Así como la disolución, primero de uno en uno, y luego en masa, de las tropas alpinas del 4.º Regimiento y, sobre todo, de lo que quedaba de la Escuela Militar Central de Alpinismo —el orgullo, en los años treinta, tanto del ejército italiano como del fascismo valdostano—, diezmada en varios frentes de guerra a partir de junio de 1940, y desaparecida, aniquilada, tras el 8 de septiembre. Con un único oficial, el ex jefe contable teniente Igino Colangelo, que permaneció dignamente en su puesto en un intento de salvar al menos la prestigiosa sede de la escuela, el castillo Duca degli Abruzzi, de la invasión y de la depredación de los alemanes.[43]

Primo Levi y los otros judíos fueron conducidos al cuartel Cesare Battisti, sede de la Milicia de Fronteras; solo unas semanas más tarde, Guido Bachi sería trasladado a la cárcel de Aosta, en la antigua Torre dei Balivi, para enfrentarse a los cargos que se le imputarían, más como partisano capturado con un arma en la mano que como judío. Pero después del rastreo, lo que interesaba sobre todo a la policía política de la prefectura era asestar un golpe definitivo a la red de rebeldes que se había extendido desde el Monferrato hasta el valle de Ayas. Por eso, tras el brillante éxito de la operación de espionaje en las montañas, el trío compuesto por Cagni, Bianchi y De Ceglie se dirigió de inmediato a la llanura y recorrió en sentido inverso a los rebeldes el trayecto desde el valle de Aosta hasta Casale: para detener a los presuntos dirigentes de la banda que se había reunido en Arcesaz.

Ya el 16 de diciembre de 1943, el jefe de la Guardia Nacional Republicana de Casale, el teniente coronel Luciano Imerico, pudo declarar que, gracias a la intervención de «tres elementos reunidos aquí por orden

del Jefe provincial de Aosta», la Oficina Política de Investigación había procedido a la detención de Martino Veduti, Giuseppe Barbesino y Edoardo De Vasi, «responsables de entendimiento con fuerzas armadas rebeldes, de las que eran representantes y organizadores»:[44] uno de ellos, Veduti, detenido en pleno centro de Casale, los otros dos, Barbesino y De Vasi, interceptados a unos pocos kilómetros de distancia, cerca de la estación ferroviaria de Villabella Monferrato. Tras las primeras acusaciones sumarias, los tres fueron trasladados de Casale a Alessandria. Y en la capital tuvieron que vérselas de nuevo con los policías llegados de Aosta, si bien es cierto que un salvoconducto automovilístico entregado por el prefecto Carnazzi con fecha 21 de diciembre permitía moverse libremente durante cinco días entre Aosta y Alessandria al «Ing. Cagni Edilio», al «Dr. De Ceglie Domenico» y al «Dr. Bianchi Alberto»: ya no tres militares con galones bajo un nombre falso —el teniente Redi y los subtenientes Meoli y Cerri—, sino nada menos que tres licenciados de las Universidades Reales.[45]

En los interrogatorios de los casaleses, el primero que se fue de la lengua fue el «Medalla de Oro Veduti Martino». En efecto, inmediatamente después del 8 de septiembre algunos «subversivos» habían intentado implicarlo en una expedición de ayuda a los dispersos del Ejército Real. Dos hombres altos, aparentemente de unos treinta años, que se presentaron como hermanos Rossi, llamaron a la puerta de la fábrica de sacos de la que Veduti era propietario, en piazza San Domenico, y le explicaron que tenían que ensacar harina y arroz para los oficiales y suboficiales en desbandada. En un encuentro posterior, los dos hermanos incluso le ofrecieron asumir el mando de la organización clandestina, pero discreparon en esta cuestión con un tercer hombre que les acompañaba, «un tal Carretto», que pretendía ser el jefe del «comité». En otra ocasión se les añadió un tal Giuseppe

Barbesino, al que Veduti conocía por haberlo tenido como «subordinado» en el cuerpo de carabineros. A mediados de noviembre, los Rossi y Barbesino le pidieron a Veduti que sustituyera a Carretto a la cabeza del comité. Pero el condecorado de la Gran Guerra rechazó tajantemente todas las propuestas de «estos». «Nunca mantuve contacto escrito, ni telefónico con ninguno de estos; ni les proporcioné nunca ninguna ayuda; los sacos me los pagaron.»[46]

Unos quince días después, el teniente coronel Imerico recogió también las confesiones de Federico Barbesino y Giovanni Cantele: dos protagonistas de las incursiones en el valle de Aosta realizadas junto con otros jóvenes del Monferrato —Carrera, Sogno, Trombin, Oppezzo— desde mediados de noviembre hasta bien entrado diciembre, antes de que Barbesino y Cantele chocaran por una desagradable historia de mercancía receptada y se denunciaran mutuamente en un cuartel de la Guardia Republicana.[47] Gracias a sus informaciones, acabaron en las redes de Imerico colaboradores de la banda de Arcesaz como los hermanos Allara, transportistas de Casale, el encargado del bar de la estación, Giovanni Conti, y una media docena de renuentes a la leva que habían estado yendo y viniendo del Monferrato al valle de Ayas.[48] Entretanto, los tres detenidos del 16 de diciembre, Veduti, Giuseppe Barbesino y De Vasi, fueron trasladados a Aosta, evidentemente para enfrentarlos a los partisanos capturados en la redada del 13. También fue trasladado a Aosta Carlo Eugenio Carretto, el viejo tipógrafo comunista que desde los primeros días de la banda de los casaleses, en septiembre, parecía querer ser su figura venerable.

En los locales de la prefectura de Aosta o del cuartel Battisti, desde principios de enero de 1944, los interrogatorios los llevaba a cabo el comisario de Seguridad Pública Camillo Renzi, oficial de la policía judicial;

pero según el testimonio unánime que los interrogados proporcionarían tras la Liberación, los que manejaban realmente la situación eran los tres hombres de confianza del prefecto Carnazzi: el teniente Redi y los subtenientes Cerri y Meoli. Son discordantes, en cambio, los testimonios posbélicos respecto a las modalidades de los interrogatorios. Al menos uno de los casaleses, Giuseppe Barbesino, acusará a los componentes del trío de haberlo sometido a tortura. Otros hablarán de Cagni, Bianchi y De Ceglie como de policías que actuaban fríamente y que, en caso de necesidad, hacían alarde de músculo, pero no hasta el punto de recurrir a la tortura como instrumento ordinario de presión. Una cosa sí es cierta: en el interior de las dependencias aostanas del poder de Salò, en aquel enero de 1944, las lenguas de los interrogados se soltaron con más facilidad de lo que el tiempo en el exterior permitiría pensar, en un mes de cielos casi siempre serenos y de temperaturas casi siempre glaciales.

Su consolidada reputación de antifascista, que desde 1938 había inducido a la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional a incluirlo en una lista de «subversivos» de Casale Monferrato,[49] no impidió a Carlo Eugenio Carretto, linotipista de sesenta y ocho años, responder con locuacidad a las preguntas de los policías de Salò. En el interrogatorio del 7 de enero, Carretto denunció a Francesco y a Italo Rossi que, después del 8 de septiembre, «iban mendigando a favor de su causa entre los industriales de Casale» y «se declaraban comisarios del pueblo». Denunció a Veduti, que dirigía un comité de apoyo a los «muchachos que habían marchado con los hermanos Rossi». Y contó en detalle su propia estancia en Arcesaz, los primeros días de diciembre. Barbesino y De Vasi también habían subido al valle de Ayas, enviados por Veduti con el encargo de apartar a los hermanos Rossi del mando de la banda, «porque había pruebas de que los Rossi, en vez de cumplir las órdenes del Comité de Casale, habían creado una banda

al margen que despilfarraba el dinero y se envilecía cometiendo actos enloquecidos al estilo de Stalin». «Sé que Carrera Giuseppe era uno de los primeros que formó el grupo de Arcesaz, y era tal vez el más exaltado, porque, en su opinión, había que dar golpes al modo de Stalin, y además llevaba la gorra con la estrella roja.»[50]

Las sospechas de maltrato al interrogado son más fuertes (y más fundadas, como veremos) en el caso del interrogatorio de Giuseppe Barbesino, registrado en la prefectura de Aosta con fecha 18 de enero de 1944. Lo cierto es que también Barbesino se mostró locuaz con los policías de Salò. Como demostración de sus «sentimientos de italianidad», el ex carabinero —además de ex empresario en quiebra y ex gerente de un prostíbulo— mencionó la solicitud de alistamiento que presentó en 1935, con cuarenta y un años cumplidos, «como voluntario para ir a la guerra ítalo-abisinia». En cuanto a la banda de Arcesaz, Barbesino denunció también a los hermanos Rossi, despilfarradores del dinero recogido en la llanura y refractarios a cumplir las órdenes dictadas por el «interpartido» de Casale. Describió su subida a Arcesaz, las discusiones con los Rossi, la entrega del mando del campo de Graines a «un tal teniente Redi, recién llegado al lugar», que inspiró confianza «por su seriedad y cultura». Explicó cómo un emisario antifascista llegado de Turín, el presunto «Ing. Rossi» (probablemente Aurelio Peccei), apoyó sin embargo a los hermanos Rossi y criticó el cambio en la cúpula de la formación, pero Barbesino supo enfrentarse a él y la solución Redi se impuso definitivamente.[51]

De este modo, interrogatorio tras interrogatorio, el agente doble Edilio Cagni y los otros hombres de confianza de la prefectura consiguieron reunir las piezas del mosaico que el jefe provincial de Aosta, Cesare Augusto Carnazzi, recompuso luego en un informe final sobre la infiltración y el desmantelamiento de la banda de los casaleses. Informe curiosamente tardío

(redactado a comienzos de marzo de 1944), aunque en parte anticipado ya el 11 de enero en un memorando del propio Carnazzi dirigido a la secretaría particular del Duce. Memorando tan sucinto como presuntuoso, semejante a aquellos que otros prefectos de Salò se complacían en redactar, durante los primeros meses de la Guerra Civil, para presumir ante Benito Mussolini de quién sabe qué meritos en su labor de represión antipartisana. Muerto en Arcesaz, en el rastreo del 13 de diciembre, el «rebelde Carreri Giuseppe». Una decena de detenciones, además de un considerable botín de vehículos, ropa y municiones. En Amay, hasta seis rebeldes muertos (con dos fugitivos caídos en un «profundo barranco», «muerte probable»). Y cinco prisioneros, «tres de los cuales judíos». Botín: siete mosquetes, dos pistolas, ocho bombas de mano, víveres, «objetos de valor y dinero». Conclusión: «La banda ha sido desmantelada. En nuestras manos está ahora el hilo conductor de la organización subversiva del Piamonte».[52]

Lleva fecha del mismo día, 11 de enero de 1944, el interrogatorio de Aldo Piacenza en el cuartel Battisti, donde el subteniente excombatiente de la campaña de Rusia permanecía encerrado desde el 13 de diciembre, en una celda individual, igual que los judíos capturados con él en Amay. Es el interrogatorio que ya conocemos, en el que Piacenza informa a los policías de Salò sobre las actividades rebeldes en la zona del Col de Joux, y en el que evoca las circunstancias de la muerte de los dos «gregarios», Oppezzo y Zabaldano: sus excesos la noche del 8 de diciembre de 1943, su desarme al alba del 9, la salida del refugio hasta una distancia de cien o ciento cincuenta metros, la ráfaga de metralleta Beretta.[53] No hay en cambio, en el archivo del tribunal de Aosta, rastro alguno de los interrogatorios a los que fueron sometidos Guido Bachi y Primo Levi. Interrogatorios que sin embargo se produjeron, según el propio testimonio de los directamente implicados. De modo que hay que preguntarse adónde fueron a parar las

actas correspondientes, y no hay que excluir que hubieran desaparecido del archivo en una operación de «limpieza» llevada a cabo al acabar la guerra.

A falta de las actas policiales, tenemos información sobre el interrogatorio de Levi (o más bien, «los interrogatorios», en plural) gracias a una reelaboración literaria hecha treinta años más tarde. Dos de las cuatro páginas dedicadas a la Resistencia en *El sistema periódico*: el químico escritor reserva a los interrogatorios realizados en el cuartel de la Milicia más de la mitad de su parco testimonio del trimestre valdostano. Y construye el relato contraponiendo las figuras de los dos inquisidores principales. Por un lado, Cagni, el «espía integral», el espía «por sadismo deportivo» que había conseguido capturar a los rebeldes del Col de Joux tras haberse infiltrado en la banda de Arcesaz. Por el otro, un oficial al que Levi llama Fossa y que en realidad se llamaba Ferro. Guido Ferro, el comandante de la centuria de Aosta de la Fronteriza, además de jefe de los milicianos que al alba del 13 de diciembre subieron la colina de Saint-Vincent en dirección a Amay y fueron los autores materiales de la captura de Levi, Bachi y Piacenza, además de las dos mujeres, Nissim y Maestro.

Fossa y Cagni: ¿la versión de Levi de un tópico de Hollywood, el del policía bueno y el policía malo? Leyendo *El sistema periódico* estaríamos tentados de creerlo. «De vez en cuando nos venían a buscar para interrogarnos. Cuando era Fossa el que nos interrogaba, la cosa iba bastante bien. Fossa era un ejemplar humano con el que nunca me había topado antes de entonces, un fascista de manual, estúpido y arrogante, a quien el ejercicio de las armas (había luchado en África y España y se jactaba de ello con nosotros) había rodeado de sólida ignorancia y estulticia, pero no corrompido ni deshumanizado.» Fossa consideraba a Levi un jovencito irreflexivo, que había ido a parar a Amay casi por error, descarriado a causa de las malas compañías. Y por otra parte, parecía dudar de que un

licenciado pudiese transformarse realmente en un subversivo. «Me interrogaba por aburrimiento, para echarme sermones y para darse importancia, sin ningún propósito inquisitorial. Él era un soldado, no un esbirro. Nunca me hizo preguntas engorrosas, y ni siquiera me preguntó nunca si era judío.»

«En cambio, los interrogatorios de Cagni eran temibles. […] Empezaba el interrogatorio depositando la Luger encima de la mesa bien a la vista, e insistía sin tregua durante horas. Quería saberlo todo. Amenazaba continuamente con la tortura y el fusilamiento, pero yo por suerte no sabía casi nada, y los pocos nombres que sabía me los guardé para mí. Alternaba momentos de simulada cordialidad con estallidos de cólera no menos simulados. A mí me dijo (seguramente tirándose un farol) que sabía que yo era judío, pero que era mejor para mí. O era judío o era partisano, en cuyo caso me llevaría al paredón. Si era judío, pues nada, había un campo de concentración en Carpi, ellos no eran seres sanguinarios, me quedaría allí hasta la victoria final. Reconocí ser judío, en parte por aburrimiento, en parte por una reacción terca e irracional de orgullo, pero no creía en absoluto en sus palabras. ¿No había dicho él mismo que la dirección de aquella cárcel, en el plazo de pocos días, pasaría a ser controlada por las SS?»[54]

De modo que, bien mirado, la versión de Levi del tópico hollywoodiano no incluye una oposición entre Fossa (Ferro), policía bueno, y Cagni, policía malo. Ferro no tiene nada de policía. Para Levi, es más bien el tipo del italiano al modo antropológico de *Los novios* de Manzoni: una maraña inextricable de piedad, tolerancia y cinismo.[55] En cambio, el policía bueno y el malo coexisten en la figura de Cagni, encarnación de la doblez no solo como falso partisano, sino también como verdadero inquisidor. Por lo demás, en las dos páginas de *El sistema periódico*, lo que más impresiona

es la frase con la que el autor justifica su capacidad de aguantar el interrogatorio de Cagni sin confesar, sin dar nombres. «Por suerte», escribe Levi, él no sabía casi nada: el desconocimiento de la organización partisana era lo que le preservaba del riesgo de convertirse en delator. «Tuve la suerte» también es la frase con que comienza *Si esto es un hombre*: son las primeras palabras del libro, con las que Levi explica irónicamente la ventaja de no haber sido deportado a Auschwitz hasta 1944, esto es, cuando los alemanes habían decidido prolongar la media de vida de los prisioneros en el campo de exterminio.[56] De modo que Levi invoca la fortuna (en la acepción latina del término: la casualidad) para justificar, retrospectivamente, tanto el hecho de haberse salvado de la vergüenza de una delación como el hecho de haberse salvado de la inevitabilidad de una selección.

Desde un punto de vista literario, el nexo importante entre el encarcelamiento de Levi y *El sistema periódico* reside en el hecho de que entre las paredes del cuartel Battisti el químico gestó el proyecto de lo que será en 1975 el último capítulo de su libro mendeleieviano, «Carbono»: no un fragmento autobiográfico, sino la historia de un átomo de carbono como vertiginosa reflexión sobre la relación entre la materia y la vida.[57] Un proyecto de escritura, la historia del átomo C, que acompañó a Levi desde el cuartel de Aosta hasta el campo de Auschwitz, donde lo compartió con su amigo Jean Samuel, el Pikolo de *Si esto es un hombre*.[58] Más difícil era, para el recluso del cuartel Battisti, comunicarse con sus vecinos de celda, Guido Bachi y Aldo Piacenza. Las paredes eran demasiado gruesas para dejar pasar la voz, y golpear las paredes usando un código era para volverse locos, «se necesitaba una hora para transmitir una frase». Tampoco se podía contar con la hora de patio, ya que el centurión Ferro había dispuesto expresamente que los prisioneros salieran por separado. «Esta prohibición

era dura de aguantar», escribiría Levi treinta años después, porque les impedía evocar el «secreto desagradable», ayudarse mutuamente «a conjurar aquella memoria aún tan reciente».[59]

Al margen del desagradable secreto, la posición judicial de Levi se había ido definiendo como sensiblemente distinta a la de Bachi y Piacenza. Bachi, de quien Cagni sabía, por haberse infiltrado como espía, que era el jefe de la banda del Col de Joux, tenía que temer más el fusilamiento como partisano capturado con el arma en la mano que la deportación por pertenecer a la «raza judía». Tampoco Piacenza, a quien el falso teniente Redi había visto en acción en el valle de Ayas, podía negar la evidencia: era notorio su papel de brazo derecho de Bachi. Distinto, muy distinto, era en cambio el caso de Levi. Por lo que hemos podido saber, Cagni no le había visto nunca antes de los interrogatorios en Aosta. De Ceglie sí; cuando subió al Col de Joux y luego descendió hasta el hotel Ristoro bajo la falsa identidad del subteniente Meoli, el «señor Levi» le fue presentado junto con las señoritas Nissim y Maestro. Pero ¿qué impresión pudo sacar De Ceglie de Levi, sino que era un judío escondido y no un partisano activo?

Seguramente, los responsables de la instrucción conjunta sobre la banda de Arcesaz y sobre la banda de Amay acabaron sacando la misma conclusión. Cualquiera que fuese el verdadero contenido de los interrogatorios a que fue sometido Levi por parte de Ferro y Cagni, los policías de Salò se convencieron de que el huésped judío del Ristoro no tenía que responder de nada que tuviera que ver con la Resistencia. Y esa convicción les fue confirmada por Piacenza, que en el interrogatorio del 11 de enero, cuando se le preguntó que explicara la presencia de los tres judíos en Amay, no dijo ni una palabra sobre la expedición nocturna en busca de armas más allá de Châtillon, en la zona de Chambave o de Nus: se calló lo poco o poquísimo que había podido hacer Levi como partisano. ¿Las

señoritas Nissim y Maestro? «Se habían retirado a Amay para evitar su internamiento por ser judías. Conocían la existencia del grupo y alguna vez habían enviado dulces a los gregarios. Me parece que la señorita Nissim atendió como médico a Berto en el hotel de Amay.» ¿El señor Levi? «Estaba allí por los mismos motivos que la señorita Nissim.»[60]

En aquellas fechas de enero de 1944, en un cuartel del valle de Aosta, un hombre como Aldo Piacenza, que en la campaña de Rusia había visto con sus propios ojos las terribles escenas de la Solución Final del problema judío, todavía podía creer que su amigo Primo Levi se exponía a consecuencias más graves como partisano en acción que como judío escondido, como rebelde más que como cobarde. No podía creer que la ocupación alemana hubiera convertido la Italia de Salò en un territorio de caza análogo a la Europa oriental, un lugar como cualquier otro en la geografía continental del exterminio. Por eso Piacenza podía hacerse la ilusión de que era bueno insistir en la condición de judío de su amigo y presentarlo ante los agentes de Salò como una persona totalmente inofensiva desde el punto de vista político o militar. Y los propios hombres de la República Social, en último término, podían aceptar la ambigüedad de la situación. Podían no hacerse demasiadas preguntas sobre el destino de los judíos detenidos de acuerdo con la orden policial n.º 5 y enviados al campo de concentración de Fossoli di Carpi.

Antisemita acérrimo desde que ocupaba en Aosta el cargo de secretario federal del Partido Nacional Fascista, el prefecto Carnazzi no debió de sentir muchos escrúpulos a la hora de resolver la situación de los tres judíos capturados en Amay el 13 de diciembre de 1943. Tengo ante mí las fotocopias del informe dirigido al Tribunal Especial para la Defensa del Estado y a la Dirección General de Seguridad, fechado el 7 de marzo de 1944, en el que Carnazzi resume toda la maniobra de infiltración y

desmantelamiento de las bandas de Arcesaz y del Col de Joux, enumerando los cargos contra varias decenas de rebeldes (detenidos o huidos), entre los que aparecen todos los protagonistas de esta historia de partisanos. Son cinco páginas repletas de hechos, de nombres, de acusaciones. Al final de la segunda página, seis líneas mecanografiadas que reproduzco a continuación: «En el hotel Ristoro dirigido por un tal Page Eleuterio, pero administrado en realidad por su mujer Varisellaz Maria, se alojaban tres individuos de raza judía, que se habían refugiado allí huyendo de las recientes disposiciones raciales: Doctor Levi Primo, Doctor Nissim Luciana y Doctor Maestro Vanda; no habiendo contra ellos otros cargos, han sido enviados al campo de concentración de Carpi».[61]

Miro las fechas y echo cuentas. Teniendo en cuenta el retraso acumulado en la redacción del informe, el prefecto Carnazzi dictó estas palabras cuando la historia de los tres individuos de raza judía ya había avanzado, había avanzado mucho. El 7 de marzo de 1944, hacía ya unos diez días que, «no habiendo contra ellos otros cargos», los tres huéspedes del Ristoro llevaban tatuado en el brazo izquierdo un número que los identificaba como internados de Auschwitz.

Detener aquel tren

Fue el 20 de enero de 1944 cuando Primo Levi, Luciana Nissim y Vanda Maestro llegaron a la estación de Aosta, de la que partieron en tren, con una pequeña escolta, en dirección al campo de Fossoli: la segunda etapa en tren del recorrido Amay-Auschwitz. En el mismo tren iba la familia Jona, detenida en Issime, en el valle de Gressoney, unos días antes del rastreo del 13 de diciembre. Remo Jona, su mujer Ilka y sus dos hijos, Ruggero y

Raimondo, habían pasado en la Torre dei Balivi la mayor parte de las semanas comprendidas entre su captura y su deportación.[62] En el tren iban también algunos judíos yugoslavos a quienes las circunstancias de la guerra mundial habían llevado a instalarse, entre 1941 y 1942, en la provincia de Aosta, y que habían sido autorizados a permanecer allí más allá del mes de febrero de 1943, cuando la mayoría de sus compatriotas fueron trasladados al campo de internamiento de Ferramonti, en Calabria. La familia Eisenstaedter era originaria de Croacia, igual que la familia Lausch; croatas de Split eran también Davide Steinlauf y Samuele Zelikovics. Detenidos en Caluso, en el Canavese, a principios de diciembre, todos compartieron con Primo Levi tanto el trayecto de Aosta a Fossoli como el de Fossoli a Auschwitz. Ninguno de los mencionados regresaría.[63]

En algún momento entre el 13 de diciembre de 1943 y el comienzo del año nuevo, le llegó a Ada Della Torre, en Ivrea, la mala noticia de la detención de Primo Levi, su primo, con el que tanto se había relacionado el año anterior, en Milán, durante las prácticas antifascistas realizadas por un pequeño grupo de judíos piamonteses emigrados por razones de trabajo a la capital lombarda. Y hasta que no le llegó, después del 20 de enero de 1944, la pésima noticia de que ya se había producido la deportación de Primo desde Aosta hasta quién sabe dónde, Ada estaba decidida a hacer algo para detener fuera como fuese la máquina del mal. Para ello entró en contacto con el que después de la Liberación sería su marido: Silvio Ortona, que en 1942-1943 también había formado parte del pequeño grupo de judíos piamonteses en Milán. Tras el 8 de septiembre, Ortona no dudó ni un segundo en marchar a las montañas sobre Biella y empezar una carrera de partisano que le llevaría a escalar hasta los puestos más altos de las Brigadas Garibaldi. ¿Quién mejor que él, se decía Ada Della Torre, podía pensar en algo para salvar a Primo Levi?[64]

En enero de 1944, Ortona era todavía un partisano poco experimentado, pero muy decidido. Y como había nacido en 1916, sabía manejar las armas: antes de las leyes raciales de 1938, este judío de Casale Monferrato todavía estuvo a tiempo de hacer el servicio militar como oficial de complemento. Por aquellos mismos días en que Ada Della Torre le pedía ayuda para salvar a su primo, Ortona, a la cabeza de una pequeña patrulla de rebeldes italianos y de ex prisioneros australianos, había intentado nada menos que hacer saltar los conductos de la central eléctrica de Pont-Saint-Martin, a la entrada del valle de Aosta. No lo consiguió porque no había suficiente dinamita y los artificieros eran inexpertos, pero el mero hecho de haberlo intentado da la medida de su determinación.[65] Y la determinación de Silvio Ortona queda reflejada asimismo en el plan —francamente temerario, o en cualquier caso adelantado respecto a la consistencia militar y política de la Resistencia italiana—[66] urdido junto con Ada para evitar la deportación de Primo que se temía que fuera inminente.

El plan era el siguiente: un intercambio de prisioneros. Había que encontrar el modo de capturar a un fascista y luego entablar negociaciones con las autoridades de Salò: la liberación del fascista a cambio de la liberación de Primo Levi. En cuanto a los recursos humanos necesarios para tal empresa, debían salir de una cooperación conjunta entre los rebeldes del Biellese y los del Canavese. Para ello, Ada Della Torre, de acuerdo con Ortona, se dirigió a Riccardo Levi, el marido de su hermana Irma, el directivo de la Olivetti que, tras haber escondido a su familia en la Serra, se dedicó a la actividad clandestina entre Turín y Santhià. Ada no se dejó desalentar por la justificada perplejidad de su cuñado, que temía que la empresa temeraria acabara siendo una empresa suicida. El plan estaba ya tan perfilado que incluso se había decidido quién sería la víctima: el fascista sería un empleado de la Olivetti partidario acérrimo de Salò, que vivía en

una casita a las afueras de Ivrea y que mantenía unos horarios tan regulares que facilitaban el rapto. El plan también incluía la identificación de los hombres integrantes del comando: serían partisanos del Biellese enviados por Ortona, conducidos por el discípulo más fiel del ingeniero Levi: el delineante de la Olivetti Mario Pelizzari.[67]

Alimiro. Tenía que ser Alimiro, que «inmediatamente aceptó entusiasmado», como recordaría Ada Della Torre muchos años más tarde,[68] el jefe del comando que mediante el rapto de un fascista podría salvar a un judío. Alimiro, que desde el 25 de julio había estado recorriendo Ivrea para arrancar los fasces de las fachadas de los edificios públicos. Alimiro, que desde el 8 de septiembre había subido al valle de Ayas para ayudar a los judíos a exiliarse clandestinamente a Suiza. Lástima que el plan de acción llegara a madurar demasiado pronto respecto a la capacidad de los partisanos (y a la disponibilidad de los neofascistas) de gestionar un asunto tan delicado como el intercambio de prisioneros. Y lástima que el plan de acción llegara a madurar demasiado tarde respecto a la secuencia temporal con que los hombres del prefecto Carnazzi resolvieron los expedientes de los judíos capturados en Amay. Cuando el tren que trasladaba a Primo Levi había salido ya de la estación de Aosta, había pasado por la estación de Ivrea, había superado el nudo ferroviario de Chivasso y se estaba dirigiendo ya hacia el este.

IV

«Os paso la antorcha»

La pistola de Primo Levi

No vamos a seguir el tren que conduce a Primo Levi más allá de la frontera de Brennero, a través de Austria y Checoslovaquia hasta Polonia, y hasta la *Judenrampe* de Auschwitz: el andén donde se detenían los vagones sellados y se llevaba a cabo la primera selección radical, donde ancianos, mujeres, niños, padres e hijos desaparecían «en un instante, a traición».[1] Esta es una historia de partisanos en el valle de Aosta, no de deportados al campo de exterminio. De modo que debemos disponernos a perder de vista a Levi y a sus dos amigas judías capturadas con él en Amay: Luciana Nissim y Vanda Maestro. Debemos prepararnos para prescindir de ellos durante un año y medio de desarrollo de la historia, desde febrero de 1944 hasta el verano-otoño de 1945, cuando Luciana y Primo, salvados del Lager, conseguirían hallar el camino de vuelta a casa, a diferencia de Vanda, hundida aquel mismo «Octubre de 1944», que dará el título al capítulo de *Si esto es un hombre* dedicado a las selecciones.[2]

Tampoco nos detendremos en el mes que los tres prisioneros de Aosta pasaron juntos en el campo de concentración de Fossoli, desde el 21 de enero al 21 de febrero de 1944, antes de que otra alba —en esta ocasión sin nieve— les atacara «a traición; como si el sol naciente se aliase con los

hombres en el deseo de destruirnos»:[3] el alba de la partida hacia Auschwitz en un vagón de mercancías, tras unas extrañas semanas de una cautividad mucho más libre que la que tuvieron en el cuartel Cesare Battisti. «Recuerdo una puesta de sol», diría Luciana medio siglo más tarde a propósito del campo de Fossoli. Ella y Vanda, vestidas aún con ropa de montaña, con el anorak, se sentían «muy monas con pantalones y botas, y muy fuertes».[4] Un cautiverio casi idílico, en el que los biógrafos de Levi han descubierto indicios de un romance entre él y Vanda, mientras el corazón de Luciana (que estaba unida sentimentalmente a Franco Momigliano, partisano entonces en el valle Pellice con Emanuele Artom) empezó a latir al unísono con el de otro judío recluido en Fossoli, el napolitano Franco Sacerdoti, que nunca regresaría de Polonia.

Antes de perder de vista a los deportados que iban camino de Auschwitz, tenemos aún dos documentos —dos cartas— que debemos leer, porque en el fondo todavía pertenecen a la historia de los partisanos. El primero es una tarjeta escrita por Luciana Nissim el 21 de febrero, después de que los responsables del campo anunciaran que saldrían al día siguiente,[5] y enviada por ella a Momigliano, a la dirección turinesa de una amiga común no judía, Bianca Guidetti Serra. Es el mensaje de despedida de una mujer al hombre que había amado («Querido, se acabó la aventura. Acuérdate de mí, recuerda que creía en las cosas elevadas y verdaderas, que deseaba lo justo y lo bueno. Recuerda que durante un año has sido la razón de mi vida, que mis ojos solo han mirado a través de los tuyos y que he vivido porque tú estabas vivo»), pero también es el mensaje político de un antifascista prisionero a un antifascista libre y capaz todavía de luchar contra el enemigo: «Ya en cierta ocasión, cuando lo sospeché, te dije que te pasaba la antorcha. Ahora tengo la certeza». «Es una lástima por nosotros tres, ¿no es cierto? Pero tal vez no sufriréis demasiado por ello.» «Tú no sufras, ¡dulce

amor lejano de un tiempo! Gracias por lo que has sido. Me voy.» «Recuerda esta fecha. Adiós, adiós, adiós… “Morituri te salutant”… Y alimentad la llama.»[6]

Extraordinaria tarjeta, aunque no fuera más que por el uso de los pronombres personales, por ese deslizarse continuamente del *yo* al *nosotros* y del *tú* al *vosotros*, o viceversa, como si una historia de amor que floreció entre dos judíos italianos durante los años de persecución racial y naufragó en los escollos de la ocupación alemana y de la deportación al Lager tuviese que convertirse por fuerza en una historia de guerra, de muerte, de revancha extendida a otros judíos coetáneos, en una mezcla tan involuntaria como necesaria de singular, plural y dual. La confirmación nos la proporciona el segundo documento, una tarjeta postal de esas que llevan sobreimpreso el eslogan fascista VENCEREMOS, escrita por Levi y firmada por él, junto con Nissim y Maestro. Fechada el 23 de febrero, cuando el transporte ferroviario RSHA de Fossoli a Auschwitz se encontraba a mitad de camino entre Trento y Bolzano, esta postal fue echada al buzón por manos misericordiosas en el municipio de Egna y la fortuna quiso que llegara a su destinataria turinesa, de nuevo Bianca Guidetti Serra: «Querida Bianca, todos de viaje a la manera clásica, saluda a todos, os paso la antorcha. Adiós, Bianca, te queremos. Primo, Vanda, Luciana». Además del sentido metafórico, la antorcha en cuestión se refiere claramente a la que (aludiendo a un puñal vengador) aparece dibujada en el símbolo del Partido de Acción.[7]

Un mes antes, cuando todavía estaba detenido en Aosta, antes de ser trasladado a Fossoli, Levi depositó otras tarjetas en las jóvenes manos de Yves Francisco, el sobrino de los encargados del hotel Ristoro de Amay, el carpintero que le había despertado al alba de nieve del 13 de diciembre y que también había sido detenido por la Guardia de Frontera, pero que estaba

a punto de ser puesto en libertad a cambio del compromiso de enrolarse en las filas de la República de Salò como soldado de la quinta de 1924. Al menos, esto es lo que me contó el propio Francisco el 16 de diciembre de 2010, en la cocina comedor de su casa de Verrès. «PL le confió un par de cartas que debía entregar a los partisanos escondidos entre Frumy y Brusson», leo en las notas que tomé aquel día. Y lamento no haberle preguntado a Francisco (que a los ochenta y seis años se acordaba de todo y de todos) los nombres y apellidos de los destinatarios de esas cartas. ¿Tal vez uno de ellos era Cesare Vitta, el judío turinés que se alojaba en Amay y que Levi sabía que había escapado? ¿Era otro Emilio Bachi, que había podido huir del Col de Joux la mañana del rastreo, se había refugiado en una mina de oro sobre Brusson la noche siguiente y se había escondido luego en casa de unos amigos de Champoluc?

Hubiera recibido o no una carta de Levi antes del 14 de enero de 1944, cuando se marchó del valle de Ayas para dirigirse a la llanura, Emilio Bachi fue uno de los que se dispusieron a recoger la antorcha que los deportados no podían ya seguir sosteniendo. Aunque no de inmediato: necesitó unos meses para recuperar el hilo interrumpido de su vida familiar aun antes que el de su vida política. Bajo el falso nombre de Emilio Bertolani, junto con su mujer Luisella y su hija Marina, decidió ir a Roma cuando el desembarco de los Aliados en Anzio, los últimos días de enero, suscitó en muchos la ilusión de que la liberación de la «ciudad abierta» era inminente. Un viaje arriesgado, iniciado en tren desde Turín hacia Génova y proseguido desde Florencia en una furgoneta militar de Salò, entre bombardeos aéreos y generosos sobornos entregados a funcionarios sin escrúpulos, que condujo a los Bachi hasta la capital, aunque con cuatro meses de anticipación a su liberación.[8]

Gracias a la intervención de algunos hombres del Partido de Acción

clandestino, el excombatiente del Col de Joux pudo procurarse cartillas de racionamiento, tanto más necesarias si tenemos en cuenta que la familia Bachi se amplió con una segunda hija, Simonetta, un bebé judío en la Roma ocupada por los nazis: la persona que casi setenta años después —maestra jubilada y escritora de poesías— me abrió la puerta de su casa de Turín, en el barrio de la Crocetta, y compartió generosamente conmigo los papeles del archivo familiar. Hasta el 4 de junio de 1944, cuando por fin se produjo la liberación de Roma, Emilio Bachi-Bertolani se alojó con su mujer e hijas en la pensión Rubens de via Borgognona, a dos pasos de la piazza di Spagna, conviviendo con los «huéspedes más dispares»:[9] fascistas sicilianos huidos de la isla tras el desembarco aliado, antifascistas llegados del Norte, judíos de incógnito como los Bachi: una humanidad variada y en peligro, suspendida en medio de un tiempo dilatado, que otro judío oculto bajo un nombre falso en la misma pensión iba plasmando en algunas páginas de su diario. «Horas largas, que cuesta pasar» en el comedor común, «jugando a las cartas y fumando» o «soñolientos e impacientes, dando vueltas como fantasmas inquietos por las habitaciones semivacías, atentos al estruendo sofocado del cañón».[10]

La memoria (o la leyenda) de la casa Bachi transmitiría a las generaciones futuras las circunstancias del encuentro a distancia —en el baño común de la pensión Rubens— entre el falso Bertolani y el redactor luego famoso de aquellas páginas del diario: el escritor ferrarense Giorgio Bassani. La necesidad de utilizar en el baño, por razones de higiene, áspero papel de diario; la decisión de Bassani de utilizar para tal fin las hojas de un diario clandestino, para indicar la presencia en aquel lugar de un antifascista; la decisión de Bachi de dejar en el baño las hojas de otro diario clandestino, para afirmar la presencia de un segundo antifascista… solo después del 4 de junio los dos huéspedes de la pensión osaron confesarse

sus respectivas identidades, después de que Bachi decidiera dedicar sus energías a la causa de la liberación nacional.[11] El abogado turinés Manlio Brosio, un liberal refugiado en Roma que mantenía estrechos contactos con la cúpula del Partido de Acción y en particular con Ugo La Malfa,[12] propició su ingreso en la Eiar, la antigua radio del régimen convertida en la voz de la Italia libre. Durante unos meses, Bachi estuvo en via Asiago como responsable de la sección de comentarios, hasta que fue designado oficial de enlace con la Patriot Branch del Quinto Ejército americano y se trasladó de Roma a Florencia, donde permaneció junto al Allied Military Government hasta la primavera de 1945.[13]

Mientras tanto, otro excombatiente del Col de Joux, Yves Francisco, había decidido finalmente pasarse a la Resistencia. Detenido en Amay como sospechoso de renuencia a la leva más que como rebelde, en el cuartel Battisti de Aosta el carpintero de la quinta de 1924 fingió alistarse bajo la bandera de Salò. Muy pronto desertó y vivió como fugitivo más arriba de Saint-Vincent —entre Amay y Frumy— desde enero hasta abril de 1944. Meses «extraordinariamente fríos», como recordaría Francisco en su vejez, cuando habló de ellos con Erika Diemoz y conmigo, «aunque después de Navidad apenas nevó». La ocasión para entrar en la Resistencia se le presentó en primavera, cuando un partisano disperso en el valle de Ayas que, hasta el rastreo del 13 de diciembre, había estado integrado en la formación de los casaleses se puso clandestinamente en contacto, en el valle, con Gino Tordoni, más conocido por su nombre de guerra «Marius» y personaje realmente victorhuguiano, impetuoso fundador de una banda que actuaba en Verrès y alrededores.[14]

El relato de Francisco también tiene mucho de novelesco. Pero cada vez que he podido ratificarlo en otras fuentes, ha resultado ser exacto, de modo que vale la pena reproducirlo aquí, despojado de los detalles insignificantes

o importantes que son más producto de la fantasía que testimonio de la memoria. Así pues, el ex rebelde de la banda de los casaleses (que en realidad procedía de Brindisi, era un campesino renuente a la leva de 1924 y se llamaba Pietro Parisi) se puso en contacto con Marius y le explicó que, en Graines, se había salvado de la traición de los espías y de la redada de los nazifascistas cierta cantidad de armas. Entonces, caminando por senderos de montaña, la banda de Marius llegó al Col de Joux para bajar desde allí hacia Brusson y recuperar las armas que estaban un poco más arriba de Arcesaz. Y Francisco, cuando vio pasar a los partisanos, se unió a ellos. Era a finales de abril de 1944 y la banda de Marius se preparaba para realizar, el 1 de mayo, su empresa más temeraria (o la más alocada): la ocupación de Verrès.

A los rastreadores del 13 de diciembre les pasó desapercibida otra arma, la que Primo Levi guardaba debajo de la almohada del hotel de Amay, y que Yves Francisco había escondido en una rendija de la buhardilla. «Era una pistolita, toda incrustada de madreperlas, ni siquiera sé de dónde había salido; de tambor, con un tambor muy muy pequeño; para disparar a 5 metros. Ya no recuerdo quién me la dio»: esto es lo que explicó Levi, en los años ochenta, en una conversación con el escritor Ferdinando Camon.[15] En cambio, Francisco se acordaría muy bien de lo que ocurrió con aquella arma. Como partisano, no tuvo necesidad de utilizarla, primero se las arregló con el fusil («un intermedio entre el 19 y el mosquete») sustraído a la República Social en el momento de la deserción, luego tuvo una Beretta del calibre 9 robada a un carabinero el día de la ocupación de Verrès y, finalmente, se apoderó del Mauser de un alemán, «¡un calibre 9 con un cargador así de largo!». Pero en el primer año de la Resistencia, cuando la escasez de armas representaba el mayor problema para las bandas, cualquier cosa podía servir, incluso una pistolita incrustada de madreperlas. Por eso

Francisco habló con su tío, Eleuterio Page, del revólver oculto en la buhardilla, y el encargado del Ristoro la recuperó y se la entregó sin dilación a su primo, Edoardo Page.

Este topógrafo de Saint-Vincent, que ya era capitán del Ejército Real, estaba destinado a hacer carrera en la Resistencia italiana, una gran carrera: fundador de una banda que actuaba entre la «colina» y el monte Zerbión, Edoardo Page —el comandante «Ardes»» acabará ascendiendo hasta la cúpula militar del movimiento partisano en el valle de Aosta—. Volveremos a encontrarlo en nuestro relato, aunque perderemos el rastro de la pistola de Primo Levi.

Marzo de 1944

El 18 de febrero de 1944, un decreto firmado por Mussolini impuso la pena de muerte para los jóvenes llamados a filas que se negaran a responder a los bandos de Salò. Si eran capturados, los insumisos debían ser fusilados por la espalda en un plazo de tres días como «desertores ante el enemigo». De hecho, el decreto no se aplicó de forma sistemática; aunque la República Social deseara complacer al aliado alemán, no podía movilizarse razonablemente para llevar al paredón a decenas de miles de jóvenes italianos. La amenaza del pelotón de ejecución sirvió más que nada como medio de presión, y fue eficaz, al menos en las zonas de la Italia ocupada más alejadas de los Alpes o de los Apeninos, aquellas en las que el medio natural ofrecía menos posibilidades de emboscadura. En cambio, las zonas más o menos elevadas o montañosas siguieron siendo tierras propicias para la insumisión e incluso para la resistencia.[16]

En el valle de Aosta, el prefecto Cesare Augusto Carnazzi trató de poner

remedio a la crisis política y militar del fascismo republicano mediante una nueva institución: un batallón autónomo de voluntarios llamado Mosqueteros de los Alpes. La idea consistía precisamente en asociar la política y las armas: la inscripción en el partido implicaba automáticamente el alistamiento en los Mosqueteros, sin ningún límite de edad.[17] «Jóvenes y ancianos, reclutas y veteranos podrán formar parte de este batallón que estará a disposición del Duce», se leía en un llamamiento del prefecto a los «valdostanos y canavesanos» publicado en *La Provincia Alpina*, el órgano semanal del fascismo de Salò. «Requisito indispensable para alistarse: FE - FE - FE.»[18] Pero Carnazzi no se limitó a convocar a los inactivos, a los indecisos o a los que estaban a la expectativa. En *La Provincia Alpina*, una afligida intervención suya, «Dos palabras a "los de la montaña"», prometía el perdón judicial y la gloria civil incluso a los descarriados de las bandas partisanas, con tal de que renunciaran a la «milicia roja», se presentaran a los *podestà* y entregaran las armas.[19]

El nacimiento de los Mosqueteros de los Alpes no solo fue noticia en los medios del colaboracionismo valdostano. El 4 de marzo de 1944 aparecía anunciado visiblemente en la primera página de *La Stampa* de Turín.[20] Y precisamente aquellos días tuvo lugar la primera operación militar en la que participaron los Mosqueteros: un exhaustivo rastreo en el alto Canavese, realizado a instancias del prefecto Carnazzi y dirigido por el comandante de la Guardia Nacional Republicana, el teniente coronel Domenico De Filippi (que ya había dirigido el rastreo en el valle de Ayas). Unos doscientos cincuenta efectivos entre milicianos y carabineros, repartidos en doce camiones que salieron de Aosta en una columna inicialmente dirigida por el propio Carnazzi y por el comandante en plaza alemán, el coronel Schmidt. Pont Canavese, Sparone, Ribordone, Cuorgnè, Prascorsano, Valperga, Castellamonte y Castelnuovo Nigra fueron los municipios afectados por el

rastreo y convertidos, entre el 2 y el 10 de marzo, en otros tantos campos de batalla, ya que las numerosas bandas de rebeldes trataron de dar respuesta a cada uno de los ataques. Todo esto mientras los Mosqueteros de los Alpes se enfrentaban «brillantemente» a una maniobra de distracción de los partisanos en la zona de Pont-Saint-Martin, «bajo el fuego incesante de los morteros» y gracias al «ímpetu de las unidades participantes».[21]

Más conciso que el informe final de Carnazzi, el informe de De Filippi nos da una idea de la virulencia de estos choques. Hubo nueve rebeldes muertos en las operaciones de rastreo, cinco heridos «de los que se tiene constancia» y cuarenta y cuatro partisanos detenidos, a los que hay que añadir cinco prisioneros de guerra y ocho «rehenes»: familiares diversos (padres, hijos, esposas, hermanos, hermanas, cuñados) de rebeldes que pudieron escapar. Como botín de guerra, esto es, material en manos de los partisanos y recuperado por los de Salò, De Filippi mencionaba cuatro camiones remolque, tres automóviles, dos camionetas, un «remolque pequeño», un «motocarro» y una motocicleta. Tres caídos en las filas de la República Social: un miliciano y dos mosqueteros. Siete heridos, entre los que figuraba el «subteniente De Ceglie», herido en Prascorsano durante un «violento ataque» enemigo, oportunamente atendido e ingresado junto con los demás en el hospital de Cuorgnè.[22]

En efecto, en el rastreo en el Canavese participaron también los tres hombres de confianza de la prefectura de Aosta que tres meses antes, tras haberse infiltrado entre los partisanos del Monferrato, pusieron las bases para el rastreo del valle de Ayas: además de Domenico de Ceglie, el subteniente Alberto Bianchi y el teniente Edilio Cagni. Este último, al regresar a Aosta, redactó a su vez un informe para enfatizar la contribución del trío al éxito de las operaciones militares. Sin embargo, este informe quedó archivado en la prefectura, y en un futuro no muy lejano —al cabo de

un año, al final de la Guerra Civil— adquirió un valor exactamente opuesto. En la Aosta de la Liberación, una vez invertidos los criterios del mérito y demérito patriótico, las ostentaciones de Cagni a propósito del rastreo en el Canavese pesarían sobre su perfil de colaboracionista.

Al alba del viernes 3 de marzo, cuando la columna dirigida por el teniente coronel De Filippi salió de Pont en dirección a Sparone, Cagni estaba allí, en el centro de la acción, y perfectamente a sus anchas en su papel de cazador de rebeldes: «estoy sentado sobre el faro del coche del comandante». En Ribordone, él y Bianchi recibieron varios disparos, pero no perdieron la compostura ni por un instante. «Vimos a varios jóvenes que huían», «cogí a cuatro». La mejor versión de sí mismo la ofrece Cagni al día siguiente, sábado 4, en Prascorsano, en el enfrentamiento en el que cayó herido De Ceglie. «Diviso, a cinco metros a nuestras espaldas, a un paisano que dispara tranquilamente contra nosotros. Le impido continuar en medio de una descarga de metralleta que lo fulmina.» Y la mejor versión de Cagni aparece de nuevo el lunes 6 en Castelnuovo Nigra, adonde había llegado junto con De Filippi («estoy sentado sobre el radiador del coche del comandante»). Bianchi le había llamado porque había «dos individuos sospechosos en una casa». Tras acudir al lugar, Cagni constató que los dos estaban «en posesión de armas y de documentos sumamente interesantes». «Procedo a su interrogatorio. Uno es el jefe de una veintena de rebeldes que se habían dado a la fuga hacía dos días, por consiguiente dispongo el fusilamiento de los dos elementos en la plaza del pueblo con cuatro milicianos de frontera.»[23]

La historia de la Resistencia nos ha transmitido los nombres de los tres partisanos que Cagni se jactaba de haberse cargado: tres jóvenes, de unos veinte años aproximadamente, como ocurría casi siempre, a ambos lados de la línea de fuego, en la Guerra Civil italiana de 1943-1945. El hombre

muerto en Prascorsano se llamaba Domenico De Palo. Nacido en 1923 en Friuli, pero oriundo de Ruvo di Puglia, había vestido el uniforme de carabinero antes de combatir de «paisano», soldado sin uniforme por la causa de la liberación nacional. El más joven de los dos fusilados en Castelnuovo Nigra, renuente a la leva dictada por Salò, era el único *enfant du pays*: nacido en Rivarolo Canavese en abril de 1924, Flavio Berone no pudo celebrar su vigésimo cumpleaños. El otro fusilado en la plaza de Castelnuovo, Livio Colzani, procedía de Seregno, en la provincia de Milán, donde había nacido en 1921. El 8 de septiembre lo pilló en Favria Canavese, alistado como radiotelegrafista en el cuerpo de ingenieros. En vez de interpretar el armisticio como un «todos a casa», Colzani se quedó en la zona para luchar como partisano, y toparse inevitablemente con el rastreo de principios de marzo de 1944.

Exactamente en los días en que las fuerzas armadas a las órdenes del prefecto Carnazzi se ensañaban en el alto Canavese, otras fuerzas armadas de Salò, complementadas con algunas unidades alemanas, partieron del bajo Canavese para subir a los valles de Lanzo. Desde la llanura hasta las estribaciones de las montañas, se llevó a cabo un persistente y durísimo rastreo que se resolvió en un triunfo para los nazifascistas y una derrota para los partisanos. Centenares de rebeldes capturados, decenas de muertos.[24] E innumerables casas destruidas, establos y heniles incendiados, y la voluntad cada vez más decidida de los alemanes y los de Salò de llevar a cabo una política de tierra quemada en torno a los «bandidos», de cortar de raíz cualquier posible solidaridad entre poblaciones locales y formaciones partisanas. Siguieron otros rastreos, desde los valles de Cuneo a los de Pinerolo, hasta que a finales de marzo se produjo la caída, en Turín, del Comité Militar del Piamonte. Los cinco representantes de los partidos del Comité de Liberación Nacional en el órgano de gestión de la guerrilla,

junto con el general Giuseppe Perotti, coordinador del Comité Militar, y otros oficiales antifascistas que se habían reunido la mañana del 31 en la Piazza del Duomo en un encuentro clandestino, fueron detenidos por los agentes de policía.[25]

Paradójico aquel mes de marzo de 1944. Mes políticamente glorioso para la Resistencia piamontesa (los días de los rastreos en el Canavese coinciden con los días en que en las fábricas de Turín y provincia miles de obreros se cruzaron de brazos, desafiando la represión nazifascista con la teoría y con la práctica de la huelga general), pero calamitoso desde el punto de vista militar. Mes de un giro en positivo, porque se dieron los primeros casos de colaboración entre trabajadores en huelga y bandas partisanas, pero también mes de giro en negativo, porque la dirección regional quedó descabezada. Tras las detenciones del 31 de marzo, la sección de Turín del Tribunal Especial solo necesitó dos días para instruir contra los miembros del Comité Militar un proceso en el que las sentencias de condena ya estaban escritas de antemano: al amanecer del 5 de abril, en el polígono de tiro del Martinetto, ocho de los quince antifascistas capturados pagarían con la vida su responsabilidad como jefes políticos o militares de la Resistencia piamontesa.

El proceso Perotti, llamado así por el nombre del general que el martirologio antifascista elevará a la categoría de símbolo de aquel sacrificio, comenzó la mañana del 2 de abril, Domingo de Ramos, y acabó la tarde del 3 de abril. Se desarrolló en la sala del Tribunal Penal de Turín, en un clima que en la memoria de la Resistencia ha quedado como indigno de un tribunal de justicia. «La sala era un campamento. Sentados con las piernas colgando del antepecho de los altos ventanales, algunos muchachos armados hasta los dientes. Armas por doquier; llegaron más policías. Algún esbirro, con la metralleta al hombro, va de paisano.»[26] Estaban presentes el

jefe provincial Paolo Zerbino, el secretario federal Giuseppe Solaro, y Guido Buffarino Guidi, ministro del Interior llegado expresamente de Salò. La única respuesta la dieron numerosos magistrados, abogados y secretarios de tribunales que expresaron públicamente su solidaridad con los imputados, aunque sin lograr con ello que se suavizaran los veredictos que, según se decía, el Duce en persona había pedido que fueran de una severidad ejemplar.[27]

El proceso Perotti nos interesa aquí por la aparición en la sala de dos funcionarios de Salò llegados expresamente de Aosta: el jefe provincial Cesare Augusto Carnazzi, y uno de sus hombres de confianza, Edilio Cagni. Los mismos de siempre. El ministerio fiscal no los había incluido en la breve lista de testigos de cargo, pero en la sala ambos consiguieron tomar la palabra como testigos voluntarios, y aportaron su granito de arena al edificio de la lapidación. Carnazzi declaró contra el general Perotti, acusándolo de haber instigado a un oficial del Cuerpo de Ingenieros de Ferrocarriles de Aosta a que desertase del servicio tras el 8 de septiembre. Cagni declaró contra el representante del Partido Liberal en el Comité Militar, el abogado turinés Cornelio Brosio (hermano de Manlio, refugiado en Roma después del armisticio). «Aparece un personajillo esmirriado, insignificante, pálido. Viste con cierta afectación, como un provinciano»: esa fue la impresión que causó, en la memoria de uno de los imputados antifascistas, la aparición de Cagni en la sala del Tribunal Penal.[28] Confiado en los resultados obtenidos en los interrogatorios que condujo en Aosta el pasado enero, especialmente el de Carlo Eugenio Carretto, Cagni acusó a Brosio de haber sido uno de los financiadores clandestinos de la banda de los casaleses de Arcesaz.[29] «La declaración de este canalla provocó una gran excitación. Fue el testimonio más dramático.»[30]

El 7 de abril de 1944 —dos días después de la ejecución de las ocho

sentencias capitales en el Martinetto, de las que pudo escapar Cornelio Brosio porque solo fue condenado a dos años de reclusión—, el cadáver de un partisano torturado hasta la muerte fue transportado desde las Carceri Nuove de Turín hasta un bosque de los alrededores de Stupinigi, donde fue enterrado tan a conciencia que jamás pudo encontrarse. Era el cadáver de Emanuele Artom. Tras sus comienzos como partisano en el valle Pellice y en el valle Infernotto, Artom pasó el invierno de 1944 como comisario político del Partido de Acción, primero de nuevo en el valle Pellice y luego en el valle Germanasca, donde precisamente su banda, integrada por otros judíos turineses entre los que se encontraban Giorgio Segre y Franco Momigliano, fue hostigada por los rastreos de marzo de 1944. Momigliano y Segre lograron huir, Artom no.[31] Fue torturado durante varios días en un cuartel de Luserna San Giovanni. Y fue escarnecido por sus verdugos, que desenterraron para la ocasión todo un arsenal de estereotipos antisemitas. «Bandido judío capturado», rezaba el pie de la fotografía publicada por un periódico colaboracionista: Artom a lomos de un asno, con el rostro tumefacto, una escoba bajo el brazo y un ridículo sombrero en la cabeza.[32] Todavía les resultaba válido a los nazifascistas el cliché del judío inútil porque era cobarde y cobarde porque era inútil.

ZONAS LIBRES

Pero el invierno no pasó en vano. La propia crueldad de los rastreos contribuyó a seleccionar una especie partisana más resistente, superior en experiencia, técnica y organización.[33] De modo que, tanto en el Piamonte como en el valle de Aosta y en otros lugares de la Italia ocupada por los alemanes, la primavera de 1944 prometía el retorno con fuerza de una

generación de «viejos»: los rebeldes que habían sido capaces de sobrevivir a las penurias invernales, y que solo por eso tenían buenas razones para confiar en el futuro. Además de que la primavera era una aliada natural de los partisanos: la primavera, cuando las hojas vuelven a crecer en los árboles, cuando la vegetación se hace espesa y el *maquisard* puede por fin hacer honor a su nombre sin tener que pensar, en las operaciones de guerrilla, en la provocadora desnudez del sotobosque, la inevitable transparencia del invierno.

Entre los viejos estaban los míticos jefes que se habían echado al monte en otoño de 1943. Gente que tal vez había realizado pocas acciones significativas desde el punto de vista militar, pero que en cualquier caso se había mantenido al pie del cañón. Gente como los hermanos Rossi de Casale Monferrato. Después del 13 de diciembre de 1943, según confesión de los propios jefes, la banda de los casaleses pasó por un «breve período de desorientación». La huida del valle de Ayas había tenido visos de derrota, con los partisanos salvados del rastreo inicialmente desperdigados por los montes y valles, y algunos de ellos capturados luego y deportados a Alemania.[34] Como las retaguardias de la banda habían sido destruidas por los golpes del teniente coronel Imerico, los casaleses tuvieron dificultades para reorganizarse en la llanura. Los hermanos Rossi, escondidos en el Canavese, se limitaron durante meses a mantenerse en contacto —entre Cuorgnè y Caluso— con los partisanos que se mantenían fieles, en espera de tiempos mejores. En espera de la primavera, y de las buenas noticias procedentes de los distintos frentes de la guerra mundial: la presión cada vez mayor de los angloamericanos sobre la línea Gustav, la perspectiva inminente de un desembarco aliado en Francia, el avance del Ejército Rojo en el frente oriental.

Tras la desbandada de los casaleses, la antorcha de la Resistencia en el

valle de Ayas y en lo más hondo del valle la recogieron las bandas locales. Ante todo la banda de Marius, que con la llegada de la primavera había subido al valle para instalarse más allá de Arcesaz y de Brusson, en unas cabañas a gran altura entre Champoluc y Antagnod. Y también la banda de Riccardo Joly («Riccardino»), que se había formado en Arnad y había crecido en las alzadas de Perloz, en el bajo valle de Gressoney. Estas son las dos bandas que el 1 de mayo de 1944 protagonizaron —para bien o para mal— la ocupación de Verrès. Que eligieron una forma inaudita, carnavalesca y enfervorizada de celebrar la prohibidísima fiesta de los trabajadores, pero también una forma improvisada, estéril y contraproducente. Más que una acción militar fue una bravata. Y una bravata que se pagó cara, por el previsible rigor de la respuesta nazifascista. Típico ejemplo del comportamiento de formaciones espontáneas para las que el carisma del jefe, una ocurrencia suya, una orden de ataque dada por él tenían más valor que cualquier atribución de funciones que les llegase de fuera, de un movimiento partisano que se esforzaba por convertirse en Resistencia organizada.

De modo que los hombres de Marius —unos sesenta, entre ellos Yves Francisco— abandonaron la tarde del 30 de abril las alzadas más arriba de Champoluc, requisaron un camión y un par de autobuses y se dirigieron al fondo del valle. En Challand-Saint-Victor desarmaron a la guarnición republicana y requisaron armas también a los guardas de la central hidroeléctrica de Isollaz. Al llegar a las proximidades del castillo de Verrès, se unieron a los hombres de Riccardino, una cuarentena, para asaltar el puesto de la Guardia Nacional y el cuartel de la Milicia Forestal. No necesitaron disparar mucho: la resistencia de los de Salò era más bien débil, y Francisco ya se había apoderado de la Beretta calibre 9 de un carabinero. A las nueve de la noche de aquel domingo 30 de abril, los partisanos eran

dueños de Verrès. La estación del tren había sido ocupada y se habían organizado puestos de control a lo largo de las vías de acceso al pueblo. Al día siguiente, una población incrédula inundó las calles, las recorrió al son de la fanfarria… ¡Verrès es libre! «La Bandera Roja que era la insignia de los destacamentos ondeaba en el campanario.»[35] La única nota discordante fue la iniciativa de Pietro Sassara, el hijo de quince años de un fascista, que desde el balcón de su casa intentó lanzar una bomba de mano contra la multitud en fiesta. Los partisanos reaccionaron. El muchacho consiguió escapar, pero no lo consiguieron ni su hermana Carla, de dieciséis años, ni su madre, Giulia Colombot, que fueron arrastradas a la plaza y sufrieron la humillación de ser rapadas públicamente.[36]

Verrès la tomaron un centenar el 30 de abril y la perdieron un centenar el 1 de mayo del año 1944: así deberíamos describir las veinticuatro horas del pueblecito de Verrès, parafraseando al Fenoglio de *Los veintitrés días de la ciudad de Alba*.[37] Porque ya el lunes por la mañana las fuerzas armadas de Salò lanzaron la contraofensiva con medios aplastantes: dos camiones de la Guardia Nacional enviados desde Aosta y dos compañías de ucranianos al servicio de los alemanes llegados desde Ivrea a bordo de un tren blindado. En el puente sobre el Dora, en los alrededores de Champdepraz, las bandas de Marius y Riccardino mantuvieron un duro enfrentamiento con los camiones, pero nada pudieron hacer contra el tren blindado procedente del Canavese. Por la tarde, los nazifascistas obligaron a los partisanos a huir hacia las montañas a golpes de mortero, mientras que abajo el campo quedó libre para las represalias. Dos partisanos fueron fusilados en el acto entre Verrès y Challand-Saint-Victor, y unos días más tarde mataron a cuatro civiles en Arnad.[38] Y los miembros de la familia Sassara al completo —las dos mujeres rapadas, los dos hombres enfurecidos— señalaron a dedo las

casas de Verrès que había que asaltar, registrar, saquear, y a los paisanos de los que había que vengarse.[39]

La memoria antifascista conservaría un recuerdo épico de la ocupación de Verrès, y los ojos de Yves Francisco brillarían todavía, casi setenta años después, al evocar los formidables detalles de aquellas veinticuatro horas de libertad. Sin embargo, aprovechando la desbandada de los hombres de Marius y de Riccardino, los alemanes y los de Salò iniciaron un rastreo que en cierto modo golpearía todas las formaciones que se sabía actuaban entre el valle de Ayas, el Valtournenche y el fondo del valle. Para ello se dispusieron importantes puestos de control en la cima de la colina de Saint-Vincent; según una denuncia de la Forestal al prefecto Carnazzi, «siguiendo el camino de herradura», que desde el Col de Joux descendía hasta Amay y luego subía por la falda del monte Zerbion hacia la cuenca de la Magdaleine, era por donde «grupos más o menos numerosos de rebeldes» pasaban de un valle a otro («en la actualidad en los anteriormente mencionados alpes actúan unos doscientos hombres armados»).[40] De modo que las consecuencias de la bravata del 1 de mayo las sufrieron no solo las bandas de Marius y de Riccardino, sino también las de Edoardo Page —el comandante Ardes— y de Celestino Perron («Tito»).[41]

En cuanto al prefecto Carnazzi, tenía ya las maletas hechas. Se marchaba del valle de Aosta, le esperaba un cargo mucho más tranquilo en Pedrengo, cerca de su Bérgamo natal: la dirección de la Obra Nacional Maternidad e Infancia, que había sido trasladada desde Roma a aquella ciudad. Casi unas vacaciones en la carrera de un treintañero que había servido ininterrumpidamente a la causa política y militar de la República Social. A ese paréntesis de Bérgamo le seguiría otro paréntesis turinés en el Comisariado Extraordinario del Gobierno para el Piamonte, y finalmente Carnazzi sería prefecto de Asti a partir de enero de 1945. Y mantendría a su

lado a Edilio Cagni, que había seguido los pasos de Carnazzi primero en Bérgamo, luego en Turín, y por último en Asti, durante toda su carrera de funcionario de Salò. En cambio, la marcha de Cagni de Aosta suponía el fin de su asociación con los dos desmovilizados del Ejército Real, que junto con él habían constituido el alma de la policía política al servicio de la prefectura: Alberto Bianchi y Domenico De Ceglie. Ambos permanecieron en el valle de Aosta más allá del mes de mayo de 1944. Uno de ellos, ingresado todavía en el hospital tras haber resultado gravemente herido en los rastreos en el alto Canavese.[42] El otro, Bianchi, más activo que nunca en un papel que le resultaba especialmente agradable, el de agente provocador.

El 18 de mayo de 1944 marcó una línea divisoria en la historia de la Resistencia valdostana. Aquel día, como consecuencia de una infiltración de espionaje, fue detenido el notario Émile Chanoux: el alma de la oposición católica al fascismo, el ideólogo de un moderno autonomismo alpino, el jefe carismático del movimiento de liberación en la provincia de Aosta.[43] Todavía hoy sigue siendo oscura la trama de la maniobra urdida contra él por los hombres de la prefectura en los días comprendidos entre la marcha de Carnazzi y la llegada del nuevo jefe provincial, Bruno Stefanini, con la eficaz colaboración del comisario de la policía de Aosta, Piero Mancinelli. Pero hay una cosa cierta. La persona que, fingiendo ser un oficial badogliano, la mañana del 18 de mayo llamó a la puerta de la casa de Chanoux en el centro de Aosta, se ganó la confianza del notario con una estratagema de *spy story* (un billete de banco partido por la mitad), neutralizó empuñando el arma un intento de fuga a través del balcón, entregó a Chanoux a las esposas de los policías mientras su hija Renée, de cinco años, se agarraba llorando a los pantalones del padre, era Alberto Bianchi:[44] el florentino de veintitrés años criado en la buena escuela del falso teniente Redi, el falso subteniente Cerri de la infiltración de Arcesaz.

Aquella misma mañana —el día de la fiesta de la Ascensión— fue también Bianchi quien llamó a la puerta de otra casa en el centro de Aosta: la casa de Lino Binel, ingeniero jefe del ayuntamiento y brazo derecho de Chanoux en la dirección del movimiento clandestino. «Un joven elegante gritó: "¡Detenido, queda detenido!"», recordaría Binel al acabar la guerra, tras haber sobrevivido a la deportación a Alemania. «Bianchi, uno de los oficiales que se habían puesto al servicio de la Gestapo y dirigía la operación de mi detención, afectando seriedad gritó: "¡Usted escucha radio Londres!".»[45] Alberto Bianchi, al servicio de la Gestapo también aquella tarde, fue seguramente el único italiano que asistió, en los locales de la prefectura de Aosta, a los interrogatorios llevados a cabo por oficiales de las SS que dejaron a Chanoux tan magullado y dolorido que no pudo llegar por su propio pie a la celda que le habían destinado en un cuartelillo de la policía en via Frutaz. La celda de la que Chanoux saldría cadáver al día siguiente, tras haberlo encontrado colgado de las rejas de la ventana: tal vez suicida, tal vez «suicidado».[46]

La muerte de Chanoux y la detención de Binel indujeron a otros miembros del Comité de Liberación de la provincia a abandonar precipitadamente el valle de Aosta y refugiarse en Suiza a través de Valpelline. Se produjo por tanto una desarticulación completa de la dirección valdostana de la Resistencia. Y aprovechando el momento, fascistas y alemanes decidieron poner en marcha, a finales de mayo, la Operación Hamburg: rastreos conjuntos que barrieron metódicamente el bajo valle de Aosta y las montañas del Biellese y el Vercellese. Los valles de Champorcher y de Gressoney, el Valtournenche y el valle de Ayas fueron invadidos por columnas nazifascistas que, ante la retirada de las bandas partisanas cada vez más arriba —hasta alcanzar las cimas—, reaccionaron sembrando el terror en los pueblos: detuvieron a jóvenes, saquearon casas,

incendiaron heniles, arrasaron refugios. La Operación Hamburg, más que conseguir resultados militares, lo que hizo fue complicar las relaciones entre los rebeldes y los civiles. Debido a los continuos rastreos, las comunidades locales vivieron la presencia de las bandas en los valles con una desconfianza que apenas podía distinguirse de la hostilidad.[47]

Al mismo tiempo y precisamente por aquellos mismos días —principios de junio de 1944— llegaron también a los montes del valle de Aosta noticias extraordinarias procedentes de la Italia central y del norte de Francia: las noticias de la liberación de Roma y del desembarco en Normandía. La rueda de la historia giró ya claramente en el sentido del antifascismo. La Resistencia italiana consiguió entonces crear (al menos sobre el papel) un ejército partisano, el Cuerpo de Voluntarios de la Libertad. En el valle de Aosta, como en el resto de la Italia ocupada, los bandos de alistamiento de la República Social suscitaban cada vez un mayor rechazo, mientras crecían en todas partes los efectivos de las bandas partisanas. Durante el verano de 1944, en varias guarniciones locales de la Guardia Nacional Republicana se produjeron deserciones con cuentagotas, de un modo lento pero inexorable: en Nus, en Antey-Saint-André, en Valtournenche, carabineros y milicianos abandonaron los cuarteles e ingresaron en las bandas. Los alemanes y los fascistas ya no controlaban más que el territorio en el valle central, desde Courmayeur a Ivrea, pasando por Aosta, mientras que todos o casi todos los valles laterales se convirtieron en «zonas libres» en poder de los partisanos.[48]

Las noticias del mes de agosto —en Italia la liberación de Florencia, en Francia la liberación de París y de Marsella— infundieron nueva energía a los hombres de las bandas, y enmascararon la debilidad de algunas zonas libres, sí, pero aisladas: enclaves antifascistas en un valle de Aosta que seguía siendo de Saló y alemán a lo largo de su eje principal. Y lo que es

peor: la libertad de los partisanos no coincidía con la de los habitantes del valle. ¿Cómo podrían estos últimos considerar «libres» aquellas zonas donde se cogían los víveres por la fuerza, se requisaban los animales y los bienes más preciados (la manteca, la sal, la leña para el invierno) los administraban los rebeldes aunque no fueran suyos? ¿Cómo podrían mirar con ojos benévolos a hombres que, atacando a los alemanes y a los fascistas, provocaban su funesta ira? El verano de 1944 marcó el punto máximo en la expansión territorial del movimiento partisano, pero también un enfrentamiento cada vez mayor entre el grueso de las poblaciones montañesas y aquellos a quienes un profesor rebelde en Valtournenche, Ettore Passerin d'Entrèves, incluso antes de la Liberación definiría (las comillas son suyas) como los «"idealistas"», los «"pocos elegidos"». «Trágica figura de Don Quijote» la del partisano en el valle de Aosta durante el verano y luego el «desastroso otoño» de 1944: «El vil "sentido común" de los muchos tiende decididamente a desaprobar la "locura" de los pocos que empeñan su juventud en aventuras desesperadas».[49]

Si no fuese trágica, la historia valdostana de aquellos meses parecería la historia cómica del gato que juega con el ratón. Instalados en el valle central sin tener ya el control de los valles laterales, los alemanes y los fascistas no pudieron evitar que los partisanos descendieran de los montes para realizar actos de hostigamiento, sabotajes y atentados; en definitiva, no pudieron evitar que realizasen operaciones de guerrilla. El ferrocarril que unía Pré-Saint-Didier con Aosta y Aosta con Turín, las líneas telefónicas y de alta tensión, los puentes sobre el Dora y las centrales hidroeléctricas representaban objetivos que los «bandidos» atacaban repetidamente, casi burlonamente. Ni los alemanes ni los fascistas pudieron evitar que los partisanos atacasen cualquier objetivo humano: soldados aislados, delatores, delegados de la prefectura, mujeres del enemigo. Pero los alemanes y los

fascistas se reservaron el derecho de responder a la guerrilla con la represalia. Como el 18 de julio en Aymavilles, cuando un ataque (fallido) de los partisanos de Cogne provocó la venganza de la Guardia Republicana y de la Milicia de Fronteras: después de haber matado a dos rebeldes, pasaron a sangre y fuego dos aldeas en una operación de represalia coordinada personalmente por el comandante de la policía fronteriza, el comandante Guido Ferro.[50]

El «centurión Fossa» de *El sistema periódico*. Aquel que en el alba de nieve del 13 de diciembre de 1943 dirigió el rastreo de Amay, y que a Primo Levi le pareció luego —durante los interrogatorios en el cuartel de Aosta— un ejemplar de fascista indulgente. Un soldado al que el oficio de las armas había rodeado de ignorancia y de estulticia, pero no había corrompido ni deshumanizado.[51]

Alimiro

El desastroso otoño de 1944 empezó anticipadamente en la «colina» de Saint-Vincent: a primeros de septiembre, en vísperas de la fiesta de San Grato, patrón de Amay y de Aosta. Comenzó con un rastreo alemán en la aldea de Moron, siguió con un ataque alemán contra la banda de Giuseppe Thuegaz («Firpo»), que respondía ante el comandante Ardes y estaba acampada más arriba, en la aldea de Salirod. Cuatro partisanos muertos, todos de veinte años y todos del lugar, ocho partisanos capturados y fusilados en los días o las semanas siguientes. «Al anochecer de una magnífica y triste tarde del 4 de septiembre», recordaría cuarenta años después Thuegaz, campesino de Saint-Vincent, él y Edoardo Page hicieron transportar los cadáveres de los compañeros a Amay, a la capilla de San

Grato. «Al día siguiente, festividad del patrono del lugar, en vez de cánticos y ceremonias de alegría, se celebraron solemnemente los funerales de los cuatro partisanos muertos: Dagnès, Torrent, Ravet, Pellisier: ¡cuatro muertos por la libertad!»[52]

Las crónicas de la Resistencia en el valle de Aosta referidas al otoño de 1944 prácticamente solo reproducen episodios negativos. Rastreos en cadena, represalias después de emboscadas partisanas, y la caída de las zonas libres: la reconquista casi completa del territorio por parte de los nazifascistas. El valle de Ayas, el Valtournenche, el valle de Champorcher, el Valsavarenche y el mismo valle de Cogne, donde se había creado una zona libre en el mes de julio y se había convertido, durante el verano, en lo más parecido a una «república» partisana, volvieron a caer, uno tras otro, bajo control alemán. La proclama del general británico Alexander, comandante de las fuerzas aliadas en el Mediterráneo, que el 13 de noviembre exhortó a las bandas de la Italia ocupada a cesar en la acción para dejar pasar el invierno, no contribuyó a mantener elevada la moral de los rebeldes. Y tampoco contribuyó la amnistía proclamada por Mussolini a finales de octubre, que ofrecía a todos los renuentes a la leva de las quintas entre 1916 y 1926 la posibilidad, en caso de entregar las armas, de dejar de ser considerados delincuentes, de no ser incorporados a las fuerzas armadas de Salò y de no ser deportados a Alemania. Se calcula que, a la vista de estas condiciones, el 80 por ciento de los partisanos del valle de Aosta entregaron las armas.[53]

¿Había ganado el gato al ratón? No del todo. En el alto valle —desde Aosta hasta Courmayeur y La Thuile— y en los valles laterales, la presencia partisana quedó reducida prácticamente a cero y los integrantes de las bandas huyeron al otro lado de la frontera, a Suiza o a una Francia que ya era libre. Pero en el bajo valle —y especialmente en los montes por

detrás de Saint-Vincent y Verrès— todavía resistieron unos centenares de partisanos. Comandados por jefes indómitos como Marius, Tito y Ardes, se dispusieron a afrontar un segundo invierno de resistencia. Y también resistieron, en el fondo del valle, algunos partisanos del llano. Actuando con todos ellos, en Ivrea y alrededores estaban Alimiro. Mario Pelizzari, que tras haber tenido que renunciar el invierno anterior al proyecto de secuestrar a un funcionario fascista de la Olivetti para canjearlo por Primo Levi prisionero en Aosta, había hecho carrera en el movimiento resistente. Comisario político de zona del Partido de Acción.[54] Y partisano experto, cada vez más experto en las artes de la guerrilla: atentados contra las centrales hidroeléctricas, sabotajes de puentes o de líneas ferroviarias, emboscadas en las carreteras contra los convoyes enemigos.

«En octubre de 1944 se decidió detener y controlar un camión de la Olivetti que transportaba máquinas de escribir a Monza para los alemanes»: así aparece en las memorias partisanas que Pelizzari escribió a vuelapluma inmediatamente después de la Liberación, entre mayo y junio de 1945, y que permanecieron inéditas hasta después de su muerte en 1977.[55] *Le memorie di Alimiro*, que leí un día en la biblioteca del Istituto Storico della Resistenza, en Turín, y que me estremecieron cuando llegué a la página 59: «En el transcurso de esta operación decidimos controlar la documentación de algunos pasajeros y el contenido de sus maletas. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa al encontrar la del teniente Bianchi, comandante de la policía republicana al servicio de Mancinelli, por aquel entonces comisario de Aosta! El teniente fue detenido. En su maleta se encontraron tres pistolas, cuatro bombas de mano, una navaja con resorte y un puño de hierro, además de salvoconductos falsificados para su uso personal. Conducido a un granero para ser trasladado luego al destacamento, con la excusa de las necesidades corporales intentó desarmar a uno de nuestros guardias, pero

como eran dos de servicio el otro le disparó y le causó la muerte. Así murió el que traicionó al pobre Chanoux, fingiendo primeramente ser partisano y denunciándolo luego a Mancinelli. Conservamos un montón de fotografías y cartas interesantes».[56]

No siempre los historiadores encuentran lo que buscan y no siempre buscan lo que encuentran. Al leer *Le memorie di Alimiro* no me esperaba encontrar esta escena: la captura y la muerte de Bianchi —el álter ego de Cagni en la infiltración de espionaje de Arcesaz— por iniciativa del mismo partisano que desde el 8 de septiembre de 1943 había intentado salvar a los refugiados judíos en el valle de Ayas, y que en febrero de 1944 todavía soñaba con salvar a Primo Levi del tren que lo conducía a Auschwitz. Por otra parte, tuve que resignarme a no encontrar lo que también busqué: el «montón de fotografías y de cartas interesantes», las cartas de Bianchi que Pelizzari afirmaba poseer después de la Liberación. Todavía hoy daría cualquier cosa por conseguir esas cartas. Por descubrir qué cara tenía Alberto Bianchi, del que jamás he visto ningún retrato. Por descubrir qué otras fotografías llevaba consigo, qué instantáneas de una guerra civil. Por descubrir qué cartas había recibido en su año valdostano de profesional del colaboracionismo.[57]

Tal vez algunas cartas eran de Rosetta. La Rosetta de la que solo conozco el nombre, no el apellido, y que todo apunta a que fue su compañera durante la Guerra Civil. Rosetta, que, tres meses después de la desaparición de Bianchi, en enero de 1945, se presentó en el Palazzo Cisterna, en Turín, donde tenía su sede el Comisariado Extraordinario del Gobierno para el Piamonte, y pidió hablar con el colaborador más estrecho del prefecto adjunto Carnazzi, Edilio Cagni. Este último, después de la Liberación, procesado por colaboración con el «alemán invasor», se acordaría precisamente de la «visita de una señorita que yo había visto con Bianchi en

Aosta, llamada Rosetta». «Circulaba la noticia de que Bianchi había sido fusilado», y la joven le suplicó a Cagni que confirmara esta noticia, que comprobara su fundamento. «Mis investigaciones no condujeron a ningún resultado positivo», recordaría Cagni.[58] Al igual que tantas otras compañeras de hombres desaparecidos durante la Guerra Civil, Rosetta vivió durante mucho tiempo en la incertidumbre, sin saber si debía llorar a un muerto o esperar con ansia a un vivo.

Alimiro, en cambio, lo sabía. Sabía que Alberto Bianchi había sido detenido y lo había visto morir. Y sabía que el final de un hombre como aquel contenía, en su azarosa y sin embargo lógica exactitud, el anuncio de la *poetic justice* resistente, de la que hablaría después de la guerra un partisano literato, Luigi Meneghello: la imposibilidad histórica de que, al final, la virtud fuera derrotada y triunfase el vicio.[59] «El malestar, los peligros, las horcas, los fusilamientos, las cazas despiadadas de vuestros espías no nos asustan. Porque estos últimos siempre acaban pagando, y hasta pagan bien», escribió Alimiro en una carta fechada «en las nieves, 16 de noviembre de 1944» y dirigida a los fascistas de Ivrea. «Nuestras discusiones sociológicas amplias y libres, que tienden a un bien universal, nos fortalecen y nos convierten en soldados combatientes», siguió escribiendo el delineante rebelde de la Olivetti, con algún tropiezo con el léxico y un estilo muy peculiar: «Estamos cerca de la rendición de cuentas final». «No os dejéis engañar por las treguas ocasionales, tenéis que pagar y pagaréis. Somos así.»[60]

Mario Pelizzari entró en la leyenda de la Resistencia no por la captura y muerte de Bianchi, sino por un sabotaje que realizó la noche del 23 de diciembre de 1944: el sabotaje del puente del ferrocarril que atraviesa el Dora en pleno centro de Ivrea. Un puente de gran importancia estratégica, por donde circulaban hacia el monte los convoyes de carbón que se dirigían

a las minas de Cogne para el tratamiento del hierro y hacia el valle el acero —ya fuese mucho o poco— producido por las fábricas de la Società Nazionale Cogne y enviado a Alemania para la industria bélica del Tercer Reich.[61] A fin de bloquear este tráfico, los angloamericanos habían decidido bombardear el puente del ferrocarril desde el aire. Pero el puente era tan céntrico que era muy posible, incluso probable, que se produjeran graves daños colaterales: destrucción de casas y muerte de civiles. Tras mantener contactos clandestinos con emisarios ingleses, Alimiro se comprometió a intentar una acción de sabotaje que destruyera el puente sin exponer Ivrea a los riesgos de un bombardeo aéreo. Y la noche del 23 de diciembre pasó a la acción junto con un partisano de su grupo que se llamaba Amos Messori, «D'Artagnan» en el registro de la Resistencia.[62]

La epopeya de aquel sabotaje nadie la ha explicado mejor que Piero Calamandrei en un discurso pronunciado en Ivrea en 1954, y recogido luego en *Uomini e città della Resistenza*. «Es la noche del 24 al 25 de diciembre de 1944 —explicó Calamandrei, avanzando veinticuatro horas las manecillas para aumentar el efecto de *pathos*—, es la hora en que los creyentes están todavía despiertos para celebrar en casa la esperanza de la Navidad.» Alimiro y D'Artagnan se deslizaron «por la orilla escarpada» del puente custodiado por centinelas alemanes. «Conteniendo la respiración» y «haciendo milagros de equilibrismo» treparon por la estructura metálica. «Y Alimiro en un planeado ejercicio de acrobacia permanece dos horas colgado, como una araña, de aquel armazón de hierro, con el Dora retumbando bajo sus pies»: trabajó a tientas para colocar el explosivo en el punto exacto, procurando no traicionarse con un golpe de martillo o un chirrido de la lima, ya que los centinelas pasaban a un palmo de su cabeza. Finalmente, el detonador estuvo listo y los dos partisanos se desvanecieron en la oscuridad. Unos minutos más tarde, «un enorme estruendo» y el

puente «se estremece, se empina y cae: y el acero de Cogne ya no pasa, y la ciudad está salvada».[63]

El camino a Casale

Entre los partisanos que tuvieron que huir del valle de Aosta en otoño de 1944, refugiándose unos en Francia y otros en Suiza, había algunos personajes de esta historia. Por ejemplo, Eugenio Gentili Tedeschi, el arquitecto que había compartido con Primo Levi y con otros judíos turineses —de 1942 a 1943— el año de Milán, un aprendizaje profesional que había sido también un aprendizaje político: una maduración acelerada «más que en los veinte años anteriores»,[64] y un primer paso hacia la militancia antifascista.[65]

Después del 8 de septiembre, con «la serpiente verde-gris de las divisiones nazis desfilando por las calles de Milán y de Turín»,[66] Gentili Tedeschi permaneció largo tiempo escondido con sus padres en una aldea de La Salle, a pocos kilómetros de Courmayeur, donde la familia era conocida por ser veraneantes habituales. Tomó la decisión de unirse a la lucha partisana tras haber sido detenido en junio de 1944 a consecuencia de una denuncia anónima. Preso en la cárcel de Aosta, logró sobornar a un comisario de policía, que, a su vez, había untado el mecanismo necesario para la liberación: una bonita cantidad, 30.000 liras, a cambio de la libertad.[67] Gentili Tedeschi salió de la Torre dei Balivi a finales de julio, justo a tiempo de llegar a Cogne y vivir allí la experiencia embriagadora de la «república». Sin embargo, el verano de Cogne dio paso al otoño. A primeros de noviembre, un ataque feroz de los nazifascistas obligó a los partisanos —a cientos de partisanos— a desalojar el valle, remontando en la

nieve los pasos del Gran Paradiso para buscar la salvación en Francia.[68] Gentili Tedeschi era uno de estos, al igual que Federico Chabod, el gran historiador valdostano que un año antes había inspirado la declaración de Chivasso sobre la autonomía alpina y que, un año después, se convertiría en el primer presidente electo de la región Valle de Aosta.[69]

También escapó de Cogne un joven carpintero de Verrès que se había formado como partisano entre el valle de Ayas y Valtournenche. Pero a diferencia de la mayor parte de los fugitivos, Yves Francisco no quiso atravesar por el monte hacia Francia: prefirió desviarse y volver a casa, halló refugio provisional en el hotel de sus tíos en Amay y desde allí se dirigió a Suiza a través del Plateau Rosa. Enésimo capítulo de un relato novelesco de la Resistencia, el que Erika Diemoz y yo escuchamos unas décadas más tarde en el comedor cocina de la casa de Francisco en Verrès. Veinte de noviembre de 1944. Nieve ya en el Col de Joux, mucha más en las estribaciones del monte Rosa, desde Saint-Jacques al Col de Nana hasta el Plateau Rosa y desde allí hasta Zermatt. Era indispensable contar con un par de esquís, y tenían que ser esquís dignos de tal nombre… Francisco tenía la solución: los esquís de Primo Levi, que seguían en el Ristoro desde aquella alba de nieve del 13 de diciembre de 1943. «¡Unos hermosos esquís, qué demonios, con los cantos de marfil!», así los describiría el partisano en su vejez, admirado todavía dos tercios de siglo después; «¡y ya llevaban las fijaciones Kandahar!». Con los esquís de Primo Levi, y acompañado de un capitán de los alpinos y de un checoslovaco desertor de la Wehrmacht, Francisco afrontó una tempestad de nieve en cotas muy altas y llegó a la neutral Suiza.[70]

Distinta suerte corrieron «unos esquís con fijaciones Kandar y palos» que le requisaron a Guido Bachi en el Col de Joux la mañana del 13 de diciembre; según una denuncia del propio Bachi presentada después de la

guerra, los esquís le habían sido sustraídos por el mismo miliciano de la Fronteriza que además llevaba puestos unos «calcetines de lana escoceses» que reconoció como suyos. Porque la Guerra Civil italiana fue también eso: una guerra por apoderarse de bienes. Y mucho mejor si los bienes eran de los judíos, como el «billetero de piel de cocodrilo» sustraído a Bachi junto con los calcetines y que contenía «unas nueve mil liras».[71] Por lo demás, aunque víctima de robo por parte de los milicianos de Salò, Guido Bachi tuvo un destino mejor que el de los tres judíos arrestados con él: Primo Levi, Luciana Nissim y Vanda Maestro. Capturado con las armas en la mano y por tanto transferido al Tribunal Especial, Bachi pasó casi todo el período comprendido entre enero de 1944 y abril de 1945 en la cárcel de Aosta. De un modo u otro consiguió ganarse la voluntad del sobreguarda de la Torre dei Balivi, quien confió al experto contable de Turín la administración de la cantina e incluso alquiló un piano para que el hábil pianista diera clases a su hija. Porque la Guerra Civil italiana también fue eso: un juego de roles, entre piedad y cinismo, pasiones e intereses, en espera de que la historia decretase quiénes eran los vencedores y quiénes los vencidos.[72]

Sin esperar el juicio de la historia, los judíos piamonteses participaron en la Resistencia en un número mucho mayor del que cabía esperar teniendo en cuenta su peso demográfico. Lucharon en las montañas, desde el valle de Aosta al Cuneese, desde el Pinerolese al Astigiano, del Canavese al Monferrato, del Biellese a las Langas. Lucharon en la llanura, como «gapistas» o como correos, bajo banderas garibaldinas, «giellistas» o «matteotianas».[73] Algunos llegaron a ser jefes partisanos de primera categoría, como por ejemplo Silvio Ortona, el «Lungo» comandante garibaldino en los montes sobre Biella.[74] Otros desarrollaron una labor más oscura, de ayuda a los judíos escondidos y de enlace entre los resistentes de

la montaña y los de la ciudad: es lo que hizo, entre los valles de Lanzo y Turín, Massimo Ottolenghi, que en el liceo D'Azeglio había sido compañero de pupitre de Emanuele Artom.[75] A partir de la primavera de 1944, también las mujeres tuvieron un papel importante en los enlaces. Ada Della Torre, prima de Primo Levi, estuvo yendo y viniendo entre el Biellese donde estaba Ortona y el círculo turinés de Ada Gobetti.[76] Asimismo la hermana de Primo, Anna Maria, que se encontraba en Turín tras haber escondido a su madre en Borgofranco d'Ivrea, actuó de correo para el Partido de Acción.[77]

Del círculo «giellista» de Ada Gobetti también formaron parte Bianca Guidetti Serra, la amiga a la que Levi, Nissim y Maestro enviaron desde el vagón sellado la noticia de su marcha hacia el Lager, y Paolo Spriano, el estudiante universitario que partió de la plaza de Brusson para enseñar los dientes al lobo: una mujer joven y un hombre jovencísimo capaces de recoger la antorcha que los tres judíos capturados en Amay y deportados a Auschwitz entregaron a quien seguía libre, junto con el más dramático llamamiento a las armas. Pero la antorcha de la Resistencia también la recogieron otros hombres a quienes el rastreo del 13 de diciembre de 1943 había ahuyentado y dispersado: los casaleses de la banda de Arcesaz. Tras unos meses de inactividad en el bajo Canavese, la banda de los hermanos Rossi pudo beneficiarse de la afluencia primaveral de nuevos reclutas, y también de una reorganización general de las fuerzas partisanas como consecuencia de la creación del Cuerpo de Voluntarios de la Libertad.

De banda a batallón, de batallón a brigada, de brigada a división —la 1.ª División Matteotti «Italo Rossi»—, la formación nacida después del 8 de septiembre por iniciativa de una familia obrera de Casale Monferrato creció a la par que el crecimiento político-militar de la Resistencia italiana. Y en ese crecimiento hubo momentos críticos y episodios ambiguos. Entre los

momentos críticos hay que mencionar la pérdida del primer comandante, Italo Rossi, caído en combate en Cuorgnè el 29 de junio de 1944. O la matanza que diezmó la 7.ª Brigada (conocida como la «banda Tom» por el nombre de guerra de su jefe, Antonio Olearo) aniquilaba en Casale en enero de 1945. O el terrible final en Castagneto Po, el 27 de febrero de 1945, del padre de los hermanos Rossi, el comisario Oreste («Le obligan a gritar “¡Viva el Duce!”. Él grita “¡Abajo!”. Entonces le sacan los ojos, le parten el cráneo y lo rematan con tres tiros en la sien»). Uno de los episodios ambiguos fue la incorporación a la división, como 2.ª Brigada, de la banda de «Piero Piero»: Piero Urati, el partisano véneto tan largo de manos que resultó altamente sospechoso a la misma cúpula del Mando Militar piamontés, y que según el Primo Levi de los años ochenta fue «una de las ovejas negras» de la Resistencia.[78]

Pese a todo esto, durante los diez meses comprendidos entre junio de 1944 y abril de 1945, la 1.ª División Matteotti fue capaz de escribir páginas más que dignas en la historia de la guerra de liberación. El grueso de la división actuó en el valle de Soana, en el alto Canavese, hasta que se produjo una oleada de rastreos en noviembre-diciembre de 1944. En enero de 1945 se reorganizó en el bajo Monferrato: con los efectivos disminuidos, pero siguiendo con las operaciones de guerrilla hasta la inminencia del movimiento insurreccional. Chivasso, Tonengo, Castagneto Po, Cocconato y Odalengo Piccolo fueron los principales escenarios de sus gestas y de su tributo de sangre. A finales de marzo, Francesco Rossi («De Franchi») dejó la responsabilidad del mando en manos del joven casalés Luigi Cappa y asumió el cargo de inspector de las Brigadas Matteotti. Después, en los días de la insurrección, desde la base de Cocconato algunas unidades de la 1.ª División marcharon hacia el oeste para contribuir a la liberación de Turín, y otras hacia el este para contribuir a la de Casale Monferrato.[79]

Al mando de Cappa, los hombres que se dirigieron hacia el oeste se unieron a los partisanos garibaldinos y autónomos procedentes de las Langas en los combates que liberaron San Mauro Torinese, y luego poco a poco —ya en la ciudad, en Turín— el barrio de Sassi, corso Casale y, por último, el cuartel Lamarmora de via Asti: un lugar tristemente célebre para los antifascistas, el cuartel general de la Oficina Política de Investigación de la Guardia Nacional Republicana.[80] A los hombres que se dirigieron hacia el este los guiaba el tercero de los hermanos Rossi, Bruno, un joven de dieciocho años que fue uno de los primeros partisanos en entrar en Casale y en aceptar, en el Castillo, la rendición de la guarnición militar alemana.[81]

V

La justicia y la venganza

Pasa la libertad

Sentado en los escalones de un establecimiento de la muy céntrica via Roma, el niño había dejado de leer el libro que sostenía sobre las rodillas, *Los tres mosqueteros*, y contemplaba abstraído aquella escena extraordinaria: la entrada del gran jefe partisano en una Casale libre ya de alemanes. El jefe partisano tenía «aspecto soberbio y espléndido bigote negro». Desfilaba en jeep, vestía uniforme inglés y llevaba una boina negra con una estrella roja. «Mi padre me preguntó: "¿Sabes quién está pasando?". Miré el rostro del comandante, impresionado por los mostachos. Y pensando en uno de los héroes de Dumas respondí: "¡Porthos!". Mi padre exclamó: "¡Cómo que Porthos! Pasa la libertad".»[1]

En Casale, los días de la Liberación, la libertad llevaba el bigote negro de Pompeo Colajanni: el mítico «Barbato», el abogado comunista siciliano que había pasado en la Resistencia veinte meses enteros, de oficial de caballería en Pinerolo a comandante garibaldino en Monferrato y liberador de Turín. Pero el que también entró en la historia de Italia fue, en cierto modo, el niño que contemplaba la escena desde los escalones de la peluquería de su madre, Mode Pansa. Porque con la ignorancia de sus nueve años la mirada de aquel niño tenía una intensidad fuera de lo común, se posaba en las

personas y en las cosas como si el alumno de cuarto de primaria tuviera ya la madera del enviado especial. Giampaolo Pansa no olvidaría nunca ni el espectáculo de la entrada solemne de Barbato en Casale, ni otros espectáculos a los que asistió en 1945, antes y después de la Liberación. Los guardó consigo durante décadas, y sobre los cimientos de su memoria de niño construyó, medio siglo después, el edificio de una representación profundamente crítica de la Resistencia italiana.

En un primer momento, la influencia de la cultura antifascista en cuyo seno se había formado haría que en la mente de Pansa se mantuviera vivo sobre todo el recuerdo de la escena que había contemplado el domingo 14 de enero de 1945: Antonio Olearo («Tom») y otros doce jóvenes de su banda —la 7.ª Brigada Matteotti— que, tras haber sido capturados en Astigiano y arrastrados descalzos sobre la nieve a lo largo de varios kilómetros hasta Casale, fueron obligados a desfilar por via Roma encadenados con alambre, entre las burlas y los golpes de los fascistas. «Tenían los pies destrozados, cubiertos de sangre, morados, negruzcos, de un amarillo putrefacto.» Torturados en la cárcel, Tom y sus compañeros fueron fusilados al día siguiente en el polígono de tiro y sus cuerpos permanecieron dos días insepultos. «La memoria me devuelve una secuencia cada vez más nítida», escribiría Pansa en 2009: secuencia que empieza con los rebeldes descalzos y se cierra con sus cadáveres sobre la nieve helada. «Mi guerra civil se resume en esta imagen», que «durante algún tiempo pareció oscurecer a todas las otras que surgieron más tarde»: después del 25 de abril, y después de que por via Roma desfilara el jeep de Barbato con la boina negra y los mostachos de Porthos.[2]

En realidad, solo mucho más tarde —cincuenta años después, en plena crisis del antifascismo—[3] la memoria de Pansa le restituyó las secuencias casalesas de una Liberación demasiado brutal para seguir pareciéndole

virtuosa. Los fascistas metidos en jaulas y ofrecidos como alimento a la bulimia visual de las masas envilecidas. Las mujeres del enemigo rapadas al cero y vilipendiadas en las plazas públicas. Los ajustes de cuentas entre partisanos y comunistas, anarquistas e internacionalistas. Tan solo a partir de la década de 1990, el periodista apasionado por la historia reelaboró su propia represión en una serie de novelas y de ensayos destinados a refundar la relación de los italianos con su pasado próximo.[4] Libros bastante discutibles en cuanto al método los publicados por Pansa, entre ellos el más afortunado *Il sangue dei vinti*, una lápida sobre la llamada vulgata antifascista,[5] pero libros que tendrían el mérito de aprovechar la experiencia de aquel niño tan curioso que fue Pansa, y que tendrían la fuerza de una intuición decisiva: Casale Monferrato 1945 como sinécdoque de la Italia en guerra, la parte por el todo, un concentrado ejemplar de historias y de historia.

«El 25 [de abril] la ciudad se subleva, cada ciudadano empuña un fusil»: ya no es Giampaolo Pansa el que evoca sus lejanos recuerdos de infancia, se trata de un memorial escrito en caliente —el 10 de julio de 1945— por uno de los sacerdotes más conocidos de Casale, el padre somasco Luigi Frumento, rector del prestigioso Collegio Trevisio. «Los alumnos internos, a los que se da libertad para reunirse con sus familias, acuden en masa a enrolarse con los partisanos y aparecen rápidamente vestidos de uniforme y armados (es fácil imaginar con qué temor por nuestra parte).» Insurrección popular, ciertamente, pero también Resistencia de última hora, mientras «llegan desde las colinas los primeros partisanos», aquellos que, como Bruno Rossi, no han esperado al 25 de abril para luchar contra el nazifascismo y que ahora «se apoderan del Castillo y conminan a la rendición a los pocos alemanes y republicanos». Y el padre Frumento puede al fin respirar, ya que durante los veinte meses de la ocupación había

escondido en el colegio, haciéndolos pasar por preceptores, a diversos oficiales dispersados del Ejército Real y a un escritor huido de Turín que se llamaba Cesare Pavese. El padre Frumento, que por este motivo había sido denunciado por dos internos y había tenido que defenderse, en la Casa del Fascio, «ante aquellos que hoy están ya condenados a muerte, esto es, los principales representantes de todas las canalladas cometidas en esta ciudad: el coronel Imerico, el comandante Fornero y el subteniente Barbano» de la Guardia Nacional Republicana, la flor y nata del colaboracionismo ciudadano.[6]

¿Condenados ya a muerte los canallas que durante veinte meses habían sembrado el terror en Casale y en todo el Monferrato, y sobre cuyo destino terrenal el padre Frumento no parecía dispuesto a derramar muchas lágrimas? Condenados tal vez *de iure*, en procesos sumarios que a su vez quedarían fijados indeleblemente en la memoria del Pansa niño, «toda la furia y todo el dolor de la Guerra Civil» descargados sobre la multitud que subía corriendo las escaleras del tribunal de lo penal «y avanzaba hacia la sala a base de empujones y de puñetazos, gritando, imprecando, blasfemando contra los fascistas que permanecían esposados en la jaula», mientras las madres de los partisanos caídos «mostraban llorando las fotografías de sus hijos», jóvenes con los rostros vueltos para siempre hacia la nada, «los únicos en paz en aquel mar tempestuoso, henchido de rabia y reclamando justicia».[7] Pero no condenados a muerte *de facto*, ni el coronel Luciano Imerico, ni el comandante Carlo Fornero ni el subteniente Lorenzo Barbano, ni los otros brigadistas negros procesados por la matanza de la banda Tom, que recurrieron la sentencia y comenzaron un largo camino judicial muy propio de la Italia de la posguerra, entre sentencias anuladas y penas cambiadas, rebajadas, amnistiadas.

El «col. cav. gr. uff.» Imerico moriría en su casa «confortado por la fe»,

según precisaría la necrológica publicada en *La Stampa* un día de julio de 1966, mientras «sus elevados y puros ideales» vivían «aún y siempre» en la mente de los que le habían querido.[8] De capitán de la Milicia Voluntaria e inspector de Assicurazioni Generali, llegó a ser Caballero de la Orden de la Corona de Italia en 1931.[9] Y de *podestà* de Frassineto Po a oficial de la misma Orden cuatro años más tarde.[10] Y otras muchas cosas entre los años veinte y los años treinta, siguiendo una carrera modelo de fascista provincial: escuadrista desde antes de la marcha, administrador del Educatorio Casalese, elemento importante del equipo de los Canottieri, secretario del fascio de Moncalvo, comisario extraordinario del Casale Football Club, capitán, comandante y teniente coronel de la Milicia, todo un ascenso social hasta el 8 de septiembre de 1943, hasta el momento de optar a la vez por un fascismo irreductible y un solícito colaboracionismo. Y no sabemos si el confort de la fe también asistió a Imerico, en el lecho de muerte, en el recuerdo de aquel día de febrero de 1944 en el que los policías de Salò llamaron al timbre de la casa y detuvieron al viejo profesor Raffaele Jaffe, que había fundado el Casale Football Club en 1909 y en 1914 había llevado a los futbolistas «nerostellati» a conquistar el título de campeones de Italia. Uno de los últimos judíos casaleses que estuvieron en el punto de mira del teniente coronel Imerico, deportado a Auschwitz el 2 de agosto de 1944 y gaseado a su llegada.[11]

Uno de los pocos criminales de guerra del Monferrato que pagó con su vida fue el comandante Wilhelm Meyer. Era el comandante de la plaza fuerte alemana de Casale, y los partisanos le culpaban —más que de cualquier otro crimen— de la matanza perpetrada en Villadeati, en Valcerrina, el 9 de octubre de 1944: la ejecución de diez civiles, campesinos que nada tenían que ver con la Resistencia, junto con el párroco antifascista del pueblo, don Ernesto Camurati. Tras la rendición de los alemanes en el

castillo de Casale, el comandante Meyer fue localizado por los garibaldinos en un campo de prisioneros cercano a Asti. El oficial de la Wehrmacht fue conducido a Villadeati, al mismo lugar de la matanza, el 10 de mayo de 1945 y, tras ser sometido a un simulacro de proceso popular, fue ejecutado detrás de una valla y enterrado en un prado a la sombra del cementerio, para no ensuciar la tierra consagrada con el cadáver. Años más tarde, en el momento de la exhumación del cuerpo, el forense estableció como causa de la muerte de Meyer la destrucción de la bóveda craneal provocada por una descarga de proyectiles en la nuca o por el impacto de un objeto contundente.[12]

La liberación de Casale también le costó cara a un personaje muy distinto, el contable Mario Acquaviva: un antifascista de siempre —debido a su militancia comunista había pasado varios años en la cárcel bajo el régimen de Mussolini— que pagó con la vida su disidencia del partido de Togliatti y su papel de dirigente en una pequeña organización trotskista, el Partido Comunista Internacionalista. El 11 de julio de 1945, Acquaviva fue alcanzado en la calle, junto a la estación ferroviaria de Casale, por dos esbirros con el rostro descubierto que le dispararon en el tórax y en el abdomen y que nunca fueron identificados, aunque hay razones para creer que se trataba de dos sicarios que actuaban por encargo del PCI de Asti. Probablemente, los comunistas ortodoxos no habían perdonado a Acquaviva ni su lucha contra el estalinismo, ni su negativa a combatir la Resistencia según la lógica de Yalta, bolcheviques soviéticos y capitalistas angloamericanos aliados contra el nazifascismo.[13] A menos que Acquaviva cayera víctima de una venganza transversal póstuma, por su condición de maestro de un comunista internacionalista que ya conocemos: Giuseppe Sogno.

Junto con Giuseppe Carrera, Sogno fue uno de los primerísimos jóvenes

de Casale que empuñó las armas después del 8 de septiembre. Saliendo de la casa de Carrera en via Mantova 22 (Sogno vivía en la puerta de al lado, en via Mantova 24), los dos jóvenes de diecinueve años compartieron las primeras incursiones de los casaleses desde el Monferrato hasta el valle de Ayas, en parte pícaros en parte bandidos, y en cualquier caso rebeldes en lucha sin cuartel contra los de Salò y los alemanes. El 13 de diciembre de 1943, cuando mataron a Carrera en el rastreo de Arcesaz, Sogno consiguió huir a las montañas con los hermanos Rossi y otros compañeros. En 1944, con el nombre de guerra salgariano de «Morgan», se unió a la banda Tom tras la integración de esta en las Brigadas Matteotti. El 13 de enero de 1945, con ocasión del rastreo en el Astigiano que provocó la caída de Olearo, es posible que Sogno fuera capturado antes que los otros y que, tras ser torturado, acabara confesando en qué granja de Casorzo se escondían los compañeros. Lo cierto es que Sogno y los otros dos muchachos de la banda no fueron expuestos a la picota casalesa del 14 de enero ni estuvieron entre las víctimas de la matanza del día siguiente en el polígono de tiro; cosa que contribuyó a alimentar la sospecha de que Tom había caído por un soplo de Morgan.[14]

En cualquier caso, Giuseppe Sogno siguió en manos de los alemanes. Trasladado a la cárcel de Tortona, fue fusilado al cabo de pocos días. Sin embargo, su ejecución no fue suficiente para disipar, después de la Liberación, los rumores que en el ambiente partisano de Casale hacían a Morgan responsable de la caída de Tom. Ni la muerte de Sogno bajo el plomo alemán bastó para aplacar la ira de los comunistas estalinistas contra los comunistas disidentes como Mario Acquaviva. Atacado por los sicarios el 11 de julio y trasladado al hospital del Santo Spirito, el carismático contable que había convertido a los muchachos de via Mantova a la religión

del internacionalismo trotskista solo tuvo tiempo de murmurarle a su mujer: «Fíjate de qué son capaces los centristas del partido».[15]

Reacción fulminante

La Guerra Civil italiana había sido demasiado larga y feroz para acabar de forma breve e indolora. Inevitablemente, el 25 de abril se prolongó unas semanas más, hasta los meses de mayo y junio de 1945: la primavera de libertad fue también la primavera de la caza de los criminales de guerra grandes y pequeños, y el bautismo de la Italia democrática coincidió con el ensañamiento contra la Italia fascista. No se trataba tan solo de pedir explicaciones por los veinte meses de la República Social, por los errores y horrores de un Estado fantoche sometido a los peores designios del Führer de Berlín; se trataba de pedir explicaciones por los veinte años de régimen mussoliniano, por una historia de atropellos, de violencia y de opresión, que había comenzado en la época del escuadrismo y se había prolongado hasta el 25 de julio de 1943. Esto ayuda a explicar ese plus de rabia, de odio y de brutalidad documentados por las crónicas de aquella primavera italiana, el dantesco talión infligido por los antifascistas a muchos fascistas. En la Italia de la Liberación se saboreaba tanto la venganza como se había suspirado por la justicia durante un cuarto de siglo.[16]

En el valle de Aosta, los partes de la jefatura de policía y de los carabineros hablaban a diario tanto de hombres secuestrados y desaparecidos como de cadáveres hallados en las aguas o en las orillas del Dora. «Probable homicidio», anotaba en su momento el registro general de la procuraduría del rey: desde Courmayeur hasta Pont-Saint-Martin, un centenar de fascistas fueron víctimas de ejecuciones sumarias.[17] Mayor

fortuna tuvieron los que fueron capturados por los partisanos, amontonados en el castillo Duca degli Abruzzi o en la Torre dei Balivi y entregados a los militares angloamericanos, que se encargaban de clasificarlos y enviarlos hacia el sur o a algún campo de prisioneros. Sin embargo, cuando los camiones con los fascistas prisioneros atravesaban pueblos y ciudades, sufrían en sus carnes la furia de multitudes exacerbadas. Un chiquillo de Ivrea, Tullio Aymone, lo recordaría siempre: «Era tal el recuerdo de sus crueldades y el odio compartido acumulado que los esperábamos para emprenderla a pedradas bajo la mirada benévola y complacida de la gente, incluidas nuestras madres».[18]

Sufrieron las burlas de masas enfurecidas más de un millar de fascistas del Vercellese reunidos por los garibaldinos, entre finales de abril y principios de mayo, en un campo de concentración improvisado, el estadio de Novara. Pero hubo varias decenas —unos cincuenta, tal vez sesenta— que lo pasaron peor. Sacados del estadio por partisanos de la 182.ª Brigada Garibaldi y conducidos al hospital psiquiátrico de Vercelli, el 12 y 13 de mayo fueron eliminados por diversos procedimientos, en una de las matanzas más sanguinarias de la «larga liberación».[19] «Sangre de los vencidos», tal como lo ha definido Giampaolo Pansa con una expresión clara y fundacional de una nueva vulgata: la vulgata revisionista. Una maraña de venganzas individuales o colectivas, castigos infamantes, ejecuciones sumarias, matanzas ocultas, donde no se inventa nada (al menos en la pluma de Pansa, que siente respeto por la historia), pero donde todo se asemeja, sin considerar la especificidad de los contextos que hicieron que cada episodio de la primavera de 1945 fuera distinto de otro.

También era sangre de vencido la del comandante Guido Ferro (el «centurión Fossa» de *El sistema periódico*), muerto en Verbania en mayo de 1945. Mis investigaciones apenas me han proporcionado información sobre

este personaje, al margen de su implicación directa en el episodio de la Resistencia protagonizado por Levi y la banda del Col de Joux: el rastreo del 13 de diciembre de 1943 y los interrogatorios en el cuartel Cesare Battisti de Aosta. Sé que el comandante Ferro había nacido en Castiglione Tinella, en las Langas, y que tenía cuarenta años en el momento de su muerte. Sé que los partisanos imputaban al comandante del batallón Aosta de la Fronteriza crímenes de guerra, que culminaron en los hechos de Aymavilles de julio de 1944. Sé que en 1946 el Tribunal Penal Extraordinario de Aosta tuvo que rendirse a la evidencia de que el comandante Ferro no podía sentarse en el banquillo de los acusados porque había sido fusilado.[20] Sé que fue eliminado junto con otros cinco, el 21 de mayo de 1945, en el arcén de la carretera que, saliendo de Verbania, conduce al pueblo de San Bernardino.[21]

De modo que sobre Guido Ferro sé poco más de lo que ya sabía Levi, que en un documento de 1960 lo consideró «muerto por los partisanos en 1945», y que en las páginas de *El sistema periódico* dedicó a la muerte de Fossa/Ferro uno de sus comentarios al borde de la más reflexiva ironía: «Resulta extraño, absurdo y siniestramente cómico, si se tiene en cuenta la situación de entonces, que él lleve décadas yaciendo en algún perdido cementerio de guerra, y yo esté aquí, vivo y sustancialmente indemne, escribiendo esta historia».[22] Sé que cuando el comandante Ferro fue pasado por las armas vivía en Luino, en el lago Mayor. Sé que murieron con él otros dos habitantes de Luino, el operario de las líneas telefónicas Remo Camerini y el miliciano Angelo Corti. Sé que Verbano era un mal lugar para encontrarse con fascistas después de la Liberación, porque algunas unidades de la Fronteriza habían estado rastreando los valles casi hasta la víspera del 25 de abril. «En aquellos días se fusilaba libremente —leo hoy en un relato del luinés más importante desde un punto de vista literario, Piero Chiara—;

solo se pensaba en llevar gente al paredón.» Y con palabras del antifascista Chiara intento imaginarme la muerte del fascista Ferro: «Lo pusieron con todo el grupo contra el muro de un cementerio y fue fusilado mientras, tras haber encendido un cigarrillo, arrojaba la cerilla».[23]

A diferencia de lo que creía saber Levi, Ferro no yació durante décadas en algún perdido cementerio de guerra. Sus restos fueron trasladados rápidamente de Verbano a las Langas, en medio de un vaivén de cadáveres que se convirtió en dolorosa práctica muy común en la posguerra italiana.[24] El 9 de diciembre de 1945, fechada en Castiglione Tinella, apareció entre las necrológicas de *La Stampa* la esquela de Ferro, también característica de la época, teniendo en cuenta la situación en que se encontraban las familias de los fascistas que querían decir mucho pero no podían decirlo todo. «En Unchio de Verbania el 21 de mayo de 1945 un trágico accidente truncaba la joven vida del Comandante Guido Ferro. Con inconsolable dolor os comunican la triste noticia una vez celebrados los funerales: su esposa Ortensia Alfiere; sus hijos: Gianfranco, Pierluigi, Emmisa; su padre Giovanni, su madre Luisa Ferro Picollo, sus hermanas Tina, Gemma y su marido Gino Giordanengo y la pequeña Chiara, cuñados y parientes todos.»[25] Cuántos familiares de luto y cuánto dolor en esta exigencia de disimular con un eufemismo —la muerte por «trágico accidente»— la sangre de un vencido.

También las Langas eran un mal lugar para encontrarse con fascistas inmediatamente después de la Liberación. «Tenéis que matarlos a todos, a todos», exhorta a los partisanos un personaje de Fenoglio, un viejo campesino de las Langas: «El que ese gran día no esté sucio de sangre hasta el cuello, no me vengáis a decir que es un buen patriota».[26] Como si lo hubiesen escuchado, ya la tarde del 25 de abril los partisanos libertadores de la ciudad de Asti constituyeron un tribunal popular presidido por el jefe

garibaldino Giovanni Rocca («Primo»),[27] que en unos días dictó quince sentencias de muerte, todas ellas ejecutadas.[28] En el primer lugar de la lista de los fascistas a quienes los patriotas del Astigiano consideraban criminales de guerra estaba Cesare Augusto Carnazzi, jefe provincial durante los tres últimos meses de la República de Salò. «El prefecto Carnazzi y sus sicarios tendrán todos el mismo fin», prometieron en vísperas de la insurrección.[29] Tampoco había que extrañarse por esta promesa, teniendo en cuenta el modo en que Carnazzi y su brazo derecho —«el ing. R. Redi»— habían desempeñado su función entre la última década de enero y la última de abril de 1945.[30]

En cuanto se instaló en la prefectura, y una vez confiada a Edilio Cagni la dirección de la Oficina Político Militar, Carnazzi acató las instrucciones incluso más draconianas de Paolo Zerbino, comisario extraordinario del gobierno para el Piamonte, a fin de que la actitud de las autoridades de Salò hacia el movimiento partisano se mantuviera tan intransigente como en el pasado.[31] Y desde que en febrero Zerbino sustituyó a Buffarini Guidi en la cúpula del Ministerio del Interior,[32] Carnazzi se empeñó en seguir demostrándole de qué materia estaba hecho. A principios de marzo denunció por blando incluso al Mando alemán por haber permitido que uno «de los más tristemente célebres jefes de banda rebeldes» del Astigiano, el «comunista Rocca», entablara negociaciones para el intercambio de prisioneros.[33] El 16 de marzo, a raíz de un sangriento atentado partisano contra un tren militar en las cercanías de Villanova d’Asti, impuso a los *podestà* de los siete municipios por los que pasaba la línea ferroviaria una multa de «doscientas mil liras», por «aquiescencia [*sic*] de la mayoría de las poblaciones locales» a las acciones «negadoras de la Patria».[34] Y el 15 de abril recordó a los siete *podestà* que el término para el pago de la multa ya se había «sobrepasado ampliamente»: «Responder de inmediato

confirmando realizado el abono», telegrafió el prefecto de Asti cuando todo a su alrededor estaba a punto de desplomarse.[35]

La tarde del 24 de abril, Carnazzi, junto con el comandante de las Brigadas Negras locales Zeno Ricci, se puso al frente de una columna de vehículos de fascistas que abandonaban Asti tratando de huir hacia el norte. Le acompañaba su joven esposa, así como el inseparable Cagni. Antes de abandonar la ciudad, el prefecto conminó al director provincial del Banco de Italia a que le entregara veinticinco millones de liras, dinero que Carnazzi entregó en efectivo a los jerarcas y a la soldadesca en fuga, oficiales y milicianos de la Guardia Nacional Republicana, de la legión autónoma Muti y de las diversas policías auxiliares. Por suerte para ellos, Carnazzi, Ricci, Cagni y compañía consiguieron alejarse de Asti lo suficiente para escapar de la justicia vengadora de los primeros días de libertad. La columna de vehículos fue interceptada por los partisanos el 28 de abril, entre Lomello y Vigevano.[36] Carnazzi fue conducido de nuevo a Asti y encarcelado el 4 de mayo de 1945: tuvo que responder ante la justicia no de un improvisado tribunal del pueblo, sino del Tribunal Penal Extraordinario, constituido el 4 de junio.[37] Cagni permaneció detenido en Asti hasta el 21 de junio, fecha en que fueron a buscarlo los agentes de la jefatura de policía de Turín para escoltarle hasta la cárcel de la capital.[38]

Quince días antes, el 6 de junio, la comisaría de Aosta tuvo que admitir una detallada denuncia contra Edilio Cagni, firmada por el «Dr. Bachi Guido», el fundador de la banda partisana del Col de Joux en otoño de 1943, el jefe de esta banda hasta el rastreo del 13 de diciembre: el judío turinés que, en vez de ser deportado a un Lager, fue remitido al Tribunal Especial porque había sido capturado con las armas en la mano, pero que había pasado en la cárcel de Aosta, sin ser procesado, todo el período de tiempo comprendido entre enero de 1944 y abril de 1945, y que consiguió

evadirse de la Torre dei Balivi pocos días antes de la Liberación.[39] El que más directamente había sido burlado por la infiltración del espía Cagni en el valle de Ayas, ya que él mismo le había pedido al falso teniente Redi que enviara al Col de Joux al falso subteniente Meoli, esto es, al espía Domenico De Ceglie. En resumen, el Bachi al que Cagni había engañado, pero que en una Italia ya libre veía llegada la hora de la venganza.

Guido Bachi no se calla nada en el acta de denuncia contra Edilio Cagni firmada por él en Aosta (o mejor dicho, se calla solamente una cosa, como veremos). Cuenta que un día de diciembre de 1943, como comandante de la banda de Amay, junto con el teniente Aldo Piacenza, se encontró en Brusson con los responsables de la banda de Arcesaz y que uno de estos, el teniente Franco De Furia, le presentó a tres oficiales del Ejército Real que decían haber huido de Aosta porque los buscaba la policía alemana: utilizaban los falsos nombres de Redi, Cerri y Meoli, y eran Cagni, Bianchi y De Ceglie. «Enseguida vi que el que tenía mayor influencia era Cagni», elevado de hecho a comandante de la banda de Arcesaz. En cuanto a la banda de Amay, «a petición mía», declara Bachi, «me asignaron como subalterno a De Ceglie». Unos días más tarde, cayeron las dos bandas en el rastreo del valle de Ayas y del Col de Joux, efectuado por los de Salò y los alemanes conchabados con los tres agentes provocadores.[40]

Luego, en los interrogatorios de Aosta, «el acusador más tenaz siempre fue Cagni, que a menudo amenazaba con torturas y a veces incluso las ponía en práctica», explica Bachi, denunciando con treinta años de antelación lo que Primo describirá en el *Sistema periódico*. «El señor Barbesino de Casale», por ejemplo, «tras un interrogatorio, tuvo que ser ingresado en la enfermería», y Bachi pudo constatar personalmente «los padecimientos sufridos». Además, con el apoyo del «señor Carnazzi, viceprefecto de Aosta por aquel entonces», Cagni ordenó la detención, en

Turín, de la mujer de Bachi, Adina Ghersina, acusándola de haber visitado al marido en la cárcel para pasarle informaciones de contenido político. Y, asimismo, Cagni intentó engañar, también en Turín, al abogado Camillo Reynaud, oficial de enlace entre los patriotas de Amay y los jefes piamonteses del Partido de Acción. Se presentó en su bufete de via Pietro Micca 18 «haciéndose pasar por partisano», incluso fingiendo haber sido enviado por Bachi que estaba preso, «con el fin de retirar armas y dinero» para los rebeldes que habían huido de la redada. Tan solo una envidiable entereza evitó que Reynaud cayera en la trampa.

«Por lo que sé, considero a Cagni uno de los elementos más peligrosos del fascismo republicano, inteligente y capaz, pero criminal en el peor sentido de la palabra»: esta es la frase final de la denuncia presentada por Bachi. Y no habría nada que añadir, si no fuera porque la denuncia incluía también la evocación de un episodio ocurrido en aquellos días de diciembre de 1943 cuando el falso teniente Redi comandaba la banda en el valle de Ayas y Bachi colaboraba con él como jefe de la banda del Col de Joux. «Habiendo informado de que dos elementos de mi grupo de Amay se mostraban rebeldes a la disciplina, propuse su traslado al grupo de Arcesa; pero Cagni dijo que no consideraba necesario tomar esta medida y me ofreció un revólver para que (son sus palabras) “acabara con ellos de una forma más expeditiva”. Me opuse a ese procedimiento e hice bien porque cuatro días después de la reunión se efectuó un rastreo contra los grupos de Arcesa y de Amay y me enteré “de visu” de que los susodichos tres oficiales eran espías republicanos.»

Como historiador de los partisanos, leo y releo la denuncia de Bachi, y me digo que la posguerra de una guerra civil también es esto: un *redde rationem* con que se puede imputar a los vencidos incluso lo que ha sido cometido por los vencedores. Porque de eso se trata en el acta de denuncia

del 6 de junio. El episodio evocado —nosotros lo sabemos— eran los actos de indisciplina de los dos jóvenes «gregarios» Fulvio Oppezzo y Luciano Zabaldano. Y el Bachi de la Liberación, para cargar la mano contra Cagni, denunciaba un consejo del falso teniente Redi: resolver el problema a golpe de revólver. Pero Bachi omitía el resto del episodio: el alba de nieve del 9 de diciembre de 1943, «Berto» y el método soviético, los dos muchachos fuera del refugio de Frumy y la ráfaga de metralleta Beretta. El antifascista Bachi hacía como si los expeditivos métodos sugeridos por el fascista Cagni no hubieran sido diligentemente aplicados, al menos en aquella ocasión, por los partisanos del Col de Joux.

También lleva la fecha del mismo día de la denuncia de Bachi —6 de junio de 1945— un documento completamente distinto. Una carta privada escrita desde un campo de tránsito de Katowice, en Polonia, y entregada a un portador que se dirigía a Turín: una extensa carta de Primo Levi a Bianca Guidetti Serra. La primera carta a la amiga del salvado de Auschwitz, desde que la generosidad de un obrero turinés permitiera a Levi hacer llegar noticias suyas a la «señorita Bianca» ya como interno en Monowitz, para que fuesen transmitidas a su hermana Anna Maria y a su madre Rina.[41] Una carta —la de Levi desde Katowice— que habría que citar entera, pues habla mucho de él y nos permite captarlo en tiempo real en la etapa más extensa en la odisea de su regreso del Lager, odisea convertida luego (aunque filtrada por la memoria y con ropaje literario) en la épica de *La tregua*.[42]

«Desgraciadamente, es cierto que VANDA MAESTRO ha muerto», comunicaba Primo a Bianca, con el énfasis gráfico y la sobriedad verbal propios de un tiempo en el que las informaciones sobre la vida de una persona eran demasiado urgentes para equivocarse en las grafías o desfallecer en los verbos. «LUCIANA NISSIM marchó en septiembre hacia Breslavia: es posible que se haya salvado.» En Katowice había un millar de

italianos «entre prisioneros de guerra, políticos y "rastreados", y tanto los militares rusos como los civiles polacos los trataban con amabilidad. «Aquí no se está mal», aseguraba Levi. Pero añadía: «No creáis todo lo que pude escribir desde Monowitz; el año pasado bajo las SS ha sido espantosamente duro a causa del hambre, del frío, de los golpes, del peligro constante de ser eliminado por ser ya definitivamente incapaz para el trabajo. Llevaré (espero) a Italia el número de matrícula tatuado en el brazo izquierdo; documento de infamia no para nosotros, sino para los que ahora empiezan a expiar».

Esta es la formulación originaria de lo que sería un tema fundamental en la vida y en la obra de Primo Levi, el tema del testimonio. Originaria y original, en la medida en que el Levi de Katowice establecía un vínculo corporal entre testimonio de las víctimas y expiación de los verdugos: el número de matrícula que en Auschwitz le habían tatuado en el brazo izquierdo, y que contaba con llevar a Italia sin que se hubiera borrado, ya que representaba en sí mismo un elemento de cargo, la prueba material de la culpa nazifascista. Por lo demás, de la carta de Primo a Bianca se han de citar las primeras líneas del *post scriptum*: «Te ruego además, si es que consigues escribirme, que no te olvides de ninguno de mis amigos, y que me digas todo lo que sepas de Guido Bachi y de Aldo Piacenza, que fueron procesados conmigo (a propósito, parece que Cesare Vitta, que estaba con nosotros en la montaña, se ha salvado)». Los doce meses de Auschwitz, pese a su espantosa intensidad, no habían borrado de la mente de Levi ni los tres meses de Amay, ni el mes de Aosta.

«Dos o tres que no recuerdo»

A lo largo de su activa carrera de colaboracionista, Edilio Cagni trabajó en tres provincias del Piamonte: Aosta, Turín y Asti. De modo que, tras su captura y ante la perspectiva de que fuese incriminado, se planteó ante todo el problema de la competencia territorial. En un primer momento pareció que Cagni tenía que responder —igual que su jefe, el prefecto Carnazzi— ante el Tribunal Penal Extraordinario de Asti, donde había sido detenido y hecho prisionero inicialmente. Pero el comisario de Turín libre, el dirigente accionista Giorgio Agosti, reclamaba al «criminal de guerra Cagni» por el papel que había desempeñado en abril de 1944 como testigo voluntario del proceso Perotti.[43] Y la memoria política de aquel drama, de la caída de todo el Mando Militar de la Resistencia piamontesa y del juicio farsa que había llevado en apenas unas horas a ocho imputados ante el pelotón de ejecución del Martinetto, seguía demasiado viva en Turín para que no se atendiera la petición de Agosti. Entretanto, sin embargo, también Aosta libre reclamaba al que, bajo el falso nombre de teniente Redi, se había hecho célebre, entre el otoño de 1943 y la primavera de 1944, como factótum de la policía privada del prefecto Carnazzi.[44] Tras unos meses en los que la cuestión se mantuvo en un punto muerto, las regiones valdostanas acabaron ganando: sería el Tribunal Penal Extraordinario de Aosta el que procesaría a Edilio Cagni.[45]

En el primer interrogatorio, el 25 de junio en Turín, Cagni declinó cualquier responsabilidad criminal que se le pretendiera atribuir como funcionario de Salò. Es cierto que en Aosta había estado a las órdenes del prefecto Carnazzi, pero como «encargado del correo». Nunca había participado en rastreos, ni había formado parte de las Brigadas Negras. Al proceso Perotti lo había arrastrado Carnazzi, arrastrado a su vez por Zerbino, y una vez en la sala, se había limitado a proporcionar informaciones genéricas. Tanto en Bérgamo como en Asti había sido un

simple burócrata. En realidad, Cagni no tenía nada grave que reprocharse en los veinte meses en que, como desmovilizado del Ejército Real, había estado recibiendo un sueldo («3.000 liras mensuales») de la República Social. Al contrario: «Pese a que los hechos relatados puedan presentarme como un fascista, me interesa declarar que en varias ocasiones he ayudado con falsos documentos y armas a jefes partisanos».[46] El 25 de junio, Cagni se aprovechó de que la acusación todavía no estaba definida para presentarse como un pequeño pez del colaboracionismo, que había acabado casi por error en las redes de los pescadores antifascistas.

Ya en el siguiente interrogatorio, el 13 de julio en las Carceri Nuove, los interrogadores disponían de más elementos de cargo contra Cagni. Habían recibido la denuncia presentada por Guido Bachi en Aosta el 6 de junio. Además, la semana antes, en los locales de la comisaría de Turín, se había procedido a realizar un reconocimiento formal del sospechoso, identificado personalmente por Bachi como el agente provocador que, conchabado con los otros dos espías, Alberto Bianchi y Domenico De Ceglie, había provocado el rastreo del 13 de diciembre de 1943 en el valle de Ayas y en el Col de Joux. En cambio, los interrogadores turineses no conocían los informes que el falso teniente Redi y los falsos subtenientes Cerri y Meoli habían dirigido a Carnazzi al concluir la empresa, ni las actas de los interrogatorios de los rebeldes capturados, ni el informe de Redi sobre el rastreo en el Canavese los primeros días de marzo de 1944: no disponían de los documentos que durante los meses siguientes —en la prosecución de la instrucción— pondrían claramente en evidencia la responsabilidad de Cagni, Bianchi y De Ceglie como colaboracionistas celosos en extremo. Por eso, el 13 de julio Cagni todavía pudo dar una versión totalmente personal, maravillosamente *naïve*, de su infiltración como espía en el valle de Ayas.

En diciembre de 1943, tras decidir la Platzkommandantur de Aosta

rastrear la zona de Brusson, al prefecto Carnazzi le preocupaba que pudiera verse afectada «también pacífica población», y por eso envió a Cagni al valle de Ayas: únicamente para «reconocer las zonas controladas por los partisanos». En el bar de Verrès, cuando una camarera le presentó algunos rebeldes, «muy a su pesar» Cagni se resignó a seguirlos hacia Brusson. Y una vez allí, no hizo nada que le hiciera destacar ante los responsables de la banda de los casaleses. «Una vez en Arcesa, permanecí en una esquina secándome la lluvia»: «Francamente, ni siquiera hoy puedo reconstruir los hechos que me llevaron a ser nombrado jefe de la formación partisana, teniendo en cuenta que no era de los suyos y hacía dos días que había llegado». Después, y a petición de un «tal Bachi», decidió enviar a un joven que entretanto había llegado de Aosta —De Ceglie— «a Amay, donde tenía vagas noticias de que existía un pequeño núcleo de partisanos». Advertido por un campesino del inminente rastreo, Cagni decidió «distribuir armas a todos los hombres. Los nazifascistas vencieron, pero «no hubo prisioneros partisanos», porque Carnazzi y él mismo disuadieron a los alemanes de proseguir la acción. Al regresar a Aosta, «en el camión, detenido», Cagni vio a unas cuantas personas más o menos inofensivas: «Por supuesto, De Furia y su mujer, también Carretto y otros dos o tres que no recuerdo».[47]

¡Como si bastara en la Italia de la Liberación una buena labia y algún estratégico «no me acuerdo» para escapar de la rendición de cuentas! El mismo día, 13 de julio de 1945, que en la cárcel de preventivos de Turín Edilio Cagni consignaba en el acta su fantástico relato de colaboracionista reluctante, en la oficina política de la comisaría Guido Bachi sugirió a los interrogadores quiénes podían haber sido los dos o tres prisioneros que Cagni había visto conducir, el 13 de diciembre de 1943, desde Brusson hasta el fondo del valle, pero cuya identidad no recordaba. Después de la redada en el Col de Joux, la banda partisana de Amay denunció la captura,

además del propio Bachi y del teniente Aldo Piacenza remitidos al Tribunal Especial, de tres de sus miembros que «fueron deportados a Alemania». El judío Bachi prefirió no precisar que eran tres judíos, y que habían sido condenados a la deportación por su condición de tales: «El Dr. Levi Primo (actualmente en camino de regreso de Alemania); la Dra. Nissim y la Dra. Maestro Vanda (esta última muerta tras haber sido deportada a Alemania)» le debieron de parecer merecedores de justicia como antifascistas italianos antes que como víctimas judías.[48]

La mañana de aquel 13 de julio, los lectores de un semanario antifascista de Casale —*La Voce del Monferrato*— recibieron buenas noticias sobre el «nefasto nombre de Cagni», funesto para los casaleses desde que el 8 de septiembre provocó la caída de los rebeldes que se habían echado al monte en el valle de Ayas. Finalmente, la campana de la justicia partisana sonaba también para él, «uno de los más siniestros canallas de la policía republicana». Arrestado y preso, Cagni estaba a la espera de comparecer ante un tribunal penal extraordinario para responder de sus muchos crímenes.[49] Como las torturas en los interrogatorios en Aosta denunciadas al cabo de unos días, el 18 de julio, por Giuseppe Barbesino, entonces jefe de estación de Villabella y ahora alcalde de Giarole Monferrato.[50] Como la traición por la que, según una denuncia del casalés Edoardo De Vasi, al propiciar Cagni la redada de Arcesaz, causó la muerte de Giuseppe Carrera: «primer caído del grupo que, sorprendido aislado en la hostería, disparó hasta el último proyectil contra sus agresores».[51]

Las denuncias recogidas contra Cesare Augusto Carnazzi no tenían ni la gravedad ni el rencor de las denuncias recogidas contra Cagni. Es cierto que, como prefecto de Salò en Aosta, entre el otoño de 1943 y la primavera de 1944, Carnazzi se había mostrado «más bien rígido con los judíos»: así se expresaba eufemísticamente Vittorio Labbro, comisario de la ciudad en

aquella época.[52] El rastreo de Arcesaz no se hubiera podido llevar a cabo sin el impulso decisivo de Carnazzi, al que además alguien afirmaba haber visto en el valle de Ayas el 13 de diciembre.[53] Pero algunas personalidades notables del antifascismo y de la Resistencia piamontesa como Aurelio Peccei, directivo de la Fiat, y Renato Corrado, juez de Aosta, expresaron opiniones sobre Carnazzi relativamente indulgentes. Detenido (y torturado) en otoño de 1944 por los fascistas en el cuartel Lamarmora de via Asti, en Turín, Peccei había podido comprobar los modales «amables» de Carnazzi, que tal vez no había sido ajeno a su liberación.[54] Por su parte, Corrado, también prisionero de los fascistas en otoño de 1944 en el cuartel Battisti de Aosta, definía a Carnazzi como un funcionario «violento» e «impulsivo» más que «malvado»: era un poco el esclavo de sus consejeros», Cagni, Bianchi y De Ceglie.[55]

El 31 de julio de 1945, respondiendo por carta a una petición del fiscal del Reino ante el Tribunal Penal Extraordinario de Asti, Guido Bachi también se expresó sobre Carnazzi. Explicó que el 13 de diciembre de 1943, tras haber sido capturado en el Col de Joux, al descender hacia el fondo del valle, reconoció al prefecto de Aosta entre las autoridades de Salò implicadas en la redada. Y recordó que aquella redada tuvo como consecuencia —además de la entrega de algunos rebeldes al Tribunal Especial— la deportación «a Alemania» de otros. «Entre los deportados estaba también, por su condición de judía, la Dra. Maestro Vanda, que desgraciadamente fue asesinada en la cámara de gas de un campo de concentración.»[56] A diferencia de lo que manifestó en su denuncia del 13 de julio contra Cagni, en la carta sobre Carnazzi el judío Bachi decidió destacar el carácter racial más que político del martirio de Vanda Maestro.

Al principio se mantenía la esperanza para las dos. En los primeros días tras la Liberación, antes de que llegase a Turín desde Katowice una carta como la que escribió el 6 de junio Primo Levi y que llegó a manos de Bianca Guidetti Serra, existía la esperanza de que se hubiesen salvado las dos, tanto Luciana Nissim como Vanda Maestro. «Las seguimos esperando», se leía el 3 de mayo de 1945 en *La Nuova Realtà*, órgano del movimiento femenino de Giustizia e Libertà. Pese a la difusión de las noticias sobre las atrocidades cometidas por los alemanes en los Lager, las compañeras de Turín no habían perdido la esperanza de que las dos jóvenes —los dos primeros enlaces de GL detenidas durante la Resistencia—, regresaran de Polonia y vivieran también ellas la euforia italiana de la Liberación, «en estos días de radiante felicidad». «Luciana y Vanda: os seguimos esperando.»[57]

Luciana Nissim consiguió efectivamente volver. Médico prisionero en la enfermería de Birkenau hasta agosto de 1944, aprovechó una oportunidad casi increíble para salir de Auschwitz e ir a un campo de trabajo en Alemania: Hessisch Lichtenau, uno de los numerosos campos subalternos de Buchenwald. En noviembre de 1944 pudo enviar noticias suyas a Franco Momigliano, gracias a la ayuda de un obrero italiano emigrado y a través de la habitual mediación turinesa de Bianca Guidetti Serra. Después del mes de abril de 1945, cuando los americanos fueron liberando Hessen, Turingia y la parte más occidental de Sajonia, Nissim siguió a los libertadores hacia el este y trabajó como médico en un campo de refugiados cerca de Leipzig. Al restablecerse los servicios ferroviarios en una Alemania devastada por la guerra, se fue acercando progresivamente a Italia. Y el 20 de julio de 1945 salió de Constanza y llegó a Biella, llegó a casa. Allí pudo abrazar a sus

hermanas y a sus padres, que a su vez se habían salvado de la Solución Final: en primer lugar, en el valle de Ayas en el invierno de 1943-1944, gracias a la protección del párroco de Challand-Saint-Anselme, y luego emigrando a Suiza gracias a una organización católica de asistencia a los judíos perseguidos.[58]

En vano esperaron a Vanda Maestro las compañeras «giellistas» de Turín: no consiguió regresar. «Vanda fue enviada a la cámara de gas —escribiría Primo Levi en *La tregua*—[59] plenamente consciente, a finales de octubre»: octubre de 1944, cuando Luciana Nissim ya se había marchado de Auschwitz y la que estuvo junto a Vanda en los últimos tiempos antes de la selección fue otra prisionera italiana, la triestina Bianca Morpurgo, médico en la enfermería de Birkenau.[60] Tampoco regresó Franco Tedeschi, amigo turinés de Levi y novio de su hermana, Anna Maria Levi. Había sido detenido en Luino en febrero de 1944 mientras trataba de huir clandestinamente a Suiza. Deportado a Auschwitz, sobrevivió lo suficiente para ser trasladado a Mauthausen, donde murió en marzo de 1945.[61] En cuanto a Franco Sacerdoti, el judío napolitano que Levi, Maestro y Nissim habían conocido en Fossoli y con el que Luciana tuvo una relación en vísperas de ser deportados, desapareció en la «marcha de la muerte» que siguió a la orden alemana de evacuación de Auschwitz, el 18 de enero de 1945.[62]

Tanto en Italia como en otros países de Europa que habían sido ocupados por los ejércitos del Tercer Reich, las primeras semanas, los primeros meses después de la Liberación fueron tiempos de búsqueda afanosa de noticias sobre el destino de algunas víctimas de la Solución Final. Y fueron tiempos de circulación involuntaria de falsas noticias. De Sacerdoti, por ejemplo, se pudo creer que había sido ingresado en Bolzano en el camino de regreso; a menos que se dedujera de su prolongado silencio la verdad de las cosas,

aunque los detalles no se descubrieron hasta pasados años o incluso décadas.[63] En cuanto a Cesare Vitta, el obrero turinés de la Riv que el 13 de diciembre de 1943 consiguió huir de Amay sin caer en la redada de la Guardia de Fronteras, al principio también se pudo creer que había sobrevivido tanto a la deportación a Auschwitz como a la evacuación forzada del campo de exterminio. «Parece que Cesare Vitta, que estaba con nosotros en la montaña, se ha salvado», escribió Primo Levi a Bianca Guidetti Serra en la carta desde Katowice. Y como fue «visto el 18 de enero de 1945 durante la evacuación y luego a salvo en Katowice» Vitta fue incluido en las primeras búsquedas sistemáticas de deportados judíos llevadas a cabo por un infatigable coronel jubilado, Massimo Adolfo Vitale.[64]

Fueron pocos los internos implicados en la evacuación forzada de Auschwitz que consiguieron realmente llegar a Katowice.[65] De hecho, entre los datos reunidos por Vitale, la ficha referida a Cesare Vitta lleva una segunda anotación, posterior a la primera: «Muerto tras la lib.[eración]». Exactamente dónde y cuándo, no lo sabemos aún hoy, pero así ocurrió con casi todas las víctimas de la marcha de la muerte. El 15 de julio de 2012 busqué en el listín telefónico de Turín el número de la hija, Carla Vitta, que en 1945 era una niña de once años. Encontré el número, lo marqué, me presenté, pedí excusas por la intrusión, me permití preguntarle a la señora que estaba al otro lado del hilo telefónico qué podía decirme sobre la muerte de su padre. Carla Vitta me explicó todo lo que había sabido por su madre, pero era muy poco. «Estaban llegando a Auschwitz los libertadores, los americanos o no sé quiénes eran… Entonces los alemanes hicieron caminar a los prisioneros, y luego los fusilaron, a mi padre también. A mi madre se lo dijo uno de aquellos desgraciados, pero más afortunado que los otros, uno de aquí, de Turín, que se hizo pasar por muerto, pero se salvó.»

Los judíos deportados de Turín y su provincia fueron 246, de los cuales sobrevivieron 21.[66] Aunque las cifras exactas no se conocían en 1945, al ir pasando los meses posteriores a la Liberación, al menos se reveló con cierta claridad la magnitud de lo ocurrido, el coste humano de la Solución Final para los judíos de Italia y de toda Europa. Y en las columnas de *La Stampa* se fue sucediendo hasta 1946 e incluso 1947 —a través de esquelas más o menos puntuales, según fueran llegando o no noticias creíbles— una letanía de necrológicas que acabó familiarizando a los lectores con aquel topónimo alemán de difícil ortografía: Auschwitz. Segre, Luzzati, Norzi, Levi, Foa, Vitale, Diena… unas antes y otras después, las familias judías turinesas tuvieron que resignarse a anunciar en *La Stampa*, enmarcado en negro, el nombre de algún pariente que había pasado por los hornos crematorios de Birkenau.

El 14 y el 18 de octubre de 1945, *La Stampa* publicó también —en primera página y en dos entregas— el reportaje más completo que un periódico italiano había dedicado a Auschwitz en la inmediata posguerra.[67] Lo firmaba un cronista del diario turinés con una larga trayectoria profesional, Antonio Antonucci, que basaba su relato en el memorial de un judío triestino afortunado superviviente, el abogado Bruno Piazza.[68] El libro de Piazza no salió (póstumo) hasta 1956,[69] pero los lectores de *La Stampa* descubrieron lo esencial ya en octubre de 1945, en concreto gracias al segundo artículo de Antonucci. Artículo tal vez demasiado periodístico en el título, «Sala de espera del horno crematorio», pero relativamente preciso en el contenido, en la elaborada descripción de Birkenau, de los barracones, de la enfermería, de las selecciones, de las cámaras de gas, además de representativo de una época en que los experimentos científicos realizados en Auschwitz con gemelos podían ser atribuidos aún al «doctor

Mengherle», y las marchas de la muerte al furor de la «Vermacht en retirada».[70]

Tres años después, en 1948, Antonucci firmó en *La Stampa* un piadoso reportaje sobre Mauthausen, y es posible que otros artículos de la misma índole le hicieran merecedor, aquel mismo año 1948, del premio de periodismo Saint-Vincent. Pero precisamente el currículum de Antonucci en *La Stampa* ilustra hasta qué punto la situación era delicada, en el momento en que la Italia de la posguerra tenía que enfrentarse con el antisemitismo como uno de los elementos del fascismo: el vencedor del primer premio Saint-Vincent no puede decirse que fuera un viejo amigo de los judíos. Cantor infatigable del Duce y del Imperio, en el verano de 1938 Antonucci había acogido con entusiasmo la legislación antijudía. Y había decidido denunciar la avidez de la «otra raza» en la ciudad italiana con mayor densidad semítica: la Trieste de las Assicurazioni Generali y de familias judías notoriamente codiciosas, «Los Levi, los Vivanti, los Coen, los Morpurgo, los Curiel, los Luzzato, los Levinson, los Jacob, los Parente, los Minervi, los Finzi», maestros en el arte del «espíritu especulativo, claramente dominante sobre el intrépido».[71] Ni más ni menos que otros periodistas del régimen, Antonucci había sembrado semillas de rencor que serían recogidas después del 8 de septiembre por los republicanos de Salò.

El artículo de *La Stampa* sobre Auschwitz todavía olía a tinta el viernes 19 de octubre de 1945 cuando Primo Levi puso el pie en Turín concluyendo así su feliz retorno de Polonia. Bajó del tren con quien había compartido con él todo el periplo ferroviario, desde Katowice a casa a través de Bielorrusia, Ucrania, Rumanía, Hungría, Checoslovaquia, Austria y Alemania: Leonardo De Benedetti, médico judío turinés que por edad podría haber sido el padre de Levi, y que durante el viaje de regreso —después de que Primo perdiera para siempre a Alberto Dalla Volta, su

inseparable compañero de Monowitz engullido por la marcha de la muerte —[72] entabló una estrecha relación con Levi como si fuera el hijo que nunca había tenido.[73] De Benedetti había sido deportado a Auschwitz desde Fossoli en el mismo convoy que Levi, junto con su mujer Jolanda. Separado de ella en la *Judenrampe* el 26 de febrero de 1944, el 19 de octubre de 1945 ignoraba todavía que Jolanda había sido gaseada el mismo día de su llegada: al regresar a Turín veintidós meses después, aunque sin creerlo en realidad, confiaba en que la mujer se hubiese salvado milagrosamente. Levi, por su parte, ignoraba aún cuál había sido el destino de su madre Rina y de su hermana Anna Maria.

Los biógrafos de Levi han reproducido con todo lujo de detalles la escena de la llegada a casa. El turbador encuentro entre las dos mujeres que habían huido de Amay el 1 de diciembre de 1943 y se habían salvado de la persecución escondiéndose en el llano, entre Ivrea y Turín —Anna Maria incluso había contribuido a la lucha partisana efectuando labores de correo —, y el hombre al que el rastreo del 13 de diciembre había impedido luchar en la Resistencia, y que junto con otras dos mujeres —«no teniendo a nadie más a su cargo»— había tocado en Auschwitz el fondo de la Solución Final. Rina y Anna Maria no habían sabido nada de Primo desde el mes de julio anterior, es decir, desde que llegó a sus manos la carta que el 6 de junio Levi dirigió desde Katowice a Bianca Guidetti Serra. Los tres meses transcurridos sin noticias fueron tiempo suficiente para que la madre y la hermana desesperaran. Y de repente allí estaba Primo, en el portal del apartamento de corso Re Umberto 75, vivo, increíblemente vivo.[74]

¿Cuál era el perfil físico y moral del hombre de veintiséis años que llegó a Turín el 19 de octubre? Para responder a esta pregunta podemos servirnos —más que de documentos o testimonios posteriores— del *post scriptum* de la carta escrita desde Katowice. Porque tras haber pedido noticias de Guido

Bachi y de Aldo Piacenza y haber dado noticias (inexactas) de Cesare Vitta, Levi proporcionaba de sí mismo, del salvado de Auschwitz, un autorretrato quizá embellecido para tranquilidad de los familiares, pero en cualquier caso memorable: «Estoy sano y salvo, más gordo que cuando estaba en casa, pero todavía un poco débil. Voy vestido como un trapajoso, es posible que llegue a casa descalzo, pero en cambio he aprendido alemán, un poco de ruso y de polaco, y además a apañármelas en muchas circunstancias, a no desanimarme y a soportar los sufrimientos morales y corporales. Vuelvo a llevar barba para ahorrarme el barbero; sé hacer sopa de col y de nabos, y guisar patatas de mil maneras, todas sin condimentos. Sé montar, encender y limpiar las estufas. He trabajado en una cantidad de oficios increíble: ayudante de albañil, peón, barrendero, mozo de cuerda, sepulturero, intérprete, ciclista, sastre, ladrón, enfermero, perista, picapedrero, ¡hasta químico!».[75]

Un fascismo con rostro humano

A veces, la contemporaneidad de los presentes se carga de moralidad —hace justicia— como si la historia fuese literatura. Así ocurrió aquel 19 de octubre de 1945, entre la ciudad de Turín y la ciudad de Asti. En Turín, en corso Re Umberto, el regreso de Primo Levi del viaje al fondo, los abrazos con los familiares y amigos, el judío salvado. En Asti, ante el Tribunal Penal Extraordinario, la apertura del proceso contra Cesare Augusto Carnazzi, el representante de Salò en el banquillo de los acusados, el antisemita juzgado.

No es que el ex prefecto de Aosta y de Asti reconociese el fundamento de las acusaciones de colaboracionismo dirigidas contra él. Interrogado por el

fiscal poco antes del proceso, Carnazzi negó cualquier culpa. En las dos provincias de las que había sido responsable bajo la República Social se había «ocupado únicamente de la gestión administrativa». Nunca había tenido bajo sus órdenes una brigada política, nunca había participado en rastreos, nunca había tenido conocimiento de torturas infligidas a los detenidos. El 13 de diciembre de 1943 estaba efectivamente en el valle de Ayas durante la operación policial en la zona de Brusson, pero llegó cuando la operación estaba concluida para evitar «cualquier represalia posterior». En febrero de 1944, cuando el Duce en persona quiso crear el cuerpo de Mosqueteros de los Alpes, se opuso «por todos los medios» a que el cuerpo adoptase un «carácter político y antipartisano». En el invierno de 1944-1945, en el Comisariado Extraordinario del Gobierno para el Piamonte, nunca desempeñó «funciones de policía activa». Y en los meses siguientes, como prefecto en Asti, nunca participó en operaciones de rastreo.[76]

Lástima que los documentos reunidos durante la fase de instrucción desmintieran a Carnazzi, dando fe de sus prolongadas relaciones con el trío Cagni-Bianchi-De Ceglie, de su implicación ideológica en los Mosqueteros de los Alpes y, en general, de su indefectible colaboración con el ocupante alemán. Por otra parte, en aquellos mismos documentos los interrogadores encontraban muy pocas pruebas (o ninguna) de crímenes de guerra directamente imputables a Carnazzi. En este sentido, el abogado de Bérgamo de treinta y un años constituía un estereotipo de alto funcionario de Salò sometido a la justicia extraordinaria en la Italia de la Liberación: demasiado culpable para quedar impune, demasiado poco culpable para ser llevado al paredón. Durante el proceso, a la defensa del acusado le resultó difícil negar el carácter eminentemente político-militar de la labor de Carnazzi como prefecto de la República Social. Pero a la acusación también le resultó difícil demostrar de forma convincente que los delitos más graves

de los que se podía acusar a Carnazzi según el código penal militar de guerra —ayuda al enemigo e inteligencia con el enemigo, castigados ambos con pena de fusilamiento— podían imputarse más al prefecto de Aosta y de Asti que a cualquier otro prefecto que hubiese estado al servicio de la República de Salò durante los veinte meses de la ocupación.

Justicia expeditiva la de los tribunales penales extraordinarios, por encargo explícito del decreto ley del 22 de abril que regulaba su funcionamiento previendo una «instrucción sumaria» y un «juicio sumarísimo».[77] El proceso de Asti contra Carnazzi se hizo aplicando esas disposiciones, al menos en la fase de juicio: se abrió a las nueve de la mañana del 19 de octubre y concluyó con una sentencia la tarde del día siguiente. Además del tiempo reducido, la justicia de los tribunales extraordinarios pretendía ser más sustancial que formal, y más aflictiva que redentora.[78] La fase de instrucción, confiada a jueces profesionales, conservaba las reglas propias de la justicia ordinaria; pero la fase del juicio estaba sometida a presiones políticas, y estaba previsto que los jurados populares procedieran de listas preparadas a tal efecto por los comités de liberación nacional de las respectivas provincias. En la práctica, la magistratura ordinaria tenía el control del procedimiento, porque además la presidencia del jurado le correspondía a un magistrado de carrera; pero el frente formado por los miembros del Comité de Liberación Nacional —además de representar casi siempre al ministerio fiscal— tenía el control del juicio, ya que cuatro de los cinco jueces procedían de una forma más o menos directa de la Resistencia.[79]

Cuando el presidente del Tribunal Penal Extraordinario de Asti interrogó a Carnazzi sobre las actuaciones colaboracionistas que se le imputaban, el acusado mantuvo la línea de defensa de la fase de instrucción, que consistía en negar todos los cargos. ¿Los tres agentes provocadores enviados al valle

de Ayas para desmantelar la banda de Casale Monferrato y propiciar el rastreo del 13 de diciembre de 1943? Respondían ante el Mando alemán, «y yo lo eludía». ¿Los jefes de las bandas de Arcesaz y de Amay entregados al Tribunal Especial? «Se hizo únicamente para evitar que los alemanes los deportaran o los fusilaran.» ¿El rastreo en el alto Canavese de principios de marzo de 1944? Una operación de mera apariencia, para aplacar a los fascistas extremistas del valle de Aosta que ante las autoridades de Salò calificaban a Carnazzi de «blando» (por eso, una vez acabada la operación, «encargué al jefe de la oficina de prensa de la prefectura que hiciera un informe hinchado»). ¿La asunción de la prefectura de Asti en los meses de 1945 anteriores a la insurrección nacional? «Tenía la presunción, manteniéndome en aquel puesto, de hacer una labor de italianidad y creo que lo conseguí.»

El lector que haya seguido hasta aquí la historia de los partisanos sabe cuánto había de engañoso en las afirmaciones de Carnazzi, y ha de dominar un gesto de desdén al constatar que un alto funcionario de Salò, puesto frente a sus responsabilidades políticas, militares y morales, no tuviera el pudor de asumir ni una. Por otra parte, también es cierto que estaba en juego la vida de un hombre de poco más de treinta años, confiada a un jurado popular que, pese a haber jurado actuar «con rectitud e imparcialidad», procedía de los ambientes de la Resistencia. Podía, por tanto, sentir la tentación de deliberar como parte interesada, y no garantizar la imparcialidad del juicio. Tal vez también por esa razón, Carnazzi decidió utilizar como línea de defensa la negación a ultranza. Y eso aun antes de que sus abogados, al recurrir contra la sentencia en primer grado, movilizaran toda la artillería legalista que a partir del verano de 1945 permitió que a muchos fascistas condenados por colaboracionistas se les rebajara la condena durante la revisión del juicio.

Pero más que con la habilidad de sus abogados, Carnazzi pudo contar con la imagen positiva que se dio de él en los interrogatorios de los testigos. Durante los dos días de la vista oral, en Asti, fueron raros los testigos que describieron al ex prefecto de Salò como una persona decidida a combatir a los rebeldes por todos los medios, y los pocos que lo hicieron no aportaron indicios probatorios de sus actos criminales. Un joven partisano de Verrès, Giovanni Vinzio, afirmó haber visto a Carnazzi con otros jerarcas al frente de la columna que el 13 de diciembre de 1943 rastreó el valle de Ayas: «El Prefecto llevaba un anorak blanco, de alpino, con botas altas» («Iba vestido de civil, con sombrero negro, e iba solo y no con los otros jerarcas», resonó inmediatamente la réplica del imputado).[80] El conductor de los bomberos de Aosta, Giuseppe Borghesio, declaró que había llevado a Carnazzi hasta las puertas de Arcesaz el día de la redada, «a cien metros del lugar donde se produjeron los incendios», pero tuvo que admitir que llegaron cuando todo había terminado.[81] Ni siquiera el testimonio aportado por Guido Bachi, entonces jefe de la banda de Amay, fue suficiente para proyectar sombras sobre Carnazzi. Durante el interrogatorio al que fue sometido en Aosta después de la captura, el prefecto «se demostró incapaz de interrogar», declaró Bachi en la sala, testimonio que debió de sonar —a los oídos de los jurados del tribunal— como una prueba de descargo más que de cargo.[82]

El magistrado y ex partisano Renato Corrado, el sobreguarda de la cárcel de Aosta Bonfiglio Rosi y el fiscal del Reino ante el tribunal de Asti Alessandro Cassina fueron otros testimonios que dibujaron un retrato benévolo del acusado. El prefecto Carnazzi se había dejado manipular por los «elementos sanguinarios y peligrosos que le presionaban»: en Aosta, el trío compuesto por Cagni, Bianchi y De Ceglie; en Asti, solamente Edilio Cagni.[83] Y si en los sótanos de la prefectura valdostana, algunos interrogatorios habían sido tan duros que el interrogado había salido

«malparado», nunca se habían realizado en presencia de Carnazzi.[84] El cual, por añadidura, tras la promulgación de la orden policial n.º 5 —la orden de detención de los judíos italianos o extranjeros que estuvieran en el territorio de la República Social— casi puede decirse que se preocupó por los judíos detenidos en la provincia de Aosta. «Dispuso que especialmente los judíos, aunque también otros detenidos, fueran alojados en hoteles y no en la cárcel», explicó el ex comisario Vittorio Labbro.[85] «Fueron instalados en el Albergo Corona», confirmó el sobreguarda de la Torre dei Balivi.[86]

Un testimonio que podía impresionar a los jueces populares fue el de Guido Usseglio, un brillante médico de la provincia de Turín —jefe de departamento en el hospital Molinette— que a los cuarenta años se había hecho célebre en la lucha de la Resistencia, primero como militante clandestino en la ciudad y luego como jefe partisano en el valle Sangone. Como comandante de la División «Campana» de Giustizia e Libertà, en los días de la insurrección Usseglio condujo a sus hombres hasta el centro de Turín y liberó la Casa Littoria de via Carlo Alberto, rebautizándola con el nombre de «Palacio Campana».[87] Seis meses más tarde, en el proceso de Asti contra Cesare Augusto Carnazzi, Usseglio explicó que en otoño de 1944 los nazifascistas capturaron por error a su hermano Sebastiano, topógrafo en Giaveno, convencidos de que lo habían detenido a él. Entonces Usseglio se atrevió a descender a la ciudad desde los montes y a presentarse en el palazzo Cisterna, sede del Comisariado del Gobierno para el Piamonte, para explicarle a Carnazzi la confusión de personas y ofrecerse como prisionero en vez de su hermano.

«Me presenté ante él en Turín: me pareció una persona abierta, leal y buena, e inmediatamente tuve la sensación de que podía fiarme de él». El 20 de octubre de 1945, en la sala del Tribunal Extraordinario de Asti, el testimonio del profesor Usseglio acerca del prefecto Carnazzi resonó como

una prueba de que la justicia resistencial no tenía por qué coincidir con la venganza partisana. Al contrario, los vencedores de la Guerra Civil podían entregar a los vencidos —si es que lo merecían— un carnet de humanidad. Incluso podían expedirles un carnet de dignidad, reconociendo que había algo noble en la decisión de fascistas como Carnazzi de luchar hasta el último momento en el bando del aliado alemán: «En aquella larga conversación me dijo entre otras cosas que éramos enemigos, sí, pero italianos, y a mi oferta de reunirse con nosotros en la montaña, me contestó que no podía, porque había dado una palabra. […] Me dijo también "Nos degollamos mutuamente, sirviendo a dos amos, ¿por qué no podemos acabar con esto?" […] Poco después mi hermano fue liberado».[88]

Tras escuchar el relato de Usseglio, el jurado popular no debió de sorprenderse cuando el presidente del tribunal dio lectura a otras declaraciones de descargo presentadas por la defensa de Carnazzi, incluidas las de tres prelados: los obispos de Aosta, de Asti y de Ivrea. Honestidad y rectitud es lo que monseñor Paolo Rostagno, obispo de Ivrea, había percibido en Carnazzi en la época en que este gobernaba la provincia de Aosta: el joven prefecto no pretendía un apoyo declarado de los párrocos a la República Social, lo único que pedía era que mantuvieran a la gente en calma para evitar el peligro de represalias alemanas.[89] Muy parecidos fueron los testimonios de los otros dos obispos, en aquel octubre de 1945 en que se elevó a los tribunales penales extraordinarios una solicitud explícita de clemencia para los republicanos de Salò desde el centro mismo del poder vaticano: de parte del nuncio apostólico Francesco Borgoncini Duca, por encargo del papa Pío XII.[90]

¿De la Resistencia a la clemencia? Prescindiendo de las recomendaciones de las jerarquías católicas, el otoño de 1945 marcó efectivamente un cambio de clima en la Italia de la posguerra. No se debió solo a la alternancia en el

vértice del gobierno del accionista Parri y el democristiano De Gasperi, sino a que había amainado el «viento del norte», y con ello el furor popular que incitó a los tribunales de justicia —tribunales del pueblo, tribunales militares, tribunales penales extraordinarios— a mostrarse despiadados en las semanas inmediatamente posteriores al 25 de abril. No es que cesara por completo la rendición de cuentas judicial; en todo el norte de Italia, los tribunales extraordinarios prolongaron su funcionamiento seis meses más de lo inicialmente previsto, y en todas partes siguieron dictando sentencias incluso severas contra los colaboracionistas. Pero con el paso del tiempo, el poder técnico de los magistrados tendió a prevalecer sobre el poder político de los jurados, y la legalidad tradicional empezó a imponerse sobre la legalidad revolucionaria.[91]

En Asti, la tarde del 20 de octubre de 1945, Cesare Augusto Carnazzi solo pudo aprovecharse parcialmente de este cambio de clima. En su arenga final, el fiscal pidió la pena de muerte para el acusado. En la sentencia, el Tribunal Extraordinario declaró a Carnazzi culpable de haber apoyado a la «pseudo rsi» con el «celo de un fanático», y le consideró además culpable de las «más graves responsabilidades» por las que, según el decreto del 22 de abril, se aplicaban al acusado los artículos 51 y 54 del código militar penal de guerra, es decir, la pena capital de fusilamiento por la espalda.[92] Como prefecto de Aosta, Carnazzi había favorecido manifiestamente las operaciones militares del «alemán invasor», en especial a través de la dirección de un «departamento de policía cuya labor específica era el espionaje» y a través de la institución del cuerpo voluntario de los Mosqueteros de los Alpes, y organizando además un «número no precisado» de rastreos como los que tuvieron lugar en el valle de Ayas en diciembre de 1943 y en el Canavese a principios de marzo de 1944. Como prefecto de Asti, Carnazzi acordó con el Mando alemán «todas las acciones

de represalia» contra las fuerzas partisanas, «con la colaboración del tristemente célebre Redi (o sea, Cagni) que le había acompañado desde Aosta y desde Turín».[93]

Pese a la evidencia de la culpabilidad de Carnazzi, que no fue desmentida por ninguna «prueba seria» aportada por los abogados defensores, el tribunal quiso no obstante otorgar al acusado el beneficio de las atenuantes generales: por haber mostrado «algún mínimo signo de arrepentimiento», sobre todo en los últimos tiempos, «atenuando la dureza de los castigos contra los libertadores que avanzaban» («sin tener, por otra parte, el valor cívico y moral de unirse a ellos en la labor de salvación de la Nación»). Como se puede ver, la jerga de la sentencia de Asti reflejaba el carácter todavía abiertamente político más que fríamente jurídico de la lógica adoptada por los jueces populares. En cualquier caso, gracias a la concesión de atenuantes generales, el tribunal redujo las dos penas capitales aplicables a Carnazzi a las de veinticuatro años de prisión por cada uno de los delitos, y las acumuló en una única condena de cadena perpetua.[94]

Ladislao Gerber

Ya la misma tarde del 20 de octubre de 1945, los abogados de Cesare Augusto Carnazzi presentaron en el registro del Tribunal Penal Extraordinario de Asti un recurso contra la condena.[95] El proceso judicial contra el ex prefecto de la República de Salò iniciaba así el mismo procedimiento que, en la Italia de la depuración (o de la falta de depuración), seguían casi todos los procesos contra los colaboracionistas. Las defensas impugnaban las sentencias en primera instancia por vicios de forma y de contenido, y en la mayor parte de los casos el Tribunal de

Casación les daba la razón: o bien porque muchas sentencias eran realmente defectuosas desde el punto de vista técnico, o bien porque al amainar el viento del norte —al debilitarse el impulso revolucionario de la Resistencia— se atenuaba la presión de la opinión pública, e incluso se moderaba en las víctimas la necesidad (o la esperanza) de justicia.

Leer el recurso de Carnazzi es una experiencia instructiva. Equivale a irrumpir en el mundo a la vez lúcido y turbio —jurídicamente lúcido, ideológicamente turbio— del derecho posfascista. Aferrándose a los vicios de forma de la sentencia de primera instancia, los letrados del abogado de Bérgamo no hicieron más que defender el derecho de su asistido a tener un juicio justo. Pero para recurrir los vicios de contenido, los abogados tuvieron que poner en tela de juicio, si no la competencia de un Tribunal Penal Extraordinario para juzgar a Carnazzi, al menos la pertinencia del delito de colaboracionismo aplicado a un ex prefecto de la República Social. Y para lograrlo, los abogados de Carnazzi tuvieron que implicarse en un ejercicio de difuminación del objeto: mediante argumentos más o menos engañosos, tuvieron que borrar el cuerpo político y militar del delito, tuvieron que presentar el propio colaboracionismo como un *flatus vocis*. De ahí el tono ideológico de su recurso: una negación casi provocadora no solo de las responsabilidades personales de Carnazzi, sino del fenómeno en sí, del colaboracionismo como hecho histórico.

Los «rastreos», por ejemplo, se ponían entre comillas. Porque ese término «generalizado» había sufrido con el tiempo un cambio de significado. En un principio designaba una acción de guerra, la limpieza del contenido de las bolsas creadas por los medios acorazados adelantados en territorio enemigo. Luego, el término designó la limpieza de un territorio ocupado por francotiradores y rodeado de soldados regulares. Finalmente, la palabra «se rebajó a significar cualquier operación de policía (redadas e

incluso detenciones y arrestos de personas)». Entonces, ¿por qué recriminarle a Carnazzi como rastreos, es decir, acciones de guerra, lo que por definición no podían haber sido más que acciones de la policía, siendo Carnazzi un prefecto y no un militar? «Deberíamos estar de acuerdo en que el jefe de la provincia tenía el deber… de tutelar el orden público.» Con las mismas intenciones creó los Mosqueteros de los Alpes, y ocasionalmente realizó otros «actos represivos o preventivos. […] Y en cualquier caso, si intervino con los detenidos, etc., fue para arrebatárselos de las manos a los alemanes retrasando los procesos hasta agotarlos en la nada».[96]

En el recurso contra la sentencia en primera instancia, los abogados de Carnazzi declaraban que «sus méritos durante los 20 meses eran infinitos» y citaban como confirmación el «montón de declaraciones y de testimonios» contenidos en las actas del proceso: obispos, campesinos, profesores universitarios, jefes partisanos, altos magistrados, «un plebiscito».[97] En cambio, entre las declaraciones de descargo los abogados defensores renunciaban a destacar la importancia de la anotada en las actas como n.º 6, «firmada por miembros de la Comunidad judía de Milán», y apoyada en la audiencia por la declaración n.º 37, de «Rosa Gherber de Salomone, de 33 años, nacida en Budapest y residente en Milán»: no les parecía especialmente significativo que entre el montón de testigos de descargo hubiera incluso judíos que se habían salvado de la Solución Final. Este desinterés de la defensa dice mucho sobre el grado de sensibilidad hacia el problema que podía existir en la Italia del otoño de 1945. Pero era un desinterés al que hay que poner remedio aquí, porque las vicisitudes de la familia Gerber arrojan sobre el perfil de Cesare Augusto Carnazzi una luz sorprendente.

Tras haber constatado que desde 1942, cuando era secretario federal de Aosta, Carnazzi estuvo denunciando los privilegios de los centenares de

judíos yugoslavos y croatas internados civiles en Saint-Vincent y en el Canavese; tras haber visto cómo el prefecto Carnazzi se dirigió al gobierno de Salò, en diciembre de 1943, para señalar la fábrica del judío Olivetti como eje del comunismo en la provincia; tras haber anotado la indiferencia con que el prefecto de Aosta habló, en marzo de 1944, de la deportación a Fossoli de Primo Levi, Luciana Nissim y Vanda Maestro, «no habiendo contra ellos otros cargos»; en definitiva, tras haberme hecho una idea de Carnazzi como funcionario antisemita, si es que no como antisemita militante, me quedé mucho más impresionado al encontrar en el archivo la declaración que la familia Gerber presentó ante el Tribunal Penal Extraordinario de Asti, para dar testimonio de la ayuda que estos judíos extranjeros habían recibido de Carnazzi durante la persecución racial.

Fechada en Milán el 7 de agosto de 1945, la carta está firmada por los siete miembros de la familia Gerber, los padres y los cinco hijos. Italianizando sus nombres —Salomone y Enzia, los padres, Oscar, Rosa, Elena, Ladislao y Agnese, los hijos— y declarándose de religión judía y de nacionalidad polaca, los Gerber cuentan que el 8 de septiembre de 1943 los pilló en el pueblo de Gandino, en la provincia de Bérgamo, y que los varones de la familia «para no ser hechos prisioneros, se echaron al monte». Pero en otoño de 1944, el «hijo Gerber Ladislao (22 años)» fue arrestado por las SS «durante un rastreo», estuvo preso en Bérgamo y «fue condenado a muerte por los alemanes» por judío y partisano. Entonces su hermana Rosa se dirigió desesperada al prefecto Carnazzi, que por aquel entonces estaba en la ciudad como director de la Obra Nacional Maternidad e Infancia. Y Carnazzi «recibió a la señorita Rosa Gerber y se interesó vivamente ante las autoridades italianas y alemanas», hasta obtener la revocación de la condena a muerte e incluso la liberación de Ladislao. «Los abajo firmantes […] atestiguan con el corazón conmovido su eterna gratitud

al Dr. Cesare Augusto Carnazzi por su acción buena y generosa con la que salvó la vida de un joven y sin ningún interés por su parte, sino solo por su gran bondad»: así concluye la carta, firmada «con perfecto conocimiento de lo que antecede» por nueve miembros de la comunidad judía de Milán.[98]

El partisano judío salvado por el prefecto antisemita: parece una historia inventada, pero no lo es (o no lo es del todo). En cualquier caso, es una bonita historia, y es una historia que hay que reconstruir con la misma meticulosidad que las demás, las historias feas del propio Carnazzi y del espía Cagni y del centurión Ferro y del teniente coronel Imerico y de los otros italianos que, trabajando para la República Social, contribuyeron en mayor o menor medida al aniquilamiento de los judíos de Europa. Con demasiada frecuencia, la reflexión retrospectiva sobre la Shoah se ha organizado de forma simplista en torno a un esquema de lectura binario, por una parte los verdugos y por la otra las víctimas, o en el mejor de los casos en torno a un esquema tripartito: los verdugos, las víctimas y los espectadores.[99] Y, sin embargo, las cosas pudieron ser más complicadas,[100] y la historia de Cesare Augusto Carnazzi nos sirve para recordarlo: como funcionario de Salò, el abogado de Bérgamo fue intérprete tanto de la banalidad del mal como de la banalidad del bien. Sin olvidar que la desgracia con final feliz de la familia Gerber hay que situarla —de ahí la intervención de Carnazzi— en el marco de una historia más amplia, aunque reducida a las medidas de un pueblo del valle de Seriana: la excepcional historia de decenas de judíos extranjeros que hallaron refugio en Gandino, con una población total de cinco mil habitantes, durante los veinte meses de la ocupación alemana.

Más que judíos polacos, los Gerber eran judíos apátridas. Salomone Gerber y Enzia Rosemberg habían nacido en Polonia en la década de 1890, pero se habían conocido en Budapest, adonde habían emigrado por distintas

vías y donde habían nacido sus cinco hijos. La familia llegó a Italia desde Hungría en 1938, con la esperanza de hacer una etapa en su viaje a América; como no consiguieron obtener los siete visados que necesitaban para viajar a Estados Unidos, decidieron quedarse, aunque fueron internados al entrar Italia en la Segunda Guerra Mundial. Salomone y Oscar fueron destinados al campo de Ferramonti, en Calabria, antes de ser autorizados a regresar de nuevo al Norte, a los montes del Bellunese. En 1943, la familia pudo reunirse en los Prealpes de Bérgamo, en el valle de Seriana, y se instalaron en Clusone. Desde allí los Gerber se dirigieron al vecino pueblo de Gandino, donde la comunidad de internados civiles judíos —judíos alemanes, austríacos, bohemios, yugoslavos, polacos, húngaros— era especialmente numerosa. Gandino era por aquel entonces un pueblo pobre que vivía de una modesta actividad campesina. Los internados se ganaban la vida como podían, la mayoría de ellos trabajando con retales de peletería.[101]

Para los Gerber, como para el resto de los judíos extranjeros o italianos, los problemas importantes empezaron a partir del 30 de noviembre de 1943: con la orden policial n.º 5, la persecución de los derechos se convirtió en persecución de las vidas.[102] Pero mientras en diversos pueblos de la región de Bérgamo ya en diciembre de 1943 fueron detenidos muchos judíos (otros tantos fueron deportados a Auschwitz), en Gandino no se detuvo a nadie, ni entonces ni más adelante, con la única excepción de Ladislao Gerber. Unos cincuenta, tal vez sesenta ex internados civiles permanecieron dentro de los límites del territorio municipal durante toda la ocupación alemana, protegidos por una red de asistencia. En el ayuntamiento, los empleados del registro les proporcionaron documentos falsos. Y los habitantes de Gandino les albergaron en sus propias casas, en una tan silenciosa como eficaz movilización interclasista que incluyó a la maestra de primaria y al

panadero, al médico de familia y al profesor de matemáticas, a los campesinos y a las monjas ursulinas, y que se convirtió en una auténtica operación de salvamento cuando todos aquellos judíos de apellidos difíciles —Zeitlin y Kerbes, Hacher y Lowi, Gottlieb y Gerber, Kuschlin y Dubienski— fueron escondidos entre las montañas sobre el pueblo, en cabañas de la zona de pastos de estío, en casetas de caza, a fin de salvarlos de las batidas de los nazifascistas.[103]

Según los recuerdos de la memoria colectiva de los habitantes de Gandino, Ladislao Gerber cayó prisionero de los alemanes el 28 de agosto de 1944, en un imprevisto registro sistemático en el pueblo. Aunque no me pudo confirmar la fecha, sí me confirmó el hecho su hermana, Elena Gerber, cuando hablamos por teléfono el 28 de julio de 2012, yo desde Ginebra y ella desde Rapallo. La señora Gerber, de noventa y tres años, tenía la voz y la vivacidad de una mujer veinte años más joven mientras me explicaba la «incursión» de los alemanes en la casa de vicolo Ferretti donde la familia vivió de alquiler hasta aquel infausto día, y antes de que el notario de Gandino pusiese a disposición de los Gerber un refugio en la montaña («el párroco nos mandaba el pan una vez a la semana; y los fascistas del pueblo no abrieron la boca, aunque lo sabían, lo sabían todo»). Cuando Ladislao fue encarcelado en Bérgamo, la otra hermana, Rosa, decidió llamar a la puerta del prefecto Carnazzi. La que hizo posible el contacto fue Clara Klein, una judía húngara que había trabajado como pediatra en el hospital de Bérgamo, y que tal vez por eso conocía al director de la Obra Nacional Maternidad e Infancia.

«Recuerdo muy bien al abogado Carnazzi —me dijo Elena Gerber—: Era bueno.» «Por hacer lo que hizo, por salvar a Ladislao, no quiso nada. Ni honorarios ni nada.» ¿Carnazzi prefecto de Salò, y funcionario diligente en la aplicación de las leyes antisemitas, pero también fascista con rostro

humano, y profesional desinteresado en la asistencia del único judío capturado en Gandino? Podríamos decir que así es. Sesenta y siete años antes de mi conversación telefónica con Elena —el 20 de octubre de 1945 —, su hermana Rosa se presentó en la sala del Tribunal Penal Extraordinario de Asti para confirmar de viva voz, tras la declaración suscrita por toda su familia, que el hombre que se sentaba en el banquillo de los acusados en otoño de 1944 había sido el salvador de Ladislao. «Mi hermano fue detenido por los alemanes porque era de religión judía, ciudadano polaco y además pertenecía a formaciones partisanas —declaró Rosa Gerber ante los jueces populares—. Me dirigí al Dr. Carnazzi. […] La condena a muerte contra mi hermano fue anulada, y más tarde mi hermano incluso fue liberado, con la garantía personal de Carnazzi.»[104]

El 28 de julio de 2012, cuando le leí a Elena Gerber la carta que había firmado en 1945 —junto con el propio Ladislao y todos los Gerber— para que sirviese de prueba de descargo en el proceso contra el colaboracionista Carnazzi, la anciana señora corrigió algunos puntos de aquella carta. Ante todo desmintió que sus hermanos Oscar y Ladislao se hubieran integrado en formaciones partisanas:[105] estaban escondidos entre Gandino y los refugios, me dijo. Además, Elena Gerber desmintió («no me parece exacto») que Ladislao hubiese sido condenado a muerte por los alemanes. De modo que es posible que en sus declaraciones y testimonios posbélicos a favor de Carnazzi los Gerber cargaran las tintas, para enfatizar los méritos de un hombre sobre el que pendía una condena a la pena capital. Pero prescindiendo de este hecho, sigue siendo cierto lo esencial. Sigue siendo cierto que Cesare Augusto Carnazzi intercedió a favor de Ladislao Gerber: sigue siendo cierta la intervención del funcionario de carrera de Salò para devolver al joven judío apátrida al abrazo protector de los habitantes de

Gandino, a seis de los cuales el Estado de Israel reconoció, en 2004, como Justos entre las Naciones.[106]

VI

Expiación

Los cuerpos del delito

Eran condenas severas las que pronunció el Tribunal Penal Extraordinario de Asti el mes de octubre de 1945. Cadena perpetua para el ex prefecto de la provincia Cesare Augusto Carnazzi. Treinta años de reclusión para el ex comisario federal del Partido Fascista Republicano y ex comandante de las Brigadas Negras, Zeno Ricci. Veinticuatro años para Ercole Righi, responsable de la Oficina Política de Investigación de la Guardia Nacional Republicana.[1] Pese a que al avanzar el otoño se iba calmando el viento del norte, y pese a que la legalidad ordinaria iba prevaleciendo sobre la legalidad revolucionaria, la justicia de la Resistencia conseguía golpear —al menos en la región de Asti— a los jefes o jefecillos del colaboracionismo que habían sobrevivido a aquella primavera de sangre, que se habían librado de los tribunales populares y de los pelotones de ejecución de los últimos días de abril y de las primeras semanas de mayo.[2]

En cuanto a Edilio Cagni, su carrera de colaboracionista había sido tan intensa que lo había convertido, tras la Liberación, en un criminal de guerra codiciado por los tribunales extraordinarios de Asti, de Turín y de Aosta. No obstante, la prolongación del conflicto de competencias, antes de que se resolviera a favor de Aosta, podía favorecer precisamente al acusado: ya

fuera por la moderación de las pasiones públicas y privadas más directamente vinculadas a la guerra civil, ya fuera por el surgimiento —en el valle de Aosta— de nuevas pasiones, nacidas del enfrentamiento entre los antifascistas favorables al autonomismo y los partidarios de la secesión. La personalidad de mayor prestigio de la Resistencia valdostana, el profesor Federico Chabod, había obtenido del gobierno de Roma la institución de la autonomía del valle de Aosta, y se disponía a convertirse en el primer presidente del Consejo del Valle, pero sobre las perspectivas del gobierno regional pesaban los impulsos separatistas de la recién nacida Union Valdôtaine, además de las intrigas de los ex partisanos que luchaban por anexionar el valle de Aosta a la Francia del general De Gaulle.[3] Mientras el otoño de 1945 daba paso al invierno, los valdostanos tenían que ocuparse de asuntos más graves que los avances de la instrucción contra Cagni.

Sin embargo, la instrucción avanzaba. Porque la demanda de justicia seguía siendo fuerte, ya se tratase de Cagni o de otros individuos implicados de distinta forma en los aparatos represivos del poder nazifascista, funcionarios de la prefectura o de la comisaría de Aosta, cabecillas o milicianos de la Guardia Nacional Republicana, oficiales o suboficiales de las Brigadas Negras, Mosqueteros de los Alpes, obreros delatores de la fábrica Cogne, médicos o periodistas al servicio del enemigo y, además, algunas figuras femeninas: secretarias, intérpretes, informadoras o amantes de los alemanes. Y porque el equipo de magistrados del Tribunal Penal Extraordinario de Aosta, aunque constituido por pocos miembros, trabajó con diligencia y eficacia: desde junio hasta diciembre de 1945 consiguió celebrar noventa y nueve procesos, a los que habría que añadir los cincuenta y dos celebrados a lo largo de 1946.[4] Hubo más de doscientos imputados, entre los que se encontraba Cagni, cuyo proceso se instruyó durante el invierno y se celebró en primavera.

Fue un proceso que no afectó solamente a Cagni. La instrucción incluyó a la familia Sassara de Verrès, padre, madre, hijo e hija, acusados de diversas formas de colaboración con el «alemán invasor». E incluyó también a Alberto Bianchi y a Domenico De Ceglie, sospechosos ambos de cómplices y, junto con Cagni según los artículos 51 y 54 del código penal militar de guerra, de «una muy intensa actividad de espionaje y policial».[5] La atención de los investigadores se centró no obstante en Cagni, porque la causa de los Sassara acabaría viéndose por separado y porque Bianchi y De Ceglie estaban ilocalizables. Un «Acta de búsqueda infructuosa», fechada el 7 de enero en la Oficina Política de Investigación de la jefatura de Aosta, explica que «De Ceglie en el momento de capitulación de la República se marchó de Aosta con rumbo desconocido. Parece que se ha trasladado a Roma».[6] Con fecha del mismo día, el acta relativa a Bianchi reconstruye cómo este se marchó de Aosta en octubre de 1944 para asistir a un curso especial de la policía en la periferia de Milán, «y parece ser que durante el trayecto fue detenido cerca de Santhià por elementos partisanos y fusilado».[7]

Del 17 al 19 de enero de 1946, el abogado Ernesto Page, fiscal sustituto en el Tribunal Penal Extraordinario de Aosta, sometió a Cagni a un interrogatorio tan largo como apremiante. Pero como ya había ocurrido en los interrogatorios de Turín del verano de 1945, el ex brazo derecho del prefecto Carnazzi respondió a las acusaciones con una mezcla de negaciones y de falsedades. En el valle de Ayas, en diciembre de 1943, el falso teniente Redi no había sido un agente provocador: el prefecto le había encargado que le informara «con un simple sí o no» de si había partisanos en la zona, y Cagni se encontró al mando de la banda de Arcesaz por una coincidencia de circunstancias fortuitas, y tuvo que «enfrentarse a los hechos casuales e imprevistos que ocurrieron aquellos días». Cagni rechazó

cualquier culpa en relación con los tres «señores», «Dr. Levi Primo, Dra. Nissim y Maestro Vanda», que tras el rastreo del 13 de diciembre cayeron prisioneros por su culpa. «Lo pongo en duda porque materialmente no podía ni siquiera saber que esas personas existían, ya que nunca nadie me había hablado de ellas.» Tal vez la denuncia de Guido Bachi en ese sentido se refería a De Ceglie. En cualquier caso, la detención de los tres no podía atribuirse a Cagni: «Nunca estuve en Amay».[8]

Para el ex teniente Redi, la venganza valdostana no adoptó únicamente las facciones etéreas de los judíos capturados en Amay y deportados a Auschwitz. También tenía el rostro desfigurado de Giuseppe Carrera, el partisano casalés muerto a los diecinueve años en Arcesaz y cuyo cadáver fue ultrajado. El 9 de marzo de 1946, la fiscalía del Tribunal Extraordinario de Aosta protocolizó una carta escrita en «Via Mantova 22» y firmada por «Carrera Maria». Era la denuncia de una madre que atribuía al «criminal republicano "Teniente Cagno"» la muerte violenta de su hijo: «Toda la responsabilidad de lo sucedido recae sobre ese monstruoso asesino, para el que exijo plena justicia».[9] Poco después de la Liberación, en julio de 1945, Maria Carrera había presentado una denuncia contra personas desconocidas por la muerte de Giuseppe, y había señalado al «teniente Cagni (Redi)», entonces detenido en Turín, como la persona capaz de precisar «el nombre del autor del asesinato».[10] Meses más tarde, esta *mater dolorosa* ya no buscaba responsabilidades legales, sino que atribuía responsabilidades morales. Y no exigía justicia formal, exigía justicia material.

El 9 de marzo de 1946 se protocolizó en Aosta otra denuncia procedente de Casale, escrita también en via Mantova 22, fechada el 29 de enero, y firmada por Alessandro Del Rosso: un artesano de cincuenta y un años que había formado parte del Comité de Liberación de Casale como representante del Partido Socialista. Según Del Rosso, el «bandido negro

teniente Cagno» se lo había llevado detenido tras haber penetrado «pistola en mano» en su taller de mecánico, en via Palestro, pocos días después del rastreo en el valle de Ayas. Cagni le condujo a la Comandancia de la Guardia Republicana, le interrogó en presencia del coronel Imerico y del comandante Fornero, y lo amenazó tanto a él como a los otros que estaban en su misma situación: «Aquí son todos leones, en Aosta se convertirán en corderitos…». El mismo día, Cagni registró la casa de Del Rosso. Y al observar «que encima de un mueble había bien a la vista la fotografía del joven Giuseppe Carrera (cuya familia vive a diez pasos de la mía) […] le señaló esa fotografía a mi mujer y le dijo este es Carrera, como diciendo el cuerpo del delito»: «porque este joven fue el primer partisano de Casale muerto, y el Cagno lo conocía bien», ya que se había infiltrado en la banda de los casaleses de Arcesaz y había hecho de guía de los «rastreadores asesinos» que, tras haber aniquilado a Carrera, «le desfiguraron el rostro a puñaladas» («este detalle puede comprobarse con documentos fotográficos», se encargó de señalar Del Rosso, dando un vuelco a la lógica de Cagni respecto al cuerpo del delito).[11]

La fiscalía del Tribunal Extraordinario de Aosta acabó haciendo constar también una versión diferente de la muerte de Carrera. El 18 de marzo de 1946, al testimoniar en Casale Monferrato, Carlo Eugenio Carretto, el viejo tipógrafo que alardeaba de haber sido el primer presidente del Comité de Liberación casalés, declaró que el 13 de diciembre de 1943, para no caer en manos de los nazifascistas, el heroico partisano «se había matado al grito de “Viva Italia libre”».[12] Pero la fiscalía de Aosta decidió no recoger esta narración mitológica del martirio de Carrera (ni la acusación posterior de Carretto contra los tres espías del valle de Ayas, el hecho de haber acordado con el prefecto Carnazzi la captura de los partisanos a cambio de «150.000 liras») y citó a juicio a Cagni, Bianchi y De Ceglie, lo que ocurrió el 13 de

marzo, pese a que cinco días antes, interrogado por el fiscal jefe Giovanni Cordone, el ex teniente Redi intentó una vez más hacerse pasar por víctima de un error judicial.[13]

La apertura del proceso Cagni en el tribunal de Aosta se fijó para el viernes 12 de abril de 1946. No obstante, el defensor designado por el acusado, Vittorio Chauvelot, abogado de Turín, se dirigió el 6 de abril al presidente del Tribunal Penal Extraordinario, Federico Cornaro, para que aplazase el juicio. El abogado de Cagni lamentó los contratiempos procedimentales que le habían impedido reunirse con su cliente antes del 4 de abril, cosa que excluía la posibilidad de elaborar cualquier estrategia defensiva: «No me obligue, Excmo. Sr. Presidente, a venir a fingir que ejerzo de abogado defensor». Y Chauvelot insistió mucho en la necesidad de un aplazamiento porque las perspectivas judiciales de Cagni se presentaban muy negras, los rumores que corrían por los pasillos lo daban por desahuciado: «Se da casi por seguro que habrá una condena a muerte; me lo comenta el Excmo. Fiscal General Cordone, me lo razona el Ecxmo. Sustituto Abogado Page, que acompaña sus palabras con un gesto significativo». Más allá de la gravedad de las acusaciones, se había creado «una atmósfera paralela» que dificultaba extraordinariamente la defensa legal de Cagni.[14]

Además del espíritu justicialista contra un arquitecto genovés acusado de colaboracionismo, el ambiente aostano de aquellos primeros días de abril de 1946 estaba saturado de un gas políticamente explosivo. Al menos tanto como los delitos del pasado, interesaban ahora (y dividían) las decisiones del presente o las anticipaciones del futuro. El 26 de marzo, la ciudad de Aosta vivió el trauma de una manifestación, la más numerosa de la posguerra, que por muy poco no acabó en tragedia: cerca de dos mil manifestantes partidarios de la anexión del Valle a Francia rodearon el

edificio de la prefectura donde estaban las oficinas del presidente del Consejo Regional, Federico Chabod. Tras penetrar en el interior, los más facinerosos ocuparon el despacho de la presidencia, reclamando la convocatoria de un plebiscito que permitiera a los valdostanos decidir por votación entre autonomía o secesión. Ante la negativa de Chabod, la situación degeneró en violencia. El presidente del Valle fue golpeado y pateado, arrastrado al balcón y a punto estuvo de ser defenestrado.[15]

Las escenas de violencia continuaron fuera de la prefectura: agresiones contra carabineros, asaltos a carros del ejército e invasión de la Torre dei Balivi para obtener la liberación de tres periodistas transalpinos encerrados allí la víspera. Y ni siquiera cuando la calma regresó a la ciudad al final de aquella ajetreada jornada, cesó la presión sobre el presidente Chabod, cuya batalla por la autonomía sufría el asedio tanto de los ultras de la Union Valdôtaine como de los anexionistas filofranceses. De modo que el mes de abril de 1946 transcurrió en el valle de Aosta con una intensidad de pasiones políticas mayor aún que la que en toda Italia enfrentaba —con vistas al referéndum constitucional y a las elecciones a la Asamblea Constituyente— a los republicanos con los monárquicos y a los partidos moderados con los partidos radicales del frente «ciellenista».[16*] Con la confianza que le proporcionaba el buen entendimiento con el gobierno de Roma, Chabod consiguió mantener el control político del Valle, pero sin ocultarle al primer ministro De Gasperi la preocupación que sentía por el futuro, con los separatistas que amenazaban con boicotear el referéndum y que entretanto se reunían (clandestinamente o no) en los bosques y las zonas de pastos de estío del Col de Joux.[17]

En medio de este clima, el presidente del Tribunal Penal Extraordinario de Aosta, el juez Cornaro, aceptando la petición del abogado Chauvelot, decidió aplazar la apertura del proceso Cagni hasta el sábado 4 de mayo. Y

lo hizo aprovechando que uno de los cincuenta y seis testigos citados por la acusación —el «Dr. Guido Bachi»— remitió desde Turín, el 23 de abril, una breve carta al fiscal jefe del tribunal: «Excelentísimo señor Juez Cordone, hablando del proceso Cagni con algunos amigos, estos me han expresado su deseo de poder ser escuchados como testigos en la audiencia del próximo 4 de mayo y agradecerían, por tanto, ser citados como testigos de cargo. Las dos personas abajo firmantes son supervivientes del campo de Auschwitz, y fueron capturadas en el rastreo de diciembre de 1943 por obra de Cagni».[18]

Aunque Bachi se equivocara al escribir la palabra Auschwitz, el lector de estas páginas podrá adivinar fácilmente quiénes eran las dos personas que firmaban la carta. Los supervivientes que deseaban comparecer ante el tribunal de Aosta eran el «Dr. Primo Levi» y la «Dra. Luciana Nissim».[19] Con la matrícula del Lager indeleblemente tatuada en el brazo, ¿acaso los suyos no eran también, aunque vivos, cuerpos del delito?

El testigo Levi

Para los dos judíos turineses que veintiocho meses antes habían salido de Aosta presos, la oportunidad de regresar a la ciudad, el 4 de mayo de 1946, como testigos de cargo contra quien les había traicionado no se presentaba en un momento cualquiera. Luciana Nissim acababa de escribir un libro sobre su experiencia en el Lager. Fechados por la autora «octubre de 1945-abril de 1946», los *Ricordi della casa dei morti* salieron aquel mismo año de 1946 (juntamente con la obra de otra superviviente de Auschwitz) en la editorial turinesa Ramella.[20] Primo Levi, por su parte, se hallaba entonces en plena redacción de *Si esto es un hombre*. Ya había escrito capítulos clave

como «Examen de química», «El canto de Ulises», «Octubre de 1944», y se disponía a escribir el capítulo sobre la enfermería, «Ka-Be».[21]

Si se examina a la luz de la cronología, el regreso a Aosta de ambos ex deportados para declarar en el proceso Cagni se carga de un significado especial. Y afecta a la cuestión general del cuándo, del dónde, del cómo, del por qué Primo Levi decidió, en su vida, dar testimonio. La imagen que de él acabaría imponiéndose a finales del siglo XX, construida a base de declaraciones, conversaciones y entrevistas concedidas por el propio Levi a lo largo de los años ochenta, es precisamente la de testimonio.[22] Como salvado de Auschwitz, el Levi de los últimos tiempos se presentaría como «testimonio por derecho y por deber»,[23] insistiría en el «deber cívico» de «dar testimonio», pecaría casi de soberbia al reivindicar sus propios méritos al respecto: «He sido uno de los pocos en Italia que han dado testimonio».[24] Y la crítica literaria, tanto la italiana como la extranjera, atacaría ese cliché de Levi testimonio por excelencia, *The Witness* de la Shoah. Pero más allá de lo que el interesado pudo decir y de lo que la crítica quiso hacer con ello, el problema histórico de Levi testimonio sale ganando si se trata conjuntamente con el problema histórico del testimonio Levi.

Tanto para la médico Luciana Nissim como para el químico Primo Levi, el testimonio del Lager adquirió inicialmente el valor de la producción de evidencias documentales, casi prácticamente de evidencias científicas. Los *Ricordi della casa dei morti* eran la versión reelaborada de un informe que la médico turinesa que se estaba especializando en pediatría había enviado a Roma, a la Unión de las Comunidades Judías Italianas, durante el invierno de 1945-1946.[25] El coronel jubilado Massimo Adolfo Vitale estaba recogiendo la máxima información posible sobre los judíos deportados desde Italia durante la ocupación alemana, y entre los informes que recibió estaba precisamente la *Relazione* de Nissim. Muy pronto la misma carpeta

del archivo de Vitale acogió el texto mecanografiado de un *Informe sobre la organización higiénico-sanitaria del campo de concentración para judíos de Monowitz* escrito a cuatro manos por Levi y por el médico que regresó con él a Turín desde Polonia, Leonardo De Benedetti.[26] Ese *Informe*, que se publicó en una revista científica, *Minerva Medica*, en noviembre de 1946, es considerado hoy por los filólogos un auténtico «antetexto» de *Si esto es un hombre*.[27]

Desde el 6 de junio de 1945, en la carta escrita desde Katowice y enviada a Bianca Guidetti Serra, Levi llamó «documento» al número de matrícula de Auschwitz grabado en su brazo izquierdo, documento de infamia que había que llevar a Italia para utilizarlo contra los que empezaban a expiar. La palabra «documento», utilizada en plural, figura también en las primeras líneas de *Si esto es un hombre*, allí donde el autor dice de su libro: «No lo he escrito con la intención de formular nuevos cargos; sino más bien de proporcionar documentación para un estudio sereno de algunos aspectos del alma humana».[28] Líneas justamente célebres, que forman parte del canon de la literatura italiana del siglo XX. Si vale la pena citarlas aquí es para destacar que la intención programáticamente documental de *Si esto es un hombre* hace que en todo el resto del libro no aparezca ninguna evocación explícita de la noción de testimonio.

La palabra «testigo» no aparece ni una sola vez en *Si esto es un hombre*. La palabra «testimonio» aparece solamente una vez en la primera edición, la que publicó el editor De Silva en octubre de 1947, y se presenta en un contexto de embarazoso prosaísmo: la página del capítulo «Ka-Be» donde se describe el barracón de la enfermería de Monowitz reservado a los disentéricos. En la jerga irónica de Levi, «precioso testimonio» es la mierda líquida que los prisioneros enfermos tienen que producir para demostrar que su diarrea persiste y ser autorizados a permanecer en el barracón de

reposo.[29] Habría que esperar a la segunda edición de *Si esto es un hombre*, publicada por Einaudi en 1958, para que la palabra «testimonio» aparezca una segunda vez en el libro, con una acepción diferente y noble. Y lo hace en un capítulo enteramente añadido, «Iniciación», en el que Levi cuenta todo lo que aprendió, pocos días después de llegar a Auschwitz, gracias a un «hombre de buena voluntad», el interno Steinlauf, ex sargento del ejército austrohúngaro: «que aun en este sitio se puede sobrevivir, y por ello se debe querer sobrevivir, para contarlo, para dar testimonio».[30]

En latín, una de las palabras que significan «testigo» es *superstes*, «el superviviente».[31] Pero a pesar de sus estudios en el liceo clásico y de la lección aprendida del sargento Steinlauf en el Lager, en la mente de Levi las correlaciones entre sobrevivir, narrar y testimoniar no se hicieron evidentes inmediatamente después de regresar de Auschwitz. Es lo que sugiere la fuente más rica de que disponen los historiadores para reconstruir los estados de ánimo de Levi durante los meses de escritura y de reescritura de *Si esto es un hombre*: las cartas maravillosamente confidenciales que envía a Jean Samuel —el Pikolo de «El canto de Ulises»— entre la primavera y el otoño de 1946. El 23 de marzo, Levi le hablaba al amigo de sus ejercicios de escritura sobre la experiencia del Lager, «des poésies, des essais, même des contes» («tu trouveras ça bizarre: dans l'un, il est question de toi!»); decía que se había prometido «de ne jamais oublier ça» y que quería «recueillir à la fin tout ça dans un livre», pero no decía nada sobre los vínculos entre supervivencia, relato y testimonio.[32] Y en una carta posterior, del 29 de octubre, incluso sentía la necesidad de precisar: «Auschwitz oublié ou à peu près, hors quand je regarde le numéro sur mon bras».[33] Casi terminada la redacción de *Si esto es un hombre*, la matrícula tatuada en el brazo seguía pareciéndole el único documento esencial, el alfa y el omega del salvado de la Shoah.

Por otra parte, para el Primo Levi de 1946, el valor documental de un testimonio sobre la Solución Final no implicaba necesariamente que tuviera un valor judicial. El autor de *Si esto es un hombre* lo explicaba a la perfección en el prólogo: no había escrito el libro para formular nuevos cargos. En general, y precisamente porque su estudio del espíritu humano estaba aplicado a una situación extrema como el campo de exterminio, para que resultara realmente sereno debía evitar la representación de los extremos: no debía hablar de las excepciones, «de los héroes y de los traidores», debía atender a los muchos, a la norma, al «hombre cualquiera, ni infame ni santo».[34] De ahí la paradoja por la que resulta literariamente decisiva en *Si esto es un hombre* la representación de la traición (en Fossoli, el día de la partida, el amanecer ataca a los prisioneros «a traición»; a la llegada en la *Judenrampe* de Auschwitz, donde padres e hijos desaparecen en un santiamén, «a traición»; y la estructura misma del Lager, al ofrecer a los esclavos privilegiados una esperanza de supervivencia, se basa en la «traición de la solidaridad natural»),[35]pero esta traición acaba pareciendo, en la obra de Levi, una traición sin traidores. Sin figuras de infames señalados a dedo y por el nombre, salvo excepciones limitadas y fulminantes como el espía Frenkel, que hace el mal por gusto.

En abril de 1946, mientras como hombre libre esperaba viajar a la ciudad de Aosta para declarar en calidad de testigo de cargo en el proceso Cagni, hacía ya unas semanas que Levi había escrito la «Historia de diez días», que luego se convertiría en el último capítulo de *Si esto es un hombre*. Ya había descrito los diez días de Auschwitz comprendidos entre el 18 de enero de 1945, cuando los alemanes abandonaron el campo, y el 27 de enero, cuando llegaron los soviéticos, desde la vivencia de internos enfermos de escarlatina, como eran él y dos franceses, el campesino Arthur y el maestro de escuela Charles: abandonados por los verdugos en la enfermería junto

con otros prisioneros porque los creían desahuciados, ineptos para la marcha de la muerte, y en cambio capaces de combatir la enfermedad, recuperarse, reorganizarse entre las ruinas del campo y la mortandad de los compañeros, volver a la vida. Concretamente, refiriéndose al día 25 de enero, Levi escribió: «Por la noche, en torno a la estufa, una vez más Charles, Arthur y yo sentíamos que éramos de nuevo hombres. Podíamos hablar de todo. Me apasionaba el relato de Arthur, la manera como pasan los domingos en Ardèches, en los Vosgos, y Charles casi lloraba cuando le expliqué el momento de mi detención».[36]

Levi no añadió ni una palabra más. Ni una alusión al espía del valle de Ayas, a Cagni que hacía el mal por gusto, en la primera redacción de la «Historia de diez días». Como si el Levi testigo y el testigo Levi respondieran a dos lógicas distintas: el uno impregnado de antropología y de moral, el otro impaciente de justicia y de venganza.

El día del juicio

El correo funcionaba sorprendentemente bien en aquella Italia de la primavera de 1946. Expedida en Turín el 23 de abril, la carta de Guido Bachi al fiscal jefe del Tribunal Penal Extraordinario de Aosta, en la que el ex jefe partisano pedía que se incluyera entre los testigos de cargo del proceso Cagni a los supervivientes de «Auschwitz» Primo Levi y Luciana Nissim, la recibió al día siguiente el fiscal Cordone. Igual de bien funcionaban las oficinas del tribunal de Aosta. El mismo día de la recepción, 24 de abril, el fiscal del Reino recomendó al presidente del Tribunal que citara a la vista oral «a los testigos Levi y Nissim». Al día

siguiente, jueves 25 de abril de 1946, en la secretaría se registró la providencia ya realizada.[37]

El primer aniversario de la Liberación no se celebró en Aosta —ciudad agotada por las tensiones políticas entre autonomistas, separatistas y anexionistas—, sino que se trasladó a una capital de la Resistencia como había sido Turín. Y tuvo el carácter de un obligado homenaje a los caídos. «Conmovedora peregrinación a las tumbas de los partisanos», tituló *La Nuova Stampa* del viernes 26 el artículo con el que iniciaba la crónica ciudadana: reproduciendo luego al detalle el desarrollo de las ceremonias, la misa en sufragio oficiada por el arzobispo en el Campo della Gloria del cementerio general, el encuentro de los excombatientes de las bandas en la piazza Vittorio Veneto, los discursos del comandante garibaldino Barbato y del presidente regional del Comité de Liberación Nacional, Franco Antonicelli. En la misma página del diario un artículo en la parte inferior, «Cita el lunes en el Tribunal Penal», señalaba la cuenta atrás para «el proceso más grave de los celebrados desde el día de la liberación» ante el Tribunal Penal Extraordinario de Turín: el proceso contra el «núcleo de criminales» de la Oficina Política de Investigación del cuartel Lamarmora de via Asti. No menos tétrico era el tema de un artículo en primera página, «Sobre el cadáver de Mussolini se está creando una novela», dedicado al escandaloso episodio que ocupaba las crónicas de aquellos días, la sustracción del cadáver del Duce por obra de unos desconocidos militantes neofascistas.[38]

Un año después de que acabara oficialmente la guerra, la vida de la nueva Italia seguía marcada por la muerte. Y no habría podido ser de otra manera: las tragedias conjuntas del conflicto mundial y de la ocupación alemana no solo habían sacudido el país, sino que lo habían desgarrado creando unas fallas tan profundas que hacían que la elaboración misma del

duelo fuera más tarde motivo de división.[39] Y la proximidad del referéndum institucional y de las elecciones para la Asamblea Constituyente no contribuía a serenar el ambiente. Y menos aún contribuía la propagación de rumores que afirmaban que el vencedor del referéndum del 2 de junio —ya fuese la Monarquía o la República— celebraría su triunfo concediendo una amnistía para quienes habían cometido delitos durante la Guerra Civil. Aunque la amnistía podía ser presentada como un gesto de reconciliación nacional (además de una medida de orden público, para poner remedio al problema de superpoblación en las cárceles), la mera idea de una medida de gracia que se aplicara por igual a los de Salò y a los partisanos era acogida con desdén en amplios sectores de la opinión democrática.[40]

Así que el 4 de mayo de 1946, Edilio Cagni se presentó a la cita judicial con su destino en una Aosta bifronte. Por un lado, la capital del Valle estaba ocupada en asuntos que nada tenían que ver con el enésimo proceso instruido por el Tribunal Penal Extraordinario, agitaban los ánimos cuestiones más urgentes: la provocadora petición del *plébiscite* sobre la autonomía regional, las intrigas de agentes extranjeros y el resultado de las negociaciones diplomáticas de De Gasperi acerca de los territorios fronterizos que había que ceder a Francia. Por otro lado, el deterioro en el Valle de cualquier tipo de solidaridad «ciellenista» alimentaba la determinación de los más intransigentes epígonos de la Resistencia: los criminales de Salò tenían que ser condenados y juzgados cuanto antes, sin esperar el incierto desarrollo de la lucha política italiana y de la valdostana. A un año del decreto ley del 22 de abril de 1945 por el que se habían creado los tribunales penales extraordinarios, colaboracionistas como Cagni merecían más que nunca un «juicio sumarísimo».

La composición del jurado popular del proceso Cagni fue una buena muestra de las implicaciones políticas del propio proceso. El decreto que

creaba los tribunales extraordinarios prescribía el sorteo de los cuatro jurados populares a partir de unas listas confeccionadas por el Comité de Liberación Provincial. En la práctica, el tribunal de Aosta había adoptado la costumbre de realizar sorteos tan dirigidos que parecían nombramientos *ad personam*: y los jurados populares del proceso Cagni fueron elegidos de tal modo que proporcionaban el máximo de garantías antifascistas. Junto al único miembro togado y además presidente de oficio, Federico Cornaro, tres de cada cuatro jurados eran habituales de la justicia extraordinaria valdostana entre 1945 y 1946, y procedían directamente de las filas de la Resistencia. Uno de ellos, el empleado Silvio Gracchini, había sido un comandante partisano muy importante, el carismático líder de la 13.ª banda «Émile Chanoux». Un segundo, el obrero Lino Melli, había sido uno de los protagonistas de la lucha clandestina en la fábrica Cogne. El tercero, el contable Mauro Bordon, había participado como informador en las actividades de la Brigada «Marmore» en Valtournenche.[41] A pesar de que la fórmula ritual preveía que los jurados apartaran de su mente «cualquier sentimiento de animadversión o favor», el destino de Cagni se puso en manos de jueces que no tenían nada de «terceros imparciales».

Cuando el presidente Cornaro abrió la sesión a las diez de la mañana del sábado 4 de mayo dio la palabra al único acusado presente en la sala, Edilio Cagni, ya que Alberto Bianchi y Domenico De Ceglie se hallaban en rebeldía.[42] El ex teniente Redi se limitó a ratificar el contenido de los interrogatorios realizados durante la instrucción: su función en el valle de Ayas había sido la de un simple oficial de enlace, su vinculación con los rastreos había sido deliberadamente hinchada, los interrogatorios de los prisioneros en Aosta excedían su competencia, su papel en el proceso Perotti había sido insignificante, etcétera.[43] Después de estas declaraciones, el juez Cornaro dio paso al interrogatorio de los testigos. Decenas de

personas que desfilaron ante el tribunal a una velocidad sorprendente en relación con la gravedad de lo que estaba en juego, teniendo en cuenta que para los delitos de colaboracionismo que se les imputaban a Cagni, Bianchi y De Ceglie, el código penal militar de guerra preveía —en caso de culpabilidad probada— la condena a muerte por fusilamiento por la espalda.

Los testigos declararon a tal ritmo que no siempre los secretarios judiciales tuvieron tiempo de registrar correctamente los datos personales. Giuseppe Barbesino, el ferroviario ahora alcalde de Giarole Monferrato que acusaba a Cagni de haberlo torturado, figuraba en las actas de los interrogatorios como «Barbesino Vincenzo», alcalde de «Gerolamo d'Alba», lugar que no aparece en ningún mapa geográfico. El abogado Camillo Reynaud, que desde su despacho de Turín de via Pietro Micca había promovido clandestinamente el grupo de partisanos del Col de Joux, fue identificado como «Reynaud avv. Vincenzo». Luciana Nissim, hija de Davide, se convirtió en «Nissi Luciana di Domenico»: además de atribuirle unas cuantas primaveras de más —«33 años», frente a los veintiséis que tenía según el registro— se la calificó de «profesora en vez de médico». La profesión que se adjudicó al químico Primo Levi fue la de «ingeniero», y sus veintiséis años se convirtieron en «32 años».[44] Decididamente, la historia tenía prisa, en la sala de audiencias del tribunal de Aosta, entre la mañana y la tarde de aquel sábado primaveral.

La fase de la vista oral no proporcionó grandes sorpresas en relación con lo que se había obtenido durante la fase de instrucción del proceso. Los testigos de cargo fueron componiendo, uno tras otro, el cuadro de un Cagni colaboracionista de primera categoría, campeón de la infamia. Más y peor que un simple hombre de confianza del prefecto Carnazzi: su alma negra, un agente del mal desencadenado durante un año y medio de las montañas

de los Alpes a las colinas del Apenino, del valle de Aosta a las Langas pasando por el Canavese, Turín y Casale Monferrato. Y precisamente de Casale llegó la prueba más dramática de la malignidad de Cagni, a través de la declaración en la sala de un ama de casa de cuarenta y nueve años, Maria Carrera, la madre de Giuseppe, muerto en Arcesaz el 13 de diciembre de 1943. Poco más que un apunte, no sabemos hasta qué punto fiel a la realidad histórica de los hechos, pero en cualquier caso impresionante por la intensidad: «Mi hijo antes de que lo mataran me dijo que allá abajo había un tipo sospechoso, un tal Cagni, y en una ocasión mientras comía me dijo no estoy tranquilo y así después me enteré de que mi hijo había muerto en Brusson».[45]

Entre los testigos citados por la acusación y presentes en Aosta estaba Aldo Piacenza. «Estudiante», según las actas del proceso Cagni, y en efecto, en la primavera de 1946, estudiaba derecho el joven de veinticinco años excombatiente de la campaña de Rusia y capturado en Amay junto con Primo Levi: afortunadamente, pudo escapar de la policía de Salò y se dirigió a los montes del Cuneese, donde luchó hasta la Liberación en una división «giellista».[46] En la vista, Piacenza acusó a Cagni de haber «desperdiciado 600 bombas de mano», en el valle de Ayas, «para que nos quedáramos sin municiones».[47] ¿Seiscientas bombas de mano? Cifra improbable confirmada por el testigo Ferdinando Trombin, un empleado de Casale que a los dieciocho años formó parte de la banda de Arcesaz, pero fue capturado en el rastreo y deportado a Alemania.[48] La infiltración de Cagni como espía en el valle de Ayas dio lugar, además, durante la vista a un intercambio de preguntas y respuestas entre el acusado y quien desde la Liberación había sido su más tenaz acusador, Guido Bachi. «La cosa de Brusson no estaba preparada de antemano», se defendió Cagni interrumpiendo la declaración de Bachi. «No es cierto, tuve la impresión de

que la cosa estaba preparada de antemano», replicó el ex partisano turinés.[49]

También la propietaria del hotel Ristoro de Amay, Maria Varisellaz, fue detenida el 13 de diciembre de 1943. Dos años y medio más tarde, no había olvidado las circunstancias de su reclusión en el cuartel Battisti de Aosta, y quiso recordárselas a los jurados del proceso Cagni: «Estuve detenida 52 días acusada de ser dañina para la nación y de haber albergado a personas judías».[50] Sabemos que una de esas personas judías, Vanda Maestro, fue gaseada en Auschwitz en octubre de 1944. Las otras dos sobrevivieron a la deportación al campo de exterminio y estaban allí, en la sala de audiencias del tribunal de Aosta, testigos de cargo contra el falso teniente Redi. Luciana Nissim explicó que un supuesto Meoli llegó a Amay para reconocer los lugares y preparar el rastreo; Cagni recogió de él las informaciones que solícitamente transmitió al Mando alemán.[51] De Primo Levi, los secretarios judiciales registraron una declaración concisa, casi telegráfica: «Fui detenido y fui interrogado en Aosta por Cagni. El que me señaló fue Meoli (De Ceglie), que proporcionó toda la información sobre nuestra banda y el CLN».[52]

Muchas décadas después, cuando en una pequeña habitación de aquel mismo tribunal tuve entre las manos la hoja manuscrita que contenía el acta de la declaración de Levi, mi primer sentimiento fue de decepción. ¿Cómo es posible, me decía, que esté todo aquí? El alba de nieve en Amay, el viaje a Aosta sin el valor de acabar con todo, los interrogatorios de Cagni con la Luger sobre la mesa, el traslado a Fossoli y el alba como una traición, el viaje hacia abajo hacia el fondo de Auschwitz, los once meses de ya-no-hombre entre ya-no-hombres, los diez días de enero y el alivio de volver a ser humanos, el viaje demasiado largo y sin embargo demasiado corto de la tregua, el número de matrícula como documento y la Italia reencontrada, la

escritura de poesías, ensayos, relatos, el regreso a Aosta como testigo de cargo contra Cagni: ¿todo esto reducido a esas dos míseras frases registradas por los secretarios?

He necesitado tiempo para comprender que la fuerza histórica de esta escena reside precisamente en su sobriedad. Reside en el vertiginoso desfile de testigos ante el Tribunal Extraordinario, reside en la rápida superposición de la voz de Primo Levi a la voz de muchos otros hombres y mujeres que se consideraban víctimas de Edilio Cagni, hombres y mujeres en su mayoría humildes, cuyo nombre la Historia con mayúsculas no nos transmitirá: Ferdinando Trombin, Maria Varisellaz, y también Giuseppe Delchoz, campesino de Issogne, Emilio Prola, campesino de Verrès, Costanza Francisco, estudiante de Verrès…[53] La fuerza de la escena no deriva de lo que Levi declaró, sino de su decisión de estar allí: con su apellido tan inconfundiblemente judío que ni el secretario más impreciso podía confundir, con su matrícula claramente legible aunque presumiblemente oculta por la manga de la chaqueta, él «ya hundid[o]», escribió en uno de los poemas «concisos y sangrientos» de 1946,[54] y luego salvado tal vez también para eso, para presentarse en el proceso de Cagni, él, el número 174.517, él, el cuerpo del delito.

Hay que preguntarse, por otra parte, si la declaración en el proceso de dos judíos supervivientes de Auschwitz influyó de algún modo en el ánimo de los jurados de Aosta; probablemente no, puesto que la deportación de los tres judíos capturados en Amay ni siquiera se mencionaría en las doce páginas de motivaciones de la sentencia.[55] Más que salvados de la Shoah, Luciana Nissim y Primo Levi le debieron de parecer al jurado unas víctimas más del «amplio rastreo» en el valle de Ayas, «cuyo resultado fue un partisano muerto y cuarenta y siete prisioneros»[56] (tampoco pareció pesar el hecho de que Vanda Maestro, la tercera judía deportada, hubiera sido

eliminada en una cámara de gas). De modo que la escena del sábado 4 de mayo de 1946 —el testimonio de Levi contra el acusado Cagni— resulta menos significativa desde un punto de vista histórico por su impacto concreto en el proceso de Aosta que por el valor simbólico en la vida de quien estaba escribiendo *Si esto es un hombre*. Un sábado de pausa en la escritura, pero de ningún modo un sabbat: no día de reposo, sino día del juicio.

Frente a las decenas de testigos de cargo, fueron pocos los testigos de descargo: según el abogado Chauvelot, porque a varios testigos citados por la defensa no se les ofreció la posibilidad material de presentarse.[57] El padre Federico Bosticco, un sacerdote que había colaborado con los partisanos y actuado de mediador con los alemanes, reconoció que Edilio Cagni había facilitado el intercambio de «más de 11 rehenes», y curiosamente lo describió como «una persona sumisa».[58] Más curiosa aún fue la declaración de Salvatore Balestrieri, un siciliano de Giarre que se presentó como oficial del ejército y que durante la Resistencia había colaborado con la división autónoma «Valtoce» entre Ossola y Milán. Sostuvo el capitán Balestrieri que después de la Liberación el acusado Cagni trabajó mucho para ayudar a los partisanos. Por ejemplo, les proporcionó informaciones útiles para detener a una tal baronesa Von Hodenberg, «dirigente de la Gestapo». Además, Cagni dio a los partisanos una buena pista para «recuperar cierta cantidad de lingotes de oro del Ministerio del Interior y del famoso Zerbino».[59]

A fin de encontrar ese tesoro, los responsables del servicio de información de la División Cremona incluso habían hecho excarcelar a Cagni cuando estaba detenido en Turín, para que tuviera la «libertad necesaria para llevar a cabo sus investigaciones», y el acusado, subrayó en el proceso el capitán Balestrieri, «no aprovechó la ocasión para huir».

Luego, Cagni fue conducido de nuevo a prisión, y la operación de recuperación del oro quedó en nada.[60]

El hombre y la bestia

Las actas del proceso no dicen a qué hora de la tarde del sábado 4 de mayo de 1946 el presidente del Tribunal Penal Extraordinario de Aosta puso fin al interrogatorio de los testigos y dio la palabra a la acusación para las alegaciones finales: solo registra la petición del ministerio fiscal «de que Cagni sea condenado a muerte por fusilamiento por la espalda, al igual que De Ceglie y Bianchi». Cuando se concedió la palabra a la defensa, el abogado de oficio de los dos acusados formalmente en rebeldía, Oreste Marcoz, se remitió al juicio del tribunal, mientras que el abogado Chauvelot manifestó varias reservas, por parte de Cagni, sobre la forma y el contenido del proceso. El juez Cornaro preguntó al único acusado presente en la sala si tenía algo que añadir, y tras la negación de Cagni invitó al jurado a reunirse en la sala de deliberaciones para discutir la sentencia.[61]

El acta ni siquiera precisa la hora en que presidente y jurados regresaron a la sala de audiencias, se limita a indicar la hora de clausura del acta, una vez que el juez Cornaro dio lectura pública a la sentencia: «a las 20 horas» de aquel 4 de mayo. Desde la mañana hasta la noche, habían bastado diez horas para decidir la suerte de Edilio Cagni, Alberto Bianchi y Domenico de Ceglie, acusados de colaboracionismo según el decreto ley del 22 de abril de 1945 y los artículos 51 y 54 del código penal militar de guerra. Aceptando para Cagni la petición de la fiscalía, el Tribunal Extraordinario de Aosta lo condenaba a la pena de muerte por fusilamiento por la espalda. A Bianchi y De Ceglie se les reconocían algunas circunstancias atenuantes,

y se imponía a cada uno la pena de treinta años de cárcel, además de inhabilitarles a perpetuidad para ejercer cargos públicos. Se ordenaba asimismo la confiscación de los bienes de los tres acusados a favor del Estado.[62]

El 7 de mayo, en una carta dirigida a la fiscalía general del Tribunal de Casación, el fiscal Cordone negó cualquier insinuación sobre vicios de imparcialidad en el proceso Cagni. En efecto, cuatro días antes de que se celebrara el juicio oral el abogado Chauvelot solicitó que el proceso se transfiriese a otro tribunal, debido a la hostilidad que parecía existir en Aosta contra Cagni.[63] La petición de la defensa fue rechazada por el presidente del tribunal, pero el fiscal del Reino quería excluir en cualquier caso, una vez pronunciada la sentencia, que hubiera habido factores de presión ambiental que pesaran en contra del acusado. Ante todo, la composición del jurado popular había respetado con gran esmero los requisitos de una justicia independiente: «Probablemente en ninguna sesión de este Tribunal Penal se ha seleccionado un conjunto de jueces que ofreciera tantas garantías de ecuanimidad», escribió el fiscal Cordone respecto de los jurados populares, «que, por otra parte, excepto uno, nunca antes habían oído hablar de Cagni». En cuanto a la vista oral, se había desarrollado «con la máxima ecuanimidad y con escasa presencia de público, que mantuvo una actitud sumamente disciplinada».[64]

Otras fuentes sugieren que el proceso Cagni se desarrolló en un ambiente menos pacífico, incluso ante una multitud alborotadora.[65] Lo cierto es que un jurado popular compuesto por ex partisanos como Silvio Gracchini, Lino Melli y Mauro Bordon ofrecía menos garantías de ecuanimidad de lo que pretendía hacer creer el fiscal Cordone. Y menos creíble aún es que solo uno de los jurados hubiese oído hablar de Cagni antes del proceso: cuesta mucho creer que estos huéspedes fijos del Tribunal Penal Extraordinario de

Aosta (entre 1945 y 1947, Gracchini y Melli fueron «extraídos» como jurados en treinta y dos procesos, Bordon en veintidós)[66] no supieran nada de las gestas de la persona a quien la opinión antifascista del Valle calificaba de un modo indefectible como «tristemente célebre teniente Redi». En definitiva, cuesta compartir con la fiscalía la idea de que Cagni, Bianchi y De Ceglie fueron juzgados siguiendo el procedimiento de una justicia imparcial. Más bien tenemos la impresión de que fueron víctimas de la lógica expiatoria que orientó buena parte de la justicia extraordinaria en la Italia de la inmediata posguerra.[67]

Por otra parte, la expiación se podía aplicar de una manera diferente a uno u otro de los tres jóvenes que bajo la ocupación alemana del valle de Aosta habían constituido el alma de la policía política al servicio del prefecto Carnazzi. En el caso de Bianchi, las actas del proceso lo declaraban «ilocalizable», pero nosotros sabemos que se había producido una expiación más grave que los treinta años de reclusión impuestos por el tribunal de Aosta, de una forma terriblemente sumaria, ya en el Vercellese en octubre de 1944, entre un terraplén y una granja de los alrededores de Santhià. Quien había adquirido experiencia como agente provocador en el valle de Ayas en diciembre de 1943 infiltrándose en la banda de los casaleses, y había coronado su carrera de espía en Aosta, en mayo de 1944, provocando la detención del notario Chanoux, fue detenido, reconocido y muerto por un comando de partisanos a las órdenes de Alimiro, nombre de guerra de Mario Pelizzari: ni las lágrimas de una tal señorita Rosetta habían sido suficientes para devolverle la vida. En el caso de De Ceglie, la lógica expiatoria de los juicios de Aosta chocaba en cambio con la realidad de su contumacia. De los tres condenados por colaboracionismo, tan solo Cagni estaba realmente al alcance de la justicia antifascista.

Al día siguiente del pronunciamiento de la sentencia, y cuando todavía

no se habían presentado las motivaciones de la misma, el abogado Chauvelot presentó un recurso de casación. Por un lado, el abogado de Cagni recurría la decisión del Tribunal Extraordinario de realizar la vista oral pese a que algunos testigos de descargo citados a declarar no se habían presentado. Por el otro, impugnaba el fallo por considerarlo defectuoso e incompleto. Era defectuoso porque unificaba dos tipos de delitos, la ayuda al enemigo contemplada en el artículo 51 y el entendimiento con el enemigo contemplado en el artículo 54 del código penal militar de guerra. Y era incompleto en la concesión de atenuantes, porque ignoraba los elementos a favor de Cagni que habían aparecido claramente durante la vista.[68]

Entre esos elementos, el abogado Chauvelot quiso subrayar la «ausencia de toda maldad» en los interrogatorios efectuados por el ex teniente Redi como funcionario de la prefectura de Aosta, durante el invierno de 1943-1944. «Sobre esta cuestión hay un coro de afirmaciones que empieza con Nissi Luciano y sigue con Levi, Veduti y Varisella», escribió el abogado en el acta de recurso de casación, transformando en varones a Luciana Nissim y a Maria Varisellaz. Además, Cagni, después de la Liberación, había iniciado una «espontánea y eficaz actividad» para reparar sus posibles culpas como colaboracionista, para neutralizar las consecuencias del delito. Una vez detenido, había colaborado con los partisanos de la División Cremona para facilitar la captura de una «alta personalidad de la Gestapo» (se refiere a la baronesa Von Hodenberg). Y en vez de aprovechar la excarcelación temporal para darse a la fuga, se había implicado en el intento de encontrar una «colosal fortuna» escondida por los jerarcas de la República Social: «De hecho, él es quien marca el camino para la recuperación de los lingotes de oro», resumía el abogado Chauvelot con aires de *spy story*.[69]

Pero estos rocambolescos detalles no constituían materia suficiente para seducir al Tribunal Penal Extraordinario de Aosta. En general, el conjunto de la vista oral acabó por parecer a los miembros del jurado popular —lo atestiguan las motivaciones de la sentencia— casi pleonástica respecto al «imponente conjunto de pruebas» reunido durante la fase de instrucción: «Se puede afirmar con toda tranquilidad de conciencia que aunque se hubiera escuchado a todos los testigos, no habría cambiado ni disminuido en absoluto la responsabilidad de Cagni», escribieron los miembros del jurado. Pesaban sobre el acusado los documentos oficiales del invierno de 1943-1944, los informes presentados por él al prefecto Carnazzi tras la «traición de Arcesa» y tras los rastreos en el Canavese. Aun admitiendo que en esos informes se había exagerado a propósito alguna cosa, sostener que se basaban en una exageración sistemática suponía un «intento de defensa risible» por parte de Cagni. «Su plena, innegable culpabilidad» estaba documentada por un montón «de testimonios y de informes que procedían de él mismo».[70]

¿Cómo poner seriamente en duda que a Cagni se le aplicaron los criterios de delito previstos por el decreto ley del 22 de abril de 1945? ¿Cómo negar que su actividad policial desde el armisticio hasta la Liberación había resultado ser directamente provechosa para el ocupante alemán? La declaración voluntaria de Cagni en el proceso Perotti constituía una demostración palmaria en este sentido: en abril de 1944, el brazo derecho del prefecto Carnazzi siguió a su jefe desde Aosta hasta Turín con el objetivo concreto de agravar la posición del abogado Cornelio Brosio, acusándole de haber financiado de manera clandestina la banda de los casaleses de Arcesaz. «El espíritu sectario, visible y deliberadamente áspero y despiadado de Cagni, su pasión —porque se puede hablar en verdad de pasión— por la innoble actividad a la que se dedicaba, la tenacidad con que

perseguía y llevaba a cabo sus malvados designios» dejaron en las actas del proceso Perotti «documentación que no precisa de comentarios»: así se expresaban en la sentencia los jurados populares de Aosta, utilizando, como se ve, un lenguaje poco jurídico, más propio de la parte perjudicada que de la parte tercera.[71]

Fue inútil el intento de la defensa de argumentar una evolución benigna en la actuación de Cagni entre el invierno de 1943-1944 y el invierno de 1944-1945: inútil tratar de utilizar como prueba sus gestos de presunta clemencia. Si alguna vez Cagni contribuyó a evitar algún atropello nazifascista, lo hizo tardíamente, cuando el desarrollo de la guerra mundial y de la Guerra Civil permitían ver claramente, escribieron los jueces, la «inevitable suerte de la República italiana y, por desgracia, de nuestro pobre país». Y añadieron los jueces, confundiendo una vez más la lengua del derecho con la lengua de la política y con la lengua de la moral: «Estos arrepentimientos, de carácter esencialmente negativo, no pueden suponer una disminución de responsabilidad sobre todo cuando se considera que, a fin de cuentas, incluso los más despiadados perseguidores de sus hermanos italianos tuvieron a veces momentos de humanidad e impulsos de piedad. Pero esto, afortunadamente, es propio de toda naturaleza humana, ya que sin ello el hombre no sería más que una bestia despiadada y cruel, dominado por sus instintos más feroces».[72]

En la Italia liberada de 1945-1946, las sentencias de los tribunales penales extraordinarios se formulaban a menudo en estos términos, ya que los miembros de los jurados populares ni siquiera intentaban disimular el carácter partisano de su punto de vista, regalando así a las defensas de los colaboracionistas una gran cantidad de argumentos jurídicos para presentar recurso, y a los magistrados de casación una gran cantidad de argumentos técnicos para invalidar cualquier sentencia de primer grado. Después del 25

de abril, con el transcurso del tiempo inevitablemente el espíritu de las armas iba cediendo ante el espíritu de las togas en la gestión de los procesos penales relativos a los veinte meses de Guerra Civil; entretanto se hacía cada vez más evidente el contraste entre las razones de una justicia intrínsecamente jacobina, como era la de los tribunales extraordinarios, y las razones de una justicia intrínsecamente termidoriana, como era la de una magistratura ordinaria destinada a garantizar la continuidad del Estado más que a sostener la discontinuidad de la Resistencia.[73]

En vísperas de citas decisivas en la historia de Italia —el referéndum institucional, las elecciones para la Constituyente y la amnistía para los delitos políticos que el ministro de Justicia, Palmiro Togliatti, promulgó aquel mismo junio de 1946—, la sentencia del proceso Cagni sonaba vagamente anacrónica. Condenando a Edilio Cagni a la pena de muerte mediante fusilamiento por la espalda, los jurados del Tribunal Extraordinario de Aosta actuaban como si el viento del norte estuviese todavía soplando, y tuviese todavía fuerza para arrastrar pequeñas o grandes figuras del colaboracionismo. Por otra parte, al reconocer a Alberto Bianchi y a Domenico De Ceglie la atenuante de haber obrado como ejecutores de órdenes superiores («muchachos de poco más de veinte años que giraban en torno a la órbita de Cagni y en cierto modo eran sus esclavos»),[74] los jueces de Aosta se preocupaban de dosificar sus propios instrumentos de castigo. Pero tanto en torno a ellos como lejos de ellos, toda la rueda de la historia de Italia había empezado a girar en un sentido distinto al del tiempo inmediatamente posterior a la Liberación.

Cagni, por su parte, era un hombre demasiado inteligente para no percibir, incluso desde el fondo de una celda en la Torre dei Balivi, el cambio de clima que se estaba produciendo. Por tanto, me atrevería a descartar que el 4 de mayo de 1946, tras escuchar la lectura del veredicto

que le condenaba a muerte, el joven genovés de veintiocho años pasara horas de angustia, una victorhuguiana última noche del condenado. Probablemente ya entonces Cagni imaginaba que no acabaría sus días delante de un pelotón de ejecución. Ya entonces confiaba en tener un final mejor que Domenico De Palo, Flavio Berone y Livio Colzani: los jóvenes que el teniente Redi se había jactado de llevar al paredón, en el Canavese, un día cualquiera del mes de marzo de 1944.

VII

Un juego de roles

Honor al mérito

En tiempos de la Gran Guerra, el sargento de carabineros Martino Veduti se había hecho merecedor de hasta dos medallas al valor militar. La primera de plata, en noviembre de 1916, por haber desarmado valerosamente a un delincuente en Bagnacavallo, en la provincia de Rávena. La segunda de oro, en agosto de 1918, por las «excepcionales virtudes militares» gracias a las cuales había frustrado el ataque terrorista a un arsenal de Lugo di Romagna. Al llegar al lugar, la mecha ya estaba encendida y como no consiguió arrancar el artefacto con las manos Veduti lo arrancó con los dientes, evitando así una explosión segura y catastrófica.[1] «Un sargento heroico», fue el titular de *La Domenica del Corriere*, que dedicó al suboficial modenés de veinticuatro años una de sus célebres portadas salidas de la pluma de Achille Beltrame.[2] Poco después fue el presidente del Consejo en persona, Vittorio Emanuele Orlando, quien prendió la medalla de oro en el pecho de Veduti. Y tres años más tarde, cuando la Italia vencedora en la guerra quiso rendir homenaje a todos sus caídos cuyos cadáveres no habían sido identificados, el teniente Veduti tuvo el honor de ser el abanderado en la ceremonia de traslado de los despojos del soldado desconocido desde la basílica de Aquileia hasta el romano Altar de la Patria.[3]

Veduti abandonó luego el ejército y se dedicó a los negocios. El 8 de septiembre de 1943 era un padre de familia de cincuenta años que vivía en Casale Monferrato y se ocupaba de su fábrica de sacos. Pero la historia patria le llamó de nuevo: el industrial Veduti se encontró en medio de los primeros movimientos rebeldes en el Monferrato ocupado por los alemanes. Se utilizaron sacos producidos en su establecimiento para transportar vituallas desde Casale hasta el valle de Ayas, donde los hermanos Francesco e Italo Rossi estaban reuniendo la banda de Arcesaz, mientras los responsables casaleses del antifascismo organizado veían en el comandante reservista la figura más autorizada para dirigir un comité de liberación. Detenido el 16 de diciembre de 1943, el condecorado Veduti dio nombres y apellidos. Sin embargo, siguió preso, en las cárceles de Alessandria, Aosta y Turín, hasta que logró evadirse y consiguió reunirse con su hijo Melchior: un renuente a la leva de 1924 que luchaba en la Resistencia en los montes del Cuneese, en una formación «giellista». Comenzó así —a finales de otoño de 1944— una nueva época en la vida de Martino Veduti, que con el nombre en clave «V-14» creó, por encargo de la 1.ª División Giustizia e Libertà, un servicio de información partisano extraordinariamente eficaz.[4]

Herido en la batalla por la liberación de Cuneo, Veduti regresó a Casale ya libre con el aura de jefe partisano además de vieja gloria. Pero antes de regresar a Monferrato —desde Cuneo, el 8 de mayo de 1945— sonó con fuerza la campana de la venganza. Presentándose como «V-14» (por tanto, sin revelar su verdadera identidad), pidió a los departamentos de policía partisana de Casale, Alessandria y Aosta que «dieran un golpe ejemplar» a los colaboracionistas de las respectivas provincias. Y pidió en especial que buscaran, hurgando en los papeles de las comisarías y prefecturas de Alessandria y de Aosta, los nombres de todos aquellos que, entre 1943 y 1944, habían contribuido a «enviar y a mantener en la cárcel durante meses

y meses a Veduti, Barbesino y Devasi»: ya fuese el coronel Imerico, el prefecto Carnazzi u otros funcionarios o agentes o delatores. Una vez hallados los expedientes, que se pusiesen aparte: de las «correspondientes medidas coercitivas» se encargaría «el propio Veduti», que por aquel entonces «yacía en el hospital» a causa de las heridas recibidas en la batalla de Cuneo.[5]

La búsqueda de los papeles resultó fructífera. El 24 de julio de 1945, el ya restablecido ex comandante de los carabineros, convertido en comisario extraordinario de la policía auxiliar de Casale, presentó en la fiscalía de Asti un documento que ayudaría a que «resplandeciera la justicia» en el caso del «criminal de guerra Carnazzi»: eran los informes que los «criminales de guerra Cagni-De Celia-Bianchi» remitieron al prefecto de Aosta tras haberse infiltrado en la banda de Arcesaz y haber propiciado el rastreo de diciembre de 1943.[6] Conocemos bien esos informes, no hace falta recordar de nuevo su contenido. Lo que vale la pena destacar, a través del caso Veduti, es el carácter de ajuste de cuentas personal, casi personalista, que la caza de los colaboracionistas podía asumir en la Italia de la Liberación. Como hemos visto, después del 25 de abril también Guido Bachi se empeñó hasta el fondo en el ajuste de cuentas con Carnazzi y con Cagni. Hay que añadir que el propio Bachi asumió el papel de policía: una vez conseguido el acceso a las oficinas de la comisaría o de la prefectura de Turín, buscó entre los papeles de la República Social cualquier prueba que le permitiera acusar a sus dos enemigos jurados.[7]

En la Aosta del 4 de mayo de 1946, Veduti y Bachi se presentaron a declarar como testigos de cargo en el proceso Cagni. Y fue en aquella ocasión cuando, según un testimonio contemporáneo de Bachi, el industrial de Casale y el profesional de Turín decidieron conjuntamente dar un paso más en su interpretación del papel de veteranos de la Resistencia. Tras

haber trabajado (uno a rostro descubierto, el otro con protección) para entregar a la justicia personajes como Carnazzi y Cagni, y tras haberlos visto condenados como criminales de guerra, Bachi y Veduti querían que se les reconocieran oficialmente sus méritos como combatientes contra el nazifascismo. En el otoño de 1946 iniciaron las gestiones, ante la Comisión Regional Piamontesa para que les fueran reconocidos sus títulos partisanos.[8]

El reconocimiento formal de una actividad partisana implicaba ventajas de diversa índole, que podían ir desde una indemnización por desmovilización hasta ventajas en la jubilación.[9] Por eso, y a fin de evitar abusos, a partir del verano de 1945, cuando se creó el Ministerio de la Asistencia Posguerra, el gobierno de la nueva Italia trató de fijar claramente los criterios de reconocimiento, aunque chocó con distintas dificultades, tanto políticas como financieras. Finalmente, una circular de diciembre de 1945 definió sin equívocos «el título de excombatiente, con vistas a obtener una ayuda». Además de las familias de los caídos en la guerra de liberación y los que habían resultado mutilados o inválidos, había dos categorías de individuos que tenían derecho a la ayuda: los «partisanos combatientes» y los «patriotas». Para ser reconocido como partisano combatiente, había que demostrar haber militado al menos tres meses en formaciones regulares, y haber participado al menos en tres acciones de guerra o de sabotaje. Se reconocía como patriotas a quienes habían contribuido activamente a la lucha de liberación pero por un tiempo más limitado y en modalidades que no tuvieran una implicación militar tan directa.[10]

En la práctica, las comisiones regionales aplicaron con generosidad los criterios antes mencionados. A escala nacional, tres cuartas partes de las peticiones presentadas acabaron siendo aceptadas, con un número de partisanos combatientes que casi doblaba al número de patriotas.[11] En el

Piamonte y en el valle de Aosta, la aplicación de la normativa fue todavía más generosa en el reconocimiento de una actividad partisana, aunque ligeramente más severa en la atribución del título de partisano combatiente respecto al de patriota.[12] Bien mirado, a medida que los veteranos de la Resistencia se fueron organizando en entidades como la Associazione Nazionale Partigiani d'Italia (ANPI) y a medida que se convirtieron en historiadores de sí mismos aportando documentos, disponiendo cronologías y certificando carreras, en el Piamonte y en el valle de Aosta, así como en otros puntos del territorio nacional, se convirtió en práctica corriente —entre 1946 y 1947— el hecho de que ex «bandidos» rellenaran impresos y pagaran papeles timbrados con la perspectiva de obtener algún título.

Martino Veduti quiso acreditarse dos veces: por sus gestas y sus heridas como partisano en el Cuneese, 1.ª División Giustizia e Libertà, pero también por su precoz compromiso como rebelde en el valle de Aosta en otoño de 1943 en una llamada «banda Verrès». Evidentemente, el condecorado de la Gran Guerra se refería a la banda de los casaleses de Arcesaz, formación de la que también su hijo Melchior pretendía haber formado parte.[13] En cuanto a Guido Bachi, acuñó para la banda del Col de Joux el nombre de «grupo de patriotas de Amay», y a su vez reivindicó su militancia partisana como si se hubiese realizado en dos etapas: primero al mando de los rebeldes de Amay, luego dentro de la cárcel de Aosta, donde, «habiendo sido destinado a la Dirección como escribano», sostuvo que había desarrollado hasta abril de 1945 «una continua actividad de enlace y asistencia a los presos políticos». Todo esto fue refrendado por el mando de la 7.ª División Giustizia e Libertà, y Bachi pudo legítimamente condecorarse con el título de partisano combatiente.[14]

En el impreso que había que presentar en las oficinas correspondientes, se reservaba un espacio para el caso de que se hubiera prestado el servicio

militar antes del 8 de septiembre de 1943. Bachi mencionó su servicio anterior a la guerra en el Cuerpo Automovilístico del Ejército Real, precisando que había obtenido el grado de teniente; en cuanto a regimientos o unidades en los que hubiera servido tras la entrada de Italia en la guerra en junio de 1940, no le quedó más remedio que indicar: «Ninguno porque estaba exento por ser judío».[15] Sin embargo, en la documentación para la Comisión Regional Piamontesa, Bachi no tuvo interés en presentar la banda que dirigía en el Col de Joux como una banda de judíos. Incluso desmintió a algunos ex partisanos de Casale, que así la habían definido en su correspondencia con la Comisión. Entre el grupo de patriotas de Amay «no había elementos de nacionalidad judía, bien porque no existe la "nacionalidad judía", sino solamente la "italiana", bien porque, pese a ser cierto que se habían unido a la banda de Amay algunos judíos, la mayor parte no lo eran».[16]

Entre los italianos de Amay —judíos y no judíos— estuvo Primo Levi. Y también Levi puso empeño, en 1946, en que le fuera reconocido el título de partisano combatiente. Tenía derecho a él: aun cuando no podía demostrar su participación en al menos tres acciones de guerra o de sabotaje, podía hacer valer la cláusula de la ley por la que el reconocimiento correspondía a todos los que habían «permanecido en la cárcel, confinados o en campos de concentración más de tres meses después de ser capturados por los nazifascistas por su actividad partisana».[17] Tan solo un burócrata extremadamente celoso (y muy poco indulgente) hubiera podido bloquear el expediente del superviviente de Auschwitz en el caso de hallar en algún archivo el informe fechado en Aosta el 7 de marzo de 1944, en el que el prefecto Carnazzi explicaba a la Dirección General de Seguridad de Salò que Levi, Nissim y Maestro eran deportados, «no habiendo otros cargos»: es decir, como judíos sin ninguna actividad en la Resistencia. Lo cierto es

que la Comisión Regional Piamontesa reconoció a Levi como partisano combatiente. Y poco importa que el expediente atribuyera al «doctor en química» un nombre de guerra, «Ferrero», absolutamente imposible de encontrar en los documentos de 1943-1944, y afirmara su pertenencia a una formación «giellista», la 1.ª Brigada Mazzini, que simplemente no existió hasta la primavera de 1944, cuando hacía ya unos meses que Levi estaba en Auschwitz.[18]

El dossier partisano de Primo Levi no es el único que resulta más fantasioso que exacto en la reconstrucción de datos y fechas. Dada su naturaleza, las gestas de los partisanos se prestaban poco a un ejercicio de certificación: rebeldes en los montes o clandestinos en las ciudades, los hombres y las mujeres de la Resistencia no se preocuparon de dejar su firma al pie de sus empresas; en todo caso, se preocuparon de no dejarla. Y también por eso, por el fin de una aventura colectiva en la que el *nosotros* había contado más que el *yo*, muchos partisanos vivieron a disgusto la burocratización *a posteriori* de la Resistencia, la necesidad en que se hallaba el Ministerio de Asistencia Posguerra de pedir documentos de apoyo, certificados, firmas y refrendos, antes de reconocer a un veterano de las bandas el título de patriota o de partisano combatiente. No era hermoso el paso de la poesía de la victoria a la prosa de la desmovilización: de la embriaguez de los desfiles con armas por el centro de las ciudades para festejar con la gente el triunfo sobre el nazifascismo, al aburrimiento de las colas solitarias en las oficinas públicas para entregar una petición o incorporar un dossier.

Tan solo para una categoría de ex partisanos la poesía de la Resistencia parecía que nunca quedaría rebajada a prosa: para los caídos en la Resistencia. Tan solo a quien no podía saborear sus frutos, la guerra de liberación prometía una épica sin fin. Este era el sentido de la novela en la

que Beppe Fenoglio estuvo trabajando activamente desde finales de la década de 1940 hasta su muerte prematura, *El partisano Johnny*: el valor más profundo de la Resistencia, el único realmente digno de honor, debía reconocerse en la disponibilidad de quien había luchado en ella para pagar con la vida la liberación del mal. Liberación de la patria grande o grandísima —ya fuese Italia o Europa—, pero también liberación de la patria pequeña o pequeñísima: el Piamonte, las Langas, Alba o Canelli… De ahí la importancia simbólica, al menos para un veterano antiveteranista como Fenoglio, de rendir a los caídos honores locales más que honores nacionales. Más que una medalla a la memoria entregada por la presidencia del Consejo, importaba la memoria partisana inscrita en el territorio, telúrica, como telúrica había sido la Resistencia: la colocación de una lápida por decisión de un consejo municipal, o, mejor aún, la imposición del nombre a una calle, la huella onomástica de un libertador sobre una tierra liberada.[19]

Del vasto movimiento conmemorativo que en la Italia de la posguerra llevó a grabar sobre el territorio, en forma de placas en las calles o de epígrafes funerarios, los nombres de muchos mártires de la Resistencia, es justo recoger aquí un puñado de huellas: las huellas de partisanos que hemos visto caer en esta historia. Empezando por los tres que Edilio Cagni se jactaba de haber eliminado al rastrear el alto Canavese a finales de invierno de 1944. En memoria del carabinero «burgués» Domenico De Palo, muerto el 4 de marzo en Prascorsano, cuelga hoy una lápida en el Ayuntamiento de Ruvo di Puglia, el municipio de la provincia de Bari del que Palo era originario. En cuanto a Flavio Berone y Livio Colzani, los «dos elementos» que el teniente Redi se vanagloriaba de haber llevado al paredón el 6 de marzo en Castelnuovo Nigra, sobreviven en la toponimia de

sus respectivos lugares de nacimiento: viale Berone en Rivarolo Canavese, via Colzani en Seregno.

Además de en el jactancioso informe redactado por Cagni en el momento de los hechos, la escena de Castelnuovo Nigra aparece consignada en un relato elaborado después de la Liberación por la piadosa memoria de compañeros de armas. *La vita per l'Italia* muestra a Berone y Colzani acorralados en una casa, rodeados por Mosqueteros de los Alpes. Y muestra a unos «amenazadores sabuesos» al servicio de la Guardia Nacional Republicana (sabemos que eran Edilio Cagni y Alberto Bianchi) que «se abalanzan sobre ellos», «no pierden tiempo», los arrastran hasta la plaza del pueblo y disponen el pelotón de ejecución. El primero en caer es Flavio, luego los de Salò se dirigen a Colzani, le incitan a dar nombres, le ofrecen a cambio la libertad. «Un republicano, sin duda el jefe, insiste más que los otros; sus palabras de adulación repugnan, viscosas como reptiles. Livio alza orgulloso su hermosa cabeza: "Prefiero la suerte de mi compañero".»[20] De la escena de Castelnuovo conservamos además una fotografía: los cadáveres de Berone y Colzani uno junto al otro, dispuestos en dos cajas abiertas.[21]

Muerto en el valle de Ayas el 13 de diciembre de 1943, el casalés Giuseppe Carrera también fue fotografiado cadáver: cadáver profanado. Y también el comunista internacionalista de via Mantova 22 tuvo el honor póstumo de dar el nombre a una calle de su ciudad, en el mismo barrio de la otra orilla del Po donde había trabajado como tornero en los talleres Cerutti. Actualmente, en el barrio Oltreponte de Casale Monferrato, via Giuseppe Carrera se prolonga en don Ernesto Camurati, el párroco asesinado por los nazifascistas en la matanza de Villadeati. Via Camurati se cruza con via Italo Rossi, el fundador de la banda de Arcesaz, que a su vez se cruza con via Antonio Olearo, el jefe de la banda Tom. Las calles de los alrededores

se llaman via Silvio Pellico, via Nazario Sauro, via Guglielmo Oberdan, via dei Mille. En Casale, los partisanos comparten con los héroes del Risorgimento su vida de ultratumba.

Llorada sepultura

Al igual que el martirologio del Risorgimento, también el martirologio de la Resistencia generó una gran cantidad de narraciones legendarias. Relatos edificantes de los últimos gestos, indefectiblemente heroicos, de quien se sabía condenado a morir por la patria. Representaciones lacrimógenas del duelo de las madres, destrozadas por la pérdida de los hijos pero orgullosas de su sacrificio.[22]

También la muerte de Giuseppe Carrera inspiró narraciones de este tipo. Dio lugar a rumores de que el obrero casalés de diecinueve años, en su intento de hacer frente al rastreo nazifascista del 13 de diciembre de 1943, disparó contra el enemigo hasta la última bala y luego se mató al grito de «Viva Italia libre»: así lo atestigua después de la guerra el tipógrafo casalés Carlo Eugenio Carretto, y así figura en una «Cronistoria in breve del movimento partigiano della zona di Verrès», redactada por los partisanos del lugar después de la Liberación. Crónica poco respetuosa con el idioma y sin embargo ajustada casi sin saberlo, en la reconstrucción de los hechos de Arcesaz y del duelo de Maria Carrera, a un discurso tan retórico como estereotipado, el tópico del Risorgimento de la madre del mártir como madre de la nación: «Los fascistas además lo apuñalaron, pero la madre que llegó dos días más tarde para llevarse al hijo, y de la que los fascistas se burlaban, les respondió (¡prefiero verlo en este estado que en vuestras filas!)».[23]

En la tragedia de la muerte del hijo, Maria Carrera tuvo el consuelo de recuperar el cadáver pocos días después del rastreo en el valle de Ayas. Los restos de Giuseppe fueron trasladados a Casale, pero se le celebró un funeral como si fuera un subversivo, un funeral como aquellos a los que ya estaban acostumbrados los opositores al régimen tras veinte años de fascismo:[24] la policía de Salò presente en las exequias, las verjas del cementerio cerradas y el riesgo de ser detenidos como cómplices de los rebeldes de Arcesaz.[25] Otras madres de caídos, muchas otras madres, no tuvieron el consuelo de Maria Carrera. Las circunstancias de la guerra mundial y de la Guerra Civil las obligaron a esperar al final del conflicto para recuperar el cadáver del hijo, ya fuese partisano o de Salò. En aquel momento, las familias de los caídos por Salò sufrieron el otro drama de tener que esconder los orígenes de su duelo. Mientras que las familias de los muertos partisanos tuvieron el consuelo, una vez recuperados los cadáveres de sus seres queridos, de devolverlos a casa sin vergüenza, de verlos incluso honrados, en la ciudad o en el pueblo, como mártires de la libertad.[26]

Y la recuperación de los cuerpos no siempre fue empresa fácil. Al contrario, podía resultar una operación complicada, por la dificultad de identificar el lugar de la primera sepultura o incluso porque no existía ninguna tumba. Es la situación que un gran escritor de guerra, Mario Rigoni Stern, transmitirá a la literatura italiana a través de un relato incluido en la colección *Ritorno sul Don* y titulado «Un ragazzo delle nostre contrade»: el altiplano de Asiago, el «Moretto» caído en combate, y sus compañeros de banda que un año después de la Liberación todavía buscan el cuerpo entre los precipicios del Valsugana, y no lo encuentran, pero encuentran otros, partisanos insepultos a quienes organizan funerales dignos. Sin embargo, los compañeros del Moretto no se resignan, parten de nuevo con la

camioneta del «Rosso», rastrean los bosques, escudriñan los desfiladeros, descienden con cuerda doble hasta los barrancos. Y finalmente, Bruno descubre «un pañuelo en la embocadura de una quebrada», lo reconoce, es el pañuelo de Moretto. El cuerpo no está lejos: «En el camión lo cubrimos de flores recién cortadas y dos días después tuvo un funeral digno de un rey».[27]

Fulvio Oppezzo y Luciano Zabaldano, los dos componentes de la banda de Arcesaz que murieron juntos en el Col de Joux el 9 de diciembre de 1943, fueron separados por su destino de ultratumba. Después de la Liberación, al parecer el cuerpo de Oppezzo solo interesaba a su madre: Idalia Tos de Oppezzo, madre privada de su único hijo y mujer con un matrimonio roto, pero también mujer —ya lo veremos— dispuesta a moverse para que el sacrificio de su hijo se convirtiera en un hecho ejemplar, decidida a sublimar su inconsolable duelo privado en un provechoso duelo colectivo. Idalia Oppezzo realizó ella sola los trámites burocráticos necesarios para trasladar el cadáver de Fulvio de la montaña a la llanura, de la fosa de Frumy a la tumba familiar en Cavaglià, en el Vercellese. En cambio, la recuperación del cuerpo de Zabaldano pareció desde el principio trascender los límites del llanto familiar para cargarse de connotaciones comunitarias. Como el «Moretto» de Rigoni Stern, también «Mare» (el nombre de guerra elegido por Luciano)[28] merecía un funeral digno de un rey.

Los jefes de la División «Italo Rossi», por su parte, incluyeron rápidamente a ambos caídos en la lista oficial de pérdidas: anotando como fecha de la muerte para Oppezzo el día 13 de diciembre, y para Zabaldano el 10 de diciembre, y silenciando, como era natural, las circunstancias especiales de aquellas muertes, el disparo de fuego amigo y no de fuego enemigo.[29] Habría sido muy extraño que dos años después de los hechos

del Col de Joux, y con todo lo que había llovido desde entonces, los vencedores de una guerra sin cuartel contra el nazifascismo consignaran por escrito el incidente que llevó a unos partisanos a resolver de forma expeditiva el problema de los dos «gregarios» indisciplinados. ¿Qué iban a escribir? ¿Qué palabras podrían explicar el cruel fin de unos muchachos que en los primeros meses posteriores al 8 de septiembre tuvieron la inmadurez de confundir una guerra con una aventura, y la Resistencia con la anarquía? ¿Y qué palabras habrían podido justificar la desmesurada decisión de unos comandantes inexpertos, la ráfaga de una Beretta para castigar la requisa de ocho kilos de harina?

La dificultad de encontrar palabras la atestiguan algunos documentos de septiembre-octubre de 1945. Son cartas escritas por el presidente de la Asociación de Políticos Supervivientes de Campos de Concentración, el ingeniero Vincenzo Grasso, a las autoridades regionales o locales: la Junta Consultiva para el Piamonte del Comité de Liberación Nacional y el secretario del Ayuntamiento de Saint-Vincent. El 1 de septiembre, en su condición de «organizador de las bandas que se habían constituido en la región de Saint Vincent» durante el otoño de 1943, Grasso informaba a la Junta Consultiva: «Tuvimos dos muertos que se llamaban respectivamente partisano Zabaldano Luciano y el otro Fulvio, sin más datos». Y añadía: «Estoy a la espera de obtener más información de aquellas personas que integraban la misma banda y que estoy tratando de localizar».[30] Un mes más tarde, cuando escribió al secretario del Ayuntamiento de Saint-Vincent, el ingeniero ya podía proporcionar los datos del segundo partisano, Fulvio Oppezzo de Cerrina Monferrato. Pero pese a las «investigaciones llevadas a cabo», su explicación de los hechos seguía siendo poco transparente: «Entre octubre y noviembre de 1943, en la localidad de Amay y más exactamente en Fremj caían dos de nuestros partisanos y morían a consecuencia de las

heridas recibidas, para ser más precisos de metralleta». Según todas las evidencias, los veteranos de la banda localizados por Grasso no se habían molestado demasiado en informarle con *mayor precisión* acerca de cómo se habían desarrollado los hechos.

En cualquier caso, una vez comprobada la identidad de los dos partisanos, ya nada impedía trasladar los restos desde Saint-Vincent a sus lugares de origen. «Se ruega prestar la asistencia necesaria a la madre de Fulvio Oppezzo —Partisano Caído en este Municipio en Diciembre de 1943—, cuyo cadáver fue recuperado recientemente y reposa ahora en el Cementerio de este Ayuntamiento, la cual desea trasladar el cadáver de su Hijo a Cavaglià», se lee en un comunicado del municipio de Saint-Vincent a la Junta Piamontesa del Comité de Liberación Nacional, del 15 de octubre de 1945. Por otra parte, en el mismo comunicado se lee también: «Parece que el próximo día 17 (miércoles) la Anpi de Turín realizará el traslado del cuerpo del Partisano Zabaldano Andrea Luciano (Luciano) desde aquí a Turín (Sassi), el cual reposa también en este cementerio, y por tanto tal vez sería conveniente trasladarlos a los dos en el mismo viaje».[31] Los documentos no aclaran cómo acabó el asunto, si los dos muchachos que subieron juntos a las montañas del valle de Aosta y permanecieron juntos bajo la tierra de Frumy llegaron efectivamente juntos a las llanuras de la Italia libre, separándose tan solo en el cruce de Ivrea.

A los dos jóvenes muertos en el Col de Joux se les instruyó un expediente de reconocimiento de su actividad partisana. En los documentos de la época, Oppezzo figura como «caído» en «los alrededores» de Amay el 13 de diciembre de 1943; Zabaldano como «caído» en «combate» tres días antes.[32] En mayo de 1946, la Comisión Regional Piamontesa se limitó a deliberar si se concedía a «Mare» el título de partisano caído.[33] Los familiares de Luciano se preocuparían de conservar, junto con otros

documentos, un certificado de la Asociación de Partisanos Matteotti del Piamonte que lo afirma, con la habitual profusión de letras mayúsculas, «Caído valerosamente con honor y gloria en la Lucha de Liberación por el honor de Italia, por la Libertad y por una mejor Justicia social en el Mundo».[34] Luego, en la primavera de 1948, el expediente de equiparación con fines administrativos de la calificación jerárquica de Zabaldano dio lugar a una reconstrucción imaginativa de la carrera partisana del muchacho turinés de diecisiete años muerto por sus compañeros en el Col de Joux. Se indicó que la zona en que había operado Zabaldano era el Monferrato en vez del valle de Aosta, se definió su función como «jefe de brigada» (equiparado al grado militar de sargento) y se cuantificaron en «ocho» los hombres a su cargo:[35] en resumen, sobre el uniforme de «Mare» se cosieron, *post mortem*, galones que nadie habría soñado conceder en vida al «gregario».

En el caso de Zabaldano, en los archivos turineses de la Fundación Solidaridad Nacional en Favor de los Partisanos y Víctimas de Guerra, también se guarda información sobre la indemnización que los padres de Luciano recibieron por su muerte: «Liquidado subsidio extraordinario Caídos L. 20.000 el 27/12/1945».[36] En el certificado, la fotografía muestra a un muchacho aparentemente tímido e imberbe, más un adolescente que un adulto. Debía de ser una fotografía sacada del fondo de un cajón y fechada bastante tiempo antes del otoño de 1943, porque la fotografía de Zabaldano que aún hoy permanece fijada —óvalo enmarcado en negro— sobre la lápida A LOS PARTISANOS CAÍDOS POR LA CAUSA DE LA LIBERACIÓN del cementerio de Sassi, en Turín, es la de un hombre ya hecho. Sin duda, un joven de diecisiete años, pero que pese a su edad sonríe convencido al objetivo del fotógrafo: va vestido de marinero y proyecta una imagen de fuerza, físicamente vigoroso y espiritualmente decidido.

Sobre la lápida del cementerio, nada distingue a los once partisanos de Sassi caídos por la libertad si no es la variedad de sus nombres y apellidos, de las fechas de nacimiento y de defunción, de los rostros fotografiados en los óvalos ribeteados en negro. Sin embargo, el monumento de Sassi, pese a su absoluta sobriedad, cuenta muchas cosas importantes. Cuenta la truncada juventud de la mayoría de los caídos: ocho de los once habían nacido entre 1925 y 1926; el más viejo de los once murió a los treinta y tres años. Cuenta la semejanza de destinos a que la Resistencia podía dar lugar dentro de los confines de la vida de barriada: dos de los once caídos llevan el mismo apellido porque eran hermanos, otros dos cayeron el mismo día participando en la misma acción partisana. Cuenta el recrudecimiento de la lucha en las últimas semanas de guerra, en vísperas de la insurrección y en la batalla por la liberación de Turín: siete de los once caídos perdieron la vida entre marzo y abril de 1945. Cuenta la primacía en el tiempo del sacrificio de Luciano Zabaldano: el único partisano de Sassi que cayó ya a finales de 1943.

Solo hay una cosa que el monumento de Sassi no cuenta (o, si se quiere, podríamos decir: oculta una cosa): la muerte de Zabaldano a manos de sus compañeros de banda, su muerte por el método soviético. Pero al menos a mí, que después de haber estudiado mucho los hechos del Col de Joux contemplo hoy la fotografía de ese monumento en la pantalla del ordenador, el silencio de la lápida acerca del desagradable secreto no me parece que sea, en última instancia, una forma de ocultación, y mucho menos una mentira. ¿Acaso no es cierto que «Zabaldano Andr. Luciano», al igual que Bergamasco Domenico, Bordin Alcide, Busato Tranquillo, Cagliero Luigi, Leona Francesco, Marzano Eugenio, Marzano Giuseppe, Mazzon Attilio, Rossotto Lorenzo y Villata Giovanni, murió «por la causa de la Liberación»? ¿No debe ser considerado también él, el muchacho de

diecisiete años que la última noche de su vida, en el hotel Ristoro de Amay, expresó ideas comunistas, un mártir de la Resistencia?

La cola del monstruo

En algún momento entre febrero de 1946 y octubre de 1947, Primo Levi añadió al último capítulo de *Si esto es un hombre*, la «Historia de diez días», una modificación significativa. Al repasar el manuscrito para publicarlo como libro, el superviviente del Lager añadió algo sobre cómo, en vísperas de la liberación del campo, Charles, Arthur y él —los enfermos menos graves del barracón de infecciosos de Monowitz— habían vuelto a ser humanos a través del Logos: habían redimido la crueldad de la Solución Final ante todo gracias a la palabra, al discurso, al relato. Refiriéndose al 25 de enero de 1945, Levi dio a entender que aquel día en Auschwitz habló extensamente de los días de Amay: «Por la noche, alrededor de la estufa, una vez más Charles, Arthur y yo sentíamos que volvíamos a ser hombres. Podíamos hablar de todo. Me apasionaba la conversación de Arthur sobre la manera en que pasan los domingos en Provenchères, en los Vosgos, y Charles casi lloraba cuando le hablé del armisticio en Italia, del principio confuso y desesperado de la resistencia partisana, del hombre que nos había traicionado y de nuestra captura en las montañas».[37]

En la página 192 de la primera edición de *Se questo è un uomo*, el añadido al texto mecanografiado de la «Historia de diez días» apenas ocupa tres líneas; pero son líneas demasiado importantes para no tenerlas en cuenta. No son solamente las únicas que en la edición de 1947 evocan el «antes», lo que había precedido a la marcha de Fossoli y la llegada a Auschwitz. Ni son solamente líneas que, por la potencia expresiva de que

era capaz Levi en la elección de los adjetivos, describen los comienzos de la Resistencia italiana (el principio «confuso y desesperado») con mayor viveza que manuales enteros de historia. El añadido también es digno de atención porque contiene la aparición, aunque fulminante, de una presencia maligna. El «hombre que nos había traicionado», el malo de la historia. Edilio Cagni. Aquel que Primo Levi y Luciana Nissim se encontraron enfrente en Aosta, el sábado 4 de mayo de 1946, cuando decidieron testificar en su contra ante el Tribunal Penal Extraordinario. Aquel que, en aquel sabbat sin descanso, los dos judíos salvados esperaron tal vez ver condenado a muerte.

Sin embargo, Cagni no había terminado de vivir. Ni había terminado de traicionar. Tal como nos la recuerdan los archivos italianos, americanos y suizos, la suya es una historia normal, pero también una historia excepcional de colaboracionista escapado de la justicia de los fusiles y entregado a la justicia de las togas. Es una historia normal, porque en la Italia de la posguerra fueron muchos los criminales de guerra con condenas graves de los tribunales extraordinarios que evitaron la ejecución plena de las sentencias de primera instancia, o bien por defectos técnicos de las propias sentencias, o porque se beneficiaron de la amnistía Togliatti, o por el cambio de clima político que siguió a la crisis de la unidad «ciellenista», o por todas estas razones juntas. Y es una historia excepcional, porque Edilio Cagni interpretó la oportunidad que se le ofrecía de sobrevivir a sus crímenes con toda la inteligencia, la sagacidad y la malicia que eran propias de su personalidad. En la Italia libre, el ex teniente Redi no se contentó con evitar el pelotón de ejecución: siguió representando, al servicio de nuevos amos, el papel ilusionista de agente provocador. Maestro consumado del doble o del triple juego. Monstruo novelesco de habilidad y de perfidia.

Desde el punto de vista de la asistencia legal, Cagni estaba en buenas

manos. Su abogado de Turín, Vittorio Chauvelot, tenía experiencia en la defensa de criminales de guerra: era el defensor del comandante Gastone Serloreti, antiguo jefe de la Oficina Política de la Guardia Nacional Republicana en el cuartel de via Asti, y sería más tarde el defensor de Alois Schmidt, el capitán de las SS que desde el cuartel general del hotel Nazionale había personificado en Turín el terror nazi.[38] Tras la condena a muerte pronunciada por el Tribunal Extraordinario de Aosta, Cagni designó como abogado a un insigne penalista de Roma, Domenico D'Amico, experto también en la defensa de criminales fascistas.[39] Y aun antes de que el Tribunal de Aosta se pronunciase, Cagni se benefició de la asistencia de otro abogado de Roma, Tancredi Gatti, profesor de derecho penal (además de firmante, en 1938, del *Manifesto de los científicos racistas*, y autor de artículos publicados en el periódico *La Difesa della Razza* que llevaban títulos como «Lujuria, codicia y odio de raza de los judíos»).[40]

La categoría de los abogados de Cagni permite pensar que el ex teniente Redi disfrutaba, durante el tiempo que duraron sus problemas judiciales, de una protección económica, por no decir política: la Oficina de Hacienda de Palermo, ciudad que constaba oficialmente como su residencia, lo declaraba «en estado de pobreza»; la de Génova, su ciudad natal, certificaba su «estado de necesidad».[41] Lo cierto es que en una instancia presentada por el abogado Gatti, el 2 de mayo de 1946, al presidente de la sección primera de lo penal del Tribunal de Casación se sugirió hasta qué punto podían ser delicadas las implicaciones del proceso Cagni. Según Tancredi Gatti, el proceso tenía que ser trasladado a un tribunal penal extraordinario que no fuera el de Aosta «debido a legítimas sospechas y a graves motivos de orden público». «Elementos no bien identificados, pero que evidentemente tienen el mayor interés en impedir probables revelaciones, que obviamente Cagni puede hacer, han amenazado varias veces con matar al acusado o en

la cárcel o incluso en la vista oral ya inminente. Las propias vidas del Presidente, de los jurados populares y de los testigos que pudieran declarar a favor de los imputados han sido amenazadas de forma inequívoca»: así se expresaba, sibilino en la medida justa, el abogado Gatti en la solicitud dirigida al Tribunal Supremo.[42]

«Personas dignas de crédito, como oficiales del Ejército Real, pueden atestiguar que en más de una ocasión, antes de su detención, Cagni fue víctima de atentados y emboscadas»:[43] Gatti se refería probablemente a Salvatore Balestrieri, el capitán del ejército que dos días después, en la audiencia de Aosta, declaró a favor de Cagni evocando la captura de una misteriosa baronesa Von Hodenberg y la caza de un importante tesoro de Salò. Lo que pretendía el abogado Gatti, al describir como siniestros ciertos ambientes del antifascismo valdostano y piamontés, era presionar al Tribunal de Casación para que Edilio Cagni fuese apartado del escenario geográfico donde había llevado a cabo sus proezas como funcionario de Salò. Este objetivo era compartido por la mayor parte de los abogados que defendían a los fascistas acusados de colaboracionismo, con la esperanza de que, si los procesos se trasladaban a tribunales distintos de los naturales, perderían su carácter de procesos extraordinarios para adquirir el carácter de procesos ordinarios. Ya no expresión de una urgencia política, sino gestión de una rutina judicial.

Cuando el Tribunal Supremo decidía aceptar los recursos de los colaboracionistas condenados por los tribunales extraordinarios e invalidaba las sentencias en primera instancia, a menudo reconocía la conveniencia de sustraer los nuevos procesos a la competencia de los tribunales naturales. Evidentemente, la casación quería acabar con la espada de Damocles que había hecho pender sobre la cabeza de muchos fascistas, durante las primeras semanas posteriores al 25 de abril, la amenaza de una justicia que

difícilmente podía distinguirse de la sed de venganza. Así, a medida que la Liberación fue quedando atrás, el ejercicio de la ley recuperó en Italia su dimensión nacional. Algunos procesos celebrados antes al abrigo de los lugares donde los imputados eran acusados de haber cometido sus crímenes de colaboracionistas —torturas y represalias que incluían matanzas— se celebraron de nuevo lejos de aquellos lugares, lejos del grito de la sangre derramada. Ya no en Turín sino en Viterbo, ya no en Génova sino en el Aquila, ya no en Udine sino en Perugia, ya no en Padua sino en Bari… el mapa judicial de Italia fue recuperando sus derechos, mientras las víctimas del nazifascismo perdían los suyos.

La amnistía Togliatti, promulgada el 22 de junio de 1946, fue la señal más clara de que se estaba quebrando el espíritu de la Resistencia. Si bien, en teoría, la disposición no contemplaba ningún beneficio para quienes después del 8 de septiembre de 1943 hubiesen cometido «matanzas, torturas especialmente crueles, homicidios o saqueos», en la práctica las puertas de las cárceles italianas se abrieron para centenares y centenares de fascistas, detenidos en espera de juicio o criminales de guerra ya condenados.[44] Se abrieron de par en par para tipos como Ercole Righi —por citar solo uno— que en la Asti de la ocupación alemana había dirigido la Oficina Política de la Guardia Republicana, y al que en octubre de 1945 el Tribunal Extraordinario de Asti había condenado a veinticuatro años de reclusión. Ahí estaba Righi, en el verano de 1946, caminando libre por las calles de la ciudad. Pero ahí estaban también ex partisanos del Astigiano que no lo aceptaban. Jóvenes de veinte años que lucharon en la Guerra Civil como el Johnny de Fenoglio, suspirando por que llegara el día en que se mancharían de sangre hasta las cejas («porque partisano, como poeta, es una palabra absoluta, que rechaza toda gradación»),[45] y que ahora decidían reanudar la lucha.

Ahí estaba gente como Giovanni Rocca y Armando Valpreda. El uno, Rocca, que de obrero en la destilería Gancia de Canelli pasó a ser «Primo» en la Resistencia, un comandante garibaldino de leyenda, del que sería difícil decir si era más intrépido o más despiadado.[46] El otro, Valpreda, que se fue de Asti en 1941 con un diploma de topógrafo en el bolsillo para hacerse un hombre en Aosta, técnico en la fábrica Cogne, antes de subir a los montes del Alessandrino como partisano «giellista» y descender de ellos como futura medalla de bronce al valor militar.[47] He aquí, pues, que Rocca y Valpreda, en el verano de 1946, reaccionaron a los efectos de la amnistía como si la Guerra Civil no hubiese terminado. Organizaron una expedición de castigo contra Righi y lo enviaron al hospital. No contentos con eso, intentaron raptarlo para colgarlo de un árbol de los jardines públicos.[48] Y luego decidieron ampliar los objetivos. El 28 de julio en Turín, en el congreso piamontés de las ANPI, Valpreda habló abiertamente de la necesidad de una iniciativa militar contra los fascistas. Los ex partisanos del Astigiano, anunció, esperarían hasta el primer congreso nacional de las ANPI, que había de celebrarse en Florencia a principios de septiembre. Si entretanto no cambiaban las cosas, empuñarían de nuevo las armas.[49]

Demasiado impacientes para esperar a septiembre, ya en agosto de 1946 Rocca y Valpreda incitaron a la insurrección de Santa Libera: una aldea de montaña del municipio de Santo Stefano Belbo, entre Asti y Cuneo, donde reunieron a rebeldes armados para crear una zona libre sobre el modelo de las resistentes de 1944. Las negociaciones que se iniciaron entonces entre los «insurrectos del Astigiano», como los llamaba la prensa,[50] y las autoridades del gobierno, pero sobre todo la confluencia en Santa Libera de centenares de ex partisanos procedentes de todo el Norte y las disputas internas en la izquierda tras el final de la protesta, ilustraron los desgarros del movimiento resistente a poco más de un año del fin de la Resistencia.[51]

Menos sonora y sin embargo instructiva fue la señal emitida en septiembre por el congreso de las ANPI. Entre los dirigentes nacionales de la asociación de excombatientes estaba Mario Pelizzari, de Ivrea. Y Alimiro subió al estrado de Florencia para denunciar a los que se habían aprovechado del partisanado. Individuos que, tras la Liberación, se habían entregado a «todo tipo de saqueos». Gente que se había embolsado millones cogiéndolos de las cajas de las bandas y que ahora poseía fábricas, controlaba cooperativas y paseaba en coches de lujo. Gentuza como «Piero Piero» (desde el estrado, Pelizzari pronunció tal cual el nombre de guerra de Piero Urati, que anunció por telegrama su llegada a Florencia para rechazar las acusaciones, mientras los representantes de las Brigadas Matteotti en el congreso asumían públicamente su defensa). «Si queremos atacar un gobierno que no funciona, antes tenemos que limpiar nuestra casa», sonó la advertencia de Alimiro.[52]

Los establos de Augías de los partisanos. Alimiro no era el único que hablaba pidiendo limpieza con su tono inconfundible, «si no hacemos esto, seremos unos fascistoides». Mientras el verano de 1946 daba paso al otoño y luego el otoño al invierno, el ataque a la moralidad de los partisanos no surgía tan solo desde dentro del movimiento resistente y desde personalidades transparentes como Pelizzari. A mucha gente le interesaba acusar a los partisanos de haberse embolsado dinero, en aquella Italia donde soplaba cada vez con más fuerza un viento del sur: donde se afirmaba, pese a la victoria de la República sobre la Monarquía en el referéndum institucional del 2 de junio, una mayoría a veces silenciosa, a veces ruidosa, hecha de democristianos, legitimistas, anticomunistas y «cualunquistas», junto a una minoría de neofascistas reunidos bajo la nueva bandera del Movimiento Social Italiano.[53] Y donde cada vez eran más importantes las alianzas y las dependencias internacionales: la dependencia del gobierno De

Gasperi de la agenda de la administración de Truman (y de la del Vaticano), la dependencia del Partido Comunista Italiano de la agenda del Partido Comunista Soviético.

En el invierno de 1946-1947 reventó como un grano el escándalo del «oro de Dongo». La epopeya resistente de finales de abril de 1945 —Mussolini y los jerarcas de Salò huyendo hacia Suiza con dinero público y piedras preciosas, el puesto de control partisano a orillas del lago de Como, el reconocimiento del Duce disfrazado de soldado alemán, el fusilamiento de los jerarcas en Dongo, el comando guiado por el coronel Valerio y la muerte de Mussolini y de su amante— dio un vuelco y se convirtió en leyenda negra. Según un informe emitido por la propia sección de Como del Comité de Liberación Nacional, recibido por la fiscalía militar de Milán, y publicado por distintos órganos de prensa locales y nacionales, los partisanos de la 52.ª Brigada Garibaldi que bloquearon la columna de los fascistas en Dongo se habían guardado muy mucho de depositar el dinero y las joyas en las arcas del Comando General del Cuerpo de Voluntarios de la Libertad. Para unos, el oro de Dongo había acabado en las arcas del Partido Comunista; para otros, había acabado en los bolsillos de los presuntos héroes que habían capturado a Mussolini y a los jerarcas. Y los garibaldinos no se habían contentado con hacerse ricos a costa del erario. Dos partisanos, un hombre y una mujer, murieron a manos de sus compañeros tras la Liberación porque habían asistido al reparto del botín y amenazaban con explicarlo.[54]

El 10 de febrero de 1947, desde Milán, el fiscal general militar Leone Zingales mandó que se realizaran en la región de Como numerosas detenciones relacionadas con los sucesos de Dongo: era el comienzo de un *affaire* que se prolongaría durante una década, hasta la celebración en Padua, en 1957, de un proceso tan esperado como inútil.[55] Pero más allá de

sus aspectos judiciales, el *affaire* era una guerra mediática con implicaciones claramente políticas. Desde septiembre de 1946, la más importante revista neofascista del Norte, *Il Meridiano d'Italia*, dirigida por Franco De Agazio, había lanzado una campaña de prensa sobre los «misterios de Dongo».[56] No solo sobre la desaparición del tesoro, sino también sobre la muerte de Mussolini. Y sobre la identidad del justiciero del Duce, que los dirigentes del PCI siempre se habían negado a desvelar tanto por razones de seguridad, como para alimentar el mito de un Mussolini muerto no a manos de uno sino a manos de todos, ajusticiado por la voluntad común de los italianos. Buscando y rebuscando, los periodistas de *Il Meridiano d'Italia* consiguieron publicar documentos que permitían identificar al coronel Valerio: un oscuro comunista de Alessandria, Walter Audisio.[57]

Haciendo de necesidad virtud, el 21 de marzo la secretaría del PCI decidió mostrar *urbi et orbi* al contable con la boina que había liberado a Italia del Duce, y que merecía por ello —más que nadie— una medalla de oro al valor militar.[58] Sin embargo, la aparición de Audisio ante el pueblo comunista, el 30 de marzo en Roma, se produjo cuando los golpes más mortíferos del *affaire* ya habían sido asestados. Hábilmente orquestada por el neofascista De Agazio en *Il Meridiano d'Italia* y ávidamente recogida por la prensa anticomunista, la campaña sobre el coronel Valerio y el oro de Dongo acabó por poner en jaque la estrategia de Togliatti de una apertura hacia los «hermanos de camisa negra», el viejo proyecto de acoger en las filas del partido a un número más o menos importante de ex fascistas.[59] En febrero de 1947, una contracampaña de prensa promovida por *L'Unità* abrió entre comunistas y neofascistas una brecha mucho más difícil de colmar porque la primicias periodísticas se preparaban con métodos arriesgados:

con tácticas de infiltración que podían costar caras a los cronistas, en una época que seguía siendo de gatillo fácil.

Tres días después de las detenciones en la región de Como ordenadas por el fiscal Zingales, la edición nacional de *L'Unità* empezó a publicar por entregas una «gran investigación» firmada por un destacado periodista del diario comunista, Riccardo Longone, y titulada «La coda del mostro». «Durante unos meses», explicaba el titular de lanzamiento, «un redactor de *L'Unità* ha conseguido introducirse en la organización clandestina neofascista. Ha participado en reuniones, ha recibido encargos y ha establecido contactos en Milán, Florencia, Roma y Nápoles.»[60] Al día siguiente, viernes 14 de febrero de 1947, la edición piamontesa de *L'Unità* publicó una investigación idéntica en cuanto al título y al método, pero basada en la infiltración de otro periodista, Manfredo Liprandi, en otros ambientes del neofascismo italiano: «Un colaborador nuestro ha estado en la cárcel de Aosta para convertirse en un dirigente neofascista», «a partir del domingo, las revelaciones en *L'Unità*, sin temor a los prometidos tiros en la nuca de estos organizadores neofascistas».[61] Al día siguiente, sábado 15 de febrero, un segundo titular despertaba aún más la curiosidad de los comunistas piamonteses: «Es la única investigación sobre el neofascismo acompañada de documentos, claves y fotografías. La única que descubre hasta el fondo los bastidores y la organización de los traidores».[62]

Y aquí es donde entra en escena de nuevo Edilio Cagni. Un protagonista de la investigación de Liprandi: personaje luciferino que va y viene en las seis entregas sobre la cola del monstruo publicadas por la edición piamontesa de *L'Unità*, tejedor de tramas neofascistas tendidas por todo el Noroeste. En la primera entrega, al frente de la reproducción fotográfica del organigrama de una división clandestina establecida en Turín y llamada «Monte Rosa», figuraba la indicación manuscrita: «Cagni Edilio». En el

texto del artículo aparecían las explicaciones de Guido Piovano, ex partisano amigo de Liprandi que aprovechó un tiempo pasado en la cárcel de Aosta para ganarse la confianza del ex teniente Redi: «El comandante es Soñador Itálico. “Un tal Edilio Cagni, dijo Guido, que ya tuve ocasión de conocer en un encuentro celebrado en el Dock Milano”», conocido hotel de Turín.[63] El propio Cagni le entregó a Guido, durante una reunión en la sede turinesa del Fronte dell’Uomo Qualunque, una clave para las retransmisiones radiofónicas. «La sacó, junto con un cuaderno, de una bolsa de piel que estaba repleta de fajos de billetes de mil», explicaba el infiltrado Guido en la segunda entrega de la investigación. Según Liprandi, estos hechos se remontaban al octubre anterior, esto es, al otoño de 1946.[64]

La tercera entrega iba acompañada de una fotografía que ya había aparecido en los titulares de lanzamiento de la investigación: el retrato de un joven de facciones regulares, ojos penetrantes, bigote y perilla a lo D’Artagnan. Pie de la fotografía: «El ex oficial de la “Nembo” Edilio Cagni, que se hace llamar “Soñador Itálico”. Es el comandante de la “plaza” de Turín. Dicen que es un puro…».[65] El 18 de diciembre de 1946, Cagni había sido el anfitrión de Piovano en una cumbre clandestina celebrada en la periferia de Milán, «en una villa en las afueras de Lambrate». A pesar de la «espesa niebla», ambos regresaron de noche a Turín en su Fiat 1100, tras haber escuchado un interminable discurso del ex jerarca Carlo Scorza.[66] Pero a las pocas semanas —en enero de 1947—, las fuerzas del orden llevaron a cabo una operación contra los neofascistas lombardos que sugirió a los afiliados del Piamonte actuar con la máxima prudencia. En la quinta entrega de la investigación, Cagni y los otros comandantes de zona se habían puesto de acuerdo para suspender todas las actividades clandestinas en espera de tiempos mejores. El infiltrado Guido había enviado a Manfredo Liprandi todo el material que había reunido, y

Liprandi se lo había entregado al «Comisario de Turín, que lo examinó detenidamente».[67]

El autor del reportaje sobre la cola del monstruo en Piamonte no era en absoluto un recién llegado a la prensa escrita ni a la lucha política. Bajo la ocupación alemana de Turín, había trabajado incansablemente en la edición clandestina de *L'Unità*,[68] y tras la Liberación se había implicado personalmente en la caza de criminales de Salò que habían escapado.[69] Décadas más tarde, un viejo cronista experto en estas y otras cuestiones, Giampaolo Pansa, recordaría a Manfredo Liprandi como «el mejor periodista de la crónica negra» que había en la Italia de la posguerra.[70] Por tanto, resulta difícil imaginar que el reportaje de Liprandi sobre el neofascismo piamontés careciera de fundamento, y resulta difícil creer que el experto periodista se equivocara sobre la identidad de «Soñador Itálico», alias Edilio Cagni. Lo que ocurre es que ese Cagni, entre octubre de 1946 y enero de 1947, debería haber estado en otro lugar que nada tenía que ver con claves y fajos de billetes en una bolsa en el hotel Dock Milano, ni con la sede turinesa del Fronte dell'Uomo Qualunque, ni con una villa del extrarradio milanés: debería haber estado en la celda de una cárcel patria.

NUESTRO BASTARDO

Pena de muerte por fusilamiento por la espalda: esta era la condena de Edilio Cagni, dictada el 4 de mayo de 1946 por el Tribunal Penal Extraordinario de Aosta. Su abogado de Turín, Vittorio Chauvelot, presentó inmediatamente un recurso ante el Tribunal de Casación, alegando que no se había escuchado a algunos testigos de descargo, que se habían confundido los tipos de delito y no se habían tenido en cuenta las

atenuantes. Y el 12 de noviembre, cuando se esperaba que llegara de un momento a otro la sentencia del Tribunal de Casación, el defensor de Cagni en Roma, el abogado D'Amico, presentó una solicitud de última hora pidiendo a los magistrados del Tribunal Supremo que, ante la posibilidad de un traslado, el proceso no «se celebrase en el Piamonte, sino a ser posible lejos del Piamonte (Lazio, Umbría, Nápoles, etc)», por sospechas legítimas respecto al tribunal de Aosta.[71]

La defensa de Cagni adoptó por tanto el razonamiento seguido por la mayoría de los defensores de los fascistas procesados por colaboracionismo: si el Tribunal de Casación aceptaba el recurso interpuesto contra la sentencia en primera instancia, era importante que el nuevo juicio se celebrase lejos de los lugares donde su asistido era acusado de haber cometido los crímenes de guerra. Lejos de la sed de venganza de las víctimas. Lejos de los jurados populares sometidos a los excombatientes locales de la Resistencia. El 12 de noviembre, el abogado D'Amico solicitó al Tribunal de Casación que considerara la aplicación de la legítima sospecha en particular al caso de Cagni, «actualmente trasladado… a la cárcel de Civitavecchia», por orden del Ministerio de Gracia y Justicia, «por motivos de seguridad»: para apartarlo de un ambiente que se había vuelto demasiado peligroso para él. «No sería posible devolver a Cagni al Piamonte, donde los partisanos no le perdonan que les hubiera tendido la conocida trampa y han amenazado con lincharlo.»[72]

Reunida en sesión aquel mismo 12 de noviembre de 1946, la sección segunda de lo penal del Tribunal Supremo aceptó gran parte de las peticiones de los abogados de Cagni. Aun reconociendo al acusado culpable de inteligencia con el enemigo, anuló la sentencia de primera instancia por falta de motivación en las atenuantes: en la sentencia, el Tribunal Extraordinario de Aosta no había justificado suficientemente el rechazo de

la petición del abogado defensor de conceder a Cagni las atenuantes de haber intentado moderar la actividad criminal de los nazifascistas. Además, el Tribunal Supremo dispuso el traslado de Cagni a un tribunal penal especial (ese es el nombre con que ya se designaban los tribunales penales extraordinarios) distinto del originario. El nuevo juicio tendría lugar en Perugia.[73] En aquella Umbría que precisamente el abogado defensor de Cagni había señalado como región del agrado de su cliente. A quinientos kilómetros de distancia del Piamonte y más aún del valle de Aosta.

Sin embargo, queda por explicar cómo Edilio Cagni, oficialmente trasladado de la penitenciaría de Aosta a la de Civitavecchia porque estaba amenazado de venganza por los ex partisanos, podía al mismo tiempo impulsar fuera de las rejas, con el nombre en clave de «Soñador Itálico», una formación clandestina de extrema derecha. Cómo podía durante el invierno de 1946-1947, según la reconstrucción hecha por un reportero comunista, ocupar incluso el cargo de comandante de la plaza neofascista de Turín. Excluyendo *a priori* la hipótesis de una homonimia, quedan dos posibilidades. La primera: que el periodista Manfredo Liprandi y su hombre de confianza Guido Piovano se equivocaran al identificar en Soñador Itálico un alias de Cagni. Sin embargo, en este caso, quedaría por explicar el hecho de que el organigrama manuscrito del «Monte Rosa» publicado por *L’Unità* señalara precisamente a «Cagni Edilio» como el jefe de la división secreta turinesa. Segunda posibilidad: Soñador Itálico era efectivamente Cagni, que por alguna razón tenía derecho a salir de las penitenciarías de la República italiana y a hurgar en el *demi-monde* del neofascismo clandestino.

Esta segunda posibilidad es mucho menos fantasiosa de lo que a primera vista pueda parecer. Personalmente, creo más bien probable que las cosas fueran así: que el ex falso teniente Redi, condenado a muerte por colaboracionista en mayo de 1946, pudo —durante algún tiempo después de

la condena— circular en libertad por la Italia libre infiltrándose en formaciones clandestinas de extrema derecha. Mi convicción se basa en documentos de archivo que atestiguan de forma inequívoca que el ex teniente Redi había circulado en libertad por la Italia libre ya antes de ser condenado a muerte: durante el otoño de 1945, cuando estaba detenido en Turín en espera de juicio. Al menos entre octubre y noviembre de 1945, Edilio Cagni colaboró con los servicios secretos americanos —con la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS por sus siglas en inglés)— como agente provocador infiltrado entre nazifascistas huidos. Y para colaborar con la mayor eficacia, obtuvo la excarcelación y la autorización para moverse (casi) libremente desde el Piamonte a Emilia y de Emilia a Liguria. Si pudo hacerlo entonces, ¿por qué no podría hacerlo también después?

Recordemos lo que declaró un capitán del Ejército Real, Salvatore Balestrieri, ante el Tribunal Penal Extraordinario de Aosta el día de la vista oral del proceso Cagni, el 4 de mayo de 1946. Recordemos el testimonio de descargo según el cual el ex teniente Redi había colaborado con la División Cremona, tras la Liberación, ya sea para dar caza a una tal baronesa Von Hodenberg «dirigente de la Gestapo», o para intentar recuperar una «cantidad de lingotes de oro del Ministerio del Interior y del famoso Zerbino». Los responsables de la División Cremona decidieron excarcelar a Cagni para que tuviera la «necesaria libertad para llevar a caso sus pesquisas»: y Cagni no aprovechó esta circunstancia para huir. Recordando este testimonio, decidimos tomarlo en serio. Renunciamos a preguntarnos (por el momento) qué pudo descubrir Cagni en 1945 sobre los lingotes de oro del Ministerio del Interior, y tratemos de esclarecer más el asunto de la dirigente de la Gestapo: quién era la llamada baronesa Von Hodenberg y de qué modo podía contribuir Cagni a su detención.

La baronesa Von Hodenberg se llamaba en realidad Elisabeth Petsel.

Nacida en Bremen en 1898, tenía poco más de cuarenta años en 1941, cuando se estableció en Nápoles como agente de la Abwehr, la agencia de espionaje militar alemán, con la misión de reclutar confidentes en Italia.[74] Alta, delgada, rubia, con ojos azules y un ligero toque de maquillaje, parecía la encarnación de la mujer nórdica llegada por casualidad a orillas del Mediterráneo. Hablaba bien el italiano, y con acento alemán el francés y el inglés. Se ocultaba tras una variedad de nombres ficticios, pero el contraespionaje americano la conocía sobre todo como «Annabella».[75] Hasta la primavera de 1944, estuvo reclutando informadores para la Abwehr entre Nápoles y Roma; luego se trasladó a Florencia, donde convirtió a un colaboracionista italiano, el capitán Aldo Vannini, en su brazo derecho y su amante. Huyendo del avance militar de los Aliados, se trasladaron los dos a Milán en otoño de 1944. Vivieron entre los terciopelos y damascos del hotel Diana, en viale Piave, los últimos días del nazifascismo, y buscaron la salvación huyendo hacia el lago de Como.[76]

En el entorno de Annabella se movía un suboficial del ejército natural de Pistoia, Ugo Perugi, detenido por los partisanos en el verano de 1945 y encarcelado en las Carceri Nuove. Allí fue donde Edilio Cagni, que también había sido detenido por los partisanos y encarcelado en las Carceri Nuove, halló la manera de acercarse a Perugi, se ganó su confianza y ofreció sus informaciones a los servicios secretos americanos gracias a la mediación del capitán Balestrieri, que interaccionaba con la OSS en su condición de agente del servicio de información de la División Cremona. Desde la cárcel, Cagni comunicó que podía descubrir dónde se escondía Annabella y que podía conseguir su captura. A finales de octubre de 1945, oficiales de la OSS ordenaron el traslado de Cagni a una celda de detención de su central turinesa. Los días siguientes, vigilado de cerca por agentes americanos y por el capitán Balestrieri, Cagni embaucó a la mujer de Perugi, una joven

maestra llamada Albertina Porciani, haciéndole creer que se había escapado de las Carceri Nuove y que podía facilitar la evasión de su marido. También le dijo que conocía un camino seguro para escapar a Suiza, y que quería compartirlo con otros nazifascistas perseguidos. Le habló de un tesoro de la República Social oculto en un lugar secreto entre Ginebra y Zurich. La convenció para que partieran juntos tras las huellas de Annabella.[77]

Más tarde, la maestrilla explicaría a los oficiales de la OSS (a quienes les parecía «a stupid young impresionable woman»)[78] que le había impresionado el «aspecto místico, casi ascético» de Cagni, además de su «aparente sinceridad».[79] Lo cierto es que el 7 de noviembre de 1945, en un automóvil puesto a su disposición por los servicios secretos italianos, seguido por un coche con agentes americanos, «the informant» Edilio Cagni y la inexperta Albertina Porciani se dirigieron desde Turín hacia el municipio de Copparo, cerca de Ferrara: allí donde, según creía saber la señora Perugi, se habían refugiado Annabella y el capitán Vannini tras abandonar la región del Como. No los encontraron allí, pero se enteraron por vías confidenciales de que se habían escondido en Carcare, en el interior de Savona. Los dos automóviles partieron después hacia Liguria. El 9 de noviembre, la espía nazi y su amante fueron arrestados en una habitación amueblada de Carcare. Annabella, que se fiaba de la mujer de Perugi, cayó en la trampa que Cagni le había tendido el día antes, con una llamada en la que le garantizaba que la escoltaría hasta cruzar felizmente la frontera suiza. El 12 de noviembre, Elisabeth Petsel y Aldo Vannini fueron entregados al centro de detención de Roma de la OSS, mientras Edilio Cagni permanecía «under protective custody» en la central turinesa de la propia OSS.[80]

No debe sorprendernos la facilidad con que los servicios secretos americanos dispusieron de Cagni en esas circunstancias. Gracias a la

iniciativa del joven jefe James J. Angleton, el margen de autonomía de la sección de contraespionaje en el cuartel general de Roma de la OSS había aumentado de forma desmesurada, en los mismos meses de 1945 en los que la administración de Truman optaba decididamente por una gestión en clave anticomunista de la transición italiana del fascismo a la democracia. El teniente Angleton interpretó la caza de los agentes secretos nazifascistas que todavía actuaban en la península —apodados «stay behind»— como el estadio intermedio para la construcción de una red de grupos paramilitares capaces de proteger Italia de la amenaza de un golpe de Estado filosoviético.[81] Y para lograr ese objetivo, Angleton reclutó ex colaboracionistas incluso de alcurnia, empezando por el jefe de la Decima Flottiglia MAS de Salò, el príncipe Junio Valerio Borghese.[82] Exactamente por aquellos mismos días de noviembre de 1945 en los que las oficinas turinesas de la OSS utilizaban a Cagni para acorralar a Annabella, Angleton lamentaba ante sus superiores que había tenido que entregar a Borghese a las autoridades alemanas tras haberlo mantenido custodiado varios meses: destacaba el gran beneficio que la cooperación en el espionaje del comandante podía aportar a la causa aliada, y recomendaba hacer todo lo posible para evitar que los italianos sometieran a Borghese a un proceso que podría resultarle fatal.[83]

Es un bastardo, pero es nuestro bastardo. En el horizonte de la guerra fría, los americanos pronto actuarían con un cinismo proverbial. Con relación al caso de Borghese, el caso de Cagni resultaba bastante menos significativo. Pero aun en ese caso, pese a su pequeñez, los hombres de la OSS tenían muy claro el objetivo que había que alcanzar. Aunque acusado por varias partes de colaboracionismo, «el Dr. Eligio (Emilio) Cagni» podía resultar un sujeto «of great assistance»: y lo había demostrado propiciando la captura de Annabella. En dos memorandos con fecha 19 y 23 de

noviembre de 1945, las oficinas turinesas de la OSS insistieron ante el cuartel general de Roma. Había que presionar a las autoridades italianas para obtener «the release of Subject», a fin de infiltrarlo a jornada completa en las células de un «suspected Fascist movement developing in the Piemonte and Lombardy Provinces». Si la liberación de Cagni resultara imposible, había que intentar la alternativa de incidir en el resultado del proceso al que debía hacer frente «the Subject» ante el Tribunal Extraordinario de Aosta: «It is requested that your HQ direct a letter with regard to his cooperation to competent Italian authorities, so that it may be taken into consideration at the time of his trial».[84]

¡Cuán fiable era Cagni en opinión de la central turinesa de la OSS! Mucho más fiable que el capitán Balestrieri, cuya conducta con ocasión de la detención de Annabella obligó a los hombres del contraespionaje americano a «slowly break off association with him completely». No solo el oficial de la División Cremona se había embolsado casi la mitad de las 15.000 liras que la OSS le había entregado para los gastos de la misión en Emilia y en Liguria, sino que había intentado quedarse con dos anillos y una pulsera de diamantes requisados a Elisabeth Petsel, además del reloj de oro de Aldo Vannini. Por suerte, la atenta vigilancia de los agentes americanos permitió frustrar el robo. Balbuceando unas palabras de disculpas, Balestrieri tuvo que devolver lo sustraído, y todas las joyas fueron depositadas en la caja fuerte de la OSS. Pero al descubrir este hecho, Cagni también decidió cortar las relaciones con el oficial infiel: «Dr. Eligio Cagni has broken off relations as informant of Capt. Balistrieri».[85] El ex teniente Redi tenía evidentemente una moral que había que respetar.

El lío de las joyas no impidió a Balestrieri, seis meses más tarde, declarar como testigo de descargo en el proceso de Aosta: pero no por ello el Tribunal Extraordinario renunció a dictar contra Cagni una sentencia de

condena a muerte. Lo que sigue ya lo conocemos y, tras haber leído las cartas de la OSS, podrá parecernos menos sorprendente de lo que en un primer momento creíamos: Soñador Itálico, que en otoño de 1946, preso en la cárcel de Aosta, entra en relación con Guido Piovano, enviado secreto del periodista comunista Manfredo Liprandi; Soñador Itálico, que en invierno, pese a estar condenado a muerte, pasea a Piovano en su Fiat 1100 de una a otra reunión de las células fascistas activas entre Turín y Milán. Aparentemente, Cagni engañado por Piovano: incapaz de desenmascarar a este último como agente provocador, un infiltrado de *L'Unità*. En realidad, Piovano y Liprandi engañados por Cagni: incapaces de desenmascarar a este último como agente provocador, un infiltrado de la OSS.

La documentación de archivo a la que he podido acceder no permite decir cuánto duró el juego del Soñador Itálico, dentro y fuera de las cárceles italianas, como informador de los servicios secretos americanos. Tampoco puede excluirse que precisamente la investigación de *L'Unità* piamontesa sobre la cola del monstruo, lanzando (literalmente) a Edilio Cagni a la primera página, acabase quemando la nueva carrera de espía del ex teniente Renato Redi. Seguramente, la aceleración del invierno 1946-1947 en el escenario italiano y en el internacional —la precipitación de la posguerra en guerra fría—[86] hizo que se volvieran especialmente peligrosos ciertos juegos de roles y ciertas tramas inextricables entre lucha política, periodismo de investigación y planes subversivos. Lo comprobó en sus propias carnes Franco De Agazio, el director del *Meridiano d'Italia*, el que a partir de septiembre de 1946 orquestó la campaña de prensa neofascista sobre el «oro del Dongo» y el coronel Valerio.

A De Agazio lo mataron dos asesinos en una calle de Milán la noche del 14 de marzo de 1947. El crimen tuvo una enorme resonancia, y los periódicos según su tendencia se inclinaban unos por un ajuste de cuentas

dentro del neofascismo, otros por una venganza de los comunistas y otros incluso por una *connection* internacional: la mano de agentes estadounidenses o la de agentes soviéticos o yugoslavos.[87] Hoy parece comprobado que a De Agazio lo mató un comando de la llamada Volante Rossa, ex partisanos de la región de Milán que querían castigarlo por haber denigrado a la Resistencia.[88] Pero inmediatamente resultó evidente que el director del *Meridiano d'Italia* no se ocupaba solo de periodismo político, sino que también estaba implicado (o se pretendía implicarle) en tramas diplomático-militares. La noche de su muerte, De Agazio llevaba en el bolsillo una carta con fecha del 1 de febrero en la que el secretario del Movimiento Social Italiano, Giorgio Almirante, le rogaba que llevara a cabo un «misión urgente e importantísima»: coordinarse con los neofascistas de Turín —y con el arzobispo de la ciudad, el cardenal Fossati— para que se crearan en el Piamonte escuadrones secretos de acción anticomunista.[89]

VIII

El viento del perdón

En el puerto de las brumas

La investigación de *L'Unità* sobre la cola del monstruo y Soñador Itálico hacía quince días que había terminado cuando Edilio Cagni entró en la sala de audiencias del tribunal de Perugia para afrontar un nuevo proceso como «acusado de colaboración y espionaje».[1] Era el 17 de marzo de 1947. Y como ya había sucedido en Aosta diez meses antes, la vista oral fue rápida, rapidísima: se abrió a las nueve de la mañana, se cerró con una sentencia a las ocho de la noche. Pero a diferencia de Aosta, donde había habido decenas de testigos, la vista de Perugia también fue rápida debido a la ausencia casi total de testigos. De los treinta que habían sido citados, solo uno se presentó en la sala, Ferdinando Trombin de Casale Monferrato. Todos los otros faltaron a la cita, ya fueran testigos de la acusación o de la defensa: diecisiete vecinos de Verrès, algunos habitantes de los valles de Issime y Gressoney, Lino Binel, ingeniero en Aosta, los turineses Guido Bachi, Aldo Piacenza y Camillo Reynaud, Giuseppe Barbesino de Giarole Monferrato, la casalesa Maria Carrera y el capitán del ejército Salvatore Balestrieri.

Si diéramos crédito a los certificados médicos recibidos por el Tribunal Penal Especial en vísperas del proceso, deberíamos deducir que en marzo

de 1947 el noroeste de Italia estaba afectado por una pandemia. «Gripe con complicaciones broncopulmonares», «dolores reumáticos», «fiebre gripal», «parálisis progresiva tabética», «graves motivos de salud», «forunculosis», «bronquitis gripal», «fiebre gripal con complicaciones broncopulmonares», «ciática», «grave cardiopatía»: se podría escribir un tratado de patología general. Distinta —*una tantum*— era la justificación por la ausencia de Riccardo Avetta, valdostano de Issime: «Es el único panadero de este municipio y no hay quien le sustituya durante el tiempo que se requiere para ir a Perugia». Recién licenciado en derecho, también Aldo Piacenza justificó su ausencia alegando razones no clínicas: «A causa del examen de oposición». En cambio, sí estaban afectados por la pandemia dos ex partisanos que habían sido de los acusadores más tenaces y severos en el primer proceso. Giuseppe Barbesino estaba «en la cama enfermo de ciática». Guido Bachi envió no un certificado médico, sino una carta manuscrita: «Siento mucho tener que comunicar que me es imposible comparecer en el juicio por verme obligado a guardar cama a causa de un grave proceso gripal».[2]

En la Italia de 1947, la ciudad de Perugia distaba del noroeste más de los cientos de kilómetros que indicaba la escala de un mapa. Las comunicaciones ferroviarias seguían siendo problemáticas, por no hablar de las comunicaciones por carretera. Para presentarse en el juicio en Perugia el lunes 17 de marzo de 1947, un testigo residente en el Piamonte o en el valle de Aosta debía calcular —entre ida y vuelta— unos tres o cuatro días de viaje. Y ese era exactamente el tipo de cálculo que hacían los abogados defensores de los acusados de colaboracionismo, cuando presionaban al Tribunal de Casación para que los procesos se repitieran lejos de las sedes judiciales donde se habían celebrado los juicios en primera instancia: metiendo algún Apenino por en medio, los crímenes de guerra de los

republicanos de Salò serían evaluados por jurados populares menos sensibles a la demanda local de justicia, serían evocados en la sala sin apenas testigos. De esos crímenes hablarían el acusado, los magistrados y los abogados. Ya no las víctimas.

¿Crímenes? Al acusado Cagni no le parecía que esta fuese la palabra adecuada para definir su actuación en tiempos de la República de Salò. Invitado por el presidente del Tribunal Especial de Perugia a que expusiera sus justificaciones, el ex teniente Redi confirmó «íntegramente» lo dicho en interrogatorios anteriores, la línea de defensa que había definido y mantenido desde el verano de 1945: tanto en el valle de Aosta como en el Piamonte había interpretado con benevolencia el papel de funcionario de la República Social. Y si en la sala de Perugia no había testigos de descargo era tan solo porque habían sido tantas las personas a las que había favorecido que le había faltado tiempo —en aquella época— para anotar los nombres de todas, y tampoco «pudo prever lo que le sucedería posteriormente». Sí, en realidad era difícil entender cuáles eran los orígenes del equívoco, el *quid pro quo* por el que Cagni, después de la Liberación, había acabado metido en el saco infamante de los acusados de colaboracionismo.[3]

Algunas víctimas, pese a renunciar a comparecer en Perugia como testigos de la acusación, presentaron ante el Tribunal Penal Especial una declaración escrita para que se leyera en la sala. Pero una cosa era escuchar determinadas cosas de forma indirecta, en la voz profesional de un magistrado o de un secretario judicial, y otra cosa era escucharlas de viva voz de las víctimas. Escuchar cosas como las que había escrito al fiscal general, el 12 de marzo de 1947, «Carrera Maria madre del partisano Giuseppe caído en la guerra de liberación, a manos del acusado Cagna». El relato sobre el joven hijo que de regreso a Casale desde el valle de Ayas se

había mostrado «preocupado» porque en la banda de Arcesaz se había introducido «un tal Cagna de apariencia sospechosa». El relato de la traición y del rastreo: «Mi hijo, tras haber resistido a ultranza, caía herido en sus manos y acababa asesinado». El relato del viaje de la madre a Brusson para recuperar el cuerpo de Giuseppe, y del subteniente de los carabineros de Verrès que confidencialmente se lo había confirmado todo, «el asesino de mi hijo era Cagna».[4]

Esta es la versión de los hechos que la señora Carrera quiso dar por carta. Tal vez porque confiaba —ingenua— en que fuera suficiente. Confiaba en que los juicios umbros se limitarían a seguir las huellas de los juicios valdostanos, que repetirían el ritual expiatorio del año anterior: «Ya estuve presente en el proceso de Aosta donde Cagna fue condenado a muerte justamente y ante mis acusaciones bajó la cabeza en señal de aprobación». O tal vez porque —lúcida— ya se había resignado. Porque sabía que la presencia en Perugia de una *mater dolorosa* no marcaría ninguna diferencia, que no podría incidir en el cambio de clima que hacía la Italia de marzo de 1947 tan distinta de la de mayo de 1946. Ahora ya una República, es cierto. Y una República «nacida de la Resistencia», como ya proclamaban los bienintencionados. Pero una República que muchos italianos (¿la mayoría?) preferían ya contemplar desvinculada de los acontecimientos trágicos que propiciaron su nacimiento. Desligada de la Guerra Civil. La había traído la cigüeña.

Al margen de las dificultades materiales que hacían problemático un viaje desde el Norte hasta Umbría, probablemente numerosos testigos de cargo del segundo proceso Cagni recurrieron a un certificado médico por esta razón. Porque eran conscientes del cambio de clima. Percibían que había amainado el viento del norte y se había reforzado el viento del sur, y no se hacían ilusiones sobre el microclima del tribunal de Perugia: lejos de

todos los mares y sin embargo puerto de las brumas. En esas circunstancias, mucho más quijotesca debería parecernos la figura del empleado casalés Ferdinando Trombin, el único testigo citado que el 17 de marzo de 1947 se presentó efectivamente en la sala de audiencias. Renuente a la leva de 1925, Trombin, junto con los dos Giuseppe de via Mantova —Carrera y Sogno—, protagonizó las incursiones del otoño de 1943 desde el Monferrato al valle de Ayas. Detenido en el rastreo del 13 de diciembre, fue deportado a Alemania. Ya había declarado contra Cagni en el proceso de Aosta: ahora estaba en Perugia para cargar las tintas. Sí, porque el 13 de diciembre en el valle de Ayas, sostuvo Trombin ante el tribunal, además del de Carrera, que «al verse perdido, se mató», hubo «siete asesinatos, entre los cuales se encontraban dos prisioneros ingleses y tres judíos».[5]

Evidentemente, Trombin erraba un poco en todo. Erraba al cultivar la leyenda del suicidio heroico de Carrera, puesto que su joven compañero de resistencia (incluso su madre lo sabía) había sido asesinado. Y erraba al sostener que el rastreo del 13 de diciembre de 1943 había dejado en el campo otros siete muertos. Sin embargo, para mí hay algo maravilloso en la figura de ese quijotesco joven casalés de veintiún años que un día de marzo de 1947, luchando contra los molinos de viento de la anti-Resistencia, quiso dar testimonio en la sala de Perugia en nombre también de tres víctimas de Cagni que aquel día no estaban. Tres judíos deportados a Auschwitz a consecuencia de la traición del teniente Redi, dos de los cuales —Primo Levi y Luciana Nissim— tuvieron la suerte de regresar de Polonia. Ninguno de los tres fue asesinado en el valle de Ayas: y si Trombin estaba pensando en ellos al dar su testimonio, a sabiendas o no declaró en falso. Pero a través de él y gracias a él, aquel día en Perugia en cierto modo habló también Vanda Maestro, muerta en la cámara de gas de Birkenau en octubre de 1944.

Era ya la una. «En este punto, y siendo ya tarde, se suspende la sesión que será reanudada a las 16 horas de hoy»: así lo recoge el acta de la vista oral, como diciendo que había llegado el momento de ir a comer. Cuando el presidente reabrió la sesión por la tarde y dio la palabra a la acusación para la requisitoria final, el fiscal pidió al tribunal que reconociera al acusado las atenuantes genéricas, y que convirtiera la condena a muerte pronunciada en primera instancia en una condena a treinta años de reclusión, con la condonación de un tercio de la pena.[6] El abogado defensor D'Amico pidió el sobreseimiento por prescripción de los delitos atribuidos, argumentando que la amnistía Togliatti era aplicable a Edilio Cagni.[7] Luego el jurado se reunió para deliberar: estaba compuesto por dos magistrados y por cinco jueces populares. El fallo recogió exactamente las peticiones del ministerio fiscal. Reconoció a Cagni las atenuantes genéricas y el Tribunal Penal Especial de Perugia lo condenó a la pena de treinta años de reclusión, de la que le condonaban diez.[8] Al día siguiente, el abogado D'Amico interpuso recurso ante el Tribunal de Casación.[9]

Un tiempo histórico

Quién sabe si Primo Levi y Luciana Nissim tuvieron pronta noticia de la sentencia de Perugia contra «el hombre que nos había traicionado», según las palabras añadidas por Levi al texto mecanografiado de *Si esto es un hombre*.[10] Y quién sabe si les afectó la suerte de Cagni tanto como el año anterior, cuando viajaron de Turín a Aosta para declarar en el proceso en el que había sido condenado a muerte. Probablemente, los dos supervivientes de Auschwitz llevaban una vida privada y profesional cada vez más plena, de modo que disponían de menos tiempo para rumiar sobre el comienzo

«turbio y desesperado» de la Resistencia. Luciana Nissim tenía un cargo directivo (igual que su marido, Franco Momigliano) en la Olivetti de Ivrea.[11] Primo Levi se había prometido con una joven de su edad, Lucia Morpurgo, y trabajaba como químico en una fábrica del extrarradio de Turín. Había terminado de escribir *Si esto es un hombre*, había pasado por la amargura de ver el desinterés de la editorial Einaudi, pero finalmente había encontrado un editor en la casa De Silva, dirigida por un perspicaz intelectual antifascista como era Franco Antonicelli.[12] Levi empezó a publicar un avance de los primeros capítulos del libro en un semanario comunista de Vercelli, *L'Amico del Popolo*, dirigido por su viejo compañero Silvio Ortona, que entretanto se había casado con Ada Della Torre.

El primer capítulo que salió, el 29 de marzo de 1947, fue «El viaje», que también sería el primero del libro que estaba en imprenta.[13] Y exactamente por aquellos mismos días, Levi renunció a realizar un viaje que le habría llevado de nuevo a Polonia, aunque ahora como hombre libre y como testimonio. Se estaba celebrando en Varsovia el proceso contra Rudolf Höss, el oficial de las SS que estuvo al mando del campo de Auschwitz. «En el banquillo de los testigos se suceden supervivientes de 17 nacionalidades que todavía muestran las huellas de su sufrimiento», refería *La Stampa* de Turín.[14] Tras colaborar con el Tribunal Supremo polaco en la instrucción del proceso, el coronel Massimo Adolfo Vitale, que el año anterior había recogido de manos de Levi y Leonardo De Benedetti el *Informe sobre la organización higiénico-sanitaria del campo de concentración para judíos de Monowitz*, propuso a los dos supervivientes turineses que comparecieran como testigos de cargo. De Benedetti aceptó la invitación. Viajó en tren hasta Varsovia con el propio Vitale y con Enrica Jona, una judía de Asti que en Birkenau fue una de las últimas italianas que vio viva a Vanda Maestro. Declaró en la sala contra el «llamado Höss» por

«los horrores y las infamias» de que había sido «testigo y muchas veces víctima».[15] Saboreó, tal vez, la condena a muerte de Höss, pronunciada el 2 de abril y ejecutada en Auschwitz el 16. No se sabe por qué razón, Primo Levi decidió no ir.[16]

Los procesos contra los criminales de guerra nazifascistas se veían muy influidos por el contexto nacional e internacional en el que se celebraban. En Polonia, aplicar castigos rigurosos contra los mayores criminales del Tercer Reich que habían escapado de la justicia de Nuremberg también era un modo de enmascarar la ayuda que, bajo la ocupación alemana, el pueblo polaco había prestado directa o indirectamente a la Solución Final del problema judío.[17] En Italia, los procesos judiciales contra los alemanes acusados de los más graves crímenes de guerra cometidos en el territorio de la península se consideraron competencia de los Aliados: en concreto, de tribunales militares británicos. Y estuvieron fuertemente condicionados tanto por la geopolítica de la incipiente guerra fría, que hacía que las potencias occidentales fueran menos severas con los criminales de guerra alemanes de lo que lo habían sido hasta Nuremberg, como por la voluntad del gobierno italiano de evitar que los Aliados procesaran a altos oficiales del Ejército Real responsables de crímenes de guerra en los Balcanes.[18]

Así pues, en la Italia de la primavera de 1947 —mientras el primer ministro democristiano Alcide De Gasperi, apoyado por Washington, se disponía a excluir a los socialcomunistas del equipo de gobierno— podía parecer que la aplicación de la justicia a los criminales nazifascistas tenía que mostrar una clemencia de hecho, si no de derecho. El 6 de mayo, un tribunal militar británico reunido en Venecia dictó sentencia contra Albert Kesselring, el mariscal general de la Luftwaffe que había estado al mando de las tropas alemanas en el Mediterráneo: condena a muerte por fusilamiento por la espalda para el hombre que había sido declarado

culpable, entre otros crímenes, de las matanzas de las Fosas Ardeatinas. Pero ya el 29 de junio, después de que el gobierno italiano comunicara a los británicos que consideraba la pena de muerte una «praxis fascista» abolida por la Italia nueva, y después de que Winston Churchill comunicara a Londres que la sentencia de Venecia le parecía escandalosamente dura, la pena capital contra Kesselring fue conmutada por cadena perpetua.[19]

«La muerte para Kesselring conmutada por cadena perpetua»: en *La Stampa* la noticia no ocupaba más de veinte líneas. Y si un breve suelto era suficiente para el mariscal Kesselring, encarnación del terrorismo alemán en la Italia ocupada, *a fortiori* los periódicos ignoraban los pronunciamientos de los tribunales penales especiales que iban rebajando, una tras otra, las penas impuestas a los colaboracionistas en los procesos de primera instancia: o bien las anulaban del todo, devolviendo la libertad a los fascistas. Si la clemencia con Albert Kesselring no era noticia, ¿cómo iba a serlo la clemencia con Cesare Augusto Carnazzi? Condenado a cadena perpetua en octubre de 1945, el ex prefecto de Aosta y de Asti había presentado un recurso en el Tribunal de Casación. En noviembre de 1946, el Tribunal Supremo aceptó el recurso por los múltiples defectos que presentaba la sentencia de primera instancia, y lo remitió para un nuevo examen al Tribunal Penal Especial de Milán. El 22 de mayo de 1947, este último consideró que podían aplicarse al acusado los beneficios de la amnistía Togliatti y ordenó la inmediata excarcelación de Carnazzi. La sentencia fue firme el 28 de junio: desde aquel día y para el resto de su vida el abogado de Bérgamo fue un hombre libre, aunque durante un par de años todavía estuvo en el punto de mira de algún policía.[20]

En Perugia, el 17 de marzo, la defensa de Edilio Cagni también pidió la aplicación de la aministía Togliatti. El Tribunal Penal Especial rechazó la petición, dando por probado «el delito de colaboracionismo militar, en sus

distintas formas, con muertes y saqueos […] que constituyen un impedimento para la aplicación de la aministía». El tribunal de Perugia le concedió, no obstante, las atenuantes. Concretamente —como quedó claro el 31 de mayo, cuando se conocieron las motivaciones de la sentencia—, los miembros del jurado popular de Perugia reconocieron a Cagni el mérito de haber proporcionado «informaciones muy interesantes para la identificación y detención de la dirigente de la Gestapo en Italia», y por el intento de «recuperación de lingotes de oro del Ministerio del Interior de la República Social». El ex teniente Redi se benefició además de la cláusula del decreto sobre la amnistía que preveía la reducción automática de un tercio de las penas superiores a cinco años: de este modo, su pena de prisión de treinta años quedó reducida a veinte.

El abogado Domenico D’Amico descendía de una ilustre familia de tradición liberal.[21] Por eso sorprende aún más el carácter ideológico de los documentos que preparó entre la primavera y el verano de 1947 para fundamentar el recurso de Cagni en el Tribunal de Casación contra la sentencia de Perugia. En la Italia nacida de la Resistencia ya era posible aducir una gran variedad de motivos no solo legales, sino culturales, para redimensionar la gravedad de los crímenes nazifascistas: para contribuir, según la denuncia de Piero Calamandrei, a una cultura del «desestimiento».[22] Por supuesto, D’Amico hacía su trabajo al subrayar la falta de pruebas que permitieran atribuir de modo inequívoco a Cagni la ejecución material de muertes y saqueos. ¿El homicidio de Carrera? Ni siquiera el Tribunal Extraordinario de Aosta había establecido que Cagni hubiera participado personalmente en él. ¿Los rastreos en el Canavese? El Tribunal Penal Especial de Perugia no había hecho nada para comprobar que hubiesen provocado víctimas susceptibles de ser imputables a Cagni. En último término, D’Amico hacía su trabajo incluso cuando alegaba la

«buena disposición de Cagni».[23] Pero el abogado defensor iba más allá, por así decirlo, cuando enumeraba las consideraciones que «POR SÍ SOLAS» deberían haber impulsado al tribunal de Perugia a mostrarse clemente con su asistido: «LOS ÓPTIMOS ANTECEDENTES, LA JUVENTUD, y sobre todo EL TIEMPO HISTÓRICO en el que deben enmarcarse los hechos de los que se ha considerado responsable a Cagni».[24]

Un tiempo histórico: así podía definirse sin duda, en términos generales, el contexto en el que se había librado en Italia la guerra de liberación de 1943-1945. Sin embargo, también era un tiempo histórico el italiano de 1947, en el que abogados como D'Amico libraban con las herramientas que les proporcionaba su oficio una nueva guerra de liberación, la «guerra de liberación (de la cárcel)». Esta es la acusación lanzada por un ex partisano y magistrado piamontés, Carlo Galante Garrone, en *Il Ponte* de Calamandrei, en una reseña sobre la manera en que el Tribunal de Casación había ido vaciando progresivamente de significado el decreto ley del 22 de abril de 1945 sobre los delitos de colaboración con los alemanes. Aferrándose a los defectos técnicos de las sentencias dictadas por los tribunales penales extraordinarios, el Tribunal Supremo había construido un edificio jurídico que tenía como único objetivo la anulación de las responsabilidades más graves del fascismo, y cuyo único resultado era la liberación de los criminales de guerra.[25]

«¿Qué prefecto no pudo probar que había actuado, quizá solamente durante una hora a lo largo de los veinte larguísimos meses de terror, en contra del deber que le imponía la alianza con los camaradas alemanes?»: al haber seguido de cerca el proceso judicial de Cesare Augusto Carnazzi, no nos cuesta trabajo entender por qué la pregunta de Galante Garrone era una pregunta retórica.[26] Por otra parte, precisamente porque hemos examinado con atención el expediente procesal de Carnazzi sabemos que el

arrepentimiento de un prefecto de Salò duró, en algunos casos, más de una hora en veinte meses. En el caso de Carnazzi, adoptó la forma de una clemencia continuada con algunas figuras del movimiento partisano, y se prolongó hasta el punto de liberar de las garras de los alemanes a un joven judío apátrida como Ladislao Gerber. En cuanto a Cagni, todavía en marzo de 1947 el Tribunal Penal Especial de Perugia, aun concediéndole las atenuantes, rechazó convertirlo en uno de los «rastreadores casuales» («rastreadores que ignoraban qué era un rastreo») contra los que Galante Garrone ejerció su amargo sarcasmo:[27] hasta tal punto el Tribunal Penal de Perugia consideró a Cagni un rastreador no casual que lo condenó a treinta años de prisión sin que hiciera falta siquiera dar el nombre y apellidos de una sola víctima de sus homicidios.

En resumen, había mucho de cierto en la acusación de Galante Garrone contra una magistratura republicana que permitía que, en la Italia de 1947, soplara con demasiado ímpetu el «viento del perdón».[28] Pero también había algo inexacto. Sobre todo había algo que no se había reconocido suficientemente o, en cualquier caso, que no se había dicho: el hecho de que la justicia administrada por los tribunales penales extraordinarios en los meses posteriores a la Liberación —durante casi un año, hasta la amnistía Togliatti— tampoco había sido una justicia independiente, ni inocente. Había sido una justicia política, que pretendió sancionar la transición del fascismo a la democracia a través de una purificación expiatoria. Es decir, una purificación vengativa y a la vez reivindicativa de un nuevo derecho. En este sentido, la clemencia de muchos pronunciamientos del Tribunal de Casación debía considerarse la señal de que se estaba iniciando una nueva era en la historia de Italia: el fin de una época excepcional y revolucionaria y el comienzo de una época burocrática y reaccionaria.

Una prueba más de que los tiempos habían cambiado la tenemos cuando,

a finales de agosto, el Tribunal Penal Especial de Nápoles dictó sentencia contra Carlo Emanuale Basile: el jerarca fascista que había sido diligente prefecto de Génova bajo la ocupación alemana. «En los procesos de carácter político, el tiempo atenúa la gravedad de los sentimientos»: en Nápoles fue el propio fiscal general del Tribunal Especial el que planteó la hipótesis de un nexo entre tiempos y pasiones, al pedir para Basile la aplicación de la aministía Togliatti.[29] El 29 de agosto, el tribunal napolitano declaró que no se debía proceder contra el ex prefecto, porque su delito de colaboracionismo quedaba extinguido por la amnistía. Aquella misma tarde, al conocerse la noticia de la orden de excarcelación de Basile, hubo manifestaciones en la calle tanto en Nápoles como en Génova. Al día siguiente, la Camera del Lavoro de Génova proclamó una huelga general de protesta. En los diarios de toda Italia abundaban los rumores: unos decían que el gobierno se disponía a detener nuevamente a Basile como medida de seguridad, y otros que el ex prefecto de Salò había sido confinado.[30]

Pronto las noticias de Génova tuvieron que dejar espacio a las de Casale Monferrato, donde también había que ajustar cuentas con fascistas condenados por colaboracionismo. A partir del 1 de septiembre de 1947, los antifascistas de Casale hicieron más que una huelga general. Como ya habían hecho el año anterior los rebeldes de Asti de Santa Libera, intentaron recuperar el hilo de la historia empezando de nuevo del 25 de abril de 1945. O empezando incluso del 8 de septiembre de 1943, cuando los más valientes iniciaron en Arcesaz, en el valle de Aosta, la lucha por un mundo libre. Indómitos o ingenuos, resueltos o patéticos, cuatro años más tarde los casaleses intentaron actuar como si la Resistencia no hubiera acabado aún.

Extemporáneo

«Están ya condenados a muerte, […] los principales responsables de todas las canalladas cometidas en esta ciudad»: en los días de la Liberación, incluso un alma cristiana como la del padre Frumento —el rector del colegio casalés de los somascos— esperaba con ansia el fin de los colaboracionistas que más habían destacado bajo la ocupación alemana del Monferrato.[31] Y en efecto, en julio de 1945, siete oficiales y milicianos fueron condenados a la pena capital por el Tribunal Penal Extraordinario de Casale, declarados culpables de la masacre que acabó con la formación partisana de Antonio Olearo: la banda Tom. En un segundo proceso, unos meses después, el Tribunal Extraordinario de Turín confirmó la pena de muerte para seis de los siete fascistas.[32] Pero aunque la sentencia fue confirmada por el Tribunal de Casación,[33] no fue ejecutada. De modo que, aprovechando el nuevo ambiente que se respiraba en Italia en 1947, los condenados decidieron presentar en Roma una petición de gracia.

Contra esta petición se levantó el 1 de septiembre la Casale antifascista: contra el viento del perdón los casaleses intentaron reavivar el fuego de la Resistencia. Y reavivarlo no ya en la montaña, como los rebeldes de Santa Libera, sino en la ciudad: no refugiándose en una fortaleza, sino renovando a las puertas de las fábricas la alianza entre partisanos y obreros que había constituido el elemento más revolucionario de la guerra de liberación. «Mientras hablamos por teléfono, la ciudad está paralizada», informaba el enviado especial de *La Stampa*. Desde primera hora de la mañana, tras el «sonido de las sirenas que anuncia el comienzo de la huelga», los trabajadores abandonaron las fábricas, los cierres metálicos de las tiendas permanecieron bajados. Reunidos en la sede de la ANPI, obreros y partisanos anunciaron que la huelga general continuaría hasta que el presidente de la República, el presidente del Consejo y el ministro de

Gracia y Justicia respondieran a los telegramas en los que se pedía el rechazo de la solicitud de gracia presentada por los criminales casaleses y la ejecución inmediata de las condenas a muerte.[34]

Al día siguiente, los titulares de la portada de *La Stampa* informaban de lo esencial: «Casale ocupada por 1.000 partisanos». Pero los titulares no lo decían todo. Había que leer el artículo para entender hasta qué punto los casaleses estaban buscando que el reloj de la historia de Italia partiera de nuevo de la Resistencia. El enviado especial explicaba que al fondo de la vía en línea recta que conduce al barrio de Oltreponte, viniendo de Turín, había un puesto de control que filtraba el acceso al puente sobre el Po: «En lugar de los guardabarreras, encontramos un grupo de jóvenes con pantalones de trabajo, chaquetas de trabajo y gorras partisanas o cintas tricolor prendidas con una aguja en el cuello. Son los hombres de Rossi». El comandante Rossi de las Brigadas Matteotti («las formaciones y los grados se reorganizaron rápidamente como dos años atrás»), que dirigía la ocupación desde el «puesto de mando» instalado junto a la Camera del Lavoro. Tras laboriosas negociaciones telefónicas, Rossi autorizó a los periodistas a entrar en Casale siempre que fueran provistos del «correspondiente salvoconducto». Y al otro lado del puente, «la calma impresionante» de la ciudad. Fábricas, tiendas, hoteles, oficinas, todo cerrado. Pero detrás de «la quietud y de la soledad» se adivinaba la tensión, una sensación de nerviosismo y de espera.[35]

Un año y medio antes, en enero de 1946, cuando el Tribunal Extraordinario de Turín celebró el segundo proceso contra los criminales de Casale, Francesco Rossi fue el principal testigo de cargo. Rodeado del halo de leyenda de su historia personal y familiar (comandantes partisanos él y su hermano Bruno, mártires partisanos su padre Oreste y su hermano Italo), el capataz de treinta y cuatro años llevó a la sala del tribunal de Turín, en

presencia de mujeres vestidas de luto que lloraban a sus hijos, maridos o hermanos, dos instrumentos de tortura encontrados en la Casa del Fascio de Casale: un par de guantes con ganchos y un látigo metálico.[36] En la Casale de septiembre de 1947, el comandante Rossi y sus hombres ya no tenían intención de delegar la ejecución de una justicia antifascista. «Uno de nuestros acompañantes —cuatro muchachos de la "Italo Rossi"— dice: "Esta vez vamos a poner las cosas en su sitio. Empecemos por los criminales de guerra; tres veces condenados a muerte por el tribunal del pueblo y al final absueltos y puestos en libertad. […] O se hace justicia de verdad o la haremos nosotros".»[37]

Casale no había olvidado. No podía olvidar, explicaba el enviado de *La Stampa*, «aquella fría y brumosa mañana de enero de 1945»: los trece muchachos de la banda Tom alineados contra un muro del polígono de tiro y fusilados por milicianos locales de las Brigadas Negras. Y los cadáveres abandonados en la nieve, y luego las tumbas profanadas, y los retratos arrancados, «las lápidas destrozadas a golpes de bombas de mano». Había llegado el momento de pagar. También los criminales fascistas tenían que acabar en el polígono de tiro, y hasta que el pelotón de ejecución no hubiese apuntado a sus espaldas Casale permanecería ocupada por los partisanos y los obreros. La huelga general proseguiría, en espera de que regresara de Roma una delegación que había partido en el «Rapido» de la tarde y que estaba compuesta por la «madre del caído Italo Rossi», por la madre de un mártir de la banda Tom y por Luigi Cappa, el ex comandante de la 1.ª Brigada Matteotti. Hasta que la delegación hubiese obtenido de las máximas autoridades de la República el compromiso de ejecutar sin más demora el fusilamiento de los fascistas, Casale se mantendría firme, inmóvil y en calma. «Ninguna bravata, ningún canto, ningún gesto.» Los casaleses

no estaban actuando. Estaban luchando, pacíficamente («la ciudad está tranquila»).[38]

El enviado especial de *La Stampa* era un cronista con poca experiencia periodística, pero con una gran sensibilidad política y cultural: Giovanni Giovannini tenía veintisiete años, un duro pasado como internado militar en Alemania,[39] y un brillante porvenir como firma puntera del diario turinés. Hombre de ideales y realista a la vez, Giovannini supo dar con el tono justo para explicar la batalla sin armas de Casale, esta última llamarada de partisanos sin el Sten. Supo hablar de la «tristeza» que se respiraba en Casale ya el 2 de septiembre, cuando la ciudad estaba gobernada por un «comité mixto de partisanos, padres de caídos y obreros». Supo hablar de la esperanza de que la batalla local se extendiera por el territorio nacional: tal vez ya el domingo 7, cuando se reunieran en Barge —en el Cuneese— los partisanos garibaldinos procedentes de todas las regiones de Italia, «con su comandante Barbato». Supo hablar de los hombres reunidos bajo los pórticos de piazza Mazzini o en via Roma, «pacientes en la espera», que preguntaban «de vez en cuando a algún viandante apresurado si había alguna novedad. Y por lo general este se encogía de hombros».[40]

La tercera jornada de huelga general, miércoles 3 de septiembre, fue más movida que la anterior. Eran alentadoras para los casaleses las noticias procedentes del resto del Piamonte: las manifestaciones callejeras organizadas por los partisanos en Alessandria y en Asti, la huelga de solidaridad proclamada en Turín por los obreros de la Lancia, de la Viberti y de la Fiat.[41] Y era alentadora la noticia procedente de Roma de que el ministro de Justicia Grassi se había comprometido con la señora Rossi y el comandante Cappa a emitir una opinión negativa sobre la concesión del indulto a seis criminales fascistas.[42] En cambio, era alarmante la noticia de que el ministro del Interior, Mario Scelba, había ordenado a un batallón

móvil de los carabineros y a unidades de «la Celere» que se dirigieran inmediatamente a Casale. Era más que un rumor: al anochecer, varios centenares de agentes entraron en la ciudad. Entonces, asomado a la ventana del edificio de la ANPI, el secretario Bruno Rossi —un veterano de veinte años— leyó ante el micrófono un mensaje que revelaba una gran crispación. El gobierno de Roma, denunció quien había sido uno de los primeros en entrar en Casale el 25 de abril de 1945, trataba a los partisanos como delincuentes comunes.[43]

El 4 de septiembre, el enviado de *La Stampa* describía la militarización de Casale con la concisa competencia de un ex oficial del Ejército Real: «A través de un portal abierto de via Piave, el del antiguo cuartel Carlo Alberto, se ven esta mañana alineados en el amplio patio numerosos camiones militares, tanquetas, baterías autotransportadas de veinte milímetros y tanques ligeros». Semejante despliegue de fuerzas contribuía a darle a la ciudad un «aspecto de emergencia», y también contribuía a ello el cierre persistente de todas las tiendas a excepción de las de alimentación, abiertas por orden de las autoridades. Por lo demás, todo seguía igual que los días anteriores, con los corrillos de partisanos y obreros delante de la ANPI o de la Camera del Lavoro, y en piazza Mazzini «donde ya nos hemos acostumbrado a escuchar por los altavoces noticias sobre el desarrollo de los acontecimientos». «Cansancio en el aire», como era normal, e impaciencia por el anunciado regreso de la delegación desde Roma. «Los más interesados son naturalmente los trabajadores del sector del cemento, que se encuentran ya en la cuarta jornada de huelga. Por tanto, son cuatro los billetes de mil que pueden perderse, porque, pese a las promesas de los partisanos de que no se perderá ni un céntimo por causa de la huelga, no será fácil obtenerlos de los industriales, que dicen que en este asunto no pintan absolutamente nada.»[44]

En realidad, los trabajadores casaleses no sabían ya ni qué pensar ni qué hacer. En un telegrama dirigido desde Roma a la Camera del Lavoro, la mañana del jueves 4 el secretario general en persona de la CGIL,* Giuseppe Di Vittorio, les sugirió que suspendieran la huelga, ya que el ministro Grassi se había comprometido con la cúpula sindical a dar satisfacción a las peticiones de los insurrectos de Casale. Pero cuando a la hora de comer regresó por fin a la ciudad la delegación enviada a Roma, inmediatamente corrieron rumores de que el compromiso del ministro de Justicia no era en absoluto firme. De ahí que por la tarde siguiera creciendo la tensión en Casale. Y por la noche, en una asamblea convocada para las nueve en la piazza Mazzini, se produjo (según las palabras del enviado de *La Stampa*) un «golpe de efecto». Luigi Cappa, el jefe de las Brigadas Matteotti que había regresado a la ciudad con la señora Rossi, pronunció un discurso que podríamos calificar como mínimo de incendiario.[45]

Cappa, al igual que Bruno Rossi, también era un veterano: un veterano de veintitrés años. Compañero de los muchachos de via Mantova, Giuseppe Carrera y Giuseppe Sogno, había compartido con ellos —entre el 25 de julio y el 8 de septiembre de 1943— la escuela informal de Mario Acquaviva, los cursos acelerados de comunismo internacionalista. Ferroviario de profesión, tras el armisticio Cappa ayudó a Sogno y a Carrera a procurarse sus primeras armas robando un tren militar en la estación de Casale. «Si no vas con los partisanos, no eres un hombre», parece que le advirtió su padre Giuseppe, militante socialista desde la primera posguerra.[46] Por otra parte, Cappa no había formado parte de la banda de Arcesaz. Se había unido a los hermanos Rossi en la primavera de 1944, cuando los supervivientes del valle de Ayas se reorganizaron en el Canavese. Tras los enfrentamientos de Cuorgnè, en los que cayó Italo Rossi, Cappa ascendió rápidamente hasta la cúpula militar de la 1.ª División

Matteotti. Y tras un año de hazañas entre el Canavese y el Monferrato, participó como comandante en la batalla por la liberación de Turín.[47]

Llovía en Casale la noche del 4 de septiembre de 1947, pero no lo suficiente para disuadir a la gente de reunirse en piazza Mazzini para escuchar al comandante Cappa. Allí estaba también Giovannini, el enviado de *La Stampa*: «En Roma, se nos dice, el ambiente es claramente fascista; los partisanos o son ignorados o más bien son considerados bandidos; de los delitos de los bandidos negros parece que no han oído hablar nunca. También en la magistratura de Turín algo huele a podrido: veinte meses ha permanecido arrinconado en la Fiscalía el expediente de los seis criminales». En cuanto al ministro de Justicia, poco había que contar: no era más que un «charlatán», tenía una palabra para las madres de los caídos casaleses, otra para los cronistas de las redacciones romanas y otra para el presidente de la República… «Cada una de estas afirmaciones halla respuesta en la multitud que grita, insulta, silba, maldice. Y a la furia de los hombres parece que quiere unirse la de los elementos: cae una lluvia torrencial, se apaga la luz en toda la ciudad y por tanto enmudece de golpe el micrófono. La violencia de los rayos ilumina de vez en cuando a la gente que trata de guarecerse bajo los pórticos.» A duras penas consiguió Cappa que le oyeran cuando comunicó las últimas decisiones de los jefes partisanos. Se lanzaba un desafío oficial al gobierno de Roma: el fusilamiento de los seis fascistas debía llevarse a cabo en un plazo improrrogable de quince días.[48]

El resto de la historia puede considerarse, según el punto de vista, un drama anunciado y evitado *in extremis*, o una clásica comedia a la italiana. El presidente de la República, Enrico De Nicola, que rechaza la petición de gracia para cinco de los seis condenados.[49] Los dos fascistas detenidos en Alessandria que son trasladados en un vagón celular y se reúnen con los

otros tres en las Carceri Nuove de Turín, en las celdas subterráneas de los condenados a la pena capital.[50] Los familiares de los condenados —padres, esposas, hermanos— que visitan la penitenciaría «en la fase llamada de “antesala de la muerte”».[51] El capellán de las Carceri Nuove que informa de que ha confortado a hombres cristianamente resignados a morir.[52] El polígono de Stura que se prepara para los fusilamientos programados para el amanecer del día siguiente.[53] Los primeros rumores sobre una posible suspensión de las condenas, porque la Constitución republicana (que todavía no está en vigor) prevé la abolición de la pena de muerte.[54] Los cinco fascistas que piden beneficiarse de la amnistía Togliatti, antes de ser trasladados «con gran secreto» a una cárcel de Liguria.[55] El Tribunal Penal Especial de Turín que rechaza la aplicación de la amnistía.[56] El Tribunal Supremo que ordena suspender la ejecución de las penas.[57]

Llegamos así a principios de octubre. La situación en Casale Monferrato había ido recuperando la normalidad, y ningún representante de las instituciones republicanas tuvo realmente en cuenta el desafío lanzado por los partisanos casaleses el 4 de septiembre, el ultimátum de quince días para ejecutar el fusilamiento de los seis fascistas. La suerte judicial de estos últimos se consumaría no en unos días, sino en años, siguiendo los trámites ordinarios de los condenados por colaboracionismo: conmutación de la pena capital por cadena perpetua, reducción de la cadena perpetua a treinta años, condonación de un tercio de la pena, posterior reducción de la condena.[58] En el caso de los colaboracionistas de Casale, tendrían que buscar refugio —como Edilio Cagni— en el puerto de las brumas de Perugia: ya a mediados de la década de 1950, cuando las huellas más cruentas de la época nazifascista hubieran perdido al menos cierta intensidad.[59] Y cuando ya pocos en Italia recordaran aquella jornadas de

Casale de septiembre de 1947, aquel intento extemporáneo de oponer un nuevo viento del norte al viento siroco del perdón.

Vencedores vencidos

A la larga, la memoria de la Resistencia resultó vencedora. A partir de julio de 1960 —tras las jornadas de Génova y de Reggio Emilia, la crisis del gobierno Tambroni y el abrazo de los viejos partisanos con una generación de jóvenes antifascistas—,[60] el hilo de la historia de Italia se anudó de nuevo en la dirección correcta. Los valores de la Resistencia se impusieron como valores de la República, aunque corriendo el riesgo de ser transformados en mandamientos: tablas de la ley más que linfa para las conciencias. A la larga, las historias más ejemplares de resistencia se convirtieron en materia retórica y monumental. Pero la propia retórica del antifascismo en cierto modo reparó el dolor de las familias de los caídos y la desilusión de los partisanos por las promesas de la Resistencia que habían sido traicionadas. Incluso las medallas fueron útiles en este sentido. La familia Rossi, en Casale Monferrato, acabaría reuniendo hasta cuatro: medalla de oro en memoria para Italo, medalla de plata en memoria para papá Oreste, medalla de plata al valor para Francesco, medalla de bronce al valor para Bruno.

Profundamente distinto fue el panorama de los años comprendidos entre 1948 y 1960. Una larga década en la que haber luchado en la Resistencia pudo parecer, a los ojos de un número indeterminado de italianos, más un título de demérito que de mérito. Porque además el desafío lanzado por el secretario comunista Togliatti a través de la amnistía —competir con la Democracia Cristiana en el terreno de la integración política de los ex

fascistas— se volvió en contra del movimiento resistente: tras haber sugerido una forma de equiparación judicial entre colaboracionistas de Salò y partisanos de las montañas, legitimó ante la opinión pública moderada una imagen de la Guerra Civil como choque entre dos facciones análogas por su naturaleza, aunque no comparables por sus sistemas de valores. Este fue el trasfondo sobre el que se fueron diseñando, en torno a 1950, disposiciones legislativas como la concesión de pensiones de guerra a los milicianos de la República Social y el reconocimiento a efectos de jubilación de la pertenencia a la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional.[61]

Este fue también el trasfondo de los procesos contra los partisanos que empezaron a sucederse en Italia a partir de 18 de abril de 1948: desde que la victoria de la Democracia Cristiana ante el Frente Popular marcó la liquidación definitiva de la experiencia «ciellenista». En la mayoría de los casos, los acusados de crímenes cometidos durante la Resistencia o en la Liberación fueron luego absueltos, o se beneficiaron de la amnistía, o fueron condenados a penas que acabaron siendo muy leves gracias a la aplicación de las más variadas atenuantes. Lo cierto es que, a partir de 1948, los partisanos acudieron a los tribunales más como acusados que como acusadores.[62] Y vieron a veces cómo se manchaba su imagen de luchadores por la libertad. Es ilustrativo el caso de un amigo íntimo de Primo Levi, Silvio Ortona. El que en la primavera de 1947 publicó en el semanario de Vercelli *L’Amico del Popolo* un avance de algunas páginas de *Si esto es un hombre* fue conducido en otoño de 1949 ante el tribunal de Montecitorio, como diputado del PCI, acusado de homicidio agravado continuado. «Lungo», el indómito jefe garibaldino del Biellese, fue acusado de haber ordenado la matanza de fascistas perpetrada en mayo de 1945 en el hospital psiquiátrico de Vercelli.[63]

Para escapar de la cárcel, los comunistas más comprometidos en las causas judiciales sumarias posteriores a la Liberación tuvieron que exiliarse a Checoslovaquia. Decenas de ellos se quedaron en Praga durante años e incluso décadas, los más vencidos de los vencedores.[64] Pero uno podía sentirse un vencedor vencido aun sin estar envuelto en causas judiciales: y podía decidir irse lejos aun sin tener una orden de busca y captura. Podía hacer como Mario Pelizzari, el Alimiro de la Resistencia. En vano buscaría alguien la boina y los bigotes de Alimiro en la plaza de Ivrea aquel día de abril de 1954 en el que Piero Calamandrei, el cantor más entusiasta de la epopeya resistente, recordó la gesta partisana de la Navidad de 1944, el temerario sabotaje del puente ferroviario sobre el Dora. Hacía años que Alimiro estaba instalado en Belo Horizonte, en Brasil, haciendo de camionero, de topógrafo o cualquier otra cosa,[65] en la primavera de 1955, cuando la publicación del discurso de Calamandrei en un libro de Laterza convirtió al héroe local en héroe nacional, y a la persona en el personaje de *Uomini e città della Resistenza*.

Nombrado comisario de Ivrea después del 25 de abril de 1945, a los pocos meses Pelizzari volvió a la fábrica, a la Olivetti. Ya no como delineante en la oficina técnica, como antes del 8 de septiembre de 1943, sino con un cargo directivo: jefe de personal. Lástima que ni siquiera una fábrica especial como la Olivetti pudiera permitirse un jefe de personal tan especial como Alimiro. Cuando se produjo el primer conflicto sindical, una ingenua promesa hecha a los obreros le valió a Pelizzari perder el cargo y ser recolocado en otro de rango muy distinto: concesionario de una agencia comercial Olivetti en Como. Las cosas no le fueron mucho mejor a Pelizzari en el marco de la dirección de la ANPI. Ataques contra los que se aprovechaban del partisanado como el que lanzó Alimiro contra Piero Piero, en el congreso de Florencia de septiembre de 1946, no eran el mejor

bagaje para hacer carrera en Roma. Cuando a las dificultades del funcionario y del excombatiente se añadieron problemas familiares, Pelizzari decidió separar con un océano su futuro de su pasado.[66]

Hoy, busco en internet la página de la «Casa de Alimiro» de Belo Horizonte,[67] me convierto en improvisado lector de portugués para entender alguna cosa, y me digo que un partisano como Alimiro merecería un historiador dedicado exclusivamente a su figura. La Casa de Alimiro es un centro de acogida para niños sin familia, que Pelizzari logró construir con su trabajo durante todo el tiempo o casi que permaneció en Brasil: desde finales de la década de 1940 hasta mediados de la de 1970. Poco antes de morir, en 1977, Pelizzari donó la casa a una institución laica de Río de Janeiro dedicada a obras de caridad que lleva el nombre de un misionero portugués del siglo XVII, el fraile franciscano Fabiano de Cristo. Niños mestizos sonríen hoy desde la página web de la Casa de Alimiro, entre fotografías de mesas puestas y escolares trabajando. Contemplo las sonrisas de los niños, y me digo que el excombatiente de la Resistencia no debió de arrepentirse al ver crecer un proyecto de este tipo, tan distinto de los que podía haber desarrollado, antes de abandonar Italia, en una agencia de la Olivetti de Como.

Alimiro se marchó de Italia cuando, tanto para las páginas en blanco y negro de los diarios como para las de color de las revistas, parecía que en las orillas del lago de Como no había más pueblo que el de Dongo. Y cuando el nombre de Dongo, a oídos de los italianos, evocaba más el misterio del oro, la desaparición del tesoro sustraído por los comunistas, que la detención del Duce y el final del dictador ajusticiado por los partisanos.

Oro

Nadie ha explicado mejor que un escritor fronterizo, Piero Chiara, la fiebre del oro que afectó a los italianos inmediatamente después de la Liberación. El sueño de descubrir alguno de los tesoros que el desorden de la guerra debía de haber sembrado en escondites de las zonas fronterizas, en los sótanos de una casa, en el fondo de un huerto, en las aguas de un lago o en la espesura de un bosque, donde tenían que haberlos ocultado judíos en diáspora, soldados en desbandada, alemanes en fuga, partisanos infieles: el oro de la sinagoga, el oro del Cuarto Ejército, el oro de la Wehrmacht, el oro de Dongo…

En un cuento de los años setenta titulado «Il dopoguerra», Chiara presenta a dos comerciantes lombardos que en octubre de 1945 recorren en coche el Alto Adigio en busca de buenos negocios. En la carretera que va de Bolzano a Merano se encuentran con un sargento de Abbiategrasso que habían conocido en la hostería: «un tipo alegre, medio bandido y medio militar, que llevaba cosido en la manga el distintivo de la División Legnano, pero que tenía todo el aspecto de un aventurero, armado y vestido con los restos de dos o tres ejércitos». El hombre les habla de metal, de mucho metal, y efectivamente, bajo una alfombra de hojas del campo a orillas del torrente Passirio, hay «un tramo cubierto de brillantes paralelepípedos de color de aluminio». Los dos comerciantes le compran uno y lo pagan a precio de plomo. Lo llevan a Milán, creyendo que es estaño. Lo cortan a escondidas y descubren que es oro. En un camión «que les cuesta un ojo de la cara» se dirigen de nuevo hacia Merano. Tratan de encontrar al sargento de Abbiategrasso, pero se ha esfumado. Únicamente encuentran el lugar en el campo, el terreno húmedo «con las huellas de los lingotes aún recientes». Están a punto de preguntar por los alrededores, pero es más prudente

callarse: «detrás de aquel oro podía haber una sucia historia y sin duda podía resultar peligroso mostrar interés por él». El camión regresa a Milán transportando únicamente unas grandes hojas amarillentas de papel plastificado, que solo sirven para hacer impermeables de emergencia para los forofos de los estadios.[68]

Alimentada por la dureza de los tiempos, pero también por el «buen humor» de la posguerra,[69] la fiebre del oro era la versión actualizada de un antiguo sueño, el sueño de El Dorado. Que nos permite volver a la historia de los partisanos, ya que precisamente en el valle de Ayas —en las rocas que se alzan sobre Brusson: la roca de Chamousira, la cúpula de Arcesaz— se habían excavado desde finales del siglo XIX los filones auríferos más ricos del todo el arco alpino. De la mina en la que se escondió Emilio Bachi la noche blanca del 13 de diciembre de 1943, aprovechando la distracción de un guarda algo simple para huir de la persecución de los rastreadores nazifascistas,[70] se habían extraído durante décadas muchas decenas de kilos de oro, primero por iniciativa de una sociedad suiza, luego por obra de los ingleses y, por último, por concesión otorgada al empresario Rivetti de Biella.[71] Las estribaciones del valle de Ayas contenían realmente pepitas de oro encapsuladas en el cuarzo. Por eso, desde hacía medio siglo los habitantes del valle pasaban buena parte de su tiempo libre armados con palos y cubos, imanes y tamices: hurgaban entre los guijarros del torrente Evançon, esperando encontrar lo que el gran río de más abajo, el Dora, prometía ya con su nombre.[72]

Sin el contrabandista de oro (real o imaginario) que Primo Levi conoció en la cárcel de Aosta entre diciembre de 1943 y enero de 1944, no habría tenido motivos para ponerle el título de «Oro» al capítulo sobre la Resistencia de *El sistema periódico*. Y sin la fiebre del oro que contagió, al terminar la guerra mundial, no solo a la Italia vencida y empobrecida, sino

también a la rica Suiza neutral, no habría motivos para que se titulara «Oro» un pequeño pedazo de historia de los partisanos. Desde la primavera de 1945 hasta los años cincuenta, los servicios policiales de la Confederación Helvética recogieron una gran cantidad de rumores sobre algún tesoro escondido en lugares más o menos plausibles o fantasiosos. Oro alemán escondido en veintisiete cajas en el número 7 del Quai des Bergues, en Ginebra, en el domicilio de un tal Wertlaufer;[73] «objets précieux» robados a los «prisonniers du camp d'Auschwitz» y cambiados por francos suizos por la filial de Zurich del Reichsbank;[74] plata sustraída a la reina de Holanda y escondida en un castillo cerca de Basilea,[75] etcétera.

Al margen de los rumores, desde el otoño de 1944 —desde que parecía decidido el final de la guerra en Europa— se planteó en toda su gravedad el problema de la fuga de capitales y botines de guerra hacia Suiza. El 19 de septiembre de 1944, la Asociación Suiza de Banqueros envió instrucciones extraordinarias a las direcciones de todos los bancos de la Confederación: había que evitar a toda costa cooperar en transferencias de dinero a cuentas anónimas y en depósitos de oro de procedencia sospechosa, y había que tener la mayor cautela en el caso del Tercer Reich y de la República Social.[76] Diez días más tarde, el 30 de septiembre, las instrucciones de la Asociación eran todavía más severas. Se recomendaba a los bancos que ya no autorizaran la apertura de ninguna cuenta o depósito a favor de personas o sociedades domiciliadas en países beligerantes u ocupados, y que no aceptaran, en el caso de cuentas o depósitos ya abiertos, transferencias de divisas o remesas de oro que supusieran un incremento sensible de los bienes de esas cuentas o depósitos respecto al nivel más elevado de 1943.[77]

Esas disposiciones tan drásticas no impedirían —medio siglo después— que estallara un escándalo internacional por el llamado «oro nazi» refugiado en Suiza durante la Segunda Guerra Mundial. En cambio, se

hablaría bastante menos de oro fascista. Por otra parte, entre finales de 1944 y principios de 1945, los servicios diplomáticos americanos en Berna alertaron a las autoridades helvéticas sobre el aumento de movimientos de capital desde la República de Salò hacia la Confederación, a disposición de «mussolinian gerarchs»: el día de mañana, si «neofascist gerarchs» consiguieran escapar a Suiza, podrían utilizar esos capitales no solo para su uso privado, sino también para organizar tramas subversivas contra la futura Italia democrática.[78] Y nosotros debemos leer hoy un documento policial del 16 de mayo de 1956 teniendo en cuenta la totalidad de esas dinámicas: un despacho enviado a la policía cantonal del Vaud por el Servicio de Policía del Ministerio Público Federal.

Gracias a una información confidencial procedente de Roma, los policías de Berna estaban en condiciones de comunicar a los colegas de Lausana las confidencias de «un nommé Cagni Edilio», ex oficial de los alpinos, nacido en Génova en 1917. Ese tal Cagni afirmaba haber estado en contacto directo, en tiempos de la República Social Italiana, con el ministro del Interior de la época, Paolo Zerbino. Y haber podido seguir así las vicisitudes «d'environ 300 kilogrammes d'or» retirados en secreto de la sede de Milán de la Banca d'Italia y transportados clandestinamente a Suiza. Según Cagni, los tres quintales de oro en lingotes habían sido escondidos «en correspondance avec les fondations d'une villa» situada a orillas del lago Léman, entre Lausana y Ginebra: para ser más exactos, entre las localidades de Allaman y Aubonne. La villa era propiedad «d'un certain Monsieur Petraquin», y era fácil de identificar sabiendo que se hallaba a unos doscientos metros de una comisaría y a unos cien metros de un paso a nivel de la línea férrea Ginebra-Lausana.

Los policías de Berna tuvieron buen cuidado de precisar a los colegas de Lausana que esas informaciones no eran necesariamente creíbles: Cagni

tenía pendiente entonces «une procédure pénale pour escroquerie». Sin embargo, se instaba a la Policía Cantonal de Vaud a realizar una «enquête discrète» para comprobar cuánto podía haber de cierto.[79]

Monsieur Petraquin

El verano de 1956, el inspector Georges Allamand estaba a punto de jubilarse. La «investigación discreta» que le encargaba el comandante de la Policía Cantonal de Vaud fue una de las últimas de su carrera, antes del merecido descanso. Y no fue de las más difíciles. El inspector pudo comunicar los resultados ya el 19 de julio, en un informe fechado en Lausana y enviado también al Ministerio Público Federal.[80]

Tal como se había previsto, fue fácil delimitar la zona donde había que buscar la villa del presunto tesoro, entre la comisaría de Allaman y el paso a nivel que interrumpía la carretera hacia Aubonne a la altura del ferrocarril Ginebra-Lausana. Sin embargo, no se había construido ninguna villa en esa área en el período comprendido entre 1943 y el final de la guerra mundial. La única construcción que databa de esa época estaba en otro lugar, al comienzo del camino a los Grands Bois. Al inspector Allamand no le pareció necesario molestar al inquilino de esa villa: entre otras cosas por discreción, para no tener que ir explicando el motivo de sus investigaciones. Lo que deseaba más bien el inspector era que se interrogara de nuevo al «dénonciateur Cagni Edilio», «pour qu’il précise dans la mesure de son possible l’endroit exact où l’or aurait été enfui et surtout dans quelles circonstances»: en qué fechas, por iniciativa de quién y con la ayuda de quién. Si se lograba reunir más información, el inspector Allamand quedaba

a su disposición para realizar nuevas investigaciones. En cuanto a monsieur Petraquin, el informe del 19 de julio ni siquiera lo nombraba.[81]

En los archivos federales de Berna, el expediente sobre el *affaire* se cierra aquí. Y habrá que esperar al 31 de agosto de 2000 —casi medio siglo después de aquel mes de julio de 1956— para que uno de los semanarios de actualidad más importantes de la Suiza francesa, *L'Hebdo*, abriera de nuevo el caso con una investigación que lleva un título tan obvio como intrigante, «Chasse au trésor: qui dort sur l'or de Mussolini?». Un periodista, Jocelyn Rochat, tuvo conocimiento del expediente policial que se guardaba en los archivos federales, se tomó la molestia de consultar los pocos documentos que contenía, explicó a los lectores las investigaciones realizadas en su momento («mollement», escribió) por el inspector Allamand, y planteó una serie de preguntas. ¿Se interrogó de nuevo a Edilio Cagni? ¿Reveló la policía italiana a los suizos la localización exacta de los lingotes, suponiendo que su existencia hubiese sido confirmada? ¿Acaso en última instancia se apoderaron del oro las autoridades helvéticas? ¿O se apropió de él el propio Cagni, «lui ou l'un de ses sbires sont-ils venus récupérer les lingots?».[82]

Difundida rápidamente por la agencia Swissinfo, la investigación de *L'Hebdo* solo halló eco en la cabecera de un periódico italiano. Con loable rapidez periodística (o con deplorable provincianismo cultural), el 1 de septiembre de 2000 la edición de Génova del diario *La Repubblica* publicó la noticia con el título «Un genovés vio el tesoro del Duce». «El testimonio aportado hace 44 años por un genovés a la policía suiza reabre el debate sobre una de las leyendas posbélicas: el oro de Dongo»: así comienza el artículo, que por otra parte se limita a resumir Swissinfo, tributaria a su vez del semanario *L'Hebdo* al vincular la eventual existencia de un tesoro oculto en Suiza con los hechos de Dongo de la primavera de 1945, la

detención de los jerarcas fascistas a orillas del lago de Como y la misteriosa desaparición del oro y del dinero que estos llevaban consigo. Aparte del titular efectista, la redacción genovesa de *La Repubblica* mantenía una actitud bastante prudente. El artículo sobre el «llamado tesoro del Duce» está plagado de verbos en condicional, y habla más de una leyenda que de una realidad.[83]

Sin embargo, nosotros sabemos muchas más cosas que los periodistas italianos o suizos del año 2000, o que los policías de Berna o de Lausana del año 1956. Para nosotros, Cagni no era un desconocido nacido en Génova en 1917, ni tampoco era únicamente un ciudadano de Roma con antecedentes penales. Sabemos qué historia arrastraba Cagni consigo: y porque lo sabemos, hemos aprendido a no infravalorar al personaje. Una vez más, debemos seguir sus huellas en los puntos del mapa italiano de posguerra donde los documentos de archivo nos permiten situarlo. Y ante todo debemos explicar cómo era posible que Cagni pudiese moverse libremente por las calles de Roma en la primavera de 1956 cuando en marzo de 1947 el Tribunal Penal Especial de Perugia lo había condenado a treinta años de cárcel.

Un año y medio más tarde, en noviembre de 1948, el Tribunal de Casación aceptó el recurso interpuesto en nombre de Cagni por el abogado D’Amico. Concretamente, el Tribunal Supremo consideró inadecuadas las motivaciones relativas a la entidad de la pena aplicada, que eran proporcionadas a la «personalidad del culpable», así que anuló la sentencia de Perugia y decidió que se celebrara un nuevo juicio en el Tribunal Penal de Viterbo.[84] En agosto de 1949, Cagni fue trasladado de la penitenciaría de Civitavecchia a la de Viterbo, y el 14 de octubre figuró como «detenido presente» en un tercer proceso por colaboracionismo. Aquel día, el único testigo que se presentó en la sala de sesiones fue el padre Federico

Bosticco, el sacerdote del Astigiano que había declarado a favor de Cagni en el proceso de Aosta de mayo de 1946.[85] En la lista de testigos citados en Viterbo figuraba también Ferdinando Trombin. Pero como el año anterior, en Perugia, resultó ser el único testigo de la acusación, en octubre de 1949 el don Quijote de Casale Monferrato decidió quedarse en casa.

Estaba a punto de empezar el año 1950, el punto álgido de la dinámica histórica por la que no solo a los de Salò, sino también a los partisanos se les instaba a dar cuentas de su actuación en la Guerra Civil. De modo que, delante de tres magistrados y cuatro miembros de un jurado popular del Tribunal Penal de Viterbo, el acusado Cagni ya no tenía por qué minimizar su papel en los hechos valdostanos de diciembre de 1943. Casi pudo jactarse de su labor como restaurador del orden público: «El prefecto de entonces me asignó la tarea de luchar contra el bandidismo, puesto que todavía no se había afirmado el movimiento partisano». Así que Cagni se dirigió al valle de Ayas, se encontró frente a más de un centenar de delincuentes y consiguió «disolver la banda que se dedicaba a cometer delitos». «Siempre como observador de la Prefectura participé en algún rastreo», añadió Cagni en relación con los hechos del Canavese de marzo de 1944: con una *nonchalance* que basta por sí sola para ilustrar el momento que se vivía, un momento de la historia de Italia en el que la palabra «rastreo» ya no suscitaba horror.[86]

En el tribunal de Viterbo, el 14 de octubre de 1949, el tercer proceso Cagni no requirió ni siquiera un día de trabajo. El presidente del Tribunal Penal lo abrió a las cuatro de la tarde, y al anochecer el jurado ya tenía sentencia. La nueva pena de Cagni se fijó en veinte años de reclusión, dos tercios de los cuales fueron condonados gracias a la amnistía de 1946 y a una posterior medida de clemencia promulgada en 1948. Sobre estas bases, el tribunal de Viterbo estableció la pena restante «en seis años y siete meses

de reclusión».[87] Pero en la práctica la detención de Cagni solo se prolongó unos meses. El ex teniente Redi abandonó la cárcel de Viterbo el 16 de junio de 1950 «por indulto concedido», con un mandato de expulsión a la ciudad de Roma.[88] Via S. Martino della Bataglia 30 —zona estación Termini— fue la dirección donde fijó su residencia Edilio Cagni, que precisamente aquellos días pudo celebrar como hombre libre su treinta y tres aniversario. Dios mediante, se abría ante él una segunda vida.

No así para Paolo Zerbino. Alessandrino de nacimiento y genovés de adopción, el ministro del Interior de la República Social fue detenido por los partisanos en Dongo, el 28 de abril de 1945, con la columna en fuga de Mussolini y otros jerarcas. Fusilado a orillas del lago de Como, fue trasladado a Milán y, al día siguiente, sufrió el suplicio póstumo de piazzale Loreto. Suyo era uno de los cadáveres colgados por los pies del techo enrejado de una gasolinera: el que aparece más a la izquierda en las terribles fotografías tomadas aquel día, el cuerpo que se halla junto al cuerpo del Duce.[89] Zerbino pagó el precio completo de un *cursus honorum* de fascista integral, una carrera política iniciada en los años treinta como secretario federal en Vercelli y coronada tras el 8 de septiembre con una presencia estable en la nomenklatura colaboracionista. Prefecto de Turín desde octubre de 1943, y alto comisario más tarde para la provincia de Roma, Zerbino regresó a Turín como alto comisario para el Piamonte en septiembre de 1944, antes de suceder a Buffarini Guidi, en febrero de 1945, al frente del Ministerio del Interior.

El principal colaborador de Zerbino en el Alto Comisariado para el Piamonte fue Cesare Augusto Carnazzi, y el principal colaborador de Carnazzi fue Edilio Cagni. En aquella misma época se intensificaron los contactos entre algunos emisarios de la República de Salò y las máximas autoridades de la Confederación Helvética, a fin de explorar la vía de un

posible asilo suizo, si no para Mussolini y para los jerarcas, al menos para sus familias.[90] En las negociaciones no participaban funcionarios del Ministerio de Interior, sino funcionarios del Ministerio de Exteriores. Sin embargo, es posible que en algún momento, entre el otoño de 1944 y la primavera de 1945, algunos hombres de confianza de Zerbino hubiesen intentado propiciar la exportación clandestina a Suiza de reservas de oro o divisas de la República Social. Y que Cagni supiera algo de esto, por implicación directa o por persona interpuesta. También es posible que Cagni se enterara de algo en un segundo momento, tras la Liberación, cuando consiguió que agentes de la OSS y agentes italianos de la División Cremona lo excarcelaran para colaborar con ellos en la búsqueda del tesoro de Salò.

Después de la misión en Liguria que acabó con la detención de la espía nazi Annabella, Cagni organizó también la captura de Albertina Porciani, la maestra de Pistoia —esposa de un hombre de confianza de Annabella— que había acompañado al propio Cagni y a los hombres de la OSS hasta Carcare, en el Savonese, donde se escondía la reclutadora de espías de la Abwehr.[91] El 24 de noviembre de 1945, «the informant» citó a Porciani en corso Palestro, en Turín, y exactamente así la entregó a los americanos. Interrogada el 2 de diciembre, la «stupid young impresionable woman» explicó a los agentes de la OSS las cosas que le decía Cagni para ganarse su confianza. Que estaba reorganizando el Partido Fascista y podía contar con la ayuda de una «fuerte corriente nazi» en Suiza. Que, sobre todo, podía contar con el «tesoro del Ministerio del Interior republicano, depositado en el despacho de un abogado de Ginebra o de Zurich». Para retirarlo, sostenía Cagni, se necesitaban las firmas del ministro Zerbino, al que entretanto habían matado, y del propio Cagni, que había sido el «secretario… con el nombre de Redi» de Zerbino.[92]

Naturalmente, podemos decidir que todo esto —la camaradería entre Cagni y Zerbino, la retirada de trescientos kilos de oro de la sede milanesa de la Banca d’Italia, el depósito de los lingotes en el despacho de un abogado de Zurich o de Ginebra, o la ocultación del tesoro en una villa a orillas del lago Léman— simplemente formaba parte de las fabulaciones de Cagni: del Cagni hombre de confianza del contraespionaje americano en 1945, del Cagni interceptado por el contraespionaje helvético en 1956. Y podemos considerar la credulidad de una maestra de Pistoia en la fiebre del oro que afectaba a Italia en la segunda posguerra. Pero existe otra posibilidad. Podemos decidir tratar las fabulaciones de Cagni como hicieron en su tiempo los servicios de policía de la Confederación Helvética: en vez de hacer caso omiso con un gesto de desdén, cabe considerarlas dignas de ser investigadas. Y en vez de resignarnos con el resultado negativo anotado por el inspector Allamand en su informe del 19 de julio de 1956, podemos ejercitarnos en el arte de investigar una hipótesis con un poco más de energía que un policía suizo a punto de jubilarse.

Cuando leí por primera vez, en los papeles de los archivos federales suizos, el nombre de «Monsieur Petraquin» como el propietario de la villa cerca de Lausana donde se habría escondido el tesoro de Salò, inmediatamente me pregunté —lo habría hecho hasta el menos despierto de los comisarios de policía de un país francófono— a qué otros apellidos podía corresponder el sonido *Petraquin*. Como es sabido, el francés presenta el problema de las palabras homófonas: palabras de sonido idéntico pero de escritura distinta. Esto significa que el hombre de confianza del contraespionaje suizo que actuaba en Roma en mayo de 1956 podía haber oído pronunciar efectivamente a Edilio Cagni el apellido *Petraquin*, pero que el presunto propietario de la villa podía ser un *monsieur* que llevara un apellido homófono. ¿Monsieur Pétraquain?

¿Monsieur Pétraquein? O bien el apellido correcto podía haber sido tergiversado al pronunciarlo Cagni. En este caso, había que buscar no apellidos homófonos de *Petraquin*, sino apellidos de sonido parecido. ¿Monsieur Peitraquin? ¿Monsieur Peytrequin?

Buscando y rebuscando en Google, pegué un brinco —era el mes de enero de 2011— cuando descubrí a Jean Peitrequin. Nunca había oído hablar de él. Y, de pronto, una lista de escritores de Vaud que aparecía en la red me informaban de la existencia de este señor nacido en Lausana en 1902, licenciado en ingeniería civil en el Politécnico de su ciudad, y conocido en el cantón por su larga carrera política en el Partido Radical, que lo había elevado hasta las máximas responsabilidades administrativas. En los años treinta, Peitrequin había adquirido experiencia como escritor en la *Revue de Lausanne*, y en la década siguiente se dio a conocer como autor de obras teatrales y novelas policíacas. Hasta aquí (me parecía) nada notable que sirviera de ayuda a mi investigación. Pegué el brinco cuando en el catálogo online de las bibliotecas de la Suiza francesa figuraba un «roman policier» publicado en Lausana en 1945 con el seudónimo de Ariste Vertuchet, que el mismo catálogo indicaba que coincidía con el autor Jean Peitrequin. Título: *Villa à louer*.

¡Monsieur Petraquin y la villa a orillas del lago! Era todo demasiado hermoso, demasiado perfecto. La novela policíaca publicada bajo seudónimo en 1945 había de ser forzosamente un libro en clave, había de contener en forma criptada el secreto sobre el oro de Salò… Todavía recuerdo la impaciencia con la que —apenas veinticuatro horas después de haber descubierto la existencia de Jean Peitrequin— tomé un tren de Ginebra a Friburgo, y me dirigí a la tienda de un coleccionista de libros que en su catálogo informático anunciaba una copia de *Villa à louer*. Recuerdo el viaje de regreso en tren hacia Ginebra devorando aquel librito por el que

había pagado un buen puñado de francos. Incluso la cubierta prometía mucho, con la fachada estilizada de la villa y el título del libro grabado en su interior. Necesité más de la mitad del viaje para comprender que no iba a ninguna parte, y la otra mitad para perdonarme a mí mismo. ¿Qué creía que iba a descubrir?, me preguntaba al bajar del tren en Ginebra. ¿Qué podía contener aquella novela policíaca, tal vez la dirección exacta a la que acudir para encontrar trescientos kilos de oro? Si realmente Jean Peitrequin hubiese estado implicado en el *affaire* del tesoro, ¿habría sido tan imprudente de proclamarlo a diestro y siniestro en una novelita de tres al cuarto?

Necesité varios días para digerir la decepción. Y otros tantos para intuir que el posible valor de la pista no estaba en el Peitrequin escritor aficionado, sino en el Peitrequin ingeniero civil y hombre político: de hecho, esta había sido la dimensión principal de su vida pública. Como representante del Partido Radical, el licenciado del Politécnico fue elegido para formar parte del Ayuntamiento de Lausana en 1937, y dirigió el Departamento de Obras Públicas desde aquel año hasta 1945. Entre 1946 y 1949 estuvo en el Departamento de Obras Sociales, y entre 1950 y 1957 asumió la responsabilidad de la Administración General (en la práctica, ejerció como alcalde de Lausana). Dicho de otro modo, monsieur Peitrequin fue durante veinte años uno de los hombres fuertes de la política local. Y se encontraba al frente del municipio el verano de 1956, cuando el inspector Allamand renunció a preguntarse por los homófonos del apellido Petraquin en el informe policial originado por el «dénonciateur Cagni Edilio».

Dos son las cosas que me parecen intrigantes en la pista Peitrequin. Ante todo, me llama la atención que, cuando se habla del Partido Radical en Lausana en la segunda mitad de los años treinta, se habla de un ambiente de clara orientación filofascista:[93] en ese ambiente la Universidad de Lausana

tomó la decisión, en 1937, de nombrar a Benito Mussolini doctor *honoris causa* en ciencias políticas y sociales.[94] También me llama la atención que el ingeniero Jean Peitrequin fuera durante tanto tiempo el director de Obras Públicas de la ciudad de Lausana, y especialmente que lo fuera entre 1943 y 1945. Y precisamente en virtud de ese cargo es posible que Cagni oyera hablar de él como de una persona vinculada al destino de los lingotes. Con esto no estoy suponiendo de ningún modo —que quede claro— que el notable radical Peitrequin se hubiese sentido fascinado por la causa fascista hasta el punto de colaborar con jerarcas o personajillos de Salò en el ocultamiento de un tesoro en los cimientos de una villa a orillas del lago Léman, o en cualquier otro vertido de cemento autorizado por él en los alrededores de Lausana. Un par de coincidencias no constituyen de ningún modo una prueba.

No tengo ni la menor idea de cómo pudieron haber ido las cosas. Pero tengo la sospecha —eso sí— de que el inspector Georges Allamand, al abandonar la pista de investigación referida a monsieur Petraquin, estuvo más interesado en su jubilación que en el descubrimiento de la verdad.

Los demonios

Como historiador de los partisanos, he tenido que ocuparme demasiado de Edilio Cagni para renunciar a preguntarme por su destino. ¿Qué fue de Cagni en sus segundos cuarenta años, suponiendo que los hubiera vivido todos? Al margen de la hipótesis —demasiado arriesgada— de que hubiera podido apoderarse del tesoro suizo, ¿qué había sido de él? ¿Se había casado? ¿Había tenido hijos? ¿Había permanecido en Italia, representando qué papel, trabajando para qué o para quién? ¿O tal vez se había marchado,

lejos, lo más lejos posible de los lugares no lugares de su historia criminal: prefecturas y comisarías, tribunales y cárceles? ¿Había (como suele decirse) cambiado de vida —un trabajo de despacho, la comida del domingo, el sueldo a fin de mes—, o seguía siendo el de antes, simulador, impenetrable, indescifrable, cambiando solamente sus avatares, no sabemos cuáles, después de Renato Redi y Soñador Itálico?

Durante mucho tiempo he estado dando vueltas a estas cuestiones. Y a menudo, lo admito, he cultivado los interrogantes como se cultiva una obsesión. Mil veces he tecleado «Edilio Cagni» en la pestaña de búsqueda de Google, he dado vueltas y más vueltas a la secuencia en todos los sentidos posibles, he perseguido a Cagni en el ciberespacio bajo los nombres verdaderos y los falsos, recorriendo las pistas más obvias y las menos obvias, la web de las Páginas Blancas, la relación de los núcleos operativos de «Gladio», Ellis Island y la base de datos de los inmigrados italianos en Nueva York… El fracaso mismo de mis investigaciones —el hecho de no haber encontrado informaciones sólidas— contribuía a alimentar mis demonios. Me decía que si, después de 1956, Cagni había logrado desaparecer del futuro que hoy es el pasado, sumergirse en la segunda mitad del siglo XX hasta no dejar ninguna huella en el monitor, esta era la mejor prueba de que algo había debajo. Que su historia criminal no había terminado con los primeros cuarenta años, que había proseguido no sabemos dónde ni cómo. Y que mi historia de los partisanos no podría considerarse concluida hasta que pudiera explicar al lector el resto y el final de la vida de Cagni.

Me olvidé de Google y me dediqué a hacer investigaciones menos inmediatas, más profesionales. Y empecé a encontrar alguna cosa. No solo cosas pequeñas, sin importancia, como por ejemplo que el segundo nombre de Edilio Cagni era Renato, como Renato Redi. Encontré que el 22 de

diciembre de 1952 Cagni se había casado, en la iglesia romana de Santa Maria in Transpontina, con una mujer siciliana cuyo nombre no mencionaré. Y que aquel matrimonio celebrado a dos pasos de la basílica de San Pedro no fue muy venturoso: dejó de tener efectos civiles unos veinte años más tarde, el 18 de diciembre de 1973. En resumidas cuentas, Cagni se divorció de su mujer en cuanto se lo permitió la ley italiana del divorcio. Eso significaba que vivía todavía en los años setenta, cosa natural, por otra parte, teniendo en cuenta su edad. Cagni era un hombre de entre cincuenta y cinco y sesenta años cuando yo era un niño, y mi madre nos leía las cartas de los condenados a muerte de la Resistencia, y una profesora del instituto me obligaba a leer mi primer Primo Levi, y el químico escritor nos legaba el retrato del «espía integral» en el capítulo «Oro» de *El sistema periódico*.

Habría podido seguir con mis investigaciones, y tal vez habría encontrado más información. Habría podido establecer, ante todo, la fecha de la muerte de Cagni, eso suponiendo que no siga aún vivo, con noventa y cinco años. Y tal vez habría podido descubrir —creo que es lo que más me interesa— si tuvo hijos: hijos por definición inocentes de un cazador de presas humanas. Pero en un momento dado, sacrificando la obsesión a la reflexión, decidí abandonar la búsqueda. Detenerme en 1956 sin averiguar más cosas sobre la nueva vida de Cagni. Me pareció que era lo correcto. Correcto desde un punto de vista histórico: en el sentido de que la segunda vida de Cagni pertenecía, en cualquier caso, a otra historia que no era la de los partisanos. Pero también correcto desde un punto de vista que podríamos llamar literario, de modo que el lector pueda imaginar por su propia cuenta *la suite et la fin*, pueda hacerse su propia película sobre la vida posterior de Cagni.

IX

«Y le pide explicaciones»

EL TENIENTE OPPEZZO

Ya lo sabía antes de ir. Antes de ir a Cerrina Monferrato sabía que la plaza principal del pueblo llevaba el nombre de Fulvio Oppezzo. ¿Hay algo que no sepamos gracias a Google? Y en eBay ya había comprado una postal antigua de «Piazza Tenente Fulvio Opezzo» (con una sola «p», da lo mismo). Es la postal de color sepia que tengo ante los ojos. Ni lleva fecha ni ha viajado, pero igualmente dice muchas cosas. Al fondo se ve el ábside de la iglesia parroquial de Cerrina, con el triángulo del campanario y el centro parroquial en la parte de atrás. La plaza no es más que un amplio desmonte por donde se aleja un carro arrastrado por un asno, mientras dos campesinas tocadas con un pañuelo están de pie junto a una bala de heno bajo el rótulo de la barbería. En su modestia artística, la postal tiene un aire neorrealista: no nos equivocaremos si la fechamos en torno a 1948 o 1950.

Gracias también a Google, antes de ir a Cerrina ya sabía que las escuelas del pueblo, tanto la elemental como la media, llevan el nombre de Fulvio Oppezzo. De nuevo con una sola «p», pero en este caso tampoco importa. Lo que me importaba —es evidente— era esta huella tan evidente de la figura de Oppezzo en su tierra natal, en el municipio de la colina donde había crecido el muchacho antes de subir a los montes y morir a los

dieciocho años. Tanto en la plaza como en la escuela: al menos en Cerrina Monferrato, al menos entre las mil quinientas almas del pueblo que yo nunca había pisado, a cuarenta kilómetros de Turín y veinte de Casale, el nombre de Fulvio Oppezzo significaba algo para alguien. Tenía que moverme: la historia, además de ser leída, tiene que ser caminada. Tenía que ir a Cerrina y mirar, preguntar, escuchar. La memoria de Fulvio caído en Frumy en 1943 estaba grabada en su tierra como memoria de un caído de la Resistencia. Me correspondía a mí reconstruir los modos, los tiempos y las formas de esa reputación partisana.

Telefoneé a Federico Fornaro. Mi viejo amigo, ex presidente del Istituto Storico della Resistenza de Alessandria y autor de un librito muy hermoso, *Aria di libertà*, dedicado (es el subtítulo) a la *Storia di un partigiano bambino*. La historia de Mario Ghiglione («Aria»), un muchacho más joven aún que Fulvio Oppezzo —nacido en Génova en 1928— y decididamente más afortunado: sobrevivió a la Resistencia y llegó a viejo.[1] Le expliqué a Federico quién era Oppezzo y por qué tenía interés en su figura. Diez minutos más tarde estaba hablando por teléfono con Corrado Calvo, un amigo de Federico natural de Cerrina Monferrato. Corrado ejerce un cargo directivo en una industria y no tiene tiempo para dedicarse a la historia. Pero es amable, rápido, y justamente es de Cerrina. Al margen de las huellas de Oppezzo que había encontrado en los archivos y al margen de la postal de la plaza comprada en eBay, las primeras informaciones sobre Fulvio y sobre su memoria las obtuve de Corrado por teléfono. Porque además los padres de Calvo habían sido maestros en aquella escuela, la «Fulvio Oppezzo», y el propio Corrado había sido alumno. En Cerrina Monferrato, los niños crecen con el nombre de Fulvio en la boca.

Corrado Calvo me habló en primer lugar del retrato que preside la entrada de la escuela media de Cerrina. «Un retrato de Oppezzo vestido de

uniforme militar», me dijo. E inmediatamente me habló de la madre de Fulvio, Idalia Tos Oppezzo, que después de la guerra —se lo habían contado muchas veces sus padres— se había convertido en el pueblo en una especie de profesional del duelo: apremiaba a todo el mundo, llamaba a todas las puertas para que dedicaran algún lugar a la memoria del hijo. Supe también por Corrado que en Cerrina se había rumoreado que Oppezzo había muerto en circunstancias «extrañas», pero que los rumores nunca habían dado lugar a un caso «político». Habría hecho bien empezando mis investigaciones por la parroquia, regentada durante décadas por el padre Giuseppe Ferrando. El padre Ferrando siempre se ocupó con gran diligencia de las crónicas parroquiales, algo podía encontrarse en ellas. Y el mejor modo de aproximarse a la parroquia era dejarse guiar por Chiara Cane: también oriunda de Cerrina, era periodista del bisemanal *Il Monferrato*.[2]

El 25 de octubre de 2011, Chiara me citó a las tres de la tarde delante de la «Scuola Media Statale Fulvio Oppezzo». Entramos juntos en la escuela desierta, vigilada únicamente por un bedel al que la periodista había avisado previamente, y que con gran amabilidad se prestó a descolgar de la pared de la entrada el retrato de Oppezzo vestido de uniforme. Lo llevamos a una pequeña habitación allí al lado, lo coloqué como pude sobre una mesa y lo fotografié. Mucho tiempo después de haber empezado a interesarme por él, Fulvio me revelaba su aspecto. El de un adolescente, con el rostro más imberbe que afeitado y un orgullo contenido en el uniforme nuevo y flamante de subteniente. Idalia Oppezzo entregó, según todas las evidencias, a la escuela que lleva el nombre del hijo caído una copia de la fotografía de Fulvio tomada en la ceremonia de entrega de diplomas en la Escuela Militar de Milán en el verano de 1943. En la parte inferior del retrato, descifré la dedicatoria escrita con una caligrafía todavía infantil, «Fulvio a su queridísima mamá».

Chiara me acompañó luego a la parroquia, donde me había concertado un encuentro con los «viejos» de Cerrina. Fue una tarde intensa y generosa que no olvidaré. Estaba lloviendo; antes de entrar en los locales del centro parroquial, Chiara y yo tuvimos que guarecernos bajo un paraguas para ir a via dei Bastioni (en la parte más alta del pueblo, llamada la «muralla») a ver la casa que había pertenecido a los Oppezzo: una vivienda de dos plantas ahora en malas condiciones, pero que debió de ser una casa importante, la casa adecuada para el abuelo de Fulvio, el profesor Marcello Oppezzo, *podestà* de Cerrina en los años treinta. También llovía en la plaza del ayuntamiento, cuando fuimos a ver el monumento a los caídos: veintitrés nombres en total (diecinueve correspondientes a la Primera Guerra Mundial, cuatro a la segunda), sin ninguna referencia a Fulvio Oppezzo. Pero ahora estábamos allí, al abrigo de la parroquia, y a mi alrededor tenía tres personas que se acordaban bien de Oppezzo. Angelo Brignoglio, Maria Cerruti y Renato Porta habían conocido en su niñez al niño Fulvio. Y en la posguerra, en su juventud, habían vivido la metamorfosis póstuma: de nieto del *podestà* a mártir de la Resistencia.

«Teníamos el establo bajo el pórtico de la muralla, y todos los de la muralla acudían allí por la noche, los hombres a un lado y las mujeres al otro.» Es Maria Cerruti la que habla, cuenta que a Fulvio le gustaba compartir aquellas veladas más abajo de la via dei Bastioni a pesar de ser «de buena familia», a pesar de que su madre tenía aires de grandeza, y los campesinos del pueblo —más por escarnio que por respeto— la llamaban madame Oppezzo… «Los suyos no querían», pero en una ocasión en que cuatro o cinco campesinos iban detrás de una trilladora atada con una correa al tractor, y «había un ruido y un polvo que te morías», Fulvio fue a ayudarlos, «y a comer con ellos». Por supuesto, su condición social lo convertía en un muchacho privilegiado. Tenía esquís. Durante las

vacaciones de invierno, esquiaba en el prado cercano al asilo con dos amigas que venían de la ciudad, Cecilia de Milán y Silvia de Turín: «Le recuerdo con aquellos esquís, lo mirábamos, nunca habíamos visto esquís». ¡Y tenía una bicicleta con cambio, Fulvio! Se la había fabricado Salvino Porta, que precisamente era «fabricante de bicicletas» y era el padre de Renato, que es quien me lo cuenta. «Quería la bici con el cuadro alto, de modo que tuvimos que modificarlo… porque Fulvio era un muchacho alto, guapo… Éramos amigos.»

No puedo esperar que estos señores ancianos, aunque de conversación ágil y memoria lúcida, recuerden con claridad la historia de Fulvio Oppezzo estudiante: pero no pasa nada, podemos acudir a la documentación parroquial reunida por el padre Ferrando y publicada por él en volúmenes (tenía razón Corrado Calvo), que son un tesoro para la historia local. La familia Oppezzo al completo, que procedía de Biella y originariamente de Cavaglià,[3] se estableció en Cerrina en 1935, cuando el profesor Marcello fue nombrado *podestà*.[4] Fulvio empezó entonces la enseñanza secundaria en el Colegio Trevisio de Casale, donde estuvo cinco años interno bajo la tutela de los padres somascos. En el verano de 1940, y coincidiendo con la entrada de la Italia de Mussolini en la guerra mundial, Fulvio ingresó en la Escuela Militar de Milán. Era una opción en cierto modo natural para el hijo quinceañero de Ugo Oppezzo, que en 1918 había sido un jovencísimo condecorado al valor en la Gran Guerra,[5] y veinte años después un oficial combatiente en la guerra de Etiopía, en el 45 Batallón Colonial Musulmán.[6]

Tras la ceremonia de entrega de diplomas, en verano de 1943, Fulvio apenas tuvo tiempo de vestir el uniforme de subteniente: enseguida llegó el 8 de septiembre y la ocupación alemana, de modo que fuera el uniforme y todos a casa. Sin embargo, en la casa de via dei Bastioni, Fulvio no se quedó mucho tiempo. Tal vez unas semanas, seguramente menos de tres

meses. Como ya sabemos, el 5 de diciembre de 1943 a lo más tardar se marchó con un compañero de Cerrina, Giuseppe Villata, y con Eligio Costelli de Casale: con el rostro medio cubierto con un pañuelo y empuñando un arma se unió con ellos a la banda de los casaleses en el valle de Ayas. De los tres muchachos, solo Villata tendrá la suerte de vivir la Liberación —un año y medio más tarde— el 25 de abril de 1945. Costelli, detenido por los milicianos de la Guardia Nacional Republicana de Casale y preso en la cárcel de la ciudad, inmoló sus veintitrés años el 12 de junio de 1944: fusilado en la piazza Ovada en represalia tras una acción partisana.[7] En cuanto a Oppezzo, ya sabemos cómo acabó, en Frumy, el 9 de diciembre de 1943.

«En el pueblo se decía: Fulvio ha sido uno de los primeros partisanos»: esto es lo que recuerda la señora Maria, cuando habla de ello setenta años más tarde en el centro parroquial de Cerrina. ¿Cómo se enteraron de su muerte?, pregunto. ¿Y qué se comentó cuando se supo? La primera respuesta la da el señor Renato y tiene la fuerza de la concisión: «La noticia de la muerte llegó, se sabía que Fulvio había muerto. Pero no se hacían muchos comentarios. Era la guerra, estaba muerto». Una segunda respuesta la proporciona el señor Angelo, y tiene el poder milagroso que poseen ciertos testimonios de historia oral, capaces de restablecer a través de una única imagen inmóvil todo un espacio-tiempo, el momento de un mundo: «Arriba, en la muralla, estaba pasando un músico ambulante. Le dijeron “No toques delante de las puertas, no toques para pedir limosna, porque ha llegado la noticia de que el chico ha muerto”».

Idalia Oppezzo tuvo que esperar mucho tiempo antes de poder recuperar el cadáver de su hijo muerto. Finalmente, en octubre de 1945, el ingeniero Vincenzo Grasso de Turín —considerado el organizador de las primeras bandas valdostanas— realizó investigaciones sobre un «Fulvio sin más

datos de identificación» caído junto con Luciano Zabaldano «como consecuencia de las heridas recibidas, para ser más precisos, de metralleta».[8] Una vez comprobados los datos personales del cadáver, el Ayuntamiento de Saint-Vincent concedió el permiso para el traslado a Cavaglià, y algunos habitantes de Cerrina pudieron confortar a madame Oppezzo el día de los funerales por Fulvio. «Se fueron de aquí en una camioneta», cuenta Maria Cerruti. Eran vecinos, vivían en via dei Bastioni: la señora Maria se acuerda de un campesino, Silvio Gallo, y de la señora Bruna Bollo. Casi dos años después de haber muerto a manos de los compañeros de la banda y de haber sido sepultado bajo una capa de tierra en la nieve de Frumy, Fulvio Oppezzo se reunió con el abuelo Marcello, el *podestà*, en la tumba familiar.[9]

La escuela en la colina

En los altiplanos de Gaminella, entre Cerrina y Mombello, encontraron dos muertos: «dos espías republicanos, con la cabeza aplastada y sin zapatos». «Tenían que ser republicanos, porque los partisanos morían en el valle, fusilados en las plazas y colgados de los balcones, o los enviaban a Alemania.» Los subieron con una carretilla hasta el viejo hospital y acudió mucha gente a verlos, pero nadie logró identificarlos («al cabo de tres años, ¿qué se podía identificar?»). En cambio, la gente del pueblo demostró tener las ideas claras sobre las circunstancias de su muerte, sobre el hecho de que aquellos dos habían sido asesinados por los rojos, «porque, decían en voz baja en la plaza, son los rojos los que disparan en la nuca sin un proceso». Luego, el párroco decidió organizar un funeral de primera, con autoridades, carabineros y mujeres con velo. Y el domingo, desde los escalones de la

iglesia, el párroco dijo «cosas gordas». Se había derramado demasiada sangre y todavía quedaba demasiado odio. La patria, la familia y la religión seguían amenazadas. «También nosotros debíamos arrepentirnos, purificarnos, reparar»: dar sepultura cristiana a aquellos dos desgraciados, «bárbaramente asesinados —eliminados, solo Dios lo sabe, sin el consuelo de los sacramentos— y reparar, rezar por ellos, levantar una barrera de corazones».[10]

Es una página de Cesare Pavese, pero podría haber sido perfectamente —cambiando las planicies de Gaminella por los pastos de estío de Frumy— la historia de Fulvio Oppezzo y Luciano Zabaldano. En realidad, ellos dos tampoco murieron en el valle, fusilados en la plaza y colgados de los balcones como los partisanos, sino que murieron en el monte, asesinados sin proceso y sepultados sin ataúd como los espías de Salò. Y si bien en el caso de Zabaldano, después de la Liberación, los partisanos de Turín actuaron sin demora y lo incluyeron inmediatamente en el martirologio de la Resistencia, en el caso de Oppezzo las cosas fueron muy distintas: los partisanos de Cerrina se mantuvieron completamente al margen, y al funeral de Cavaglià acudieron solamente los vecinos. Pensándolo bien, Idalia Oppezzo habría podido preguntarse por las circunstancias de la muerte de Fulvio hasta el punto de plantearse si había sido asesinado por los rojos. Y el predecesor del padre Ferrando en la parroquia, el padre Giuseppe Samarotto, que en sus homilías no dejaba nunca de poner en guardia contra los comunistas,[11] habría podido considerar la muerte de Fulvio como el signo de una persistente amenaza para la religión.

Sin conocer a Fulvio Oppezzo, el autor de *La luna y las hogueras* sabía de qué estaba hablando. Fue en Valcerrina donde halló refugio Pavese tras el 8 de septiembre, entre la casa de su hermana en Serralunga di Crea y el Colegio Trevisio en Casale, donde empezó a dar clases bajo un nombre

falso las mismas semanas de otoño de 1943 en que un ex interno —Fulvio— se fue para unirse a los partisanos y no regresó jamás. Entre Serralunga y Casale, Pavese sufrió la angustia del que no se atreve a tomar partido («mala cosa estar en las garras de la historia»),[12] pero precisamente por eso pudo contemplar las dinámicas de la Guerra Civil sin las lentes deformantes del compromiso directo. Con una sensibilidad que les estaba negada a sus amigos de la editorial Einaudi, que habiendo tenido el valor de elegir un bando eligieron el de la Resistencia.[13] Pavese sabía que los muchachos monferratinos que habían subido a los montes tras el 8 de septiembre eran una pequeña minoría. Que la mayoría se habían despertado tarde o tardísimo, como los internos del Colegio Trevisio a quienes el padre Frumento había visto armarse la mañana del 25 de abril. Y que los campesinos del Monferrato, por mucho que odiaran a los alemanes y detestaran a los de Salò, no por eso se habían transformado en un pueblo que se echa al monte: fueron mucho más espectadores de la tragedia que protagonistas.

En la época en que Pavese escribía *La luna y las hogueras*, en otoño de 1949, Einaudi ganaba el premio Viareggio con un monumento a la retórica de la Resistencia, *L’Agnese va a morire* de Renata Viganò. De Pavese, Einaudi había publicado a comienzos de aquel mismo año *La casa in collina*:[14] un monumento de antirretórica de la Resistencia, lo más alejado posible del elogio de las magníficas suertes progresivas de una guerra de liberación.[15] Y esa novela breve concluía con la célebre página sobre los «muertos desconocidos, los muertos republicanos», cadavéricos testimonios de la inutilidad de toda sangre derramada. «En el lugar del muerto podríamos estar nosotros: no habría diferencia, y si estamos vivos se lo debemos al cadáver manchado. Por eso toda guerra es una guerra civil: todo caído se parece al que sobrevive, y le pide explicaciones.»[16] Pero en

Cerrina Monferrato hubo que esperar algunos años después de 1949 —y después de la muerte de Pavese en 1950— para que alguien se decidiera a pedir explicaciones del final de Fulvio Oppezzo, muerto en el monte y no en el valle, más como republicano que como partisano.

Lo hará (como veremos) un sacerdote nacido en Cerrina que era pastor de almas a unos kilómetros de distancia, en Zanco di Villadeati. Mientras que el padre Ferrando, el párroco de Conzano que precisamente se hizo cargo de la parroquia de Cerrina en 1949 a la muerte del padre Samarotto, prefirió no pedir explicaciones. Decidió acoger sin preguntas el duelo de la *mater dolorosa*, Idalia, por el hijo caído en la guerra de liberación. Y, al redactar el boletín parroquial, no dejó escapar la ocasión de difundir una representación lo más tranquilizadora posible de aquella guerra, pugilato sin púgiles, guerra sin rojos y sin negros. Hay que leer las cosas que el padre Ferrando escribía al principio de la década de 1950 en el boletín *La Grande Famiglia* para valorar cómo en la Italia de aquellos años era posible engrosar, a la sombra de los campanarios de provincia, reputaciones partisanas tanto más graníticas cuanto más estereotipadas: estampitas de partisanos. Que, por otra parte, se guardaban muy bien de calificar de tales, desconfiando de la palabra «partisano» tanto al menos como de la palabra «Resistencia».

«Fulvio, es decir, Italia»: este era el título memorable del artículo aparecido en el boletín parroquial de Cerrina, en septiembre de 1952, en la sección «Actualidad». Que partía de una buena noticia llegada de Milán (aunque luego no se concretaría) para redactar la más edulcorada necrológica patriótica de Fulvio Oppezzo. «El pasado junio una comisión del Ayuntamiento de Milán decretaba que una calle nueva en la zona de Porta Genova de la ciudad de Milán fuese dedicada al “Teniente Fulvio Oppezzo”. Es un honor que hijos de esta tierra sean así recordados y

honrados. Todos los jóvenes de Cerrina fueron compañeros suyos de escuela, de juegos y de… travesuras infantiles. Había nacido en 1925, una de las quintas más atormentadas de la época de la República fascista, de los alemanes, de la Liberación. Fulvio, que estudió cinco años de “ginnasio” en el Colegio Treviso de Casale, y tres de “liceo” en la Escuela Militar de Milán, como alumno oficial en la escuela de cadetes militares, tenía ante sí una espléndida carrera. En los días más difíciles para la Patria, intuyó y eligió sin ninguna duda su lugar: ¡por Italia! Guerra de Liberación, primero en Valcerrina y luego en el valle de Aosta. Dotado de una generosa intrepidez, halló la muerte el 12/12/1943, en la flor de la juventud y de las esperanzas. El telegrama decía: “Teniente Fulvio Oppezzo muerto heroicamente por la liberación de Italia”.»[17]

Es posible que un telegrama redactado en términos parecidos llegara efectivamente a la familia. O más exactamente a la madre Idalia, puesto que el padre Ugo estaba en África, prisionero de guerra, y a su regreso se mantuvo alejado de su mujer y de Cerrina. Seguramente, la necrológica del padre Ferrando atestiguaba tanto la relación de confianza del párroco con la madre de Fulvio («Su madre vive entre nosotros, con el recuerdo perenne y doloroso, sobrellevando el gran dolor con Fe y también con justo orgullo») como las relaciones de Idalia Oppezzo con altas jerarquías militares —el coronel comandante de la guarnición de Casale, el coronel comandante de la Escuela Militar de Milán—, quienes tal vez, después de la Liberación y contando con la labor de una comisión dedicada a la toponimia en la ciudad de Milán de 1952, trabajaron para integrar el sacrificio de Fulvio en el martirologio nacional. Poco a poco, el subteniente Oppezzo ascendió de categoría: se convirtió en teniente. Al margen de esto, hay que tener en cuenta que la comunidad de Cerrina Monferrato acabó cultivando la memoria de Oppezzo de una forma que hoy nos parece ampliamente

ecuménica, incluso demasiado ampliamente, si tenemos en cuenta la dramática historia que había detrás de aquella memoria.

El 10 de junio de 1950, el *Liber Chronicus* del padre Ferrando registró la «Solemne bendición e inauguración de las nuevas escuelas y Dirección Didáctica», construidas a medio camino de la colina y dedicadas al «Teniente Fulvio Oppezzo, joven cerrinense caído por la liberación».[18] Ampliados entre los años cincuenta y sesenta para acoger primero la formación profesional, y luego la escuela media unificada, son los edificios que siempre han frecuentado los escolares de Cerrina, que todas las mañanas, si son alumnos del primer ciclo de secundaria, para llegar a las aulas desfilan con gran griterío bajo el retrato de Fulvio de uniforme dedicado a su queridísima mamá. Y es precisamente en la experiencia cotidiana de los escolares donde hay que recuperar la historia de ultratumba de Fulvio Oppezzo durante los años en que su memoria podía ser a la vez más fresca y más punzante. Y que sin embargo —a juzgar por las composiciones de esos niños— fue desde entonces memoria compuesta, esterilizada y moralizada. El resultado de un transparente manejo de adultos, maestras y padres, a fin de que la estampita de Oppezo no pudiera distinguirse de la de un santo.

Adelina Carpignano, alumna de tercero del curso escolar 1952-1953, escribió para el 4 de noviembre, aniversario de la victoria italiana en la Gran Guerra, una composición que el padre Ferrando consideró digna de reproducir en el boletín parroquial: «En el día de la victoria hemos rendido homenaje [al monumento a los Caídos] con flores y oraciones. Muchos padres en este día han llorado de dolor, pero están orgullosos porque han entregado su hijo a la Patria. Nuestra escuela lleva el nombre del mártir de la Libertad Fulvio Oppezzo muerto en la guerra. En la entrada de la escuela hay una fotografía suya y siempre le ponemos flores frescas. Trataremos de

ser siempre dignos del sacrificio de nuestros Caídos».[19] Y esta es, menos de un año después, la composición de otra alumna de tercero, Luisella Monti: «Ayer, 12 de octubre, vino a nuestra escuela la mamá de Fulvio Oppezzo, el heroico partisano al que está dedicado el edificio de la escuela. Es una señora alta y rubia, de mirada dulce y maternal. […] Nos habló maternalmente incitándonos a estar agradecidas a aquellos que piensan en nuestro bien y en el de la Patria. Tuvo un pensamiento para todos, desde el Jefe de Gobierno hasta nuestro Párroco, desde nuestros benefactores hasta nuestras maestras. Finalmente, distribuyó caramelos y nos saludó cordialmente. Le agradecimos su amable visita y le prometimos recordarla a menudo junto con Su amado Fulvio».[20]

Idalia Oppezzo no solo repartió caramelos a los alumnos en un esfuerzo por mantener viva la memoria del hijo. Madre dolorosa, quiso ser también madre generosa para que Fulvio se mantuviera siempre presente en el corazón de los cerrineses, hasta el punto de poner su nombre incluso a lo que hoy llamaríamos un «evento». Hacia el mes de julio de 1954, las crónicas parroquiales de Cerrina registran —tras la exitosa fiesta de los santos patronos Nazario y Celso— una fiesta dominical de la piñata en la que «mucho público» participó en las manifestaciones más variadas, desde una feria de productos varios y ganado hasta la proyección de *Violetas imperiales*, desde un campeonato de petanca a un concurso de panderetas entre el Eternit y el Audace de Casale. Pues bien, aquel día de fiesta se corrió también la gincana motociclística Copa Teniente Fulvio Oppezzo».[21] Al año siguiente la gincana se celebró en septiembre, y las crónicas parroquiales nos permiten conocer la lista de los premios. En total, los afortunados motociclistas se llevaron a casa once jarrones grandes de cerámica fina, cuarenta jarrones pequeños, seis medallas, tres botellas de licor, cuatro botellas de vino quinado y ocho vales para gasolina.[22]

Cinco meses antes, el 25 de abril de 1955, «en el recogimiento de la iglesia llena a rebosar de hombres y jóvenes», los cerrineses celebraron el décimo aniversario de la Liberación. El párroco pronunció «unas breves y emocionadas palabras» apelando tanto al deber del reconocimiento cívico para aquellos que habían padecido la guerra, como al deber de la oración cristiana para los que habían perdido la vida. Y en esta circunstancia, el padre Ferrando fue mucho más allá que en el pasado en la senda de una celebración explícita, si no propiamente de la Resistencia, sí de una guerra duramente peleada, de una libertad obtenida con sangre. «Se recordó al partisano subteniente Fulvio Oppezzo y a los señores Attilio Cerretti y Mario Villata apresados en una redada y muertos en Alemania.» Siguieron las exequias solemnes por todos los difuntos, pero especialmente por uno: «La madre del subteniente Oppezzo, presente en la ceremonia, agradece vivamente las demostraciones de condolencias y simpatía a su amado Fulvio».[23]

Sassi

Si a Fulvio Oppezzo y Luciano Zabaldano no les hubiesen matado en Frumy el 9 de diciembre de 1943, casi con toda seguridad habrían sobrevivido al rastreo del 13 en el valle de Ayas, que solo dejó un muerto: Giuseppe Carrera. Y si aquel día hubiesen evitado la captura, como muchos otros rebeldes de la banda de Arcesaz tal vez se habrían reunido, en la primavera de 1944, bajo la renovada guía política y militar de los hermanos Rossi. Encuadrados en las Brigadas Matteotti, habrían combatido en una Resistencia ya con erre mayúscula primero en el alto Canavese y luego en el bajo Monferrato. Y si hubiesen salido indemnes de los enfrentamientos

armados, redadas y represalias, habrían vivido la embriaguez del abril de 1945. Cuando los partisanos de la División «Italo Rossi» se separaron en dos ramas para dirigirse unos hacia el este y los otros hacia el oeste, tal vez también Oppezzo y Zabaldano habrían acabado separándose. Desde Cocconato, Fulvio habría seguido al comandante Rossi hacia el este para regresar como libertador a su tierra, a Cerrina y a Casale. Luciano habría seguido al comandante Cappa en dirección oeste: habría luchado en san Mauro Torinese, y habría regresado a Turín como libertador de su tierra, el barrio de Sassi.

Al otro lado del Po, en un meandro creado por el río en las laderas de la colina de Superga, Sassi es una isla en la ciudad. Debe su nombre a las piedras reunidas al pie de la colina, a principios del siglo XVIII, durante los trabajos de desmonte para la construcción de la basílica de los Saboya. Y debe la solidez de su identidad al hecho mismo de hallarse fuera de Turín: la ciudad a la que, hasta 1928, Sassi no estaba unida ni siquiera por un puente, la ciudad a la que había que llegar en barca. De modo que todavía hoy Sassi parece vivir una vida propia. O al menos eso me parece a mí, que sigo siendo un extranjero en Turín, aunque hace más de diez años que soy profesor en esta ciudad. Tal vez por esa común ajenidad Sassi me fascinó de inmediato, la primera vez que en lugar de atravesar el barrio por el corso Casale me dirigí a él de forma intencionada: cuando llegué allí siguiendo las huellas de Luciano Zabaldano.

El documento que se encuentra en el Istituto Storico della Resistenza de Turín —la solicitud de indemnización de la familia por la muerte de Luciano— indicaba los nombres de los padres, Carlo Zabaldano y Carmelina Calvo, y la dirección de su casa: strada Mongreno 40.[24] Pero yo, siguiendo las indicaciones de Google, me dirigí hacia aquel lugar sin demasiada convicción. Después de casi sesenta años, me decía a mí mismo,

¿qué crees que vas a encontrar? No había tenido en cuenta la insularidad de Sassi: el enraizamiento de sus habitantes en el espacio, la continuidad de los destinos en el tiempo. Ya en las Páginas Blancas constaba que los Zabaldano no se habían movido de Sassi, que la vida de la familia continuaba en aquel kilómetro cuadrado. El resto fue muy rápido. Una llamada de teléfono a Andrea, el 28 de octubre de 2011, y la primera confirmación: sí, Luciano Andrea Zabaldano era su tío, caído en la Resistencia. Y sí, por supuesto, no tenía inconveniente en que nos viéramos. Estaría también su hermano Davide, que sentía más curiosidad que él por la historia, y que desde hacía tiempo trataba de saber más cosas sobre aquel tío al que nunca conoció, el tío partisano. Luego, la cita. Nos podemos ver en el bar-cafetería de la familia, regentado precisamente por Davide. Quedamos el martes 8 de noviembre, a las seis: a esa hora hay menos ajetreo, estaremos más tranquilos. Bar Franco, strada Mongreno, 4.

La tarde del 8 de noviembre, me dirigía en coche a Sassi desde la universidad. Para mayor seguridad llevaba impreso el mapa del barrio, pero sabía que el problema no era encontrar el bar Franco. El problema era qué les iba a decir a Andrea y Davide Zabaldano, los sobrinos del tío Luciano. Es cierto que algo me dirían ellos. Por eso tenía interés en verlos: para que me explicaran lo que habían oído en casa, la narración familiar de la vida y la muerte de un partisano caído a los diecisiete años en los montes del valle de Aosta. ¿Qué tenía que decirles yo? ¿Qué tenía que hacer? En aquella época todavía no había encontrado todos los documentos que me permitirían luego reconstruir los hechos de Amay y Frumy entre el 8 y el 9 de diciembre de 1943. Pero ya tenía claro que Zabaldano y Oppezzo no murieron por fuego enemigo, sino por fuego amigo: no a manos de los alemanes o de los saloinos, sino a manos de los partisanos. Y tenía claro que no podía entrar en aquel bar de Sassi, estrechar la mano de dos señores

que nunca había visto y soltarles un discurso del tipo: ah, por cierto, espero que no se disgusten, pero el tío que siempre imaginaron como un joven mártir antifascista lo eliminaron sus compañeros de la banda porque estaba fuera de control, disparataba. Él y otro compañero robaban a diestro y siniestro y amenazaban a sus compañeros, si-no-nos-dejáis-hacer-os-disparamos, si-nos-detenéis-huiremos-y-os-denunciaremos.

No podía hacerlo y no lo hice. Esperé que hablasen ellos, Andrea y Davide, con quienes, por otra parte, de inmediato se estableció una corriente de entendimiento, una opinión común. Tenían aproximadamente mi misma edad, podrían ser mis hermanos menores. Nuestros hijos tenían la misma edad, como también los padres que todavía vivían. Procedíamos de ciudades y de ambientes distintos, pero tras unas pocas frases intercambiadas en una mesita del bar Franco, me parecía conocerlos de toda la vida. Es posible que también a ellos, cuando eran pequeños, su madre —una señora sonriente y reservada que nos acababa de traer un café y unos licores— les leyera las cartas de los condenados a muerte de la Resistencia. O tal vez no se las leía porque no había necesidad: bastaba con enseñar a los hijos la fotografía del tío Luciano vestido de marinero, la misma fotografía que cada 25 de abril Andrea y Davide reconocían en el óvalo negro del monumento A LOS PARTISANOS CAÍDOS POR LA CAUSA DE LA LIBERACIÓN, a unos quinientos metros del bar, en el cementerio de Sassi.

Davide abrió delante de mí una carpeta de color naranja, en la que estaba recogida toda la información que había podido reunir sobre el tío Luciano. La información consistía en unas páginas fotocopiadas de dos o tres libros de historia sobre la Resistencia en el valle de Aosta, y de un par de cartas que había intercambiado unos años antes con los encargados de algunas bibliotecas. Consistía, sobre todo, en fotocopias de *El sistema periódico* de Primo Levi. Davide sacó la página que contiene las doce líneas sobre el

«desagradable secreto». Las había subrayado con lápiz y me las enseñaba. ¿Las has leído bien?, me pregunta. «Nos habíamos visto obligados por nuestra propia conciencia a cumplir una condena, y la habíamos cumplido, pero habíamos salido de ella destruidos, destituidos, deseosos de que todo acabara y de acabar nosotros mismos»: Davide Zabaldano me estaba diciendo que estas líneas de Primo Levi le habían hecho reflexionar, porque evidentemente hablaban de la condena a muerte no de enemigos, sino de compañeros. Entonces se puso a investigar, pidió documentos a bibliotecarios y archiveros. Echó unas cuentas con las fechas y descubrió que el episodio evocado por Levi se correspondía con la fecha de la muerte grabada sobre el monumento del cementerio de Sassi: tal vez *El sistema periódico* hablaba de la condena del tío Luciano. «A partir de aquel momento —me dijo— no tuve valor para seguir investigando». Se dirigió a Andrea, su hermano: «Preferí no decir nada, ni siquiera a ti».

No sabía —no sé— si Davide había leído *La casa in collina* de Pavese, pero cuando aquella tarde del 8 de noviembre de 2011 leía, en su bar de strada Mongreno, la página de Levi y reflexionaba sobre las fechas, el 9, el 10, el 13 de diciembre de 1943, supe casi de inmediato que Davide había comprendido: todo caído se parece al que sobrevive, y le pide explicaciones. Si Davide hubiese reanudado las investigaciones sobre su tío, no lo habría hecho ni para inscribir de nuevo a Luciano Zabaldano en el álbum de la gloria resistencial, para dar brillo al monumento, ni para tirar la piedra sobre algún otro partisano, para desenmascarar a los asesinos. Pedir explicaciones no significa pedir cuentas. Y un año más tarde, en la trastienda del bar, Davide me lo confirmó. No le interesaba que le confirmaran la verdad de la narración familiar para que la aureola del mártir pudiera conservarse intacta en torno a la cabeza del tío partisano. Tampoco le interesaba dilucidar el misterio del Col de Joux para luego rasgarse las

vestiduras, no le interesaba un uso improductivo de la historia de la Resistencia. Él tampoco quería rascar en la base de las Pirámides de los faraones. «Lo único que querría es saber qué ocurrió y por qué.»

Desde que nos vimos por primera vez, Davide y yo intercambiamos la información que íbamos encontrando sobre la vida y la muerte de Luciano. Yo le fui pasando documentos de archivo, aunque, por discreción, no le envié copia del interrogatorio sufrido por Aldo Piacenza en Aosta en enero de 1944, en el que el excombatiente de la campaña de Rusia explica a los policías de Salò la indisciplina de los dos «gregarios», su última noche en Amay, el alba de Frumy y la descarga de metralleta Beretta. Davide, por su parte, compartió conmigo las informaciones recogidas como improvisado historiador local: interrogando a algunos «viejos» de Sassi seleccionados en parte al azar y en parte intencionadamente, unos porque pasaban por el bar, otros porque iba a buscarlos a sus casas, a lo largo del corso Casale o de la strada Mongreno, llamando a las puertas, tocando los timbres de la isla de la ciudad. Entre los dos no descubrimos gran cosa. Pero lo que descubrimos, mucho o poco, se añadió a lo que Davide y Andrea ya sabían a través de los relatos familiares y compuso, si no un retrato de Luciano Zabaldano, al menos un esbozo de retrato.

El cuarto de ocho hijos, Luciano, nació en Monforte d’Alba en el seno de una familia sin una clara orientación política. Su padre había trabajado para la Gondrand, el gigante italiano de los transportes, antes de establecerse en Turín como ferroviario de la ATM, la empresa municipal de tranvías. De carácter rebelde, Luciano no obtuvo buenos resultados en la escuela: suspendido dos veces en tercero de primaria, a los doce años empezó a trabajar de aprendiz en un almacén de strada Mongreno. Los habitantes de Sassi lo consideraban un chico generoso y fuerte: le llamaban «Dos» porque tenía la fuerza de dos muchachos juntos. Entre un trabajillo y otro cumplió

dieciséis años, y el verano de 1942 se alistó voluntario en la Marina de guerra. Luciana Quarà, una señora de Sassi con la que fuimos a hablar Davide y yo el 12 de septiembre de 2012, recordaba haber sido, de muy joven, la «madrina de guerra» de Luciano durante su primer año de servicio.[25] «Tu tío estaba en Liguria, y me contestaba regularmente.» ¿Qué escribíais en las cartas? «Nada importante, yo tenía doce años, en realidad no tenía muchas cosas de que hablar.» ¿Las cartas? Vaya a saber adónde fueron a parar.

De qué modo el muchacho rebelde de Sassi, más o menos amansado tras un año de servicio como electricista en la Marina de guerra,[26] pasó a ser tras el 8 de septiembre de 1943 rebelde político en el valle de Aosta, es lo que más deseaba saber y lo que menos logramos averiguar Davide y yo. Seguramente, como casi todos los italianos que estaban en el ejército, Luciano abandonó rápidamente el uniforme: en la familia se ha ido transmitiendo un retazo de historia sobre el cadete de Marina que después del armisticio está regresando a Turín y que al llegar a la altura de Moncalieri, enterado de la existencia de controles policiales en la estación de Porta Nuova, salta del tren por miedo a ser identificado y detenido por desertor. En la familia también se ha conservado el recuerdo de un tal señor Cioppettini, que tenía un taller en el número 40 de strada Mongreno: debajo de la galería de la casa donde vivían los Zabaldano. Según dos tías de Davide —la tía Albina y la tía Martina— fue por influencia de ese Cioppettini que Luciano decidió, muy pocos días después del 8 de septiembre, abandonar Sassi y echarse al monte.

Fausto Cioppettini no es un personaje del que se tenga memoria en la historia del antifascismo turinés. Si realmente fue él el responsable de la vocación partisana de Luciano Zabaldano, esto confirmaría la idea de que los primeros rebeldes llegaron a las montañas de un modo puramente

fortuito: raramente el resultado de una decisión categórica, incuestionable, a lo *Bella ciao*, sino más bien la suma de decisiones poco consecuentes o una concatenación de circunstancias.[27] Por otra parte, algo hizo Cioppettini contra los nazifascistas durante los veinte meses de la ocupación alemana, como informador de las Escuadras de Acción Patriótica.[28] No mucho, pero se puede explicar por la edad, tenía cincuenta y cinco años en 1943. Era una especie de inventor. En su juventud había patentado de todo, una «imprenta de fluido comprimido», un «sistema de construcción de casas desmontables, sin trabajos de albañilería».[29] También había tenido problemas con la justicia, por quiebra fraudulenta y estafa: se hacía pasar por ingeniero sin serlo.[30] Al llegar la Liberación, en la documentación aportada para que le fuera reconocida su actividad partisana, Cioppettini se presentó como «químico». En efecto, las tías Zabaldano lo recordaban —en el taller debajo de la galería— manipulando rollos de película y tratándolos en grandes piletas. Probablemente recuperaba las sales de plata que contenían.

Queda por explicar por qué Luciano Zabaldano se unió a la banda de los casaleses de Arcesaz y no a cualquier otra de las formaciones de rebeldes que con más o menos dificultades se iban formando en el Piamonte y en el valle de Aosta. Sobre esta cuestión no estoy en condiciones de formular ninguna hipótesis sólida. Cioppettini es un apellido poco corriente en el Piamonte, y había unos Cioppettini que vivían en Murisengo, es decir, a un tiro de piedra de Cerrina Monferrato: me pregunto si fue un contacto de este tipo el que llevó a Zabaldano —¿el «Turinés»?— a formar una banda con Fulvio Oppezzo, Giuseppe Villata y Eligio Costelli en la Valcerrina el 5 de diciembre de 1943.[31] No lo sé, ni tampoco sé nada más de Luciano excepto las circunstancias que lo llevaron a la muerte. Esas circunstancias se las comenté a Davide, el sobrino nacido demasiado tarde para conocer al tío muerto demasiado pronto. No será hasta que lea *Partisanos*, cuando se

publique, que Davide Zabaldano descubrirá los detalles sobre el alba de nieve y el método soviético.

En todo caso, el problema se planteará para las hermanas de Luciano que aún viven: tía Marina, tía Bruna y tía Albina. Es comprensible que a Davide le preocupara. Han llegado la una a los ochenta años y la otra casi a los noventa convencidas de que a su hermano lo mataron los nazifascistas en la redada de diciembre de 1943: Luciano Zabaldano, el primer caído de la Resistencia en el valle de Aosta. ¿Es normal, es justo que setenta años más tarde descubran que la verdad es otra? «La tía Bina tiene noventa años, ¡pero lee dos libros a la semana!» me dijo Davide. «Trabajaba en una editorial, Einaudi. Y desde entonces no ha dejado nunca de leer…» Hay que encontrar la manera de hablarle a la tía Bina: no puede descubrir el alba de nieve y el método soviético en el primer libro de historia donde se habla del partisano Zabaldano. Por otra parte, comentamos con Davide, ¿acaso la otra verdad sobre la muerte de Zabaldano y Oppezzo puede cambiar la verdad última sobre su sacrificio? Davide y yo concluimos que no. Zabaldano y Oppezzo eran y siguen siendo los dos primeros caídos de la Resistencia en el valle de Aosta.

A principios de mayo de 1945, cuando desde hacía veinte meses —desde una postal del 6 de octubre de 1943— la familia Zabaldano no tenía ninguna noticia de Luciano, fue precisamente Albina, la hermana mayor, la que se encargó de hacer averiguaciones. Junto con su padre, acudió varias veces a Saint-Vincent. Entró en contacto con los partisanos del lugar, hizo preguntas, trató de entender y de saber. Hasta que alguien le habló de Frumy, y de un muchacho enterrado junto a un árbol cerca de otro muchacho enterrado junto a otro árbol. Había dos letreros sobre los dos árboles, con el nombre de batalla de los dos partisanos: «Furio» y «Mare». Luego llegó a casa, a Turín, la comunicación oficial del Ayuntamiento de

Saint-Vincent junto con la petición de reconocimiento del cadáver. Albina no fue capaz de hacerlo: fueron su padre y el hermano mayor, Enrico. Subieron a Frumy. Junto al árbol donde aparecía el letrero se hallaba el cuerpo de Luciano que había sido desenterrado. Lo reconocieron por un jersey de lana cruda que le había confeccionado Albina.

Los funerales se celebraron en Sassi el 20 de octubre de 1945. Las honras fúnebres no incluyeron solamente a Luciano, todo el barrio lloró aquel día también a los hermanos garibaldinos Giuseppe y Eugenio Marzano. El primero en caer fue el más joven, «Genio», de diecinueve años, muerto en combate en San Benedetto Belbo en noviembre de 1944. «Bepi», de veintiún años, cayó cuatro meses más tarde, a finales de marzo de 1945, luchando en el valle de Aosta, en la Thuile.[32] En las paredes de Sassi, una única esquela mortuoria incluyó los nombres y las fotografías de los tres partisanos, honrados con un santo rosario la noche del viernes 19, enterrados la tarde del día siguiente: «De sus carnes desgarradas por el plomo enemigo sale un grito. Están y estarán siempre vivos entre nosotros, y su sacrificio será ejemplo y estímulo de nuestras acciones futuras».[33] En el cementerio de Sassi, en los ovales ribeteados de negro, los retratos de los hermanos Marzano comparten aún hoy la piedra con el retrato de Zabaldano y con los de los otros ocho partisanos del barrio caídos por la libertad. «Cuando voy al cementerio, siempre paso a saludar a tu tío», le dijo a Davide la señora Quarà, que a los doce años fue madrina de guerra de Luciano, que tenía dieciséis, la tarde que nos recibió en su casa, en la misma strada Mongreno.

Apenas unos días después de nuestra visita, el 7 de septiembre de 2012, Davide acudió al valle de Aosta, a Amay, para asistir a una celebración que todos los años asocia el culto a san Grato y la conmemoración de la Resistencia en la zona de Saint-Vincent. «La ceremonia, simple y sincera,

se desarrolló sin retóricas estúpidas o torpes intentos de instrumentalización, como ocurre a menudo en Sassi en la celebración del 25 de abril», me escribió por correo electrónico a su regreso a Turín. El sobrino del partisano muerto por partisanos en Frumy fue acogido amablemente por los responsables de la Anpi de Aosta: «Me ayudaron a “romper el hielo” con algunos excombatientes del Col de Joux, aunque con escaso éxito». Entre otros, Davide habló con Yves Francisco, el carpintero de Verrès sobrino de los gerentes del hotel Ristoro de Amay, y con Elena Page, hija de Edoardo, el comandante «Ardes» de la Resistencia. Intentó explicarse. Pidió explicaciones.

Epígrafes

La última página de *Si esto es un hombre* contiene una escena de sepultura. O, para ser más exactos, la escena de un simulacro de sepultura. Es el décimo día de la «Historia de diez días»: el 27 de enero de 1945. Es el día de la liberación del campo, de la llegada de los rusos a Auschwitz. Pero es un día que ha empezado con la enésima alba de nieve de la que de buena gana se prescindiría: «El alba. En el suelo, el infame revoltijo de miembros secos, la cosa Sómogyi». Sómogyi era un químico húngaro enfermo de tifus que había llenado con su interminable delirio el barracón de los infecciosos de Monowitz, y que finalmente había muerto la noche anterior. «Los rusos llegaron mientras Charles y yo llevábamos a Sómogyi cerca de allí. Pesaba muy poco. Volcamos la camilla en la nieve gris. Charles se quitó la gorra. Yo sentí no tener gorra.»[34] En el décimo de los diez días, Primo Levi y su amigo Charles se convierten de nuevo en hombres también con esta acción:

restaurando, dentro de los límites que permite Auschwitz, algo parecido a un rito fúnebre.

No sé si Levi participó —poco más de un año antes— en la sepultura de Fulvio Oppezzo y Luciano Zabaldano tras la ráfaga de la Beretta. Si el 9 de diciembre de 1943 subió del hotel Ristoro hasta el Col de Joux, si ayudó a cavar las dos fosas de Frumy. Imagino que sí, porque a las dos mujeres del grupo de Amay, Luciana Nissim y Vanda Maestro, se las instó a alejarse del lugar de la ejecución:[35] lo que hace pensar que los hombres estaban presentes. Imagino que sí también porque el número tan reducido de componentes de la banda (Levi hablaría de un total de doce, incluidas las mujeres) sugiere que todos los hombres tuvieron que palear la abundante nieve y cavar la tierra helada donde enterrar sin ataúd los cuerpos de «Furio» y de «Mare». Pero hay además otra razón que me empuja a imaginar que Primo Levi participó en los entierros de Frumy: una razón indirecta y tan solo alusiva, desde luego no una prueba histórica. Es una razón poética: «Epígrafe», escrita por Levi (o fechada) el 6 de octubre de 1952 e incluida por él en la antología de 1984, *A una hora incierta*.

El tema de esta poesía resulta transparente para quien conoce la historia de los partisanos. Y también es evidente el modelo de Levi, si lo referimos a una época en que la traducción einaudiana de la *Antología de Spoon River* —Edgar Lee Masters traducido a la lengua de Fernanda Pivano con el aval de Cesare Pavese— podía encontrarse en la mesilla de noche de muchos lectores italianos.[36] En «Epígrafe» habla alguien que ya no está, pero que en vez de dormir en la colina americana de Spoon River duerme bajo la tierra valdostana del Col de Joux. En «Epígrafe» habla un partisano condenado a muerte por sus compañeros por haber cometido alguna acción grave. En «Epígrafe» habla (a elegir, es indiferente) Fulvio Oppezzo o Luciano Zabaldano:

Oh tú, uno entre tantos, que atraviesas la colina,
Que huellas esta no tan solitaria nieve,
Te ruego escuches: detén unos instantes tu camino,
Aquí, donde sin lágrimas mis compañeros me enterraron:
Donde, cada estío, alimentada por mí crece
Tupida y verde la hierba apacible del campo.
Yazgo aquí desde hace no muchos años, yo, Micca el partisano,
Abatido por mis camaradas por una culpa no leve,
Eran ya pocos cuando la sombra me abrasó.

Tú que pasas, ni a ti ni a nadie pido perdón,
Ni plegaria ni llanto, ningún recuerdo en especial.
Solo pido una cosa: que esta paz mía perdure,
Que por siempre junto a mí se alternen calor y hielo,
Sin que una sangre nueva, filtrada en los terrones,
Llegue con su calor funesto a mí
Despertando un nuevo dolor en estos huesos ahora vueltos piedra.[37]

Como ocurre a menudo en Levi, la poesía contiene un florilegio de citas. El íncipit tiene resonancias de Carducci: el autor pertenecía a una generación que había aprendido de memoria «Funere mersit acerbo», el virgiliano homenaje de Carducci al hermano suicidado («Oh tú que duermes en la florida colina toscana»). También evoca «Funere mersit acerbo» «la sombra me abrasó», calcado de «la sombra me envolvió». En cuanto al último verso, «estos huesos» recuerda —más allá del tono por lo general clásico del Levi poeta— una de las arias más célebres de la *Traviata* de Verdi, el «Addio del passato» («¡Ni lágrimas ni flores tendrá mi tumba! Ni una cruz con mi nombre cubrirá en ella mis huesos»). Reminiscencias literarias casi obvias, a las que sería imprudente atribuir valor ideológico. Lo cierto es que «Funere mersit acerbo» es una composición que llora, en el recuerdo del hermano, la muerte de un niño. Y que el eco verdiano nutre

aquí una forma de piedad hacia dos muchachos también extraviados, aunque de manera muy distinta a la de Violetta.

Para la literatura italiana, decir 1952 equivale a hablar de una época de escritura epigráfica, de literatura lapidaria. Eran los años en que incluso Piero Calamandrei —a quien desde 1947 Levi confió sus primeras pruebas de narrador y poeta— retomaba del amado Carducci una idea de literatura militante como escritura expuesta: practicándola como maestro tanto en epígrafes verdaderos como en epígrafes imaginarios, y convirtiéndola en el eje estético de *Uomini e città della Resistenza*.[38] Eran los años en los que los editores de las *Lettere di condannati a morte della Resistenza italiana*, Piero Malvezzi y Giovanni Pirelli, proponían a Einaudi componer con una disposición tipográfica centrada en la página y en letras mayúsculas, como sobre una lápida, las fichas biográficas que acompañaban cada una de las cartas («¡solo nos falta ponerles una orla de luto!», comentaba sarcástico Italo Calvino).[39] Eran los años en que, dirigiéndose al propio Calvino para que incluyera la última carta de un compañero partisano en la reimpresión de las *Lettere di condannati a morte*, incluso el ultralaico Beppe Fenoglio definía el libro de Einaudi como «sacro volumen».[40]

Primo Levi también cultivaba una lengua marmórea, en la prosa y más aún en la poesía.[41] Pero en «Epígrafe», su italiano «propio de lápidas»[42] y aclarado en el torrente de Spoon River da voz a un tipo peculiar de condenado a muerte de la Resistencia: un condenado no por los fascistas ni por los alemanes, sino por los compañeros de banda, y tan joven que, cuando «sin lágrimas» se apagó, tenía pocos años más que los transcurridos entre 1943 y 1952. Sin retroceder al merecimiento de la sentencia dictada entre Amay y Frumy el 9 de diciembre de 1943 —la de Oppezzo y Zabaldano se mantiene como «una culpa no leve»—, el Levi de «Epígrafe» siente la necesidad de adoptar el punto de vista de uno (cualquiera) de los

jovencísimos muertos. Y la decisión de utilizar la primera persona del singular es importante en la pluma de un escritor de pronombres personales como es Primo Levi. Si no significa una identificación, significa al menos un reconocimiento. Todo caído se parece al que sobrevive, y le pide explicaciones.

A partir de junio de 1945, los partisanos de Saint-Vincent reunieron los cadáveres de algunos de sus caídos en un cementerio situado a medio camino entre la aldea de Amay y las alzadas de Frumy.[43] Y ya en los años de la inmediata posguerra, el 7 de septiembre, los excombatientes locales de las bandas se reunían para conmemorar conjuntamente el día de San Grato y los rastreos que habían enlutado la «colina» de Saint-Vincent a principios de septiembre de 1944. En 1950, *La Stampa* definía el cementerio partisano del Col de Joux como «el único en su género» que quedaba todavía en las montañas, y destacaba el empeño en conservarlo por parte de Edoardo Page, el comandante Ardes.[44] Al año siguiente, Page promovió la construcción junto al cementerio de una capilla de los Partisanos inaugurada en 1953, aunque los trabajos se prolongaron hasta los años sesenta.[45] En la fachada de la pequeña iglesia edificada con piedras del lugar, una lápida escueta en palabras y fechas: A LOS CAÍDOS POR LA LIBERTAD, 9-9-1943 – 25-4-1945.

Con estas fechas, el epígrafe de la capilla de Amay incluía —en teoría— el sacrificio de los dos únicos partisanos caídos en la zona en el año 1943: Fulvio Oppezzo y Luciano Zabaldano. Y precisamente la construcción sobre la colina de Saint-Vincent de un monumento a la Resistencia impulsó a un sacerdote oriundo de Cerrina Monferrato, Ermenegildo Gonella, a pedir explicaciones acerca de lo que sucedió en Frumy en diciembre de 1943. El padre Gonella conocía bien aquellos parajes: desde 1947 hasta 1949 había dirigido la colonia montañesa de Châtillon por encargo de la

Obra Diocesana de Casale.[46] Y el padre Gonella, que era párroco en Zanco di Villadeati, tenía muy claro cuáles eran las responsabilidades de un sacerdote en la elaboración comunitaria del luto de guerra: en Villadeati, en 1944, los nazifascistas habían realizado matanzas de civiles, y en la matanza habían sacrificado incluso al sacerdote antifascista Ernesto Camurati.[47] El padre Gonella, cerrinés, debió de pensar que cuidar de las almas implicaba también eso: no dejar que la memoria de Oppezzo, el primer caído cerrinés en la Resistencia, tan solo estuviera grabada en la placa de la plaza y en la entrada de las escuelas de Cerrina. Trabajar para que la memoria de Fulvio también estuviera grabada en el lugar donde el joven de dieciocho años había perdido la vida.

«Al menos tres veces le llevé allá arriba, a Saint-Vincent», eso es lo que me dijo Renato Porta, refiriéndose al padre Gonella, el 25 de octubre de 2011, cuando nos encontramos en el centro parroquial de Cerrina. En los años cincuenta, tras haber trabajado en el taller de su padre y luego como operador del cine parroquial, Porta hacía de chófer, conducía el autobús que subía y bajaba las colinas del Monferrato. Y subía y bajaba por la colina de Saint-Vincent —asfaltada hoy hasta el Col de Joux— llevando a bordo al padre Gonella, que repetía las mismas preguntas a todos: al comandante Page, a los ex partisanos y a los campesinos de Amay. «Su obsesión era Fulvio Oppezzo. Quería saber cómo había muerto. Averiguar por qué su nombre no figuraba en el monumento de Amay. Pidió ver al acalde, pero la gente decía que no sabía nada.» «Percibí en el padre Gonella un interés morboso, porque quería saber.» «Le hizo prometer al alcalde de Saint-Vincent que pondría el nombre.»

Unos cuarenta años después de las idas y venidas del padre Gonella, se colocaría efectivamente una nueva lápida delante de la capilla de los Partisanos, en el cementerio conmemorativo de Amay. Pero no exhibiría el

nombre de Fulvio Oppezzo, ni el de Luciano Zabaldano. Descubierta el 7 de septiembre de 1995, con ocasión del quincuagésimo aniversario de la Liberación, por iniciativa de las autoridades regionales del valle de Aosta,[48] llevaría el epígrafe: DETENIDOS AQUÍ POR LOS NAZIFASCISTAS EL 13-12-1943, JUNTO CON SUS COMPAÑEROS DE LUCHA PARTISANA, PRIMO LEVI, VANDA MAESTRO Y LUCIANA NISSIM CONOCIERON, POR SER JUDÍOS, EL HORROR DE AUSCHWITZ; seguía, bajo el título *Si esto es un hombre*, toda la composición que Levi había situado como exergo de su primer libro: «Los que vivís seguros / En vuestras casas caldeadas…».[49] De los tres jóvenes judíos que en otoño de 1943 esperaron encontrar en el hotel Ristoro un refugio a la Solución Final solo Luciana Nissim seguía con vida. Luciana, enferma, no presenció la ceremonia de develación de la lápida. Recibió no obstante una nota y una fotografía de parte de Anna Maria Levi, la hermana de Primo, que regresó a Amay para la ocasión: «Queridísima, mira, te han rendido honores militares».[50]

Más de cuarenta años antes, en 1953, ya había escrito algo parecido a un epígrafe para Vanda Maestro quien había sido su compañero en aquel poco o mucho de lucha partisana y luego, hasta la *Judenrampe*, en el horror de Auschwitz. Quien en Fossoli, en vísperas de la partida, «muchas cosas» había dicho y hecho con ella de las que era mejor que no quedase el recuerdo, quien en el viaje hacia el fondo le había dicho y había escuchado «cosas que entre vivientes no se dicen», quien en el momento de la despedida había saludado en ella «la vida»: Primo Levi.[51] Para un libro publicado en memoria de las mujeres piamontesas víctimas de la Resistencia, Levi escribió una nota biográfica no firmada, pero indudablemente suya, que ya rendía a Vanda honores militares.[52]

Levi explicó (como si estuviera hablando consigo mismo) lo difícil que

había sido para Vanda tomar la decisión de subir a la montaña: «Quien la vio entonces subir por aquellos senderos sepultados ya bajo la nieve no puede olvidar su rostro menudo y amable, marcado por el esfuerzo físico y por una tensión más profunda: porque para ella, como para los mejores de aquel tiempo y de aquella condición, la decisión no había sido fácil, ni alegre, ni exenta de problemas». «Temía la muerte, y más aún que la muerte temía el sufrimiento físico. La fuerza que en aquellos días demostraba se había ido desarrollando poco a poco, era el fruto de un propósito renovado momento a momento», añadió Levi sobre Vanda, como si estuviera hablando todavía consigo mismo.[53]

Si entonces no, ¿cuándo?

En 1981, el mismo año en que escribió y publicó la poesía «Partigia», Primo Levi trabajó en su primera y única novela, *Si ahora no, ¿cuándo?*, que se publicó en abril de 1982. «Novela-epopeya» de los judíos de Europa oriental, rezaba la solapa de la cubierta de los «Supercoralli» Einaudi. Y, sobre todo, como tal fue acogido por la crítica el libro de Levi: como un libre retorno del autor de *La tregua* a los lugares a los que había peregrinado forzosamente como salvado de Auschwitz, y como una variación libre sobre el tema de aquella condición asquenazí a la que no pudo aproximarse en el Lager más que a través del espectáculo de la aniquilación. Algunas interpretaciones destacaron la relación entre el tema de la novela —las aventuras de unas brigadas partisanas compuestas por judíos huyendo de la Solución Final, que entre 1943 y 1945 se unen al Ejército Rojo para liberar Europa oriental de la ocupación alemana— y el problema del conflicto palestino-israelí: *Si ahora no, ¿cuándo?* como un libro en clave para hablar de Israel y de la guerra en Oriente Próximo. Pocas interpretaciones (tal vez ninguna) vieron también en la novela un libro sobre la Resistencia italiana.

Es mucho más fácil que lo reconozca quien ha seguido aquí la historia de los partisanos en el valle de Aosta, ya sean judíos turineses o *goyim* casaleses. Es tan fácil que entran ganas de coger *Si ahora no, ¿cuándo?*

página por página, e ir abriendo y cerrando comillas: los diálogos de la novela como subtítulos para acompañar las escenas de la película que hemos estado viendo hasta ahora: el judío amenazado, su renuencia a la Resistencia, los primeros partisanos medio pícaros medio bandidos, el peligro de la anarquía y el método soviético, la necesidad de cometer errores o la resignación de sufrirlos, el hambre de justicia y la sed de venganza, los criminales de guerra y los chivos expiatorios. Aunque todo ello sin caer en la tentación de identificar a los partisanos con los personajes de la novela: al relojero Mendel con Levi, al jefe Gedale con Bachi, al indisciplinado Leonid con Oppezzo, al comandante Dov con Rossi, y a algunos otros. Aprendiendo del propio Levi, de la exposición de su concepción literaria con la que quiso acompañar la salida del libro,[1] que todos los personajes «son tu manera de decir "yo"».[2]

«Debía elegir, y la elección era difícil; por una parte, estaban su viejo cansancio, su miedo y el rechazo a las armas, por más que las hubiera ocultado y llevado consigo; por la otra, había bien poco. Solo ese pequeño muelle comprimido, que tal vez fuera lo que en el *Pravda* llamaban "sentido del honor y del deber", aunque quizá resultase más apropiado describirlo como una simple necesidad de decencia»:[3] desde un primer momento, las palabras de la novela resuenan como palabras de la memoria, es como *Si ahora no, ¿cuándo?* se titulara *Si entonces no, ¿cuándo?*, y el libro se configura como una victoria del superviviente escritor sobre la avaricia narrativa que durante «treinta y cinco años de aprendizaje y de autobiografismo camuflado o manifiesto»[4] le había impedido un relato extenso de su actuación partisana. Desde un primer momento, al hablar de los judíos orientales Levi habla también de sí mismo. De la pasividad de sus antepasados, nobles gases inertes. De su propia falta de valor, o al menos de valor físico. Del hecho de haberse encontrado en la resistencia casi sin darse

cuenta: sin ningún bagaje político, y teniendo como único bagaje moral una idea de dignidad.

En toda la primera parte de la novela, mientras la banda pequeña e informe de los judíos de Mendel solo actúa con la banda más grande pero heterogénea de los rusos de Dov, leemos las andanzas de ambas en las nieves de la llanura bielorrusa, pero parece que estamos leyendo la historia de las bandas de Amay y de Arcesaz en las nieves del valle de Aosta. Son los «terribles meses del principio de la guerra partisana, cuando todo, la comida, las armas, los barracones, los planes de acción, el valor para combatir y para vivir, era fruto de la desesperada iniciativa de unos pocos»:[5] donde el adjetivo principal de la página, *desesperada*, coincide con el adjetivo principal de las líneas añadidas por Levi entre 1946 y 1947 al último capítulo de *Si esto es un hombre*, las que hablan del inicio «turbio y desesperado» de la Resistencia italiana. Cuando el novelista compara las primeras bandas con «gotas de mercurio» («se funden, se dividen, se unen») no hace más que expresarse como el químico que es.[6] Pero cuando a los combatientes de la estepa los llama «perdidos, desertores, partisanos, o bandidos, según los puntos de vista»,[7] parece que Levi se convierte en el historiador de la zarabanda de los casaleses entre el Monferrato y el valle de Ayas.

Sería absurdo comprimir un libro rico, articulado y a su modo divertido como es *Si ahora no, ¿cuándo?* dentro de los límites reducidos, débiles y penitenciales de un libro en clave sobre tres meses de resistencia italiana entre Casale y el Col de Joux. Con la libertad de movimientos que proporciona el relato de ficción, la novela explora temas que desde 1981 ocuparon y atormentaron a Primo Levi hasta condensarse y sublimarse en la inigualable potencia ensayística de *Los hundidos y los salvados*: la magnitud del abuso, el recuerdo de la ofensa, la legitimidad de la

venganza.[8] Sin embargo, en un nivel de lectura menos profundo, el que conoce la historia de los partisanos reconoce en *Si ahora no, ¿cuándo?* situaciones, episodios e incidentes que podían proceder directamente de la memoria del Levi valdostano. Demostrando la exactitud de lo que el autor sugirió en primer lugar al publicarse el libro, cuando en la explicación de su concepción literaria planteó su teoría de la novela (cualquier novela) como un hervidero de recuerdos: «un mosaico de pequeñas piezas, de instantáneas tomadas en cualquier momento y arrinconadas en el desván de la memoria».[9]

Entre las situaciones de *Si ahora no, ¿cuándo?* que más directamente acusan la influencia de la experiencia resistencial de Levi está la representación de la necesidad en que también se encontraron los partisanos de Europa oriental de reprimir cualquier forma de indisciplina en sus filas. «Estar fuera de la ley no significa no tener ley»: si querían combatir con eficacia al enemigo alemán, tenían que combatir con rigor al enemigo interior representado por la anarquía.[10] Y uno de los episodios de la novela que muestran una correspondencia inmediata con la historia de los partisanos es la escena de la muerte de Fedja: un muchacho bielorruso de la banda de Ulibin —banda finalmente seria, con la que los judíos de Mendel hallaron la manera de asociarse, y felizmente vinculada al Ejército Rojo— que en marzo de 1944 obtuvo permiso para festejar los diecisiete años en su casa, en el pueblo de Turov.

Fedja poseía toda la energía, la destreza y la ligereza propias de su juventud. Conocía los bosques de los alrededores de Turov porque, de niño, los recorría en busca de nidos. «Volaba sobre sus esquís, seguro y silencioso en la oscuridad, como un lince.» Se dejaba tentar por operaciones temerarias e imprudentes, como cortar las líneas telefónicas alemanas en vez de interceptarlas. Y en la fiesta de su cumpleaños se dejó tentar por el

vino. Tras tres días de juerga, regresó a la banda admitiendo que había bebido y que había hablado, tal vez demasiado. Pecado venial en tiempos de paz y de indolencia, pecado mortal en tiempos de guerra y de resistencia. «Ulibin mandó encerrar a Fedja en la leñera. Le dijo a Zachar que le llevara el rancho y el té, pero, al alba, todos vieron cómo Zachar entraba descalzo en la leñera, y todos oyeron un disparo. A Sissl y Line les tocó desnudar el cuerpo del muchacho para aprovechar la ropa y las botas; a Pavel y Leonid, cavar la fosa en la tierra empapada por el agua del deshielo. ¿Por qué precisamente a Pavel y Leonid?»[11]

No hace falta seguir con las citas para pensar en Fulvio y Luciano, que no paraban de charlar durante su última noche, entre Amay y Frumy. Para pensar en el alba de nieve en la que el sargento Berto les hizo salir de la cabaña con algún pretexto, cien metros, ciento cincuenta, la descarga de metralleta. Para imaginar que Luciana y Vanda, las mujeres, retiraron alguna prenda de ropa de los dos muchachos. Para pensar en los partisanos —no sabemos cuáles, tal vez incluso Primo— que cavaron las fosas junto a los dos árboles con los dos carteles. A lo sumo hay que leer ciertos pasajes de *Si ahora no, ¿cuándo?* como la prolongación no declarada de las doce líneas sobre el «secreto desagradable» que aparecen en *El sistema periódico*: como un testimonio adicional sobre el estado de dejación moral en el que se encontraron al menos los partisanos más preocupados de Amay tras haber decidido la condena a muerte de los dos compañeros, y haberla ejecutado.[12]

«¿Está o no justificada la vergüenza del después?»[13] La pregunta más desgarradora de *Los hundidos y los salvados* está construida sobre la «sospecha» del superviviente de Auschwitz de «que cada uno sea el Caín de su hermano, de que cada uno de nosotros (esta vez digo “nosotros” en un sentido muy amplio, universal) haya suplantado a su prójimo, y viva en vez

de él».[14] Y la precisión de Levi sobre la extensión del *nosotros* tiene su correspondencia en la página de *Si ahora no, ¿cuándo?* en la que una sospecha parecida desgarra a Mendel, que sin embargo nunca estuvo en Auschwitz y no es un judío deportado, sino un judío partisano: «Quizá siempre sea así, quizá todos somos el Caín de algún Abel, y lo derribamos en nuestro campo sin saberlo, mediante las cosas que le hacemos, las cosas que le decimos, y las cosas que deberíamos decirle y no le decimos».[15] Tal vez —más allá de que hubiese estado implicado directa o indirectamente en la decisión de condenar a muerte a los dos compañeros de banda— sintió Primo Levi una vergüenza del después al pensar en lo que había hecho o no hecho, dicho o no dicho a los dos muchachos, aquella noche de Amay, para evitar que se derramara su sangre.

Vale la pena comparar una página de *Si ahora no, ¿cuándo?* con una poesía escrita por Levi en 1984, «El sobreviviente». Porque también los pensamientos del salvado de Auschwitz se parecen terriblemente a los del partisano en la Rusia blanca. La vergüenza del después tortura tanto a uno como a otro cuando son visitados por los fantasmas de los hundidos. Y en el dantesco apóstrofe de quien, tras haber sobrevivido a las selecciones en el Lager, rechaza por injusto el sentimiento recurrente y atroz de haber suplantado a los compañeros en la vida resuena el eco del apóstrofe no menos dramático de Mendel el partisano, que rechazando un *nosotros* demasiado oneroso quiere asumir únicamente la responsabilidad de las acciones que ha realizado él, los méritos o las culpas de un *yo*. De «El sobreviviente»:

Idos lejos de aquí, los caídos,
Alejaos. Yo nunca suplanté a nadie,
Ni usurpé el pan de nadie,
Nadie ha muerto por mí. Nadie.
Regresad a vuestra niebla.

No es culpa mía si vivo y respiro
Y como y bebo y duermo y visto paños.[16]

De *Si ahora no, ¿cuándo?*: «Yo no, no creo en eso. Si he pecado, llevo el peso de mis pecados, solo los míos, y ya tengo bastante. No llevo los pecados de nadie más. No fui yo quien mandó a la unidad a la pista bombardeada. No fui yo quien disparó a Fedja mientras dormía. Si tenemos que ir al desierto, iremos, pero sin llevar sobre la cabeza los pecados que no hemos cometido».[17]

Hay que esperar a la segunda parte de la novela —cuando la minúscula banda de Mendel abandona a los rusos de Ulibin para unirse a una banda de judíos «harapientos e intrépidos», los veteranos de la lucha partisana comandados por Gedale— para que en el relato de Levi se produzca un cambio de registro. Al tono penitencial le sucede un tono épico. Porque Gedale y sus hombres (y sus mujeres) son los supervivientes más fuertes, más astutos y más afortunados de las comunidades destruidas de Polesia, Volinia y Bielorrusia. Han sobrevivido a los trágicos tiempos en los que la asimetría de las fuerzas entre verdugos y víctimas transformó la Operación Barbarroja en el apocalipsis del judaísmo oriental: han escapado del saqueo de las aldeas, de los lanzallamas de los Einsatzkommandos, de las fosas comunes de Kovno y de Riga. «Eran pobres, estaban cansados y sucios, pero no vencidos. Hijos de comerciantes, sastres, rabinos y cantores, armados con las armas sustraídas a los alemanes, se habían ganado el derecho a vestir esos uniformes rotos, sin galones, y habían saboreado a menudo el amargo bocado del asesinato.»[18] Los hombres y las mujeres de Gedale son los representantes de un mundo al revés en el que las víctimas castigan a los verdugos.

En otras palabras —y salvando las distancias— los judíos de Gedale se corresponden con los judíos partisanos que en Italia huyeron tanto de los

primeros y terribles golpes de la Solución Final como del inicio turbio y desesperado de una resistencia todavía con erre minúscula. Se corresponden con los amigos a los que Primo Levi, Luciana Nissim y Vanda Maestro lanzaron desde el tren camino de Auschwitz la postal con el *nosotros* sobreimpreso y tan fascista, VENCEREMOS, y que luego realmente vencieron, se impusieron en la Resistencia con erre mayúscula. Para ellos y solo para ellos (no para los hundidos del Lager, y tampoco para los salvados), el relato del partisanado judío podía convertirse en epopeya. «En la nieve y el barro, habían hallado una libertad nueva, desconocida para sus padres y abuelos […] Se sentían alegres y feroces, como animales a los que alguien ha abierto la jaula, como esclavos insurrectos en plena venganza. La habían pagado cara, pero habían saboreado la venganza muchas veces, en sabotajes, atentados, enfrentamientos de retaguardia. […] Estaban contentos porque no tenían mañana y no se preocupaban por el mañana, y porque habían visto a los superhombres chapoteando en el agua helada como ranas: un regalo que nadie les podía arrebatar.»[19]

Lista de abreviaturas

AAPT	Archivo privado de Aldo Piacenza, Turín
ACDEC	Archivo de la fundación Centro di Documentazione Ebraica Contemporanea, Milán
ACPL	Archivo del Centro Internazionale di Studi Primo Levi, Turín
AFBT	Archivo privado de la familia Bachi, Turín
AFS	Archives Fédérales Suisses, Berna, Suiza
AFZT	Archivo privado de la familia Zabaldano, Turín
AISRAL	Archivo del Istituto per la Storia della Resistenza e della Società Contemporanea in Provincia di Alessandria, Alessandria
AISRT	Archivo del Istituto Storico della Resistenza in Toscana, Florencia
AISRVdA	Archivo del Istituto Storico della Resistenza e della Società Contemporanea in Valle d'Aosta, Aosta
AISTORETO	Archivo del Istituto Piemontese per la Storia della Resistenza e della Società Contemporanea, Turín
ARAVdA	Archivio della Regione Autonoma Valle d'Aosta, Aosta
ASAt	Archivio di Stato, Asti
ASMi	Archivio di Stato, Milán
ASTo	Archivio di Stato, Turín
ATA	Archivo del Tribunal de Aosta, Aosta
NARA	National Archives and Record Administration, Washington, Estado Unidos de América
WLA	Wiener Library Archives, Londres, Reino Unido

Cronología esencial

1943

8 de septiembre. Tras la noticia del armisticio, comienza la ocupación alemana del norte y centro de Italia.

9-17 de septiembre. Huyendo de Turín, Primo Levi, su madre Ester y su hermana Anna Maria llegan al valle de Aosta, primero a Saint-Vincent y luego a la aldea de Amay, al pie del Col de Joux.

14 de septiembre. Las fuerzas armadas alemanas completan la ocupación del valle de Aosta.

15-23 de septiembre. Los alemanes detienen a decenas de judíos italianos y extranjeros entre el lago de Orta y el lago Mayor, luego los matan en Meina.

19 de septiembre. Una docena de judíos piamonteses, entre los que se encuentra Primo Levi, se reúnen en el valle de Aosta para organizar una expatriación clandestina a Suiza.

20 de septiembre. El turinés Guido Bachi reúne a los primeros rebeldes en el Col de Joux.

22 de octubre. El bergamés Cesare Augusto Carnazzi asume el cargo de prefecto de Aosta.

Finales de octubre. Guido y Emilio Bachi entran en contacto con Francesco e Italo Rossi, organizadores de una banda de casaleses en Arcesaz, aldea de Brusson, en el valle de Ayas.

4 de noviembre. El ministro de Defensa de la República de Salò, el mariscal Rodolfo Graziani, promulga un bando de alistamiento para las quintas de 1923 a 1925.

Mediados de noviembre. Los hermanos Rossi organizan las primeras incursiones de «rebeldes» entre Casale Monferrato y el valle de Ayas.

30 de noviembre. El Ministerio del Interior de la República Social Italiana difunde la orden policial n.º 5, que prevé la detención de todos los judíos italianos o extranjeros.

1 de diciembre. Anna Maria Levi y su madre Ester dejan el hotel Ristoro de Amay.

5 de diciembre. Por encargo de Carnazzi, el agente provocador Edilio Cagni se infiltra entre los partisanos de Verrès, a la entrada del valle de Ayas, junto con sus colegas Alberto Bianchi y Domenico De Ceglie.

5-7 de diciembre. Fulvio Oppezzo y Luciano Zabaldano llegan al valle de Ayas desde el Monferrato y realizan varios golpes de mano.

7 de diciembre. Al espía Cagni se le entrega el mando de la banda de los casaleses de Arcesaz, en la parte media del valle de Ayas.

9 de diciembre. Dan muerte a Oppezzo y Zabaldano en el Col de Joux.

13 de diciembre. Un doble rastreo en el Col de Joux y en el valle de Ayas provoca la caída de la banda de Amay y la dispersión de la banda de Arcesaz.

16 de diciembre. Con la ayuda de Cagni, el jefe de la Guardia Nacional Republicana de Casale, Luciano Imerico, detiene a los principales colaboradores locales de la banda de los casaleses.

1944

7-18 de enero. Los partisanos capturados en Amay, en Arcesaz y en el Monferrato son interrogados en Aosta por Cagni.

20 de enero. Primo Levi, Luciana Nissim y Vanda Maestro son trasladados de Aosta al campo de concentración de Fossoli di Carpi, en la provincia de Módena.

22 de febrero. Levi, Nissim y Maestro abandonan Fossoli con destino a Auschwitz.

2-10 de marzo. Cagni, Bianchi y De Ceglie participan activamente en un rastreo en el Canavese.

7 de marzo. Carnazzi firma el informe sobre la infiltración y el desmantelamiento de las bandas de Arcesaz y de Amay.

2-3 de abril. Carnazzi y Cagni se presentan como testigos voluntarios en el proceso de Turín contra el general Perotti y el Comité Militar Partisano del Piamonte.

1 de mayo. La banda de Riccardo Joly («Riccardino») lleva a cabo y celebra, durante veinticuatro horas, la liberación de Verrès.

18 de mayo. En Aosta, Bianchi facilita la detención del notario antifascista Émile Chanoux, que muere poco después.

29 de junio. Italo Rossi muere en combate en Cuorgnè, en el Canavese.

6-7 de julio. Comienza la experiencia de la «república» de Cogne, la más importante de las «zonas libres» del valle de Aosta.

28 de agosto. Ladislao Gerber, judío apátrida, es detenido por los nazifascistas en el valle de Seriana (provincia de Bérgamo), pero es liberado más tarde por intercesión de Carnazzi.

Principios de septiembre. Un rastreo alemán provoca numerosas víctimas partisanas en la «colina» de Saint-Vincent.

9 de octubre. El comandante de la plaza fuerte alemana de Casale, el mayor Wilhelm Meyer, ordena la matanza de Villadeati, en Valcerrina.

Mediados de octubre. En el curso de una operación de la policía partisana realizada entre Ivrea y Santhià, Mario Pelizzari («Alimiro») detiene a Alberto Bianchi, que intenta huir y cae muerto.

Finales de octubre. Vanda Maestro muere en la cámara de gas de Auschwitz.

2 de noviembre. Un importante ataque nazifascista provoca la caída de la «república» de Cogne.

20 de noviembre. Excombatiente de Cogne, Yves Francisco pasa clandestinamente a Suiza utilizando los esquís de Primo Levi.
23 de diciembre. En Ivrea, Alimiro consigue sabotear el puente del ferrocarril sobre el Dora.

1945

Principios de enero. Procedente del Canavese, la 1.ª División Matteotti «Italo Rossi» se reorganiza en el bajo Monferrato.
14-15 de enero. La banda partisana de Antonio Olearo («Tom») es desarticulada en Casorzo, en el Monferrato, y es aniquilada en Casale.
24 de enero. Carnazzi asume la prefectura de Asti, y nombra a Edilio Cagni responsable de la Oficina político-militar.
27 de enero. Los soldados del Ejército Rojo llegan al campo de exterminio de Auschwitz, abandonado por los alemanes en fuga.
16 de marzo. Como castigo tras un atentado de los partisanos, Carnazzi impone a siete municipios del Astigiano una multa de doscientas mil liras.
24 de abril. Varias unidades de la 1.ª División Matteotti, guiadas por Bruno Rossi, se dirigen al este para contribuir a la liberación de Casale.
• Varias unidades de la 1.ª División Matteotti, guiadas por Luigi Cappa, se dirigen al oeste para contribuir a la liberación de Turín.
25 de abril. Al igual que otras ciudades del Norte, grandes o pequeñas, Turín y Casale se sublevan contra el ocupante nazifascista.
28 de abril. Mientras huyen con una columna de fascistas, Carnazzi y Cagni son capturados por los partisanos entre Lomello y Vigevano, en la provincia de Pavía.
12-13 de mayo. Hombres de la 182.ª Brigada Garibaldi matan a decenas de sospechosos de colaboracionismo, reunidos en el hospital psiquiátrico de Vercelli.
6 de junio. Guido Bachi presenta una denuncia contra Cagni en la comisaría de Aosta.
• «Salvado» de Auschwitz, Primo Levi escribe desde Katowice a Bianca Guidetti Serra.
11 de julio. En Casale Monferrato, sicarios del Partido Comunista Italiano matan a Mario Acquaviva, dirigente del Partido Comunista Internacionalista.
20 de julio. Superviviente de la Shoah, Luciana Nissim regresa a Biella.
7 de agosto. La familia Gerber solicita clemencia para el ex prefecto Carnazzi.
Mediados de octubre. Los restos del partisano Oppezzo son trasladados a la tumba familiar de Cavaglià, en la provincia de Vercelli.
19 de octubre. Primo Levi regresa a Turín tras un periplo forzoso por Europa oriental.
19-20 de octubre. En el Tribunal Penal Extraordinario de Asti, Carnazzi es procesado por colaboracionismo y condenado a cadena perpetua.

20 de octubre. Se celebran en el barrio de Sassi, en Turín, los funerales por el partisano Zabaldano.
7-9 de noviembre. Como hombre de confianza del Office for Strategic Services (OSS), Cagni se traslada del Piamonte a la Romaña y Liguria para apresar a nazifascistas buscados por los americanos.
Diciembre. Levi empieza a escribir el libro que se titularía *Si esto es un hombre*.

1946

17-19 de enero. En Aosta, Cagni responde a un insistente interrogatorio del abogado Ernesto Page, fiscal suplente del Reino.
26 de marzo. Milicianos contrarios a la autonomía del valle de Aosta y partidarios de la anexión con Francia se manifiestan con violencia contra el presidente regional Chabod.
23 de abril. Guido Bachi pide al Tribunal Penal Extraordinario de Aosta que incluya a Levi y a Nissim como testigos de cargo en el proceso Cagni.
4 de mayo. En el Tribunal Penal Extraordinario de Aosta, con Levi y Nissim como testigos, Cagni es procesado por colaboracionismo y condenado a la pena de muerte.
22 de junio. El ministro de Justicia Palmiro Togliatti proclama una amnistía para los delitos políticos relacionados con la Guerra Civil italiana.
20-31 de agosto. En respuesta a la amnistía Togliatti, los ex partisanos Giovanni Rocca y Armando Valpreda promueven la insurrección de Santa Libera, en el Astigiano.
11 de septiembre. Pelizzari («Alimiro») arenga a los ex partisanos reunidos en un congreso nacional en Florencia y les exhorta a mantenerse alerta frente a los que se aprovechan de la Resistencia.
22 de septiembre. Franco De Agazio, director del semanario neofascista *Il Meridiano d'Italia*, comienza una campaña de prensa sobre los «misterios de Dongo».
11 de noviembre. El Tribunal de casación anula la sentencia de primera instancia del proceso Carnazzi y remite para un nuevo examen al Tribunal Penal Especial de Milán.
12 de noviembre. El Tribunal de Casación anula la sentencia de primera instancia del proceso Cagni y remite para un nuevo examen al Tribunal Penal Especial de Perugia.

1947

13 de febrero. La edición piamontesa de *L'Unità* comienza una investigación sobre el neofascismo en la que «Soñador Itálico» es desenmascarado como Edilio Cagni.
14 de marzo. De Agazio es asesinado en Milán por un comando de la Volante Rossa.
17 de marzo. En el Tribunal Penal Especial de Perugia Cagni es procesado de nuevo y es condenado a treinta años de cárcel, de los cuales una tercera parte le es condonada.

29 de marzo. Levi publica, en un periódico comunista de Vercelli, el primer avance de *Si esto es un hombre*.

22 de mayo. El Tribunal Penal Especial de Milán reconoce que se pueden aplicar a Carnazzi los beneficios de la amnistía Togliatti y ordena su excarcelación inmediata.

1 de septiembre. Dirigidos por Francesco Rossi y Luigi Cappa, los ex partisanos de Casale ocupan la ciudad para protestar contra la fallida condena a muerte de los verdugos de la «banda Tom».

4 de septiembre. El secretario general de la CGIL, Giuseppe Di Vittorio, pide a los trabajadores casaleses que pongan fin a la huelga general decretada por solidaridad con los ex partisanos.

Octubre. Primo Levi publica en Turín la primera edición de *Si esto es un hombre*.

Agradecimientos

Aunque individual y solitaria, cualquier investigación histórica constituye, de un modo u otro, un trabajo de grupo. Me complace, por tanto, recordar aquí a las personas que más me han ayudado en la preparación de este libro. Dando por sentado de antemano que ninguna de ellas comparte la más mínima responsabilidad en cuanto pueda haber de discutible en el resultado final.

En Aosta, Silvana Presa orientó mis primeros pasos en el terreno de la historia de la Resistencia valdostana. En Turín, los funcionarios tanto del Istituto Storico della Resistenza como del Centro Internazionale di Studi Primo Levi me ayudaron con gran eficacia en mis investigaciones. En Casale Monferrato, Sergio Favretto y Fabrizio Meni fueron unos guías tan solícitos como competentes. En el Centro di Documentazione Ebraica Contemporanea de Milán, Liliana Picciotto y su equipo mostraron una disponibilidad fuera de lo común. Desde Londres, Ian Thomson me facilitó el acceso a los fondos de la Wiener Library. Le debo un agradecimiento especial a Roberta Cairoli, cuya extraordinaria generosidad de estudiosa me permitió examinar documentos depositados en el National Archives de Washington.

El libro, sea cual sea su valor, ha sido posible en buena parte gracias a protagonistas de la historia o a sus descendientes, que me abrieron las

puertas de su casa, ejercitaron para mí su memoria y compartieron conmigo documentos personales o familiares. Gracias a Yves Francisco, de Verrès; a Simonetta Bachi, de Turín; a Aldo Piacenza, de Turín. Gracias a Corrado Calvo y a Chiara Cane, de Cerrina Monferrato, por cuya mediación pude conocer a Angelo Brignoglio, Maria Cerruti, Teresa Mazzucco y Renato Porta. Gracias a Andrea y Davide Zabaldano, que, tras haberme recibido en el bar Franco de Sassi, aceptaron recorrer conmigo una parte del camino.

Tres colegas —tres amigos— leyeron una primera versión del texto y lo discutieron extensamente conmigo. Discreparon del contenido de algunas páginas y criticaron el texto tanto en conjunto como en sus detalles, sin renunciar por ello a aconsejarme sobre la forma y el fondo. Gracias a Walter Berberis, Enrica Bricchetto y Domenico Scarpa, que me ayudaron muchísimo a mejorar el texto.

Rosaria Carpinelli ha sido más que una agente literaria. Al comienzo de la fase de redacción, me ayudó a encontrar el tono que (espero) al lector le parezca el adecuado. Y al final me ayudó a elegir un editor que (de eso estoy seguro) ha de reconocerse que es el adecuado. En Mondadori conocí a Francesco Anzelmo, que desde el primer momento supo ver las cualidades del texto, pero también sus defectos. Si *Partisanos* se considera finalmente un libro con más virtudes que imperfecciones, buena parte del mérito será suyo.

Notas

Partisanos

1. P. Malvezzi y G. Pirelli, eds., *Lettere di condannati a morte della Resistenza italiana (8 settembre 1943-25 aprile 1945)*, Turín, Einaudi, 1952.

2. Véase M. Franzinelli, *Ultime lettere di condannati a morte e di deportati della Resistenza, 1943-1945*, Milán, Mondadori, 2005.

3. Véase G. Pansa, *Il sangue dei vinti*, Milán, Sperling & Kupfer, 2003.

4. Véase S. Luzzatto, *La crisi dell'antifascismo*, Turín, Einaudi, 2004.

5. P. Levi, *El sistema periódico*, Madrid, Alianza, 1988, p. 79.

6. P. Levi, *Si esto es un hombre*, Barcelona, El Aleph, 2013, p. 11.

7. En 1973, en una nota a la edición escolar de *Se questo è un uomo*, Levi precisará: «La frase es evidentemente irónica; se trata de esa inhumana "justicia" del tiempo de guerra, que no admite indulgencia», P. Levi, *Se questo è un uomo*, edición comentada a cargo de A. Cavaglion, Turín, Einaudi, 2012, p. 162.

8. P. Levi, *El sistema periódico*, p. 80.

9. P. Levi, *Si esto es un hombre*, pp. 20, 15 y 26.

10. P. Levi, *Si esto es un hombre*, p. 125.

11. El texto mecanografiado del capítulo «Oro» está fechado el 26 de mayo de 1973 (véase ASTo, Archivo histórico de la editorial Einaudi, «Ufficio tecnico. Originali e bozze», carpeta 1053, fasc. 3009, Primo Levi, *Il sistema periodico*).

12. Citado en S. Luzzatto, *Il Terrore ricordato. Memoria e tradizione dell'esperienza rivoluzionaria* (1988), Turín, Einaudi, 2000, pp. 192-193.

13. Mi libro estaba en imprenta cuando pude examinar la obra (bastante modesta) de F. Sessi, *Il lungo viaggio di Primo Levi. La scelta della resistenza, il tradimento, l'arresto. Una storia taciuta*, Venecia, Marsilio, 2013.

14. Véase S. Luzzatto, «Il risorgimento degli ebrei», en S. Luzzatto y G. Pedullà, eds., *Atlante*

della letteratura italiana, vol. 3: *Dal Romanticismo a oggi*, ed. de D. Scarpa, Turín, Einaudi, 2012, pp. 188-195.

15. A partir del libro fundamental de C. Pavone, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991.

16. P. Levi, *El sistema periódico*, p. 79.

17. P. Levi, «Partigia» (1981), *Ad ora incerta* (1984), en *Opere*, ed. de M. Belpoliti, Turín, Einaudi, 1997, vol. 2, p. 561 n. (la fecha que pone Levi a pie de página es la del 23 de julio de 1981; la poesía aparece en la tercera página de *La Stampa* del 18 de agosto de 1981). [Hay trad. cast.: «Partigia» (1981), en *A una hora incierta*, Barcelona, La Poesía, Señor Hidalgo, 2005, p. 111.]

18. *Ibidem*.

19. Véanse P. Levi, *Conversazioni e interviste, 1963-1987*, ed. de M. Belpoliti, Turín, Einaudi, 1997, *passim* [hay trad. cast.: *Entrevistas y conversaciones*, Barcelona, Península, 1998]; S. Woolf, «Primo Levi's sense of history», en *Journal of Modern Italian Studies*, III, 3, otoño de 1998, pp. 273-292, y F. Carasso, *Primo Levi*. *La scelta della chiarezza* (1997), Turín, Einaudi, 2009, pp. 161 y ss.

20. P. Levi, *A una hora incierta*, p. 111.

21. P. Levi, *La tregua*, Turín, Einaudi, 1963, p. 57. [Hay trad. cast.: *La tregua*, Barcelona, El Aleph, 2010.)

I. Inventar la Resistencia

1. M. Pelizzari, *Le memorie di Alimiro* (1945), ed. de G. Maggia, Ivrea, Enrico Editori, 1979, pp. 23-24.

2. Véase G. Maggia, «Introducción», en Pelizzari, *Le memorie di Alimiro*, pp. 11-12.

3. Véase G. Maggia, «La Olivetti nella Resistenza», *Quaderni del Centro di documentazione sull'antifascismo e la Resistenza nel Canavese*, n.º 1, abril de 1973, pp. 176-177.

4. E. Artom, *Diari di un partigiano ebreo (gennaio 1940-febbraio 1944)*, ed. de G. Schwarz, Turín, Bollati Boringhieri, 2008, p. 52 (3 de septiembre de 1943).

5. Véase P. Levi, «Il faraone con la svastica» (1983), en *Opere*, ed. de M. Belpoliti, Turín, Einaudi, 1997, vol. 2, p. 1.190.

6. Véase S. Presa, *Le fasi della Resistenza in valle d'Aosta*, Aosta, Le Château, 2009, pp. 42-43.

7. Véase T. Aymone, «Un frammento autobiografico», en *Scritti inediti*, ed. de G. Mottura, en *Materiali di discussione*, Departamento de Economía Política, Universidad de Módena y Reggio Emilia, 2005, pp. 19-20.

8. Véase Ch. Passerin d'Entrèves, *La tempëta dessu noutre montagne. Épisodes de la Résistance en Vallée d'Aoste*, Aosta, Institut Historique de la Résistance en Vallée d'Aoste, 1975, pp. 16-17 (del diario, 18 de septiembre de 1943).

9. Véase I. Thomson, *Primo Levi* (2002), Londres, Vintage, 2003, pp. 132-133.

10. Véase ACDEC, Fondo Historias Personales, fasc. «Finzi, cugini», «Diario dei cugini Finzi che nel settembre 1943 tentarono invano di rifugiarsi in Svizzera», p. 6.

11. Véase A. Villa, *Ebrei in fuga. Chiesa e leggi razziali nel Basso Piemonte (1938-1945)*, Brescia, Morcelliana, 2004, pp. 266-267.

12. Véanse R. Broggini, *La frontiera della speranza. Gli ebrei dall'Italia verso la Svizzera*, Milán, Mondadori, 1998, y A. Cavaglion, «Juifs étrangers dans l'arc alpin occidental (1939-1945)», en J.-W. Dereymez, ed., *Le refuge et le piège: les Juifs dans les Alpes (1938-1945)*, París, L'Harmattan, 2008, pp. 179-198.

13. Véase gobierno italiano, comisión para la reconstrucción de los hechos que caracterizaron en Italia las actividades de adquisición de los bienes de los ciudadanos judíos por parte de organismos públicos y privados, «Rapporto generale», Presidencia del Consejo de Ministros, Roma 2001, pp. 244 y ss.

14. Véase ACDEC, Fondo Historias Personales, fasc. cit., doc. cit., pp. 6 y ss.

15. ACPL, Fondo Marco Pennacini, entrevista a Primo Levi (1973), transcripción mecanográfica a cargo de G. Giannone, M. Luzzatti y D. Muraca, p. 8.

16. Véase I. Thomson, *Primo Levi*, p. 136 (sobre la base de una correspondencia del autor con Anna Maria Levi).

17. La definición es de G. Pedullà, «Una lieve colomba», en G. Pedullà, ed., *Racconti della Resistenza*, Turín, Einaudi, 2005, p. X.

18. C. Mortari, «Le mucche dell'abate Pierret», *La Stampa*, 26 de junio de 1932.

19. Cito de un testimonio de Luciana Nissim (21 de septiembre de 1992), en Thomson, *Primo Levi*, p. 145.

20. Para la narración epónima, véase G. Bocca, *Partigiani della montagna. Vita delle divisioni «Giustizia e Libertà» del Cuneese* (1945), Milán, Feltrinelli, 2005.

21. Véase I. Thomson, *Primo Levi*, p. 125.

22. Véase E. Gentili Tedeschi, *I giochi della paura. Immagini di una microstoria: libri segreti, resistenza tra Milano e Valle d'Aosta, 1942-1944*, Aosta, Le Château, 1999.

23. Citado en A. Chiappano, *Luciana Nissim Momigliano: una vita*, Florencia, Giuntina, 2010, pp. 61-62.

24. Entrevista a M. Pezzetti (17 de julio de 1995) citada en A. Chiappano, «La figura di Luciana Nissim e le deportazioni femminili. Necessità di una storiografia di genere?», en L. Nissim Momigliano, *Ricordi della casa dei morti e altri scritti*, ed. de A. Chiappano, Florencia, Giuntina, 2008, p. 126.

25. Las citas proceden de una entrevista de Eugenio Gentili Tedeschi realizada por la USC Shoah Foundation Institute (Milán, 10 de marzo de 1998), que puede consultarse en internet.

26. Véase P. Momigliano Levi, *La quotidianità negata. Da Issime ad Auschwitz: il caso della famiglia di Remo Jona*, Aosta, Le Château, 2002, pp. 39-40.

27. Véase AFBT, documentos Emilio Bachi, «Il filo della memoria», transcripción mecanográfica, p. 28.

28. Véase G. Cecini, *I soldati ebrei di Mussolini. I militari israeliti nel periodo fascista*, Milán, Mursia, 2008, pp. 92 y ss.

29. Véase P. Spriano, *Storia di Torino operaia e socialista. Da De Amicis a Gramsci*, Turín, Einaudi, 1972, pp. 289 y ss.

30. Véase L. Ventura, *Ebrei con il Duce. «La nostra bandiera» (1934-1938)*, Turín, Zamorani, 2002, pp. 26-27.

31. Véase M. Anissimov, *Primo Levi ou la tragédie d'un optimiste*, París, JC Lattès, 1996, p. 133. [Hay trad. cast.: *Primo Levi o la tragedia de un optimista*, Madrid, Complutense, 2001.]

32. Véase AFBT, documentos Emilio Bachi, «Il filo della memoria», p. 34.

33. Véase S. Bachi, *Vengo domani, zia*, Turín, Genesi, 2001, f.t. («Album fotografico»).

34. *Ibidem*, *passim*.

35. *Ibid.*, p. 157 (del mismo diario, 27 de julio de 1938).

36. Véase I. Thomson, *Primo Levi*, pp. 80-81.

37. P. Levi, *El sistema periódico*, Madrid, Alianza, 1988, p. 24.

38. S. Bachi, *Vengo domani*, p. 158.

39. Publicada en el boletín periódico de la Curia de Aosta en septiembre de 1943, la intervención de Chanoux aparece citada en Presa, *Le fasi della Resistenza*, p. 48.

40. Citado en T. Omezzoli, *Prefetti e fascismo nella provincia d'Aosta, 1926-1945*, Aosta, Le Château, 1999, p. 257.

41. Véanse E. Collotti, *Il fascismo e gli ebrei. Le leggi razziali in Italia*, Roma-Bari, Laterza, 2003, pp. 128-129, y M. Sarfatti, *La Shoah in Italia. La persecuzione degli ebrei sotto il fascismo*, Turín, Einaudi, 2005, pp. 98-102.

42. Véase K. Elsberg, *Come sfuggimmo alla Gestapo e alle SS. Racconto autobiografico* (1945), ed. de K. Voigt, trad. it., Aosta, Le Château, 1999, pp. 67-72.

43. Véase G. Arian Levi, «Gli ebrei jugoslavi internati nella provincia di Aosta (1941-1945)», *Questioni di Storia della Valle d'Aosta Contemporanea*, n.º 3, 1990, p. 9.

44. *Ibidem* (para las citas, pp. 9 y 26).

45. ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 29/5, «Movimento turistico», subexpediente «Rifugi alpini questioni varie» (Aosta, 31 de julio XX).

46. Citado en G. Arian Levi, «Gli ebrei jugoslavi», p. 31.

47. ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 14/1, «Ministeri. Presidenza Consiglio Ministri. Ebrei», subexpediente «Personale, impiegati, funzionari di razza ebraica» (Ivrea, 10 de noviembre de 1943); Archivo municipal de Saint-Vincent, registro «Atti di matrimonio», año 1943 (he obtenido una copia de este documento por gentileza de Paolo Momigliano Levi).

48. Véase M. Nozza, *Hotel Meina. La prima strage di ebrei in Italia*, Milán, Mondadori, 1993.

49. Véase L. Ventura, *Ebrei con il Duce*, pp. 21 y ss.

50. Véase A. Stille, *Benevolence and Betrayal. Five Italian Jewish Families Under Fascism*, Nueva York, Summit Books, 1991, pp. 85-89.

51. La agencia de prensa Stefani difundió la noticia a las once de la noche del 30 de noviembre, la

radio la reprodujo al día siguiente: véase M. Sarfatti, *Gli ebrei nell'Italia fascista. Vicende, identità, persecuzione*, Turín, Einaudi, 2000, p. 248 n.

52. Véanse A. Chiappano, *Luciana Nissim Momigliano*, p. 62, y Ph. Mesnard, *Primo Levi. Le passage d'un témoin*, París, Fayard, 2011, pp. 67 y 117.

53. Véase L. Klinkhammer, *L'occupazione tedesca in Italia, 1943-1945*, trad. it., Turín, Bollati Boringhieri, 1993, pp. 277 y ss.

54. Véase M. Sarfatti, *Gli ebrei*, pp. 232-233.

55. Para un caso ejemplar, véase M. Piazza, *Cronaca di una restituzione. Sergio Piazza (1916-1944)*, Aosta, Le Château, 2011.

56. Véase I. Thomson, *Primo Levi*, p. 55.

57. Véase M. Ottolenghi, *Per un pezzo di patria. La mia vita negli anni del fascismo e delle leggi razziali*, Turín, Blu Edizioni, 2009, pp. 27 y 52.

58. Véase G. De Luna, «Dall'antifascismo alla Resistenza», en A. Cavaglion, ed., *La moralità armata. Studi su Emanuele Artom (1915-1944)*, Milán, FrancoAngeli, 1993, pp. 59-71.

59. *Ibid.*, p. 75 (1 de diciembre de 1943).

60. *Ibid.*, p. 100 (18 de diciembre de 1943).

61. *Ibid.*, pp. 102-103 (20 de diciembre de 1943).

62. Para una reconstrucción en imágenes de ese ambiente, véase A. Chiappano, ed., *A noi fu dato in sorte questo tempo*, Florencia, Giuntina, 2010.

63. Véase M. Isnenghi, *La tragedia necessaria. Da Caporetto all'Otto settembre*, Bolonia, Il Mulino, 1993.

64. Véase S. Soave, *Federico Chabod politico*, Bolonia, Il Mulino, 1989, pp. 11-12, 38 y ss.

65. Véanse L. Binel, *Cronaca di un valdostano* (1981), ed. de E. Riccarand, Sarre (AO), Tipografia Testolin, 2002, p. 31, y G. De Luna, *Storia del Partito d'Azione, 1942-1947* (1982), Roma, Editori Riuniti, 1997, pp. 85 y ss.

66. Véase AISRVdA, fondos varios, extraído del periódico *L'Opinione* del 20 de mayo de 1945 (en papel con membrete del Ayuntamiento de Saint-Vincent, s.f.).

67. Véase AFBT, documentos Emilio Bachi, «Il filo della memoria», p. 47.

68. WLA, Ian Thomson Papers, 1406/2/6, Correspondence with Guido Bachi (copia de un documento fechado en Turín, 29 de octubre de 1946).

69. Véase B. Guidetti Serra (con Santina Mobiglia), *Bianca la rossa*, Turín, Einaudi, 2009.

70. Véase I. Thomson, *Primo Levi*, p. 137.

71. Carta del 19 de junio de 1992, en Thomson, *Primo Levi*, p. 137.

72. Véase T. Snyder, *Terre di sangue. L'Europa nella morsa di Hitler e Stalin*, trad. it., Milán, Rizzoli, 2011, pp. 224-225. [Hay trad. cast.: *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2011.]

73. Véase ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Aldo Piacenza (Aosta, 11 de enero de 1944); WLA, Ian Thomson Papers, 1406/2/6, Correspondence with Guido Bachi (doc. cit., 29 de octubre de 1946).

74. Véase G. Cecini, *I soldati ebrei*, pp. 88-89.

75. AISTORETO, Banco de Datos del Partisanado Piamontés, *ad voces*.

76. Véase A. Cavaglion, *La scuola ebraica a Torino (1938-1943)*, Turín-Florencia, Pluriverso, 1993, pp. 17 y ss.

77. Véanse H. Goetz, *Il giuramento rifiutato. I docenti universitari e il regime fascista* (1993), trad. it., Scandicci (FLO), La Nuova Italia, 2000, pp. 139-155 y 277-278, y G. Boatti, *Preferirei di no. Le storie dei dodici professori che si opposero a Mussolini*, Turín, Einaudi, 2001, pp. 177 y ss.

78. AFBT, documentos Emilio Bachi, «Il filo della memoria», pp. 32-33.

79. Citado en G. Poli y G. Calcagno, *Echi di una voce perduta. Incontri, interviste e conversazioni con Primo Levi*, Milán, Mursia, 1992, p. 68 (1975: entrevista a G. De Rienzo).

80. P. Levi, *I sommersi e i salvati*, Turín, Einaudi, 1986, p. 13. [Hay trad. cast.: *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, El Aleph, 2008.]

81. Citado en C. Angier, *Il doppio legame. Vita di Primo Levi* (2002), trad. it., Milán, Mondadori, 2004, p. 252.

82. Citado en G. Poli y G. Calcagno, *Echi di una voce perduta*, p. 242 (de una conversación con Massimo Mila, transcrita por Raitre el 29 de noviembre de 1983).

83. WLA, Ian Thomson Papers, 1406/2/6, Correspondence with Guido Bachi (doc. cit., 29 de octubre de 1946).

84. *Ibidem*, *Opinione personale sulla banda autonoma «Ayas»* (s.f., pero octubre de 1946).

85. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Edilio Cagni (Aosta, 17 de enero de 1946).

86. Véase T. Bo y G. Rossi, *Di villaggio in villaggio, di ricordo in ricordo*, Châtillon (AO), Edizioni Cervino, 2009, vol. 2, pp. 20-21.

87. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, informe del prefecto Carnazzi al Tribunal Especial para la Defensa del Estado y a la Dirección General de la Seguridad Pública (Aosta, 7 de marzo de 1944).

88. Véase AISTORETO, Banco de Datos del Partisanado Piamontés, *ad voces*.

89. Véase F. Meni, *Quando i tetti erano bianchi. Casale e il Basso Monferrato dal Fascismo alla Resistenza*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2000, pp. 126 y ss.

90. Véase S. Peli, *La Resistenza in Italia. Storia e critica*, Turín, Einaudi, 2004, pp. 20 y ss.

91. Véase S. Favretto, *Resistenza e nuova coscienza civile. Fatti e protagonisti nel Monferrato casalese*, Alessandria, Edizioni Falsopiano, 2009, p. 21.

92. AISRAL, Fondo Pansa, fasc. 24, «Guardia nazionale repubblicana in provincia di Alessandria» (carta del Mando de la 11.ª Legión de la Milicia al mando de la guarnición militar alemana, Casale Monferrato, 12 de septiembre de 1943).

93. Véase ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 14/7, «Ministero della Guerra, 1943-45», subfasc. «Ribelli», telegrama del jefe provincial a todos los alcaldes (Aosta, 11 de diciembre de 1943).

94. AISRAL, Fondo Pivano, carpeta 4, fasc. 5, «Ufficio politico investigativo Guardia nazionale

repubblicana», telegramas del comandante de la 11.ª Legión (30 de noviembre, 7 de diciembre y 13 de diciembre de 1943).

95. *Ibidem*, carta del jefe provincial a la Prefectura y a las legiones de la Milicia (Alesandria, 13 de diciembre de 1943).

96. *Ibidem*, carta del comandante Morandi al Mando de la 11.ª Legión de la Milicia (Borgo San Martino, 30 de noviembre de 1943).

97. *Ibidem*, interrogatorio de Federico Barbesino (Casale Monferrato, 28 de diciembre de 1943).

98. Véase D. Marchesini, *L'Italia a quattro ruote. Storia dell'utilitaria*, Bolonia, Il Mulino, 2012, pp. 76-77.

99. Véase F. Meni, *Quando i tetti erano bianchi*, pp. 92-93.

100. AISRAL, Fondo Pivano, carpeta 4, fasc. 5 (interrogatorio del 28 de diciembre de 1943).

101. *Ibidem*.

102. Véase V. Ochetto, *Adriano Olivetti*, Milán, Mondadori, 1985, pp. 120-121.

103. AISRAL, Fondo Pivano, carpeta 4, fasc. 5 (interrogatorio del 28 de diciembre de 1943).

104. AISTORETO, Fondo Conti, mat./ac. 13, informe del comandante de la División «Italo Rossi» al Comando «Brigadas Matteotti» de Turín (s.f., aproximadamente en noviembre de 1944).

105. Véase G. Pansa, *Il bambino che guardava le donne*, Milán, Sperling & Kupfer, 1999, pp. 158 y ss. Aunque de forma novelada, la reconstrucción de Pansa contiene el trabajo de investigación más completo que poseemos sobre la destrucción de la comunidad judía de Casale.

106. Véase G. Pansa, *Guerra partigiana tra Genova e il Po. La Resistenza in provincia di Alessandria* (1967), Roma-Bari, Laterza, 1998, p. 63.

107. Para la memoria de un niño judío que encontró en Casale un refugio provisional, y que logró escapar a tiempo, véase E. Pacifici, *Non ti voltare. Autobiografia di un ebreo*, Florencia, Giuntina, 1993, pp. 43 y ss.

108. Véanse C. Manganelli y B. Mantelli, *Antifascisti, partigiani, ebrei. I deportati alessandrini nei campi di sterminio nazisti*, Milán, FrancoAngeli, 1991, pp. 69-71, y L. Picciotto, *Il libro della memoria. Gli Ebrei deportati dall'Italia (1943-1945)*, Milán, Mursia, 1991, *passim*.

109. Véase S. Favretto, *Resistenza e nuova coscienza*, p. 132.

110. Véase A. Villa, *Ebrei in fuga*, p. 181.

111. Para la datación de un primer esbozo en 1946, véase G. Tesio, *Piemonte letterario dell'Otto-Novecento. Da Giovanni Faldella a Primo Levi*, Roma, Bulzoni, 1991, p. 169; véase también A. Cavaglion, *Notizie su Argon. Gli antenati di primo Levi da Francesco Petrarca a Cesare Lombroso*, Turín, Instar Libri, 2006, p. 8 (para el autor no existe prueba alguna de una redacción anterior a 1973).

112. Véase A. Cavaglion, *Notizie su Argon*, p. 12.

113. P. Levi, *El sistema periódico*, p. 3.

114. Sobre los límites de la política de acogida de la Confederación Helvética, véase S. Calvo, *A un passo dalla salvezza. La politica svizzera di respingimento degli ebrei durante le persecuzioni, 1933-1945*, Turín, Zamorani, 2010.

115. ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, no clasificados, 1943-1946, *Curriculum vitae* del doctor Cesare Augusto Carnazzi (s.f., pero otoño de 1943).

116. Véase T. Omezzoli, *Prefetti e fascismo*, pp. 252-267, y L. Ganapini, *La repubblica delle camicie nere*, Milán, Garzanti, 1999, pp. 275 y ss.

117. ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 14/7, doc. cit. (telegrama del 11 de diciembre de 1943).

118. Véase ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 14/7, «Ministero della Guerra», subfasc. «Presentazione alle armi classi di leva», apuntes y borradores del prefecto Carnazzi (27 de noviembre de 1943).

119. Citado en L. Klinkhammer, *L'occupazione tedesca in Italia*, p. 280.

120. Véase ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 14/1, subfasc. «Variazioni stato civile ed anagrafico degli ebrei e misti» (documentos varios, noviembre-diciembre de 1943).

121. Véase R. Levi, *Ricordi politici di un ingegnere*, Milán, Vangelista, 1981, pp. 52-64.

122. Véase Momigliano Levi, *La quotidianità negata*, pp. 20-21.

123. *Ibid.*, pp. 48-50.

II. Partisanos un poco bandidos

1. P. Levi, *Si esto es un hombre*, Barcelona, El Aleph, 2013, p. 122. La definición de Frenkel como figura liliputiense es de Alberto Cavaglion: véase P. Levi, *Se questo è un uomo*, edición comentada por A. Cavaglion, Turín, Einaudi, 2012, p. 217.

2. Véase E. Auerbach, *Figura* (1938), trad. it., en *Studi su Dante* (1963), Milán, Feltrinelli, 1984, pp. 176-226. [Hay trad. cast.: *Figura*, Madrid, Trotta, 1998.]

3. P. Levi, *El sistema periódico*, Madrid, Alianza, 1988, p. 80.

4. Sobre este punto, véase T. Judt (con T. Snyder), *Novecento. Il secolo della politica e degli intellettuali*, trad. it., Roma-Bari, Laterza, 2012, pp. 189-190. [Hay trad. cast.: *Pensar el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2012.]

5. Véase S. Peli, *La Resistenza difficile*, Milán, FrancoAngeli, 1999, pp. 53-54.

6. Véase ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Edilio Cagni (Aosta, 17 de enero de 1946).

7. P. Levi, *El sistema periódico*, p. 80.

8. Citado en I. Thomson, *Primo Levi* (2002), Londres, Vintage, 2003, p. 144 (carta de Guido Bachi al autor, 14 de junio de 1992).

9. Véase ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, actas de denuncia de la Jefatura de Policía (Aosta, 21 de junio y 28 de julio de 1945); Fiscalía, citación judicial (Aosta, 13 de marzo de 1946).

10. *Ibidem*.

11. Véase I. Thomson, *Primo Levi*, p. 144 (carta de Guido Bachi, 14 de junio de 1992).

12. Véase L. Allegra, *Gli aguzzini di Mimo. Storie di ordinario collaborazionismo (1943-1945)*, Turín, Zamorani, 2010, pp. 63 y ss.

13. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, declaración de Renato Corrado (Aosta, 8 de agosto de 1945).

14. ATA, fondo cit., declaración de Lino Binel (Aosta, 8 de marzo de 1946).

15. Véase E. Riccarand, «Profilo di un uomo libero», en L. Binel, *Cronaca di un valdostano* (1981), Sarre (AO), Tipografia Testolin, 2002, pp. VII-VIII.

16. ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 6, «Ordine pubblico», año 1943, despacho del teniente al mando de la Comandancia de Carabineros de Castel Verres (4 de mayo de 1943).

17. La reconstrucción está basada en ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946: las citas, respectivamente, de la «Deposizione del s.ten. Cerri Carlo», de la «Deposizione del tenente Renato Redi», de la «Relazione del s.t. tenente Meoli Mario» (todas s.f., pero de diciembre de 1943).

18. ATA, fondo cit., doc. cit. (declaración de Redi).

19. *Ibidem* (declaración de Cerri).

20. AISRAL, Fondo Upi, Casillero B, carpeta 13, fasc. 42, «Informazioni su antifascisti, ammoniti, confinati», *ad vocem*, «Barbesino, Giuseppe» (documentos varios, 1935).

21. Véase T. Omezzoli, *I processi in Corte straordinaria d'assise di Aosta, 1945-1947*, Aosta, Le Château, 2011, pp. 211-212 y 234-235.

22. Véase S. Peli, *La Resistenza difficile*, pp. 16 y ss.

23. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, doc. cit. (declaración de Redi).

24. Véase WLA, Ian Thomson Papers, 1406/2/6, Correspondence with Guido Bachi (copia de un documento fechado en Turín, 29 de octubre de 1946).

25. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, doc. cit. (declaración de Redi).

26. Véase ATA, fondo cit., informe del prefecto Carnazzi al Tribunal Especial para la Defensa del Estado y a la Dirección General de la Seguridad Pública (Aosta, 7 de marzo de 1944).

27. Véase T. Bo y G. Rossi, *Di villaggio in villaggio, di ricordo in ricordo* (vol. 2), Châtillon (AO), Edizioni Cervino, 2008, p. 21.

28. Véase T. Bo y G. Rossi, *Di villaggio in villaggio, di ricordo in ricordo* (vol. 1), Châtillon (AO), Edizioni Cervino, 2008, p. 13.

29. Citado en T. Omezzoli, *I processi in Corte straordinaria*, p. 207.

30. AISRVdA, Fondos varios, H. Passerin d'Entrèves, «Diario di un patriota valdostano», p. 5.

31. Véase al respecto la intensa página de G. Bocca, *Le mie montagne. Gli anni della neve e del fuoco*, Milán, Feltrinelli, 2006, pp. 36-37.

32. Citado en G. Pansa, *Guerra partigiana tra Genova e il Po. La Resistenza in provincia di Alessandria* (1967), Roma-Bari, Laterza, 1998, p. 30 n.

33. Véase AISRAL, Fondo Pivano, carpeta 4, fasc. 5, «Ufficio politico investigativo Guardia nazionale repubblicana», interrogatorios de los hermanos Angelo y Luigi Allara (Casale Monferrato, 21 y 22 de diciembre de 1943).

34. *Ibidem*, interrogatorio de Giovanni Conti (Casale Monferrato, 22 de diciembre de 1943).

35. Véase S. Peli, *La Resistenza difficile*, pp. 109-110.

36. AISRAL, Fondo Pivano, carpeta 4, fasc. cit., interrogatorio de Federico Barbesino (Casale Monferrato, 28 de diciembre de 1943); *ibidem*, Legión Territorial de los Carabineros de Alessandria, informe judicial sobre Cantele Giovanni y otros (Casale Monferrato, 10 de enero de 1944).

37. *Ibidem*.

38. R. Battaglia, *Un uomo, un partigiano* (1945), Bolonia, Il Mulino, 2004, pp. 127-130; y, naturalmente, *Storia della Resistenza italiana (8 settembre 1943-25 aprile 1945)*, Turín, Einaudi, 1953.

39. Véase F. Meni, *Quando i tetti erano bianchi. Casale e il Basso Monferrato dal Fascismo alla Resistenza*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2000, pp. 92-93.

40. AISRAL, Fondo Pivano, carpeta 4, fasc. 5, doc. cit. (informe de los carabineros, 10 de enero de 1944).

41. Véase «Notiziario italiano», *La Stampa*, 10 de abril de 1934.

42. Véase AISRAL, Fondo Upi, casillero A, carpeta 5, fasc. 22, *ad vocem*, «Oppezzo, Ugo» (documentos varios, 1935); archivo parroquial de Cerrina Monferrato, *Liber Chronicus* del padre Giuseppe Samarotto, 29 de abril de 1937 (documento obtenido por gentileza de Chiara Cane).

43. Véase el capítulo IX, «Y le pide explicaciones».

44. Citado en S. Favretto, «Il liceo classico di Casale Monferrato dal 1940 al 1945. Fatti e documenti inediti», *Quaderno di Storia Contemporanea*, n.º 38, 2005, pp. 179-181.

45. Citado en S. Favretto, *Resistenza e nuova coscienza civile. Fatti e protagonisti del Monferrato casalese*, Alessandria, Edizioni Falsopiano, 2009, pp. 248-249.

46. Citado en G. Pansa, «Nascita della RSI in una città di provincia: Casale Monferrato», *Il Movimento di Liberazione in Italia*, n.º 84, 1966, pp. 51-52.

47. ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, no clasificados, 1943-1946, «Promemoria per il ministero delle Corporazioni» (Aosta, 12 de diciembre de 1943).

48. ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 6, «Ordine pubblico», aviso al prefecto de parte del comisario del Partido Fascista Republicano, Guido Molinar (Aosta, 7 de diciembre de 1943).

49. Véase ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Aldo Piacenza (Aosta, 11 de enero de 1946).

50. ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 6, «Ordine pubblico», informe del comandante Luigi Del Favero (Aosta, 9 de diciembre de 1943).

51. WLA, Ian Thomson Papers, 1406/2/6, Correspondence with Guido Bachi, «Opinione personale sulla banda autonoma "Ayas"» (s.f., pero octubre de 1946).

52. Véase ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Piacenza, doc. cit. (11 de enero de 1944).

53. AISTORETO, D/Ur, fasc. 1, «Divisione Italo Rossi», documentos varios (s.f., pero 1946-1947).

54. AISRAL, Fondo Pivano, carpeta 4, fasc. cit., doc. cit. (informe de los carabineros, 10 de enero de 1944).

55. «Notiziario italiano», *La Stampa*, 21 de febrero de 1944.

56. «Notiziario italiano», *La Stampa*, 29 de febrero de 1944.

57. P. Levi, *El sistema periódico*, p. 80.

58. P. Levi, *Si esto es un hombre*, p. 9.

59. Véase P. Levi, *Al visitatore*, en *Opere*, ed. de M. Belpoliti, Turín, Einaudi, 1997, vol. 2, pp. 1.335-1.336.

60. Citado en C. Angier, *Il doppio legame. Vita di Primo Levi* (2002), trad. it., Milán, Mondadori, 2004, p. 258.

61. Véanse R. Botta, «Il senso del rigore. Il codice morale della giustizia partigiana», en M. Legnani y F. Vendramini, eds., *Guerra di liberazione, guerra civile*, Milán, FrancoAngeli, 1990, pp. 141-161, y C. Pavone, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991, pp. 449 y ss.

62. Véanse B. Fenoglio, «Vecchio Blister», en *I ventitre giorni della città di Alba* (1952), en *Opere*, 3 vols., edición crítica dirigida por M. Corti, Turín, Einaudi, 1978, vol. 2, pp. 281-293, y S. Tutino, «Morti male», en *La ragazza scalza. Racconti della Resistenza*, Turín, Einaudi, 1975, pp. 79-83.

63. Fenoglio, «Vecchio Blister», pp. 281-293.

64. E. Artom, *Diari di un partigiano ebreo (gennaio 1940-febbraio 1944)*, ed. de G. Schwarz, Turín, Bollati Boringhieri, 2008, p. 87 (9 de diciembre de 1943).

65. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Piacenza, doc. cit. (11 de enero de 1944).

66. Véanse C. Pavone, *Una guerra civile*, pp. 459 y ss., y S. Peli, *La Resistenza difficile*, pp. 110 y ss.

67. Véase AISTORETO, Banco de Datos del Partisanado Piamontés, *ad vocem*.

68. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, doc. cit., (interrogatorio del 11 de enero de 1944).

69. *Ibidem*.

70. Citado en A. Chiappano, *Luciana Nissim Momigliano: una vita*, Florencia, Giuntina, 2010, pp. 64-65.

71. AFBT, documentos Emilio Bachi, «Il filo della memoria», transcripción mecanográfica, p. 38.

72. ACPL, Fondo Marco Pennacini, entrevista a Primo Levi (1973), transcripción mecanográfica hecha por G. Giannone, M. Luzzatti y D. Muraca, p. 8.

73. G. Arbib y G. Secchi, *Italiani insieme agli altri. Ebrei nella Resistenza in Piemonte*, Turín, Zamorani, 2010, p. 197 (entrevista a Primo Levi, 8 de junio de 1981).

74. AISRAL, Fondo Formaciones Partisanas, fasc. 13, «Divisione Matteotti», documentos varios (s.f., pero 1945).

75. Véase P. Urati, *Piero Piero. Autobiografia di un protagonista della guerra partigiana, 1943-1945*, ed. de R. Tappero, Aosta, Le Château, 2005, pp. 24-25 y 196.

76. Véase R. S. C. Gordon, *Primo Levi: le virtù dell'uomo normale* (2001), trad. it., Roma,

Carocci, 2003, pp. 107-113.

77. Véase G. Arbib y G. Secchi, *Italiani insieme agli altri*, p. 197 (entrevista del 8 de junio de 1981).

78. I. Calvino, *Il sentiero dei nidi di ragno* (1947), Milán, Garzanti, 1987, p. 171. [Hay trad. cast.: *El sendero de los nidos de araña*, Madrid, Siruela, 2010.]

III. ALBA DE NIEVE

1. P. Levi, *Si esto es un hombre*, Barcelona, El Aleph, 2013, p. 11.

2. Véanse ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Aldo Piacenza (Aosta, 11 de enero de 1944), y WLA, Ian Thomson Papers, 1406/2/6, Correspondence with Guido Bachi (copia de un documento fechado en Turín, 29 de octubre de 1946).

3. *Ibidem*, «Relazione del s.t. Meoli Mario» (s.f., pero diciembre de 1943).

4. AISTORETO, Banco de Datos del Partisanado Piamontés, *ad vocem*.

5. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, «Relazione del s.t. Meoli).

6. *Ibidem*, «Deposizione del s.t. Cerri Carlo».

7. *Ibidem*, «Deposizione del tenente Renato Redi», y «Deposizione del s. ten Cerri».

8. P. Levi, *El sistema periódico*, Madrid, Alianza, 1988, p. 79.

9. AISRVdA, Fondos varios, «Pro memoria per l'eccellenza Dolfin-Segretario particolare del Duce», del jefe provincial de Aosta (Aosta, 11 de enero de 1944).

10. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Edilio Cagni (Aosta, 17 de enero de 1946).

11. ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, carp. 65/18, declaración de Giovanni Vinzio, 20 de julio de 1945.

12. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, informe judicial del cuartel de los Carabineros de Castel Verres (Castel Verres, 23 de enero de 1944).

13. *Albo d'oro della Resistenza valdostana. Ricordo dei partigiani morti in Valle d'Aosta nella guerra di Liberazione*, Istituto Storico della Resistenza e della Società Contemporanea in Valle d'Aosta, pp. 113, 115 y 110 respectivamente.

14. P. Levi, *El sistema periódico*, p. 79.

15. Entrevista a Luciana Nissim realizada por la USC Shoah Foundation Institute (Milán, 3 de julio de 1998), citada en A. Chiappano, *Luciana Nissim Momigliano: una vita*, Florencia, Giuntina, 2010, pp. 127-128.

16. Véase AFBT, documentos Guido Bachi, «Ricordi» (1977), transcripción mecanográfica, p. 59.

17. P. Levi, *El sistema periódico*, p. 79.

18. AFBT, documentos Guido Bachi, «Diario dal carcere di Aosta, 1943-1945», transcripción mecanográfica, p. 76 (13 de diciembre de 1944).

19. P. Levi, *El sistema periódico*, p. 79.

20. Véase ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, informe del prefecto Carnazzi al Tribunal Especial para la Defensa del Estado y a la Dirección General de la Seguridad Pública (Aosta, 7 de marzo de 1944).

21. P. Levi, *Si esto es un hombre*, p. 15.

22. Entrevista citada de Luciana Nissim, p. 128; AFBT, «Diario», de Guido Bachi, p. 76 del texto mecanografiado.

23. Véase sobre el tema C. Greppi, *L'ultimo treno. Racconti del viaggio verso il Lager*, Roma, Donzelli, 2012.

24. P. Levi, *El sistema periódico*, p. 79.

25. P. Levi, «Fine del Marinese», *Il Ponte*, agosto-septiembre de 1949, pp. 1.170-1.173, y en P. Levi, *Opere*, ed. de M. Belpoliti, Turín, Einaudi, 1997, vol. 1, pp. 1.111-1.112 [hay trad. cast.: «El fin de Marinese», en *Cuentos completos*, Barcelona, El Aleph, 2009]; respecto al narrador del cuento, véase el importante comentario de Gabriele Pedullà, ed., *Racconti della Resistenza*, Turín, Einaudi, 2005, pp. 193-194.

26. *Ibidem*.

27. AISRT, Archivo Piero Calamandrei, correspondencia, carta de Primo Levi a Piero Calamandrei (Turín, 14 de marzo de 1948).

28. Véase S. Luzzatto, «Introduzione», en P. Calamandrei, *Uomini e città della Resistenza* (1955), Roma-Bari, Laterza, 2006.

29. R. Loy, *Ahi*, *Paloma*, Turín, Einaudi, 2000, p. 58.

30. *Ibid.*, pp. 58-60.

31. Véanse A. Gobetti, *Diario partigiano*, Turín, Einaudi, 1956, pp. 81 y ss., *passim*, y B. Guidetti Serra (con Santina Mobiglia), *Bianca la rossa*, Turín, Einaudi, 2009, pp. 52-53.

32. ACDEC, Fondo Historias Personales, fasc. «Luzzati, Vittorio», «L'odissea di un ebreo» (mayo de 1945), pp. 2-3 del texto mecanografiado.

33. *Ibid.*, pp. 3-4 del texto mecanografiado.

34. Véanse M. Belpoliti, «Due deposizioni giurate di Primo Levi», en M. Belpoliti y A. Cortellessa, *Da una tregua all'altra*, Milán, Chiarelettere, 2010, p. 13; véase también G. Arbib y G. Secchi, *Italiani insieme agli altri. Ebrei nella Resistenza in Piemonte*, *1943-1945*, Turín, Zamorani, 2011, p. 197 (entrevista a Primo Levi del 8 de junio de 1981, donde la palabra correctamente deletreada es «Cesare Vitta» y no «Cesare Vita»).

35. Véase *Gazzetta Ufficiale del Regno d'Italia*, 19 de octubre de 1939, p. 4.914.

36. Véase G. Coriasco, *Storia operaia della Riv*, Milán, FrancoAngeli, 1986.

37. Véase L. Picciotto, *Il libro della memoria. Gli Ebrei deportati dall'Italia (1943-1945)*, Milán, Mursia, 1991, p. 645.

38. La información procede de los apuntes tomados durante mi conversación con Aldo Piacenza, Turín, 22 de noviembre de 2011.

39. Véase AISTORETO, Banco de Datos del Partisanado Piamontés, *ad vocem*.

40. AFBT, documentos Emilio Bachi, «Il filo della memoria», transcripción mecanográfica, p. 38.

41. *Ibid.*, p. 39.

42. Véase T. Omezzoli, *Tra fascismo e Resistenza. Aosta al tempo della Repubblica Sociale italiana*, 1943-1945, Aosta, Le Château, 2012.

43. Véase ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 14/7, «Ministero della Guerra, 1943-1945» (documentos varios referentes a la Escuela Central Militar de Alpinismo, 1943-1944).

44. AISRAL, Fondo Pivano, carpeta 4, fasc. 5, informe de la Guardia Nacional Republicana, Mando de la 11.ª Legión (Casale Monferrato, 16 de diciembre de 1943).

45. ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, no clasificados, 1943-1946, autorización para la libre circulación (Aosta, 21 de diciembre de 1943).

46. AISRAL, Fondo Pivano, carpeta 4, fasc. cit., interrogatorio de Martino Veduti (Casale Monferrato, 16 de diciembre de 1943).

47. *Ibidem*, interrogatorio de Federico Barbesino (Casale Monferrato, 28 de diciembre de 1943).

48. *Ibidem*, Legión Territorial de los Carabineros de Alessandria, informe judicial sobre Cantele Giovanni y otros (Casale Monferrato, 10 de enero de 1944).

49. Véase F. Meni, *Quando i tetti erano bianchi. Casale e il Basso Monferrato dal Fascismo alla Resistenza*, Alessandria, Edizioni dell’Orso, 2000, pp. 58-59.

50. AISRAL, Fondo Pivano, carpeta 4, fasc. cit., interrogatorio de Carlo Eugenio Carretto (Aosta, 18 de enero de 1944).

51. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Giuseppe Barbesino (Aosta, 18 de enero de 1944).

52. AISRVdA, Fondos varios, «Pro memoria per l’eccellenza Dolfin», doc. cit.

53. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Piacenza, doc. cit. (11 de enero de 1944).

54. P. Levi, *El sistema periódico*, pp. 80-81.

55. Véanse P. Levi, «Il pugno di Renzo», *L’altrui mestiere* (1985), en *Opere*, vol. 2, p. 702, y A. Cavaglion, «Primo Levi, il 1938, il fascismo e la storia d’Italia», *Belfagor*, 30 de noviembre de 2008, pp. 719-723.

56. P. Levi, *Si esto es un hombre*, p. 7. Véanse también las consideraciones de R. S. C. Gordon, *«Sfacciata fortuna». La Shoah e il caso*, trad. it., Turín, Einaudi, 2010, pp. 59-63.

57. Véase M. Belpoliti, «Note al testo», en Levi, *Opere*, vol. 1, p. 1.147 (Levi sostuvo, en cambio, que la idea de «Carbono» la concibió ya en Milán, es decir, antes del 8 de septiembre de 1943: véase P. Levi, *El sistema periódico*, p. 77.

58. Véase J. Samuel (con Jean-Marc Dreyfus), *Il m’appelait Pikolo. Un compagnon de Primo Levi raconte*, París, Robert Laffont, 2007 (trad. it., Milán, Frassinelli, 2008), pp. 92, 96 y 109.

59. P. Levi, *El sistema periódico*, pp. 79-80.

60. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Piacenza, doc. cit. (11 de enero de 1944).

61. ATA, fondo cit., informe del prefecto Carnazzi, doc. cit. (7 de marzo de 1944).

62. Véase P. Momigliano Levi, *La quotidianità negata. Da Issime ad Auschwitz: il caso della famiglia di Remo Jona*, Aosta, Le Château, 2002, pp. 50-51.

63. Véase I. Tibaldi, «Primo Levi e i suoi "compagni di viaggio": ricostruzione del trasporto da Fossoli ad Auschwitz», en P. Momigliano Levi y R. Gorris, eds., *Primo Levi testimone e scrittore di storia*, Florencia, Giuntina, 1999, pp. 149-232.

64. Véase A. Della Torre, *Messaggio speciale* (1968), Bolonia, Zanichelli, 1972, pp. 13 y ss.

65. Véase A. Poma y G. Perona, *La Resistenza nel Biellese*, Parma, Guanda, 1972, p. 129.

66. Véase R. Mira, *Tregue d'armi. Strategie e pratiche della guerra in Italia fra nazisti, fascisti e partigiani*, Roma Carocci, 2011.

67. Véase A. Della Torre, *Messaggio speciale*, p. 17.

68. *Ibidem*.

IV. «OS PASO LA ANTORCHA»

1. P. Levi, *Si esto es un hombre*, Barcelona, El Aleph, 2013, p. 19.

2. *Ibid.*, pp. 133-141.

3. *Ibid.*, p. 14.

4. Citado en A. Chiappano, *Luciana Nissim Momigliano: una vita*, Florencia, Giuntina, 2010, p. 129 (entrevista realizada por el Centro di Documentazione Ebraica Contemporanea, Milán, 17 de julio de 1995).

5. Véase L. Picciotto, *L'alba ci colse come un tradimento. Gli ebrei nel campo di Fossoli, 1943-1944*, Milán, Mondadori, 2010, pp. 116 y ss.

6. La carta está íntegramente reproducida en L. Nissim Momigliano, *Ricordi della casa dei morti e altri scritti*, ed. de A. Chiappano, Florencia, Giuntina, 2008, p. 87.

7. La postal original es propiedad de la familia Levi. Para una divertida reproducción manuscrita del propio Levi, véase Ph. Mesnard, *Primo Levi. Una vita per immagini*, trad. it., Venecia, Marsilio, 2008, p. 38.

8. AFBT, documentos Emilio Bachi, «Il filo della memoria», transcripción mecanográfica, p. 40.

9. *Ibidem*.

10. G. Bassani, «Pagine di un diario ritrovato», en *Opere*, ed. de R. Cotroneo, Milán, Mondadori, 1998, p. 974 (2 de febrero de 1944).

11. Véase AFBT, documentos Emilio Bachi, «Il filo della memoria», transcripción mecanográfica, p. 40 n. (ed. a cargo del nieto de Emilio Bachi, Roberto Beccaria).

12. Véase P. Soddu, *Ugo La Malfa. Il riformista moderno*, Roma, Carocci, 2008, pp. 119 y 139.

13. Véase AFBT, documentos Emilio Bachi, «Il filo della memoria», pp. 41-42; *ibid.*, documentos varios (1944-1945).

14. Véase R. Nicco, *La Resistenza in Valle d'Aosta*, Aosta, Musumeci Editore, 1990, *passim*.

15. F. Camon, *Conversazione con Primo Levi* (1982-1986), Parma, Guanda, 2006, p. 16.

16. Véase L. Klinkhammer, *L'occupazione tedesca in Italia, 1943-1945*, trad. it., Turín, Bollati Boringhieri, 1993, pp. 282-285.

17. *Ibid.*, p. 264 n.

18. «I Moschettieri delle Alpi», *La Provincia Alpina*, 2 de febrero de 1944.

19. *La Provincia Alpina*, 9 de febrero de 1944.

20. Véase T. Giannetti, «Nasce il battaglione "Moschettieri delle Alpi"», *La Stampa*, 4 de marzo de 1944.

21. ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, carp. 65/18, informe del prefecto Carnazzi a Renato Ricci, comandante general de la Guardia Nacional Republicana (Aosta, 25 de marzo de 1944).

22. ASMi, fondo cit., informe del teniente coronel De Filippi al Mando General de la Guardia Nacional Republicana (Aosta, 19 de marzo de 1944).

23. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, «Rapporto del ten. Cagni Edilio sui rastrellamenti eseguiti nel Canavese», s.f. (pero marzo de 1944).

24. Véase G. Dolino, *Partigiani in val di Lanzo*, Milán, FrancoAngeli, 1989, pp. 22-28.

25. Véase G. Pansa, *Storia e documenti del primo Comitato Militare del C. L. N. regionale piemontese*, Turín, Istituto per la Storia della Resistenza in Piemonte, 1964.

26. V. Fusi, *Fiori rossi al Martinetto. Il processo di Torino: aprile 1944* (1968), Milán, Mursia, 1972, p. 102.

27. Véase G. Pansa, *Storia e documenti*, pp. 10-12.

28. Fusi, *Fiori rossi al Martinetto*, p. 123.

29. Véase ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Edilio Cagni (8 de marzo de 1946).

30. Fusi, *Fiori rossi al Martinetto*, p. 124.

31. D. Gay Rochat, *La Resistenza nelle valli valdesi*, *1943-1945* (1968), Turín, Claudiana, 2006, pp. 84-85.

32. Véase la nota del editor, Guri Schwarz, en E. Artom, *Diari di un partigiano ebreo (gennaio 1940-febbraio 1944)*, Turín, Bollati Boringhieri, 2008, pp. 150-151.

33. Véanse S. Peli, *La Resistenza in Italia. Storia e critica*, Turín, Einaudi, 2004, p. 60, y *La Resistenza difficile*, Milán, FrancoAngeli, 1999, pp. 104 y ss.

34. AISTORETO, D/Ur, fasc. 1, «Divisione Italo Rossi», documentos varios (s.f., pero 1946-1947).

35. AISRVdA, Fondo Manganoni, «Breve cenno sulla lotta di liberazione ad Arnaz», informe firmado por «Riccardino» (31 de enero de 1946).

36. Ch. Passerin d'Entrèves, *La tempëta dessu noutre montagne. Épisodes de la Résistance en Vallée d'Aoste*, Aosta, Institut Historique de la Résistance en Vallée d'Aoste, 1975, pp. 43-44.

37. B. Fenoglio, «I ventitré giorni della città di Alba» (1952), en *Opere*, 3 vols., edición crítica

dirigida por M. Corti, Turín, Einaudi, 1978, vol. 2, p. 5. [Hay trad. cast.: *Los veintitrés días de la ciudad de Alba*, Buenos Aires, Ediciones Fausto, 1978.]

38. Véanse R. Nicco, *La Resistenza in Valle d'Aosta*, pp. 68-71, y S. Presa, *Le fasi della Resistenza in valle d'Aosta*, *1943-1945*, Aosta, Le Château, 2009, pp. 86-87.

39. Véase T. Omezzoli, *I processi in Corte straordinaria d'assise di Aosta, 1945-1947*, Aosta, Le Château, 2011, pp. 257-258.

40. ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 14/7, «Ministero della Guerra, 1943-1945», recomendación de la Milicia Forestal al jefe provincial (Aosta, 13 de mayo de 1944).

41. Véase A. Gyppaz, «Vicende della 178.ª Brigata "Matteotti" nella rievocazione di Giuseppe Thuegaz», *Questioni di Storia della Valle d'Aosta Contemporanea*, n.º 1, 1981, p. 58.

42. Véase ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 14/7, «Ministero della Guerra», documentos varios (Aosta, abril-junio de 1944).

43. Véase S. Goyet, *Émile Chanoux. L'uomo dietro al mito*, Aosta, Le Château, 2008.

44. Véase P. di Martino, *«Lassù i rumori del mondo non arrivano». Cronaca dell'arresto e della morte di Émile Chanoux, maggio 1944*, Aosta, Le Château, 2000, pp. 52-56.

45. L. Binel, *Cronaca di un valdostano* (1981), ed. de E. Riccarand, Sarre (AO), Tipografia Testolin, 2002, p. 39.

46. Véase P. di Martino, *«Lassù i rumori del mondo»*, pp. 59-71.

47. Véase R. Nicco, *La Resistenza in Valle d'Aosta*, pp. 85-88.

48. Véase S. Presa, *Le fasi della Resistenza*, pp. 97-110.

49. AISRVdA, Fondos varios, H. Passerin d'Entrèves, «Diario di un patriota valdostano», p. 8.

50. Véase R. Nicco, *La Resistenza in Valle d'Aosta*, p. 139.

51. Véase P. Levi, *El sistema periódico*, Madrid, Alianza, 1988, p. 80.

52. Gyppaz, *Vicende della 178.ª*, p. 60.

53. Véase S. Presa, *Le fasi della Resistenza*, pp. 114-133.

54. Desde septiembre de 1944: véase G. Ciardullo, *1943-1945*. *Cronologia della lotta di liberazione in Valle d'Aosta*, Aosta, s.n., 1986, p. 134.

55. M. Pelizzari, *Le memorie di Alimiro* (1945), ed. de G. Maggia, Ivrea, Enrico Editori, 1979, p. 59.

56. *Ibidem*.

57. Para la carrera del subteniente Bianchi en 1944, véase ARAVdA, Gabinete de la Prefectura, cat. 14/7, f. 070 (24 de agosto de 1944) y f. 071 (28 de septiembre de 1944).

58. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, interrogatorio de Edilio Cagni (Aosta, 17 de enero de 1946).

59. Véase L. Meneghello, *Bau-sète!* (1988), Milán, Bompiani, 1996, pp. 39-40.

60. Citado en M. Pelizzari, *Le memorie di Alimiro*, pp. 69-70.

61. Véase S. Presa, *Le fasi della Resistenza*, pp. 206 y ss.

62. Véase S. Valenti, *Il ragazzo che sognava di volare. Dalle memorie di Amos Messori, partigiano «D'Artagnan»*, Ivrea, Archimpiazza, 2010.

63. P. Calamandrei, *Uomini e città della Resistenza* (1955), ed. de S. Luzzatto, Roma-Bari, Laterza, 2006, pp. 251-252.

64. P. Levi, *El sistema periódico*, p. 78.

65. Véase E. Gentili Tedeschi, *I giochi della paura*. *Immagini di una microstoria: libri segreti, cronache*, *resistenza tra Milano e Valle d'Aosta*, *1942-1944*, Aosta, Le Château, 1999.

66. P. Levi, *El sistema periódico*, p. 78.

67. Véase ACDEC, Fondo Historias Personales, fasc. «Gentili Tedeschi in Verona, Gabriella», «Sei anni di paura, 1939-1945», pp. 11-12 del texto mecanografiado.

68. Véase R. Nicco, *La Resistenza in Valle d'Aosta*, pp. 246-248.

69. Véase S. Soave, *Federico Chabod politico*, Bolonia, Il Mulino, 1989, pp. 64-65.

70. De las notas tomadas durante mi conversación con Yves Francisco, Verrès, 16 de diciembre de 2010.

71. ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, carp. 65/18, denuncia de Guido Bachi contra Cesare Augusto Carnazzi (Turín, 31 de julio de 1945).

72. Véanse AFBT, documentos Emilio Bachi, «Il filo della memoria», p. 46, y documentos Guido Bachi, «Ricordi» (1977), transcripción mecanográfica, pp. 60-62.

73. Véase G. Arbib y G. Secchi, *Italiani insieme agli altri. Ebrei nella Resistenza in Piemonte, 1943-1945*, Turín, Zamorani, 2011.

74. Véase A. Poma y G. Perona, *La Resistenza nel Biellese*, Parma, Guanda, 1972, *passim*.

75. Véase M. Ottolenghi, *Per un pezzo di patria. La mia vita negli anni del fascismo e delle leggi razziali*, Turín, Blu Edizioni, 2009, pp. 80 y ss.

76. Véase A. Gobetti, *Diario partigiano*, Turín, Einaudi, 1956, pp. 77-81 y 371-382.

77. Véase I. Thomson, *Primo Levi* (2002), Londres, Vintage, 2003, pp. 150 y 177.

78. AISRAL, Fondo Formaciones Partisanas, fasc. 13, «Divisione Matteotti», documentos varios (s.f., pero 1945).

79. *Ibidem*.

80. Véanse A. Bravo y M. Renosio, eds., *I giorni dell'insurrezione (aprile 1945)*, s.n., Istituto per la Storia della Resistenza in Provincia di Asti, s.f., y L. Allegra, *Gli aguzzini di Mimo. Storie di ordinario collaborazionismo (1943-1945)*, Turín, Zamorani, 2010, *passim*.

81. Véanse S. Favretto, *Resistenza e nuova coscienza civile. Fatti e protagonisti del Monferrato casalese*, Alessandria, Edizioni Falsopiano, 2009, p. 179, y F. Meni, *Quando i tetti erano bianchi. Casale e il Basso Monferrato dal Fascismo alla Resistenza*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2000, pp. 187 y ss.

V. La justicia y la venganza

1. G. Pansa, «I miei 25 aprile e quelli dei bigotti rossi», en *Il Riformista*, 24 de abril de 2009.

2. G. Pansa, *Il revisionista*, Milán, Rizzoli, 2009, p. 35.

3. Véase S. Luzzatto, *La crisi dell'antifascismo*, Turín, Einaudi, 2004.

4. Véanse G. Pansa, *Ma l'amore no*, Milán, Sperling & Kupfer, 1994; *Il bambino che guardava le donne*, Milán, Sperling & Kupfer, 1999; *I figli dell'Aquila*, Milán, Sperling & Kupfer, 2002; *Sconosciuto 1945*, Milán, Sperling & Kupfer, 2005, y *La Grande Bugia*, Milán, Sperling & Kupfer, 2006.

5. G. Pansa, *Il sangue dei vinti*, Milán, Sperling & Kupfer, 2003.

6. G. Oddone, *Nuovi aspetti sull'esperienza di Cesare Pavese al Collegio Trevisio di Casale. Memorie del P. Luigi Frumento, rettore del Trevisio*, Genova Nervi, Collegio Emiliani, página web (el padre Frumento escribe erróneamente «Forieri» en vez de «Fornero»).

7. G. Pansa, *Il sangue dei vinti*, p. 9.

8. *La Stampa*, 26 de julio de 1966.

9. Véase *Gazzetta Ufficiale del Regno d'Italia*, 15 de abril de 1931, p. 1.658.

10. *Ibidem*, 18 de julio de 1935, p. 3.632.

11. Véase G. Pansa, *Il bambino che guardava le donne*, pp. 224-228.

12. Véase S. Favretto, *Resistenza e nuova coscienza civile. Fatti e protagonista del Monferrato casalese*, Alessandria, Edizioni Falsopiano, 2009, pp. 95-98.

13. Véase G. Pansa, *La grande Bugia*, pp. 219-232.

14. Véase F. Meni, *Quando i tetti erano bianchi. Casale e il Basso Monferrato dal Fascismo alla Resistenza*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2000, pp. 170-174.

15. Citado en G. Pansa, *La grande Bugia*, p. 229.

16. Véanse G. Crainz, «Il conflitto e la memoria. "Guerra civile" e "triangolo della morte"», en *Meridiana*, 13, 1992, pp. 17-55; «Il dolore e la collera: quella lontana Italia del 1945», en *Meridiana*, 22-23, 1995, pp. 249-273, y *L'ombra della guerra. Il 1945, l'Italia*, Roma, Donzelli, 2007.

17. Véase T. Omezzoli, *I processi in Corte straordinaria di Assise di Aosta, 1945-1947*, Aosta, Le Château, 2011, pp. 115-116.

18. T. Aymone, «Un frammento autobiografico», en *Scritti inediti*, ed. de G. Mottura, «Materiali di discussione», Departamento de Economía Política, Universidad de Módena y Reggio Emilia, 2005, p. 30.

19. Véanse M. Dondi, *La lunga liberazione. Giustizia e violenza nel dopoguerra italiano*, Roma, Editori Riuniti, 2004, p. 97, y G. Pansa, *Il sangue dei vinti*, pp. 78 y ss.

20. Véase T. Omezzoli, *I processi in Corte straordinaria*, pp. 229-230.

21. Véase R. Rues, «Le "radiose" giornate dell'Ossola. I militi della R. S. I. assassinati nella regione dell'Ossola e Verbano dopo il 25 aprile 1945», en *Storia del XX secolo*, n.º 32, enero de 1998, disponible en la red.

22. La primera cita (referente a 1960) procede de M. Belpoliti, «Due deposizioni giurate di Primo Levi», en M. Belpoliti y A. Cortellessa, *Da una tregua all'altra*, Milán, Chiarelettere, 2010, p. 14; la segunda cita procede de P. Levi, *El sistema periódico*, Madrid, Alianza, 1988, p. 79.

23. P. Chiara, «I fratelli Mascherpa», de la antología *Il capostazione di Casalino e altri racconti*

(1986), en *Racconti*, ed. de M. Novelli, Milán, Mondadori, 2007, pp. 1.429-1.430.

24. Véase G. Schwarz, *Tu mi devi seppellir. Riti funebri e culto nazionale alle origini della Repubblica*, Turín, Utet Libreria, 2010.

25. *La Nuova Stampa*, 9 de diciembre de 1945.

26. B. Fenoglio, «Una questione privata» (1963), en *Tutti i romanzi*, ed. de G. Pedullà, Turín, Einaudi, 2012, pp. 1.071-1.072.

27. Sobre esta legendaria figura del comandante partisano, véase el agudo retrato de G. Bocca, *Il provinciale. Settant'anni di vita partigiana*, Milán, Mondadori, 1991, pp. 67-68; y véanse sus propias memorias, «P.» Rocca, *Un esercito di straccioni al servicio della libertà*, Canelli (AT), Edizioni Art pro Arte, 1984.

28. Véanse M. Renosio, *Colline partigiane. Resistenza e comunità contadina nell'Astigiano*, Milán, FrancoAngeli, 1994, p. 266, y H. Woller, *I conti col fascismo. L'epurazione in Italia, 1943-1948*, trad. it., Bolonia, Il Mulino, 1997, pp. 407-408.

29. Citado en A. Bravo, *La repubblica partigiana dell'Alto Monferrato*, Turín, Giappichelli, 1964, p. 233.

30. Para el contexto, véase M. Ruzzi, «Presenza ed attività delle forze della Rsi in provincia di Asti», en *Asti Contemporanea*, n.º 6, 2000, pp. 63-102.

31. ASAt, Gabinete de la Prefectura, legajo 40, «Ordine pubblico», carta privada del comisario extraordinario para el Piamonte a los prefectos de las provincias (Turín, 28 de enero de 1945).

32. Véase L. Ganapini, *La repubblica delle camicie nere*, Milán, Garzanti, 1999, p. 277.

33. ASAt, Gabinete de la Prefectura, fondo cit., carta del jefe provincial al Ministerio del Interior (Asti, 9 de marzo de 1945).

34. *Ibidem*, telegrama del jefe provincial a los alcaldes y delegados de la prefectura de los ayuntamientos de Villanova d'Asti, Valfenera, Villafranca, San Paolo Solbrito, Dusino San Michele, Ferrere e Montafia (Asti, 16 de marzo de 1945).

35. *Ibidem*, telegrama del mismo a los mismos (Asti, 15 de abril de 1945).

36. *Ibidem*, Fondo de la Jefatura, «Fascisti repubblicani», legajo 41, fasc. 5, «Carnazzi, Cesare Augusto», acta del interrogatorio (cárcel de Vigevano, 10 de mayo de 1945).

37. Véase ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, carp. 65/18, oficina política de la jefatura de policía de Asti, denuncia contra Cesare Augusto Carnazzi (Asti, 25 de mayo de 1945).

38. ASAt, Fondo de la Jefatura, «Fascisti repubblicani», legajo 7, fasc. 22, «Cagni, Edilio»: documentos varios (Turín y Asti, 11-12 de junio de 1945).

39. Véanse G. Ciardullo, *1943-1945. Cronologia della lotta di liberazione in Valle d'Aosta*, Aosta, s.n., 1986, p. 206, y R. Nicco, *La Resistenza in Valle d'Aosta*, Aosta, Musumeci Editore, 1990, p. 340.

40. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, acta de denuncia (Turín, 6 de junio de 1945).

41. ACDEC, Fondo Historias Personales, fascículo «Levi, Primo», transcripción de las cartas firmadas «Perrone Lorenzo» y fechadas el 25 de junio de 1944, el 20 de agosto de 1944 y el 1 de noviembre de 1944.

42. *Ibidem*, transcripción mecanográfica.

43. ASAt, Fondo de la Jefatura, «Fascisti repubblicani», legajo 7, fasc. 22, «Cagni, Edilio»: telegrama del comisario de Aosta (Aosta, 11 de junio de 1945).

44. *Ibidem*, telegrama del comisario de Aosta (Aosta, 11 de junio de 1945).

45. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, documentos varios (abril-noviembre de 1945).

46. *Ibidem*, jefatura de policía de Turín, interrogatorio de Edilio Cagni (25 de junio de 1945).

47. ATA, fondo cit., cárcel de preventivos de Turín (13 de julio de 1945).

48. *Ibidem*, denuncia de Guido Bachi ante la oficina política de la comisaría de Turín (13 de julio de 1945).

49. Citado en F. Meni, *Quando i tetti erano Bianchi*, pp. 129 n.-130 n.

50. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, denuncia de Giuseppe Barbesino ante la oficina política de la comisaría de Turín (18 de julio de 1945).

51. *Ibidem*, denuncia de Edoardo De Vasi ante la oficina política de la comisaría de Turín (15 de julio de 1945).

52. ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, doc. 65/19, declaración de Vittorio Labbro ante el juzgado de Chivasso, 9 de junio de 1945.

53. *Ibidem*, declaración de Germano Bianchin, bombero de Aosta (Aosta, 15 de junio de 1945); declaración de Giuseppe Borghesio, bombero de Aosta (Aosta, 20 de junio de 1945).

54. *Ibidem*, carta de Roberto Peccei (padre de Aurelio Peccei) a la fiscalía de Asti (Mongreno, 21 de mayo de 1945). Sobre la detención de Peccei (y las torturas que sufrió), véanse L. Allegra, *Gli aguzzini di Mimo. Storie di ordinario collaborazionismo (1943-1945)*, Turín, Zamorani, 2010, pp. 177-182, y V. Castronovo, *Fiat. 1899-1999: un secolo di storia italiana*, Milán, Rizzoli, 1999, p. 674.

55. *Ibidem*, declaración de Renato Corrado ante la fiscalía de Aosta (Aosta, 18 de julio de 1945).

56. *Ibidem*, carta de Guido Bachi al fiscal de Asti (Turín, 31 de julio de 1945).

57. «Quelle che oggi non sono con noi», en *La nuova realtà. Organo del movimento femminile di Giustizia e Libertà*, edición extraordinaria, Turín, 3 de mayo de 1945, citado en *Donne piemontesi nella lotta di liberazione. 99 partigiane cadute, 185 deportate, 38 cadute civili*, Turín, Tipografia Impronta, 1953, p. 88.

58. Véase A. Chiappano, *Luciana Nissim Momigliano: una vita*, Florencia, Giuntina, 2010, pp. 108-132.

59. P. Levi, *La tregua*, Turín, Einaudi, 1963, p. 34. [Hay trad. cast.: *La tregua*, Barcelona, Muchnik, 1988.]

60. Véase A. Chiappano, *Luciana Nissim Momigliano*, pp. 141-143.

61. Véase C. Angier, *Il doppio legame. Vita de Primo Levi* (2002), trad. it., Milán, Mondadori, 2004, p. 238.

62. *Ibid.*, pp. 362-363.

63. Véase A. Chiappano, *Luciana Nissim Momigliano*, pp. 144-149.

64. ACDEC, Fondo Historias Personales, fasc. «Vitta, Cesare». Sobre el coronel Vitale, véase G.

Schwarz, *Ritrovare se stessi. Gli ebrei nell'Italia postfascista*, Roma-Bari, Laterza, 2004, pp. 158 y ss.

65. Véase D. Blatman, *Le marce della norte. L'olocausto dimenticato dell'ultimo esodo dal Lager*, trad. it., Milán, Rizzoli, 2009.

66. Véase L. Picciotto Fargion, «Gli ebrei di Torino deportati: notizie statistiche (1938-1945)», en F. Levi, ed., *L'ebreo in oggetto. L'applicazione della normativa antiebraica a Torino*, 1938-1943, Turín, Zamorani, 1991, pp. 159-190.

67. Véase S. Fantini, *Notizie dalla Shoah. La stampa italiana nel 1945*, Bolonia, Pendragon, 2005.

68. A. Antonucci, «Il campo della morte», *La Nuova Stampa*, 14 de octubre de 1945; «Sala d'aspetto per forno crematorio», *ibidem*, 18 de octubre de 1945.

69. Véase B. Piazza, *Perché gli altri dimenticano*, Milán, Feltrinelli, 1956.

70. Véase A. Antonucci, *Sala d'aspetto*.

71. A. Antonucci, «Trieste centro d'irradiazione ebraica», *La Stampa*, 25 de agosto de 1938.

72. Véase C. Angier, *Il doppio legame*, pp. 361-362.

73. Véase A. Segre, *Il coraggio silenzioso. Leonardo De Benedetti, medico, soprawissuto ad Auschwitz*, Turín, Zamorani, 2008, pp. 31-41.

74. Véanse C. Angier, *Il doppio legame*, p. 418; I. Thomson, *Primo Levi* (2002), Londres, Vintage, 2003, pp. 219 y ss.; M. Anissimov, *Primo Levi ou la tragédie d'un optimiste*, París, JC Lattès, 1996, pp. 403 y ss. [hay trad. cast.: *Primo Levi o la tragedia de un optimista*, Madrid, Ed. Complutense, 2001.], y Ph. Mesnard, *Primo Levi. Le passage d'un témoin*, París, Fayard, 2011, pp. 112 y ss.

75. ACDEC, Fondo Historias Personales, doc. cit.

76. ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, carp. 65/18, interrogatorio de Cesare Augusto Carnazzi (Asti, 23 de septiembre de 1945).

77. Decreto ley del 22 de abril de 1945, creación de los tribunales penales extraordinarios para los delitos de colaboración con los alemanes, *Gazzetta Ufficiale del Regno d'Italia*, suplemento ordinario del n.º 49 del 4 de abril de 1945, p. 3.

78. Véase T. Omezzoli, *I processi in Corte straordinaria*, pp. 54-56.

79. Véase H. Woller, *I conti col fascismo*, pp. 411 y ss.

80. ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, carp. 65/18, acta de aceptación de pruebas, primera sesión (Asti, 19 de octubre de 1945).

81. *Ibidem*.

82. *Ibidem*.

83. *Ibidem*. Véase también: primera sesión, de Bonfiglio Rosi; acta de aceptación de pruebas, segunda sesión, declaración de Alessandro Cassina (Asti, 20 de octubre de 1945).

84. ASMi, f. 13, fondo cit., docs. cit. (declaración de Rosi y declaración de Corrado).

85. ASMi, fondo cit., doc. cit.

86. *Ibidem*.

87. Véase G. Oliva, *La Resistenza alle porte di Torino*, Milán, FrancoAngeli, 1989, *passim*.

88. ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, carp. 65/18, f. 24, segunda sesión (Asti, 20 de

octubre de 1945).

89. *Ibidem*, carta desde Ivrea, 4 de octubre de 1945.

90. Véase H. Woller, *I conti col fascismo*, p. 422.

91. *Ibid.*, pp. 415-416.

92. Decreto ley, en *Gazzetta Ufficiale del Regno d'Italia*, p. 2.

93. ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, carp. 65/18, sentencia en la causa contra Cesare Augusto Carnazzi (Asti, 20 de octubre de 1945).

94. *Ibidem*.

95. *Ibidem*, «Dichiarazione di ricorso per Cassazione» (Asti, 20 de octubre de 1945).

96. *Ibidem*.

97. *Ibidem*.

98. *Ibidem*, «Dichiarazione» de Salomone Gerber y otros (Milán, 7 de agosto de 1945).

99. R. Hilberg, *Carnefici vittime spettatori. La persecuzione degli ebrei, 1933-1945* (1992), trad. it., Milán, Mondadori, 1994.

100. Véase S. Friedländer, *Aggressore e vittima. Per una storia integrata dell'Olocausto* (2007), trad. it., Roma-Bari, Laterza, 2009, pp. 7 y ss.

101. Véase S. Cavati, *Ebrei a Bergamo: 1938-1945*, tesis de licenciatura, Universidad de Milán, a.a. 2004-2005, pp. 40-41.

102. Según la acertada expresión de M. Sarfatti, *Gli ebrei nell'Italia fascista. Vicende, identità, persecuzione*, Turín, Einaudi, 2000.

103. Véanse I. Colombi, «Memoria di gente ebrea a Gandino», *Civit@s. Periodico di Informazione del Comune di Gandino*, marzo de 2006, pp. 6-7, y B. Enriotti, A. Ferranti e I. Paolucci, «Gandino: tutto il paese salvò gli ebrei dai Lager nazisti negli anni cupi dell'ocupazione tedesca», *Triangolo rosso*, XXIV, n.os 3-4, octubre de 2006, pp. 6-13.

104. ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, carp. 65/18, segunda sesión, doc. cit. (Asti, 20 de octubre de 1945).

105. En una entrevista realizada por la USC Shoah Foundation Institute (Milán, 14 de abril de 1998) y que se puede encontrar en internet, Oscar Gerber explicó que no había luchado en formaciones partisanas, pero que había colaborado como intérprete con la banda que actuaba en el valle de Seriana a las órdenes del comandante partisano Giuseppe Lanfranchi («Bepi»).

106. Véase I. Gutman, B. Rivlin y L. Picciotto, eds., *I giusti d'Italia. I non ebrei che salvarono gli ebrei, 1943-1945*, Milán, Mondadori, 2006, pp. 178-180.

VI. Expiación

1. Véase la crónica de Asti (sin título) de *La Nuova Stampa*, 19 de octubre de 1945.

2. Sobre la justicia partisana en Asti, véase M. Renosio, *Tra mito sovietico e riformismo. Identità,*

storia e organizzazione dei comunisti astigiani, 1921-1975, Turín, Edizioni Gruppo Abele, 1999, pp. 274-275.

3. Véase S. Soave, *Federico Chabod politico*, Bolonia, Il Mulino, 1989, pp. 127 y ss.

4. Véase T. Omezzoli, *I processi in Corte straordinaria d'assise di Aosta, 1945-1947*, Aosta, Le Château, 2011.

5. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, procesamiento de Cagni Edilio y otros (Aosta, 13 de marzo de 1946).

6. *Ibidem*, «Acta de búsqueda infructuosa» (Aosta, 7 de enero de 1946).

7. *Ibidem*.

8. *Ibidem*, interrogatorio de Edilio Cagni (Aosta, 17 y 19 de enero de 1946).

9. *Ibidem*, carta de Maria Carrera (Casale Monferrato, s.f.).

10. *Ibidem*, acta de denuncia de Maria Carrera ante la comandancia del cuerpo especial de policía auxiliar (Casale Monferrato, 16 de julio de 1945).

11. *Ibidem*, carta de Alessandro Del Rosso a la fiscalía del Reino de Turín (Casale Monferrato, 29 de enero de 1946).

12. *Ibidem*, acta de la instrucción sumaria en el juzgado de Casale Monferrato (18 de marzo de 1946).

13. *Ibidem*, interrogatorio de Edilio Cagni (Aosta, 8 de marzo de 1946).

14. *Ibidem*, carta al presidente del Tribunal Penal Extraordinario (Turín, 6 de abril de 1946).

15. Véase S. Soave, *Federico Chabod*, pp. 139-140.

16. Véase M. Ridolfi y N. Tranfaglia, *1946. La nascita della Repubblica*, Roma-Bari, Laterza, 1996.

17. Véase S. Soave, *Federico Chabod*, pp. 157-158.

18. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, carta de Guido Bachi al fiscal del Reino de Aosta (Turín, 23 de abril de 1946).

19. *Ibidem*.

20. L. Nissim y P. Lewinska, *Donne contra il mostro*, Turín, Ramella, 1946.

21. Véase I. Thomson, *Primo Levi* (2002), Londres, Vintage, 2003, pp. 429-440.

22. Véase P. Levi, *Conversazioni e interviste, 1963-1987*, ed. de M. Belpoliti, Turín, Einaudi, 1997, *passim*.

23. P. Levi, «Prefazione», en A. Bravo y D. Jalla, *La vita offesa. Storia e memoria dei Lager nazisti nei racconti di duecento soprawissuti*, Milán, FrancoAngeli, 1996, p. 9.

24. Así se expresaba Primo Levi al ser entrevistado por Enrico Lombardi en un programa de la Radio Suiza Italiana, *Il frangitempo*, 3 de junio de 1985 (transcripción a cargo de Marco Belpoliti en la web «doppiozero»).

25. Véase A. Chiappano, «Nota al testo», en L. Nissim Momigliano, *Ricordi della casa dei morti e altri scritti*, Florencia, Giuntina, 2008, pp. 25-26.

26. Véase A. Chiappano, *Luciana Nissim Momigliano: una vita*, Florencia, Giuntina, 2010, p. 161.

27. Véase M. Fadini, «Su un avantesto di *Se questo è un uomo* (con una nuova edizione del

Rapporto sul Lager di Monowitz del 1946)», *Filologia Italiana*, 5, 2008, pp. 209-240.

28. P. Levi, *Si esto es un hombre*, Barcelona, El Aleph, 2013, p. 7.

29. *Ibid.*, p. 57.

30. P. Levi, *Si esto es un hombre*, pp. 42-43.

31. Véase C. Ginzburg, «Unus testis. Lo sterminio degli ebrei e il principio di realtà» (1992), en *Il filo e le tracce, Vero falso finto,* Milán, Feltrinelli, 2006, p. 224.

32. Citado en J. Samuel (con Jean-Marc Dreyfus), *Il m'appelait Pikolo. Un compagnon de Primo Levi raconte,* París, Robert Laffont, 2007 (trad. it., Milán, Frassinelli, 2008), p. 87. [Hay trad. cast.: *Me llamaba Pikolo. El testimonio de un compañero de Primo Levi*, Barcelona, Plataforma, 2009.]

33. Citado en *ibid.*, p. 100.

34. Véase la autopresentación de *Se questo è un uomo* publicada por Primo Levi en *L'Italia che scrive* en octubre de 1947, paralelamente a la aparición del libro, citado en M. Belpoliti, «Note al testo», en P. Levi, *Opere*, Turín, Einaudi, 1997, vol. 1, p. 1384.

35. P. Levi, *Si esto es un hombre*, pp. 14, 19 y 99.

36. ACDEC, Fondo Historias Personales, fasc. «Levi, Primo», versión mecanografiada de la «Storia di dieci giorni», p. 14.

37. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, carta de Guido Bachi a la fiscalía del Reino de Aosta, doc. cit., y anotaciones en el reverso hechas por el secretario judicial y el fiscal del rey.

38. Los tres artículos citados no están firmados. Sobre la sustracción del cadáver de Mussolini, véase S. Luzzatto, *Il corpo del Duce. Un cadavere tra storia, memoria e immaginazione*, Turín, Einaudi, 1998, pp. 84-119.

39. Véanse L. Paggi, *Il "popolo dei morti". La repubblica italiana nata dalla guerra (1940-1946)*, Bolonia, Il Mulino, 2009, y G. Schwarz, *Tu mi devi seppellir. Riti funebri e culto nazionale alle origini della Repubblica*, Turín, Utet Libreria, 2010.

40. Véase M. Franzinelli, *L'amnistia Togliatti. 22 giugno 1946: colpo di spugna sui crimini fascisti*, Milán, Mondadori, 2006, pp. 37 y ss.

41. Véase T. Omezzoli, *I processi in Corte straordinaria*, pp. 279-285.

42. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, acta de la vista oral (Aosta, 4 de mayo de 1946).

43. *Ibidem*.

44. *Ibidem*.

45. *Ibidem*.

46. AAPT, documentos varios (1944-1945).

47. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, acta de la vista oral, doc. cit.

48. *Ibidem*.

49. *Ibidem*.

50. *Ibidem*.

51. *Ibidem*.

52. *Ibidem*.

53. *Ibidem*.

54. Es la poesía «25 febbraio 1944»: en P. Levi, *Ad ora incerta* (1984), en *Opere*, vol. 2, p. 523. Para los «poemas concisos y sangrientos»: P. Levi, *El sistema periódico*, Madrid, Alianza, 1988, p. 93.

55. Véase ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, sentencia en la causa penal contra Cagni Edilio y otros (Aosta, 4 de mayo de 1946).

56. *Ibidem*.

57. *Ibidem*, acta de la vista oral, doc. cit.

58. *Ibidem*. Sobre el papel desempeñado por el padre Bosticco, véase W. E. *Crivellin, Cattolici, politica e società in Piemonte tra ´800 e ´900*, Cantalupa (TU), Effata, 2008, p. 147.

59. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, acta de la vista oral, doc. cit.

60. *Ibidem*.

61. *Ibidem*.

62. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 1946, sentencia n.º 33, causa penal contra Cagni Edilio y otros (Aosta, 4 de mayo de 1946).

63. Véase T. Omezzoli, *I processi in Corte straordinaria*, p. 247.

64. Citado *ibid.*, pp. 247-248.

65. *Ibid.*, p. 247.

66. *Ibid.*, pp. 284-285.

67. *Ibid.*, pp. 116 y ss.; H. Woller, *I conti col fascismo. L'epurazione in Italia, 1943-1948*, trad. it., Bolonia, Il Mulino, 1997, pp. 419 y ss.

68. Véase ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, «Acta del recurso de casación» (Aosta, 5 de mayo de 1946).

69. *Ibidem*.

70. ATA, Tribunal penal extraordinario, 1946, sentencia n.º 33, doc. cit.

71. *Ibidem*.

72. *Ibidem*.

73. Véase C. Pavone, *Alle origini della Repubblica. Scritti su fascismo, antifascismo e continuità dello Stato*, Turín, Bollati Boringhieri, 1995.

74. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 1946, sentencia n.º 33, doc. cit.

VII. Un juego de roles

1. Véase D. De Masi, *C'è urgente bisogno di carabinieri!*, Módena, Il Fiorino, 2011, pp. 157-160.

2. *La Domenica del Corriere*, 22 de septiembre de 1918.

3. Véase B. Tobia, *L'altare della Patria*, Bolonia, il Mulino, 1998, pp. 73-74.

4. Véase A. A. Mola, *Giellisti*, Cuneo, Cassa di risparmio di Cuneo, 1997, vol. 2: *Dalla Resistenza armata all'impegno civile*, pp. 27-29; vol. 3, *Documenti*, pp. 133-135.

5. Véase ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, carp. 65/18, «Circa ricerche di criminali di guerra» (Cuneo, 8 de mayo de 1945).

6. *Ibidem*, informe del mando de la compañía de la policía auxiliar a la fiscalía del Reino de Asti (Casale M., 24 de julio de 1945).

7. *Ibidem*, acta de la vista oral, primera sesión (Asti, 19 de octubre de 1945.

8. WLA, Ian Thomson Papers, Correspondence with Guido Bachi (copia de un documento fechado en Turín, 29 de octubre de 1946); *ibidem*, «Opinione personale sulla banda autonoma "Ayas"» (s.f., pero octubre de 1946).

9. Véase A. Bistarelli, *La storia del ritorno. I reduci italiani del secondo dopoguerra*, Turín, Bollati Boringhieri, 2007, pp. 153 y ss.

10. Véase M. Mondini y G. Schwarz, *Dalla guerra alla pace. Retoriche e pratiche della smobilitazione nell'Italia del Novecento*, Sommacampagna (VER), Cierre Edizioni, 2007, pp. 131-141.

11. *Ibid.*, p. 142.

12. Véase C. Dellavalle, «Partigianato piemontese e società civile», *Il Ponte*, a. LI, n.º 1, enero de 1995, pp. 18-35.

13. Véase AISTORETO, Banco de Datos del Partisanado Piamontés, *ad voces*.

14. AISTORETO, Cuerpo de Voluntarios de la Libertad, Formaciones Giustizia e Libertà, 7.ª División GL «Pietro Ferreira», *ad vocem*.

15. *Ibidem*.

16. WLA, fondo cit., «Opinione personale».

17. Así aparece en el decreto ley n.º 518 del 21 de agosto de 1945: véase M. Mondini y G. Schwarz, *Dalla guerra alla pace*, p. 141.

18. AISTORETO, Banco de Datos del Partisanado Piamontés, *ad vocem*; WLA, Ian Thomson Papers, 1406/1/2, «Cuttings and copy documents re Primo Levi's military career», documentos varios (1938-1953).

19. Para el empeño de Fenoglio en que fuese honrada en Alba la memoria de Dario Scaglione («Tarzan»), véase P. Negri Scaglione, *Questioni private. Vita incompiuta di Beppe Fenoglio*, Turín, Einaudi, 2007, pp. 140-141.

20. Cuerpo de Voluntarios de la Libertad, *La vita per l'Italia: brigata G. C. Puecher*, s.l. (Stab. Tip. Stefano Pinelli, Milán), s.f. (1945), pp. 21 y ss.

21. AISTORETO, carpeta C, Fondo 29, fasc. 135, doc. 20: «Funerale di Livio Colzani e Flavio Berone».

22. Véanse A. M. Banti, *La nazione del Risorgimento. Parentela, santità e onore alle origini dell'Italia unita*, Turín, Einaudi, 2000, y M. D'Amelia, *La mamma*, Bolonia, Il Mulino, 2005.

23. AISRVdA, Fondo Manganoni, «Cronistoria in breve del movimento partigiano della zona di Verrès», s.l., s.f. (pero 1945 o 1946).

24. Véanse D. Gagliani, «Funerali di sovversivi», *Rivista di Storia Contemporanea*, n.º 1, 1984,

pp. 119-141, y M. Filippa, *La morte contesa. Cremazione e riti funebri nell'Italia fascista*, Turín, Paravia Scriptorium, 2001.

25. Véase S. Favretto, *Resistenza e nuova coscienza civile. Fatti e protagonisti del Monferrato casalese*, Alessandria, Edizioni Falsopiano, 2009, pp. 36-37.

26. Sobre toda esta cuestión, véase G. Schwarz, *Tu mi devi seppellir. Riti funebri e culto nazionale alle origini della Repubblica*, Turín, Utet Libreria, 2010.

27. M. Rigoni Stern, «Un ragazzo delle nostre contrade» (1973), en G. Pedullà, ed., *Racconti della Resistenza*, Turín, Einaudi, 2005, pp. 225-238 (las citas en las pp. 237-238).

28. Véase ASTo, Distrito militar de Turín, «Fogli caratteristici», Registro de la quinta de 1926, vol. 148, *ad vocem*, «Zabaldano Luciano»: deliberación de la Comisión Regional Piamontesa para la comprobación de los títulos partisanos (Turín, 16 de mayo de 1946).

29. AISTORETO, D/Ur. fasc. 1, «Divisione Italo Rossi», documentos varios (s.f., pero 1946-1947).

30. AISRVdA, Fondos varios, carta del presidente de la Asociación de Políticos Supervivientes de Campos de Concentración a la Junta Consultiva Regional para el Piamonte del Comité de Liberación Nacional (Turín, 1 de septiembre de 1945).

31. AISRVdA, Fondos varios, carta de las oficinas municipales de Saint-Vincent a la Junta Consultiva Regional para el Piamonte del Comité de Liberación Nacional (15 de octubre de 1945).

32. AISTORETO, Banco de Datos del Partisanado Piamontés, *ad voces*, «Zabaldano, Luciano» y «Opezzo [*sic*], Fulvio».

33. Véase ASTo, Distrito militar de Turín, «Fogli caratteristici», doc. cit.

34. AFZT, «Attestato» del Comité Regional de la Asociación de Partisanos «Matteotti» del Piamonte, s.f.

35. Véase ASTo, fondo cit.: declaración complementaria para la equiparación de las categorías jerárquicas partisanas (Turín, 22 de abril de 1948).

36. AISTORETO, Expedientes de los caídos en la guerra de liberación, carpeta 7, *ad vocem*.

37. P. Levi, *Si esto es un hombre*, Barcelona, El Aleph, 2013, p. 187.

38. Véanse los artículos no firmados: «A morte: Serloreti e Fagnola», *La Nuova Stampa*, 22 de mayo de 1946, y «Si inizia questa mattina a Napoli il processo contro il cap. Schmidt delle SS», *ibidem*, 31 de marzo de 1950. Sobre las implicaciones internacionales del proceso contra Schmidt, véase F. Focardi, *Criminali di guerra in libertà. Un accordo segreto tra Italia e Germania federale, 1949-1955*, Roma, Carocci, 2008, *passim*.

39. Al mismo tiempo que defendía a Cagni, D'Amico defendía al huido Giuseppe Viola, sicario del crimen Matteotti, véanse M. Canali, *Il delitto Matteotti. Affarismo e politica nel primo governo Mussolini*, Bolonia, Il Mulino, 1997, pp. 599-601, y G. Mayda, *Il pugnale di Mussolini. Storia di Amerigo Dùmini, sicario di Matteotti*, Bolonia, Il Mulino, 2004, pp. 337-339.

40. Véase F. Cassata, «*La difesa della Razza*». *Politica, ideologia e immagine del razzismo fascista*, Turín, Einaudi, 2008, pp. 151 y 191 n.

41. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, carta del abogado Ubaldo Prosperetti al

presidente de la comisión para la defensa gratuita del Tribunal de Apelación de Perugia (Perugia, 4 de marzo de 1947).

42. *Ibidem*, instancia del abogado Tancredi Gatti al presidente del Tribunal de Casación (Roma, 2 de mayo de 1946).

43. *Ibidem*.

44. Véase M. Franzinelli, *L'amnistia Togliatti, 22 giugno 1946: colpo di spugna sui crimini fascisti*, Milán, Mondadori, 2006, pp. 66 y ss. (para el texto completo del decreto, pp. 313-316).

45. B. Fenoglio, *Il partigiano Johnny* (1968), en *Opere*, ed. de M. Corti, vol. 1, t. II, ed. de M. A. Grignani, Turín, Einaudi, 1978, p. 410. [Hay trad. cast.: *El partisano Johnny*, Barcelona, Sajalín Editores, 2013.]

46. Véase L. Lajolo, *I ribelli di Santa Libera. Storia di un'insurrezione partigiana, agosto 1946*, Turín, Edizioni Gruppo Abele, 1995, pp. 97-98.

47. *Ibid.*, pp. 80-81.

48. Véase M. Renosio, *Tra mito sovietico e riformismo. Identità, storia e organizzazione dei comunisti astigiani*, 1921-1975, Turín, Edizioni Gruppo Abele, 1999, p. 282.

49. Véase L. Lajolo, *I ribelli*, pp. 14-15.

50. P. M., «Gli insorti dell'Astigiano ritornano nelle loro case», *La Nuova Stampa*, 28 de agosto de 1946.

51. Véanse L. Lajolo, *I ribelli*, pp. 115 y ss., y M. Franzinelli, *L'amnistia Togliatti*, pp. 102-106.

52. Véase el artículo no firmado «L'episodio Piero-Piero a Firenze», *La Nuova Stampa*, 12 de septiembre de 1946.

53. Véanse A. M. Imbriani, *Vento del Sud. Moderati, reazionari, qualunquisti (1943-1948)*, Bolonia, Il Mulino, 1996, y G. Parlato, *Fascisti senza Mussolini. Le origini del neofascismo in Italia, 1943-1948*, Bolonia, Il Mulino, 2006.

54. Véase G. Tosi, «L'oro di Dongo» (Padua, 1957), en G. Tosi, ed., *La bilancia e il labirinto. Istruttorie e processi esemplari*, Padua, Il Poligrafo, 2003, pp. 47 y ss.

55. Véase U. Lazzaro, *L'oro di Dongo. Il mistero del tesoro del Duce*, Mondadori, Milán, 1995.

56. Véase F. Servello y L. Garibaldi, *Perché uccisero Mussolini e Claretta. La verità negli archivi del Pci*, Soveria Mannelli (CZ), Rubbettino, 2012, pp. 43 y ss.

57. Véase S. Luzzatto, *Il corpo del Duce. Un cadavere tra storia, memoria e immaginazione*, Turín, Einaudi, 1998, pp. 162-163.

58. Véase el comunicado de la secretaría del PCI, «Al col. Valerio, Walter Audisio, deve essere data la più alta onoreficenza militare», *L'Unità*, edición nacional, 22 de marzo de 1947.

59. Véase P. Neglie, *Fratelli in camicia nera. Comunisti e fascisti dal corporativismo alla Cgil (1928-1948)*, Bolonia, Il Mulino, 1996.

60. «La coda del mostro», *L'Unità* (edición nacional), 12 de febrero de 1947.

61. «La coda del mostro», *L'Unità* (edición piamontesa), 14 de febrero de 1947.

62. *Ibidem*, 15 de febrero de 1947.

63. M. Liprandi, «Con il segnale nella sinistra aspettavano in Piazza S. Carlo», *ibidem*, 16 de

febrero de 1947.

64. M. Liprandi, «Dopo aver visto il cifrario vado alla riunione con Scorza», *ibidem*, 19 de febrero de 1947.

65. M. Liprandi, «Calvo, occhietti grigi, Scorza parla così», *ibidem*, 20 de febrero de 1947.

66. M. Liprandi, «Dice Scorza: appoggiamoci alla monarchia e torneremo insieme al potere», *ibidem*, 22 de febrero de 1947.

67. M. Liprandi, «Perchè fu uccisa Brunilde Tanzi e perchè Zorzoli fabbrica mitra», *ibidem*, 25 de febrero de 1947.

68. Véase M. Liprandi, *Verboten! Una cronaca di seicento giorni e seicento notti della Resistenza piemontese vissuta attraverso le vicende di un Comitato stampa clandestino*, Turín, EDA, 1976.

69. Véase M. Liprandi, «La sensazionale cattura del criminale Novena incolpato di 195 omicidi», *L'Unità* (edición del Piamonte), 23 de junio de 1945.

70. G. Pansa, *Il revisionista*, Milán, Rizzoli, 2009, p. 138.

71. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, instancia de los abogados Domenico D'Amico y Camillo Corsanego al presidente del Tribunal Supremo de Casación, s.l. (pero Roma), 12 de noviembre de 1946.

72. *Ibidem*.

73. *Ibidem*, extracto de la sentencia del Tribunal Supremo de Casación (Roma, 13 de noviembre de 1946); *ibidem*, sentencia sobre el recurso interpuesto por Edilio Cagni (Roma, 20 de diciembre de 1946).

74. Véase D. Gurrey, *La guerra segreta nell'Italia liberata. Spie e sabotatori dell'Asse, 1943-1945*, trad. it., Gorizia, Libreria Editrice Goriziana, 2004, pp. 118-119.

75. Véase R. Cairoli, *Dalla parte del nemico. Ausiliarie, delatrici e spie nella Repubblica sociale italiana (1943-1945)*, Milán-Udine, Mimesis Edizioni, en prensa.

76. NARA, Reg. 226, Entry 174, boxes 4, 11, 13, documentos varios (1943-1944). El acceso a este y a todos los otros documentos depositados en los National Archives de Washington ha sido posible gracias a la generosidad de Roberta Cairoli.

77. Véase *ibidem*, box 160, informes varios del Lt. Charles Siracusa al cuartel general de la OSS de Roma (Turín, 30 de octubre de 1945; 16 de noviembre de 1945, y 19 de noviembre de 1945).

78. *Ibidem*, informes del Lt. Charles Siracusa al cuartel general de la OSS de Roma (Turín, 6 de diciembre de 1945).

79. *Ibidem*, interrogatorio de Albertina Porciani en Perugia (Turín, 2 de diciembre de 1945).

80. *Ibidem*, informes del Lt. Siracusa, doc. cit. (19 de noviembre de 1945).

81. Véase T. Mangold, *Cold Warrior. Jesus James Angleton, the CIA's Master Spy Hunter*, Londres, Simon & Schuster, 1991.

82. Véase C. Parlato, *Fascisti senza Mussolini*, pp. 83-95.

83. Véase N. Tranfaglia, *Come nasce la Repubblica. La mafia, il Vaticano e il neofascismo nei documenti americani e italiani, 1943-1947*, Milán, Bompiani, 2004, pp. 64 y ss.

84. Véase NARA, Reg. 226, Entry 174, box 160, informes del Lt. Charles Siracusa al cuartel

general de la OSS de Roma (Turín, 19 de noviembre de 1945, y 23 de noviembre de 1945).

85. *Ibidem* (23 de noviembre de 1945).

86. Me limito a remitir a T. Judt, *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Santillana, 2006, y F. Romero, *Storia della guerra fredda. L'ultimo conflitto per l'Europa*, Turín, Einaudi, 2009.

87. Véase E. Caretto y B. Marolo, *Made in Usa. Le origini americane della Repubblica italiana*, Milán, Rizzoli, 1996, pp. 200-201.

88. Véase C. Guerriero y F. Rondinelli, *La Volante rossa*, Roma, Datanews, 1996, p. 29.

89. Véase C. Parlato, *Fascisti senza Mussolini*, p. 274.

VIII. El viento del perdón

1. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, Sección Especial del Tribunal Penal de Perugia, acta de la vista oral (Perugia, 17 de marzo de 1947).

2. *Ibidem*, documentos varios (marzo de 1947).

3. *Ibidem*, acta de la vista oral, doc. cit.

4. *Ibidem*, carta de Maria Carrera al fiscal general de Perugia (Casale Monferrato, 12 de marzo de 1947).

5. *Ibidem*, acta de la vista oral, doc. cit.

6. *Ibidem*.

7. *Ibidem*.

8. *Ibidem*, «Fallo de la sentencia» (Perugia, 17 de marzo de 1947).

9. *Ibidem*.

10. Véase P. Levi, *Si esto es un hombre*, Barcelona, El Aleph, 2013, p. 187.

11. Véase A. Chiappano, *Luciana Nissim Momigliano: una vita*, Florencia, Giuntina, 2010, pp. 175 y ss.

12. Véanse C. Angier, *Il doppio legame. Vita di Primo Levi* (2002), trad. it., Milán, Mondadori, 2004, pp. 447 y ss., y M. Quirico, *L'Unione culturale di Torino. Antifascismo, utopie e avanguardie nella città-laboratorio (1945-2000)*, Roma, Donzelli, 2010, pp. 23 y ss.

13. P. Levi, «Il viaggio», *L'Amico del Popolo. Settimanale della Federazione Comunista Vercellese*, 29 de marzo de 1947.

14. R. Lloyd, «Il campo degli orrori», *La Nuova Stampa*, 23 de marzo de 1947.

15. Citado en A. Segre, *Un coraggio silenzioso. Leonardo De Benedetti, medico, sopravvissuto ad Auschwitz*, Turín, Zamorani, 2008, pp. 48-49.

16. Véase I. Thomson, *Primo Levi* (2002), Londres, Vintage, 2003, p. 247.

17. Véase J. T. Gross, *Fear. Anti-Semitism in Poland after Auschwitz: an Essay in Historical Interpretation*, Princeton, Princeton University Press, 2006.

18. Véase M. Battini, *Peccati di memoria. La mancata Norimberga italiana*, Roma-Bari, Laterza, 2003, pp. 73-115.

19. Véase J. Staron, *Fosse Ardeatine e Marzabotto. Storia e memoria di due stragi tedesche* (2002), trad. it., Bolonia, Il Mulino, 2007, pp. 137-158.

20. Véase ASMi, Tribunal Penal Extraordinario, 1947, sentencia n.º 74 (Milán, 22 de mayo de 1947); *ibidem*, precisamente de la secretaría del tribunal, 28 de junio de 1947; ASAt, Fondo de la Jefatura, «Fascisti repubblicani», legajo 41, fasc. 5, «Carnazzi, Cesare Augusto», documentos varios, junio de 1947-mayo de 1949.

21. Véase T. Kezich y A. Levantesi, *Una dinastia italiana. L'arcipelago Cecchi D'Amico tra arte, letteratura, giornalismo e politica*, Milán, Garzanti, 2010.

22. Véase M. Isnenghi, ed., *Dalla Resistenza alla desistenza. L'Italia del «Ponte» (1945-1947)*, Roma-Bari, Laterza, 2007, p. 240.

23. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, «Motivi di ricorso per Cagni Edilio» (Perugia, 6 de junio de 1947).

24. *Ibidem*, «Motivi aggiunti» (Roma, 31 de julio de 1947).

25. C. Galante Garrone, «Guerra di liberazione (dalle galere)», *Il Ponte*, noviembre-diciembre de 1947, reproducido en Isnenghi, ed., *Dalla Resistenza alla desistenza*, p. 402.

26. *Ibid.*, p. 394.

27. *Ibid.*, pp. 400 y 413.

28. *Ibid.*, p. 388.

29. Citado en el artículo no firmado «Richiesta di amnistia per l'ex-prefetto Basile», *Nuova Stampa Sera*, 29 de agosto de 1947.

30. Véanse los artículos no firmados «Basile arrestato per misura di sicurezza», *La Nuova Stampa*, 31 de agosto de 1947, y «Basile inviato al confino?», *ibidem*, 2 de septiembre de 1947.

31. Véase el cap. V, «La justicia y la venganza».

32. Se trataba de Carlo Fornero, Lorenzo Barbano, Mario Iannuzzi, Carlo Ubertazzi, Giovanni Zola y Luciano Martinotti: véase L. Allegra, *Gli aguzzini di Mimo. Storie di ordinario collaborazionismo (1943-45)*, Turín, Zamorani, 2010, p. 273.

33. Véase el artículo no firmado «La Cassazione conferma quattro condanne a morte», *La Nuova Stampa*, 12 de diciembre de 1946.

34. Artículo no firmado «Dalle nove a Casale sciopero generale», *Nuova Stampa Sera*, 1-2 de septiembre de 1947.

35. Gi. Bo. (*recte* Gi. Gi.), «Casale occupata da 1000 partigiani», *La Nuova Stampa*, 2 de septiembre de 1947.

36. Véase el artículo no firmado «Sei condanne a morte confermate dalle Assise di Torino», *ibidem*, 15 de enero de 1946.

37. Gi. Bo. (*recte* Gi. Gi.), «Casale occupata».

38. Gi. Gi., «Casale sempre occupata», *Nuova Stampa Sera*, 2-3 de septiembre de 1947.

39. Para su encuentro de conciliación con un puesto de control partisano al regresar del cautiverio,

en mayo de 1945, véase G. Giovannini, *Il quaderno nero. Settembre 1943-aprile 1945*, ed. de C. Protettì, Milán, Scheiwiller, 2004, pp. 133-134.

40. G. G., «Lo sciopero di Casale», *La Nuova Stampa*, 3 de septiembre de 1947.

41. Artículo no firmado «Solidarietà con Casale del centri piemontesi», *Nuova Stampa Sera*, 3-4 de septiembre de 1947.

42. Artículo no firmado «La risposta del ministro Grassi alla delegazione partigiana», *La Nuova Stampa*, 4 de septiembre de 1947.

43. Artículo no firmado «I negozi riaprono, lo sciopero continua», *ibidem*.

44. Gi. Gi., «Lo sciopero di Casale è finito stamane», *Nuova Stampa Sera*, 4-5 de septiembre de 1947.

45. G. G., «Diffida al governo dei partigiani piemontesi», *La Nuova Stampa*, 5 de septiembre de 1947.

46. Véase F. Meni, *Quando i tetti erano bianchi. Casale e il Basso Monferrato dal Fascismo alla Resistenza*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2000, pp. 91-93 y 141.

47. Véase AISTORETO, D/Ur, fasc. 1, «Divisione Italo Rossi», documentos varios (s.f., pero 1946-1947).

48. G. G., «Diffida al governo».

49. Véase el artículo no firmado «De Nicola respinge la grazia per cinque dei criminali casalesi», *La Nuova Stampa*, 7 de septiembre de 1947.

50. Véanse los artículos no firmados «Tre dei criminali di Casale attendono nelle carceri di Torino», *Nuova Stampa Sera*, 8-9 de septiembre de 1947, e «In treno con quattro condannati a morte», *La Nuova Stampa*, 9 de septiembre de 1947.

51. Artículo no firmado «Per i criminali di Casale ore contate salvo imprevisti», *L'Unità* (edición piamontesa), 10 de septiembre de 1947.

52. Véase el artículo no firmado «È giunto l'ordine di esecuzione dei cinque criminali di Casale», *La Nuova Stampa*, 10 de septiembre de 1947.

53. Véase el artículo no firmado «I condannati di Casale giocano l'ultima carta», *Nuova Stampa Sera*, 10-11 de septiembre de 1947.

54. Véanse los artículos no firmados «Il ricorso: ultima speranza rimasta ai criminali di Casale», *La Nuova Stampa*, 11 de septiembre de 1947, y «L'esecuzione è sospesa», *ibidem*, 12 de septiembre de 1947.

55. Artículo no firmado «I criminali di Casale sono stati trasferiti», *La Nuova Stampa*, 16 de septiembre de 1947.

56. Véase el artículo no firmado «La domanda d'amnistia respinta dalla Corte», *Nuova Stampa Sera*, 16-17 de septiembre de 1947.

57. Véase el artículo no firmado «Per i criminali di Casale il PG chiede la sospensione dell'esecuzione», *La Nuova Stampa*, 10 de octubre de 1947.

58. Véase L. Allegra, *Gli aguzzini di Mimo*, p. 273.

59. Véanse los artículos no firmados «Processati tre collaborazionisti già condannati a morte due

volte», *La Nuova Stampa*, 28 de noviembre de 1957, y «Condannati a 24 anni due ufficiali repubblichini», *ibidem*, 7 de diciembre de 1957.

60. Véase G. De Luna, «I fatti di luglio 1960», en M. Isnenghi, ed., *I luoghi della memoria. Personaggi e date dell'Italia unita*, Roma-Bari, Laterza, 1997, pp. 359-371.

61. Véase M. Mondini y G. Schwarz, *Dalla guerra alla pace. Retoriche e pratiche della smobilitazione nell'Italia del Novecento*, Sommacampagna (VER), Cierre Edizioni, 2007, p. 129.

62. Véase M. Ponzani, *L'offensiva giudiziaria antipartigiana nell'Italia repubblicana (1945-1960)*, Roma, Aracne, 2008.

63. Véanse actas parlamentarias, Cámara de los Diputados, «Domanda di autorizzazione a procedere in giudizio contro i deputati Moranino e Ortona, annunziata il 14 novembre 1949», Documentos II, n.º 144.

64. Véanse M. Recchioni, *Il tenente Alvaro, la Volante Rossa e i rifugiati politici italiani in Cecoslovacchia*, Roma, Deriveapprodi, 2011, y P. Cooke, «Red Spring: Italian Political Emigration to Czechoslovakia», *The Journal of Modern History*, vol. 84, n.º 4, diciembre de 2012, pp. 861-896.

65. Véase T. Aymone, «Un frammento autobiografico», en *Scritti inediti*, ed. de G. Mottura, *Materiali di discussione*, Departamento de Economía Política, Universidad de Módena y Reggio Emilia, 2005, pp. 26-27.

66. Véase R. Levi, *Ricordi politici di un ingegnere*, Milán, Vangelista, 1981, pp. 59 y 83.

67. http://www.umgrao.com.br/unidades/casa-de-alimiro/.

68. Publicado como elzevir en el *Corriere della Sera* del 15 de octubre de 1972, y reimpreso (en una versión ampliada y modificada con el título, *Il paolotto*) en el volumen de 1977 *Le corna del diavolo e altri racconti*; el cuento está recogido en P. Chiara, *Racconti*, ed. de M. Novelli, Milán, Mondadori, 2007, pp. 622-632.

69. *Ibid.*, p. 632.

70. Véase el cap. III, «Alba de nieve».

71. Véase P. Castello y G. Cesti, *Miniere della val d'Ayas*, s.l., s.n., 2005.

72. Véase T. Bo y G. Rossi, *Di villaggio in villaggio, di ricordo in ricordo* (vol. 2), Châtillon (AO), Edizioni Cervino, 2009, pp. 39 y 89.

73. Véase AFS, serie E 4320, B 1968/195, «Rechsextreme Bewegungen», informe reservado (Berna, 5 de mayo de 1945).

74. *Ibidem*, informe reservado (Berna, 25 de marzo de 1947).

75. *Ibidem*, informe reservado (Berna, 19 de diciembre de 1947).

76. *Ibidem*, copia de circular (Basilea, 19 de septiembre de 1944).

77. *Ibidem*, copia de circular (Basilea, 30 de septiembre de 1944).

78. *Ibidem*, copia de telegrama (Berna, 25 de enero de 1945).

79. *Ibidem*, informaciones varias (Berna, 6 de mayo de 1956 y 16 de mayo de 1956).

80. *Ibidem*, informe del inspector Allamand (Lausana, 19 de julio de 1956).

81. *Ibidem*.

82. J. Rochat, «Chasse au trésor: qui dort sur l'or de Mussolini?», *L'Hebdo*, 31 de agosto de 2000.

83. Artículo no firmado «Un genovese vide il tesoro del Duce», *La Repubblica-il Lavoro*, 1 de septiembre de 2000.

84. ATA, Tribunal Penal Extraordinario, 15/1946, Tribunal Supremo de Casación, sentencia sobre el recurso presentado por Cagni Edilio (Roma, 30 de noviembre de 1948).

85. *Ibidem*, Sección Especial del Tribunal Penal de Viterbo, acta de la vista oral (Viterbo, 14 de octubre de 1949).

86. *Ibidem*.

87. *Ibidem*.

88. ASAt, Fondo de la Jefatura, «Fascisti repubblicani», legajo 7, fasc. 22, «Cagni, Edilio»: información de la comisaría de Génova, 3 de noviembre de 1952.

89. Véase S. Luzzatto, *Il corpo del Duce. Un cadavere tra storia, memoria e immaginazione*, Turín, Einaudi, 1998, pp. 63 y ss.

90. Véase M. Viganò, «Mussolini, i gerarchi e la “fuga” in Svizzera», *Nuova Rivista di Storia Contemporanea*, n.º 3, 2001, pp. 47-108.

91. Véase NARA, Reg. 226, Entry 174, información del Lt. Charles Siracusa al cuartel general de la OSS de Roma (Turín, 6 de diciembre de 1945).

92. *Ibidem*, interrogatorio de Albertina Porciani en Perugia (Turín, 2 de diciembre de 1945).

93. Véase O. Meuwly, *La politique vaudoise au 20e siècle. De l’État radical à l’émiettement du pouvoir*, Lausana, Presses Polytechniques et Universitaires Romandes, 2003, pp. 23-59.

94. Véase C. Cantini, «Benito Mussolini et l’Université de Lausanne» (1987), en *Pour une histoire sociale et antifasciste. Contributions d’un autodidacte*, Lausana, Éditions d’En Bas, 1999, pp. 158-168, y *Le fascisme italien à Lausanne: 1920-1943*, Lausana, Cedips, 1976.

IX. «Y LE PIDE EXPLICACIONES»

1. Véase F. Fornaro, *Aria di libertà. Storia di un partigiano bambino*, Recco (GE), Le Mani, 2008.

2. De las notas de mi conversación telefónica con Corrado Calvo, 21 de enero de 2011.

3. Véase M. Oppezzo, *Ugo Oppezzo Idalia Tos: ricordo di babbo Marcello. Cavaglià, 10 ottobre 1921*, Biella, A. De Thomatis, s.f. (pero 1921).

4. Véase G. Samarotto y G. Ferrando, *Cerrina: cronaca che si fa storia*, vol. 1, Casale Monferrato, Fondazione S. Evasio, 1993, pp. 146-148.

5. Véase T. Vialardi di Sandigliano, *Il libro eroico della provincia di Biella*, Biella, Istituto del Nastro Azzurro, 2004, p. 212.

6. Véase, en el archivo parroquial de Cerrina, el *Liber Chronicus* del padre Giuseppe Samarotto, 29 de abril de 1937 (la información sobre este documento la he obtenido por cortesía de Chiara Cane).

7. Véase G. Pansa, *Guerra partigiana tra Genova e il Po. La Resistenza in provincia di*

Alessandria (1967), Roma-Bari, Laterza, 1998, pp. 133-134.

8. Véase cap. VII, «Un juego de roles».

9. Véase AISRVdA, Fondos varios, carta del alcalde de Cerrina al alcalde de Saint-Vincent (Cerrina Monferrato, 12 de octubre de 1945).

10. C. Pavese, *La luna e il falò* (1950), en *Romanzi*, 2 vols., Turín, Einaudi, 1961, vol. 2, pp. 422-430. [Hay trad. cast.: *La Luna y las hogueras*, Valencia, Pre-Textos, 2002.]

11. Véase G. Samarotto y G. Ferrando, *Cerrina*, vol. 1, p. 196 y *passim*.

12. C. Pavese, *Lettere, 1924-1944*, ed. de L. Mondo, Turín, Einaudi, 1966, p. 740 (carta a Giuseppe Vaudagna, desde Serralunga di Crea, 18 de diciembre de 1944).

13. Véase L. Mangoni, *Pensare i libri. La casa editrice Einaudi dagli anni trenta agli anni sessanta*, Turín, Bollati Boringhieri, 1999, pp. 229 y ss.

14. *La casa in collina* estaba incluida en C. Pavese, *Prima che il gallo canti*, Turín, Einaudi, 1949 (pero el «acabado de imprimir» lleva la fecha del 26 de noviembre de 1948).

15. Véase R. Liucci, *La tentazione della «casa in collina». Il disimpegno degli intellettuali nella guerra civile italiana (1943-1945)*, Milán, Unicopli, 1999, pp. 25 y ss.

16. C. Pavese, *La casa in collina* (1948), en *Romanzi*, p. 130.

17. G. Samarotto y G. Ferrando, *Cerrina*, vol. 1, pp. 320-321.

18. *Ibid.*, p. 222.

19. *Ibid.*, p. 356.

20. G. Samarotto y G. Ferrando, *Cerrina: cronaca che si fa storia*, vol. 2, Casale Monferrato, Fondazione S. Evasio, 1995, p. 114.

21. *Ibid.*, p. 175.

22. *Ibid.*, p. 251.

23. *Ibid.*, p. 235.

24. AISTORETO, Expedientes de los caídos en la guerra de liberación, carpeta 7, *ad vocem*.

25. Sobre la figura de la «madrina de guerra» (generalmente una muchacha de la misma edad que el alistado) en la Italia de la Segunda Guerra Mundial, véase E. Cortesi, *Reti dentro la guerra. Corrispondenza postale e strategie di sopravvivenza (1940-1945)*, Roma, Carocci, 2009, *passim*.

26. Véase ASTo, Distrito militar de Turín, «Fogli caratteristici», registro de la quinta de 1926, vol. 148, *ad vocem* «Zabaldano, Luciano».

27. Véase M. Calegari, *La sega di Hitler*, Milán, Edizioni Selene, 2004, pp. 113 y ss.

28. AISTORETO, Banco de Datos del Partisanado Piamontés, *ad vocem*.

29. *Gazzetta Ufficiale del Regno d'Italia*, suplemento del miércoles 13 de junio de 1913, p. 33; *Gazzetta Ufficiale del Regno d'Italia*, 12 de febrero de 1924, p. 690.

30. Véanse los artículos no firmados: «Le truffaldine vicende di un Sindacato agrario. Undici imputati», en *La Stampa*, 16 de septiembre de 1924, e «Il proceso per il dissesto del Sindacato agrario», *ibidem*, 17 de septiembre de 1924.

31. Véase el cap. II, «Partisanos un poco bandidos».

32. Véase AISTORETO, Banco de Datos del Partisanado Piamontés, *ad vocem*.

33. AFZT, anuncio de esquela, s.f. (mediados de octubre de 1945).

34. P. Levi, *Si esto es un hombre*, Barcelona, El Aleph editores, 2013, p. 188.

35. Véase el cap. II, «Partisanos un poco bandidos».

36. Véanse M. Raffaeli, «La poesia delle lapidi», en S. Luzzatto y G. Pedullà, eds., *Atlante della letteratura italiana*, vol. 3: *Dal Romanticismo a oggi*, ed. de D. Scarpa, Turín, Einaudi, 2012, pp. 180-181, y Mangoni, *Pensare i libri*, p. 463.

37. P. Levi, «Epígrafe», en *A una hora incierta*, Barcelona, La Poesía, Señor Hidalgo, 2005, p. 57.

38. Véase S. Luzzatto, «Introduzione», en P. Calamandrei, *Uomini e città della Resistenza* (1955), Roma-Bari, Laterza, 2006, pp. LII y ss.

39. Véase L. Mangoni, *Pensare i libri*, pp. 684 y ss.

40. Véase B. Fenoglio, *Lettere, 1940-1962*, ed. de L. Bufano, Turín, Einaudi, 2002, p. 53 (desde Alba, 29 de mayo de 1952).

41. Véanse C. Cases, «L'ordine delle cose e l'ordine delle parole» (1987), en E. Ferrero, ed., *Primo Levi: un'antologia della critica*, Turín, Einaudi, 1997, pp. 13-14; P. V. Mengaldo, *Lingua e scrittura in Levi* (1990), *ibid.*, pp. 169-171, y D. Scarpa, *Chiaro/oscuro*, en M. Belpoliti, ed., «Primo Levi», número monográfico de la revista *Riga*, n.º 13, 1997, p. 237.

42. P. Levi, *El sistema periódico*, Madrid, Alianza, 1988, p. 106.

43. Véase P. Momigliano Levi, «Premessa», en D. G. Jon y M. Alliod, eds., *Silens loquor. Cippi, lapidi e monumenti a ricordo dei partigiani e dei civili morti nella Resistenza in Valle d'Aosta, 1943-1945*, Aosta, Le Château, 2007, p. 7.

44. Véase el artículo no firmado «Commemorati al Colle di Joux i Caduti partigiani», *La Nuova Stampa*, 8 de septiembre de 1950.

45. Véase G. Jon y M. Alliod, eds., *Silens loquor*, p. 136.

46. Véase T. Malpassuto, «Ricordo di don Gonella», en Dun Gunela [Don Gonella], *Puesìj* [Poesías], Municipio de Villadeati, 2007, pp. 16-17.

47. Véase S. Favretto, *Resistenza e nuova coscienza civile. Fatti e protagonisti del Monferrato casalese*, Alessandria, Edizioni Falsopiano, 2009, pp. 89 y ss.

48. Sa. B., «Un pezzo di storia in tre cerimonie», *La Stampa* (edición del Valle de Aosta), 7 de septiembre de 1995.

49. Véase G. Jon y M. Alliod, eds., *Silens loquor*, pp. 138-140.

50. Citado en A. Chiappano, *Luciana Nissim Momigliano: una vita*, Florencia, Giuntina, 2010, p. 250.

51. P. Levi, *Si esto es un hombre*, pp. 15-18.

52. Véase «Testimonianza di un compagno di prigionia», en *Donne piemontesi nella lotta di liberazione. 99 partigiane cadute, 185 deportate, 38 cadute civile*, Turín, Tipografia Impronta, 1953, pp. 87-88. La convincente atribución fue propuesta por primera vez por G. Falaschi, «"L'offesa insanabile". L'imprinting del Lager su Primo Levi», en *allegoria*, XIII (2001), n.º 38, mayo-agosto, pp. 5-35.

53. «Testimonianza di un compagno», p. 87

SI ENTONCES NO, ¿CUÁNDO?

1. P. Levi, «Scrivere un romanzo», en *L'altrui mestiere* (1985), en *Opere*, ed. de M. Belpoliti, Turín, Einaudi, 1997, vol. 2, pp. 775-776 (el texto apareció en *La Stampa* del 19 de septiembre de 1982, con el título «Safari tra i fantasmi»).

2. *Un modo di dire* era también el título que habría preferido Levi para su «antología personal» titulada luego *La ricerca delle radici*: véase ASTo, archivo histórico de la editorial Einaudi, «Corrispondenza Autori», fasc. «Levi, Primo», carpeta 114, nota editorial sin firma, s.f. (pero 1981).

3. P. Levi, *Si ahora no, ¿cuándo?*, Barcelona, El Aleph, 2007, p. 26.

4. P. Levi, «Scrivere un romanzo», p. 774.

5. P. Levi, *Si ahora no, ¿cuándo?*, p. 143.

6. *Ibid.*, p. 70.

7. *Ibid.*, p. 44.

8. Véase D. Scarpa, *Chiaro/oscuro*, en M. Belpoliti, ed., «Primo Levi», número monográfico de la revista *Riga*, n.º 13, 1997, pp. 244-253.

9. P. Levi, «Scrivere un romanzo», p. 777.

10. P. Levi, *Si ahora no, ¿cuándo?*, p. 76.

11. *Ibid.*, p. 137.

12. Sobre el interés de Levi por los métodos soviéticos de castigo de los partisanos poco de fiar, véase I. Thomson, *Primo Levi* (2002), Londres, Vintage, 2003, pp. 413-414.

13. P. Levi, *I sommersi e i salvati*, Turín, Einaudi, 1986, p. 62.

14. *Ibid.*, p.63.

15. P. Levi, *Si ahora no, ¿cuándo?*, p. 76.

16. P. Levi, «El sobreviviente» (la fecha que pone el autor es el 4 de febrero de 1984), en *A una hora incierta*, Barcelona, La Poesía, Señor Hidalgo, 2005, p. 143. Para una interpretación de «Il sobreviviente», véase E. Mattioda, *Levi*, Roma, Salerno, 2011, pp. 180-181.

17. P. Levi, *Si ahora no, ¿cuándo?*, p. 148.

18. *Ibid.*, p. 104.

19. *Ibid.*, pp. 152-153.

* Vinculado a Giustizia e Libertà, movimiento político antifascista y de inspiración socialista y liberal. *(N. de la T.)*

* OND, asociación creada en 1925 por el régimen fascista cuya misión era ocuparse del tiempo libre de los trabajadores: deporte, turismo, educación artística, cultura popular, etc. *(N. de la T.)*

* Formado por los miembros del CLN, Comité de Liberación Nacional. *(N. de la T.)*

* Confederación General Italiana del Trabajo, el sindicato más importante de Italia. *(N. de la T.)*

Sergio Luzzatto es profesor de historia moderna en la Universidad de Turín y autor de varios ensayos sobre la Revolución francesa y el Novecento italiano. Entre sus obras destacan *Il corpo del Duce* (2011), *Il Terrore ricordato* (2000), *La crisi dell'antifascismo* (2004), *Padre Pio* (2007), *Bonbon Robespierre* (2009) o *La mummia della Repubblica* (2011).

Título original: *Partigia. Una storia della Resistenza*

Edición en formato digital: enero de 2015

Primera edición en Italia por Arnaldo Mondadori Editore S. p. A. Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Rosaria Carpinelli Consulenze Editoriali S. R. L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Marina Pezzotta / Mondadori
Fotografía de portada: © Istituto storico della Resistenza e della società contemporanea in Valle d'Aosta, Fonds René Willien

ISBN: 978-84-9992-503-5

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com



Índice